JULIO VERA GARCÍA
La
CONGREGACIÓN
de la GRANADA
Las arras del Mestizo
Un secreto, una congregación, la Santa Inquisición, la parte más oscura del Siglo de Oro sevillano, la canonización de un rey, un dogma concepcionista, lienzos, mármol, madera, gubia, policromía, plata... un tesoro.
ALMUZARA

Julio Vera García

LA CONGREGACIÓN DE LA GRANADA

Las arras del Mestizo

© Julio Vera García, 2022
© Editorial Almuzara, s. l., 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Almuzara • Colección Novela Histórica
Director editorial: Antonio Cuesta
Editora: Rosa García Perea
Corrección: José Luis López Falcón
Ebook: R. Joaquín Jiménez R.

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

ISBN: 978-84-11311-51-9

Hecho en España - *Made in Spain*

A mis padres,
que me inculcaron el amor
por la ciudad de Sevilla.

A mi mujer y mis dos hijos,
que me apoyan y me siguen
en cada aventura que me embarco.

Notas al lector

La Congregación de la Granada existió y contaba entre sus miembros con los mejores arquitectos, pintores, imagineros, orfebres y tallistas de la ciudad de Sevilla en su Siglo de Oro. Muchos de sus miembros fueron perseguidos por la Inquisición.

Las obras mencionadas y descritas en esta novela son reales, así como sus autores.

Los lugares y localizaciones intentan ser lo más fiel posible a lo que tenemos en nuestros días o en los días que vivieron nuestros personajes.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, las empresas, las organizaciones, los lugares, los acontecimientos y los sucesos que se narran, a excepción de algunas esporádicas referencias a productos, personajes o lugares por todos conocidos, son fruto de la imaginación del autor o se usan con propósito de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, acontecimientos y lugares es pura coincidencia.

Sevilla. Plaza Virgen de los Reyes

Veinticuatro horas después

Confía en quien te habla. Se llama Fe.

—¿Cuánto gel hidroalcohólico te has echado hoy? —le pregunta Nacho a Guillermo, sujetándole con las dos manos y viendo por detrás de su cabeza la plaza Virgen de los Reyes. Deja salir un quejido por el esfuerzo y añade—: No puedes estar más pegajoso.

—No me sueltes —solloza Guillermo. Con su respiración acelerada, inhala con fuerza y pregunta—: ¿No hueles el azahar?

Nadir, aunque para otros es cenital. Todo depende de los ojos con que se miren.

Vuelve tus ojos tan arriba como puedas y me verás.

Mírame y ten fe.

—Desde aquí puedo oler y ver hasta las azucenas —masculla Nacho y le ordena—: No mires abajo.

—Nunca te lo he dicho.

—Ahórrate el discurso y no te sueltes.

Guillermo humedece sus ojos y admite:

—Siempre te he querido como a un hermano.

El primer brazo se le escurre y todo queda a la disposición de las dos manos, con las que Nacho trata de aguantar el peso de Guillermo.

—Sí tú te caes —balbucea Nacho, agarrándose con fuerza—, caeremos los dos.

—Dímelo.

—¿Qué? —le pregunta, apretando su chaqueta gris marengo y su camisa sin cuello, para que no caiga desde lo alto de la Giralda.

—Ahora, más que nunca. Mírame y no me mientas. —Guillermo no separa sus ojos de los de Nacho—: Lo sabías desde el principio, ¿verdad?

1
Sevilla. Parque de María Luisa

Un sábado de mayo

—¿Me has sacado de la cama para hacerme correr?

Tras el confinamiento, con un poco de libertad, a todos les dio por correr.

Así que corred sin pausa hasta el siguiente punto. Cruzad el parque de las palomas y haced que desplieguen sus alas, lejos de esas fuentes de cerámica.

No se trata de ser el primero en llegar, sino el primero en todo.

—Copia en la ficha de Bécquer —grita Marta, fatigada—: el ilusionado, el poseído, el perdido, el herido y —mira a Guillermo y concluye— el amor que hiere.

Para algunos, lo importante es ver una recompensa al final de todo el esfuerzo.

¿Qué habría sido de Colón si hubiera dado media vuelta? ¿Y de Magallanes?

Simplemente que este parque por el que corréis no existiría.

Si aguzase el oído, podría llegar a escucharos desde aquí.

—¿Cuatro parejas de tríos… iluminan el camino a un castillo?

—¿Qué castillo, Nacho? —pregunta Guillermo.

—No lo pone.

Marta y Elena revisan la hoja de los enigmas, las pistas que los lleven al siguiente punto de la ciudad. Guillermo suelta:

—Es el puente de Triana.

—¿Estás seguro? —cuestiona Elena, apretando contra su vientre la pegatina del dorsal 768, que se está despegando entre tanto sudor y calor.

En carrera, el corazón bombea con más fuerza y el cerebro se riega mejor. Te ayuda a pensar con más claridad.

—El castillo de San Jorge —asegura Nacho, mirando a Guillermo y esperando su aprobación—. El de la Inquisición.

¿Creéis que no sé vuestro secreto?

Os sigo por el monumento a Juan Sebastián Elcano, por el Costurero de la Reina, por el palacio de San Telmo, camino del puente de Isabel II.

—Necesitamos un sello con la cara de Cervantes y una moneda que no sea ni de euros ni de pesetas —dice Elena, con el aliento entrecortado.

—Estuve en Jerusalén el verano pasado —responde Marta—. Algún shékel tendré en casa.

Os veo por el Paseo Colón, de puente a puente. De San Telmo a Triana.

No me busquéis a vuestra derecha, pues veréis la Maestranza. Primero el teatro y luego la plaza de toros. No flaqueéis o seguro que os alcanzan.

Al inicio del puente de Triana, Guillermo recupera el aliento y le pide a Nacho:

—Cuenta las farolas.

—Dieciocho.

—¿No sabes multiplicar? —le recrimina Elena—. Hay veinticuatro.

Nacho tacha y corrige en el papel el número de luces que iluminan el camino al castillo, las cuatro parejas de tríos sobre el puente. Guillermo se santigua frente a la capillita de la Virgen del Carmen y otro grupo con dorsales les adelanta.

El juego no espera. Una simple parada es más que suficiente.

—Adiós, Cancún —resopla Elena.

Nacho lee: «Te hicieron encima porque hiciste que mis ojos sanaran y tu iglesia proclamara».

—La Inquisición se creó para salvar a la Iglesia de herejes —explica Guillermo—. Querían que todos vieran una única doctrina.

—Es la iglesia de Santa Ana —asegura Nacho sin dejar que piensen los demás.

Marta pregunta por qué.

Nacho sigue leyendo: «Y te erigió el Sabio nacido del Santo, aquel que esta ciudad conquistara». Levanta su mirada y le recuerda a Guillermo:

—Tú eres el historiador.

—Tiene sentido —dice Guillermo, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no has leído el texto entero desde el principio? —pregunta Marta molesta, trotando de nuevo.

Hoy el sol azota desde muy temprano. Aún no han sonado las nueve campanas debajo y ya veo desde aquí quién se seca el sudor.

Pero no os engañéis: todo dependerá de hacia dónde sople el viento.

2
Corona de Castilla

Sevilla. Jueves de Corpus Christi, 6 de junio de 1602

—¡Eternidad! ¡Eternidad!

Al parecer, los pocos que quedaban en el interior de la catedral afirmaron que yo gritaba esas palabras, con la cara blanca y descompuesta.

—¡Eternidad! ¡Siempre eternidad!

Unos dicen que corría como si hubiera visto un fantasma; otros, como si el mismísimo diablo se me hubiera presentado a la altura de la Capilla Real. En realidad, poco recuerdo de aquello más allá del momento que vi su rostro, justo después de seguirla en el silencio de las naves catedralicias, con la túnica larga cubriendo su cuerpo y la capucha puesta ocultando su rostro. En algún momento, mientras caminaba a varios metros por detrás, por mi mente pasó el demencial pensamiento de que podía estar desnuda debajo de esa túnica, a pesar de ser el día del Corpus. Me santigüé y continué tras ella.

Pero todo lo que cuentan sucedió un poco después. Todo se visualiza con mayor claridad cuando lo miras directamente a los ojos.

—¿Quién va? —pregunta el custodio encargado de cerrar todas las puertas a estas horas, tardías para la caída del sol en estos días calurosos en los que arranca junio en esta abrasadora ciudad.

—Arcediano de Carmona —grito sin mirar atrás, deteniendo mi ritmo acelerado detrás de la mujerzuela que se esconde bajo la túnica burdeos que ya en la distancia y por la carencia de luz empieza a convertirse en negro—. Canónigo Vázquez de Leca.

—No había reconocido a vuesa merced, don Mateo —se disculpa—. Ya pensé que no habría nadie después de este ajetreado día.

—Sí que ha sido larga la jornada, pero necesito reposar mis plegarias ante la Antigua —le digo—. Me basta con el tiempo que vos tardáis en cerrar las puertas.

Asiente y veo cómo se vuelve hacia sus tareas, pero me niego a marcharme sin conocer a esa enigmática dama que me dedicó una inclinación de cabeza bajo su capucha, invitándome a que la siguiera. Percibo el movimiento de la túnica entre las sombras que provocan dos largas y anchas columnas en el trascoro. La oscuridad no me deja

ver el interior de la capucha, aunque parece mirarme desde la lejanía. Se vuelve, dándome la espalda, y continúa caminando. No puedo contener el deseo que subyace en mi interior por descubrir quién es. Me atuso el pelo con la mano, me ajusto el jubón[1] y la sigo.

Medellín. Jueves, 19 de mayo de 1548

—Elvira… —le recuerdo susurrar en sus delirios.

He tenido que venir a su ciudad natal para ver con mis propios ojos que todo era tal y como el conquistador me relató.

La verja por la que vio a su amor por última vez antes de ser prendido. La tumba del comendador de la Orden de Santiago al que dio muerte. La casa de su padre Martín que tuvo que abandonar por embarcarse hacia las Indias.

De nada sirvieron sus estudios en Salamanca y que se doctorase en leyes.

El sueño de una vida cerca de su amada Elvira se disipó para siempre en esa primavera de 1504.

—Mi hijo Martín —me dijo Hernán—, como mi padre.

Pero aunque tenía dos hijos llamados Martín, yo sabía a cuál se refería.

—Esa gitana me agarró la mano… —me susurró—. Y lo vio todo.

Así me lo contó y así lo escribo.

En el muelle del Arenal, antes de embarcar en Sevilla, esa gitana vio su palma y le anunció que lucharía contra reyes y emperadores, que los vencería, que conquistaría y crearía nuevos pueblos, y que su nombre perduraría tanto tiempo como este mundo dure.

Me dijo Hernán que quiso saber si haría fortuna y la gitana le señaló al otro lado del Guadalquivir, allá por unos cerros altos cubiertos por algunos caseríos de un pueblo llamado Castilleja de la Cuesta.

—Maldigo la fortuna que venga de la sangre derramada —le dijo—. Aquel que mate por oro, por oro morirá sin poder llegar a tocar más que unas pocas monedas.

Se lamentó cuando le dijo que no volvería a ver a Elvira, pero que conocería el amor y tendría un vástago muy especial.

Hernán se volvió y clavó sus ojos encima de esos cerros y su cuerpo se estremeció cuando las nubes comenzaron a moverse hasta formar la siniestra silueta de un ataúd. El sol se precipitó, penetrando en la nube hasta conseguir que el atardecer se convirtiera en noche.

Y así lo escribe un servidor, Francisco López de Gómara, para que conste.

En Medellín, a jueves, 19 de mayo de 1548.

1 Prenda rígida, normalmente bordada, que cubría desde los hombros hasta la cintura.

3
Triana. plaza del Altozano

Los cuatro jóvenes se separan del flujo normal de personas que se dirigen al castillo de San Jorge, el de la Inquisición.

Nada más cruzar la plaza del Altozano, Marta pregunta a los chicos si están seguros de que van por el camino correcto. Añade:

—Todos los demás van en sentido contrario.

—No te preocupes —le tranquiliza Nacho.

Alfonso X el Sabio fue hijo de Fernando III el Santo, quien conquistó Sevilla en 1248. Guillermo, licenciado en Geografía e Historia, cuenta al resto de su equipo que Alfonso X tuvo una grave enfermedad en la vista y que sus rezos llegaron todo lo alto que él necesitaba para sanarse. Fatigado por la carrera, concluye:

—Para dar gracias a Dios por su cura construyó la iglesia de Santa Ana. La parroquia de Santa Ana.

Nacho relee el enigma: «Te hicieron encima porque hiciste que mis ojos sanaran y tu iglesia proclamara. Y te erigió el Sabio nacido del Santo, aquel que esta ciudad conquistara».

—Sin duda se trata de la iglesia de Santa Ana —confirma Guillermo.

A la izquierda, al pasar por delante de la capilla de los Marineros, Guillermo se santigua. Su fachada reflectante guarda dentro al Santísimo Cristo de las Tres Caídas y la Virgen morena de la Esperanza.

Poco después, al girar a la derecha por la calle Párroco Don Eugenio, se encuentran con la parroquia de Santa Ana, con una combinada mezcla de estilos y colores, rematada por una torre mudéjar que se ve desde toda Triana. El rótulo de la calle es reciente, cuando hace pocos años, tras el fallecimiento de este gran párroco, cambiaron el anterior, calle Vázquez de Leca, quien fuera bautizado en esta parroquia hace más de cuatro siglos.

Mateo Vázquez de Leca fue un joven galán con mucha suerte allá por la primera mitad del XVII. Sobrino del secretario del rey Felipe II, y siendo su tío canónigo de la catedral, se crio en el palacio arzobispal junto al cardenal Rodrigo de Castro. El propio rey le pidió al cardenal que no le faltara nada al joven Mateo, quien heredó de su tío los cargos eclesiásticos, además de una enorme fortuna y gran prestigio. Con apenas dieciocho años, se contoneaba por Sevilla siendo arcediano de Carmona y canónigo de la catedral de Sevilla.

Durante la breve pausa para recuperar el aliento y secarse el sudor,

frente la portada gótica original, Elena aprovecha para asomar su cabeza por una de las puertas y advierte al resto del grupo de que están celebrando misa.

—No podemos esperar —advierte Nacho, entrando en la iglesia.

En el altar mayor, el párroco se encuentra elevando la Forma. De rodillas, el sacristán a su lado, vestido con un alba, hace sonar una pequeña campanilla y un monaguillo, frente a la mesa donde consagra el párroco, agita un incensario. Tres tandas de tres golpes del incensario contra sus cadenas.

Los cuatro jóvenes clavan sus rodillas en la trasera de uno de los bancos cercanos al coro, en la parte más lejana del altar. Fingiendo rezar, esconden sus cabezas entre los demás feligreses.

—¿A dónde vamos? —pregunta Marta, en voz baja.

—El pergamino que habla de la cura de Alfonso X está en la capilla del Calvario —susurra Guillermo.

—¿Dónde está esa capilla? —pregunta Elena.

Guillermo señala a la derecha del altar, justo al lado de donde el párroco levanta un cáliz mientras resuena de nuevo la campanilla del sacristán y asciende el humo del incensario del monaguillo.

—¿Por qué no esperamos a que acabe la misa? —plantea Elena.

—Ni el párroco ni el sacristán nos dejarían entrar —advierte Nacho y, seguidamente, se levanta y comienza a caminar hacia la capilla.

Guillermo le recrimina en voz baja:

—Pero, ¿qué haces?

—Este es el Sacramento de nuestra Fe —pregona el párroco.

Para acceder a la capilla del Calvario, en la cabecera de la nave de la Epístola, tienen que cruzar la nave principal, justo en el momento en el que todos los feligreses que estaban arrodillados se empiezan a levantar.

—Anunciamos tu muerte —dice a coro el pueblo—, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!

El sacristán, cincuentón de faz morena y con escasez de pelo frontal, no les quita los ojos de encima desde que pasan detrás de los dos pilares laterales hasta que se escapan de su campo visual.

Guillermo rodea la pila bautismal y se asoma a la puerta entreabierta que hay justo debajo del Crucificado del Socorro que preside esta capilla del Calvario para corroborar que se trata de una solitaria sacristía. A los lados del crucificado hay varias pinturas murales y óleos sobre tabla de distintos siglos de antigüedad, pero con aspecto de haber sido restaurados recientemente.

Señalando el pergamino enmarcado y guardando silencio, Guillermo analiza la transcripción del cronicón original: *«Fizosse esta Eglesia de Señora Santa Ana de Triana anno de mil e doscientos e sesenta e seis. Estos perdones e graçias son los que el mui noble Rey Don Alfonso*

que Dios su anima perdone de los Padres Santos Apostolicos de Roma gano e de los Arçobispos e Obispos que aquideyuso los nomesdiranquando el aquestaEglesia a onor de la bienauenturada Señora Santa Ana mando facer…».

—¿Qué buscamos? —pregunta Elena, en voz baja.

—Supongo que una pista —le responde Marta, ensimismada con las pinturas.

—Este no es el sitio —advierte Nacho, analizando de nuevo el enigma en sus manos—: «Te hicieron encima porque hiciste que mis ojos sanaran y tu iglesia proclamara». ¿A qué se refiere con «encima»?

Guillermo agita la cabeza y mira hacia el techo gótico de la capilla.

—¿Qué hay debajo de esta iglesia? —pregunta Nacho.

—¿Una cripta? —pregunta Marta—. ¿Un columbario?

—Una cripta —afirma Guillermo y señala a la izquierda, mirando la nave de la Epístola—. Justo ahí.

Debajo de la parroquia, bajando por unos estrechos escalones, la cripta se muestra fría e inhóspita con varios altares. Dos blandones flanquean una pintura de la Virgen con el Niño Jesús en sus brazos y dos candelabros de cuatro velas cada uno iluminan una escultura en mármol blanco de la Virgen María de pequeña, de pie y con sus dedos entrecruzados a modo de rezo, junto al regazo de su madre Santa Ana. Según la ficha de la pared, esta escultura es una réplica de la que hay en la iglesia de Santa Ana de Jerusalén.

La palabra *Jerusalén* evoca recuerdos a Marta, que, en este caso, le conducen a esa iglesia medieval cercana a los muros de la ciudad vieja, junto a la puerta de los Leones y a la piscina probática de Bethesda.

—Está empezando la comunión —advierte Elena a los pies de las escaleras de acceso.

En el tercero de los muros de esta cripta rectangular, a la derecha de la escultura de mármol, hay un altar con un pequeño cuadro de la Virgen Inmaculada escoltado por cuatro pequeños candeleros.

—«Desde su nacimiento a su desembocadura, bajo el río Grande hasta Santa María de la Sede» —lee Nacho en voz alta.

Guillermo gira sobre sus pies y analiza el lugar:

—Nacho, ¿qué hacemos aquí?

—¿Tú que crees? —responde Nacho—. Pasamos al siguiente enigma.

—No creo que este sitio forme parte del juego —añade Marta.

—El párroco nos mata cuando se acabe la misa —avisa Elena desde la escalera.

Sin volverse, Nacho les dice que no pasa nada.

—Tú no conoces al párroco de Santa Ana —advierte Marta.

—El sacristán —puntualiza Nacho, golpeando con sus nudillos en la

pared junto a la escultura de mármol—. El que tiene malas pulgas es el sacristán.

Pensativo, Guillermo susurra:

—Bajo el río Grande…

—¿Qué significa eso? —pregunta Elena.

Los nudillos de Nacho golpean otro trozo de pared y el sonido que emite es exactamente el mismo que antes. Golpea en otro lugar y explica:

—El Guadalquivir. *Al-wadi Al-Kabir*: el río Grande.

Marta observa los golpecitos aleatorios de Nacho y le pregunta qué hace, sin recibir más respuesta que un siseo.

—Déjame los enigmas —pide Guillermo, con su mano extendida en dirección a un Nacho que apoya la oreja izquierda sobre el muro.

—Es evidente, Guillermo —susurra Nacho, golpeteando los alrededores del altar con la pintura de la Inmaculada—. Desde aquí, bajo el río Grande hasta Santa María de la Sede.

Marta, como un loro, simplemente repite:

—¿Santa María de la Sede?

—¿Qué es eso? —pregunta Elena.

Nacho deja de golpear y se vuelve:

—¿Estáis de broma?

—Es la advocación de la catedral de Sevilla —le explica Guillermo a las chicas. Y mirando a Nacho afirma—: Dudo que ese acertijo forme parte de la *gymkhana*. Dame el papel de los enigmas.

—Sé perfectamente lo que es Santa María de la Sede —le recrimina Marta.

—Tiene que haber una entrada —susurra Nacho, desgastando sus nudillos y golpeando distintas partes de las paredes de la cripta.

Elena sube un par de escalones y advierte de que hay que darse prisa, que la misa se está acabando.

—¿Una entrada? —pregunta Marta.

La oreja de Nacho se apoya en un trozo de pared distinto cada vez que sus nudillos golpean a escasos centímetros de su nariz. Guillermo se coloca en frente de él, dentro de su campo visual y le susurra:

—Buscas el túnel.

—¿Qué túnel? —pregunta Marta, sorteando su mirada entre los dos varones.

—Cuéntaselo —le sugiere Nacho a Guillermo, esbozando una sonrisa.

Guillermo sacude la cabeza:

—No me creo que me haya dejado convencer. Nacho, ese túnel es una leyenda.

—Sí, claro —responde Nacho, con sarcasmo—. Ese túnel era la única vía de escape a extramuros. Sabes tan bien como yo que ese

túnel existe.

—Pero no tiene por qué estar aquí —señala Guillermo.

Entre dudas, Marta termina preguntando:

—¿Ese túnel existe?

—Cuéntaselo —repite Nacho, de vuelta con su labor de golpeo y escucha en las paredes de la cripta.

—Es un mito, una leyenda —se reafirma Guillermo—. Un pasadizo por donde los cristianos podían escapar de la ciudad en caso de invasiones musulmanas. Cuentan que había túneles que comunicaban casi todas las iglesias de Sevilla con la catedral.

—¿Y cuál es la iglesia más antigua más allá de la muralla? —pregunta Nacho.

Resopla Guillermo y añade que eso son cuentos para niños. Nacho se detiene, vuelve a golpear en el mismo sitio y su rostro deja escapar una expresión de asombro.

—¿Qué pasa? —pregunta Marta.

—Ayudadme —insta Nacho, quien comienza a empujar la pequeña peana a modo de altar bajo el cuadro de la Inmaculada, después de colocar los cuatro candeleros en el suelo, sin apagarlos y con cuidado de no derramar la cera.

—Paso de tus locuras —suelta Guillermo.

Elena abandona su puesto de vigilancia y le ayuda hasta que la peana se desplaza unos centímetros y entonces echa a andar con relativa facilidad, dejando a la vista una puerta de madera vieja incrustada en la pared, cerrada con una cadena oxidada y un candado.

Nacho se vuelve y suelta:

—¿Quién está ahora loco?

◊ ◊ ◊

Hay unas botellas pequeñas de agua empaquetadas en el suelo para los participantes, junto a la mesa del punto de control #7 de la plaza de San Lorenzo. Sentados y con camisetas iguales, una chica toma nota mientras su compañero revisa la hoja de pruebas del grupo 237. Empieza a notarse el aumento en el flujo de gente a estas horas de un sábado, sobre todo por la cantidad de fieles que quieren ver al Señor de Sevilla. De la parroquia de San Lorenzo, junto a la basílica del Gran Poder, sale Germán, intrigado por el alboroto de la plaza, con jóvenes corriendo de un lado para otro. Con sus cuarenta y cinco años, su curiosidad le lleva a merodear y descubrir que los organizadores de la *gymkhana* han elegido el monumento a Juan de Mesa como destino de una de sus pruebas.

—Las preguntas 1, 3, 4 y 6 son correctas —dice el chico del punto de control mientras la chica hace una serie de anotaciones—. Entregan

un dólar, tres hojas de laurel y un huevo… —lo golpea contra la mesa —… duro. Es correcto.

—Falta el sello de Cervantes —expone el interventor, algo mayor que los jóvenes de la mesa, en pie y detrás de ellos.

—Aún os queda tiempo —dice el chico devolviéndoles un registro sellado con lo que han entregado—. Podéis depositarlo en el siguiente punto de control.

Los componentes del grupo 237 toman el registro y echan a correr.

El teléfono móvil de Germán empieza a sonar. Se aparta y contesta:

—Diga.

La voz estática del auricular simplemente dice:

—Han bajado.

4
Triana. Parroquia de Santa Ana

El candado y la cadena que cierra la puerta oculta tras el altar de la cripta tienen restos de años representados en su forma material de óxido anaranjado y rugoso. La madera de la puerta presenta un enorme salpicado de pequeños agujeritos por toda su superficie, prueba evidente del paso de xilófagos en su ciclo vital de alimentación. Por su aspecto, más de uno de los cuatro componentes del equipo que se encuentran en el subsuelo de esta iglesia de Santa Ana se pregunta si se abrirá con una simple patada.

Elena, con fascinación, pregunta:

—¿Es el túnel?

Nacho se gira y agarra una de las velas. Sopla y la apaga:

—Habrá que averiguarlo.

Y entonces le atiza un golpe al candado que suena más fuerte de lo esperado. Tose para eclipsar el sonido y vuelve a golpear.

—Pero, ¿qué haces? —se indigna Guillermo—. Eso tiene doscientos años.

—¿La plata?

Según Nacho, la plata no tiene edad sino falta de limpieza. Vuelve a golpear y el candado, la cadena y todo el óxido caen al suelo de la cripta.

—No puedes cargarte la historia de esta ciudad de un plumazo —le recrimina Guillermo algo irritado, pero curioso a la vez.

Cuando Nacho empuja la puerta, el hueco tras ella es lo suficientemente oscuro como para no llegar a ver más allá de metro y medio. Nacho da el primer paso para entrar en el túnel, se gira hacia Guillermo y manifiesta:

—No me cargo la historia. Estoy escribiéndola.

Le pide una de las velas encendidas que yacen en el suelo para intercambiarla por la suya apagada y machacada. Una vez con ella en la mano, bajo la penumbra del túnel, le dice a Guillermo:

—¿Piensas quedarte ahí fuera como espectador?

◊ ◊ ◊

El párroco de Santa Ana sostiene la última Forma redonda en sus manos, frente a una feligresa que difícilmente consigue abrir su boca sin temblar:

—El cuerpo de Cristo.

—Amén.

A su lado, el sacristán de Santa Ana, que sostiene la patena para que no caiga ni una sola partícula de la Hostia Consagrada, no pierde de vista dos frentes: la capilla que conduce a la sacristía con el grupo de jóvenes que entraron hace unos minutos vistiendo pantalones cortos y su monaguillo que ha desaparecido a su derecha.

Cuando un alba no tiene aperturas en los laterales, a la altura de la cintura, hay que levantarse y remangarse toda la prenda para poder alcanzar el bolsillo de los pantalones. Es lo que tiene que hacer el monaguillo, subirse el alba a escondidas en la capilla lateral, escabulléndose del párroco y sacristán durante unos segundos hasta conseguir hacer su aviso por el móvil y guardárselo de nuevo en el bolsillo de sus pantalones vaqueros, remangados en sus tobillos, para que, al caer el alba, no se vean más que sus calcetines y zapatos negros.

Al volver al altar se topa con el sacristán. De frente.

—¿Dónde te habías metido?

—La alergia me está matando —dice el monaguillo, refregándose la manga del alba por la nariz.

—Ayuda a misa si no quieres que te mate yo.

◊ ◊ ◊

La calle Pelay Correa es la que puerta por la que sale de la iglesia, con el azulejo de la Pastora de Triana a su izquierda, hasta rodear el 4x4 azul marino aparcado en la plazuela de Santa Ana, junto al bar Bistec, para acabar sentándose en el asiento del copiloto.

—Están dentro —le dice Víctor al espejo retrovisor.

Los ojos que se reflejan en el espejo son fríos y calculadores, cansados por el paso de más de cincuenta y tantas primaveras sevillanas, que también han hecho presencia en el grisáceo flequillo caído hacia la izquierda, sobre la frente arrugada y seca de Carlos Vidal.

Al volante, Paulo espera, mirando también por el espejo retrovisor, sin saber si tiene que arrancar el vehículo. Seis ojos que se cruzan triangularmente, unos con otros, sin hacerlo de manera directa.

Carlos Vidal se humedece los labios antes de preguntar:

—¿Lo tienes localizado?

Sobre sus rodillas, Víctor toquetea en la pantalla de una tableta portátil de reducidas dimensiones:

—Por el momento sí.

Dos señales, una roja y otra verde, parpadean estáticas en la pantalla. En ambas, una circunferencia concéntrica a cada uno de los

puntos aumenta y disminuye de tamaño. Al ampliar la imagen en la pantalla se localizan las calles con mayor precisión, dejando la señal verde situada en el interior de la iglesia y la roja en la confluencia de dos calles.

—Atentos —advierte Paulo, tras el volante, visualizando en el espejo lateral el reflejo de un policía local que se acerca por su lado izquierdo.

—Buenos días —saluda el agente—. Aquí no se puede estacionar.

Paulo asiente y arranca el todoterreno. El agente continúa su trayecto hasta encontrarse con su compañera unos metros por delante, quien multa un vehículo aparcado en un lugar reservado para personas con movilidad reducida.

—¿Me quedo aquí? —le pregunta Víctor al espejo retrovisor.

Carlos Vidal sacude la cabeza y le pide que no separe sus ojos de la pantalla:

—Demos una vuelta por el barrio para darles tiempo.

◊ ◊ ◊

—Si perdemos cobertura… —arranca Nacho diciéndole a Elena, desde el interior del túnel, bajo las sombras que provoca la llama ondulante de la vela.

—¿Tú no vienes? —le pregunta Marta a Elena, desde dentro del pasillo oscuro junto a los chicos apenas iluminado por tres pequeños puntos de luz.

Nacho parece tenerlo todo controlado:

—Alguien se tiene que encargar de que todo quede intacto en la cripta.

—Os veo en la salida —apunta Elena, empujando la peana a modo de altar y tapando el hueco.

—Pero, ¿en qué salida? —pregunta Guillermo, dejando de ver la cripta de Santa Ana y sumergiéndose en la penumbra de las velas.

Una vez que la peana ha vuelto a su lugar, la oscuridad del pasadizo se combina con el silencio y la humedad de manera muy sugestiva. Son varios los grados que ha descendido la temperatura y que las llamas sigan ondeando es un buen indicio de que hay oxígeno presente. Al menos, eso es lo que advierte Nacho.

—Lo tenías planificado desde el principio —arranca Guillermo.

Nacho echa a andar el primero, aunque les sugiere a sus dos acompañantes que no se queden atrás. Que deben mantener las tres llamas lo más juntas que puedan.

—¿Por qué? —pregunta Marta.

—Ratas.

Sin quedarse rezagado, Guillermo se agrupa y le pregunta:

—¿De verdad te crees que este túnel va a cruzar por debajo de todo el río Guadalquivir?

—Si no tuvieras tus dudas, te habrías quedado en la iglesia. Además, los dos sabemos que este no es el verdadero Guadalquivir.

Los primeros escalones no se hacen esperar, para descender unos ocho metros por debajo del nivel de la cripta. Hay que tener cuidado al pisar, porque la tierra cruje a cada pisada y al menor descuido puede resbalar la suela de las zapatillas deportivas. El tono de la tierra, sea cual sea en la realidad, ahora es naranja, bajo la luz de las tres marías.

Lo cierto es que las acepciones de la palabra *maría*, oficiales o extraoficiales, son muy variadas, a pesar de ser el nombre de la madre de Jesús, el hijo de Dios. En este caso, aunque originariamente una maría sea la vela blanca que colocamos en lo alto del tenebrario, las velas individuales en base de plata que se colocan en los altares también se llaman maría. Como estas tres marías que iluminan el tenebroso pasillo.

Un sonido grave y cimbreante detiene el caminar de los jóvenes, quienes por el estruendo miran atrás, a los lados, se miran entre ellos, apoyando sus manos libres en las paredes de las escaleras del túnel buscando equilibrio mientras se espolvorea tierra sobre sus cabezas.

—¿El metro? —pregunta Guillermo y Nacho asiente. Sacude su pelo y levanta su mirada—: No soporto las arañas.

Observando las telarañas del techo, Marta pregunta:

—¿Creéis que alguien habrá estado aquí en los últimos…?

—¿Doscientos años? —acaba Nacho—. Lo dudo. Estarían las paredes llenas de pintadas, grafitis o rayones.

◊ ◊ ◊

Suele ser inquietante el momento en el que uno está deseando que todo se acabe y los segundos parecen dilatarse en la línea de tiempo.

Nada más finalizar la Comunión, el párroco limpia el cáliz con el purificador, dobla con esmero el paño y lo coloca encima, junto con la palia y la patena. Tanto monaguillo como sacristán se mueven por el altar de un lado al otro guardando distintos objetos litúrgicos: vinajeras, naveta, incensario, cáliz, patena, palia.

Y entonces el párroco se sienta en el sillón central, acompañándolo el sacristán a su derecha y el monaguillo a su izquierda. El sacerdote deja caer su cara sobre la mano derecha, cuyo codo se clava en el brazo del sillón, cierra los ojos y respira sonoramente.

El sacristán le mira con impaciencia, deseando que despierte de su letargo. Son los segundos más largos de una misa a la que únicamente le quedan los ritos de despedida: la bendición, despedida y envío, sin

canto final.

El sacristán carraspea y, viendo que el párroco continúa en la misma posición y con sus ojos cerrados, susurra:

—Don Anselmo.

Abre sus ojos y, sin separar su cara de la mano, observa a su sacristán, que añade:

—Tenemos un bautizo.

5
Triana. Martes de Carnaval. Tasca El Duende

Martes, 19 de febrero de 1602

—¿Quién le ha dicho que debe abandonar Triana antes de que caiga el sol?

Trago vino aguado y le respondo a la más bella moza del lugar que el Señor me requiere allá por dentro de los muros. Sus ojos los rodea un pequeño antifaz y su rostro lleva tantos potingues encima que difícilmente uno podría identificarla incluso sin tanto vino encima y con algo más de luz.

La muchacha vierte de la jarra en mi vaso y se ríe:

—Pues bien lejos andáis y las puertas cierran en poco.

—Como todos los que creen que dentro de esos muros estarán a salvo.

La máscara esconde mi ser. Me hace invisible y poderoso en tan desacertado lugar. Al alba me castigaré con oraciones y promesas de no volver a pisar bodegones de tal espanto, aunque me arrastren de los pies y la nuca se me llene de barro y heces de animales.

—Si el sitio es de buena gente y la festividad la razón —le digo—, válgame un escudo que no me he equivocado de lugar. Mas el tiempo es quien muere en las puertas de Sevilla.

La moza mira el gentío del bodegón repleto de risas, voces altas y jolgorio, sin que le haga falta preguntarme si esa es la buena gente a la que me refiero. Toda la estancia se mueve en exceso y toda cara se cubre con una máscara o antifaz. Al menos así lo percibo cuando me froto los ojos por dentro de los orificios de mezcla de cartón y cola coloreada que esconde mi rostro.

Las mascaradas, en este último martes de Carnaval, hay que buscarlas fuera de los muros, en Triana. Y más vale que uno se olvide de entrar en tabernas o en festejo privado si los atuendos no son los propios para esta noche, en la que don Carnal será derrotado y mañana, Miércoles de Ceniza, empezará a reinar doña Cuaresma.

En Santa Ana recibí el bautismo, y bien sé que en este barrio hay que custodiar cerca la bolsa, porque un simple despiste le puede costar a un mercader los maravedíes de una semana. El bodeguero echa a patadas a varios niños piojosos que se arriman a las tablas donde se

sientan necios comerciantes tan relajados como distraídos. Si huele a vómito es porque la suciedad acumulada no es capaz de neutralizarla.

—La máscara no os oculta los suficiente, don Mateo —me dice la moza de corsé bajo, blusa amplia y pechos casi descubiertos, aunque con rostro bien oculto tras un antifaz blanco de adornos burdeos que le cubre desde el comienzo del pelo hasta la mitad de sus mejillas.

Yo siseo. Sonrío. Siseo de nuevo. Dejo de sonreír escrutando mi alrededor.

—No debéis preocuparos —me dicen sus labios rojos y carnosos mientras rellena mi vaso—. ¿Quién se atrevería si supiera quién sois vos?

Cuesta una fortuna acallar las bocas y, aunque mis debilidades no pasan del buen comer y beber, debo aclarar que lo que cuentan como romances no va más allá de la amabilidad y la galantería. Pero en esta ciudad todo es habladuría, y mucho más si uno es canónigo de nuestra Santa Iglesia Catedral y arcediano de Carmona, además de llamarme igual que mi difunto tío, Mateo Vázquez de Leca.

Dejo de mirar enderredor y suelto cuatro maravedíes sobre la madera que ella rápidamente recoge en su enagua.

Al rancio sabor del vino debo añadirle la saturación de perfumes dispares que se mezclan con el sudor de los portadores de los muelles, ya en el final de la jornada. Además, la respiración se hace sofocante bajo la máscara, de la que tiro levemente para separarla de la cara y conseguir que entre el tallo de caña para beber sin descubrirme en demasía.

Teresa. Ahora recuerdo su nombre. Le hago una señal para que se acerque y le musito que ando buscando un lugar.

—Conozco muchos lugares, don Mateo. La mayoría por este arrabal.

Yo le susurro que busco unos pasadizos por debajo de las casas.

—Las casas tienen sótanos de almacenaje, pero ningún pasadizo que conozca.

—Me preguntaba si esos sótanos se comunican entre sí.

—Resulta curioso —me dice Teresa, esbozando una sonrisa—. La catedral es un lugar que aún no conozco.

—Abierta está para rezar —le replico.

—No soy mucho de rezar con gente en derredor.

Yo sonrío, aun sabiendo que la máscara me cubre los labios, pero seguro que se ha percatado por las arrugas en mis ojos.

—Está bien. Te enseñaré personalmente la catedral —le prometo—. Pero a cambio, averíguame si Santa Ana o cualquier taberna se comunica con alguna de las casas grandes de este lado del río.

Teresa me guiña el ojo bajo su antifaz y rellena mi vaso. Da media vuelta y se marcha hacia los barriles del fondo mientras la sigo con mi

mirada.

Lo siguiente que siento es un tirón brusco de la ropa en mi espalda que me tumba al suelo.

—Buscad en el Compás —me grita el tipo con barba y antifaz negro desde arriba—. Allí tenéis quien vele por vuestra alma. Aquí nosotros velamos por ellas.

El siguiente golpe, o lo que intuyo que es un golpe, me aleja de este mundo.

◊ ◊ ◊

Sevilla. Collación de Santa María la Mayor
Miércoles de Ceniza, 20 de febrero de 1602

El dolor de la mandíbula se complementa perfectamente con la mancha amoratada de la mejilla. Sobre mi escritorio, la máscara destrozada parece haber sufrido idéntico destino que el reflejo que me devuelve el espejo. No me encuentro bien, eso diré. No es conveniente dejarme ver con esta cara en la Santa Misa, junto a los demás canónigos, y que el propio arzobispo me imponga la ceniza en la frente.

Hoy es día de ayuno, abstinencia de la carne y arrepentimiento. Un día de contemplación de las transgresiones.

«El día perfecto», me digo en mis pensamientos.

En un primer momento, pensé en no quedarme en mi casa de la calle de Bayona, pero, estando tan cerca del palacio arzobispal, mejor sería encerrarme en su biblioteca, que seguro que hoy está vacía con la solemne inauguración de la Cuaresma, y avanzar en mis indagaciones. Pero pronto se disipó dicho pensamiento si quería evitar preguntas sobre mi estado, por lo que mandé llamar a mi fiel ayudante, el joven Diego de Llanos, y él mismo sería quien me trajese los libros que necesitaba.

Se supone que hoy es día de contemplación y de oración, aunque no está mi cabeza para mucho arrepentimiento. Por eso he convertido la mesa de mi comedor en un mar de pergaminos y libros desplegados, anotaciones y dibujos. Al fin y al cabo, poco uso ordinario iba a requerir la mesa en un día de ayuno.

Los golpes en la puerta me hacen ceñirme el batín y echarme un trapo a la cara antes de averiguar que se trata de mi ayudante y entornarla, sin dejarle pasar:

—Don Mateo, ¿se encuentra bien su merced?

—El cuerpo es frágil y hoy me he levantado entre ardores y náuseas —le digo, tras el trapo con el que intento ocultar el moratón de mi rostro. Toso un par veces y observo cómo el joven Diego retrocede levemente—: ¿Pudiste entrar sin problema?

Diego estira un par de grandes libros entre el hueco de la puerta:

—Una empresa no difícil si uno va en su nombre. ¿Querrá que le excuse?

Me echará en falta incluso antes de la procesión de salida hacia el altar. El cardenal arzobispo Fernando Niño de Guevara no me deja pasar una, me tiene constantemente vigilado y me llama a capítulo cada vez que la rumorología popular menciona mi nombre. Son otros tiempos, desde que me vine a esta casa de la calle de Bayona y abandoné el palacio arzobispal, tras la muerte de su predecesor, Rodrigo de Castro, de lo que hará dos años el próximo septiembre.

Fuerzo la tos y le explico a Diego:

—Hazle llegar a su Eminencia Reverendísima mi deplorable estado, que aguardaré todo el día en cama cumpliendo ayuno y bien rezaré en arrepentimiento de mis pecados.

—De tal modo será, don Mateo —me asiente el joven Diego. Husmeando a través de lo poco que puede ver, me pregunta—: ¿Quiere que le lleve su capa a las hermanas del convento para que la adecenten?

Giro mi cabeza, sin retirar el trapo de mi boca, y me percato de la capa sobre un taburete, llena de polvo, arena y tierra.

—No es necesario —le digo, volviéndome hacia Diego, quien asiente y se marcha por donde la calle de Bayona conduce a las Gradas.

Como hijos de Dios, cada acto debe reflejar nuestra confianza plena en Él como Padre, implica vivir según la verdad. Yo acabo de esconderme detrás del octavo mandamiento para evitar dar las explicaciones de mis otras mentiras.

Si en la collación de San Esteban cuentan que vieron al canónigo Vázquez de Leca riendo con varias mujeres sin más compañía que varias copas de vino, yo digo: mentira.

Si en San Bartolomé se dice que don Mateo, el protegido del arzobispo Rodrigo de Castro, apostaba fuerte con juegos de cartas entre fulleros de baja alcurnia, yo digo: mentira.

Si algún charlatán por Santa Catalina va diciendo que el arcediano de Carmona bebe tanto vino como aquel que se almacena en los sótanos del mismísimo arzobispado, yo digo: mentira.

Si corre la voz por San Vicente de que un tal Mateo va por ahí deshonrando a cuantas mujeres se ponen por delante, yo digo: mentira, mentira y mentira.

Son cosas con las que hay que vivir en esta ciudad. Nadie se escapa

a ser presa de algún bisbiseo o de algún poema satírico que se reparte como panfletos a escondidas en las puertas de las iglesias.

El pergamino que tengo extendido delante de mis ojos está sujeto en sus esquinas por dos libros, una taza de barro y un tintero. El dibujo a carboncillo muestra una silueta de la ciudad amurallada de Sevilla, vista desde los cielos, con sus puertas y postigos. En el interior de la ciudad no dibujan viviendas, sino que varias cruces marcan la posición de las iglesias en las distintas collaciones. Varios trazos unen unas iglesias con otras, algunas con la catedral y otras se pierden en la nada. Sé que no son calles puesto que conozco todos los recodos que debo coger entre San Lorenzo y Omnium Sanctorum, o desde San Marcos hasta San Juan de la Palma. Podría cerrar los ojos y atravesar la judería de Santa Cruz casi sin tener que palpar los muros de sus estrechas callejuelas.

Con el dedo, sigo uno de los trazos, desde la cruz más grande que marca la catedral hasta la Torre del Oro, junto al Guadalquivir. Mi dedo atraviesa el río hasta la única cruz que hay en la otra orilla, donde me bautizaron de pequeño como Mateo en la iglesia de Santa Ana.

—Puede que tenga sentido… —me susurro.

Ni con influencia es fácil acceder a ciertos documentos, como a los de Hernán Ruiz el Joven sobre el estado del conjunto de la muralla y las reformas que realizar en las puertas y defensas ante las avenidas del Guadalquivir. Siempre queda la copia a mano alzada, aunque la pintura no fue uno de los dones que me concedió el Todopoderoso.

Son días en los que disponer de un balón[2] de papel es un lujo tal como disponer de carne fresca y buenos quesos. El mejor de los papeles es el de Génova, aunque el francés es también muy bien considerado. El mejor sitio para adquirirlos es donde hay que arrimarse poco y siempre en buena compañía, pero donde se truecan las mercancías más preciadas y codiciadas: el puerto de Sevilla.

Ya sea antes de levar anclas para partir como justo después de arribar al muelle se convierte en el mercado más variopinto y surtido de productos a los que más vale acceder mediante el pago de unos reales de más y no tener que moverse por zonas frecuentadas por avispones[3], tahúres[4] y ladrones.

Mi dedo, sobre el pergamino en la mesa de mi comedor, busca por la calle de la Cava, calle de la Cruz, Carreteros y Sumideros, por los alrededores de la iglesia de Santa Ana.

—Si los hay al otro lado del río…

Todos los trazos que hay en el interior de las murallas de Sevilla, entre cruces, entre iglesias, por casi todos los lados de la urbe, no son calles. Las bifurcaciones me llevan a pensar en una segunda ciudad a varios metros bajo el suelo cuyo objetivo original no era otro que

disponer de una vía de escape.

El Rey Santo, Fernando III, desde la reconquista, siempre temió un posible ataque, y en prevención se cavaron túneles y pasajes por toda la ciudad, incluso hasta extramuros.

En un primer momento, ese fue el origen de mi interés: entrar y salir de la ciudad sin cruzar puerta o postigo. Pues ya fueron demasiadas bocas las que pregonaban haber visto a este canónigo por la puerta del Arenal bien entrada la noche.

—No os descubráis, don Mateo —me dijo un alguacil, cuando me acerqué una noche a la puerta para entrar en la ciudad. Y haciendo una leve inclinación de cabeza me esputó—: Buena capa siempre os cubre a vuesarced[5].

Y así fue como uno termina priorizando, porque más vale capa sucia del roce con las paredes de tierra que cientos de explicaciones y palabrerías. Así dieron mis manos con estos planos con los subterráneos de la ciudad. Sabía que existía cómo ir de la catedral a los Reales Alcázares sin tener que salir por la puerta de San Cristóbal ni entrar por la puerta del León. También sabía que para atravesar del palacio arzobispal a la catedral no era necesario transcurrir por la plaza, sino por debajo de ella sin encontrarme con el pueblo. Así es como encontré el pasaje que desde la catedral pasaba por debajo de la Torre de la Plata hasta la Torre del Oro, en extramuros.

Pero, una vez solucionado lo primero, ahora mi objetivo es bien distinto. Pues bien me temo que estos planos no están renovados o en mi dibujo se fueron algunos trazos, ya que en mi mente revolotea una pregunta como si de una leyenda se tratara: ¿existirá aquel túnel que cuentan que atraviesa por debajo del río Grande?

---

2 En el siglo XVII, el papel se almacenaba en balones. Un balón de papel tenía veinticuatro resmas y cada resma contenía quinientas hojas.

3 Personas encargadas de vigilar durante el día qué cosas y a quién se le podía robar por la noche.

4 Jugador fullero.

5 Metaplasmo de «vuestra merced», que, con el tiempo, terminaría derivando en «usted».

6
Triana. Subsuelo de la parroquia de Santa Ana

La maría de Guillermo ilumina el suelo de los escalones delante de ellos para verificar que no hay pisadas y que se parece a la tierra batida de Roland Garros antes de que los tenistas y jueces pisen por primera vez todo ese polvo de ladrillo y arcilla.

—Aún no hemos llegado al nivel del río —advierte Guillermo.

—Empiezas a interesarte —sonríe Nacho.

—No soporto que jueguen conmigo —puntualiza Guillermo—. Tú no tenías la más mínima intención de participar en la *gymkhana*, vernos después de tanto y terminar tomando unas cervezas como me dijiste por teléfono.

—Yo me había hecho ilusiones con Cancún —añade Marta.

—Un historiador y una restauradora —suelta Nacho—. Qué mejor premio que la historia.

El final de las escaleras conduce a otro pasillo y este a otro tramo de escalones que termina ensanchándose un par de metros a cada lado, mostrando un habitáculo sin salida. Las tres marías iluminan cada rincón esperando localizar la continuación del túnel, pero no hay más que una placa de mármol sobre la pared frontal. En las paredes laterales hay dos excavaciones a la altura de la cintura, una a cada lado, sin absolutamente nada más que restos de polvo y tierra encima.

—Son sepulcros —certifica Marta, pasando su mano levemente por encima de los restos de arena—. Aunque no hay restos de huesos.

—Hay símbolos rayados en la pared —asegura Guillermo, acercando la luz de las velas. Algunas flechas curvadas y rombos sin ningún orden aparentemente definido.

—Trasladarían los restos—añade Nacho. Señalando con el mentón la placa de mármol de la pared, pregunta—: ¿Pone ahí quiénes eran?

Guillermo deja de alumbrar los símbolos y se acerca hasta la placa, iluminando línea por línea el texto del mármol, ya que no hay suficiente luz para verlo al completo.

—Sujeta —le solicita Nacho a Marta, extendiéndole su vela. Saca su teléfono móvil y, pidiéndole a Guillermo que se aparte un momento, hace una foto al mármol.

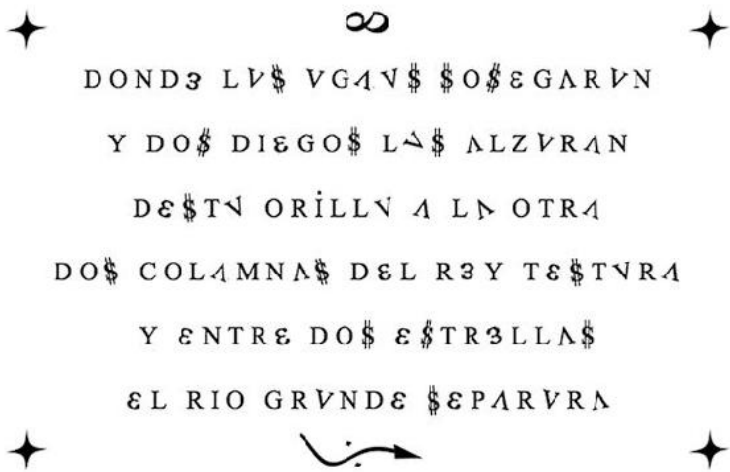
El *flash* ilumina el lugar, blanqueando lo anaranjado por una fracción de segundo. En la pantalla del teléfono móvil que Nacho le extiende a Guillermo se puede ver la placa con el texto al completo:

—Ahí tienes.

—No consigo leerlo bien —confiesa Guillermo.

Marta asoma su cara mientras Guillermo amplía algunas partes del texto.

—Algunas uves no tienen sentido, pero sí que lo tendrían al revés, como una a —asegura Guillermo, achicando la imagen para se vea completa.



—¿Qué significa? —pregunta Nacho—. ¿Por dónde sigue el túnel?

—No habla del túnel —le advierte Guillermo—. Estás obsesionado.

—Ya te he demostrado que existe.

—¿Ese túnel? —señala Guillermo hacia atrás—. Nos hemos metido en el pasadizo de una cripta que lleva al mausoleo de Dios-sabe-quién-fue-enterrado-aquí. Y *aquí* se acaba todo.

—Sabes perfectamente que este es el túnel.

—Nacho, céntrate —trata de tranquilizarle Guillermo, agarrando sus hombros—. ¿Acaso crees que hace quinientos años o más iban a ser capaces de cavar por debajo del río?

Nacho le mira amenazante y Marta coge el teléfono para leer el texto de la placa. Guillermo añade:

—¿Cuántos años se han tirado para hacer el túnel del metro?

—No es lo mismo.

Marta, con su mirada fija en el texto del teléfono móvil, pregunta:

—¿Por qué brilla este punto?

—Será un reflejo del *flash* —suelta Guillermo, sin darle mayor importancia.

—Déjame ver —dice Nacho, agarrando el teléfono en posición horizontal, separando sus dedos índice y pulgar sobre la pantalla para ampliar la imagen.

En medio del texto, un punto sobresale de manera brillante respecto al resto de tinte grisáceo oscuro que cubre las incisiones de

corte triangular que se esculpieron para crear algunas de las letras. Otras letras sobresalen del mármol, como si hubiera correcciones en el tiempo.

—Hay letras esculpidas y otras insertadas —verifica Marta acariciándolas.

Nacho levanta su mirada intentando localizar el punto brillante del teléfono en el texto original, en el mármol de la pared, pero hay demasiada oscuridad, por lo que tiene que acercarse, extendiendo su brazo con la maría iluminada en su mano.

Guillermo coge el móvil y lo desliza sobre una de las frases de izquierda a derecha al mismo ritmo que Nacho mueve la luz de la vela.

—Es ahí —asegura Guillermo, deteniendo su movimiento—. Es el punto sobre la i. Mejor dicho, es la única i que tiene un punto encima.

Nacho pasa los dedos de su mano libre sobre los surcos de las letras y sobre ese punto que destellaba en la imagen del teléfono móvil. El punto sobre esa letra i no está esculpido hacia dentro del mármol como algunas letras, ni sobresale como otras, más bien se encuentra al mismo nivel que la piedra pulida.

—No está tallada —verifica Nacho, quien saca una moneda de su riñonera y hace chocar su canto contra el mármol y luego contra el punto sobre la i.

El sonido es distinto. Vuelve a dar un par de golpecitos con su moneda en el mármol y otros dos contra el punto de la i, dejando patente que el sonido y el eco suenan de manera diferente en el silencio del habitáculo solitario en el que se hayan.

—Es metálico —corrobora Guillermo, pasando un dedo sobre la superficie.

Nacho saca de su riñonera una navaja multiusos y extiende su hoja que queda brillante, iluminada por la llama. Añade:

—Solo hay una forma de averiguarlo.

La punta de la hoja de la navaja cava circularmente entre el mármol y el punto de la i, hasta que al cabo de varias vueltas hay holgura suficiente para hacer palanca. Nacho flexiona la hoja de la navaja y, tras un chasquido, el punto emerge volando para acabar detrás de los jóvenes sobre la tierra. Tienen que acercar mucho la luz de las velas hacia el suelo y palpar la tierra para encontrar lo que ha salido despedido.

—Aquí está —advierte Marta, al dar con ella en el suelo.

Las tres marías iluminan la mano de Marta, quien frota el círculo metálico proveniente de la i con sus dedos para retirar los gránulos de tierra. Deja ver una cara y la otra de lo que resulta ser una moneda de un tamaño similar a las actuales de dos euros, como de unos veinticinco milímetros de diámetro.

En una de las caras de la moneda hay un escudo de dos castillos y dos leones, alternos en dos filas dentro de unos cuadros, y bajo ellos, en el centro, se vislumbra débilmente una granada. En el contorno parecen identificarse las letras «CAROLVS ET IOHANA REGES», junto con algunos adornos en la parte superior y letras sueltas en los laterales del escudo. En la otra cara de la moneda, se aprecian dos columnas coronadas y la palabra «HISPANIARVM» entre parte del texto en latín que rodea el contorno.

—¿De qué época es? —pregunta Nacho arrodillado, con curiosidad.

—No estoy seguro —dice Guillermo, examinando con detenimiento el anverso y reverso de la moneda—. Pero diría que se parece mucho a los reales de plata de la etapa colombina.

—¿De plata? —pregunta con asombro Marta.

—No fastidies —exclama Nacho, cogiendo la moneda y acariciándola con sus dedos—. ¿Cuánto puede valer hoy en día?

◊ ◊ ◊

Mientras el párroco se está desvistiendo del alba en la sacristía, el sacristán aprovecha y, aún con la sotana y el roquete blanco, desciende los escalones que conducen a la cripta. En una primera visual, todo parece normal. Pasa la mano por encima de uno de los altares echando en falta algunas velas. Luego se agacha, delante de uno de los extremos del pequeño altar con el cuadro de la Inmaculada.

Los desgastados dedos del sacristán acarician, sobre el frío mármol del suelo, unos rayones. Observa la parte de la madera del retablo en contacto con el mármol y algunas astillas parecen haberse soltado recientemente ya que aún yacen cerca de la arañada piedra pulida.

—Don Julián —llama con voz suave el monaguillo desde la mitad de las escaleras de la cripta, también aún con su sotana y roquete. El sacristán gira su cabeza bruscamente y el monaguillo añade—: Don Anselmo pregunta por el crisma.

El sacristán, don Julián Moreno, se incorpora lentamente aún sumergido en sus pensamientos. No había perdido detalle de cuanto pasaba en su parroquia desde el momento de la consagración, cuando vio entrar al grupo de cuatro jóvenes.

—No dejes que nadie entre ni salga de esta cripta hasta que yo vuelva —le advierte toscamente al monaguillo.

—¿Qué no salga nadie? —pregunta el monaguillo mientras el sacristán pasa sin mediar palabra por su lado—. Pero si no hay nadie aquí dentro.

◊ ◊ ◊

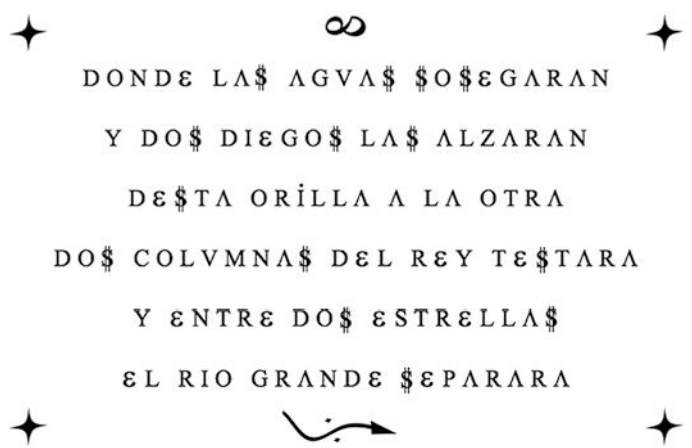
—Están al revés —indica Marta, absorta en la lápida de mármol en lugar de la moneda que admiran los chicos, advirtiendo que varias uves y «Λ» están al revés.

—Os lo he dicho antes —repite Guillermo—. Podrían ser V o A.

Igual sucede con varios 3 que sí tendrían sentido como la letra griega épsilon, ε, similar a la letra E. Guillermo le pregunta por las eses.

—Son como el símbolo del dólar —responde Nacho, pasando la mano a ras del mármol—. Esas letras están en relieve.

Los dedos de Nacho fuerzan una de ellas y, tras vencer la oxidación, cede y gira para terminar siendo una épsilon en lugar de un tres. Guillermo gira una uve y Marta una ese. Y así una y otra y hasta la última. Finalmente, se puede leer:



Y entonces suena. Es un crujido similar al que te despierta por la noche cuando parece que el niño de tu vecino acaba de dejar caer una caja de canicas. Las letras en relieve, las que sobresalen del mármol, empiezan a babear una especie de líquido incoloro. Nacho acerca su cara y verifica que es agua, aunque con olor a río.

—¿Río? —se escandaliza Guillermo, quien observa como salta de la pared una V o una Λ dejando un orificio del que sale un leve chorrito de agua.

Y luego saltan una $ o un 3, o quizás fuera una épsilon entre un manantial de agua, pero la frecuencia en la que empiezan las letras a separarse del texto va en aumento y a ninguno de los jóvenes les da tiempo a contar la más de una docena de agujeros por los que emana agua, impregnando la cavidad, no solo de barro en el suelo, sino de un olor de bacterias y algas característico. Y entonces es cuando salta el primero de los cuatro pernos que sostienen la lápida contrala pared, dejando salir un caudal considerable que les llega hasta las zapatillas

deportivas a pesar de haber retrocedido hasta los pies de las escaleras de la entrada. Entre el flujo de agua suena un grujido metálico y salta el segundo perno a la vez que Guillermo grita:

—¡Corred!

Las escaleras ascienden en un pasillo tan angosto que solo permite la subida de uno en uno. Nacho primero, Marta después y cierra el desesperado ascenso Guillermo. El crujir de una enorme tubería se escucha quebrarse en la lejanía, seguido de un fuerte azote y el fluir de un reguero de agua. Guillermo mira hacia atrás y el agua asciende rápido por los escalones, unos tres por dejado de sus talones. El sonido del agua empieza a mezclarse con unos chillidos cada vez más cerca.

—Si se nos apaga la llama, estamos muertos —advierte Nacho.

Con cuidado, Guillermo agita la maría para iluminar la crecida del agua sin dejar de subir escalones e intenta descifrar de dónde provienen esos extraños sonidos estridentes. Pero la enorme cantidad de parejas de puntos brillantes flotando en el agua son inconfundibles, chillando y nadando con desesperación. Gira y casi empujando a Marta para que suba con más rapidez, Guillermo impera:

—Más deprisa, nos siguen ratas.

—¿Ratas? —grita acaloradamente Marta, subiendo con angustia y fatiga.

—¿De dónde han salido? —pregunta Nacho, resbalando en los escalones.

—¿Acaso importa? —responde Guillermo—. No os paréis. Son decenas.

◊ ◊ ◊

Por mucho que Elena eleva su teléfono móvil en la puerta de la parroquia de Santa Ana la doble uve en su mensaje de WhatsApp no terminará apareciendo porque Nacho sigue sin cobertura. En realidad, la doble uve se le llama *doble check*, para ser fiel a su origen anglosajón, y en el móvil de Elena sigue con un único *check* en gris sin pasar a azul.

—¿Ahora? —pregunta Víctor al espejo retrovisor del coche.

—Ella no tiene nada que nos interese —suelta Vidal, sacudiendo su cabeza.

—Es guapa —lanza Víctor, a lo que Paulo, al volante, asiente y le da la razón.

—Sigues sin concentrarte, Víctor —le recrimina Vidal.

En el asiento trasero del 4x4, Carlos Vidal le da vueltas a un caramelo en su boca. Carraspea y suelta:

—La paciencia es una virtud y parece que tú careces de ella.

Elena vuelve a entrar en la iglesia y se santigua. Recorre los bancos

esquivando ancianas que prácticamente se arrastran sobre sus pies para salir de la parroquia tras acabar la misa y realizar los pertinentes rezos al Santísimo Sacramento que se encuentra reservado. Los ojos de Elena se centran tanto en el móvil que no se percata de la persona que le bloquea el paso a las escaleras de la cripta.

—¿Dónde están tus amigos? —magulla el sacristán.

—¿Qué amigos? —responde Elena.

—¿Quieres jugar conmigo? De acuerdo…

Pero no le da tiempo a continuar cuando un golpe seco en la cabeza deja sin conocimiento al sacristán a los pies de Elena, quien levanta la mirada y ve al monaguillo con un candelabro de plata en su mano.

Elena no sabe qué decir ni qué preguntar. El monaguillo sacude la cabeza de lado a lado y simplemente dice:

—Alguien tenía que hacerlo.

Pero el rostro de Elena deja entrever que sigue sin entender muy bien lo que acaba de suceder.

Y entonces, de las escaleras, tras el monaguillo, aparecen Nacho, Guillermo y Marta, notablemente acelerados, que se quedan observando al sacristán, con su sotana y roquete, tumbado sobre el frío suelo de la cripta.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta Guillermo.

—¿De dónde han salido ustedes? —replica el monaguillo, mirando las piernas empapadas de los jóvenes y sus zapatillas deportivas llenas de barro.

—Vais a necesitar un fontanero —suelta Nacho.

Elena pregunta si no hay salida, pero Nacho le agarra el brazo y tira de ella hacia fuera.

Cuando los cuatro desaparecen de la vista del monaguillo, este se agacha, suelta el candelabro y sacude el cuerpo del sacristán, como para despertarlo. Grita:

—¡Don Julián, don Julián!

El párroco, vestido con traje gris marengo y clériman, observa al monaguillo arrodillado junto a su sacristán inconsciente y echa a correr para agacharse a comprobar el estado de don Julián.

—¿Qué ha pasado, hijo?

—Cuatro personas escondidas en la cripta. Y uno de ellos ha golpeado la cabeza de don Julián con esto —describe el monaguillo, alzando el candelabro.

—¿Ladrones?

—No lo sé, han salido corriendo hacia allí —dice el monaguillo apuntando a la puerta lateral de la parroquia.

Con su mano en el cuello, el párroco comprueba el pulso del sacristán. Luego rastrea la cabeza verificando una pequeña brecha y algo de sangre. La sangre de la cabeza suele ser demasiado

escandalosa. Más llamativa aún cuando se tiñe el blanco mármol del suelo al apoyar don Anselmo su mano para incorporarse. Saca un pañuelo, refriega los restos de sangre del sacristán entre sus dedos y extrae el teléfono móvil del pantalón. Al monaguillo le dice:

—No te muevas de aquí. Hay que llamar a una ambulancia y a la policía.

◊ ◊ ◊

Al salir de la parroquia de Santa Ana por la calle que se llamó Vázquez de Leca y girar a la derecha, los cuatro jóvenes se encuentran corriendo, en apenas treinta metros, por la calle Pureza.

—Arranca —le dice Carlos Vidal al espejo retrovisor.

El 4x4 avanza por Pureza sin perder de vista las cuatro cabezas trotantes, que buscan a toda velocidad el final de la calle.

—Van hacia el puente —asegura Carlos Vidal, viendo la tableta que le muestra Víctor con los puntos verde y rojo parpadeando.

Al llegar al final de la calle, los jóvenes giran hacia la izquierda en la calle Troya, mientras Paulo se ve obligado a torcer el volante hacia la derecha por culpa de una de las tantas obras que hay en la ciudad.

—Disminuye la velocidad —ordena Carlos Vidal, quien se vuelve sobre su asiento y observa cómo los jóvenes alcanzan el final de la calle y tuercen a la derecha—. Van hacia la plaza de Cuba. Vamos.

El 4x4 acelera, dejando escapar un chirrío de fricción entre los neumáticos y los adoquines de la calle Troya. El mismo sonido que el semáforo en rojo provoca unos cincuenta metros más adelante, ahora de desaceleración.

Con prisa y sin querer llamar la atención saltándose un semáforo en rojo, los treinta segundos que pasa Carlos Vidal y sus hombres mirando el círculo colorado parecen una eternidad.

—No os quitéis los dorsales —ordena Nacho—. Así no llamamos la atención mientras corremos. ¿Seguro que estará allí, Marta?

—Claro que sí. Es sábado.

El 4x4 rodea la plaza de Cuba y, tras cruzar el puente, les alcanza en lo que parece un *travelling* lateral, ya que los seis ojos del coche se mueven a la misma velocidad que las ocho piernas corriendo paralelamente a su lado.

—¿Derecha o izquierda? —pregunta el conductor.

Nadie le contesta.

—Izquierda —responde secamente Carlos Vidal.

Al volantazo le sigue el chirrío de ruedas correspondiente a un frenazo para detener el todoterreno frente a un paso de cebras y otro semáforo en rojo. Nacho, que cruzaba el paso de cebras con la seguridad del semáforo a su favor, se queda paralizado al escuchar el

frenazo, con el capó del 4x4 a escasos centímetros de él.

En condiciones normales, le habría increpado aireadamente al conductor, pero su mente ahora se encuentra en otro sitio. Le echa una mirada larga a la luna delantera mientras sus compañeros pasan por detrás corriendo. Carlos Vidal se incorpora y cruza sus brazos entre los dos asientos delanteros. Con respiración jadeante, Nacho sacude la cabeza y continúa su camino.

Es la fusión del rojo y el verde en la pantalla de la tableta de Víctor.

7
Sevilla. Plaza del Cabildo

La forma de semicircunferencia de la plaza del Cabildo produce un exceso de reflexión blanca allá donde incide la luz del sol. Hay una fuente de mármol blanco con agua verdosa junto a una muralla romana y una curva de columnas de mármol y arcadas adornadas con frescos. Antes, todo era un colegio, el colegio de San Miguel. Ahora, los domingos por la mañana, se convierte en un mercadillo de numismática y filatelia. Mañana domingo estará repleto de curiosos y coleccionistas de sellos, monedas, billetes, minerales, insignias militares, medallas. Hoy sábado la tranquilidad de la plaza se perturba únicamente por las risas de varios turistas que se fotografían en esta parada intermedia entre el Postigo del Aceite y la catedral.

—No se te ocurra sacar la moneda si hay mucha gente —le dice Guillermo.

—No estoy tan loco —le responde Nacho.

—Me gustaría estar seguro de eso. Pásame la foto del mármol de la cripta.

Marta levanta la mirada y señala una tienda bajo los arcos del pórtico:

—Esa es. Se llama Hugo.

Al alcanzar la puerta, tras el cristal apenas se ve un cliente hojeando un álbum de lo que podrían ser sellos o billetes. O quizás monedas, porque entre el reflejo y la distancia no se consigue diferenciar. Marta empuja la puerta y suena un tono musical que llama la atención del dependiente, sonriente al otro lado del mostrador. Mientras, los demás se quedan esperando fuera a que salga el cliente y Marta les indique.

—Te he mandado la foto —dice Nacho, guardando su móvil en la riñonera—. A ese tipo ni una palabra sobre el texto de la foto.

Guillermo ni se molesta en responder, mientras verifica su teléfono.

—El tipo es guapo —suelta Elena, colocando sus manos en los laterales de sus ojos pegados al escaparate.

Lanzándole una mirada, Guillermo le susurra que se trata de un exnovio de Marta. Con quien salía antes de que estuviera con él. Elena deja caer la cabeza:

—Lo siento. No lo sabía.

Nada más salir el cliente, Marta hace una señal con la mano y, una vez que han entrado, Hugo cierra la puerta por dentro.

—Los sábados siempre hay un chorreo de guiris que buscan alguna

moneda antigua de recuerdo —explica, echando las persianas—. Me ha dicho Marta que queréis enseñarme algo.

Nacho mira hacia atrás y verifica que las persianas no permiten que nadie vea el interior desde fuera.

—No te preocupes —le tranquiliza, sentándose en un taburete tras el mostrador—. Nadie nos ve aquí dentro.

Nacho levanta la mirada hacia una cámara de seguridad que se arrincona en uno de los extremos del techo. Hugo gira el monitor, pulsa un botón en el teclado y añade:

—Apagada.

Nacho saca la moneda de su riñonera y la hace sonar sobre el cristal del mostrador.

—¿Una moneda? ¿Sabéis cuantas monedas romanas han pasado por aquí después de las vasijas que encontraron en Tomares?

—Es una moneda especial —expone Nacho.

Hugo toma la moneda y la examina a ojo desnudo. Luego coge una lupa y la gira una y otra vez entre sus dedos.

Nacho mira el exterior entre un pequeño hueco que hace con sus dedos en la persiana y Elena le pregunta qué busca.

—Nada —le responde, de vuelta al mostrador.

Hugo focaliza su atención en un detalle de la moneda. Levanta su mirada y pregunta:

—¿Dónde la habéis encontrado?

Nacho se apoya sobre el mostrador, acerca su cara a la de Hugo y le dice:

—Déjame que yo haga las preguntas.

◊ ◊ ◊

En el casco antiguo de Sevilla hay que dejar el coche bien retirado para que no te multen por aparcarlo en carga/descarga o que pase el tiempo máximo de la zona azul. A eso hay que añadirle las zonas peatonales, aparcamientos de vehículos oficiales, motos, reservado a hoteles y a personas con movilidad reducida.

Casi frente a la Torre del Oro es lo más cercano que Paulo ha podido detenerse para dejar a Carlos Vidal y a Víctor.

Según Víctor, el punto verde debe estar por la plaza del Cabildo. Junto a la calle Almirantazgo, Arfe o el Arco del Postigo. A su lado, Carlos Vidal camina serio dejando a su derecha el Hospital de la Caridad y las Atarazanas. Víctor levanta la mirada de la tableta y pregunta:

—¿Qué buscan ahí?

—El mercado de monedas —suelta Vidal—. Aunque hoy es sábado.

—Espero que no se les ocurra venderla.

—Son estúpidos, pero no para tanto.

◊ ◊ ◊

La moneda gira una y otra vez en la mano de Hugo. Anverso, reverso y vuelta al anverso. Y así unas cuantas veces.

—Esta moneda es del siglo XVI —explica Hugo—. Más exactamente de las primeras que se acuñaron en América.

—¿Estás seguro? —cuestiona Nacho.

—Completamente —suelta Hugo sin dudarlo.

—¿Y qué significa eso? —pregunta Guillermo.

Hugo coge un libro enorme y se pone a buscar en él.

—La primera Real Casa de la Moneda de México data de… —se detiene en una página y señala el texto—… del 11 de mayo de 1535. Pero las primeras monedas no se hicieron allí, sino en lo que llamabas las Casas Viejas de Moctezuma, propiedad de Hernán Cortés.

—¿Y cómo puedes saber que esta moneda es de las primeras que salieron de allí? —pregunta Marta, dubitativa.

—Por la M —muestra la moneda con la lupa por delante y Nacho mete tanto la cabeza que los demás apenas pueden ver algo—. La letra M lleva un círculo encima. Esas son de México. Las que acuñaban en España llevaban encima una corona.

◊ ◊ ◊

A la altura de la pila bautismal, dos agentes de policía toman declaración al monaguillo quien describe con todo detalle cómo los cuatro jóvenes salieron de la cripta, y uno de ellos atizó a don Julián, el sacristán, en la parte trasera de su cabeza con un candelabro de plata.

—Luego salieron corriendo por allí —continúa, señalando a la puerta del lado opuesto, en la nave del Evangelio—, y entonces llegó don Anselmo que os llamó por teléfono.

—¿Salieron por Vázquez de Leca?

—La calle se llama ahora Párroco Don Eugenio —le corrige el monaguillo.

—Cierto. Pero volvamos al principio —apunta uno de los agentes, el que ronda los cincuenta años y sujeta su gorra entre sus manos—. ¿Por qué ni el sacristán ni usted fueron directamente a la sacristía para quitarse la vestimenta de la misa?

—Porque durante la comunión vimos a gente entrar en la cripta.

—¿Y no está la cripta abierta al público?

—Pero iban en pantalón corto y zapatillas de deporte.

El agente más joven, de apenas unos treinta años, mira al primero y

pregunta:

—¿No se permite el acceso vestido así?

—No es normal. Esto es una iglesia.

Los dos agentes asienten y rodean la pila bautismal para entrar en la sacristía, donde un paramédico se esfuerza por curar la herida de la cabeza de don Julián.

—Todo me resulta muy difuso —balbucea el sacristán—. La chica era morena, no muy alta. Iba en ropa de gimnasio.

—¿Solo vio a una chica? —pregunta ahora el más veterano de los agentes.

—Sus amigos entraron en la cripta. Supongo que estarían escondidos.

—¿Cree que buscaban algo en particular?

—Allí abajo apenas hay cuadros y esculturas… —arranca don Anselmo, el párroco, de pie junto al dolorido sacristán.

Don Julián levanta la mirada y se alerta:

—Eché en falta algunas marías del altar de la Inmaculada.

—¿Qué es una maría? —pregunta el agente de menor edad, anotando en su libreta.

—Un candelero de plata —explica el párroco—. Donde se pone la vela.

Los dos agentes se miran dubitativos y el más joven se marcha hacia la cripta, donde se percata que dicho altar tiene cuatro candeleros milimétricamente separados. Le hace una foto con el móvil y regresa a la sacristía para mostrársela a don Julián:

—¿Se refiere a estos?

—Sí. Pero… —hace una pausa intentando comprender—… juraría que no los vi cuando entré hace un rato.

—Tranquilo —le intenta calmar el mayor de los agentes.

El hombre del traje gris y corbata burdeos que cruza los bancos de la parroquia de Santa Ana es el inspector Santiago Reina, jefe del Grupo de Robos y Patrimonio Histórico de la Brigada Provincial de Policía Judicial de Sevilla. Y con ese nombre y cargo tan largo es como se presenta en la sacristía ante el párroco.

—¿Cree que el móvil podría haber sido el robo de alguna obra de arte?

Don Anselmo sacude la cabeza diciendo que no echa nada en falta y añade:

—Cualquier custodia o cáliz es mucho más valioso y, desde luego, más fácil de vender en esta ciudad.

—Hablamos de la parroquia de Santa Ana —añade el inspector Reina—. Hay muchas cosas de valor por aquí. Patrimonio está al corriente.

Llegando a sus cincuenta, el pelo gris del inspector Reina parece

haber evitado su caída, corto aunque cubriendo toda su cabeza y complementado por una barba bien recortada.

—Últimamente… —advierte el párroco— son varios los que me han venido preguntando por un supuesto túnel.

—¿Qué túnel?

—Es una leyenda. No existe tal túnel.

—¿Y dónde se encuentra ese supuesto túnel?

—Hay un pequeño pasadizo cuya entrada está en la cripta, pero no conduce a ningún sitio —expone el párroco—. Lleva a otra cripta antigua y ya está.

—¿Le ha contado eso a alguien?

El párroco niega con la cabeza y Santiago Reina le pide que le indique dónde comienza ese pasadizo.

Una vez dentro de la cripta, el párroco le indica un altar y que la entrada del túnel se encuentra detrás. El inspector Reina advierte la presencia de varias pisadas de barro sobre el suelo de mármol y se gira hacia los dos agentes que los acompaña casi a modo de escolta:

—¿No os habíais percatado de esas huellas?

El más joven de los dos agentes pregunta:

—¿Quiere que les hagamos unas fotos y las mandemos al laboratorio?

—¿Laboratorio? —cuestiona Reina—. Usted ve muchas películas, agente. Tome las fotografías para el expediente y ayúdenme a retirar este altar.

Cuesta trabajo desplazar la peana del altar entre la madera húmeda y el mármol pulido, pero termina cediendo y descubriendo la puerta abierta, la cadena y el candado en los primeros escalones y el agua sinuosa a unos tres metros de la entrada. Santiago Reina intenta atisbar pero la oscuridad es tan profunda que pide una linterna a los agentes. Con ella ilumina las escaleras y el agua que impide bajar por ellas. El ambiente es frío, desapacible y fétido, como agua estancada y putrefacta. Algo se mueve desde el fondo, aunque no se consigue distinguir con claridad. Mueve la linterna y murmulla:

—Pero, ¿qué demonios es eso?

Y una comitiva de pequeñas luces brillantes empiezan a salir del agua, escaleras arriba. Reina reacciona gritando:

—¡Cerradlo! ¡Rápido!

Y todos empujan la peana de madera y tapian el hueco de la puerta, a la vez que una serie de chillidos quedan al otro lado, atenuados por el mueble de madera.

Con respiración fatigada, Reina se recuesta en el altar y el agente más veterano le pregunta qué ha visto ahí dentro. El inspector toma aliento, aunque le cuesta pronunciar dos míseras sílabas:

—Ratas.

◊ ◊ ◊

A veces ni un mero diamante compuesto por simple carbono ordenado de la manera adecuada tiene tanto valor como algo único. Eso es lo que explica Hugo, el numismático, el ex de Marta, si dejar de darle vueltas a la moneda en sus manos.

—Pero ¿cuánto puede valer hoy en día? —pregunta Elena.

—¿Su valor? —replica Hugo—. El valor de algo así es muy relativo.

—¿A qué te refieres? —cuestiona Guillermo.

—Imagina que existen miles como esta… Su valor decrece. Si solo existen unas cuantas su valor crece. Si son las primeras que se acuñaron en América… —resopla Hugo—… tenéis algo histórico.

—¿Cuánto se daría hoy en día si fuera así? —pregunta, con curiosidad, Marta.

—Nunca he tenido una de estas en mis manos. Por un real de a ocho del mil setecientos y pocos te daría entre mil quinientos y dos mil euros. Estamos hablando de principios del siglo XVI y no acuñada por la corona en la península.

Nacho se lanza:

—¿Incalculable?

—Todo depende. No me estáis entendiendo. ¿Cuántas se hicieron como esta?

Nadie lo sabe, nadie responde. Hugo prosigue:

—¿Cuántas han sobrevivido hasta nuestros días? —Y ante el silencio de todos, sacude la cabeza y añade—: Necesitáis un historiador.

Nacho mira a Guillermo y este se encoge de hombros.

—¿Tú no estudiaste Historia? —pregunta Elena a Guillermo.

—Sí —responde Guillermo—, pero no entiendo qué puede aportar un historiador.

—Yo soy un simple coleccionista —añade Hugo—. Un especialista en la conquista del Nuevo Mundo os puede dar mucha más información sobre esta moneda. Yo sé poco más de lo que dicen mis libros.

Hugo se gira y saca un libro de la estantería. Lo abre sobre el mostrador y busca entre sus páginas, repletas de fotografías de monedas de distintos materiales, fechas y escudos de casas reales.

—Estoy seguro de que hay monedas romanas que valen menos que esta —añade Hugo—. Las primeras monedas oficiales del Nuevo Mundo salieron en 1535 y mirad la diferencia.

Pone la moneda sobre el libro y pasa la lupa del libro a la moneda y de la moneda al libro. Añade:

—No hay columnas. Las columnas de Carlos V. Las columnas de Hércules. Las primeras de América ya llevaban el símbolo del

emperador —dice señalando el libro—. Aquí lo pone. La primera serie desde 1535 hasta 1542 contenía en el reverso las columnas y a partir de esa fecha, la segunda serie, tenía ondas marinas debajo de ellas. Por eso necesitáis un historiador. Porque podrían ser anteriores a las que se acuñaron en la Casa de la Moneda de México.

—¿Y qué significa eso? —pregunta Marta, sin perder detalle.

—Que se acuñaron manualmente —le responde Hugo—. Como se hacían en la antigüedad. Lo cual aumenta su valor exponencialmente.

◊ ◊ ◊

—Están por allí. Dentro del edificio —especifica Víctor, señalando a la parte más cercana de la catedral.

A los pies de la fuente, entre los turistas, Carlos Vidal saca su teléfono móvil y lo levanta, apuntando al muro romano, fingiendo enfocar una posible instantánea.

—Se mueve gente en esa tienda, jefe —le susurra Víctor.

Carlos Vidal echa las gafas de sol hacia la punta de su nariz y achina los ojos en dirección a la tienda de filatelia, numismática y coleccionismo de la esquina, pero apenas consigue ver entre las hojas de aluminio de las persianas.

—No pierdas de vista el aparato —le dice señalando con el mentón la tableta, con el punto verde parpadeando muy cerca del rojo.

—Está todo controlado, jefe.

◊ ◊ ◊

Las imágenes de las cámaras de seguridad de la parroquia de Santa Ana se rebobinan a gran velocidad mientras el reloj corre rápido marcha atrás en el monitor que contiene la vista de todas ellas. Seis rectángulos que dividen la pantalla con la visual de las seis cámaras que vigilan el templo. Cada rectángulo tiene en su parte superior un texto: «Nave del Evangelio», «Nave de la Epístola», «Altar Mayor», «Coro», «Cripta» y «Trascoro».

En la sacristía, el más joven de los agentes controla la reproducción de las cámaras de seguridad en el ordenador del párroco. Don Anselmo le ha explicado que solo lo usa para anotaciones, ver su correo y manejar una sencilla hoja de cálculo con la que contabilizar los gastos e ingresos de la parroquia.

—Desde que instalaron las cámaras los chavales de la Divina Pastora no he tenido la necesidad de abrir la aplicación —declara el párroco.

Santiago Reina barre con sus ojos las imágenes en el monitor hasta que le dice al agente que detenga el rebobinado. Satisfecho con lo que

ve, le pide al agente que lo reproduzca a velocidad normal.

La imagen de la nave del Evangelio nos muestra la entrada de los cuatro jóvenes en la iglesia, cómo se arrodillan y, entonces, desde la cámara del coro, se observa cómo uno de ellos arranca hacia el otro lateral de la iglesia. En la nave de la Epístola, los cuatro cruzan el rectángulo de la pantalla desde la parte superior derecha hasta desaparecer por debajo.

—¿Por dónde se entra a la cripta? —pregunta Santiago.

— Esa es la entrada —señala don Anselmo, en el lado izquierdo de la imagen.

—¿Y a dónde fueron primero?

—A la capilla bautismal o a la sacristía —expone, con asombro, don Anselmo.

—¿Ha echado en falta alguna cosa en la sacristía?

—Nada.

Y entonces, un momento más tarde, en la cámara de seguridad de la cripta aparecen los cuatro. Se observa a una de las chicas nerviosa a los pies de las escaleras y a un joven discutiendo con otro que está golpeando las paredes con sus nudillos.

—Para y amplía la cara del tipo de la pared —insta Santiago Reina al agente.

La imagen se pixela al ampliarla, pero aun así consigue arrancar una sonrisa en el rostro del inspector.

—Ignacio Aguilar —susurra Reina para sí—. Volvemos a encontrarnos, Nacho.

◊ ◊ ◊

—¿De dónde habéis sacado esta moneda?

—No preguntes, Hugo —le contesta Marta, arrebatándosela de la mano.

—Conozco a un tipo que puede interesarle —dice Hugo—. Vamos, si queréis venderla.

Nacho extiende la mano esperando a que Marta deposite la moneda en su palma. Cierra la mano con la moneda dentro y le dice a Hugo:

—Por ahora solo andamos buscando información.

Hugo busca en su móvil, coge una tarjeta de su local y escribe en su dorso un número de teléfono junto a un nombre. Alarga su mano hacia Nacho, quien coge la tarjeta y lee, junto al número, un nombre: «Carlos Vidal». Nacho levanta sus ojos hacia Hugo y vuelve a mirar el nombre y el número de teléfono.

—Es un tipo que conozco —suelta Hugo—. Coleccionista. Paga bien. Por si queréis desprenderos de ella.

◊ ◊ ◊

Como la agresión al sacristán ocurrió desde las escaleras de acceso a la cripta, ninguna de las cámaras permite visualizar el golpe aunque se observa claramente cómo salen dos jóvenes y una chica.

—Un segundo —pide Santiago Reina al agente, quien congela inmediatamente las imágenes del monitor—. Retroceda en la cripta.

Los tres jóvenes se mueven marcha atrás hasta la peana que acaban de mover.

—¿Dónde está el monaguillo? —musita Santiago—. Avance normal.

Y el sacristán cae al suelo y los tres jóvenes salen de las escaleras, tiran de la chica que quedaba en el templo y se marchan. Y entonces aparece el monaguillo, del mismo sitio del que salieron los tres jóvenes, se arrodilla y auxilia al sacristán.

—¿En el hueco de las escaleras? —pregunta el joven agente sentado frente al monitor.

—Sí, pero ¿qué hacía escondido allí? —masculla Santiago—. Retrocede un poco más.

Los jóvenes desaparecen tras el altar y luego en la cripta aparece el sacristán hablando con el monaguillo a los pies de las escaleras.

—Avance —ordena Santiago.

El sacristán comienza a subir las escaleras y Santiago vuelve a pedir que lo deje reproduciéndose a velocidad normal. El monaguillo desaparece tras el sacristán en el monitor de la cripta. En la nave de la Epístola, una chica distraída con su teléfono móvil se topa con el sacristán, justo a la entrada de la cripta, pero el monaguillo no sale ni en la imagen que pone «Cripta» ni en la que se lee «Nave de la Epístola».

—¡Quieto! —ordena Santiago al agente que controla las cámaras.

Y en el monitor de la cripta aparece una manga negra de la sotana y el blanco del roquete de un brazo.

—Despacio —pide Santiago, señalando el monitor de la cripta.

Fotograma a fotograma, la mano bajo la sotana agarra el candelabro del altar más cercano a los pies de las escaleras y desaparece en el hueco. Entonces, muy lentamente, comienza a caer el sacristán al frío mármol de la iglesia de Santa Ana en el monitor de la nave de la Epístola.

Santiago se gira bruscamente en el centro de la sacristía y observa tan solo a don Anselmo. Escruta la estancia y se queda mirando la ropa del monaguillo apoyada sobre el respaldo de una de las sillas. Pregunta:

—¿Y el monaguillo?

—Estaba aquí hace un minuto —responde el párroco.

8
Toledo. Corona de Castilla

Martes, 18 de junio de 1540

Pues bien ven mis ojos al conquistador cruzar la Puerta de Bisagra y el galope de su caballo pendiente arriba. Desmonta y la tierra húmeda de la mañana se hace barro a cada pisada de sus botas.

El poco líquido que estas tierras recibe en estas fechas más bien se debe a los restos que vierten las tabernas en el alba y a las evacuaciones de animales, si en ello excluimos a los humanos.

—Francisco López de Gómara —me dice don Hernán.

—Don Hernán Cortés —le respondo—, gobernador y capitán general de la Nueva España.

—De eso hace ya mucho tiempo.

Me hace saber que no pisa estas tierras desde hace más de una docena de años, cuando acompañó hasta Zaragoza a un don Carlos que tenía que embarcar para ser coronado en Italia.

—Acuérdese —me insta don Hernán—. Vos debéis anotarlo todo. Cada detalle.

Mi condición de cronista me lleva a recordar y registrar cada fecha, acontecimiento y momento de la historia.

—No dude de mi capacidad de hacer perpetuar la historia de su conquista tal y como usted me la cuente.

—Si ni el mismísimo rey duda de vos, ¿por qué debiera hacerlo yo?

Asiento agradeciendo su confianza.

—Como le decía en mi misiva —añade don Hernán—, no solo busco quien escriba la historia vivida por este siervo de Dios, sino también le requiero como capellán para que me acompañe espiritualmente.

—¿Se procuró el viento en ayudaros en el viaje?

—No mucho, he de confesar. Tres meses exactos, pues partimos de Veracruz el día antes de la Epifanía del Señor. ¿Le ha costado dejar Roma?

—Bella ciudad es Roma, al igual que Venecia, pero digamos, don Hernán, que ya venía echando en falta mi Castilla natal.

El tronco que le sirve a don Hernán de amarradero parece no aguantar una embestida de su caballo. Su cariño hacia el animal me

lleva a guardar silencio, viendo cómo le acaricia el testuz[6] y se desguanta para pasar la palma de su mano por el carrillo[7], con mayor delicadeza que muchos enamorados se tienen entre sí y que he casado a lo largo de mi vida.

—Cordobés —me dice don Hernán.

—¿De allí es?

—No. Cordobés es su nombre. Es de Nueva España. Llevo con él más tiempo del que lleva en este mundo mi hijo Martín, al que llaman el Mestizo.

Asiento y él insiste en que lo anote.

—¿Desea descansar o comer algo antes de ponernos en nuestro menester?

—Se pueden hacer ambas cosas mientras le cuento —se detiene y pone su mano sobre mi hombro—. Aunque estimo en prioridad un momento de oración en agradecimiento ante ese magnífico retablo del que tanto he oído hablar de que hay en la catedral de Santa María.

—No nos detengamos pues y presto le guiaré hasta la Capilla Mayor —le digo—. Séase cierto que ni el mismísimo cardenal Cisneros al encargarlo imaginó tal belleza en su ejecución final.

◊ ◊ ◊

—¿Vuesa merced no tiene hoy hambre? —me pregunta Hernán, en un rincón de una taberna, después de orar y pedirle sus bendiciones a Nuestra Señora, devorando una cazuela de tojunto[8]—. Los curas delgados no dan buena imagen.

Sonrío, me encojo de hombros y le digo que estoy atento para anotar todo lo que me dice. Se limpia salsa amarillenta de su boca con la manga y me susurra:

—Esa gitana me lo dijo: «Alcanzarás la gloria, pero tus dedos… —levanta su mano llena de grasa—… no llegarán a tocarla».

—¿Qué gitana? —le pregunto.

—Me señaló el cielo en Sevilla y las nubes tomaron forma de ataúd. ¡Mi vida es su maldición!

Me reclino hacia él y le pregunto de qué maldición me está hablando:

—Sois Hernán Cortés, el marqués del Valle. Vuestras hazañas se recordarán mientras existan los días en este mundo y en el otro.

Suelta una carcajada, mastica y se limpia los dedos en los salientes de su camisón antes de meter las manos en algún hueco de su jubón. Apoya su puño sobre la mesa y deposita unas monedas de plata.

—Todo un imperio —me dice—. El mayor tesoro del mundo y solo me quedan trece monedas.

Tomo mi pluma para anotarlo, pero su mano me agarra y me

acerca tanto su cara a la mía que prácticamente se rozan.

—Si me pasara algo, vos os encargaréis de que mi hija quede casada con el hijo del marqués de Astorga. Estas monedas fueron las arras de mi hijo Martín.

—Su hijo Martín debe tener no más de ocho años.

—Mi otro hijo Martín —me corrige y asiento porque no solo dos de sus hijos responden al nombre de Martín, sino que su padre también se llamaba así—. El fruto que brotó de Marina.

Doña Marina, la Malinche, su traductora indígena en tierras mexicanas que se convertiría en su amante y con quien tuvo a Martín Cortés el Mestizo.

—He guardado estas trece monedas desde el principio. —Me agarra la mano, las deposita sobre ella y me cierra el puño—. Fueron las arras de Martín y ahora quiero que sean las de la boda de mi hija María.

---

6 Frente del caballo.
7 Mejilla del caballo.
8 Cocido de carne de vaca, patatas, pimientos, ajo y azafrán.

9
Sevilla. Altar del Jubileo de la catedral

—Estamos a menos de un día —le recrimina Antonio Rubio a la responsable de protocolo del arzobispado. A los pies del altar, sacude el folio aireadamente y, entre resoplidos, pregunta—: ¿No podíais haberlo dicho antes?

—Esa carta os debió llegar hace dos meses por lo menos —responde Silvia Romero—. El arzobispo ha sido siempre muy explícito en cada una de las coronaciones.

A sus cincuenta y cuatro años, Antonio Rubio, hermano mayor de la Hermandad del Auxilio, se vuelve hacia Javier Heredia, el joven prioste, y le susurra entre dientes:

—Me cargo al secretario.

Intentando mediar, don Cristóbal Padilla, deán[9] de la catedral, le pide al hermano mayor que se tranquilice y que su hermandad puede disponer de todo aquello que tengan en la catedral.

—El problema no es que falte algo, don Cristóbal, sino lo que tenemos que quitar.

—Tiene usted que entender, don Antonio —le dice Silvia, responsable de protocolo, señalando al Altar del Jubileo—, que no es normal que veinticuatro curas concelebren ahí arriba.

—¿Y limitar el número de acólitos a cuatro más el pertiguero?

—Su hermandad pretendía sacar en la ceremonia más acólitos que la Mortaja el Viernes Santo —le expone Silvia Romero al hermano mayor, mirando de reojo al prioste.

—Esos chavales —salta el prioste— se han tirado dos meses limpiando toda la plata de este altar.

—Pues invítelos a comer —le replica la responsable de protocolo—. Pero no les premie con salir en una coronación canónica con el señor arzobispo.

Al deán, don Cristóbal, casi se le escapa una carcajada, y el prioste, invadido por su rabia e ímpetu juvenil, le recrimina a Silvia el tono con el que le está hablando.

—Bueno, vamos a calmarnos. Soluciones. Busquemos soluciones —media el hermano mayor, leyendo la lista—: ¿El hisopo y el acetre?

—Nos encargamos nosotros —responde el deán, don Cristóbal.

—¿Un vaso de agua para el arzobispo tras la homilía?

—Nosotros también.

—¿Dónde está el problema, Antonio? —pregunta Silvia.

—La gente. ¿Dónde pretende que siente a veinte curas?

—El cabildo les facilitará sillas —responde don Cristóbal.

—La gente —repite el hermano mayor, ahora refiriéndose a varios chavales en ropas deportivas con dorsales de olimpiadas que fotografían a la Virgen del Auxilio en el Altar del Jubileo, el día previo a su coronación canónica—. Tengo a los floristas esperando en una furgoneta a que cerréis la catedral.

—La catedral no cierra hasta las siete —contesta el deán. Señala a los jóvenes a los pies del altar y explica—: Y además está la *gymkhana*.

—¿*Gymkhana*? —pregunta Antonio Rubio.

—Bueno, eso es cosa del ayuntamiento —especifica don Cristóbal. Le pide la hoja a uno de los chavales y se la enseña al hermano mayor —: Aquí lo tiene. Prueba 17: fotografía de una Virgen que no se encuentre en su iglesia.

—¿Quién ha puesto esa prueba? ¿El ayuntamiento?

—Supongo que el Área de Juventud—. Le devuelve la hoja al participante—. No puede negar que todo esto es más que publicidad para su hermandad. Parece organizada por vosotros.

—Pues no lo es —confiesa el hermano mayor, frotándose el pelo blanco de su cabeza—: ¿Por qué no se restringe el acceso?

El deán se sorprende por la propuesta:

—¿A los turistas? ¿A los sevillanos?

Ahora sí que deja salir la carcajada, sin gracia alguna para Antonio ni para Javier. Silvia trata de cambiar de tema:

—Deberíamos repasar la llegada de autoridades, consejeros… Todos deben llegar antes de que salga el arzobispo del palacio, ya que no debe detenerse mientras cruza la plaza Virgen de los Reyes.

El deán le complementa:

—En la Puerta de Palos estaré yo, con el maestro de ceremonias.

Silvia le señala al preguntar:

—¿Hisopo y acetre?

El deán sacude la cabeza y levanta las manos:

—Por favor, Silvia.

Un joven participante de la *gymkhana* se acerca a Antonio y, sin anestesia, le pregunta:

—Perdona, ¿cuál es la tumba de Colón?

El hermano mayor de la Virgen del Auxilio, próximamente coronada, se colapsa y le suelta al chaval:

—¿Estás de cachondeo? ¿Tú a qué colegio vas?

◊ ◊ ◊

—¿Hay otra salida que no sea por la plaza? —pregunta Nacho con sus ojos entre dos de las hojas de la persiana, separadas por sus dedos.

—La puerta trasera comunica con el *hall* del bloque de vecinos —

responde Hugo—. ¿Pasa algo?

—Nada —contesta Nacho—. Pero prefiero…

Nacho suelta la persiana y se gira:

—Prefiero no llamar la atención hasta que estemos seguro de…

—Te vuelves paranoico, Nacho —le interrumpe Guillermo—. Y lo peor es que transmites tu locura a los demás.

—Quizás —dice Nacho, cruzando la tienda—. Pero, por si acaso, yo saldré por detrás.

La salida del bloque de vecinos conduce a un pasaje que une la plaza del Cabildo con la avenida de la Constitución, desde el que los cuatro jóvenes pueden ver la inmensa Puerta de la Asunción de la catedral de Sevilla. De estilo neogótico, las arquivoltas están repletas de imágenes de santos y apóstoles sobre pedestales y bajo doseletes, rodeando el relieve de la Asunción de la Virgen en el tímpano.

Ya en plena avenida de la Constitución, Nacho le pregunta a Guillermo:

—¿Quién conoces en la universidad que esté puesto en la materia?

—Dejé la universidad hace ya seis años.

—¿Qué es de tu tío? —le plantea Nacho.

—Lleva dos años jubilado. Hace meses que no sé nada de él —contesta Guillermo—. Seguramente esté empapándose un libro detrás de otro en su casa de la playa.

—¿Tu tío es historiador? —pregunta Elena.

—Es catedrático emérito de Historia —responde Guillermo y, pensativo, añade—: Todos sus estudios siempre fueron en torno a la América de la época colombina.

—Entonces —suelta Nacho—, no sé qué estamos esperando.

◊ ◊ ◊

El punto verde se mueve en la pantalla de la tableta, lejos de la plaza del Cabildo. Víctor mira la pantalla, mira la plaza, el edificio, la gente, la tienda, sin salir de su asombro. Carlos Vidal le observa inquieto y pregunta:

—¿Qué ocurre?

—Se están moviendo.

—¿Por dónde han salido?

Sin responder, Víctor echa a correr hacia el pasaje mientras Carlos Vidal le sigue a pocos metros. No hay rastro de los cuatro jóvenes en la avenida de la Constitución entre tanto turista a estas horas, pero la pantalla de Víctor revela lo invisible:

—Por la calle Alemanes.

—Sin correr —ordena Carlos Vidal, caminando en esa dirección.

La calle Alemanes, perpendicular a la avenida de la Constitución, es

la que permite acceder, por la Puerta del Perdón, al Patio de los Naranjos.

—Vamos hacia Alemanes —dice Vidal a su móvil. Cuelga y añade —: Espero que no se te pierdan de nuevo.

—No se han perdido, jefe —puntualiza Víctor—. Solo se creen más listos de la cuenta.

◊ ◊ ◊

Los tacones de Concha Bautista suenan con fuerza sobre el frío mármol de la iglesia cuando cruza por delante del coro y accede a la sacristía por la nave de la Epístola. Es el eco que surge al rebotar el sonido con un muro antes de unos diecisiete metros, el eco reverberado por la altura del techo y las cúpulas de este templo.

—Me ha cogido en el otro extremo de la ciudad —dice Concha.

—Oficial, más bien le habrá cogido en el otro extremo de la provincia —le responde Santiago Reina, que comienza a caminar por la nave de la Epístola.

—¿A dónde vamos? —pregunta la oficial.

—Aquí ya no hacemos nada. Le pondré al corriente en el coche. Usted conduce.

Fuera, una agente de policía local, libreta en mano, comprueba y anota la matrícula delantera de un vehículo plateado con todos sus intermitentes parpadeando.

—Bonito sitio para aparcar, oficial —le susurra Santiago, que sale de la parroquia de Santa Ana.

—¿Usted ha encontrado aparcamiento en Triana?

—Le recuerdo que soy de Triana —le advierte Santiago—. He venido andando.

—Disculpe —dice en voz alta Concha, para llamar la atención de la agente de la policía local.

La mano derecha de Concha levanta en alto su identificación del Cuerpo de la Policía Nacional. En la fotografía de plano medio corto, Concha viste el uniforme oficial, a diferencia del traje de chaqueta azul marino sobre camisa blanca y tacones de aguja negros con los que se acerca a su coche. En la foto, su pelo moreno está recogido en una cola, mientras ahora lo lleva largo y suelto.

La agente de la policía local arranca la primera hoja de su libreta y la arruga haciendo una bola. Añade:

—Debería dejar la identificación del vehículo sobre el volante.

—Lleva razón. Un asunto de incógnito —dice, abriendo la puerta del piloto y entrando en el vehículo.

—¿Incógnito? —pregunta Santiago, ya en el asiento del copiloto—. ¿Con un traje que podría ser de Armani?

—Cobro casi lo mismo que usted, inspector —suelta Concha, agachándose sobre los pedales. Con su mano derecha levanta sus dos zapatos y los deja sobre el asiento de atrás, para calzarse unas manoletinas—. No puedo permitirme ni un traje de Armani ni unos zapatos de Prada.

◊ ◊ ◊

Junior ya no tiene que remangarse la sotana y el roquete blanco con encaje sobre el pecho para alcanzar su teléfono móvil en el bolsillo derecho de sus vaqueros. Ya no tiene que cargar con las vinajeras ni acercarle al sacristán de Santa Ana la patena para que la sostenga justo debajo de la barbilla de cada anciana antes de la comunión de diez y media. Ya no tiene que esconderse de las cámaras de seguridad de la parroquia ni esquivar a los agentes de policía que rondan por la catedral de Triana. Ya va vestido con unos vaqueros y una camiseta blanca, atravesando la poblada plaza de San Lorenzo y pasando junto al punto de control #7, donde están revisando las pruebas de la *gymkhana*. A la altura de la puerta de la parroquia, Germán se retira a un lado y en voz baja le pregunta:

—¿Tan seguro estás?

—Entraron en la iglesia, llegaron a la cripta, pasaron al túnel y… —haciendo una pausa, Junior añade—: salieron corriendo.

—¿Y eso qué significa?

Junior sorbe sus mocos por su nariz y carraspea antes de susurrar:

—Seguro que dieron con algo porque salieron pitando.

German agarra el brazo de Junior y vuelve a preguntarle si está seguro.

—Pues espero que sí, porque he tenido que darle un golpe a don Julián en la cabeza para que escaparan.

◊ ◊ ◊

—Si no está en casa, está en misa —plantea Guillermo, pulsando reiteradas veces el telefonillo, en el portal de una casa de la calle Álvarez Quintero.

—Insiste —le increpa Nacho.

Guillermo llama un par de veces más, coge su teléfono y empieza a teclear.

La calle Álvarez Quintero empieza en cuesta, con bares habitualmente frecuentados por turistas. Al principio de la calle aparece Víctor y, justo a pocos metros detrás, Carlos Vidal. Nacho los ve por una décima de segundo al mismo tiempo que Víctor agarra el brazo de Vidal y tira de su cuerpo contra la pared antes de torcer la

esquina. Sisea y añade:

—Lo siento, jefe.

—¿Nos han visto?

—No lo creo, jefe.

—Deja de llamarme jefe. El respeto no te lo da ni el don, ni el señor, ni el jefe.

—Yo le respeto, señor —responde Víctor.

—Que tú trates a la gente con términos lingüísticos de cortesía no significa que tengas respeto por esa persona.

Víctor se asoma de reojo en la esquina y le advierte a Carlos Vidal que los cuatro jóvenes están entrando en un portal.

—El respeto lo es todo, Víctor —dice Carlos Vidal—. Los perros se creen que por su fidelidad y compañía te muestran respeto, pero si les dejas tres días sin comer te enseñan los dientes.

—¿Me está llamando perro, señor?

—No terminas de entenderlo.

◊ ◊ ◊

La casa de don Salvador Castro se asemeja a un palacete del siglo XVI de estilo mudéjar. Según Marta, lo mejor del Renacimiento es la combinación del gótico y el mudéjar.

Matilde, la tía de Guillermo, les hace atravesar un pequeño patio de columnas con una fuente de mármol en el centro y les dice que lo peor de una casa así es la limpieza que requiere. Subiendo unas amplias escaleras, añade:

—Lo mejor es la temperatura. Las habitaciones se mantienen frescas en verano para estar en Sevilla.

La altura de la gruesa puerta de madera que empuja Matilde es de unos dos metros y medio. En el interior, la luz que atraviesa un enorme ventanal deja ver cientos de libros repartidos por varias estanterías, un estudio de roble con una pequeña lámpara y un sillón de piel sobre el que descansa don Salvador Castro, en camisa celeste de manga corta sobre bañador verdoso estampado con palmeras. En sus manos, lo que podría ser una obra literaria o, por su enorme tamaño, el libro coral de canto llano de cualquier catedral de más de medio milenio.

—Salvador, mira quién ha venido a visitarnos —advierte Matilde.

Don Salvador levanta los ojos sin mover el cuello, por encima de las gafas que se apoyan en la punta de su nariz. Carraspea y pregunta:

—¿Guillermo?

Cierra de un golpe el tomo en sus manos, que resuena con eco en los altos techos de esta biblioteca. Se deshace de sus gafas, se pone en pie y, caminando vagamente hacia su sobrino, añade:

—Te hacía enchaquetado en algún estamento internacional, un guardián del pasado. Aunque por tu atuendo más bien intuyo que te han dado una beca de atleta.

Don Salvador se funde en un abrazo con Guillermo, quien le responde:

—Y yo te hacía en alguna playa exótica, *tíe*. Devorando libros y engullendo marisco insípido con granizadas de frutas.

El término *tíe* es el modo cariñoso con el que todos los miembros de la familia de Guillermo han llamado a don Salvador desde pequeño, considerando que es el tío abuelo de Guillermo y tío carnal de su madre.

—Sigo engullendo libros y no puedo quejarme del marisco que llega de Huelva. Sentaos, por favor.

—Traeré limonada —dice Matilde, marchándose.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunta don Salvador. Mira a los demás y corrige rápidamente—. Perdón, ¿qué os trae por aquí?

Guillermo le presenta a Marta, Elena y Nacho antes de poner a escaso medio metro de los ojos de su tío la moneda que hallaron debajo de Santa Ana.

Los dedos ya arrugados con los que don Salvador agarra la moneda giran sobre sí, a la vez que su cabeza retrocede en afán de conseguir un enfoque mejor. Camina hacia su escritorio, se pone sus gafas y enciende la lamparita. Los jóvenes aguardan en silencio, esperando su reacción.

—¿De dónde habéis sacado esta moneda?

—La hemos encontrado —responde Guillermo.

—¿Dónde? Y no se te ocurra decirme que en un mercadillo.

Nacho arranca:

—Escondida. Incrustada en una placa de mármol de hace más de cuatro siglos.

Don Salvador Castro mira a su sobrino y luego a Nacho.

—*Tíe*, ¿qué tipo de moneda es?

De vuelta con la moneda, don Salvador pregunta dónde estaba escondida.

—En un pasadizo que encontramos en la iglesia de Santa Ana —responde Guillermo.

—¿En la cripta?

—En la cripta es donde encontramos el pasadizo —puntualiza Guillermo—. Dimos con la moneda a unos doscientos metros de la cripta, en una excavación en el subsuelo. Como un mausoleo antiguo.

Don Salvador se recuesta en el sillón giratorio negro de piel:

—¿En el túnel de Santa Ana?

—Al final —suelta Elena—, todo el mundo conocía ese túnel menos yo.

—Habéis estado en el túnel —musita don Salvador, esbozando una sonrisa.

—No es un túnel propiamente dicho, *tíe*. Es un pasadizo que desemboca en ningún sitio.

—Claro que desemboca —le corrige don Salvador, incorporándose y sujetando la moneda en alto—. Desemboca en esto. Os ha llevado a esta moneda.

Guillermo le advierte que no tiene salida, que no atraviesa el río por debajo de un lado al otro.

—Tuvimos que dar media vuelta y salir por el mismo sitio que entramos, por Santa Ana.

—Además de inundar toda la sala —murmulla Marta, recordando las ratas.

—La leyenda del túnel de Santa Ana —pronuncia con nostalgia don Salvador—. Aún recuerdo cuando me hablaron de ella por primera vez. Cuando era un niño. Y ahora parece ser que todo eso que me contaron era cierto.

Nacho, desconcertado, pregunta:

—¿A qué se refiere?

Pero don Salvador no responde. Lanza la moneda al aire y la deja caer sobre el dorso de su mano izquierda. La tapa inmediatamente con la palma de su mano derecha. Levanta su mirada y pregunta:

—¿Cara o cruz?

Nacho continúa desconcertado, pero Guillermo resopla y deja escapar una sonrisa. Coge aire y dice:

—Cruz. En esa moneda no hay ninguna cara.

Don Salvador se queda mirando a sus cuatro invitados, quienes le observan con fascinación en su biblioteca. Vuelve a acomodarse, balanceando su sillón levemente, y pregunta:

—¿Habéis oído hablar de la Orden del Mestizo?

---

9 Canónigo que preside el cabildo de la catedral.

10
Sevilla. Calle de la Resolana

A Ignacio Aguilar le conoce Santiago Reina bastante bien. Cada vez que hay chanchullos en la ciudad con obras de arte de por medio aparece su nombre en medio de todo el cotarro. Al final, siempre la culpa es de otro, siempre sale impune, siempre parece tener un ángel de la guarda que le saca de los fregados o una milagrosa sucesión de acontecimientos que le llevan fuera de comisaría de repente.

A Ignacio Aguilar le conocen bien en la plaza del Museo, en los jueves de la calle Feria, en los mercadillos de la Alfalfa y de la Alameda de Hércules. Aunque pocos le llaman de esa manera. Más bien le conocen por Nacho.

El giro del vehículo a la derecha, dejando atrás la avenida de Torneo, conduce a la calle Resolana. Es cuando Santiago cae en la cuenta, toma la radio del coche y se la acerca a la boca:

—Central. —Espera respuesta y continúa—. Necesito el último domicilio conocido de Ignacio Aguilar. Creo que su segundo apellido es Salcedo. Miren en mis casos de los tres últimos años.

Mientras espera una respuesta, Concha Bautista, al volante, pregunta si ese tal Ignacio Aguilar es el que estuvo mezclado en las falsificaciones de los cuadros de Luis Gordillo.

—En los de Luis Gordillo, en los de Eduardo Naranjo, Abraham Lacalle, Alfonso Albacete, Ricardo Sanz… —enumera Santiago con los dedos—. En realidad, mezclado no es la palabra.

—¿Agitado? —pregunta Concha, con sorna.

—Más bien pringado.

La calle Resolana era originalmente un espacio extramuros separada por la muralla entre las puertas de la Barqueta y de la Macarena, aunque a la primera también se le llamó en su tiempo Puerta de Vib-Arragel y luego Puerta de la Almenilla.

Según el agente de la comisaría que habla con Santiago por radio, la última dirección conocida de Ignacio Aguilar es un ático en la calle Castellar, perpendicular a la larga calle Feria.

—Sin orden no hacemos nada —expone Concha.

—¿Una orden para qué? En un principio no ha hecho nada, pero algo estará tramando. No está mal tenerlo controlado.

Al pasar por delante de la basílica de la Macarena y enfilar hacia la calle San Luis, Concha reduce la velocidad y pregunta:

—¿Seguimos entonces en la misma dirección?

—Sí, claro. Echaremos un vistazo por su tienda. Aunque seguro que

la tiene cerrada.

◊ ◊ ◊

Cuando las calles de Sevilla aún se regaban con la misma agua sucia de río con la que se limpiaban los zaguanes de las casas de una ciudad en auge. Cuando los barcos procedentes de las Indias entraban en una ciudad a través del Guadalquivir sin esclusa. Cuando las inundaciones se frenaban con una muralla que circunscribía una ciudad ya conquistada tres siglos atrás, con sus puertas apuntaladas con tablones para frenar la entrada masiva de agua dulce. Cuando una capa y un sombrero en la noche asustaban en cualquiera de las calles de la judería más que el mayor de los tormentos nocturnos. En esos días, cuenta don Salvador Castro, catedrático emérito en Historia de la Universidad de Sevilla, todo era posible en esta ciudad.

—Hay miles de historias y leyendas —añade desde su sillón giratorio—. Algunas más creíbles que otras. Unas con mayor fundamento histórico, otras con mayor misticismo. La Sevilla del siglo XVI era… otra Sevilla. Ni mejor ni peor, simplemente era diferente.

En un sillón triplaza permanecen Marta y Elena atentas a las palabras que pronuncia don Salvador. Las mismas que Nacho escucha desde una silla junto al ventanal y Guillermo desde el sillón individual en el que su tío yacía justo antes de que ellos irrumpieran en su lectura matutina.

—Ni Huelva, ni Sanlúcar, ni Cádiz —explica don Salvador—. Ni siquiera Lisboa. Sevilla se convierte en puerto universal. Por su experiencia y porque al estar cien kilómetros río arriba se protegía mejor de posibles ataques. Incluso cuentan algunos cronistas que ascender el Guadalquivir desde su desembocadura era toda una aventura.

Por ello, la Casa de la Contratación se instala en la capital hispalense a principios de ese siglo. Por eso, las naves de las Indias tenían que sortear la barra de arena de Sanlúcar y atravesar marismas de baja profundidad con todo su tonelaje hasta alcanzar la ciudad de la Giralda.

—Esa dificultad a la hora de navegar es la que hizo a Felipe V que dos siglos más tarde se llevara la Casa de la Contratación a Cádiz —expone don Salvador—. Pero en el siglo XVI, la tacita de plata era una ciudad pequeña, aislada y desprotegida. En siglo y medio, el diez por ciento de los buques que entraban por la barra de Sanlúcar naufragaban antes de llegar a Sevilla.

—¿Por el fango? —pregunta Nacho.

—Por el exceso de peso —puntualiza Guillermo.

—Lo máximo permitido eran cuatrocientas toneladas —añade don

Salvador—. Pero ¿quién estaba dispuesto a cumplirlo? Sobre todo una vez que habían conseguido llegar a la península tras meses de largo viaje por el océano.

Era la mejor etapa en la historia de Sevilla, una época que muchos historiadores llamaron «el siglo de plata», porque, aunque llegaban grandes cantidades de oro en esos navíos desde la otra orilla del Atlántico, la plata abundaba mucho más.

—Hay una seguidilla de López de Vega —recita don Salvador—: «Vienen de Sanlúcar rompiendo el agua, a la Torre del Oro, barcos de plata».

La tía de Guillermo, Matilde, entra con una jarra de limonada y cinco vasos en una bandeja que apoya en el hueco libre de la mesita central.

—Muchas gracias, querida —agradece don Salvador con un sonrisa.

Don Salvador continúa enumerando la cantidad de monumentos que se acabaron en ese siglo como la catedral, su campanario y el Giraldillo. Construcciones como la Lonja, el ayuntamiento, la Casa de la Moneda, el Hospital de las Cinco Llagas, la iglesia de la Anunciación.

—Había dinero —añade levantando la moneda—. De eso no hay duda. Pero toda moneda tiene dos caras. —Hace una pausa, mirando la moneda—: O dos cruces. También había pobreza, hambre y suciedad, y por consiguiente, enfermedades, epidemias y plagas.

Al llegar a la puerta, Matilde se vuelve y observa cómo el sol que entra por el ventanal ilumina en cuarto menguante la redonda cara de su marido, quien carraspea y prosigue:

—Quizás el sentido común o el menos común de los sentidos no llegó a esta ciudad hasta el siglo siguiente. Cuando el declive conduce a la sensatez.

Nacho aprovecha la pausa para preguntar:

—¿Qué es eso de la Orden del Mestizo?

—Te veo impaciente. —Don Salvador gira unos noventa grados y señala a su sobrino—: Tú sí sabes quién fue el Mestizo.

—Martín Cortés, el Mestizo —arranca Guillermo—. Dicen que fue el primer mestizo de Nueva España. La primera mezcla de sangre.

—¿Dicen? —se extraña don Salvador—. No hay datos históricos que verifiquen ninguno anterior.

—Eso no significa que no lo hubiera —apostilla Guillermo.

Intrigada, Elena pregunta:

—¿Quién es ese Martín Mestizo?

—Martín Cortés —cuenta Guillermo— fue el hijo de Hernán Cortés y la Malinche.

—Hernán Cortés… ¿el conquistador? —pregunta Marta.

Guillermo asiente y Elena pregunta por la Malinche. Don Salvador

sacude su cabeza:

—¿Qué clase de historia os enseñan hoy en la escuela?

Guillermo continúa explicando:

—La Malinche fue una de las veinte esclavas que entregaron los indígenas de Tabasco a Hernán Cortés y sus hombres, tras la derrota. Fue una mujer clave en la conquista de México, como interprete.

—Hablaba varias lenguas de la zona —añade don Salvador— y su pueblo la tachó de traidora.

—La Malinche no desertó —le explica Guillermo—. Era una esclava que fue bautizada por Cortés con el nombre de Marina.

—Doña Marina —puntualiza don Salvador.

Guillermo se cansa de las interrupciones de su tío:

—No entiendo qué tiene que ver con esa moneda, ni qué es la Orden del Mestizo.

Don Salvador coge aire en sus pulmones y explica que Martín Cortés el Mestizo fue el hijo primogénito entre Hernán Cortés y doña Marina. Que su padre lo trajo en uno de sus viajes a España, donde ingresó en la Orden de Santiago y consiguió que fuera paje de Felipe II cuando aún era príncipe.

—Los viajes, las batallas, las masacres, las conspiraciones, las traiciones, los destierros… —explica don Salvador—. El apellido Cortés tiene mucha historia y leyenda.

—Y mucha sangre que limpiar —añade Guillermo.

—No existe la historia sin sangre, sobrino.

Impaciente, Nacho llama la atención de don Salvador:

—Pero ¿esa moneda…?

—Esta moneda es una de las primeras que se acuñaron en México —dice don Salvador, levantándose y buscando entre los libros de una de las estanterías—. De la primera Casa de la Moneda mexicana.

Extrae uno de los libros, hojea en su interior y, al localizar lo que buscaba, lo gira hacia ellos para que se acerquen al escritorio.

—La primera de toda América —dice señalando una moneda similar en el libro—. El virrey Antonio de Mendoza consiguió una cédula real de la corona Española y estableció la primera Casa de la Moneda en América el 11 de mayo de 1535 en lo que llamaban «las Casas Viejas» de Moctezuma, propiedad de Hernán Cortés. La primera ceca[10] de América.

Nacho pasa los dedos por la fotografía de la moneda del libro:

—¿Es de la primera ceca?

—No solo eso —arranca don Salvador señalando el dibujo del libro —. Que la letra M tenga el círculo arriba significa que se acuñó en México. Al otro lado del escudo coronado de castillos y leones hay una R.

—En la moneda hay una N, no una R —advierte Elena.

—Esa letra varía según el ensayador[11] —dice don Salvador—. En este lado se puede leer claramente «CAROLVS ET IOHANA REGES», los reyes Carlos y Juana. —Gira la moneda y añade señalando la imagen del libro—. En el otro lado, dos columnas de Hércules con «PLVS VLTRA» y la leyenda «HISPANIARVM ET INDIARVM», de España y las Indias.

Levanta el dedo y todos observan a don Salvador, quien pregunta:

—¿Dónde está la palabra INDIARVM en la moneda?

Casi chocan las cuatro cabezas al precipitarse para ver la moneda sobre el libro y leer su leyenda: «HISPANIARVM ET MESTIZVM».

Y don Salvador concluye susurrando:

—De España y del Mestizo.

◊ ◊ ◊

Cerca de la antigua calle Mercaderes, la actual Álvarez Quintero, junto a la calle Alemanes, Víctor clava su codo en la barra de madera del restaurante Casa Robles de la calle Francos, atento a su tableta, junto a un Carlos Vidal inquieto.

Se echa de menos en el local a su anterior dueño, Juan Robles, a quien nunca le faltó en vida una sonrisa, sobre todo si andaba cerca Paquita, su adorable mujer, que siempre te sorprendía con una receta casera, como la del pollo sentado. Ahora son sus hijos quienes mantienen la esencia que siempre quiso impregnarle el bueno de Juan.

El punto verde sigue sin moverse en la pantalla que sostiene Víctor con su mano izquierda, mientras con la otra enrolla un pico de pan con una fina loncha de jamón de bellota y se lo mete todo en la boca.

Masticando la comida, apenas se le escucha decir:

—En algún lugar encima de nosotros.

—¿No puede ese bicho ser más preciso? —pregunta Carlos Vidal, al ver que los puntos verde y rojo están separados por un par de viviendas.

Víctor traga, se aclara la garganta y le explica a su jefe que si estuvieran tanto ellos como los jóvenes en el mismo bloque, unos en el primer piso y los otros en el último, se verían en el mismo punto de la pantalla.

—No hay manera de distinguir la altura. Además, la calle se estrecha demasiado aquí y el punto de la pantalla es tan gordo que podrían ser las casas de arriba o las del edificio de en frente.

—¿Y eso es lo mejor que hay en el mercado?

Víctor empieza a nombrar siglas desconocidas para Vidal, tecnología militar usada para el rastreo y localización de objetivos. Le dice que están localizados con una precisión de diez metros. Añade:

—Los chinos han mejorado la técnica después de la identificación

de personas infectadas por coronavirus, pero dicen que no se comercializará hasta las próximas navidades.

Víctor agarra el último trozo de jamón y lo engulle, sin despegar sus ojos de la pantalla, dejando el plato con apenas un par de picos de pan y un pedazo de *regañá*. Carlos Vidal le observa, cayendo en la cuenta de que no ha probado el jamón que les puso el camarero hace unos cinco minutos. Mira el plato, mira a Víctor y pregunta:

—¿Quieres que pida otro plato?

—No, jefe. No tengo hambre.

◊ ◊ ◊

Como ninguno de los cuatro jóvenes pronuncia una sola palabra, don Salvador se adelanta y golpea su sien con el dedo índice de su mano derecha:

—Mestizo. No existe la palabra Mestizo en latín.

La palabra Mestizvm se lee claramente en uno de los lados de la moneda.

—¿Mixticius? —pregunta Marta.

—¿Qué tipo de vocablo es ese? ¿Anglicismo? Se refiere al Mestizo, a Martín Cortés, el hijo de Hernán y la Malinche.

—Eso quiere decir que es muy probable que se trate de una moneda que nunca estuvo en circulación —susurra Nacho.

—Las primeras monedas que acuñó el virrey Antonio de Mendoza para el propio Hernán Cortés —dice don Salvador—. No es que sea muy probable, sino que, efectivamente, estas monedas nunca estuvieron en circulación.

Guillermo, dubitativo, cuestiona:

—¿Cómo estás tan seguro, *tíe*?

—El ensayador.

—¿Qué es el ensayador? —pregunta Marta.

—La pregunta es quién es el ensayador —corrige don Salvador—. Los ensayadores era quienes daban fe de la calidad de las monedas y sus iniciales aparecían en ellas. Es la manera que tenemos de datar con más o menos exactitud cuándo se acuñó la moneda, porque el cargo de ensayador era muy codiciado y cada dos años se remplazaba. —Señala la R del dibujo y añade—: Esta R es de Francisco del Rincón, primer ensayador de la ceca de México junto con Pedro de la Membrilla, que utilizó su inicial P.

—Pero en la moneda hay una N —señala Elena.

—Ahí está la cuestión—. Recorre con el dedo una lista de ensayadores con sus correspondientes siglas, años y Casa de la Moneda en la que se acuñaron, hasta encontrar en el libro la primera N en la columna de la sigla—. La primera N corresponde a Joaquín

Negrón, Casa de la Moneda de Lima, allá por 1728. Esta moneda no es de esa época.

Nacho acerca la moneda a sus ojos:

—Entonces, ¿esta N?

—¿Narváez? —pregunta Marta.

El apellido Narváez aparece demasiado en el entorno de Hernán Cortés, dice Guillermo, pero Pánfilo de Narváez y Hernán fueron enemigos hasta la muerte del primero.

—¿Álvar Núñez? —pregunta Nacho.

—¿Cabeza de Vaca? Lo dudo —sacude su cabeza don Salvador—. Pero todo es posible. Ahí es donde entra en juego la leyenda.

—¿Qué leyenda? —pregunta interesada Elena.

Don Salvador coge la moneda, se recuesta en su sillón y se balancea levemente en un paneo vertical bajo la expectación de sus cuatro invitados:

—¿Hablo para gente que sabe un mínimo de historia o lo relato como un cuento para niños?

Todos aguardan expectantes a que don Salvador continúe.

—Estoy seguro de que sabéis lo que es un matrimonio de conveniencia, pero hace quinientos años la cosa era algo distinta.

Los padres se encargaban de buscar matrimonios entre sus hijos, explica. Un enlace matrimonial era el momento perfecto para estrechar vínculos entre dos familias, para beneficiarse mutuamente, para rendir cuentas pasadas u ocultar intereses futuros.

—Los reyes lo hicieron desde antes de la reconquista. Aragón con Castilla. Navarros con franceses. Los Habsburgo con los Borgoña. Lazos en busca de paz o coaliciones para luchar juntos en la guerra.

—¿A dónde quiere llegar? —pregunta impaciente Nacho.

—A 1545. Dos años antes de que muriera Hernán Cortés.

El conquistador español ya había conseguido del rey ser gobernador de la Nueva España, unas tierras como marqués del Valle de Oaxaca y una bula papal que legitimaba a todos sus hijos de sus distintos matrimonios.

—Incluso consiguió que ni se le juzgara por la sospechosa muerte de su primera esposa —cuenta don Salvador—, a pesar de ser el principal sospechoso.

Al parecer, el máximo deseo del conquistador era cerrar el matrimonio de su hija María Cortés con Álvaro, el hijo del marqués de Astorga.

—Acordaron el casamiento y una dote de cien mil ducados pagaderos en cinco años —explica don Salvador—. Y así Cortés se comprometió a traer a su hija a España antes de finales de 1546. Pero tuvo muchos problemas, le habían vetado volver a Nueva España. En septiembre del 1547, Cortés tuvo que hacer frente a los primeros

veinte mil ducados. No pudiendo ir a México, vino a Sevilla, a Castilleja de la Cuesta, donde murió en diciembre de ese año, antes de la llegada de María desde Nueva España.

Don Salvador cuenta cómo el marqués de Astorga, un tal don Pedro Álvarez Ossorio, terminó casando a su primogénito con la hija del duque de Alba.

—Los herederos de Cortés se querellaron con el marqués de Astorga por esos veinte mil ducados que no quiso devolver.

En el pleito apareció un clérigo para dar fe de las capitulaciones firmadas del matrimonio que debió celebrarse y que nunca tuvo lugar: un tal Francisco López de Gómara, un historiador que puso por escrito todo lo que Hernán Cortés le fue contando sobre la conquista de México.

—También fue su capellán en sus últimos años de vida —explica don Salvador. Levanta la moneda y añade—: Esta moneda fue una de las trece monedas que Hernán Cortés le entregó a López de Gómara.

El valor de algo decrece dependiendo de la cantidad existente en el mundo. La exclusividad aumenta el precio. Elena pregunta:

—¿Hay trece monedas como esa?

—Las trece primeras monedas que se crearon en México —expone don Salvador—. Antes de las que se acuñaron en la ceca mexicana. Esta moneda no es una simple moneda. Esta moneda es anterior a las monedas. Una de las trece que se hicieron exclusivamente para Hernán Cortés, para la boda de su hijo Martín Cortés, el Mestizo.

El silencio de los jóvenes tiene una doble interpretación: quizás la asimilación de tanta información requiera de su tiempo o más bien la pregunta que les merodea en la cabeza sea dónde están las otras doce monedas.

Con la moneda en alto, don Salvador concluye:

—Se trata de una de las trece monedas de las arras del Mestizo.

---

10 Establecimiento oficial donde se fabricaba y acuñaba moneda.

11 Personas cuyo oficio era verificar la ley del mineral con el que se acuñaba la moneda.

11
Sevilla. Calle Feria

La tienda de antigüedades de Ignacio Aguilar se encuentra en una de las estrechuras de la calle Feria, junto a la calle Castellar, donde, según los datos policiales, tiene su último domicilio conocido.

Los tacones de Concha Bautista mantienen el equilibrio entre los mojados adoquines de la calzada. Santiago Reina mira al suelo de reojo, con la impresión de que su compañera terminará resbalando de un momento a otro y con el trasero en plena calle Feria.

—Esos tacones son como para una persecución —le suelta.

—Tranquilo, inspector. Tengo unas deportivas en el maletero.

—¿Para una emergencia?

—No, para jugar al pádel cuando acabe el servicio.

Para sorpresa de Santiago, la puerta de la tienda de antigüedades está abierta y al pasar repica una campanita encima de sus cabezas.

—Un momento —se escucha la voz ronca de alguien mayor, al fondo de la tienda, entre lámparas de sobremesa y candelabros de plata.

—No creo que se trate de nuestro sospechoso… —le susurra Concha al oído de Santiago, quien ni se digna a contestar.

El hombre de la voz camina con dificultad entre un bargueño y fanales con composiciones florales, entre relojes de pared que yacen sobre viejos sofás y baúles de madera carcomida sobre la que se posan cálices y hacheros en tono grisáceo y verdoso. Su pelo canoso brilla al irradiarle el sol que penetra por el escaparate, la poca luz que consigue entrar entre tanto chisme viejo de supuesto valor histórico. Su espalda se curva en exceso, de tantos años agachándose y levantando trozos de recuerdos de los antepasados de alguien.

—Buscábamos a Ignacio Aguilar —expone Santiago.

—Para servirles —dice el hombre extendiendo su mano arrugada.

Dubitativo, Santiago le estrecha la mano y añade:

—¿Ignacio Aguilar?

—El mismo. A menos que busquen a mi hijo. El otro Ignacio Aguilar.

—Eso es. Buscamos al otro Ignacio Aguilar.

—Nadie lo llama así. No sé dónde se ha metido hoy —dice el hombre rodeando el mostrador—. Ni ha venido a trabajar ni coge su teléfono. ¿Puedo ayudarles en algo? ¿Buscan algo en particular?

Concha mete su dedo índice en uno de los diez agujeros del teléfono marrón de los años cuarenta que hay junto a una caja

registradora cubana del siglo pasado. Mueve el dedo hasta el tope metálico y deja correr la rueda.

—De la postguerra —dice Ignacio Aguilar padre.

—Necesitamos hablar personalmente con él sobre unos cuadros —dice Santiago, distraído con los juegos de su compañera.

—¿Son de la policía?

Santiago sonríe y pregunta:

—¿Damos esa impresión?

—Usted no tanto, pero ella parece que ha salido de esas series que ponen en la televisión. Casi siempre me quedo dormido antes de que descubran quién es el asesino.

Santiago le lanza una mirada a Concha, quien se encoge de hombros y tira de una cadena de bolitas metálicas que cuelga en el interior de una lámpara de sobremesa para encenderla, pero la rompe y se queda con la cadena en su mano.

—Tenga cuidado —le dice el padre de Nacho arrebatándole la cadena—. Estas cosas son muy delicadas.

—Lo siento.

—Mi hijo dice que esta lámpara es alemana, de los años treinta —explica el mayor de los Aguilar, intentando devolver la cadena a su sitio.

Santiago se impacienta:

—¿Podría darnos el número de teléfono de su hijo?

◊ ◊ ◊

Don Salvador hace girar la moneda del Mestizo sobre su escritorio de madera y expone:

—Como historiador, continuar a partir de este punto sería similar a un periodista que publica una noticia sensacionalista sin corroborarla.

La moneda gira y gira, perdiendo progresivamente su velocidad angular y su verticalidad hasta que pega sus últimos coletazos y se detiene en el escritorio.

—Hernán Cortés le hizo entrega a López de Gómara de las trece monedas. Las arras del Mestizo —explica don Salvador—. Sabiendo que sus días se acababan, su único deseo era que su hija María Cortés se casara con el primogénito de don Pedro Álvarez Ossorio, IV marqués de Astorga y V marqués de Trastámara.

Explica que quería que las mismas arras del Mestizo estuvieran presentes en la boda de su hija María, a quien adoraba.

—Pero había un problema —advierte don Salvador—: Era el hombre quien aportaba las arras en un casamiento. La mujer contribuía al matrimonio con la dote, que, en este caso, tal y como verificó López de Gómara, se trataba de cien mil ducados que Hernán

Cortés debía pagar en cinco años al marqués de Astorga. Veinte mil ducados por año.

Elena levanta la mano como si estuviera en la escuela e interrumpe:

—¿Dote? ¿Arras?

—Ni sabéis historia ni de tradiciones.

Les explica que la tradición de las arras se remonta a la época árabe, antes de la reconquista, aunque la Iglesia católica la adoptó. Simboliza los bienes con los que contribuye el hombre al matrimonio, del mismo modo que la dote son los bienes que aporta la mujer.

—En el rito religioso es un mero simbolismo de una transacción económica que se firmaba bajo notario —explica don Salvador—: Se llamaba «la carta de dote y arras», y era el concierto económico y material en el que la pareja basaría su enlace y su nueva vida.

La primera regulación conocida de cómo debía funcionar este acuerdo de arras y dote es del propio Alfonso X el Sabio, hijo del rey Fernando III el Santo y Beatriz de Suabia, sucesor en la corona de Castilla del que reconquistara la ciudad de Sevilla.

Intrigada, Marta pregunta qué sucedió con las arras del Mestizo.

—Por entonces, esas trece monedas simbólicas no representaron gran cosa para el marqués de Astorga, quien le pidió a Hernán Cortés cien mil ducados como dote para el matrimonio. Hoy en día —expone don Salvador—, por su valor histórico, si tuviera que casar a un hijo, preferiría esas trece monedas.

Nacho se lanza:

—¿Cuánto valen hoy en día?

—¿A qué te refieres? ¿En euros? Hoy en día no tienen equivalencia.

—¿No tienen valor? —pregunta inocentemente Elena y el tío de Guillermo le responde que su valor es incalculable.

—El precio de la historia no tiene valor que pueda materializarse —puntualiza don Salvador—. Pero solo tenéis una moneda. Os faltan otras doce más para completar las arras del Mestizo.

El historiador jubilado golpea el canto de la moneda del Mestizo rítmicamente en el escritorio y se balancea de nuevo en su sillón, escrutando a cada uno de los jóvenes. Observa, medita y afirma:

—Vosotros sabíais dónde encontrar esta moneda.

Mira a su sobrino, quien sacude su cabeza. Luego observa que las chicas están ajenas por completo. Entonces cruza sus ojos con los de Nacho, quien pregunta:

—¿Dónde pueden estar las otras doce?

—Tú sí sabías dónde encontrar esta moneda.

—La encontramos de casualidad —se defiende Nacho.

—A mí no me engañáis. —A Nacho le pregunta—: ¿Tienes la anterior?

Guillermo pregunta:

—¿Qué anterior?

—No, no la tengo —responde Nacho.

—Sabes de qué te hablo —le dice don Salvador apuntándole con el dedo.

—¿De qué está hablando? —le pregunta Guillermo a Nacho.

Las chicas se miran desconcertadas y don Salvador expone que Nacho sabía dónde encontrar esa moneda porque conocía la pista para llegar hasta ella.

—¿Qué pista? —pregunta Marta—. ¿De la *gymkhana*?

—Cada moneda conduce a la siguiente —explica don Salvador, sin separar sus ojos de Nacho, analizándole—, o a una pista si la moneda no está en el sitio. Así lo propuso la Orden del Mestizo, en el siglo XVII.

—¿Qué es la Orden del Mestizo?

—Una mezcla de señores y caballeros en pleno Siglo de Oro —les cuenta don Salvador—. Algunos de la Orden de Santiago, otros de la Orden de Calatrava. Orden de Alcántara, de Montesa. Algunas de estas órdenes se incorporaron a la Corona y prácticamente desaparecieron.

—Nunca he oído hablar de la Orden del Mestizo —asegura Guillermo.

—De igual manera que el Mestizo fue la primera mezcla entre dos razas, la Orden del Mestizo consiguió juntar a varios caballeros de distintas órdenes militares —explica su tío—. Nació dentro de la Congregación de la Granada —especifica. Se levanta, coge un libro de la estantería y continúa—: La Congregación de la Granada era un grupo de heterodoxos, una reunión de *alumbrados* de la Sevilla barroca, entre los que estaban grandes artistas como Francisco Pacheco, Juan Bautista Vázquez el Viejo o el mismísimo Juan Martínez Montañés —expone, buscando entre las páginas del libro sobre su escritorio—. Se llamaban así porque se reunían en la catedral, en el Patio de los Naranjos, en torno a la Virgen de la Granada.

Girando el libro en la dirección de los jóvenes, don Salvador golpea un par de veces con su dedo índice en una de las fotografías, un retablo cerámico con la Virgen sentada, sujetando al Niño con su brazo derecho y una fruta con la izquierda, una granada. A cada lado, los acompañan un par de santos y mártires, y sobre la cabeza de la Virgen dos querubines están a punto de coronarla. Todas las imágenes están en color blanco, excepto la granada, que está pintada en tonos verdosos y amarillentos.

—La Orden del Mestizo —continúa— fueron los elegidos por el cabeza de la Congregación de la Granada. Se hacían llamar «los Seis del Particular Espíritu».

—¿Elegidos para qué? —pregunta Guillermo.

—Para guardar un secreto.

—¿Las arras del Mestizo? —pregunta Elena.

Don Salvador Castro se gira hacia Nacho y abre la palma de su mano derecha, dándole el turno de palabra. Y entonces Nacho suelta:

—El secreto de la Noche Triste.

◊ ◊ ◊

Cada uno de los colaboradores de Javier Heredia, prioste de la Hermandad del Auxilio, recoge un centro de nardos con azucenas de la furgoneta negra con letras amarillas de Flores Ventura, aparcada en la calle Mateos Gago. Luego atraviesan con las flores la plaza Virgen de los Reyes para entrar en la catedral por la Puerta de Palos.

Uno de los colaboradores estornuda a los pies del Altar del Jubileo, le dice al prioste que es alérgico al polen y añade mirando a Nuestra Señora del Auxilio:

—Esto lo hago por la Virgen.

Un largo dosel burdeos separa el altar de la Virgen del Auxilio de la Puerta de la Concepción y el Patio de los Naranjos.

Ventura, el florista, tiene que organizar la distribución de todos los centros por el altar y arreglar las piñas con rosas de color champán. Al prioste le dice:

—Estas te aguantan hasta el miércoles sin problema.

—Con que aguanten el pontifical y la procesión de mañana me conformo —le responde Javier.

El pontifical es la solemne eucaristía en la que, mañana domingo, el arzobispo de Sevilla, el excelentísimo y reverendísimo señor don Agustín Muruve, bendecirá y coronará canónicamente a la Virgen del Auxilio. Todo el protocolo de llegada de consejeros, autoridades y hermanos mayores de otras hermandades será a las diez de la mañana, por la Puerta de Palos, junto a la base de la Giralda. Media hora más tarde comenzará el pontifical y a las doce y media está prevista la procesión que lleve de regreso a la Virgen en su paso de palio[12] hasta su iglesia.

El hermano mayor de la hermandad cuya Virgen será coronada en menos de veinticuatro horas, se mueve agitado alrededor del monumento de la tumba de Cristóbal Colón, justo enfrente del Altar del Jubileo. Cada uno de los cuatro reyes de armas vestidos de gala que llevan el féretro de Colón corresponde a un reino de España: Castilla, León, Aragón y Navarra. Granada viene representada por una fruta metálica clavada en una de las lanzas delanteras. Detrás del monumento funerario, Antonio Rubio se asoma por la Puerta del Príncipe para acabar viendo la copia del Giraldillo y las largas colas de turistas que esperan para visitar la catedral.

—Alcalde, teniente de alcalde y el delegado de Fiestas Mayores —le

dice Antonio al teléfono—. En otro lado, los que hayan confirmado asistencia del Consejo de Hermandades y Cofradías y otros hermanos mayores. ¿Quién se encarga de recibirlos en la puerta y acompañarlos hasta su sitio?

Agitando la mano, Javier le hace señas para que mire el altar y Antonio, tras echar una vaga mirada a los centros de flores desde la distancia y sin despegar su teléfono de la oreja, levanta el dedo pulgar de la mano libre en señal de aprobación y vuelve a esconderse tras la tumba de Colón.

—Al final no va todo tan mal, ¿no? —dice Silvia Romero, la responsable de protocolo del arzobispado, al prioste.

—¿Sabes cuánto trabajo supone todo esto?

—Me imagino —le responde Silvia, abrazando la carpeta con toda la documentación que necesita para el pontifical de mañana.

—No, ni te aproximas a imaginártelo —le suelta algo irritado el prioste, con sus ojos pendientes de las flores del altar.

—Piensa en positivo. Mañana a estas horas todo se habrá acabado.

Javier Heredia da un giro hacia la joven y su carpeta.

—Se habrá acabado para ti. —Enumera con sus dedos mientras expone—: Cuando tu misa se acabe, yo tengo que traer una máquina, subir la Virgen al paso y fijarle los pernos, repartir cirios y varas, organizar la procesión, aguantar las malas formas de mi hermano mayor, delante de quien me has dejado en evidencia… Sin contar que el lunes antes del mediodía tengo que desmontar y guardar todos los enseres; nuestro querido párroco lo quiere todo recogido porque tiene misa de difuntos por la tarde.

—Se supone que todo esto lo hacéis con gusto por devoción a la Virgen —le suelta Silvia—. Te noto muy tenso.

—¿Tenso? Para satisfacer el caprichito del párroco de recogerlo todo antes de comer tengo que pedirme el día como asuntos propios en mi trabajo y me lo descuentan del sueldo. La devoción me cuesta tirar de la Visa desde mitad de mes.

—¿A qué hora terminái con las flores?

—¿También tú me vas a meter prisa con esto?

Silvia sonríe y niega con la cabeza:

—Es por si te apetece que nos tomemos una cerveza. Te desahogas un poco y desconectas de todo este lío. Invito yo.

◊ ◊ ◊

El escritorio de don Salvador está repleto de libros, dibujos, esquemas y trozos de papel sueltos con anotaciones a modo de separadores de páginas.

—Los cronistas e historiadores siempre se han empeñado en

afirmar que el noventa por ciento de todo el tesoro azteca de Moctezuma terminó en el fondo del lago Texcoco. —Señala el lago en un plano y prosigue—: Si sabemos con exactitud el lugar, ¿por qué nadie lo ha sacado aún? Ni españoles ni mexicanos. Hemos sido capaces de localizar y recuperar baratijas del *Titanic* en el fondo del océano y… ¿no somos capaces de sacar el tesoro más codiciado del mundo de un lago?

La cuestión es que el tesoro no está allí, le expone a los jóvenes.

—Nunca estuvo allí.

Los cuatro jóvenes guardan silencio mientras don Salvador despliega un enorme volumen que ocupa casi la mitad de su escritorio. Levanta la cabeza y pregunta:

—¿Quién escribe la historia?

—¿Los historiadores? —pregunta Elena.

Niega con la cabeza y responde a su retórica:

—La historia la escriben los vencedores.

Nadie que pierde quiere ser recordado como un fracasado, les cuenta. Nadie que es derrotado narra sus desdichas para dar pena, para que le compadezcan, para que se apiaden de él.

—A menos que se trate de un mártir —añade—. Entonces sí que tendría sentido. Pero no es el caso.

—Un mártir tiene unos principios —dice Guillermo.

—¿Y quién ha dicho que Hernán Cortés y sus hombres no los tuvieran? —le responde su tío—. Pero de distinta índole.

—No lo capto —confiesa Marta.

—Conquistador, gobernador, marqués, dejando una leyenda tras de ti, una familia numerosa, varias mujeres, tierras, riquezas que aparecen y desaparecen, disputas con reyes, virreyes y adelantados del momento. Lo que se sabe de él es lo que él mismo quiso que se supiera.

—¿Estás diciendo que todo lo que nos habéis enseñado sobre la conquista de América es una farsa? —pregunta Elena.

—Es una sucesión de contradicciones —puntualiza don Salvador—. En particular, en torno a Hernán Cortés. O mejor dicho Hernando Cortés. ¿O quizás Fernando?

—Perdona, *tíe*, pero incluso yo me estoy perdiendo.

—¿Quién escribió *Historia general de las Indias*?

—¿Fray Bartolomé de las Casas?

—Francisco López de Gómara —corrige don Salvador a su sobrino —. Cronista de Carlos V y director espiritual de Hernán Cortés en los últimos dos años de su vida. ¿De quién es *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*?

—¿Estamos en una partida de Trivial? —pregunta Elena.

La mirada de don Salvador es amenazante. Nunca le ha gustado

que le interrumpan sus alumnos en clase y mucho menos hoy, en su plenitud. Responde:

—Bernal Díaz del Castillo.

Todos asienten sin tener ni idea de quién es, por lo que don Salvador continúa:

—Él sí estuvo con Hernán Cortés. Codo con codo. En toda la conquista de México. López de Gómara no. Ni siquiera pisó las Indias. O América.

Nadie abre su boca excepto don Salvador:

—Ninguno de los dos coincide en sus historias o ambos divergen a conciencia.

Entre ellos se miran y don Salvador deja de andarse por las ramas:

—Veo que queréis que llegue al grano —coge la moneda y añade—: Esta moneda es una de las trece que conduce al tesoro más preciado que aún no ha sido encontrado: el tesoro de Moctezuma. Todo el oro desaparecido entre la sangre y la lluvia de la Noche Triste.

—¿Y cómo se llega hasta dónde está? —pregunta Elena.

La carcajada del emérito historiador resuena en los altos techos de su biblioteca:

—El oro estaba maldito. Manchado de sangre. Y trajo muerte y desgracia a todos los que lo sacaron del nuevo continente. Esta ciudad tiene una leyenda en cada esquina de la misma manera que en esa época las supersticiones se creían como auténticas verdades.

Inquieta, Marta pregunta:

—¿Pero existe o no existe el tesoro?

Don Salvador sacude su cabeza:

—Hay quien se lo cree y hay quien no se lo cree. Hay libros antiguos que aseguran que inicialmente las trece monedas estuvieron ocultas en las trece puertas que había en la muralla de Sevilla por entonces. Cada una con una pista, pero desordenadas, por lo que había que descubrir el patrón para dar con el orden correcto. Pero la muralla y las puertas de Sevilla fueron desapareciendo con el tiempo y, por lo que se cuenta, la Orden del Mestizo se encargó de que no se perdiera el rastro que conducía al secreto que guardaban.

—Eso es una muestra de que el tesoro existe —apostilla Nacho, señalando la moneda.

—Aquel que encuentra una de las monedas del Mestizo tiene la pista de la siguiente —asegura don Salvador, alzando la moneda. A Nacho le pregunta—: ¿Cómo conseguiste llegar a esta?

Nacho agacha la cabeza y se asoma por el ventanal, con la mirada perdida.

—He escuchado esa leyenda del tesoro desde que era pequeño. A mi abuelo, a mi padre. A coleccionistas de arte. —Nacho hace una pausa y recita—: «Desde su nacimiento a su desembocadura, bajo el

río Grande hasta Santa María de la Sede».

—Eso no es el acertijo, hijo —dice, con voz plácida, don Salvador —, es la traducción. Hablamos de hace unos cuatrocientos años.

Nacho no deja de mirar por la ventana y don Salvador le pregunta:

—¿Cómo supiste que era Santa Ana?

—Mi abuelo —grita Nacho—. Mi abuelo me lo dijo, pero nunca le presté la suficiente atención.

—¿Tu abuelo encontró la moneda anterior? —pregunta don Salvador—. Dime que sigue vivo.

La lágrima que recorre la mejilla de Nacho responde.

—¿Y tu padre?

Sorbe los mocos por la nariz mientras niega con la cabeza:

—Vive, pero nunca hemos hablado de esto.

—¿Estás seguro de que no sabe nada sobre…?

—Le he dicho que no —le increpa—. Deme esa moneda y déjeme en paz.

Sin inmutarse, don Salvador le analiza y observa, temblando en su llanto juvenil, con su mano vacía extendida como esperando una limosna. Ladea su cabeza y le dice que no:

—Esta moneda no te pertenece, hijo. Pertenece a la historia.

—¡No soy su hijo! —le grita, llamando la atención de Matilde, la tía de Guillermo y esposa de don Salvador, que se asoma en la habitación —. Devuélvamela.

Don Salvador extiende la moneda y le pregunta:

—¿Quieres esta moneda o que te ayude a encontrar la siguiente?

---

12 Estructura normalmente plateada que con doce varales sustenta el techo de palio, bajo el cual está la Virgen y el candelero. Debajo lo portan unos treinta y seis costaleros sobre sus hombros.

12
Madrid. Plaza del Arrabal de Santa Cruz

Domingo, 13 de octubre de 1546

—Si no platicamos hoy con sus textos, tendré que enviarle aquello que recuerde por carta —me dice Hernán Cortés, sentado en esta sucia mesa de taberna, bajo la luz de un par de velas—, y hay cosas que Dios sabe que es mejor no dejarlas por escrito.

—Será mi nombre el que aparezca —le digo.

—En eso lleva razón —me dice—. Firmar como Francisco López de Gómara, reconocido cronista del rey y clérigo, es bien distinto.

Me dice que partirá en breve para Sevilla, porque necesita volver a Nueva España para traer a María y a su madre.

—No le dejaran pisar Nueva España —le advierto.

—Encontraré la manera.

Sus ojos cansados bajo unas cejas puntiagudas se acentúan bajo la sombra que produce la luz de las velas. Su barba espesa ya grisácea se blanquea en la zona de su barbilla. Sus prendas negras le ocultan aún más si cabe en la oscuridad de esta tasca.

—Sea benévolo, don Francisco. A estas alturas de la vida son más los cabos por atar que los ya atados.

—Sus ojos son los míos, señor marqués.

—Marqués… —repite Hernán, dejando que flote la palabra en el ambiente—. Los títulos no hacen al hombre, pero ya va siendo algo tarde para eso. Prométame que velará por mis herederos.

Le confieso que no dependerá de mí sino del rey.

—No me haga reír a estas edades. Es bien sabido que vos sois del gusto de nuestro emperador.

—Haré todo lo que esté en mi mano.

Hernán baja sus ojos:

—En su mano hay una pluma que no escribe.

—¿Y qué buena dicha ha de escribir hoy?

—Pensándolo mejor —susurra Hernán, escrutando en derredor—, quizás ahora que estamos solos no deba escribir sino escuchar.

—Presto mis oídos a su atención —le digo soltando la pluma junto al tintero.

—Hacía calor. Mucho calor. Y casi todo estaba en llamas. Y todo

ello a pesar de la lluvia. Porque créame ya que es cierto: llovía. Anote la fecha.

Y yo escribo: «En la noche del último de junio al primero de julio de 1520».

Los gritos y llantos se mezclaban con los gemidos agónicos de la muerte de los hombres que solo querían huir y escapar de tal barbarie, me cuenta Hernán.

—No puedo ocultar después de más de veinticinco años que mi tristeza en esa noche era por el hedor a sangre y muerte que saboreaba la venganza azteca. Ese Pedro de Alvarado… —Respira profundamente y continúa—: Ese Pedro de Alvarado y Contreras, Dios lo tenga en su gloria, pero tarde o temprano algo así tenía que suceder.

Lo cierto es que mucha parte de lo sucedido ya lo había oído previamente.

La noche se convirtió al poco tiempo en un caos. Hernán tuvo que salir de la ciudad en busca de Pánfilo de Narváez, a quien lo había enviado el gobernador de Cuba para capturar al conquistador por entrar en México sin seguir sus órdenes. Mientras estuvo ausente, Hernán dejó al mando a Pedro de Alvarado.

—A mi regreso —me cuenta Hernán—, Alvarado había hecho una matanza en el templo mayor. En plena fiesta religiosa de los aztecas. Había cortado cabezas, brazos, el suelo del templo era un baño de sangre, lleno de tripas y cuerpos desmembrados. Caciques, soldados, sacerdotes, intérpretes de códices, mujeres, jóvenes, niños…

Ni siquiera Moctezuma, a petición del propio Cortés, consiguió calmar la ira de su propio pueblo que le lanzó piedras y flechas cuando se asomó al balcón para pedir calma, dando una de tantas en su cabeza y muriendo en tres días.

—Lloré por él, porque era bueno —admite Hernán—. Los guerreros mexicas habían desmontado los puentes de acceso a la isla y nos sitiaban en el silencio, sedientos de venganza. Y nosotros, en el palacio de Axayácatl sin apenas víveres, podíamos oler nuestro propio miedo en el calor del verano.

Cortés agarra la copa y bebe un poco de vino con su mirada en algún lugar remoto de la taberna o en algún rincón de su memoria.

—Ordené cargar todo el oro que fuera posible, separando el quinto real[13] de don Carlos, cuyo transporte encomendé a don Alonso de Ávila y don Gonzalo Mejía. Aun así, con los pernos de los barcos repletos, sobraba y sobraba oro. Y la avaricia pudo con nuestros hombres, con sus armaduras rebosando de oro azteca.

Me cuenta cómo esperaron la caída de la noche y con sigilo huyeron para alcanzar Tlacopan, cuando una anciana que recogía agua los descubrió. Los tambores del templo comenzaron a sonar y ya

no hubo tregua.

La descripción del infierno terrenal enrojece los ojos de Cortés cuando enumera por centenas los hombres caídos, la sangre mezclada con el agua de la lluvia, los relinches de dolor de decenas de caballos que agonizaban, las cuchilladas desesperadas que cada uno arremetía para abrirse paso y salir vivo. El grito encolerizado de la angustiosa necesidad de supervivencia.

—¿Qué fue de todo el oro?

—La avaricia de los hombres se lo llevó al fondo del lago, sepultado junto con sus almas. En las afueras de Tenochtitlan.

Se hace un silencio que le sirve a Cortés para empinar la copa y a mí para levantar la pluma y descansar mi mano.

—Si va a escribir sobre esta triste noche —me advierte—, descríbala así: triste. Porque así debería recordarse. Como la noche más triste jamás vivida, mas ninguna otra alcanzará en su mente el terror sufrido en esas horas.

Hernán hace una pausa, aunque yo no detengo mi escritura.

—Suelte la pluma —me ordena—. Como clérigo y buen hombre de iglesia que es usted, don Francisco, ¿puedo confiarle algo que solo podrá desvelar a una persona?

—Por supuesto —le digo, desconcertado—. Como capellán de vuesa merced, mis votos así me lo requieren. ¿De qué se trata?

—De la verdad —me susurra Hernán—. De dónde está escondido la mayor parte del oro de Moctezuma.

◊ ◊ ◊

Su habitáculo está cerrado, pero la luz ondulante de la vela traspasa por debajo de su puerta para indicarme que sigue despierto. A veces me pregunto si es posible conciliar el sueño con todo eso en la cabeza.

Justo cuando mis nudillos iban a golpear la puerta escucho una palabra:

—Elvira.

No hay nada en su biografía sobre Elvira. Nunca me ha mencionado ese nombre. Pego la oreja a la puerta y le escucho decir:

—Maldita gitana.

Y entonces la puerta se abre y el conquistador en paños blancos de dormir se sorbe los mocos y me pregunta qué quiero.

—¿Quién es Elvira?

—No es asunto suyo —me responde.

Le digo que lo debo saber todo, no solo sobre Elvira sino también sobre la gitana.

—Estabas escuchando detrás de la puerta —me reprende sin preguntar—. Ya le hablé de la gitana. Me advirtió desde el principio.

Antes de embarcar.

No sé si tiemblan sus ojos o es el parpadeo de la vela.

—Nunca tocaré ese oro, Gómara —me balbucea, con lágrimas en sus ojos—. Al menos que lo disfruten mis herederos.

Pronuncio la palabra «maldito» en referencia al oro y don Hernán parece despertar de su letargo:

—¿Maldito? —Hace una pausa y se echa a llorar—. Os juro por el Altísimo que entre las nubes se formaron ataúdes. Vi esos féretros en el cielo con mis propios ojos. Esa gitana me enseñó mi destino. Todos dicen que está maldito.

Cortés se adentra en su cuarto sin cerrar la puerta. Mi mente se llena de las miles de almas que se perdieron en esa triste noche de la que me estuvo hablando hace unas horas, pero no me reprimo y pregunto:

—¿Vos estáis seguro de que desembarcaron cerca de Lebrija?

—Ni siquiera el quinto real estaba en las embarcaciones cuando llegaron al muelle de Sevilla. —Se frota la cara con sus manos y añade —: Nunca dejes algo tan grande en manos ajenas. Si quieres algo, nunca lo pierdas de vista.

Se sienta en el escritorio donde ondula la llama de la vela y me pregunta:

—¿No tenéis sueño?

—Es el momento más tranquilo y silencioso del día.

—Dos nupcias, casi una docena de hijos legítimos —me cuenta, agitando la mano para que pase al interior de su cuarto—, pero nunca olvidaré a Elvira.

—¿Su primer amor? —pregunto.

—Puede que el único sin mentiras aquí dentro —expone posando su mano derecha sobre el pecho—. Tenía dieciocho años.

Levanta su cabeza y me señala:

—Vos sabéis que he matado a muchas almas en este mundo. Cayeron bajo mi espada o bajo mis órdenes. Dios me perdone algún día. Pero esa noche de primavera, en Medellín, maté por amor, por Elvira.

La mejilla del conquistador brilla bajo la llama. Se frota con la manga y añade:

—Esa misma noche tuve que huir. Cabalgué hasta Sevilla para buscar un navío que me llevara a La Española, sabiendo que nunca más volvería a verla.

—¿Nunca supo qué fue de ella?

—Su padre ya había concertado el matrimonio de su hija con el comendador de la Orden de Santiago. —Levanta su mirada y me confiesa—: A quien di muerte esa noche. Dios se apiade de mi alma. —Pierde su mirada en el techo y susurra—: Elvira.

13 Tributo que se le pagaba al rey por las presas, tesoros o semejantes, que era la quinta parte de lo descubierto, hallado o aprehendido.

13
Sevilla. Taberna Álvaro Peregil. Calle Mateos Gago

—Una niña de cuatro años —le dice Silvia Romero a Javier Heredia, sentada en uno de los pocos taburetes que hay en la corta barra de la taberna mientras picotean unas olivas entre tragos de cerveza para él y vino de naranja para ella—. Llevo ya casi dos años separada. Este fin de semana se ha quedado con el padre. Con todo el lío de la coronación, no podía tener la cabeza en más cosas.

—¿Y el arzobispado no pone pega a tener una mujer separada en nómina?

—Me engañó con otra y me dejó él —le explica Silvia—. Encima de cornuda y abandonada, ¿qué quieres, que también me despidan?

—Por ejemplo, para estar en la junta de gobierno de una hermandad uno debe distinguirse por una vida cristiana de vocación apostólica.

—El tipo me deja por otra. Yo no hice nada.

—Dicho de esa manera, suena distinto.

—No creo que pueda sonar de distintas maneras, sino que hay distintas maneras de entenderlo —dice Silvia—. La primera persona en ofrecerse y preguntarme todos los días cómo me encontraba fue el propio arzobispo.

La mano izquierda de Silvia hace deslizar la base del catavinos vacío sobre la barra.

—¿Quieres probar otro, Silvia?

—No. Este mismo —le contesta al camarero. A Javier le pregunta —: ¿Cerveza o cambias?

—Cómo se nota que no tienes que trabajar esta tarde.

—Bueno. Lo tuyo lleva un poco de diversión y devoción. Si no, poco sentido tiene todo el tiempo que os pegáis montando altares.

El camarero señala la cerveza apurada y Javier asiente para que se la rellene.

—La priostía es muy sacrificada —dice Javier—. Hay mucho trabajo de fondo que muy pocos valoran.

En una hermandad, la priostía abarca desde preparar los altares hasta disponer de los enseres de una procesión, le cuenta. Los priostes se encargan de tener listas las prendas para que los vestidores preparen las imágenes, de encargar cirios y limpiar toda la plata, montar y desmontar la cofradía o fundir un candelero sin que las velas estén torcidas.

—Un poco de todo —simplifica Silvia.

—Más o menos.

—Estarás deseando que pase el día de mañana.

—Mañana llegará cuando pase el día de hoy y detrás de mañana vendrá pasado para recogerlo todo. Y cuando todo se acaba… — Hace una pausa, jugueteando con un hueso de aceituna—. Cuando todo se acaba siempre me doy cuenta de que se me ha olvidado lo más importante: disfrutar del momento.

◊ ◊ ◊

Refugiado a la sombra, en un pequeño ensanche de la calle Feria, el inspector Reina tiene pegado su teléfono móvil a la oreja. A su lado, su compañera Concha aprovecha para hojear uno de los muchos libros de segunda mano que un vendedor ambulante tiene sobre una mesa de aluminio plegable.

—Da el tono, pero no lo coge —susurra Santiago—. ¿Cómo se llama el chico nuevo de Delitos Tecnológicos? ¿Manuel Bruno?

La oficial Bautista se encoge de hombros, sumergida en el libro que tiene entre sus manos. Santiago deja escapar una sonrisa cuando cuelga y comienza a buscar en su agenda.

—¿Es interesante?

Los ojos de Concha se giran rápidamente hacia Santiago:

—¿Qué?

—El libro. ¿Es interesante?

—Hace mucho que no leo. Debería retomar ese hábito antes de dormir.

—Nunca hay que darle la espalda a la cultura —dice marcando y echándose el teléfono a la oreja. Al móvil le dice—: Santiago Reina de Patrimonio Histórico. Necesito hablar con Manuel Bruno, BCIT. Gracias.

Las siglas BCIT corresponden a la Brigada Central de Investigación Tecnológica. Es la unidad policial que se encarga de las nuevas formas de delincuencia por internet, estafas, fraudes, ataques cibernéticos, pornografía infantil, ciberacoso o piratería, entre otros delitos que pueden cometerse detrás de un dispositivo electrónico.

Después del tono en espera, cuando alguien contesta, el inspector Reina se ciñe a identificarse, dar un número de teléfono móvil y solicitar un rastreo del dispositivo.

—Sé lo que significa —replica Reina al móvil—. No creo que sea necesario implicar a nadie más.

Por el rabillo del ojo, Santiago no pierde de vista a Concha, que hojea libros al azar. Y, entonces, en un momento de la conversación, llama a su compañera y le dice que se ponga al teléfono:

—¿Yo?

—Sí, quiere hablar con usted.

Los ojos de Concha son dos platillos para el café con dos manchas marrones en el centro de cada una. Se lleva el teléfono a su oreja y, débilmente, susurra:

—¿Diga?

La risa de Santiago es bien sonora.

—¿Qué clase de broma es esta? —pregunta Concha, con el teléfono despegado y sin nadie al otro lado de la línea.

—Venga. Volvamos al coche.

◊ ◊ ◊

Nada más dejar de vibrar el teléfono móvil en el interior de la riñonera, Nacho abre la cremallera, hurga en su interior y se percata que es el segundo número desconocido que le llama en menos de tres minutos.

Para agrandar la fotografía del mármol del pasadizo de Santa Ana, Guillermo tiene que juntar sus dedos índice y pulgar sobre la pantalla y luego separarlos. Pero ni aun así consigue don Salvador leer el texto, por lo que su sobrino se lo manda al correo y lo abre en el ordenador que hay en un extremo del escritorio.

Mientras tanto, Guillermo le explica a su tío que había letras torcidas que podían moverse y que cuando las pusieron derechas empezó a brotar agua desde distintos orificios, saltaron los pernos y se acabó inundado toda la sala.

La pantalla del ordenador muestra la imagen del mármol, aunque con las letras torcidas. Por eso Guillermo escribe la frase con todas letras derechas en un trozo de papel:

«DONDƐ LΛ$ ΛGVΛ$ OƐGΛRΛN Y DO$ DIƐGO$ LΛ$ ΛLZΛRΛN, DƐ$TΛ ORILLΛ Λ LΛ OTRΛ DOS COLVMNΛ$ DƐL RƐY TƐ$TΛRΛ, Y ƐNTRƐ DO$ Ɛ$TRƐLLΛ$ ƐL RIO GRΛNDƐ $ƐPΛRΛRΛ.»

Don Salvador deja caer su cuerpo sobre el sillón:

—Juan 9:25 —levanta sus ojos y recita—: Antes era ciego y ahora veo. ¿Qué os llama la atención de la fotografía?

—El brillo de donde estaba la moneda —le dice su sobrino.

—Estáis ciegos. El texto está en mayúsculas, pero esa especie de tres al revés es la letra griega épsilon en minúsculas. La épsilon en mayúsculas tiene un trazo recto —dice dibujando la letra Σ en una libreta con sus anotaciones—. Además, no hay ninguna ese. Todas las

eses están rasgadas. Mirad.

—Son como el símbolo del… —dice Nacho—… del dólar.

—El dólar nos copió. América nos copia. Todos nos copian. —critica don Salvador—. Esa ese con dos rayas verticales no es el dólar. Según la fecha, el dólar ni existía. El dólar lo toma del escudo de Carlos I de España y V de Alemania.

—Me estoy liando —admite Elena.

—Es normal, querida —le asegura don Salvador—. Yo también me liaba a tu edad. Carlos V tenía un imperio a uno y otro lado del Atlántico e incorporó en su escudo las columnas de Hércules y el lema «*Plus Ultra*». El típico «*Non Terrae Plus Ultra*» de los romanos que decían que Hércules puso dos columnas en el estrecho de Gibraltar para marcar el límite del mundo. «*Non sufficit orbis*». El mundo no es suficiente. No existen límites.

—¿Y por qué todas las eses son como símbolos del dólar? —pregunta Nacho—. Quiero decir… ¿como el logo de Carlos V?

Don Salvador le advierte de que no se trata de un logo, sino de un lema que le recuerde siempre su objetivo. Vuelve a leer el texto y se queda pensativo. Se hace un largo silencio en la biblioteca hasta que Elena lo rompe gritando:

—¡Columnas!

—Diegos… —magulla don Salvador—… en plural… ¡Riaño y Pesquera!

Marta pregunta quién es Riaño y Elena quién es Pesquera.

—Diego de Riaño, arquitecto, hizo el ayuntamiento de Sevilla —contesta don Salvador, escribiendo el nombre en el teclado del ordenador.

—Arquitecto, Renacimiento… —lee Nacho en el monitor—… de Cantabria, trabajó en la casa consistorial de Sevilla hasta su muerte en… —levanta su mirada—… 1534.

De un respingo, don Salvador se levanta del sillón y con celeridad descuelga un sombrero de paja amarillento del perchero y lo posa sobre su cabeza:

—Solo está a cincuenta metros de aquí.

—¿Qué? —pregunta Marta.

—El ayuntamiento. —Levanta la voz en dirección a la puerta—: ¡Matilde!

La gran puerta de la biblioteca se abre y aparece la tía de Guillermo:

—Sí, querido.

—Saldré un momento de paseo con los chicos.

Con cierta extrañeza, Matilde le mira de arriba abajo.

—¿Vestido así? —le pregunta, aunque complacida por esta distracción que saca a su marido de la monotonía.

—Cierto —asegura riéndose, al comprobar su bañador—. Tendré que cambiarme o me confundirán con uno más de vuestro juego.

—Pero ¿qué buscamos? —pregunta su sobrino.

—Empezaremos por dos columnas, agua y un «*Plus Ultra*».

◊ ◊ ◊

Hay quien se lleva el teléfono en la mano incluso cuando va al baño. Para jugar, chatear, tontear. Víctor deja su tableta sobre la barra y le dice a Carlos Vidal que le eche un vistazo mientras expulsa las dos cañas de cerveza que aprietan su vejiga. Vidal, sin embargo, parece hipnotizado con un cuadro en la pared con un trozo de prensa del primero de junio de 2011.

En la barra, el punto verde se separa del rojo, lejos de los ojos de Carlos y mucho más lejos de los ojos de Víctor.

La noticia del cuadro relata la entrega de la medalla de la Ciudad de Sevilla a Juan Robles, en reconocimiento por su dilatada vida en la hostelería y como referente internacional de la ciudad en el mundo de la gastronomía.

Nada más volver del lavabo, Víctor coge la tableta. Los puntos están tan separados como tres o cuatro manzanas. Reacciona:

—¡Vamos, jefe!

◊ ◊ ◊

Por la calle Álvarez Quintero les adelantó un grupo de cuatro chavalas de Secundaria distraídas con sus móviles. Por la calle Hernando Colón fueron varios los grupos con dorsales de la *gymkhana* que sobrepasaron a gran velocidad el paseo sosegado con el que don Salvador Castro acompaña a los jóvenes hasta el ayuntamiento. Según él, la fachada que da a la Plaza Nueva es contemporánea:

—¿Os suena Balbino Marrón?

Nadie responde.

—¿Demetrio de los Ríos?

—Itálica —responde Marta.

—Correcto —verifica don Salvador—. Pues ellos dos ejecutaron la fachada principal del ayuntamiento. Siglo XIX. Neoclásico. Lo que estamos buscando no puede estar en esa zona, sino que tiene que estar en el interior o en la parte que da a la plaza de San Francisco trazada por Diego de Riaño, el primero de los Diegos.

—¿Cuál es el segundo? —pregunta Guillermo.

—Esperaba que no fueras tú quién hiciera esa pregunta —le responde su tío—. ¿Dos columnas en Sevilla?

—La Alameda de Hércules —responde Elena.

—Diego de Pesquera fue el autor de las dos imágenes que hay encima.

A la sombra de un árbol podado con forma geométrica de cubo, junto a la fuente de Mercurio, justo delante del Banco España, don Salvador les cuenta que antiguamente había otra fuente llamada «la Pila del Pato». Que luego la pusieron en el centro de la plaza y luego se la llevaron a la Alameda de Hércules.

—Actualmente está en la plaza de san Leandro —explica—. Por cierto, hacen unas yemas estupendas en ese convento.

Impaciente, Nacho se arranca:

—¿Por dónde empezamos a buscar?

—Esa es la cuestión. Si supiéramos de dónde venimos nos ayudaría a descifrar el siguiente paso.

—Venimos de Santa Ana —replica rápidamente Nacho.

—Me refiero a antes de Santa Ana. No tengo claro lo de los dos Diegos.

El tío de Guillermo les explica que la fuente de Mercurio de atrás es una copia del siglo XVIII. Que la original antes estaba en el centro de esa plaza y que fue diseñada por Diego Pesquera y fundida por Bartolomé Morel, el mismo que fundió el Giraldillo. Les dice que hay otra fuente de Mercurio similar en el interior del Alcázar de los mismos autores. Señalando al ayuntamiento, expone:

—La parte central, la de los arcos, es también de Demetrio de los Ríos. No hay que ser muy listo para…

Marta interrumpe:

—¡Allí!

—¿Dónde? —pregunta Guillermo.

—Las columnas —dice Marta señalando la esquina más próxima a ellos, junto al arquillo que comunica con la Plaza Nueva y que en su tiempo daba paso al convento de San Francisco. Añade—: Hay un escudo con dos columnas.

Don Salvador asiente y, cruzando la plaza adoquinada, apostilla:

—Las columnas de Hércules a un lado y la Cruz de Borgoña al otro.

—«*Plus Ultra*» —lee Nacho.

—¿Y de esa imagen salió el símbolo del dólar? —pregunta Elena.

—De los reales de a ocho —asiente don Salvador—. De la Casa de la Moneda de México. Las dos columnas y la banda de «*Plus Ultra*». Ahí tenemos al primer Diego: Diego Riaño. Y en el centro de la plaza, en el mismo siglo, estaba el segundo: Diego Pesquera. —Permanece pensativo unos segundos y musita—: Donde las aguas sosegaran y dos Diegos alzaran.

—Ayuntamiento y fuente —apunta Marta, marcando ambos lugares.

—Las aguas… —susurra don Salvador.

—Una fuente tiene agua —suelta Elena y el catedrático emérito sisea.

Guillermo duda, pero pregunta:

—¿Las inundaciones?

Sin levantar la mirada de sus pensamientos, don Salvador asiente y dice que la muralla y las puertas apuntaladas era lo único que contenía las inundaciones de la ciudad en ese siglo XVI. Levanta sus ojos:

—Las puertas de Sevilla. —Y cae en la cuenta de que las trece monedas coincidieron originalmente con las trece puertas de la ciudad. Añade—: La Alameda de Hércules se hizo para evitar las continuas inundaciones.

—¿Para sosegar las aguas? —pregunta Nacho.

—Necesito mis libros —advierte don Salvador.

Su sobrino le pregunta si lleva su teléfono móvil.

—Lo dejé en mi biblioteca.

—No te separes de él. Te llamamos en cuanto lleguemos.

14
Sevilla. Alameda de Hércules

El antiguo cauce del río pasaba por la actual Alameda hasta la zona de la catedral. Luego se desvió para que creciera la ciudad, pero esa zona del terreno era baja y cada vez que se inundaba, cosa frecuente, quedaba en la Alameda una laguna de agua estancada: la Laguna de Feria.

—Hércules —advierte un fatigado Guillermo, señalando la parte superior de una de las columnas— y Julio César.

En el lado sur de la Alameda, las dos enormes columnas que contienen en lo alto las estatuas de Diego de Pesquera las trajo quien fundiera el Giraldillo, Bartolomé Morel, de una casa-palacio de la calle Mármoles. Las dos columnas del lado norte son posteriores, del siglo XIX.

Tanto en los pedestales de las estatuas como de las columnas hay inscripciones, algunas de ellas en latín. En el pedestal de la columna que sustenta a Julio César se puede leer que fue Francisco Zapata y Cisneros, el primer conde de Barajas, quien transformó la laguna allá por 1578.

Toda esta información la va soltando Guillermo, teléfono en la oreja, repitiendo lo que su tío le va contando desde su biblioteca. En medio de las columnas de Hércules y Julio César, señalando al norte, al fondo de la Alameda, añade:

—Allí, al final, estaba la Puerta de Almenilla.

Antes la llamaban Puerta de Vib-Arragel y luego Puerta de la Barqueta.

Marta intenta leer uno de los pedestales, pero desiste cuando Guillermo le indica que su tío ya ha leído el texto en uno de sus libros y que no pone nada más allá de los autores, obrero mayor y fechas, así como los nombres del rey y del arzobispo de esos años.

—¿Qué buscamos? —pregunta Nacho—. ¿Una puerta?

—Su tío nos dijo que las pistas inicialmente estuvieron en las puertas de la ciudad —expone Elena.

—¿Y qué puerta había en Santa Ana? —se desespera Nacho.

—Hércules representa a Carlos I y Julio César a su hijo, Felipe II —repite Guillermo, mandado callar a Nacho—. El Carlos V del escudo de las columnas.

—Carlos I, Carlos V… —se desespera Nacho—. Menudo lío.

Guillermo le replica que son el mismo rey, el mismo emperador, antes de preguntarle al teléfono:

—¿La Puerta de Jerez? Espera —le impera Guillermo, pulsando el altavoz y colocando su teléfono en manos libres—. Repite, *tíe*.

—Es un dicho popular en forma de quintilla. Una redondilla castellana de cinco octosílabos —dice la voz de don Salvador, bajo los atentos oídos de los jóvenes—: «Hércules me edificó, Julio César me cercó de muros y torres altas, y el Rey Santo me ganó con Garci Pérez de Vargas».

Teléfono móvil en lo alto, Guillermo gira sobre sus pasos buscando en el entorno alguna relación más allá de las dos imágenes de Diego de Pesquera en lo alto de las columnas, con el mítico fundador Hércules y con quien posteriormente la amurallase, Julio César.

—Esa redondilla popular estuvo inscrita en una placa de mármol en la antigua Puerta de Jerez —les dice don Salvador—. Tengo una fotografía con el texto aquí delante, en uno de mis libros. La placa sigue existiendo. Tenéis que ir allí.

—Pero ¿qué pone la placa? —pregunta Guillermo.

—María, sin pecado original.

◊ ◊ ◊

Todo seguimiento de Carlos Vidal y Víctor debe ser a pie. Desde los alrededores de la catedral, al ayuntamiento, calle Sierpes y Alameda.

—Como sigamos tan de cerca nos van a ver —dice Víctor—. Con este aparato no se nos escapa.

—¿Seguro? Aprieta la vejiga que no vuelves a ir al baño en todo el día. —Al teléfono le dice—: Volvemos en dirección hacia la catedral.

Paulo pega un volantazo en el 4x4 y resopla, cansado de recorrer las pocas calles del centro que no tienen acceso restringido.

—Tranquilo, jefe. No los perderemos.

◊ ◊ ◊

—No la veo por ningún sitio —indica Marta, agotada y prácticamente sin aliento, frente a la casa palacio de Guardiola, dándole la espalda a la Fuente de Híspalis.

El sonido del agua aviva la sed, brotando de las caracolas que llevan unos niños desnudos y de otros niños meones que rodean la fuente sobre unas tortugas gigantes. La misma agua que deja ver, sobre sus chorros, a una mujer con túnica sujetando una rama de laurel, como símbolo del triunfo.

—¿Dónde dice tu tío que debe estar? —pregunta Nacho.

Y con mano al aire y vociferando «aquí», Guillermo llama la atención del grupo, en la esquina de la calle Maese Rodrigo con la plaza.

—Como para verla —suelta Elena, observando la placa por encima de los toldos de una bodeguita, a unos seis metros de altura.

La disposición de la placa que estaba en la Puerta de Jerez es vertical, coronada en su parte superior central por la Cruz de Jerusalén, una cruz griega rodeada por otras cuatro crucetas de menor tamaño, pero de la misma forma. Estas crucetas ocupan los huecos que dejan los brazos de la cruz principal. A la Cruz de Jerusalén también se le conoce como la Cruz de las Cruzadas, ya que fue el papa Urbano II quien se la entregó a los cruzados que fueron a combatir en la Primera Cruzada. En realidad, cualquier sevillano que pase por aquí y vea esa cruz termina relacionándola con la Hermandad del Silencio.

En grande, a la izquierda de la cruz se lee «~IHS~» y a la derecha «MARÍA», y algo más pequeño a ambos lados de la parte inferior de la cruz pone respectivamente «SIN PECCADO» y «ORIGINAL».

El texto de abajo, salvo la ortografía de la época, comienza tal y como don Salvador les había recitado: «HERCVLES ME EDIFFICO / JVILIO CESAR ME CERCO / DE MUROS Y TORRES ALTAS / EL REY SANCTO ME GANO / CON GARCI PEREZ DE VARGAS». Más abajo, y antes de la fecha 21 de noviembre de 1622, aparecen nombres de esa época, como el del rey Felipe IV, don Pedro de Deza, el asistente de la ciudad, y un clavero de la Orden de Santiago además de conde de Cantillana: don Juan Antonio Vicentelo de Leca.

—Observa el símbolo que hay a los lados del monograma de Jesucristo, del cristograma con letras mayúsculas IHS —le dice, desde el teléfono, don Salvador a Guillermo—, a la izquierda de la Cruz de Jerusalén. Esa especie de letra S torcida.

Guillermo le pide a Nacho que busque en su móvil el mármol de Santa Ana y activa el altavoz de su teléfono para que todos puedan escuchar a su tío:

—Sabía que lo había visto antes —admite don Salvador—. Esa especie de S terminada en punta de flecha estaba en el escudo de Carlos V, en el ayuntamiento, entre las palabras PLVS y VLTRA, entre las columnas.

—Buscamos una especia de S —le dice a Nacho, quien rastrea en la imagen de su móvil. A su tío le pregunta—: ¿En qué palabra?

—En ninguna —le responde don Salvador, mirando la imagen de la placa de Santa Ana en la pantalla de su ordenador—. Está en la parte inferior del texto.

Y así es. Se trata de una especie de S con un extremo en forma de

flecha y dos pequeños rombos puntiagudos a ambos lados de la curva central. Cuando Nacho amplía un poco más la imagen, Guillermo pregunta qué son esos rombos, a lo que se escucha a don Salvador responder que son estrellas.

—¿Qué estrellas? —pregunta Guillermo.

—Lo que hay a cada lado de ese símbolo con forma de flecha curvilínea son estrellas —especifica su tío. Carraspea y recita—: «… y entre dos estrellas el río Grande separara». ¿Tenéis un plano de Sevilla?

Elena dice que hay una oficina de turismo muy cerca, solo a cien metros.

Nacho se gira ciento ochenta grados barriendo la plaza con su mirada hasta encontrar a dos jóvenes extranjeras hablando en inglés, con un plano en sus manos. Se acerca y en un inglés británico de academia les dice:

—*Excuse me. May I take a look at the map for a second?*

—¿Se va a poner a ligar con las guiris ahora? —le susurra Elena a Marta, arqueando el entrecejo.

Las dos jóvenes turistas atienden gentilmente a la petición de Nacho, quien toma el mapa, lo gira y se lo muestra a Guillermo, teléfono en mano:

—El río Grande —dice la voz de don Salvador—: ¿Veis la forma del río?

Guillermo pasa el dedo índice sobre la silueta del río Guadalquivir, siguiendo una forma de S similar a la fecha curvilínea, mientras su tío, desde el teléfono, recita: «…y entre dos estrellas el río Grande separara».

—¿Dónde estaba la moneda? —Don Salvador no espera respuesta —: ¿Tenéis localizada la iglesia de Santa Ana en el plano? Primera estrella.

Con el dedo índice, Guillermo recorre en línea recta desde Santa Anta, cruzando el río, hasta la otra orilla. Entonces detiene su dedo. Nacho pregunta:

—¿Qué hay ahí?

—La plaza del Cabildo —responde Guillermo—. Estuvimos allí hace un rato.

Desde el móvil de Guillermo la voz de don Salvador prosigue recitando:

—«… el rey testara…». Testar es hacer testamento. ¿Quién mandó construir Santa Ana?

—Alfonso X el Sabio —responde Guillermo.

—¿Y qué rey le dejó en testamento a Alfonso X la ciudad de Sevilla?

Guillermo contesta que su padre, el rey Fernando III el Santo.

—Buscáis algo antiguo pero posterior a Hernán Cortés —dice don Salvador—. La Orden del Mestizo eran de la Congregación de la Granada. ¿Y sabéis cuál fue una de las grandes luchas de la Congregación de la Granada? Conseguir el dogma de la Inmaculada Concepción, que la Virgen María fue concebida sin pecado original. Hicieron incluso votos de sangre.

Pero con el tiempo, dice don Salvador, muchos de ellos, como Murillo, Justino Neve o Pedro Roldán, continuarían con dos objetivos: la causa inmaculista y la canonización del rey Fernando III el Santo.

Sin levantar el dedo índice del plano, Guillermo se gira hacia la placa de mármol para clavar sus ojos en palabras como «MARÍA», «SIN PECCADO», «ORIGINAL» o «REY SANCTO». Y vuelve su mirada al papel satinado que tiene delante y a su dedo apuntando la plaza del Cabildo.

—Un rey santo y una puerta con antepasados inmaculistas —expone don Salvador.

Mueve su dedo unos milímetros hacia la izquierda, levanta sus ojos y, sin dudarlo, Guillermo susurra:

—El Postigo del Aceite.

◊ ◊ ◊

Tal y como verifica en su ordenador Manuel Bruno, de la Brigada Central de Investigación Tecnológica, la última conexión del teléfono móvil de Ignacio Aguilar fue a las 11:32 horas en los alrededores de la casa consistorial.

Santiago Reina está ciertamente intrigado por lo que podría estar buscando Ignacio Aguilar en torno al ayuntamiento. Sobre todo, después de que el joven agente de Delitos Tecnológicos le dijera que anteriormente se había conectado cerca de la catedral para mandar un correo electrónico y una media hora antes lo hizo para enviar un archivo por WhatsApp en la plaza del Cabildo.

—Necesito ese correo y el archivo que envió —le pide Santiago Reina por teléfono—. Y ambos destinatarios.

—Tengo que elevar la consulta a mi superior, señor —le dice el agente.

—Cómo se nota que es usted nuevo —le dice Reina, echando a la vez una mirada de resignación hacia Concha—. Apunte bien: Santiago Reina, inspector, Brigada de Patrimonio Histórico. Dígale que me llame en cuanto haya sopesado mi solicitud.

◊ ◊ ◊

—¿Por qué el Postigo del Aceite? —pregunta Nacho, en carrera.

—En lo alto del arco —coge aire Guillermo— hay un relieve en piedra de san Fernando, el Rey Santo. Es como el escudo de armas de Sevilla. Lo hizo Juan Bautista Vázquez el Viejo.

—¿Eso qué quiere decir?

—¿No escuchaste a mi tío? Juan Bautista Vázquez el Viejo perteneció a la Congregación de la Granada.

Al llegar por la calle Almirantazgo, Guillermo señala una escultura labrada en piedra inscrita en una circunferencia. En el interior, el rey san Fernando sujeta una espada en alto con una mano y un orbe con la otra. A sus dos lados se encuentran los obispos san Leandro y san Isidoro. Justo debajo, una lápida fechada en 1573 deja constancia de varios nombres y uno de ellos llama la atención de Marta:

—Francisco Zapata.

—El conde de Barajas —apostilla Guillermo—, el mismo que aparecía en el pedestal de la columna de Julio César en la Alameda. La reforma de este Postigo, para ampliar el arco y que pudieran pasar los carruajes, la hizo Benvenuto Tortello.

—¿Quién es ese? —pregunta Elena.

—Un arquitecto italiano del siglo XVI —responde Guillermo—. Maestro mayor de obras del ayuntamiento. Trabajó con Diego de Riaño.

—Uno de los dos Diegos —afirma Elena.

Cuando recupera algo el aliento, Guillermo les explica que, de todas las puertas de la muralla de Sevilla, el Postigo del Aceite siempre ha sido la que ha tenido mayores connotaciones inmaculistas.

—Siempre estuvo relacionada con la Inmaculada —añade apuntando a la pequeña capilla empotrada en la derecha del arco, con una Virgen rodeada de un halo plateado.

Con la mirada en la capilla, Marta advierte que esa imagen de la Pura y Limpia es de Pedro Roldán.

—La Congregación de la Granada —murmulla Marta—. Tu tío lo dijo: artistas como Pacheco, Montañés o Roldán estaban en la causa inmaculista y la canonización de san Fernando.

Nacho pensativo escruta todo el arco:

—El Rey Santo y María, sin pecado original, en una misma puerta…

Se seca el sudor con el dorso de su mano derecha y clava los ojos en un mono azul de pintor y una cuerda, en la parte trasera de una furgoneta aparcada, de la que están descargando botes de pintura.

—Solo hay una manera de comprobarlo —concluye.

◊ ◊ ◊

La respiración jadeante y asfixiada de Carlos Vidal es sonora, a mitad

de la avenida de la Constitución, rondando la Puerta de San Miguel de la catedral. Víctor se vuelve y observa que su jefe se ha quedado atrás.

—Vamos, jefe, hay que quitarse de en medio. Se han parado en el Postigo.

—Por ahí —señala Carlos el pasaje que comunica con la plaza del Cabildo, donde estuvieron hace menos de una hora—. Por las Atarazanas.

Para no dejarse ver, rodean el arco del Postigo y se detienen en la esquina final de las Atarazanas, frente a la capilla de Nuestra Señora del Rosario, donde reside la Hermandad de las Aguas, aunque todos la conocen por la calle: Dos de Mayo.

Carlos se gira disimulando con el teléfono móvil apagado en su oreja, se baja las gafas de sol hasta la punta de la nariz y susurra:

—Pero ¿qué están haciendo?

Víctor se gira y mira al Postigo del Aceite en lo alto, con Nacho y Guillermo caminando por encima del arco, entre las almenas.

◊ ◊ ◊

—Átate el otro extremo a la cintura —le dice Nacho, haciendo un fuerte nudo en una cuerda doble, que más bien podría ser marinera.

—Esto es una locura —magulla Guillermo.

—Reconoce que siempre te han encantado mis locuras.

—Mientras no me arrastres contigo…

Guillermo se pone unos guantes y se tira al suelo, arriba del arco, y aprieta con fuerza sus pies contra el muro. Nacho se sube a lo alto del arco, la parte superior del escudo de armas tallado en piedra, y pregunta:

—¿Preparado?

—No.

—¿Listo?

—Espera —dice Guillermo apretando con fuerza la cuerda.

—Ya —avisa Nacho dejándose caer, desde la zona superior del Postigo del Aceite, en la parte de la Sevilla intramuros del siglo XVI.

Abajo, Marta y Elena contienen la respiración. Nacho pide cuerda, Guillermo deja correr un poco sobre sus manos. Un poco más, un poco más y ya está Nacho con sus zapatillas sobre el borde inferior del relieve que circunscribe la imagen de san Fernando y los dos obispos, justo encima de la placa:

—¡Quieto!

Guillermo sujeta la cuerda con fuerza, presiona sus pies contra el muro, entre las almenas, y le pregunta qué ve.

—Nada.

—¿Algún símbolo? ¿Señal?

Nacho pasa sus dedos por el arriaz o gavilán de parada de la espada del rey, la parte perpendicular a la hoja de la espada que la separa de la empuñadura.

—Hay una palabra tallada en la espada —grita Nacho.

—¿Cuál? —responde con otro grito Guillermo, aunque más bien parece un gemido por el esfuerzo.

—Está gastada —advierte Nacho—. Lobama o Lobena.

—¿Lobera? —pregunta Guillermo.

—Podría ser.

—Es el nombre de la espada de san Fernando —le ilustra Guillermo.

—¿Le ponía nombre a su espada? —pregunta Nacho, palpando con sus dedos la parte inferior de la espada, el pomo esférico que sobresale de la mano del Rey Santo. —Hay un hueco en el pomo de la espada. Y creo que son números: un seis y un siete.

—¿Sesenta y siete? —se pregunta para sí Guillermo.

—No, hay un hueco en medio. Están separadas por… —casi susurra, sorprendido, Nacho—… una estrella. Es el mismo rombo de antes.

—¿Cómo de grande es el hueco? ¿Podría haber estado ahí una moneda?

—No estoy seguro —duda Nacho. Muerde el guante de su mano derecha hasta quitárselo y acaricia el hueco con su dedo índice, en cuya esfera hay tallado un seis, un posible siete y un rombo en el centro, similar a las estrellas del «PLVS ◊ VLTRA» del Ayuntamiento y de la flecha curvilínea del mármol de Santa Ana. Mete su mano en el hueco del mono de pintura para alcanzar su riñonera y le dice a Guillermo—: Voy a comprobarlo.

—Hazle una foto —le pide Guillermo, aunque Nacho le informa de que ya está en ello, enfocando a escasos centímetros del pomo de la espada de san Fernando—. Date prisa —le insiste Guillermo, con su frente sudorosa. Pregunta—: ¿Cuánto pesas?

—Seguro que menos que tú —le dice Nacho, que mete su móvil en la riñonera y saca la moneda que encontraron en Santa Ana—. Me he puesto a régimen.

—¿Cuándo? ¿Ayer?

Nacho coloca la moneda en el hueco excavado en el pomo de la espada, pero es demasiado pequeño. Sin embargo, el rombo parece tener en su eje mayor la suficiente distancia como para que entre la moneda de canto, por lo que Nacho la inserta hasta prácticamente su mitad. Mueve la parte de la moneda que ha quedado fuera a uno y otro lado. Y entonces la consigue girar en sentido horario, y con ella se mueve también, con cierta dificultad, el pomo esférico que remata

el final de la empuñadura de la espada. Muy lentamente, la esfera de piedra y la moneda dentro de ella rotan a la vez hasta que se desencaja de la estatua y se queda en la mano de Nacho.

—No te lo vas a creer —le dice Nacho a Guillermo, sujetando el trozo de piedra del tamaño de una pelota de pimpón en su mano izquierda con guante—. Me acabo de quedar con un trozo de estatua en la mano.

—¿Cómo?

En su mano, Nacho gira la piedra esférica y en el lado opuesto al rombo se vislumbra un hueco circular, en cuyo interior está tallada la forma de una granada. Mira el espacio que ha dejado el pomo sobre la piedra en la pared y hay una moneda.

—Aquí hay algo —asegura Nacho, que guarda el pomo junto con la moneda de Santa Ana en la riñonera y saca una navaja multiusos.

—¿Qué? —pregunta, impaciente y fatigado, sin ver nada—. ¿Otra pista?

—No. —Concentrado en el proceso de extracción, verifica—: Es una de las monedas.

Los ojos de Guillermo se iluminan e intenta secarse parte del sudor de su frente con el hombro, permitiendo que la cuerda se balancee unos centímetros, lo bastante para que Nacho se tambalee lo suficiente en el momento de sacar la moneda del hueco con la navaja y esta salte sin que pueda agarrarla. La moneda gira y gira en el aire desde lo alto del Postigo del Aceite hasta golpear contra la calle.

—Dame cuerda —pide Nacho—. Rápido. Más. Más. Hasta el suelo.

Guillermo deja deslizar la cuerda sobre sus manos hasta que siente un fuerte empujón en su cintura. Le grita:

—¡No hay más!

Nacho se queda balanceándose a unos dos metros del suelo. Corta la cuerda con la navaja y se deja caer sobre la calle. En cuclillas, levanta la mirada y se topa de frente con un niño de apenas tres años que lame un helado de fresa en una mano y levanta la moneda que acaba de coger del suelo en la otra.

Nacho le arrebata la moneda y le dice al pequeño:

—Gracias, campeón.

15
Sevilla. Casa Consistorial

En la entrada del ayuntamiento, el jefe de seguridad que está junto al escáner de rayos X dice que la mañana ha transcurrido con normalidad, con el normal flujo de visitas a una exposición de fotografías de un artista local cuyo nombre no recuerda.

—¿Algo que le haya llamado la atención?

—Japoneses con mascarillas a los que hay que decirle que no pueden hacer fotos —dice con resignación—. Algo que ya es habitual.

Cuando le pregunta Reina, el jefe de seguridad le responde que no ha entrado ningún grupo de jóvenes con ropa de deporte y dorsales enumerados.

—Si quiere revisamos las cámaras —le propone—, pero la mañana ha sido bastante tranquila.

—No estamos seguros de que hayan entrado —le advierte la oficial Bautista a Santiago—. Quizás estuvieran de paso.

—¿De paso hacia dónde? —pregunta Reina, señalando el marco detector de metales. El jefe de seguridad indica que lo rodeen para pasar—. Este lugar está lleno de obras de arte. Piensa mal con respecto a Ignacio Aguilar y acertarás.

El tintineo de los tacones de Concha Bautista resuena sobre el suelo de mármol en el interior de la casa consistorial, en busca de algo que ni siquiera el propio inspector Santiago Reina sabe qué es.

—¿Quién se atrevería a robar en un ayuntamiento? —pregunta Concha.

—Echa un vistazo a tu alrededor y seguro que encuentras a alguno con esas intenciones —suelta Reina—. Empieza por los que llevan traje de chaqueta.

◊ ◊ ◊

—Observa esas dos rayas —le susurra Guillermo, esfera en mano—. Son como una i mayúscula a cada lado. Como el número uno en romanos.

I 6 ◊ 7 I

—Con las prisas no me dio tiempo a fijarme en esos detalles — suelta Nacho.

Todo ello tras recordar la palabra «Lobera» en el gavilán de la espada de piedra y después de echar un vistazo al trozo de *souvenir* que Nacho se ha llevado del arco del Postigo del Aceite.

—Es un año —interrumpe Elena, tecleando en su móvil—. Mil seiscientos sesenta y uno: el año de la canonización de san Fernando. Es lo primero que aparece en internet cuando pones ese número y Sevilla. —Levanta la mirada y termina—: Fue el primer rey español elevado a los altares.

—Tenemos un Rey Santo —expone Guillermo—, su año de canonización y el nombre de su espada.

Lobera, la espada del rey Fernando III. La original está en Santa María de la Sede, la catedral de Sevilla. Se conserva como una reliquia y todos los veintitrés de noviembre se saca en procesión por las naves del templo, portada por el alcalde, aunque antiguamente lo hacían por las gradas altas de la catedral. Es la procesión solemne de Tercias o de «la Espada». El concejal más joven del consistorio lleva el Pendón de San Fernando.

Tras la clase de historia y tradiciones sevillanas, Nacho le confiesa a Guillermo que por eso le necesitaba en un día como este.

—Hubiera preferido que me dijeras la verdad. Buscabas nuestros conocimientos: el de Marta, el mío e incluso sabías lo de mi tío.

—No habrías venido —sentencia Nacho—. Me habrías dicho que no.

Marta se frena de pronto:

—Un momento —dice, haciendo que los dos varones se detengan a escasos metros de la Puerta de San Miguel o también llamada Puerta del Nacimiento—. No os van a dejar entrar así.

—¿Así cómo? —pregunta Nacho.

—No se permite entrar en pantalones cortos —les advierte Elena—. El guardia de seguridad de la puerta no nos dejará entrar.

Nacho sonríe y señala el dorsal en su pecho:

—Hoy sí —le asegura, señalando la puerta por donde entra un grupo de participantes en calzonas—. La *gymkhana* es la llave perfecta para colarnos hoy en cualquier sitio. —Se vuelve a Guillermo—: Por eso hoy era el mejor día.

El cambio de temperatura es notable cuando atraviesan la Puerta de San Miguel y entran en el interior del tercer templo más grande de la cristiandad. A la izquierda se queda el altar del Ángel de la Guarda y un poco más adelante, tras dejar el trascoro y la capilla de la Cieguecita, a la derecha está la capilla de la Virgen de la Antigua, después de san José y san Hermenegildo.

Tienen que dejar atrás la tumba de Cristóbal Colón, la Capilla Mayor y la sacristía de los Cálices y, a la izquierda, la nave que conduce a la Capilla Real y las de San Pedro, así como sortear las de

las Santas Justa y Rufina hasta encontrar a Lobera. En una vitrina, perfectamente custodiada y vigilada.

—Si hubiera una moneda en esa espada ya la habrían encontrado —dice Elena.

Añade Guillermo que la espada es del siglo XIII, de la época de san Fernando:

—Las pistas son del siglo XVI en adelante. No tiene sentido un objeto público y más antiguo que la Congregación de la Granada.

—Quizás por ser público… —arranca Nacho—. Es una reliquia intocable.

—Excepto en la procesión del veintitrés de noviembre —puntualiza Marta.

—¿Y qué hacemos? —pregunta Nacho—. ¿Esperamos siete meses hasta que la saquen de aquí para verla?

Y mirando Marta su móvil, resopla y expone:

—Ha sido restaurada recientemente… y desmontada por completo en el 2002. Las fotos del informe están en internet. Si tenía algo dentro… ya no lo tiene.

—¿Recientemente? —pregunta Elena—. Son más de veinte años.

—En la historia veinte años son una minucia —le replica Guillermo.

Nacho se inquieta:

—Pero eso no quita para que haya una pista escondida dentro y nadie se haya dado cuenta.

—Lobera —dice desde atrás una anciana voz masculina. Todos se giran para ver a un canónigo de la catedral, con su sobrepelliz blanco y muceta púrpura por debajo de un pelo canoso y un rostro de más de sesenta años. A pasos cortos, rodea la vitrina y musita—: La espada de san Fernando.

—No se puede tocar, supongo —se atreve a decir Nacho.

—No, hijo. A menos que un día llegues a ser el alcalde de esta ciudad.

—Dudo mucho que termine metido en política —suelta Nacho.

—Nunca se sabe —dice el canónigo—. Los participantes del juego ese de las pistas, que van vestidos como vosotros, han estado haciendo fotos a la Virgen que se corona mañana, en el Altar del Jubileo.

—Tiene pinta de pesar mucho —plantea Guillermo, mirando la espada a través de la vitrina.

—Así es —corrobora el canónigo—. Por eso nunca la pusieron en la imagen.

—¿Qué imagen? —pregunta Elena.

—La de san Fernando —explica el canónigo, que se gira y camina hacia la imagen en la Sacristía Mayor—. La que procesiona en el Corpus. La idea original era que la imagen llevara la auténtica espada

del rey, pero el imaginero advirtió que la madera de la mano sería incapaz de soportar el peso.

Nacho se acerca a la imagen de san Fernando:

—¿Quién hizo la imagen?

—Pedro Roldán —responde Marta.

—Muy bien —responde el canónigo—. Para su canonización en…

—En 1671 —se adelanta Elena.

Nacho mira a Guillermo y este, a su vez, a Marta. El canónigo, que se presenta como Gabriel Campillo, les dice que lleva más de media vida ocupando diferentes dignidades en este cabildo tales como el de tesorero o capellán mayor.

—Las dignidades son un grupo de canónigos nombrados por el señor arzobispo que tienen que suplir al deán en sus funciones litúrgicas cuando falte. Ahora son cargos meramente honoríficos —explica, al percatarse de que el término se escapaba al entendimiento de los jóvenes—. Por lo que puedo ver, os gusta la historia.

—Soy licenciado en Historia —dice Guillermo.

—Y yo en Bellas Artes —añade Marta.

—Yo soy camarera —susurra Elena, inaudible.

—¿Tenéis prisa? —pregunta el canónigo. Y, sin esperar respuesta, añade—: Os voy a enseñar algo de lo que muy pocos se han percatado.

◊ ◊ ◊

Víctor aprovecha que tiene bien localizado el punto verde en la pantalla para fotografiar con la tableta a la Virgen de los Reyes en la Capilla Real. Carlos Vidal se santigua sin perder de vista, con el rabillo del ojo, la puerta por la que han desaparecido los cuatro jóvenes con el canónigo.

—Está prohibido hacer fotografías con *flash* —le reprende un guardia de seguridad a Víctor.

Carlos Vidal acerca su boca a la oreja de Víctor y le susurra:

—Lo que nos faltaba es que nos echaran de la catedral por tu culpa.

—Lo siento, jefe.

—Céntrate. ¿Llevas ocho años en esta ciudad y se te ocurre hacer fotos como un turista hoy?

Las feligresas entran y salen. Oraciones, recogimiento y devoción inundan esta Capilla Real, con una Virgen de los Reyes bajo un dosel en el que reza la inscripción: «PER ME REGES REGNANT». A los pies de esta reina de reyes, la urna de plata con el cuerpo incorrupto del Rey Santo, hoy cubierto ya que no es su festividad. Dos enormes lámparas de plata cuelgan desde lo alto de la bóveda semiesférica sobre pechinas y divididas en casetones con bustos de reyes.

Hasta mediados del siglo XVI, no había una sola capilla real sino

dos, con sepulcros de realeza repartidos por todos lados. Antes estuvieron separados porque unos habían matado a otros, otros eran amantes de los unos y, entre unos y otros, era mejor tenerlos separados incluso después de muertos. Ahora, descansan todos en una única capilla real, todos bajo el manto de aquella por quien reinaron los reyes. En la nave del Evangelio, el blanco sepulcro de la izquierda que pone «ALPHONSVS» corresponde a Alfonso X el Sabio, quien, de rodillas, corona en cabeza y manto de castillos y leones en la espalda, reza con sus manos unidas en un reclinatorio justo encima de su sepultura. A la derecha, en la nave de la Epístola, sobre la palabra «BEATRIX» y, en la misma disposición, se encuentra su madre, la reina Beatriz de Suabia, bautizada con el nombre de Isabel, aunque tomó el nombre de su fallecida hermana mayor para reinar.

—Se han quedado quietos, jefe —dice Víctor, marcando el punto verde en la pantalla—. Ahí dentro.

◊ ◊ ◊

En la Sacristía Mayor hay custodias doradas y plateadas, relicarios, libros corales, pinturas de Zurbarán, Murillo, Valdés Leal, Francisco Pacheco o Matías Arteaga. Hay ornamentos y vestidos litúrgicos, vizarrones de plata, las llaves de la ciudad, las tablas alfonsíes astronómicas y hasta la patena utilizada en la primera misa celebrada en México. Hay un candelabro de bronce de más de siete metros de altura y la enorme custodia en plata de Juan de Arfe que procesiona en la mañana del día del Corpus Christi.

Al ver que Marta se detiene frente a la imagen de un Niño Jesús, don Gabriel Campillo señala a varias imágenes casi idénticas desperdigadas por la sala.

—Se parece al Niño Jesús del Sagrario —afirma Marta—. Al de Montañés.

—Hay decenas de estas imágenes del Niño Jesús por toda la catedral y otras parroquias —advierte el canónigo—. Montañés creó un estilo muy reconocible que imitaron muchos imagineros. La mayoría son de autores desconocidos.

—¿Anónimos? —cuestiona Elena.

—Aquí, en la catedral, les llamamos «los huerfanitos» —responde el clérigo—, porque no sabemos quiénes los tallaron. —Gira uno de ellos y muestra unos números y letras labrados en su base—. Lo curioso es que en varios de ellos no está tallada la autoría, pero sí la misma fecha: «3-XI-1616».

Tras devolver la imagen del Niño Jesús al expositor, don Gabriel Campillo avanza unos pasos y se detiene frente a una vitrina con un libro abierto por el grabado de un enorme altar.

—Es la Capilla Mayor —dice don Gabriel—. El altar mayor en todo su esplendor.

En la pequeña cartela que hay junto al libro de la vitrina se puede leer: «Fiestas de la Santa Iglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla al nuevo culto del señor rey S. Fernando el tercero de Castilla y León». Autor: Fernando de la Torre Farfán, Presbítero. Año: 1671.

—Es el año de la canonización —dice Guillermo.

—Y ese fue el altar principal de la canonización —puntualiza don Gabriel—. Este es el único libro que detalla todas las fiestas que se hicieron aquí en Sevilla con motivo de la canonización. Porque fue una canonización atípica, distintas a las que se hacen hoy en día.

De un cajón de la enorme cómoda de madera del fondo de la sala coge don Gabriel un manojo de llaves, abre con cuidado la vitrina y saca el libro. Retira el misal romano de un atril de plata para poner en su lugar el libro de la vitrina. Pasa varias páginas y se detiene en otro grabado:

—El Triunfo de San Fernando. Así le terminaron llamando en esta ciudad.

—¿Dónde está?

—Se creó únicamente para la ocasión. Es difícil de reconocer el lugar, pero se trata del trascoro, para que se viera desde la calle a través la Puerta de la Asunción, que por entonces era la entrada principal de la catedral. —Pasa la página y se detiene en otro grabado —. La Capilla Real con la Virgen de los Reyes y el lugar donde descansarían los restos del Rey Santo. La urna de plata se encargó más tarde.

El canónigo les repite que la intención inicial era que la nueva estatua que Pedro Roldán tenía que tallar de san Fernando portara la Lobera:

—Pero la empuñadura de la espada del rey estaba estropeada y costaba desmontarla. Además, Roldán desaconsejó tallar una mano lo suficientemente abierta como para que entrara porque no soportaría todo su peso. Por eso la espada que porta su imagen es más fina y ligera.

Les dice que todo está ahí. En ese libro. Y rebuscando en el interior localiza, en la página 166, el nombre del imaginero, en un castellano repleto de efes en lugar de eses y otras variables ortográficas: *«… texido de Penachos Bellos de Filigrana, Capàz de recebirvna Elegante Imagen de Talla de Excelente hechura, Efigie armada del SANTO REY. Poblòfe el Refto de otras coftòfas Pieças de Talla, de la Mano de Pedro Roldàn, FamofoArtifice Sevillano, cuyo Numero, y Primor fe dexa por no hazer prolijo lo que deffeafer agradable…»*.

Justo en el pie de cada página, en la parte derecha, hay una o dos sílabas que intrigan a Nacho, a lo que Marta le explica que en muchos

libros antiguos acababan las páginas indicando en los pies cómo comenzaba la siguiente.

—¿No están para eso los números de cada página? —pregunta Nacho indicando los números correlativos en el margen superior.

—Es como un segundo control. Los números se ponían al final —explica Marta—. Por si se descuadernaban hojas o se insertaban dibujos y grabados en medio. Lo que no termino de entender es qué son esas letras y números que hay en algunas páginas, abajo en el centro.

—Seguramente sean algún tipo de referencia para el autor —dice don Gabriel, quien, cuando pasa algunas páginas, deja ver que se tratan de letras en mayúsculas, por orden alfabético y algunas de ellas van acompañadas de números, también en orden.

Mostrando algunos grabados, les dice el canónigo que la mayoría son de un pintor muy conocido, Juan de Valdés Leal, con la ayuda de dos de sus hijos, Lucas y Luisa. Que algunos entendidos afirman que este libro es el mejor ilustrado del barroco español. Hay grabados del rey, del orbe, de la Giralda, de la corona, de su espada.

—Aquí es donde aparece su nombre —indica don Gabriel—: Lobera.

Y entonces, un poco más adelante, se puede leer, en el centro de la página, como si de un poema se tratara: *«… y fubiendo Lobera fe prefiriò el Cielo, aunque también pudieffe marcar lo infernal como ya apuntàva el Santo Jorge…»*.

Pensativo, Guillermo echa a andar hacia la primera sala del Tesoro hasta colocarse frente a la imagen de san Fernando. Detrás le sigue Nacho hasta preguntarle:

—¿Qué sucede?

—La espada… Lobera… —susurra—. La clave está en la espada.

Guillermo vuelve a la sala y le pregunta a don Gabriel por san Jorge.

—Mártir y santo —responde.

—Me refiero a esta catedral —recalca Guillermo—. ¿Hay algún san Jorge? ¿Una imagen? ¿Una estatua? ¿Un cuadro?

Don Gabriel se para a pensar, pero sacude la cabeza:

—No se me ocurre ninguno.

—Guillermo —llama su atención Marta, volviendo a leer el párrafo del libro—. «…y subiendo Lobera se prefirió el Cielo, aunque también pudiese marcar lo infernal como ya apuntaba san Jorge…».

—¿Qué me quieres decir? —pregunta Guillermo.

—¿Cómo se representa a san Jorge, padre?

—Apuntando hacia abajo con una lanza, para matar a un dragón.

—«…aunque también pudiese marcar lo infernal…» —repite Marta —. Marcar. Marcar lo infernal. El suelo. Por debajo del suelo.

Guillermo y Nacho se precipitan hacia la imagen de san Fernando, a escasos centímetros de ella. Marta, Elena y don Gabriel le siguen hasta rodear en un semicírculo perfecto la parte frontal de la escultura de Pedro Roldán. Guillermo examina la espada, la mano del santo y la empuñadura de Lobera:

—¿Cómo sale la espada de la mano?

—Seguramente se desenrosque la esfera de abajo —propone Marta.

Don Gabriel sonríe y le pregunta cómo lo ha adivinado mientras con sus viejas manos desenrosca la pequeña esfera que remata la parte baja de la empuñadura.

—Soy restauradora —le explica Marta—. He visto varias espadas como esta.

Y entonces don Gabriel se queda con la pequeña esfera en una mano y la espada en la otra, desarmando a un san Fernando que yace con su mano derecha vacía con sus dedos agarrotados y con el orbe en lo alto de su mano izquierda.

Marta le devuelve la sonrisa a don Gabriel:

—¿Puedo?

Don Gabriel le ofrece la espada y la esfera, y Marta mete la empuñadura en la mano de la imagen de san Fernando de abajo hacia arriba. Enrosca la esfera con la hoja de la espada apuntando hacia abajo.

Guillermo acerca su ojo izquierdo hacia la mano y advierte que la espada no apunta a la base de la imagen:

—Apunta al suelo.

Don Gabriel esboza una sonrisa y pregunta si es parte de una prueba del juego.

—¿Dónde estuvo colocado en la canonización? —indaga Guillermo.

—En la Capilla Real —suelta Nacho.

—No. En absoluto —corrige don Gabriel, que desenrosca la espada y vuelve a enroscarla en su posición habitual, apuntando hacia arriba —. Ni siquiera en la Capilla Mayor como cree mucha gente. La imagen debía presidir el Triunfo de San Fernando, en el trascoro. —Rodea la imagen y camina hacia el atril con el libro de Torre Farfán sobre la canonización de san Fernando y pasa una serie de páginas hacia atrás hasta llegar al grabado anterior—: Así lo cuentan las crónicas.

Guillermo pregunta si es al fondo de la catedral.

—Así es. Ahora el trascoro es una zona poco llamativa y oscura. Lo más interesante es una pintura de Pacheco en la que el rey moro le entrega las llaves de la ciudad a san Fernando. ¿Queréis que echemos un vistazo?

El silencio hace que don Gabriel les diga que va a por las llaves y, al regresar, vuelve a preguntar cuál es la prueba del juego y Guillermo se inventa:

—«¿Desde dónde vio el Rey Santo de Roldán la misa de su canonización?»

—La gente que diseña el juego no sabe que no fue solo una misa —les dice caminando por la nave lateral—, sino varios actos, una procesión, el Corpus… La ciudad llevaba décadas esperando el momento.

◊ ◊ ◊

—Hasta las siete que se cierre la catedral —dice Silvia, la responsable de protocolo del arzobispado—, no te van a dejar trabajar tranquilo.

La preocupación de Javier Heredia, más allá de las flores, el ornamento y el protocolo de horarios, se focaliza ahora en su teléfono móvil, que, sin sonido, vibra sobre la barra de la taberna Álvaro Peregil, junto a la que, según sus cuentas, es la quinta copa de cerveza. Se le corta el cuerpo al leer «Antonio Rubio HM», sabiendo que la siglas equivalen a hermano mayor.

—Cógelo —le invita Silvia.

—Sé lo que quiere, darme el almuerzo.

—Dile que tienes que comer, como todo el mundo.

Javier resopla y acepta la llamada:

—En los alrededores de la catedral —le dice al teléfono—. Pues dándoles *pizzas* y hamburguesas a los jóvenes que nos están echado una mano. —Toma aire y se relaja antes de responder—: Las flores están, la cera está, los enseres ya han llegado. Falta montar los estandartes y fundir los ciriales. Hasta las siete poco podemos avanzar.

Silvia le planta la carta con las tapas delante de los ojos, pero Javier une los dedos índice y pulgar de su mano libre pidiéndole que espere un momento. Al teléfono sube algo el tono para decirle:

—No, ahora no. Tranquilo. Pero esta noche, antes de irme a la cama, te aseguro que sí.

Nada más colgar el teléfono, el camarero le pregunta:

—¿Se pasa usted al vino?

—Por ahora no —responde. Y a Silvia le pregunta—: ¿Qué haces esta noche?

—Preparar lo de mañana —contesta—. ¿Por qué? ¿Alguna sugerencia?

—Yo me pienso emborrachar. ¿Me acompañas?

◊ ◊ ◊

En lugar de ir directamente al trascoro, don Gabriel prefiere deleitarse cruzando entre el altar mayor y el coro, esquivando guías turísticos con sus grupos.

El retablo bajo el que se encuentran es de una calidad artística inigualable, les dice don Gabriel:

—Ochenta años para llevar a cabo el mayor retablo de la cristiandad —les explica. Refiriéndose a la imagen central, dice—: La Virgen de la Sede, siglo XIII.

Marta le señala a don Gabriel la escena de la resurrección de Lázaro en el retablo y le dice que ella estuvo encargada de parte de la restauración de su policromía, en las prácticas durante su doctorado.

—Esto es continuo —dice el canónigo, refiriéndose a los bancos repletos de turistas haciendo fotografías con cámaras y móviles—. La gente se sienta a descansar y a observar como si esto fuera un museo sin dedicarle unas oraciones.

Se vuelve y, al alcanzar la verja del coro, señala el enorme facistol destinado a colocar los gigantescos libros de cantos y reconoce que eso sí que es una verdadera obra de arte a la que nadie le presta su debida atención. Añade:

—Siglo XVI. Trabajaron en él muchos artistas de la época: arquitectos, escultores, herreros, fundidores…

Y entre los nombres que va recordando don Gabriel aparecen Hernán Ruiz el Joven, quien fuera maestro mayor de la catedral, Bartolomé Morel fundidor del Giraldillo o el escultor Juan Bautista Vázquez el Viejo, el cual perteneció a la Congregación de la Granada como acaba de recordarle Guillermo en susurros a Nacho.

—Según el grabado, la imagen debió estar ahí —dice el canónigo al llegar al trascoro, señalando el lado izquierdo. El centro de esta zona pegada a la trasera del coro está presidido por la pintura de la Virgen de los Remedios y el cuadro *San Fernando entrando en Sevilla* de Francisco Pacheco en su parte inferior.

Guillermo y Nacho intercambian miradas, conscientes de que el cuadro, san Fernando y Pacheco tienen que ver con esa congregación que se reunía hace cuatro siglos en el Patio de los Naranjos en torno a la Virgen de la Granada.

Don Gabriel abre un candado para que puedan entrar en esta zona del trascoro, rodeada por una pequeña barandilla de unos sesenta centímetros de alto. En su interior, aparte de la vistosa decoración con relieves y bustos, una mesa de altar se aloja en el centro y un púlpito sobre unas escaleras se labra en hierro a la izquierda.

—Aunque no haya nada encima, la mesa es el lugar más sagrado —le sermonea don Gabriel a Nacho, quien había apoyado en ella la riñonera—. Sobre ella se celebra el sacrificio eucarístico. Es un altar dedicado por su misma naturaleza a Dios y solo a Dios.

Cabizbajo, Nacho se vuelve a enfundar la riñonera en su cintura y la astucia de Marta consigue distraer a don Gabriel con cuestiones del arte gótico y barroco relativas al conjunto de mármol, jaspe, bronce,

pinturas y esculturas. Así Guillermo puede moverse con tranquilidad, colocarse en el supuesto lugar que ocupó la imagen de san Fernando en su canonización y que Nacho le pregunte una y otra vez si todo va bien.

—Necesito un metro.

—¿Para qué? —pregunta Nacho.

Aprieta su mandíbula y repite lo suficientemente alto que necesita un metro.

—Tengo uno en mi despacho —dice don Gabriel—. Pero está al otro lado, en la nave opuesta.

—Vamos con usted —le dice Marta.

—No es necesario —les retiene don Gabriel—. Seguro que sabréis cuidar de nuestros tesoros y respetar nuestra liturgia.

Sin que les vea el canónigo, Nacho le indica a Elena que le acompañe. Protesta, pero terminar resignándose:

—Yo le acompaño, padre. Esta catedral me encanta y sus historias mucho más.

—Acompáñeme si quiere, pero no son historias sino la vida de este templo.

—¿Es cierto que una de las columnas está hueca? —pregunta Elena, caminando ya fuera del trascoro junto a don Gabriel.

—Leyendas. Muchas leyendas tiene este lugar —dice marchándose por la derecha de la verja.

Nada más salir el sacerdote del campo visual, Guillermo sube con celeridad al púlpito de hierro, a la izquierda del trascoro. Marta vigila desde el otro extremo, por si alguien se acerca. Turistas, guías, canónigos o guardias de seguridad.

—Mira el suelo —le susurra Guillermo a Nacho, desde lo alto—. Hay distintos tonos de mármol en todo ese suelo.

—¿Restauraciones?

—Después del sagrario la mesa del altar es lo más sagrado —dice Guillermo—. Según el grabado, la imagen de san Fernando estaba en una peana de un metro y medio o dos como máximo, aquí al lado. —Apunta con el dedo índice de su mano derecha hacia arriba, gira el dedo hacia abajo y añade—: Si su espada apuntara hacia abajo como la de san Jorge…

Nacho sigue la dirección del dedo de Guillermo hasta casi sus propias zapatillas, a la mesa del altar.

—Ayúdame —le pide Guillermo, bajando rápido del púlpito.

Nacho se pone en el otro extremo de la mesa y les cuesta levantarla, pero la consiguen arrastrar, alejándola como medio metro del frontal con la Virgen de los Remedios y el cuadro de Pacheco. Y entonces queda más mármol al descubierto, con losetas azules y blancas que se alternan para completar el dibujo. En el centro de las

baldosas azules se suceden símbolos y letras con el tono contrario, ocurriendo lo mismo con las blancas hasta que uno consigue leer, al separarse a cierta distancia:

Vigilante en el extremo derecho, Marta levanta el dedo pulgar y Guillermo se arrodilla y le pide a Nacho que saque una de las monedas de la riñonera. Al acercarla al punto entre las dos palabras sobre el mármol, la moneda se ajusta a la perfección.

—¿Casualidad? —pregunta Guillermo. Golpea con la moneda las losas azules con la épsilon Ɛ y la letra M y, seguidamente, el punto azul sobre mármol blanco percibiéndose un sonido distinto—. Parece hueco.

De la riñonera, Nacho saca su navaja multiusos y la extiende hacia Guillermo, quien raspa alrededor de ese punto azul marino tirando para negro Marquina sobre mármol blanco de Macael. Pero raspar toda esa lechada de cemento y arena endurecido desde hace siglos le cuesta su tiempo a Guillermo. El tiempo suficiente para que Nacho pierda la paciencia, saque el pomo esférico de piedra de la espada de san Fernando en el Postigo del Aceite y le diga a Guillermo que se aparte porque están sonando las campanas de la Giralda.

Las campanas suenan y al ritmo Nacho golpea la loseta blanca con el punto azulado en su centro. Y las campanas siguen sonando y Nacho continúa golpeando hasta que la loseta se quiebra y termina rompiéndose.

El balbuceo de Guillermo sale desgarrado de su garganta:

—Pero ¿te has vuelto loco? ¿Qué haces?

Sin responder, Nacho retira pequeños trozos de mármol blanco y toma el punto azul entre sus dedos en cuyo reverso se vislumbra, bien pegada, una moneda ante la atónita mirada de su compañero.

—¿Loco? —murmulla Nacho, sonriente.

—¿Qué es esto? —se pregunta Guillermo, raspando con la punta de la navaja entre el cemento que fijaba la loseta, puesto que algo metálico alargado se deja ver con un escaso brillo oxidado.

Conforme retira cemento y algo de arena queda constancia que se trata de un cilindro metálico de unos cinco centímetros de largo cuya base circular difícilmente llega a los ocho milímetros. Las consigue separar con relativa facilidad, por lo que no debió estar fijada en el cemento. En uno de los extremos del cilindro oxidado se atisban cuatro salientes en forma de L invertida, cuatro Γ de distintas alturas.

En el otro extremo hay una tapa más accesible, en la que Guillermo mete el filo de la navaja para hacer palanca hasta que consigue desplazarla, dejando ver un trozo de papel enrollado en su interior.

—Necesitamos unas pinzas.

Y entonces, tras depositar el cilindro, las monedas, el pomo de piedra y la navaja en la riñonera, empiezan a colocar todos los trozos de mármol rotos en el interior del cuadrado como si de un puzle se tratara y devuelven la mesa del altar a su posición original.

—No me lo creo —se lamenta Marta.

Guillermo pregunta qué pasa y Marta señala una cámara de seguridad en uno de los pilares del trascoro, junto a donde están sepultados, bajo una lápida metálica, los restos de Hernando Colón, hijo del descubridor.

—Hay que largarse de aquí —advierte Nacho—. Rápido.

Nada más salir de la barandilla el encuentro con don Gabriel y Elena se vaticinaba inminente.

—No se preocupe, padre —le dice Nacho—. Ya tenemos lo que necesitábamos.

—¿Y el metro? —pregunta don Gabriel, con el utensilio en lo alto.

Nacho muestra su teléfono y finaliza:

—Hoy en día los móviles tienen de todo. Tenemos que salir corriendo para resolver la siguiente prueba.

—Espero que tengáis suerte con el juego. ¿Cuál es el premio?

Y Elena, despidiéndose emocionada, suelta:

—Un viaje a Cancún.

16
Sevilla. Collación de San Marcos. Taller de Pedro Roldán

Jueves Santo, 26 de marzo de 1671

Hoy, más que un olor a madera fresca recién arrancada de un bloque por el martilleo de mi gubia, más que un olor a serrín húmedo y a cera de abeja en el suelo de mi taller, el olor es aceitoso, como almidón de harina y azúcares de miel. Ceniza y cola animal. También huele a yeso, a pigmentos de cobre, a hierro.

—Su merced me habló de don Juan de Valdés Leal —me dice don Juan Félix de León, canónigo magistral de la Santa Iglesia de Sevilla, al entrar en el taller, desquitándose de la capa y sombrero. No atisbo a reconocer quién cierra la puerta, pero sí a la otra persona que ha entrado: don Ambrosio Ignacio Spínola y Guzmán, el nuevo arzobispo de nuestra ciudad.

Me precipito a coger su mano derecha, curvar mi espalda y besar su anillo:

—Excelencia.

—Estoy en su casa, don Pedro —me dice—. Debo ser yo quien le trate con la cortesía que merece su hospitalidad en un día como este. Bien sabido es que no permite ver sus obras hasta que se den por finalizadas.

—Disculpen tal desorden —ruego a los tres hombres, que rastrean con sus ojos mi taller—. No esperaba trabajar en Jueves Santo si no fuera por la premura del encargo.

Don Juan Félix se acerca a la imagen de san Fernando, la que el propio cabildo catedralicio me encargó hace pocas semanas. La imagen cuyo rostro pinta con destreza una joven de diecisiete años subida en un taburete.

—Les presento a Luisa de Valdés Morales, hija de don Juan de Valdés Leal.

—He de reconocer, señorita, que tiene los dones de su padre — dice don Juan Félix.

—Sepan que, tras el estofado, el rey quedará mejor de lo que ven sus ojos por ahora —dice la joven Luisa con una sonrisa.

—El futuro santo se lo agradecerá—le expresa el arzobispo, con una

sonrisa.

—Además le debo mi salud —replica la joven Luisa, quien, ante el silencio, continúa—: No llegó mi cuerpo en disposición para este oficio y muy mal sudor me daba que me tuvo varios días en cama. Mas mis oraciones hacia este santo me sacaron las fuerzas para la faena.

El arzobispo asiente.

—No le he presentado como es debido —me dice don Juan Félix, refiriéndose al desconocido tercer hombre—. Queremos que conozca al padre Fernando de la Torre Farfán. Se encargará de la crónica de las fiestas de la canonización.

Aprieto su mano. La mano de cronista, poeta y escritor del que ya había oído hablar, pero que nunca le había puesto cara al nombre.

—Hemos tenido que aguardar —arranca el señor arzobispo—, pero a veces la espera tiene una suntuosa recompensa. El pasado martes, tres de marzo, Su Santidad el papa Clemente X, *ad futuram rei memoriam*, nos ha hecho dignos de poder darle el culto debido a nuestro ya Santo Rey.

Al parecer, todo lo frenó el papa Urbano VIII, quien estableció unos criterios hace unos cuarenta años que excluían de la canonización al carmelita Juan de la Cruz y al beato Simón de Rojas por haber muerto en los últimos cincuenta años, y al rey Fernando III por haber recibido ya culto desde tiempo inmemorial.

—Luego llegó Inocencio X, más favorable a nuestros intereses —dice don Ambrosio—. Y hubo que esperar hasta estos días de Clemente X para oficialmente subirlo a los altares.

—Se ha enviado la cédula real de veintitrés de marzo a todas las ciudades para que se celebre este culto —expone don Juan Félix—, con fecha de este mismo Lunes Santo.

—Sevilla lo festejará con las mayores glorias —añade nuestro arzobispo—. La Pascua será el momento idóneo.

Yo permanezco callado, asintiendo.

—No debo mentirle en mi condición de hombre de Dios —dice don Juan Félix—. Tenemos a Valdés Leal lo suficientemente ocupado en otros menesteres.

—Lo sé. Por eso me recomendó a su hija, quien acaba de superar el examen gremial. No quiero tener problemas con los artistas y artesanos en estos momentos.

—Su padre es un gran hombre —le dice el arzobispo a Luisa—. Como don Pedro. Aprenderá mucho a su lado.

Según don Juan Félix, el Triunfo de San Fernando debe contar con los mejores artistas de esta ciudad: Juan de Valdés Leal, Bernardo Simón de Pineda y las piezas de talla salidas de mis manos.

—Entendemos la premura —admite don Juan Félix—. Todo se ha

precipitado.

—Señorita Valdés —llama la atención de la pintora el arzobispo—, ¿le gustaría participar en los grabados de las crónicas?

Y Luisa Rafaela de Valdés Morales baja el pincel de la cara del Rey Santo, se gira y mira al arzobispo.

El padre Fernando de la Torre Farfán abre su boca por fin:

—Participarán su padre y su hermano Lucas con don Matías Arteaga, don Francisco de Herrera el Mozo y don Bartolomé Esteban Murillo. Nos vendría bien que usted se encargara de los grabados al aguafuerte de los emblemas.

La joven Luisa, pincel en mano, hace un barrido con su mirada:

—Me honráis en exceso con vuestro ofrecimiento. Será un honor, pero he de pediros algo.

—Si está en nuestras manos —dice don Ambrosio, con sus manos extendidas.

—Si lo que valoráis es mi trabajo y no mi apellido, para todos seré en lo que sigue Luisa Morales.

Jueves de la Ascensión, 7 de mayo de 1671

—¿Recibió mi misiva? —me pregunta el cronista de los actos de la canonización del Rey Santo, nada más entrar en mi taller.

Yo asiento y le digo que no tiene por qué preocuparse. Dentro de tres semanas, el veinticinco de mayo, la imagen que tengo delante, salida de mi gubia, presidirá los actos de la canonización en la catedral.

—No se equivocaron con usted, don Pedro —me confiesa don Fernando de la Torre Farfán—. El don de sus manos no se resiente a pesar de la premura.

—Dios dispone —le digo, en esta calurosa mañana—. Ahora me tocará priorizar esos trabajos que he dejado abandonados en mi taller.

—Debo felicitarle no solo por esta obra —me expone el cronista y también sacerdote—, sino también por los relieves del retablo de la capilla de los Vizcaínos.

Me vuelvo sorprendido:

—Agradezco sus palabras, don Fernando. Aunque mi trabajo en esa piedad se engrandece por el esfuerzo de los otros dos maestros.

—No sea modesto —me halaga don Fernando—. Nadie les quita valía a ninguno de los tres.

El mérito del retablo es de don Francisco Dionisio de Rivas y la policromía es de las manos de don Juan de Valdés Leal. Mi gubia fue sacando de la madera la décimo tercera estación del Vía Crucis,

cuando el Señor es descendido de la Cruz y entregado a los brazos de su Madre.

Rodeando la imagen del Rey Santo, don Fernando me dice:

—Me hicieron saber que supo usted solventar el dilema de la Lobera.

—El ensamblaje de la mano sería incapaz de soportar tal peso. Por ello, sugerí una espada más ligera.

—No veo en su mano tal instrumento —me advierte, vislumbrando los dedos retorcidos de la mano derecha de la imagen, sin espada alguna en ella.

Hago llamar a Marcelino José, mi hijo de nueve años, para que traiga la espada desde el otro extremo del taller y, cuando llega con ella, don Fernando de la Torre se sorprende y me expone que más bien parece un juguete para niños, mientras con una mano la agarra y con la otra despeina cariñosamente a Marcelino. Yo le replico:

—Tenga por seguro, don Fernando, que las espadas de juguete de mi hijo se las tallo en madera sin necesidad de recurrir a un herrero.

Sonríe y me extiende la espada. Yo la sujeto por la empuñadura y desenrosco la pequeña esfera de abajo. Cubro la empuñadura con un poco de lino para calzar la espada dentro de la mano del rey y enrosco la esfera para dejarla erguida, apuntando el techo de mi taller.

—Perfecto, pero más me interesa… —se interrumpe—. Debo verificar la precisión de la Lobera antes de rubricarlo en mis escritos.

Desenrosco de nuevo la esfera y retorno la espada a la mano, pero con la hoja apuntando el serrín y estrías de madera del taller. Enrosco bocabajo la espada del rey, con cuidado de no dañar el reciente dorado de Luisa Morales, hija de mi amigo y compadre Juan.

Retrocedo como medio metro de la imagen, pongo mi mano sobre el hombro del pequeño Marcelino y le pregunto a don Fernando si la espada apunta correctamente según la indicación del contrato. Asiente y me pregunta:

—¿Tiene más de esos juguetes de madera con los que el pequeño pueda jugar?

Me sorprende su pregunta y mando a Marcelino con sus hermanas, con Teresa o Ana Marcela, al otro extremo del taller.

—Soy consciente de que solo es un niño, don Pedro —me dice—, pero mi misiva era muy explícita. Sobre cuestiones de la orden ni siquiera delante de un congregado debemos hablar de ello, y mucho menos mostrarlo. Solo los *Seis del Particular Espíritu* han sido elegidos por el cabeza de la congregación para salvaguardar el secreto. Usted y yo somos unos afortunados y con una gran responsabilidad a su vez.

Admito que tiene razón.

El cronista se vuelve hacia la imagen del rey, con su espada en posición más propia de un san Jorge. Observa con detenimiento, le

rodea, hace un par de anotaciones con un carboncillo y concluye:

—Sea esta pues la última vez que veamos al Santo Rey empuñando Lobera en tan anómalas circunstancias.

—Así será —le contesto, desenroscando la espada.

—La congregación querría contar con vuesa merced para otros encargos de enjundia.

—Aquí sea un siervo de Dios y de la Granada.

—Le mandaré una misiva —me dice. Vuelve a mirar el Rey Santo, me golpea el hombro y ya caminando hacia la puerta le escucho decir —: Buen trabajo, don Pedro. Ahora entiendo por qué todos pusieron la mano en el fuego por usted.

17
Sevilla. Trascoro de la catedral

—¿Dónde están?

El jefe de seguridad, Francisco Marín, agita la radio entre sus subordinados mientras don Gabriel, con palpables signos de sobresalto, termina de poner el candado en la puerta de la barandilla, en la parte cerrada del trascoro.

—¡No dejen salir a nadie! —grita el jefe de seguridad al *walkie*, que se acerca a la boca. A don Gabriel, casi en imperativo, le ordena—: Abra de nuevo esa valla.

—¿Qué valla?

Sin paciencia y, tras un gesto para que le acompañe, otro guardia de seguridad salta la barandilla en sincronía con el jefe Marín. Cada uno en un extremo de la mesa de altar hacen fuerza para levantarla a la vez.

—Pero ¿qué hacen? —Don Gabriel se sorprende y les advierte—: Esa mesa lleva siglos anclada al suelo. No hay nadie que pueda moverla.

◊ ◊ ◊

Las primeras pinzas que Matilde le da a Marta para sacar el contenido del cilindro metálico que yacía enterrado bajo el suelo del trascoro son demasiado grandes, por lo que utiliza las cabezas de dos alfileres para extraer el papel de su interior. La cantidad de óxido que cubre la pieza de metal es suficiente como para necesitar una inyección antitetánica con solo rozarlo con la yema de los dedos. Los guantes blancos de algodón con los que Marta desenrolla cuidadosamente el diminuto trozo de celulosa son de cuando el tío de Guillermo salía de nazareno en la hermandad de La Lanzada en la tarde del Miércoles Santo.

Una vez desenrollado y estirado, el papel amarillento muestra una caligrafía bien perfilada y redondeada en un tono marrón anaranjado. Cuesta identificar algunas palabras entre tanto adorno en la escritura, pero don Salvador lo tiene claro y lee: *«Mueren los siglos en las puertas de Sevilla. A tres de noviembre. Anno de 1616»*.

—¿Qué significa eso? —pregunta Nacho.

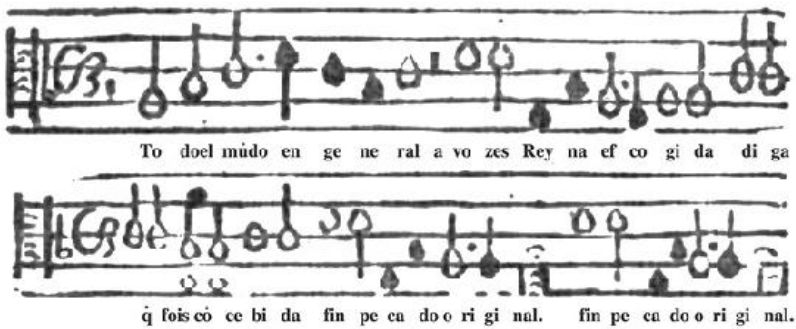
—La puertas de Sevilla… —repite don Salvador—. Las trece puertas donde escondieron en un primer momento las trece monedas, las arras del Mestizo.

—¿Y esa fecha? —cuestiona Nacho.

—El año coincide con la época inmaculista del siglo XVII en Sevilla —verifica don Salvador.

Tecleando en su móvil, Marta no encuentra en internet ningún hecho reseñable en esa fecha relacionado con Sevilla o sus puertas.

Guillermo vuelve con cuidado el papel y aparecen los trazos de una partitura:



—*Todo el mundo en general* —suspira Guillermo.

—Un canto a la Inmaculada —añade don Salvador y su sobrino asiente.

Con el filo de la navaja, Nacho raspa entre el canto de la moneda y el círculo de mármol azul, desechando la amalgama que lo tiene pegado, hasta encontrar el suficiente espacio para meter la punta de la navaja. Así comienza a moverla de un lado a otro, penetrando cada vez más entre la moneda y el círculo de mármol. Como si de abrir una ostra se tratara, la navaja va consiguiendo cada vez más holgura hasta que, con un movimiento de palanca, la moneda y el mármol se despegan completamente.

En el reverso del círculo de mármol azul se vislumbra la figura de una granada, como la del pomo de piedra de la espada de san Fernando.

Tras una palmada en el hombro de Guillermo, Nacho suelta:

—Reconoce que cuando te levantaste esta mañana no pensabas que ibas a terminar tocando un trocito de historia enterrada en tu ciudad.

—Un momento… —interrumpe don Salvador, examinando el cilindro oxidado a través de una lupa—. No todo lo que sobresale del cilindro es óxido.

Acercando la lupa y, tras hacer rotar el cilindro, don Salvador advierte que hay protuberancias más allá del hierro corroído por la oxidación. Y todo aquel que lo palpa termina sintiendo esas prominencias con la yema de sus dedos, como si se quedara

ligeramente pegado a la huella dactilar.

—Tenemos que limpiarlo —se lanza Marta, pero Matilde le asegura que entre los productos de limpieza no tienen ningún desoxidante—. ¿Podría traerme un refresco de cola?

—Claro —responde Matilde. Y, desde la puerta, les pregunta a los demás—: ¿Os traigo algo a vosotros también, chicos?

—Es para limpiar la pieza, Matilde —replica Marta—. También necesitaré un trozo de papel de aluminio, una patata y un vaso de vinagre.

◊ ◊ ◊

La recientemente rotulada calle Cardenal Amigo Vallejo es la que cubre el trayecto desde la base de la Giralda hasta el extremo de la Biblioteca Colombina.

Esta zona está normalmente ocupada por coches de caballos, esperando a que algún turista quiera realizar la ruta entre el centro histórico y la Plaza de España, o que alguna pareja de enamorados le apetezca dar un paseo romántico a lo largo del Paseo de Cristóbal Colón, por delante de la Torre del Oro y la Maestranza. Lo normal es ver a los cocheros pasando un trapo húmedo por el cuerpo del carro y sus ruedas, ajustando el collerón, la sufra, la cincha y barriguera[14]. Lo normal no es que un automóvil irrumpa en esta calle y penetre entre las dos columnas sin cadenas para estacionarse a los pies de la Giralda.

Solo los coches de caballos y los vehículos autorizados pueden acceder a la plaza Virgen de los Reyes, donde Concha Bautista detiene el suyo.

—Ponga la identificación encima del volante —le avisa Santiago Reina a su compañera, ya fuera del coche, en las gradas de la torre, camino de la puerta de Palos.

—Espere un momento —le pide Concha, ajustándose los tacones y dejando las manoletinas junto a los pedales del embrague, freno y acelerador.

—Como tengamos que echar a correr no le espero, oficial.

El guardia de la seguridad privada que bloquea la Puerta de Palos repite en español y en cuatro palabras inglesas mal pronunciadas que para entrar en la catedral tienen que ir hasta la Puerta del Príncipe. Que verán la cola, que no tiene pérdida. Que los grupos pueden entrar por la Puerta del Lagarto, justo al rodear la Giralda. Santiago se identifica y pregunta por su superior, a lo que el guardia habla inmediatamente por la línea interna de su radio.

—Pase la capilla de las Doncellas —le explica el guardia a Santiago — y coja a la derecha hacia el Patio de los Naranjos. En ese acceso se

encontrará con usted.

—¿La Capilla de las Doncellas? —pregunta Concha, caminando ya por el interior del templo catedralicio.

—También se le llama Capilla de las Vírgenes.

—¿De las Doncellas Vírgenes?

—Así es, oficial. ¿Ha leído usted la historia?

—No tengo tiempo para leer.

—¿Y qué hace por la noche para conciliar el sueño?

—Diazepán y un trago de ron miel. No pregunte, inspector.

Santiago le echa una mirada sin pretensión de juzgarla:

—En el siglo XVI se fundó la Hermandad de las Doncellas. Su objetivo era proporcionar la dote a las doncellas pobres que no tuvieran medios para casarse.

—¿La dote?

—En esos tiempos una mujer era una carga —le explica Santiago—. El padre tenía que entregarle a la familia del futuro marido una compensación económica. Muchas de estas vírgenes doncellas o no tenían padres o no tenían ni bienes ni dinero para poder casarse.

Pasando la Capilla de las Doncellas, a la derecha se encuentran con la Puerta Colorada o de la Concepción, el principal acceso al Patio de los Naranjos desde el interior del templo.

—Lorenzo Campos —se presenta, estrechando las manos de Santiago y de Concha. Señala a su compañero—: Francisco Marín, jefe de seguridad de la catedral.

—Creí que usted era el jefe de seguridad —confiesa Santiago.

—Soy el director de seguridad —expone Lorenzo—. Coordino la seguridad de la catedral, incluida la capilla del Sagrario, la Biblioteca Colombina, las oficinas de administración y todos los almacenes que guardan patrimonio del templo catedralicio.

El máximo interés para Santiago de todo lo que Lorenzo les dice sobre el plan de seguridad integral radica en la amplia red de cámaras de vigilancia repartidas por el interior y exterior de todos los edificios. Le explica que Francisco Marín coordina la seguridad en el templo, entradas y visitas de turistas, turnos de guardia, cámaras de seguridad, vigilancia del tesoro, capillas y la parroquia del Sagrario.

—Allí, allí y allí —marca Francisco Marín, con su radio en la mano, el lugar donde tres de las cámaras de seguridad vigilan el trascoro desde las extensas columnas.

Lorenzo descorre el cerrojo de la barandilla y se echa a un lado, para que Reina y Bautista entren y vean el suelo detrás de la mesa del altar del trascoro desplazada: un «ΛVƐ **MΛRIΛ**» con la loseta que separa las dos palabras rota. Santiago Reina, de rodillas, acaricia más que reordena las piezas rotas de la baldosa y, refiriéndose al patente círculo ausente en el centro, pregunta qué es lo que falta.

—Nadie lo sabe —responde Lorenzo—. Al parecer la mesa lleva sin moverse de ahí el tiempo suficiente como para que nadie con vida lo recuerde.

Los trozos del puzle que retira Santiago dejan lugar a cemento, tierra y un espacio libre alargado. Concha se agacha y le pregunta qué busca.

—Lo que se han llevado de aquí —responde Santiago. Busca en su móvil y le muestra a Lorenzo una foto de Ignacio Aguilar recién descargada de su perfil de Instagram—: ¿Le ha visto antes?

Lorenzo se encoge de hombros y le pasa la pelota al jefe de seguridad, quien ha repasado las cámaras de seguridad varias veces en la última media hora:

—Es uno de ellos —asegura Francisco Marín, sin dudar—. Estoy seguro.

Con un grado elevado de satisfacción, Santiago se gira hacia Concha, esboza una sonrisa y pregunta:

—¿Tenemos ya motivos suficientes como para que tu chico de Delitos Tecnológicos haga su trabajo?

◊ ◊ ◊

Marta retira la sucia mezcla de refresco de cola y vinagre de manzana, vuelve a verter la misma proporción y colocar la pieza cilíndrica dentro. Todo ello después de frotarla con una patata y un cepillo de dientes que nunca más, a partir de hoy, volverá a entrar en ninguna boca.

—Ave María —suelta Guillermo, con rotundidad.

—Sin pecado concebida —responde Elena, santiguándose, allí en medio.

—Un símbolo inmaculista —susurra su tío.

Escribiendo con un lápiz en el reverso de una cuartilla que encuentra entre tantos libros sobre el escritorio, Guillermo le explica a su tío que el Ave María estaba escrito de una manera poco habitual.

—Las A eran como una lambda mayúscula del alfabeto griego —dice dibujando una Λ en el papel—. Y la letra E era una épsilon minúscula. Al igual que las letras móviles de Santa Ana.

En el papel, queda dibujado:

—¿Seguro que no hay nada debajo de las otras letras? —cuestiona Elena.

Guillermo cruza su mirada con la de Nacho, quien le dedica una sonrisa. Marta retuerce su cuello para ver el dibujo de Guillermo y señala una letra:

—¿Por qué ese tres? —señala Marta, sin cesar en sus labores de cepillado, con una nueva mezcla indecorosa de la que emanan olores más propios de la limpieza de una plancha tras una barbacoa en verano.

—¿Qué tres? —pregunta Elena.

—La épsilon es un tres al revés —afirma don Salvador, girando la cuartilla—. Todas las letras se leen igual de izquierda a derecha que de derecha a izquierda excepto dos: la épsilon que es un tres al revés y la…

—Y la erre que está escrita a propósito al revés —concluye Guillermo.

—El símbolo de las columnas de Hércules nos llevó a otras columnas —dice Nacho, ensimismado—. La espada nos lleva a otra espada. Una imagen de Pedro Roldán… ¿Nos llevará a otra imagen de él?

—Hay decenas de imágenes de Roldán en esta ciudad —advierte Guillermo.

—Entre imágenes, retablos y pequeñas obras —precisa Marta— puede haber un centenar. Sin contar las atribuidas.

—Que también cuentan porque podría ser cualquiera —susurra don Salvador, pensativo y, casi para sí, añade—: Y esa letra… la épsilon… ¿Qué sentido tiene modelar curvas en el mármol si puedes evitarlo con trazos en línea recta?

—Tiene razón —reconoce Marta—. Una curva en el mármol es mucho más trabajosa que los cortes rectos y las dos únicas con curvas son la épsilon y la erre.

—¿Le daba tiempo a un escultor a hacer tantas imágenes? —pregunta Elena, pensando en la cantidad de obras que podía realizar un artista como Pedro Roldán.

—¿A un imaginero? —Marta explica que aparte hay que tener en cuenta aquellas que salieran de su taller—. Muchas de sus obras ni siquiera pasaron por sus manos, sino de sus aprendices. El maestro dirigía la saca de puntos, las modelaba o simplemente las supervisaba.

—Por lo que algunas de las obras ni siquiera las hizo él mismo, sino que fueron los alumnos en su taller… —empieza Elena—. Vamos, como ratas de laboratorio.

—Lo que nos condujo al último lugar fue el libro —advierte Marta —. La imagen apuntaba tal y como nos indicó. La clave está allí —afirma contundentemente mientras los demás no osan a interrumpirle

—. La erre y la épsilon, el tres al revés. El libro tenía letras y números en el margen de abajo que yo no había visto antes; el cura tampoco sabía que hacían ahí.

Suelta el cepillo y el cilindro oxidado y le arrebata el lápiz a Guillermo para escribir en el mismo papel «R3». Añade:

—Buscamos esta referencia en el libro. Si el autor puso ahí esas letras y números sin una lógica razonable es porque indicaban algo para él que nosotros no alcanzamos a entender.

—El libro está de nuevo en la vitrina —añade Guillermo.

Don Salvador pregunta cuál es el nombre del libro, pero nadie le responde.

—Sabemos dónde están guardadas las llaves —asegura Nacho.

Guillermo se endereza y, sacudiendo la cabeza, advierte que no pueden volver allí dentro, a lo que Nacho cuestiona por qué.

—Por las cámaras de seguridad —le increpa Guillermo—. ¿Crees que no se habrán dado cuenta ya del destrozo que has hecho en el suelo del trascoro?

Don Salvador se impacienta y pregunta de qué libro están hablando.

Marta saca su móvil y empieza a teclear:

—En la web de la Biblioteca de la Universidad podemos rastrear si hay más copias de ese libro. ¿Por autor o por título de la obra?

—El título era muy largo —advierte Guillermo a su tío—. Su apellido era Farfán. Me acuerdo por la marcha, la de los Campanilleros.

—Hay ciento cincuenta y dos libros con esa búsqueda —dice Marta —. La mayoría son sobre un compositor: Manuel López Farfán.

—El mismo que compuso *Estrella Sublime* —añade Guillermo—. Pon «San Fernando» y «Farfán».

—Fernando de la Torre Farfán —se adelanta don Salvador—. Fue el cronista de la canonización de san Fernando.

—Aquí está —certifica Marta. Vuelve a mirar su móvil y agrega—: Tres copias.

—¿Dónde? —pregunta Nacho.

—Biblioteca de Bellas Artes, otra en la de Humanidades y otra en la Biblioteca General. Pero no están disponibles. Ni para préstamo ni para consulta —explica Marta—. Son copias que se guardan en el departamento. —Levanta sus ojos, baja el móvil y, con contundencia, expone—: Bellas Artes. Sé cómo llegar a esos libros.

---

14 Sistemas de correas y hebillas para fijar los caballos al carruaje.

18
Sevilla. Palacio Arzobispal

En la misma plaza Virgen de los Reyes, en la calle don Remondo, y a escasos metros de los pies de la Giralda, el barroco de la entrada principal del palacio arzobispal es atravesado por don Anselmo, el párroco de Santa Ana, que avisa en la recepción de que viene a ver al padre Adrián Suárez.

Después de la reconquista, fue el propio rey san Fernando quien le cediera unas casas a Raimundo de Losada, quien fuera obispo de Segovia, para que le construyeran un palacio. Esas casas estaban sobre unas construcciones almohades y estas sobre unas termas romanas, aunque ya nada de eso queda en pie. A Raimundo de Losada se le conoce mejor como don Remondo, el primer obispo de Sevilla tras la reconquista y quien da nombre a la calle que rodea la fachada y cara este del palacio arzobispal.

—El padre Adrián le vendrá a buscar al patio —le dice el guardia de la entrada a don Anselmo y le deja pasar.

Al fondo del atrio, con pasos ligeros baja unas escaleras, en traje gris marengo con clériman, el padre Adrián Suárez, delegado diocesano de Patrimonio Cultural, cuyo cometido es el de cuidar y velar por la conservación, custodia, restauración, difusión y préstamo de los bienes culturales de la Iglesia hispalense en servicio a sus feligreses.

—Me ha sobrecogido la noticia. ¿Cómo se encuentra? —pregunta el padre Adrián nada más saludar a don Anselmo.

—Le hemos llevado al Hospital Infanta Luisa por precaución —le explica don Anselmo—. No hay que fiarse de los golpes en la cabeza.

El padre Adrián supera en una decena de años a don Anselmo, a punto de una jubilación bien merecida después de más de cuarenta años al servicio de la archidiócesis sevillana. Las arrugas sobre su piel blanca en el rostro, bajo las canas y unas gafas rectangulares de estructura metálica, le confieren un apacible y entrañable aspecto.

Pasando del sol a la sombra y de vuelta al sol, entre las columnas del patio, don Anselmo dice que la policía ha identificado al agresor de don Julián:

—Es uno de nuestros monaguillos.

—Cada vez se está perdiendo más el respeto hacia los mayores —advierte el padre Adrián, que frota entre sí sus arrugadas manos de organista—. ¡Jóvenes! ¿Algún desencuentro con el sacristán?

Respira hondo don Anselmo y se encoge de hombros. Añade:

—Pero no he venido solo por eso. Podría haberle informado por teléfono.

—Pues dígame, don Anselmo.

—Han desplazado la peana del altar de la Inmaculada en la cripta. —Don Adrián se frena en seco y don Anselmo añade—: Han roto el candado.

—¿Y han entrado?

—Me temo que sí. Aunque no sabemos qué han hecho ahí abajo porque está todo inundado —le explica el párroco de Santa Ana, obviando los detalles que tienen que ver con los roedores que intentaron salir del subsuelo.

—¿La policía sabe algo más?

El párroco de Santa Ana niega con la cabeza y le dice al delegado que los agentes simplemente andan detrás de la agresión al sacristán. Que ha estado en la parroquia un policía de la Brigada de Patrimonio Histórico, pero que no se han interesado más sobre la cripta y la escalera inundada.

—Bien —dice el padre Adrián, asintiendo—. Le agradecería que me tuviera al corriente en todo momento. Habrá que tener los ojos bien abiertos.

◊ ◊ ◊

—¿A quién seguimos? —pregunta Víctor, pantalla en mano, asomándose por la puerta de Casa Robles.

Carlos Vidal duda un segundo, pero agarra el brazo de Víctor al ver el punto verde, quieto dentro del edificio, y las chicas en movimiento, alejándose por la estrechura de la calle Álvarez Quintero hasta desaparecer de su campo visual. Aprieta el teléfono móvil contra su oreja derecha y recita el nombre de la calle y el número:

—Necesito el nombre del propietario.

—No puedo facilitar esa información —le responden desde el teléfono.

—Solo comprueba si ahí vive Salvador Castro Ojeda.

—Un momento —le dice la voz del otro extremo de la conexión telefónica. Se escucha el golpeo de los dedos sobre el teclado de un ordenador y entonces la voz responde—: Está a nombre de una mujer. Es lo más que puedo decirte. ¿Qué hay en esa casa?

—Nada interesante que yo sepa.

—Pues el nombre que me mencionas tiene a su nombre otras propiedades, pero no en Sevilla. ¿A qué se dedica?

—Está jubilado.

—Aquí sí que hay información de dominio público. El tipo fue

catedrático de la Universidad de Sevilla. En Geografía e Historia. Tiene publicados varios libros sobre nuestra ciudad. El último de ellos, *Leyendas de una oscura Sevilla en su Siglo de Oro*.

—Interesante —le suelta Carlos.

—¿Ahora te interesa la historia en lugar del arte?

—Te debo una.

—Una más —recalca la voz antes de colgar.

◊ ◊ ◊

Tal y como le ha explicado Marta, en su curso intensivo de restauración y eliminación de óxido sin dañar el metal con ingredientes y materiales caseros, Guillermo frota con la patata pelada y luego con el cepillo de dientes, cuyas cerdas de fibras sintéticas han adquirido ya un tono marrón y parecen salidas de una de las minas de Riotinto. Hay que cambiar la mezcla de refresco de cola y vinagre de manzana para repetir todo el proceso. Les dijo, antes de irse a la biblioteca de Bellas Artes con Elena, que en una media hora se habría separado casi todo el óxido.

A simple vista parecería un sistema de lectura y escritura para ciegos, como el que ideó Braille a mediados del siglo XIX, pero, después del último enjuague, don Salvador tiene claro qué son esas muescas en relieve.

—Es el cilindro giratorio de una caja de música —asegura.

Pasando las yemas de sus dedos por los puntos salientes del cilindro, dice que de los dientes y púas salen las notas musicales de la melodía.

—Pero no tiene sentido. Los relojeros suizos ya habían fabricado cajas de música en el siglo XVI. Sevilla fue una ciudad muy avanzada, pero las cajas de música con cilindros —dice, pensativo, don Salvador — son de la época napoleónica.

Tomando el cilindro entre sus manos, Guillermo pregunta si se puede tratar de un código, ya sea en la sucesión de puntos o en la melodía que esconde.

—Lo que sí es cierto es que podían haber guardado el papel en cualquier otro sitio —plantea don Salvador—. Si lo hicieron aquí dentro debe ser por algún motivo.

La curiosidad de su sobrino se centra ahora en los salientes de uno de los extremos del cilindro, las L invertidas de distintos tamaños, como si fueran letras griegas gamma Γ en mayúsculas:

—¿Podrían ser para el rotor de la caja de música?

—No lo he visto en mi vida. —Se encoge de hombros su tío.

Nacho pregunta cómo podrían escuchar la melodía si, como parece, se trata de una caja de música y don Salvador niega con la cabeza:

—Imposible sin el peine.

El peine es una pieza de metal cortada con unas púas de distinta longitud que hacen los diferentes tonos de una escala musical. Les explica que sin esas púas metálicas de la debida longitud y golpeando las muescas en relieve del cilindro en el tiempo correcto resultaría imposible identificar cualquier tipo de melodía.

—¿Tiene una radio de antena? —pregunta Nacho.

—¿Un transistor? —cuestiona, con extrañeza, don Salvador—. Claro.

—¿Qué esperas —pregunta Guillermo—, que hablen en las noticias sobre el acto vandálico de la catedral?

—Tengo un presentimiento —responde Nacho.

◊ ◊ ◊

Para entrar en la biblioteca del Departamento de Escultura e Historia de las Artes Plásticas tienes que venir en un horario específico de apenas dos horas y media, entre el mediodía y las dos y media, lunes, miércoles o viernes. Por eso, Marta tiene que hablar con Isabel Portillo, jefa del departamento y tutora de su tesis doctoral sobre las técnicas de conservación y restauración en frescos y pinturas. La excusa sobre su consulta son los grabados al aguafuerte de un libro en el que también aparecen pinturas de Murillo, Valdés Leal y Matías de Arteaga.

—Pocos saben de la existencia de ese libro —dice Isabel, con tono engreído, cruzando el pasillo del departamento—. Apenas quedarán cuatro o cinco copias.

—Hemos visto una de ellas en la catedral —le explica Marta—. Pero está bajo llave, en las vitrinas del tesoro.

—¿Os han dejado entrar así en la catedral? —pregunta Isabel, refiriéndose a sus ropas de deporte. Sin esperar respuesta añade—: Pues sí que es un tesoro. La única joya literaria que cuenta uno de los momentos más grandes del Siglo de Oro sevillano: todo el arte pictórico, escultórico e incluso arquitectónico en torno a la canonización del rey san Fernando.

—Solo necesito hacerle fotos con el móvil a un par de páginas.

—Puedes usar el escáner y digitalizarlas —añade, señalando un ordenador en la entrada de una sala repleta de libros en sus estanterías.

—No creo que haga falta.

—Asegúrate de que todo se queda en el mismo sitio —le advierte Isabel, antes de marcharse y dejar a Marta con Elena en la sala, a solas.

El nombre del libro es tan largo que resulta más fácil localizarlo en

el ordenador mediante el autor, Fernando de la Torre Farfán. Marta teclea y lee: «Estantería 9, H Arte 394 TOR/Fie».

Al dar con el ejemplar de Farfán, nada más abrirlo, aparece el primero de los grabados, con un san Fernando coronado y en armadura sobre un orbe. Su espada, su Lobera, no está en su mano, sino clavada en el orbe que descansa a su vez sobre un pedestal en cuya leyenda se puede leer el título del libro: «Fiestas de la Santa Iglesia de Sevilla al Culto, nuevamente concedido al Señor Rei San Fernando III de Castilla i León. Año 1671». Sobre el orbe, un lema se retuerce: «VNVS NON SUFFICIT ORBIS». Debajo hay una imagen de la catedral y la Giralda de Sevilla, visualizada en la lejanía por los dioses Baco y Neptuno.

Con celeridad, Marta pasa las hojas del libro susurrando las letras y números que de vez en cuando aparecen en el centro del pie de página, hasta detenerse en la que pone «R3», en la página 201.

—¿Estás segura? —le pregunta Elena.

—Observa.

Los dedos de Marta se pasean por el margen derecho de la página, adornado con varios rombos, similares a los que ya han aparecido en el mármol de Santa Ana, en las columnas de Plus Ultra en el Ayuntamiento o en la espada Lobera del Postigo del Aceite. Saca su teléfono móvil y le hace una fotografía que envía a Guillermo por mensaje. Un símbolo que parece separar dos párrafos le sugiere algo distinto:

—El símbolo del infinito —propone Elena.

—O la letra C y un nueve —contribuye Marta.

—El nueve está al revés —corrige Elena—. Más bien un seis.

—También estaría al revés. Como la letra épsilon y el tres —se resigna Marta—. Aquí todo parece estar al revés. He visto este símbolo antes, en la placa de Santa Ana.

Luego empieza a pasar páginas, hacia delante y hacia atrás.

—¿Qué buscas? —pregunta Elena.

—Más símbolos.

◊ ◊ ◊

En la pantalla del teléfono móvil aparece la página 201 del libro, la del «R3» en el pie de página y rombos en el margen derecho junto a

un símbolo desconocido. En el centro hay un texto en cursiva que sobresale del resto y que lee Guillermo en alto: *«Del Oro a la Plata y donde ondeó el Pendón; doce, ocho y seis hasta donde su cuerpo murió, mas fue de un sueño que los ángeles te tallaron, hasta que don Remondo y el Rey en tu capilla te oraron, y con el paso de los siglos entre el agua se oirá que fuisteis concebida sin pecado original»*.

—La Inmaculada —advierte Nacho mientras le cambia las pilas oxidadas al transistor de don Salvador.

—Habla de la Virgen de los Reyes —afirma Guillermo.

—No me digas que hay que volver a la catedral… —suelta Nacho, ensimismado con la radio.

Guillermo narra que según la tradición el rey Fernando III tuvo una visión de la Virgen con el Niño en brazos y Ella le dijo que conquistaría Sevilla. Al despertar, le contó la visión a su capellán, al obispo don Remondo, y cuando finalmente conquistó la ciudad mandó esculpir una imagen de la Virgen que visionó, pero nadie consiguió reproducirla como él la tenía en su mente.

—Cuesta mucho entrar en la mente de los demás —apostilla don Salvador.

Su sobrino continúa explicando que un día se personaron en el Alcázar tres jóvenes escultores, peregrinos que habían cruzado Francia desde el país germano.

—Iban de ciudad en ciudad mostrando su maestría y, a la vez, se impregnaban del arte de los sitios por los que pasaban.

—Conozco esa leyenda —asiente su tío—. O que esa Virgen la donó Luis IX de Francia.

Al parecer, los tres jóvenes quisieron agradecer la hospitalidad del rey Fernando esculpiendo una Virgen para una de sus capillas.

—Una criada entró donde estaban estos jóvenes cantando plegarias, en medio de un enorme resplandor —cuenta Guillermo—. Se alarmó y fue a constárselo al rey, quien entró corriendo en la sala, pero los jóvenes habían desaparecido. Nadie los vio salir del Alcázar. Y allí, en el centro, sobre una mesa, estaba la Virgen que el rey había visto en sus sueños.

—Digamos que la leyenda es cierta —dice Nacho—. ¿Qué significa, que la siguiente moneda está con la Virgen de los Reyes? ¿En la Capilla Real?

—Lo importante es si creían en esa leyenda en 1671 —indica don Salvador.

Guillermo pensativo recita: «Del Oro a la Plata y a donde ondeó el Pendón…»

—Una vez conquistada Sevilla, el rey san Fernando entró por la Torre de la Plata —explica don Salvador— y el primer sitio donde ondeó el Pendón del Rey fue en la Torre de Abd al-Aziz.

Nacho pregunta qué es el pendón.

—¿Tú de qué país eres? —le pregunta don Salvador—. Como una bandera. Eran las insignias de los batallones, más largas que anchas.

—El Pendón del Rey y su espada Lobera —susurra Guillermo—. Todos los veintitrés de noviembre hay una procesión en la catedral —explica bajo la atenta mirada de Nacho y la sonrisa orgullosa de su tío —. El alcalde porta la Lobera y el concejal más joven lleva el pendón.

—Parece que no vamos por mal camino —admite don Salvador.

Nacho suelta el transistor sobre la mesa y lee en el teléfono de Guillermo:

—«Doce, ocho y seis hasta donde su cuerpo murió…».

Dubitativo, Guillermo le pregunta a su tío dónde se encontraba la Torre de Abd al-Aziz.

—Se encuentra en la avenida de la Constitución, esquina con el Archivo de Indias y la calle Santo Tomás. Aún sigue allí, incrustada en los edificios. Es una torre de base hexagonal…

—Seis —grita Guillermo—. La base de la Torre del Oro es un dodecágono.

—Y la Torre de la Plata es octogonal —añade don Salvador—. «Doce, ocho y seis hasta donde su cuerpo murió».

—¿Dónde está la Torre de la Plata? —pregunta Nacho.

Don Salvador frunce el entrecejo y sacude la cabeza:

—¿Tú de qué ciudad eres?

En voz alta, Guillermo se pregunta dónde murió san Fernando y, sin dudarlo, su tío le responde que en el Alcázar.

—Hay quien dice que fue en el convento de Santa Clara —añade Guillermo.

Don Salvador resopla:

—¿Quieres popularidad? Desentierra algo y reconstruye la historia. Esta ciudad da mucho juego.

—Ya veo —suelta Nacho, ampliando una parte del texto en la pantalla del móvil, y lee—: «…mas fue de un sueño que los ángeles te tallaron, hasta que Don Remondo y el Rey en tu capilla te oraron». Decidme que no se trata de la Capilla Real.

—No puede ser la Capilla Real —advierte Guillermo, chasqueando sus dedos—. San Fernando pidió ser enterrado a los pies de la Virgen de los Reyes, pero habla del lugar de su muerte y en la capilla que él rezó con vida.

Agarrando el móvil, don Salvador relee en voz baja. Guillermo levanta su mirada y advierte que el poema está marcando el camino por orden, casi en línea recta:

—«Doce, ocho y seis hasta donde su cuerpo murió» —enumera con sus dedos—: la Torre del Oro, de la Plata y de Abd al-Aziz. Y hasta el Alcázar, que es donde murió, y allí dentro tallaron la imagen y… —

Hace una pausa y añade—: Buscamos una capilla dentro del Alcázar. La capilla en la que rezaba san Fernando.

◊ ◊ ◊

En el móvil de Marta aparece el texto: «Nos vemos en la Puerta del León del Alcázar». Cierra el libro y lo devuelve a la estantería, aunque Elena le sujeta del brazo:

—¿Seguro que no lo necesitaremos de nuevo?

—Ya sabemos dónde está.

—Podríamos cogerlo prestado —sugiere Elena.

—¿Estás loca? ¿Quieres que me quede sin doctorado?

—Nadie lo echará en falta hasta el lunes.

—No se trata de un libro de préstamos. Es una obra restaurada —replica Marta—. Es como si te llevaras una pintura de un museo a tu casa durante el fin de semana. O la imagen de una hermandad. El Gran Poder o la Macarena.

—¿Y para qué iba yo a querer al Gran Poder o la Macarena en mi casa durante el fin de semana?

Marta se contiene y Elena le dice que era una simple sugerencia:

—Van a cerrar y no podremos consultarlo hasta el lunes.

Las manos de Marta depositan finalmente el libro y añade:

—Podré soportar la espera.

◊ ◊ ◊

En el escritorio de la biblioteca de don Salvador Castro hay una colección de libros abiertos cuyas imágenes a todo color muestran distintas partes del Alcázar de Sevilla: la Puerta del León, el Cuarto del Almirante, la Sala de la Justicia, el Patio de Montería, el palacio mudéjar de Pedro I con el Patio de las Doncellas y de las Muñecas, el Palacio Gótico y su Patio del Crucero, los jardines y el Patio de Banderas. Varios libros gráficos que resaltan al detalle cada rincón de estos palacios repletos de estilos: islámico, mudéjar, gótico, renacentista, barroco. Una mezcolanza afianzada sobre un antiguo asentamiento romano primero y visigodo después. El dedo de don Salvador señala una fotografía y le dice a su sobrino que, por su antigüedad, esa debió ser la primera capilla cristiana en el Alcázar, una vez que Axafat entregó las llaves de Sevilla a Fernando III y expulsaron a los musulmanes de la ciudad.

—Pues no perdamos más tiempo —le dice Guillermo a Nacho.

—Necesito ir al baño —advierte Nacho, transistor en mano.

—¿Con el transistor? —pregunta don Salvador entre risas.

Nacho deja caer sus hombros y concluye:

—Creo que nos están siguiendo.

19
Sevilla. Catedral de Santa María de la Sede

—Solo por la catedral pasan más de dos millones de visitantes a lo largo del año. Implantamos el nuevo plan integral de vigilancia y prevención hace unos nueve años —explica Lorenzo Campos, el director de seguridad de la catedral, a Santiago Reina y Concha Bautista, mientras recorren la nave interior más pegada al Patio de los Naranjos—. Hay mucho patrimonio que mantener a salvo, sobre todo en los almacenes.

Caminando por delante de la Capilla Real donde los fieles le rezan a la patrona de Sevilla, la Virgen de los Reyes, Santiago se santigua y le pregunta a Lorenzo por esos almacenes.

—Hay dos —explica Lorenzo—. Uno en la plaza del Cabildo, en el que se guardan tejidos y obras pictóricas, y otro mayor en el barrio de San Jerónimo, donde se almacena el paso de la Virgen de los Reyes y el antiguo Monumento Eucarístico, entre otras muchas cosas.

Acompañados de cerca por Francisco Marín, jefe de seguridad, Lorenzo explica que el control actual registra todas las incidencias: incluso cuando un canónigo tiene que utilizar una pieza valiosa para un culto ordinario, el vigilante anota su nombre, la fecha y hora y para qué liturgia se ha retirado.

—La mayoría de los grandes templos de este país han reforzado su seguridad a raíz del robo del códice de la catedral de Santiago de Compostela —advierte Lorenzo.

Dejando la capilla de San Pablo a la izquierda, Lorenzo aclara que se refiere al Códice Calixtino del siglo XII que se llevó un electricista de la catedral gallega y por lo que le han caído diez años de cárcel.

En la sala de seguridad, un guardia está en la mesa de control con tres monitores grandes, que a su vez se dividen en una docena de pequeñas ventanas rectangulares.

—Quiero ver por dónde se movieron en el interior —dice Santiago.

Y todas las ventanas de los tres monitores empiezan a retroceder rápidamente, con los feligreses alejándose de los altares andando de espaldas, con luces que se encienden y apagan rápidamente, destellos de visitantes que ahora están y ahora no.

—Trece horas y quince minutos —verifica el guardia de seguridad sentado a la mesa, quien aprieta un botón y las imágenes recobran su ritmo normal en las pantallas.

—Ahí tenemos el incidente —verifica en una de las imágenes Marín, el jefe de seguridad—. Exactamente a la una y cuarto.

—Romper una loseta de mármol requiere de tiempo y ruido —asegura Santiago y pregunta—: ¿Suenan campanas a esa hora?

—Los cuartos —corrobora Lorenzo.

—El problema del ruido es que llevan desde temprano trabajando en el Altar del Jubileo —justifica el jefe Marín—. No han parado de dar golpes para montar la dichosa estructura en toda la mañana.

—¿Quién es ese cura?

—Es un canónigo —le responde Francisco Marín a Santiago—: don Gabriel Campillo. Fue quien les abrió el altar del trascoro. Los dejó solos y…

—Necesito la mejor imagen que me pueda conseguir del chico que sube al púlpito y la chica que vigila en el otro extremo —solicita Reina. Se vuelve hacia la oficial Bautista y le pide que llame a Delitos Tecnológicos—: Habla con quien sea preciso y acelera el rastreo del móvil de Ignacio Aguilar por atentado contra el patrimonio histórico, cultural y artístico, con daño y hurto. Ínflalo si es necesario.

Impresa, Lorenzo le entrega una instantánea pixelada casi frontalmente de los dos jóvenes:

—La chica es imposible.

—Oficial —llama Santiago, fotografía en mano—, mándela a la central y que revisen las redes sociales de Ignacio hasta dar con su amiguito. Envíe la foto de estos dos a todos los museos, iglesias y monumentos con puntos de acceso de la ciudad.

Lo que el inspector Reina quiere saber ahora es de dónde vinieron y en qué lugares de la catedral estuvieron antes del trascoro, por lo que el guardia retrocede más tiempo en los monitores y Marín se pone a señalar la parte superior de la imagen dónde se indica a qué cámara corresponde: Capilla Real #1, Capilla Real #2, Tumba de Colón, Tesoro #1, Tesoro #2, Sacristía de los Cálices, Sacristía Mayor, Puerta del Perdón, Capilla Mayor #1, Capilla Mayor #2, Capilla Mayor #3, Coro, Órgano #1, Órgano #2, Acceso Giralda, Campanario Giralda, y así hasta completar todas las ventanas que muestran el pasado, la breve historia de esta catedral en algún momento de la última hora.

Los ojos de Santiago barren todos los vídeos de las tres pantallas y pide que busquen a un grupo de jóvenes en pantalones cortos. Apostilla:

—Creí que no dejaban entrar en la catedral con pantalón corto.

—Al parecer hoy se permite casi todo —responde Marín, desconcertado—. Con todo el jaleo que tenemos normalmente los sábados, le añadimos el follón de la coronación y que el ayuntamiento ha puesto la prueba de un juego aquí dentro.

El guardia en los controles retoma la reproducción a velocidad normal y puntea unos jóvenes en pantalón corto en la Capilla Real #2, frente a la urna de plata de san Fernando a los pies de la Virgen de los

Reyes.

—Son todas chicas —se resigna Marín.

Pero, entonces, señalando la Capilla Real #1, Santiago ordena con un grito:

—¡Congele la imagen!

Y el tiempo de todas las ventanas se detiene. La eternidad estática pixelada en barrido electrónico muestra fieles y turistas convertidos en estatuas.

El dedo de Santiago sigue señalando la misma ventana, a un señor sentado en uno de los últimos bancos de la Capilla Real:

—Es el Manco —susurra, acercando cada vez más y más sus ojos a la pantalla—. Carlos Vidal, el Manco.

—Yo le veo las dos manos —verifica el jefe de seguridad.

—Es un apodo —aclara, bajando la mano y alejándose del Carlos Vidal congelado de la pantalla—. Coleccionista de arte. O traficante, más bien. Cuando no consigue comprar lo que quiere, se encarga de que alguien lo haga desaparecer para él.

—¿Qué puede estar buscando ahí? —pregunta Lorenzo.

Los tacones de Concha presagian su entrada en la sala y, teléfono en mano, al percibir el silencio y ver las imágenes estáticas en la pantalla, pregunta si se ha perdido algo.

—Ignacio Aguilar y Carlos Vidal —responde Santiago—, en el mismo edificio y en el mismo momento.

◊ ◊ ◊

El transistor en la mano de Nacho se mueve de arriba abajo, todo alrededor de Guillermo, quien permanece en la biblioteca de su tío con los brazos en alto, como un crucificado con los ojos clavados en su compañero, a punto de asesinarlo.

—No he contestado a ninguna llamada y desconecté el teléfono en la catedral.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

—Para no asustaros. También quise creer que todo era casualidad.

Nacho le extiende el transistor a Guillermo y se pone en cruz:

—Pero ¿ver tres veces a la misma persona en distintos puntos de la ciudad? —plantea Nacho—. No creo en ese tipo de casualidades.

El aparato empieza a emitir sonidos repetitivos por encima del ruido estático entre dos emisoras de radio. Guillermo lo separa y lo vuelve a acercar al dorsal del pecho de Nacho para volver a escuchar el mismo sonido. Nacho mete una uña en una de las esquinas y tira de la pegatina de su dorsal 768. Pegado en el dorso se distingue algo metálico del tamaño de un grano de arroz. Vuelve a sonar igual cuando Guillermo le acerca y separa el transistor. Nadie se atreve a

abrir la boca.

—No pueden oírnos —confirma Nacho—. Es un localizador de rastreo.

—¿Son más de uno? —pregunta Guillermo.

—Carlos Vidal siempre va con alguno de sus ayudantes.

—¿Cómo sabes que no pueden oírnos?

—Es como un GPS —responde Nacho.

—Esto no se compra en grandes almacenes. —Con la lupa en su mano y las gafas en la punta de su nariz, don Salvador afirma—: Tiene pinta de ser tecnología militar.

Nacho le replica que hoy en día casi todo se pueden comprar por internet, por lo que Guillermo se altera:

—Pues explícame quién compra esto por internet para seguirte a ti. O mejor dicho, para seguirnos a todos nosotros.

—Ese tipo sabe que voy detrás de las monedas del Mestizo desde hace tiempo.

Don Salvador pregunta por ese tal Carlos Vidal y Nacho le dice que es un coleccionista de arte que de vez en cuando aparece por su tienda.

—Compra baratijas en el extranjero y, si no las coloca, yo las intento vender en mi tienda.

—¿Baratijas? —pregunta Guillermo.

—Bueno, compra casi de todo —expone Nacho, haciendo una bola con el dorsal—: cuadros, estatuas, lámparas antiguas, sellos, monedas.

—¿Monedas? —insiste Guillermo, irritado.

—Tal vez me lleve siguiendo más días —responde Nacho—. O haya estado escuchando mis llamadas. Ese tipo mueve mucho dinero y tiene muy buenos contactos, trabaja con profesionales.

Guillermo mira el dorsal hecho una bola con el transmisor dentro:

—¿Qué piensas hacer con eso? ¿Tirarlo a la basura?

—Estarán esperando a que se mueva —responde Nacho. Se asoma a una de las ventanas y añade—: Lo arrojamos en la primera papelera y le damos esquinazo.

Don Salvador Castro niega con su cabeza, llama a su esposa y coge la bola con el transmisor en su interior:

—Tenéis que ganar tiempo para despistarles. Nosotros nos encargamos de esto.

◊ ◊ ◊

—No se ha movido en todo ese tiempo —asegura Concha, fija en la imagen de Carlos Vidal, sentado al fondo de la Capilla Real—. Quizás esté rezando.

—Dudo mucho que alguien sin escrúpulos como el Manco sepa

rezar —le asegura Santiago.

Concha señala el Tesoro #1 y Santiago pide que devuelva el ritmo normal a las distintas ventanas.

—Ese es Ignacio Aguilar —verifica Santiago, apuntando con su dedo a uno de los dos jóvenes delante de la imagen de san Fernando de Pedro Roldán.

—¿Es lo que buscaba? —pregunta Lorenzo.

—Busco saber qué hacen aquí —expone Santiago—. Un coleccionista de antigüedades y un traficante de arte en el mismo sitio y a la vez... Piensa mal y acertarás.

Todos los ojos de la sala vigilan meticulosamente cada uno de los movimientos de Nacho dentro de la Sala del Tesoro, de una estatua a una vitrina, de un cuadro a una mesa. Los movimientos de Carlos Vidal son apenas perceptibles, continúa minuto tras minuto sentado en el mismo banco del final de la Capilla Real, sin inmutarse.

—¿A dónde han ido? —pregunta Santiago al ver salir de la sala al grupo de jóvenes, acompañados por un sacerdote.

—Ahí, frente al coro —advierte Marín, señalando la Capilla Mayor #3.

El dedo del jefe de seguridad salta de una a otra pantalla, con los jóvenes y canónigo llegando al trascoro, abriendo la barandilla, entrando en su interior. Con el dedo índice de su otra mano, el seguimiento de pantalla en pantalla es por Carlos Vidal, que ha abandonado la Capilla Real y camina, con parsimonia, por la nave norte, acompañado por otro tipo que no despega los ojos de una tableta.

—Esta parte ya la hemos visto —advierte Lorenzo, al marcharse el cura y dejar a los jóvenes solos en el altar del trascoro.

—Déjelo reproduciendo hasta que se vayan —le pide Santiago, tecleando en su teléfono—. Quiero ver por dónde salen. —Al teléfono, pregunta por el delegado del comité organizador de la *gymkhana* y, mientras espera, aprieta su móvil contra el pecho y le pide a la oficial Bautista que solicite en la central expediente y fotografías de Carlos Vidal—: No sé su segundo apellido. Estuvo implicado en el caso de las monedas romanas de Santiponce.

Y entonces el canónigo regresa, el grupo se marcha con prisa por el Patio de los Naranjos y Carlos Vidal con su acompañante se mueven más despacio, pero también salen al mismo patio. Santiago los sigue en los monitores hasta que la última cámara, en la Puerta del Perdón, les pierde a todos para siempre. Al teléfono, se presenta:

—Inspector Santiago Reina, Brigada de Patrimonio Histórico. Necesito los datos de uno de los grupos que participan en su juego, su ficha completa con todos sus nombres. Uno de sus componentes se llama Ignacio Aguilar. Dorsal: 768.

◊ ◊ ◊

Los árabes de Al-Ándalus mejoraron los sistemas de riego que ya habían traído los romanos a la península ibérica, lo cual ayudó mucho en el cultivo del arroz. También trajeron azafrán y lo plantaron en estas tierras durante la invasión musulmana. En las puertas de la cocina de Casa Robles, en la paellera de casi un metro de diámetro, además del arroz de las marismas sevillanas y el pimentón de La Vera de Cáceres, hay también aceite de oliva virgen de Jaén, sal de San Fernando, en Cádiz, tomates de Almería, cebollas ecológicas de Chipiona, ajos de Córdoba, pimientos de Granada y marisco de Huelva. El vino blanco es de Montilla y las rodajas de limones para el adorno son de Vélez-Málaga.

Dicen que la verdadera paella debería llevar caracoles, anguila y judías verdes.

La cigala que intenta pelar Víctor le deja los dedos grasientos y amarillos, a pesar de haberle dado antes un buen chupetón para quitarle los granos de arroz que tenía pegados. Con la boca llena de comida, dice:

—Nunca recuerdo cómo llaman los valencianos a la parte quemada del arroz.

—*Socarrat* —responde Carlos Vidal.

—Es la parte que más me gusta.

—Es cancerígeno. Y, además, no es típico de los valencianos.

Mientras devora la cigala, Víctor asiente como un borreguito escuchando a su jefe contarle una antigua leyenda hebrea que dice que quien note en su boca el crujir de la capa quemada del arroz poseerá el cuerno de la abundancia.

—Para los judíos, sin arroz no hay *sabbat* —añade Carlos—. Rascaban la parte quemada y se la ofrecían a sus invitados como gesto de hospitalidad.

—Se mueven, jefe —advierte Víctor, que se limpia la boca a toda prisa.

El cambio de temperatura se hace notar al salir del local, a pesar de que la estrechura de la calle Álvarez Quintero difícilmente deja entrar los rayos del sol a menos que se encuentre justo en la vertical.

—Espera —agarra Carlos a un distraído Víctor que andaba sin mirar a la calle, concentrado en su tableta.

En la casa por la que entraron los jóvenes, una señora mayor penetra en el zaguán y, al poco, suena la verja interior cerrarse.

—¿Quién es? —pregunta Víctor.

En silencio, Carlos Vidal aguarda en la esquina hasta que Víctor irrumpe en sus pensamientos diciéndole que el punto verde sigue sin moverse. En realidad, son ambos puntos, rojo y verde, los que están

ahora mismo quietos y parpadeando.

—Vamos —indica Carlos, echando a andar.

Echan un vistazo en la siguiente esquina y, al verificar que no hay nadie en la calle Chapineros, continúan caminando lentamente, pero Víctor insiste que el punto verde sigue quieto. Al alcanzar el final de la calle, se frena en seco:

—Se supone que están aquí.

—Aquí no hay nadie —advierte Carlos, mirando a todos los lados —. ¿Pueden haber entrado en otro edificio?

—Los puntos están demasiado solapados uno sobre el otro.

Carlos analiza el entorno. La mayoría de lo que rodea la intersección de calles son tiendas: ropa, telas, mercería, complementos, artículos religiosos. Apenas dos portales que permiten el acceso a las viviendas en las plantas superiores.

—No pueden haber desaparecido otra vez —se lamenta Vidal, que detiene sus movimientos circulares y clava sus ojos en un pequeño contenedor de la basura.

Tira de la tapa y observa que, a estas horas, tan solo hay una bolsa grisácea cerrada en el fondo del contenedor. Mete medio cuerpo para alcanzarla y estira el plástico hasta romperlo, con lo que esparce la basura por completo: restos de comida, botes de plástico, flores marchitas y una bola arrugada de papel pegajoso.

La gente que pasa cerca sacude con la mano el aire cerca de su nariz.

Con delicadeza, para no romper el papel, Carlos despega ligeramente el dorsal 768 hasta comprobar que, en su parte pringosa trasera, hay un diminuto dispositivo metálico. Lo extrae con su uña y se lo muestra a Víctor, quien deja caer sus hombros.

El Manco coge aire, analiza la situación, mira a Víctor, vuelve a hacer una bola con el dorsal y la arroja con fuerza dentro del contenedor.

◊ ◊ ◊

Cuando Nacho y Guillermo llegan a la Puerta del León, la entrada principal para acceder al Alcázar, se encuentran que Marta y Elena ya están allí, pero sin esperar en la inmensa cola que bordea el paño de muralla que llega a la altura de la blanca Inmaculada, presidiendo la plaza del Triunfo sobre una larga columna.

Los movimientos del dedo índice de Marta indican que no y luego su palma abierta quiere decir que se esperen allí.

Guillermo recupera su respiración y pregunta qué sucede.

—No podéis entrar —les advierte Marta, al llegar a su posición—. El guardia de seguridad, el de la derecha, tiene vuestras fotos.

—¿Nuestras fotos? —pregunta Guillermo, pero mirando a Nacho.

—¿Tienes el carnet de guía? —le pregunta Marta.

—Sí, claro —responde Guillermo.

—Entraremos por el Patio de Banderas. Por allí solo entra el personal autorizado y reservas de grupos con antelación.

Nacho les pide que se quiten los dorsales y las chicas preguntan por qué. Guillermo saca el carnet de guía de su cartera y concluye:

—Porque se acabó el juego.

Para entrar en la plaza del Patio de Banderas hay que cruzar un arco de piedra en la muralla bajo un escudo real. Rodeada por varias parejas de naranjos, la plaza rectangular de albero se impregna de un intenso olor a azahar al inicio de la primavera además de teñirse de un especial colorido. Los japoneses, cámara réflex en mano, buscan el ángulo exacto en el que la Giralda quede justo debajo del arco de entrada a la plaza. Una foto tan clásica como la que encuadra la torre de la ciudad en el pecho abierto de la estatua del torero Juan Belmonte en el Altozano, en Triana.

—Con naturalidad —pide Marta.

Guillermo levanta el carnet de cuando hizo las prácticas como guía turístico y la gran confluencia de turistas saliendo ayuda a que el guardia no les preste mucha atención. Sobre todo porque su máxima preocupación se focaliza en los tres carritos de bebé que taponan la salida de un grupo de unos sesenta chinos.

—Eran las fotos de vuestros perfiles de Instagram… —susurra Marta a Guillermo al pasar el apeadero y la tienda de recuerdos.

—Ya saben mi nombre —se lamenta Guillermo, matando a Nacho con la mirada—. Dime cómo salimos de esta.

—Adiós, Cancún —suelta Elena—. Bienvenido, calabozo.

—Tranquilos —intenta serenar Nacho—. La pena por vandalismo es una multa. Ya me encargaré de pagarla con mi parte de lo que valgan las monedas del Mestizo.

—No es un grafiti en un muro, Nacho —le increpa Guillermo—. No es una pintada en una estatua de mármol. Es el deterioro de algo insustituible. Los delitos contra el patrimonio histórico son de uno a tres años de cárcel.

Intentando relajar el ambiente, Elena pregunta:

—¿Ponen sushi en el Centro Penitenciario de Mujeres de Alcalá?

◊ ◊ ◊

La primera tienda de recuerdos que localizan está en la calle Hernando Colón, la que une la Puerta del Perdón del Patio de los Naranjos de la catedral con la plaza de la San Francisco, a la trasera del ayuntamiento. En la puerta, Carlos Vidal tiene que esquivar los dos

pies repletos de postales a treinta céntimos y de imanes para el frigorífico a tres por cinco euros. Tiene que agachar la cabeza para no chocar su sombrero con el traje de gitana rosa de lunares blanco para niñas de cuatro años, dejando a la izquierda una colección de delantales de cocina ilustrados con el traje de luces de un torero. Camisetas, gorras, bolsos, sombreros de ala ancha, llaveros, figuritas de toros y guitarras de serie.

En el interior de la tienda, Carlos Vidal tiene que apañárselas solo entre unos siete guiris y los jóvenes que están vistiendo de flamenca a uno de ellos en lo que parece ser una despedida de soltero. Está solo porque Víctor se ha quedado vigilando la casa de don Salvador Castro, pendiente de si alguien entra o, sobre todo, si sale.

—¿Me lo envuelve para regalo? —le pide Carlos a la dependienta, entregándole un libro de recetas sobre las típicas tapas sevillanas.

Ya en el zaguán de la casa palacio de don Salvador, el timbre suena con eco en el patio detrás de la cancela de la entrada, repleto de macetas.

—Buenas tardes —dice Matilde, al otro lado de la verja.

—Buenas tardes —le devuelve el saludo Vidal—. ¿Se encuentra don Salvador Castro en casa?

—¿De parte de quién?

—He comprado uno de sus libros para mi esposa y me gustaría que se lo dedicara —miente Carlos, agitando el libro de cocina envuelto en papel de regalo.

—Se encuentra indispuesto en estos momentos —dice Matilde, estirando el cuello para ver a Víctor, apoyado bajo el dintel de la puerta, en penumbra—. ¿Por qué no me dejan el libro y vienen a recogerlo más tarde?

—Me marcho de Sevilla dentro de poco. Perdone mi desconsideración, no me he presentado adecuadamente —dice Carlos, metiendo su mano derecha por la cancela—. Mi nombre es Lucas Sanabria, catedrático de Historia del Arte en la Universidad de Granada. Coincidí con don Salvador en un simposio aquí en Sevilla hace unos años.

Matilde duda, pero finalmente le estrecha la mano. El problema es que Carlos no agita la mano arriba y abajo, como suele ser habitual, sino que tira del brazo hasta estampar la cara de Matilde contra el hierro de la cancela. Víctor saca una afilada navaja automática, la acerca al cuello de Matilde y susurra:

—Una palabra y le pincho.

El siseo de Carlos Vidal es para que cesen los gemidos de Matilde por el dolor:

—No se queje tanto, señora. Le ofrecí la opción fácil. Ahora, abra la puerta.

◊ ◊ ◊

La presencia del deán de la catedral, don Cristóbal Padilla, y otros canónigos curiosos, junto a miembros de seguridad y de la policía, completan la zona del trascoro, ya acordonada para que ningún turista pueda alcanzar el altar con el objetivo de su cámara. Aparte, Lorenzo Campos pone al corriente a don Cristóbal, quien parece ya mucho más calmado, después de interrumpirle su aperitivo, seguramente bañado con una fría copa de fino de Sanlúcar y acompañado por dos o tres cigarros.

—El inspector Reina al cargo cree que en media hora habrán acabado los de la Científica —le expone Lorenzo—. Me ha pedido copia de los vídeos de seguridad.

—¿Estamos obligados?

Lorenzo asiente y pregunta si quiere tenerlos a favor o en contra.

—Quiero que se vayan de nuestra casa cuanto antes —le suelta don Cristóbal, tajante—. No solo ellos, todos. Menudo circo que hay aquí montado hoy.

La oficial Bautista presiona su teléfono móvil contra los pechos en su traje imitación a Armani y le dice al inspector Reina que el terminal de Ignacio Aguilar sigue apagado. Desconectado o fuera de cobertura.

—No hemos tenido un altercado como este desde que un niño zarandeó los cristales de las vitrinas del tesoro y saltaron todas las alarmas —dice Lorenzo, acercándose al inspector Reina—. Y de eso hace ya cuatro o cinco meses.

—Dígale a sus hombres que mantengan los ojos bien abiertos —le advierte Santiago—. Esos dos tipos juntos no son una combinación de fiar. —Luego se gira hacia su compañera—: Sigo esperando un número con el que rastrear a Carlos Vidal.

—Están en ello.

—¿Y el del otro chico?

—¿Guillermo Ojeda? —pregunta Concha Bautista. Al asentir el inspector Reina, añade—: Estoy esperando verificación.

—¿No tenéis modo de localizarlos por reconocimiento facial en las cámaras de la calle? —pregunta ilusamente Lorenzo.

Santiago Reina esboza una sonrisa:

—Esto es Sevilla. No somos la CIA.

20
Sevilla. Collación de Omnium Sanctorum

Domingo de Resurrección, 7 de abril de 1602

Con la resurrección viene la celebración y el fin del duelo por la muerte de nuestro Señor Jesucristo.

—Tenga buena Pascua de Resurrección, don Mateo —me dice alguien al pasar, sin que consiga identificarlo.

—Buena Pascua —le respondo, maldiciendo el ser reconocido aquí.

Sentado en este bodegón de la Collación de Omnium Sanctorum, apenas alcanzo a divisar una docena de maravedíes, una amalgama de castillos y leones en sus caras. Son las que caen de mi mano sobre la madera del tablón tras espulgar el fondo de mi bolsa. Me froto los ojos con el dorso de la mano e intento alcanzar con la vista a alguna de las mozas, hijas del tabernero: Rufina o Catalina.

La mayoría de los pícaros y rufianes que se reparten por las mesas de este tallón[15] hacen señas al bufiador[16] en una jerga que difícilmente entiendo.

Rasco el interior de los bolsillos de mis alares[17] y me enseño una moneda de plata, muy distinta a las que se alojan en la mesa.

—Eso es más propio del tal Mateo del que le hablaron a mis oídos —me dice el joven desconocido que se sienta en frente. Sus ropas no muestran buena alcurnia, ni su descuidado aspecto y aseo ayudan a disimularlo. Yo escondo la moneda de plata en el bolsillo, lejos de sus ojos.

—¿Cómo es que vos sabéis mi nombre?

—Me abastezco de buenas lenguas—me dice.

—¿Y cuál es su gracia?

El joven retira la parlota[18] de su cabeza y se acomoda, rascando con insistencia el lateral derecho de su cabellera.

—Comentan por el Compás que hizo buen ingenio para sorprender a una bella fulana…

Yo le interrumpo alegando que se debe estar equivocando de Mateo:

—Este Mateo que ven sus ojos ni frecuenta el Compás ni tiene en necesidad asombrar a fulana alguna. Más son labores eclesiásticas las que me ocupan la mayor parte del tiempo.

—Me consta por bueno lo que me cuentan mis soplones, don Mateo. Hágase saber que esta ciudad tiene tantos oídos como lenguas, aunque no le salgan las cuentas.

Su leve carcajada me indigna. Yo alcanzo el crucifijo de mi pecho y le digo:

—Solo ante Él rendiré cuentas de mis actos.

Se inclina sobre el tablón y, señalando los maravedíes, me suelta:

—Eso no llama la atención de doncellas, mas sí de fulanas. Pero sí que son de interés esas monedas de plata que cuentan que vuestra merced ha encontrado esta pasada cuaresma.

Permanezco en silencio, contemplando al desconocido y estudiando sus palabras. Reúno los maravedíes y los vuelco en mi bolsa antes de incorporarme.

—No puedo decir que haya sido un placer —le digo y añado—: Que tengáis, en el nombre del Señor, una buena Pascua de Resurrección.

El individuo me agarra del brazo derecho, pero yo me deshago con rabia de su sucia zarpa. Su mirada, desde abajo, es amenazante al susúrrame:

—Si me dice la clave, podrá quedarse con las monedas.

Le dejo con las palabras en los labios y atravieso la taberna luchando por no volver la vista para corroborar si me sigue. La puerta cruje y los rayos del sol, que ya caen sobre el arrabal, apenas dejan mucho más que sombras en esta calle Anchalaferia. Al alcanzar Laneros[19] cruzo de lado, mas mi intención no es otra que echar una ojeada hacia la plaza de la Feria y comprobar que el desconocido no anda tras mis pasos.

En cada latido de mi corazón, la sangre me bombea con fuerza pensamientos diversos. Palpo bajo mis ropas, en mis alares, las monedas de plata a buen recaudo, y me sigo preguntando qué lenguas hablan y qué cabezas conocen de su existencia. Pero, en verdad, lo que más inquieta a este arcediano es quién sabe que yo he dado con ellas.

Al pasar por el atrio de una casa cercana al convento de Regina Angelorum, siento que tiran de mi brazo izquierdo hacia dentro. Lo siguiente que percibo es una enorme punzada en la nariz y un duro golpe en mis entrañas que me debilita hasta acabar postrado en el suelo.

—Decidme la clave —me insta, desde arriba, la misma voz de la taberna, la del desconocido cuya silueta se forma en penumbra en este zaguán.

Yo me tiento la nariz en la oscuridad y le increpo:

—Desconozco cuál es esa clave que debo saber.

—Lo que no sabéis es con quién osáis en vuestro empeño de silencio.

Lo siguiente es una patada en el bajo vientre que antecede a otro par en el costado de otros dos hombres que no alcanzo a distinguir en este pórtico. Al poco, siento dos, tres y cuatro patadas más.

Toso lo que creo que debe ser sangre por su sabor, mientras unas manos se deslizan por mi talle y me desvalijan. Carezco de fuerzas para evitarlo.

Atisbo tres sombras y la voz del desconocido susurra:

—Tened por seguro que volveremos a vernos si averiguo que me mentís...

Yo sigo tosiendo y me palpo, pero ya no hay ni bolsa ni monedas.

Sevilla. Lunes de Pascua, 8 de abril de 1602

—Levántese y ande.

La voz proviene de una silueta enmarcada en la puerta. Escucho sus pasos y el cerrojo del ventanal que abre. La luz que entra me ciega, aunque adivino el perfil del padre Hernando de Mata, no mucho más allá de los destellos evangélicos que en mis pensamientos apuntaban a Lázaro en Betania. Al hermano de Marta.

El dolor del costado demora mis movimientos, por lo que el padre Mata me pregunta:

—¿También le golpearon las orejas y le han dejado sordo?

—Sordo y ciego, don Hernando —le respondo desde el catre, haciendo de visera con la mano sobre mi frente, sin poder ver nada más que una forma difusa.

—Su ayudante tenía razón —me expone—. Le han dejado como a un Cristo.

Me termino de incorporar, luchando contra los dolores, y le cuento que Cristo expiró entre ladrones y que ladrones fueron los que casi me hicieron expirar anoche.

—No podéis seguir así, Mateo —me advierte—. Tenéis prosperidad, buena ventura, inteligencia, pero la carne no será eterna. ¿En qué andáis mezclado ahora?

No puedo mentir al padre Hernando de Mata, a mi padre espiritual:

—Me temo que he fallado en la tarea que me encomendó.

El padre coge una silla, se sienta cerca y aguza sus oídos.

—He conseguido dar con doce de las trece monedas —confieso—. Las llevaba encima cuando me asaltaron anoche.

Deja caer su cabeza con resignación y hace una pausa extensa:

—Creí habérselo planteado con claridad. Sabía que con su ingenio y su talento daría con una o dos de las monedas. No estamos para descubrirlo sino para preservarlo.

—Estaban demasiado expuesta.

—Ahora no solo las monedas han sido expuestas, sino la propia congregación y nuestro secreto.

No tengo valor de contestar porque tiene razón.

Don Hernando de Mata es el cabeza de la Congregación de la Granada desde hace quince años y lleva los tres últimos intentando guiarme por buenos derroteros porque me quiere entre sus más cercanos, uno de los Seis del Particular Espíritu. Mete la mano en el interior de su ropaje y saca una moneda de plata, similar a las que me usurparon anoche.

—La última moneda corresponde custodiarla con la vida —me advierte—. Ahora tendremos que recuperar esas doce que le robaron y volver a ocultarlas con mayor ingenio.

—¿Nunca ha estado tentado de saber cuál secreto aguarda tras la última?

Su mirada basta como respuesta.

—Vestid vuestro alma —me dice don Hernando—. Aún quiere el Señor que expiéis si vos ponéis de vuestra parte.

Las gradas que rodean la catedral están tan repletas de mercaderes hoy, lunes de Pascua, que resulta imposible avistar las gruesas cadenas que unen las columnas, excepto en un tramo cercano a la puerta del Perdón donde cuatro niños se columpian con fuerza.

En todo el trayecto que don Hernando de Mata me hace seguirle, casi con la lengua fuera por la celeridad de su caminar, apenas me dirige un par de quejosos comentarios acerca de la suciedad de las calles colindantes a la Santa Iglesia Catedral y el creciente aumento de comerciantes tras la llegada de la última flota de las Indias.

—¿Para qué ser una de las más importantes capitales de Europa si no cesa el hambre y la miseria por todos lados?

Yo no replico mientras me cuestiono por el lugar al que me conduce el padre Mata y que no ha tenido a bien desvelarme. Esquivamos tenderetes y animales enjaulados entre fruslerías[20] y sacos llenos de granos.

—¿Qué andáis buscando fuera de vuestra plaza, padre? —pregunta una gitana, sacudiendo los harapos que cuelgan de su cintura, sin dejar de masticar algo entre sus podridos dientes.

—Busco al capataz don Ramiro —le responde Mata, buscando en derredor.

—A estas horas ya no verá por aquí a ese rascamulas, padre—le responde, escupiendo sobre el fango de la calzada—. Baje por Botineros y antes de la muralla debe estar ese canalla. Allá por Cadahorco[21]andará. Seguro que un poco de vos no le viene mal a su alma.

No hay floreador[22], ni fullero que entre en la ciudad sin presentarse

al capataz don Ramiro. Incluso antes de honrar a la Virgen de los Reyes con un avemaría, tienen que rendir pleitesía ante ese repelente y adiposo rastrero. Y allá por la mitad de la calle de la Mar, y que otros conocen como Botineros, nos topamos con él.

—Apremien unos tajos[23] para el padre y su acompañante—ordena don Ramiro a los hombres que le rodean al vernos llegar—. Dios nos visita en su día de Gloria.

El padre Mata se vuelve y me susurra que tengo que cambiar de atuendos.

—No tardaremos mucho, don Ramiro —le dice don Hernando. Me echa una mirada y añade—: Me ha dado la impresión de que no conoce a don Mateo.

Asintiendo, don Ramiro no le deja continuar:

—Don Mateo Vázquez de Leca—dice estrechando su robusta mano con la mía—. ¿A qué debo tan honrosa visita?

—Iré al grano. Ayer, a la caída del sol, don Mateo fue asaltado y robado allá por Omnium Sanctorum.

—¿En Domingo de Resurrección? —suelta don Ramiro, santiguándose—. ¿Está usted bien, señor arcediano?

—Algo magullado en las costillas —digo sin extenderme en detalles.

—¿Fue mucho lo robado si no está mal preguntar?

Don Hernando se apresura a puntualizar:

—Una bolsa con monedas. —El capataz asiente y don Hernando añade—: Mas no son de don Mateo sino del Cabildo.

—Cuan dilema, mi Señor. Cuan dilema —suspira don Ramiro.

Don Hernando no abre su boca y observa, al igual que yo, cómo el capataz se alisa el engrasado y sucio cabello negro hacia atrás con ambas manos y pasea su diestra sobre la espesa y desarreglada barba.

—Niño —le grita don Ramiro a un muchacho de apenas doce años que se planta presto a su lado—. Averigua quienes no respetaron la Resurrección de Nuestro Señor en la tarde de ayer por Omnium Sanctorum.

El muchacho entra en la vivienda justo a la espalda de don Ramiro.

—¿Quieren algo de beber?

—Muchas gracias, pero nos apremia volver pronto—le replica don Hernando.

El muchacho sale de la casa y murmura algo al oído del capataz, soltando mi pequeña bolsa de cuero en su enorme mano.

—¿Es esto lo que perdió anoche? —pregunta don Ramiro, lanzando la bolsa en mi dirección.

Perder es un término muy relativo, me digo, conforme vuelco discretamente el contenido sobre la palma de mi mano. Levanto la mirada hacia don Hernando primero y luego hacia don Ramiro:

—Faltan dos.

—Cuente bien, arcediano. Sabiendo que es de vos, esta honrada casa no se queda ni con las dos de su quintal.

Al igual que el rey, el capataz y jefe que controla toda actividad delictiva de esta ciudad tiene su propio veinte por ciento. Tras un segundo recuento, le digo que eran doce monedas y que en la bolsa solo hay diez.

—¿Está seguro de lo que dice, don Mateo?

—Tanto como que el Cristo ha resucitado.

—Lo que me está diciendo —se inclina el capataz en mi dirección y añade— es que también me han robado a mí.

—Si la mentira lleva al robo —le reafirmo—, así parece, don Ramiro.

Tras un incómodo silencio, los pulmones del capataz se llenan con fuerza antes de golpear la pared con su espalda. Y entonces, la boca oculta tras su barba suelta:

—Niño, vete corriendo al muelle del Arenal en busca de Lucas y dile que más le vale que aparezcan las dos monedas que faltan antes de que suenen las campanas dando las doce.

◊ ◊ ◊

No puedo seguir así.

La lista en mi cabeza es bien larga, desde antes que encontrara el pasaje para entrar y salir de las murallas Sevilla. Podría ser Teresa, la moza del bodegón de Triana, o Caterina, la hija de don Carlos de Albenca. Quizás fuera Dominga, Antonia o esa joven de san Julián que nunca recuerdo su nombre y que un día me cuesta un disgusto. Tal vez me solté la lengua cuando apuré con Isabela el buen vino que me regaló la Condesa de Gelves. O Bernardina, con su inocencia y desparpajo. Aunque me inclino por Claudia, a quién mostré las capillas de nuestra catedral con un juego de acertijos con los que terminé descubriendo la moneda del facistol[24] del coro, obra del fundidor Bartolomé Morel y del escultor Juan Bautista Vázquez «el Viejo», ambos reputados y conocidos miembros de la Congregación de la Granada.

En eso tiene mucha razón el padre Mata, no puedo seguir así.

A buen seguro que Claudia me vio lijar la pista tallada en los bordes inferiores del facistol, después de memorizarla. Seguro que fue ella quien le habló de las monedas y las pistas al desconocido. Seguro que se me escapó la palabra tesoro.

—Soy un bocazas —me susurro.

Mis juegos ponen en riesgo a la congregación y debo pensar más en un futuro prometedor que en un efímero presente que al poco

transcurre se desvanece.

Aún las campanas no han repicado para dar las once cuando me dan aviso de alguien que me anda buscando por las gradas del norte. Borro mis pensamientos, pero mi cuerpo dolorido se paraliza y se estremece. Al ver al desconocido de anoche, una venda cubre parte de su cabeza bajo la parlota, tapando su ojo derecho. Coge mi mano derecha y deposita en ella las dos monedas de plata que faltaban:

—Esto es suyo y lamento mucho lo sucedido.

Oculto las dos monedas lejos de mirones que revolotean por las gradas de la catedral.

—Si quiere poner denuncia por los golpes —me expone, con el sombrero en sus manos—, le acompañaré a donde se mueven esos corchetes. Mi nombre es Lucas del Pozo y no sabía don Mateo…

—Quedará borrado el incidente —le interrumpo— si vos olvidáis estas monedas, pues no me pertenecen a mí sino a gente de Iglesia.

Asiente y yo le pregunto por la venda:

—Quien burla al burlador —me explica—, digamos que no es cierto que tenga cien días de perdón.

Octava de Pascua. Martes, 9 de abril de 1602.

Gran parte del motivo por el que don Fernando de Valdés y Salas, quien fuera arzobispo de Sevilla e inquisidor general, mandara rodear nuestra catedral con esas enormes cadenas hace ya casi cuarenta años se debe a los comerciantes. Estaban tan apelotonados en las gradas que cuando llovía se metían en este Patio de los Naranjos con carros y caballos para refugiarse. Y ahí dentro continuaban con sus trueques, incluso montados a caballo. A decir verdad, me hace recordad a Nuestro Señor expulsando a los mercaderes del Templo de Jerusalén.

En el púlpito de un par de varas de altura, en el lado este del patio, el padre Hernando de Mata pregona que el Mesías tenía que venir para así entrar en Su gloria.

—¿Por qué lloras, mujer? —grita don Hernando desde lo alto del púlpito, con sus brazos extendidos—. No lloréis más por mí, pues he resucitado.

Por lo que sé, primero fue el seglar Gómez Camacho, a quien le siguió el padre Rodrigo Álvarez de la Compañía de Jesús. Ahora, y desde hace tres lustros, el licenciado Hernando de Mata es el *cabeza* de la Congregación de la Granada. Al cabeza de la congregación le siguen los Seis del Particular Espíritu, que son nombrados por él. Los demás congregados reciben el nombre de *comunes,* dirigidos espiritualmente

por el cabeza.

El cerrajero Gómez Camacho, de Cumbres Altas, fundó la congregación allá por 1541, primero en Jerez y luego en Lebrija, en torno a un convento de hermanas concepcionistas. Todo arrancó como una nueva religión, la de los Santos Crucíferos, con un líder visionario y profético. Al morir, doce años más tarde, el lebrijano Rodrigo Álvarez se convirtió en el cabeza, conocido por ser el jesuita confesor de Teresa de Ávila en Sevilla. Al poco los congregados se extendieron por toda la ciudad hispalense. Pero el nombre, Congregación de la Granada, no se toma hasta que le sucede Hernando de Mata como el cabeza y este sermonea desde el púlpito del Patio de los Naranjos, junto a la capilla de la Virgen de la Granada. Como hoy.

Lo que más intrigaba a los miembros comunes al entrar en la congregación era el secreto que se comentaba que el cabeza era guardián y custodio y del que, a partir de Rodrigo Álvarez, también eran partícipes un grupo selecto de seis elegidos: los Seis del Particular Espíritu.

Hoy, la dispersión de los fieles cuando don Hernando se baja del púlpito es fulminante debido a que empiezan a precipitarse goterones desde los nubarrones que cubren la Giralda. En abril y en Sevilla, pequeños goterones significan una inminente manta de lluvia en breve.

Tras el púlpito, frente a la Virgen de la Granada y a escasos pasos de la Puerta del Lagarto, don Hernando termina de saludar a la Marquesa de Llerena que, acompañada de su criado, se refugia de la lluvia en este pórtico del patio. Luego agarra con fuerza mi brazo y tira de mí hacia el interior del templo.

—No sabéis el peligro que corréis… —me susurra.

—No acierto a adivinar el motivo.

Con la palma de su mano golpea la parte baja de mi bolsa y hace sonar las monedas. Cuando observa que no hay nadie cerca, se detiene y me advierte que seguro que tengo a varios avispones de don Ramiro echándome el ojo.

—¿Avispones?

—Olfatean durante el día a quién robar por la noche —me aclara.

—No entiendo por qué nos iban a dar las monedas ayer para robárnosla hoy.

El padre Hernando respira hondo:

—Lo primero es el clero. Nunca te enfrentes a él. Por eso don Ramiro nos recibió con tanta amabilidad. Lo segundo es que dudo que solo vayan detrás de esas monedas. Por eso debe apresurarse a esconderla de nuevo y de manera conveniente.

—He pensado que una de nuestras fuentes de inspiración es quien fue Pura y Limpia… —le susurro—. *Sine Labe Concepta*.

—Nunca le he preguntado dónde estaban las monedas aunque me matase la curiosidad —me dice el padre Mata—. Guárdese sus ideas. Estoy seguro de que su ingenio será capaz de llevar a buen puerto nuestro cometido. Pero, como nos refleja el evangelio de san Mateo, habrá momentos en los que la mano izquierda no deba conocer lo que hace la derecha.

Escucho con atención que me nombra a pintores como Francisco Pacheco y Vasco Pereira y escultores como Juan Martínez Montañés y Juan Bautista el Viejo.

—Aunque el Viejo ya murió —puntualiza—, los demás siguen vivos y en auge.

Asiento y me sugiere que hable con ellos, que debo conocer con mayor profundidad el arte de la ciudad. Seguidamente, cambia de tema para reiterar en lo que parece haberse convertido en el pan nuestro de cada día:

—No me gustó oír de boca de otros canónigos que vos sois gente de barrio[25].

—¿Quién osa juzgarme de esa manera en este cabildo? —pregunto.

—Cuentan que en Triana se celebra muy bien el Carnaval.

Mi reacción no es inmediata y mi pausa excesiva.

—La eterna lucha entre don Carnal y doña Cuaresma —añade el padre Mata.

Y como no sé qué decir, como don Hernando sabe que no tengo nada más que alegar, recibo una palmada en mi brazo izquierdo y me expone:

—Ahora toca celebrar la Pascua. Y aproveche todos los recursos que tiene a su alcance. La semana próxima enlosan el suelo del trascoro.

---

15 Bodegón, en la jerga de la germanía.
16 Tabernero, en la jerga de la germanía.
17 Pantalones.
18 Gorra en paño de lana y forrada en lino caída sobre uno de sus lados.
19 Laneros: tramo de la calle Feria entre San Juan de la Palma y Omnium Sanctorum
20 Cosas de poco valor o entidad.
21 Calle Jimios.
22 Ladrón.
23 Taburete bajo de madera de tres patas.
24 Atril grande, normalmente de cuatro caras, donde se ponen los libros de canto o lecturas litúrgicas.
25 Gente de barrio: hijos ociosos de buena familia que gustan andar con mujeres de la calle.

21
Sevilla. Reales Alcázares

—Esa parte fue el Palacio Islámico, la más antigua —señala Guillermo en dirección a la catedral. En el centro del Patio del Crucero del Alcázar, hace un giro circular sobre sí mismo y añade—: Ahí está el Palacio Gótico, que lo mandó levantar Alfonso X el Sabio, hijo de san Fernando.

A su derecha, dice que está el palacio del rey don Pedro, quien ordenó su construcción:

—Su estilo mudéjar hace creer a la gente que es la parte más antigua del Alcázar, pero no lo es. Pedro I fue tataranieto de Alfonso X, por lo que…

—Por lo que… —repite Nacho impaciente.

—Por lo que haz las cuentas —dice Guillermo girándose—. La capilla en la que rezó san Fernando en vida solo pudo estar en esa zona: la islámica.

En realidad el Alcázar de Sevilla no es un palacio sino un conjunto de palacios rodeados por una muralla que han visto los múltiples cambios de una ciudad desde principios del siglo VIII hasta nuestros días. De unas manos a otras, de unas religiones a otras, de unos reyes a otros.

Según Guillermo y el pequeño plano del lugar, la Virgen de los Mareantes o de los Navegantes que se encuentra en el Cuarto del Almirante fue la más venerada cuando la conquista de América, y que bajo el manto de la Virgen aparecen Cristóbal Colón, Juan Díaz de Solís, Américo Vespucio, Vicente Yáñez Pinzón y Juan de la Cosa entre otros. Que cuentan que el propio Hernán Cortés rezó ante este retablo y fue agregado al mismo por el autor, Alejo Fernández. Añade:

—Pero es del siglo XVI y el poema habla de los años de san Fernando.

También está el Oratorio de los Reyes Católicos, con un retablo cerámico de Niculoso Pisano, aunque tampoco es de la época.

—Solo nos queda una capilla y una Virgen —advierte Guillermo—, pero está en el Palacio Gótico.

No hay bancos donde sentarse ni reclinatorios delante de un frontal, inserto en el retablo, tallado en madera dorada con un gran conjunto de espejitos en sus huecos que recuerdan a la canastilla del Cristo de la coronación de Espinas de la Hermandad del Valle. En el centro lo que pudo ser en su tiempo un sagrario y encima la pintura de una Virgen con el Niño en su brazo izquierdo y una rosa en su

mano derecha. A sendos lados del retablo hay dos pilas bautismales, y en las paredes laterales cuelgan pinturas religiosas, que por su colorido parecen que acaban de ser restauradas. Todo el altar, frontal, retablo, sagrario, pintura y pilas bautismales se encuentran en un escalón de unos diez centímetros por encima del resto del mármol de la capilla y acordonado para que nadie pase más allá del borde de esta elevación. Esta capilla fue dedicada a san Clemente por el rey Alfonso X, aunque el retablo y la Virgen de la Antigua son posteriores, como dice Guillermo.

—Pero esta es una copia de la Virgen de la Antigua de la catedral —expone Marta, mostrando en alto una imagen original de la Virgen de la Antigua de la catedral, junto a la copia de la pintura de esta capilla del Palacio Gótico.

—¿Qué pone en la diadema? —pregunta Elena.

Y los ojos de unos y otros van de la Virgen de la Antigua del Alcázar a la de la catedral. Guillermo se aproxima todo lo que puede al cordón del altar de la capilla, aguza la vista y lee: «AVE MARÍA GRATIA PLENA». Marta ratifica lo que los demás han visto: el texto está presente en la diadema de la Virgen del Alcázar pero no en la de la catedral.

Nacho le pide el móvil a Marta, activa la cámara, pasa sus piernas por encima del cordón y accede a los pies de la imagen.

—Y ahora seguro que nos echan del Alcázar —suelta Elena.

Nacho eleva su teléfono móvil y tira varias fotos.

—Disculpe —dice un guardia, al fondo de la capilla—. ¿No ha visto el cordón?

Haciendo *zoom* sobre la diadema, Nacho tira su última foto, ignorando la llamada de atención, y se sale de la zona acordonada.

El guardia alcanza su posición y le increpa:

—¿Aparte de ciego es usted sordo?

◊ ◊ ◊

—La violencia no es mi estilo —le dice Carlos Vidal a don Salvador—. Pero he de confesar que, en la mayoría de las ocasiones, resulta un recurso muy práctico para ahorrar tiempo.

En la mesa del escritorio, aún en papel de regalo, yace el libro de recetas sobre las típicas tapas sevillanas.

—Llévense lo que quieran —dice don Salvador, sentado en su sillón, presionando un pañuelo ensangrentado sobre el lateral derecho de su frente.

Aterrada, Matilde está en el sofá triplaza mientras Víctor permanece de pie, de espalda al ventanal, con sus manos cruzadas por delante. Entre don Salvador y él se encuentra sentado, en una silla

estilo renacentista, Carlos Vidal, el Manco. Sus piernas entrecruzadas y su espalda recostada muestran su total calma y sosiego.

—Tiene ciertamente obras muy suculentas —le confiesa Carlos Vidal—. Pero no es lo que me trae de visita. No soy un ladrón. —Esboza una sonrisa y añade—: No he podido resistirme al ver esa colección del pasillo: Un Joaquín Sorolla, un Gonzalo Salvá y un Fernando Calderón.

—Son copias —balbucea don Salvador.

—No me mienta. Me insulta si cree que no sé diferenciar una imitación de un original. Lo que me sorprende es que estén en un simple pasillo. Me pregunto con qué me sorprenderá en el salón principal. ¿Un Delacroix?

Don Salvador comprueba la sangre en el pañuelo.

—No se queje tanto —le dice Vidal—. Apenas tiene un rasguño.

El silencio de don Salvador se reúne en el centro de la biblioteca con el de Carlos Vidal quien respira hondo y termina rompiéndolo:

—¿Usted no sabe quién soy?

El catedrático emérito se refriega el pañuelo por la frente y niega con la cabeza.

—Soy un nostálgico. Un enamorado de la historia. La diferencia entre nosotros es que usted se ha tirado la mayor parte de su vida estudiándola, analizándola, enseñándola, y yo quiero formar parte de ella.

—¿Qué quiere?

—Esos jóvenes que han venido a su casa…

—Son estudiantes.

—Usted está jubilado. ¿Qué hacen unos estudiantes en su casa un sábado?

—Necesitaban unos libros.

—No vuelva a mentirme, no lo intente, ya que lo siguiente que le preguntaré es por qué han venido a su casa dos veces y por qué los acompañó esta mañana hasta el ayuntamiento.

Don Salvador se contiene, examinando cada músculo del rostro que tiene en frente. Carlos Vidal, sin mover más que sus labios, simplemente dice:

—Víctor.

Y Víctor saca una pistola de la parte trasera de su cintura y empieza a enroscar un silenciador en su boca.

Los ojos de don Salvador parecen a punto de salirse de sus cuencos y Matilde suelta un suspiro, con sus manos en la boca:

—Pero ¿qué piensan hacer? —pregunta el catedrático.

—Si quiere seguimos fingiendo que esos *estudiantes* no le han enseñado una moneda...

—Un momento —dice con la mano del pañuelo ensangrentado en

alto—. Sí que me han enseñado una moneda.

El Manco le escucha atentamente y asiente mientras don Salvador continúa:

—Querían saber de qué época era. Estuvimos buscándola en unos libros…

—Sé de qué época es —le interrumpe Carlos Vidal.

—Querían saber su valor actual. Por cuánto podían venderla.

Carlos Vidal sonríe:

—Vuelve a mentirme.

Víctor se coloca detrás de Matilde, le tapa su boca con la mano izquierda y presiona el silenciador en su sien derecha. Don Salvador se queda bloqueado, observando a su esposa con una pistola apuntando a su cabeza. Carlos Vidal apenas se inmuta cuando pregunta:

—¿Cuántas monedas tienen ya? ¿Dos? ¿Tres?

Sin desviar los ojos de su esposa, don Salvador verifica que han dado con tres monedas.

—Los libros sobre su mesa son del Alcázar. ¿Allí está la siguiente?

—Eso parece.

—¿Dónde?

—En una de las capillas.

—¿Alguna en particular?

—La más antigua —dice la voz temblorosa de don Salvador.

—¿Lo ve? No era tan difícil. —Tuerce levemente su cabeza y añade —: Víctor, llama al equipo.

La respiración acelerada de los tíos de Guillermo se incrementa cuando Víctor susurra en el oído de Matilde:

—Ahora silencio, señora.

Y entonces le libera la boca y aparta el cañón de su cabeza.

—Se lo he dicho, profesor —le expone Carlos Vidal—. La violencia no es mi estilo. Pero no soporto que me mientan.

◊ ◊ ◊

—Tienes la imperiosa necesidad de llamar continuamente la atención —le recrimina Guillermo a Nacho, saliendo de la capilla del Palacio Gótico de los Reales Alcázares, dejando atrás la copia de la Virgen de la Antigua.

A la Sala de Bóvedas por la que discurren también se le conoce con el nombre de Sala de Fiestas. Queda patente que los azulejos que la embellecen son de la época de Felipe II, hijo del emperador Carlos V, cuando Elena les pide que se detengan y vean los símbolos con columnas y Plus Ultra que se repiten en los frisos con figuras masculinas, aves, escudos de Aragón y alegorías que aluden a la mitología clásica.

—Parece ser que vamos por buen camino —asegura Nacho.

Pero Guillermo ni le contesta y cruza la sala hasta salir al corredor que da al Jardín de la Danza, buscando menos turistas alrededor para poder hablar.

—No te detengas —le pide Nacho, levantando el mentón hacia unas semiesferas azules en los extremos del Jardín de Troya o de las Infantas.

—¿Ahora te preocupan las cámaras de seguridad? —le pregunta Guillermo, andando en paralelo, junto a Nacho y Marta.

Elena, un metro por detrás, cruza el Estanque de Mercurio y observa a niños pequeños echando trozos de comida a las carpas que prácticamente se matan por una migaja de pan. Pero entonces grita «¡Marta!», tan alto que consigue que sus compañeros se frenen y que se vuelvan media docena de alemanes que fotografiaban la Galería del Grutesco que da al fondo a la fuente. Señalando la imagen del estanque, Elena suelta:

—Mercurio.

—Cierto —admite Marta. Y hace memoria—: La diseñó Diego de Pesquera y la fundió Bartolomé Morel. Igual que la estatua que está junto al ayuntamiento, en la plaza de San Francisco.

—Los nombres se repiten —añade Nacho.

Los nombres, los escudos, los lemas, textos como «AVE MARÍA» ahora acompañado de «GRATIA PLENA», todo se precipita en la cabeza de Guillermo, que rodea el Estanque de Mercurio ensimismado hasta que una melodía le despierta de sus pensamientos:

—¿Escucháis eso?

Y sin esperar respuesta echa a correr escaleras abajo. Cruza el primer tramo del Jardín de la Danza, dejando los Baños de María Padilla a la derecha, hasta que entra en el Jardín de la Dama, seguido de cerca por Nacho y las dos chicas. En la continuación del muro que compone la Galería del Grutesco de este jardín se incrusta una fuente en tonos albero y salmón coronada por querubines. El más alto de todos ellos entona una trompeta. Los chorros de agua saltan de la piedra que rodea la fuente entre finas y largas hierbas.

Nadie interrumpe a Guillermo tras frenarse en seco frente a la Fuente de la Fama y colocar el dedo índice en vertical a sus labios para poder escuchar la música que sale del interior de tanta piedra y agua.

Los acordes del órgano barroco resuenan en los oídos de un Guillermo sumergido en otro mundo. Por eso Nacho, sin molestarle, se acerca a la derecha de la fuente, donde una puerta metálica tiene una serie de agujeros perforados que permiten visualizar el interior. Tal y como lee Marta, en el panel que explica el lugar, se trata de un órgano de agua único en España y del que solo existen tres en el mundo. Y la

música suena, la que tiene a Guillermo con los ojos cerrados y a Nacho con un ojo pegado a un orificio viendo girar un cilindro metálico de casi dos metros de largo por uno de diámetro. Como si de una magna caja de música se tratara, emitiendo sus sonidos por los tubos verticales que sobresalen por encima de la fatigosa rotación del cilindro. Sonidos que conforman una barroca melodía. La melodía que hace que los labios de Guillermo se separen y pronuncien:

—Todo el mundo en general.

◊ ◊ ◊

Para mantener esos músculos, además de una dieta equilibrada, hace falta un complemento proteínico y un castigo diario de abstinencia alimenticia y ejercicio. Los tres varones musculosos del equipo de Carlos Vidal, que han llegado en un abrir y cerrar de ojos, embalan en plástico de burbujas uno de los cuadros que hasta hace un par de minutos colgaba de una de las paredes del salón principal.

—No es más que un ladrón —le dice don Salvador a Carlos Vidal, quien le acaba de advertir a uno de sus hombres que tenga cuidado con el marco, que es tan valioso como el lienzo.

—Se equivoca, profesor —le replica Carlos Vidal—. Lo tomo en préstamo.

—Yo no se lo he prestado. Hay cuadros ahí que…

—Sé lo que valen sus cuadros —le interrumpe Vidal—. Se habrá fijado que sé distinguir unos de otros. No insulte a mi inteligencia.

—Esa frase no es suya.

—Quizás el cuadro tampoco deba pertenecerle, por eso lo tomo prestado.

—Un préstamo requiere de mi permiso y yo…

—Pongámosle otro nombre: un seguro. Ustedes me consiguen mis monedas y yo le devuelvo el cuadro. Y su apacible vida de jubilado.

—No son sus monedas. El patrimonio histórico no le pertenece.

—Eso es muy relativo, profesor —le recalca Carlos Vidal, mirando el cuadro embalado en plástico de burbujas—. Usted es historiador y sabe, tan bien como yo, que hay objetos históricos que no deberían ser hereditarios.

Don Salvador le increpa que eso no le da derecho a apropiarse de lo ajeno.

—No entremos en retórica. Usted me va a ayudar a conseguir esas monedas y ya decidiré yo qué hacer con ellas.

El catedrático ni se digna a contestar, pero el silencio lo rompe un tono de móvil que empieza a sonar.

La cabeza de Carlos Vidal se mueve de un lado a otro, indicándole a don Salvador que no coja la llamada. Extiende su mano y le dice que

lo mejor será no caer en tentaciones.

—¿Quién es Guillermo Ojeda? —pregunta Vidal, ya con el móvil en su mano.

—De la Universidad.

—Su segundo apellido es Ojeda. El ilustre catedrático Salvador Castro Ojeda, ¿me equivoco?

—Ilustre no es el tratamiento para un catedrático —responde don Salvador, intentando desviar la atención de Carlos Vidal, pero no le da tiempo a pensar en cómo distraerle porque empieza a sonar el teléfono fijo. Como el Manco no quiere intromisiones, el teléfono suena y suena y suena... Y entonces pita y salta el contestador:

—*Tíe*, soy Guillermo. Hemos dado con el sitio. No te lo vas a creer. Es la caja de música. Llámame cuando puedas.

—¿*Tíe*? —le cuestiona el Manco a don Salvador—. Ha vuelto a mentirme. Se trata de su sobrino.

◊ ◊ ◊

En la plaza Virgen de los Reyes, los nombres que Santiago Reina le dicta a su compañera son Ignacio Aguilar, Guillermo Ojeda, Marta Menjívar y Elena Guerrero. Según el delegado del comité organizador de la *gymkhana*, recogieron el material inicial a las ocho de la mañana, las preguntas y los enigmas, y no han pasado por ningún punto de control en todo el día.

—Ni pasarán —añade Santiago Reina en voz baja.

—Solo tenemos un teléfono fijo de Carlos Vidal —le dice Concha— y corresponde a una galería de arte.

—Una tapadera de arte, querrá decir.

—Según la web, tiene exposiciones temporales. Artistas locales.

—No nos sirve —se resigna Reina—. Hay que tenerlo localizado.

Al alcanzar el coche de Concha aparcado a los pies de la Giralda, en medio de la zona peatonal, Santiago le pide las llaves:

—¿Para qué?

—Conduzco yo, oficial. Así no tendrá que quitarse esos tacones.

◊ ◊ ◊

En el teléfono, Guillermo amplía la imagen y relee el texto del libro: *«Del Oro a la Plata y donde ondeó el Pendón; doce, ocho y seis hasta donde su cuerpo murió, mas fue de un sueño que los ángeles te tallaron, hasta que don Remondo y el Rey en tu capilla te oraron, y con el paso de los siglos entre el agua se oirá que fuisteis concebida sin pecado original»*.

—La fuente de agua… —repite, recalca, reitera Guillermo—. Entre el agua se oirá… Todo el mundo en general...

—¿Qué es eso de «Todo el mundo en general»? —pregunta Elena.

—Como un himno —responde Guillermo, con entusiasmo por el hallazgo. Desenrolla el pergamino encontrado dentro del cilindro, bajo el suelo del trascoro, y muestra la partitura—. El primer himno inmaculista, el que Miguel Cid escribió y al que Bernardo de Toro le puso música. Un poema para avivar la devoción del pueblo hacia la Inmaculada, en contra de los dominicos que no la aceptaban. Junto con Vázquez de Leca hicieron que toda Sevilla cantase esa especie de canción.

—Canto Llano de la Inmaculada Concepción de la Virgen María —lee Marta en la leyenda explicativa junto a la fuente—, y seis glosas sobre el canto llano.

Al seguir leyendo, desvela que la música fue compuesta por un tal Francisco de Correa Arauxo, y la fuente y el órgano hidráulico es de principios del XVII, del mismo arquitecto de toda la Galería del Grutesco, Vermondo Resta.

—La Torre del Oro, la de la Plata, la de Abdal-Aziz, el Alcázar, san Fernando, la capilla, el Ave María Gratia Plena, las columnas y Plus Ultra, la estatua de Mercurio, la Inmaculada, el órgano de agua, el cilindro de la caja de música —enumera Guillermo seguro de estar en el sitio correcto.

Mucho tiempo lleva Nacho callado para lo mucho que suele hablar. Guillermo se gira, le ve que sigue pegado a la puerta de la fuente y le pregunta qué opina.

Y tras la espantada de turistas una vez que la fuente ha dejado de sonar, Nacho, ganzúa en mano y puerta recién abierta, sonríe y responde:

—Que deberíamos echar un vistazo dentro.

◊ ◊ ◊

—Conozco a un tipo que se dedica a comprar piezas de arte — dice Santiago Reina, al volante, entrando en la calle Mateos Gago y dejando la Giralda atrás—. No para exponerlas en su casa ni en una galería, sino para guardarlas en un almacén.

—¿Qué sentido tiene eso?

—Opción de recompra —responde Santiago—. Sin contrato, claro. Palabra de ladrón. O de timador. Son obras de arte aseguradas.

Santiago hace sonar el claxon para abrirse paso en los alrededores de la taberna de Álvaro Peregil. Retirándose de la calzada, una chica porta una carpeta en una mano y un catavinos con lo que podría ser oporto en la otra, aunque en realidad es vino de naranja.

—El tipo guarda obras de artes, aunque él dice que las compra — explica Santiago—. Llevo un tiempo detrás de poder pillarlos, pero no

a él sino a los dueños de los cuadros. Te deshaces por un tiempo de la obra, das parte de un robo en tu casa, cobras el seguro y al cabo de un par de años te autocompras de nuevo el cuadro en un supuesto mercadillo en Florencia. Previo pago de la comisión al dueño del almacén.

—A su colega —puntualiza Concha.

—¿Quién ha dicho que sea mi colega? He dicho que conozco a un tipo. Un tipo que seguro que conoce a otro tipo que sabe cómo dar con Carlos Vidal.

Dejando el bar La Fresquita a la izquierda y la iglesia de Santa Cruz a la derecha, en la intersección con la calle Fabiola, el teléfono de Santiago suena, y al contestar los neumáticos rechinan contra los adoquines por el frenazo. Si Concha hubiera llevado el cinturón puesto, no tendría medio cuerpo en la guantera.

—Mande un par de patrullas —ordena Reina al teléfono—. Puerta del León y Patio de Banderas. Vamos de camino.

Acomodándose en el asiento, Concha pregunta qué sucede. Reina pega un volantazo y le responde:

—Actividad del teléfono de Guillermo Ojeda en el Alcázar.

◊ ◊ ◊

Hay botes de lejía, desoxidante y aceite en el suelo, el resto es un largo y metálico tambor cilíndrico con una infinidad de salientes: puntos y pequeñas filas de hierro como si fueran grandes grapas rodeándolo en lo que parece un gigantesco texto en sistema braille. Encima, unas púas de hierro son las que golpean los puntos y filas salientes del tambor para transmitir el sonido a una serie de tubos de plomos. Todo ello es una vez que el agua ha hecho rotar mecánicamente el cilindro, sustituyendo la función de la manivela que aparecería en las futuras cajas de música.

Guillermo, encerrado en el interior de la fuente con Nacho, le pregunta en susurros cómo ha aprendido a abrir un cerradura.

—En la calle —le responde Nacho—. Mientras tú estudiabas los reyes godos.

—Nunca he estudiado los reyes godos.

El primer repaso que realizan los inquietos ojos de Guillermo dentro del reducido lugar se detiene en unas telarañas del techo. Nacho hace girar levemente el tambor cilíndrico y algunas notas musicales suenan en los tubos de plomo al chocar las púas con los salientes.

—Nos van a descubrir —le recrimina Guillermo.

—Mira estas letras.

En el tambor cilíndrico, junto a algunos puntos que sobresalen para

producir el sonido, se distinguen letras salteadas a distintas alturas, cinceladas en el metal, con el mismo estilo que en el mármol del trascoro y en la lápida de Santa Ana. De izquierda a derecha, Guillermo empieza a leer:

—No tiene sentido —dice, sacudiendo la cabeza.

—Observa las erres —señala Nacho—. Están al revés, como en el AVE MARIA del suelo del trascoro.

—También hay otra épsilon.

Y, entonces, tanto sus miradas como sus dedos no coinciden en ninguna letra sino en un círculo del tamaño de la moneda. En su interior, otro círculo concéntrico de menor tamaño con cuatro perforaciones alargadas en su interior. De su riñonera, Nacho extrae el cilindro que encontraron bajo la loseta, ya limpio y sin óxido. Dos cilindros musicales de diferente tamaño, uno frente al otro. Los cuatro salientes con forma de Γ de distintas alturas parecen coincidir con las perforaciones, pero cuando los inserta Nacho no penetran hasta el fondo.

—Prueba en otra posición —sugiere Guillermo.

Nacho gira el pequeño cilindro hasta hacer coincidir de nuevo sus cuatro salientes con otra cuaterna de incisiones. El cilindro entra a ras del círculo sobre el tambor musical gigante. Con un trapo, para no dañarse los dedos, lo retuerce a un lado y otro hasta que gira en sentido contrario a las agujas del reloj. Tira sin que suceda nada, pero al presionar el círculo más pequeño penetra unos cinco milímetros hacia dentro del tambor. Vuelve a retorcerlo y el pequeño cilindro gira un poco más, hasta que se detiene. Nacho presiona sin que suceda nada, luego tira y se trae consigo toda estructura compuesta por los círculos concéntricos y el pequeño cilindro musical. Al descubierto, en el hueco que ha quedado en el tambor, se vislumbra una moneda brillante. Nacho sonríe satisfecho y Guillermo gira muy lentamente el tambor para que la oquedad quede en la parte inferior y la gravedad haga el resto: la moneda cae sobre el suelo de cemento. Se agacha y la observa con detenimiento, limpia, como si el tiempo no hubiera pasado para ella. En el reverso de los círculos extraídos Nacho muestra la presencia de una pequeña granada.

—Nos falta la pista —advierte Nacho, guardando cilindro, círculos y moneda en su riñonera—. Podrían ser las letras, pero están desordenadas.

—No se lee de izquierda a derecha, sino de arriba hacia abajo —se percata Guillermo. Señala la parte superior—: El sonido se produce en estas púas, por lo que las primeras notas que suenan son las que llegan antes arriba.

El objetivo es localizar la primera letra, por lo que Nacho gira el tambor hacia abajo, en sentido contrario a la reproducción, y el golpeo de los salientes con las púas produce extraños sonidos en los tubos que parece llamar la atención de turistas.

—Vigila.

Y el ojo izquierdo de Guillermo se arrima a uno de los orificios de la puerta para examinar el exterior, con la amenaza cercana de un jardinero a unos cincuenta metros, al fondo del jardín.

—Creo que tengo la primera —asegura Nacho, al atisbar un espacio sin marcas en el cilindro—. Es una T.

Y empieza a girar el tambor en el sentido correcto, hacia arriba, tan despacio que los sonidos son largos y graves. La siguiente letra es una O, luego otra T, una Λ, una P, una V, letras que Guillermo teclea en su móvil, una detrás de otra con el hueco donde estaba la moneda incluido, hasta terminar completando:

«TOTΛPVLCHRΛ·SVPRΛƐLVNΛS»

Los espacios que inserta Guillermo son a tenor de sus lejanos conocimientos de latín que les hace recordar palabras como *tota*, *pulchra* y *supra*, aunque para nada le suena la última palabra:

TOTA PVLCHЯA · SVPЯA ƐLVNAS

Al igual que el texto del suelo de la catedral, Nacho plantea que las R y el épsilon pueden estar al revés, por lo que Guillermo lo reescribe, sustituyendo las V por U: «TOTA PULCHRA · SUPRA 3 LUNAS».

No le da tiempo a pensar en esas palabras cuando en su pantalla salta una llamada: «Tíe Salvador». Guillermo responde con euforia a la llamada:

—*Tíe*, tenemos otra moneda y la siguiente pista.

—Magnífico —le responde una voz desconocida para Guillermo.

—¿Quién es?

—No es tan importante la cuestión de *quién* soy, sino que yo sepa *quién* es usted, don Guillermo Ojeda —expone Carlos Vidal, desde el teléfono de don Salvador.

Guillermo pone el manos libres y pregunta por su tío.

—Está aquí a mi lado —afirma Carlos Vidal—. Es un hombre

formidable. Algo embustero, pero inteligente y culto, con buen gusto por el arte. No debe preocuparse por él en cuanto usted sepa hacer bien su trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Encontrar lo que ya están buscando —responde el Manco—. No teníamos que haber llegado a este punto y me agota explicar las cosas una y otra vez. Para eso tiene a su amigo Nacho. Pregúntele. Él rellenará los vacíos con detalles.

La mirada de Guillermo podría asesinar allí mismo a Nacho.

—Quiero hablar con mi tío.

—Soy un hombre de negocios, no un criminal. Sus tíos están bien…

—Usted me ha dicho lo que quiere y ahora le estoy diciendo lo que quiero yo.

—El problema es que yo tengo algo que usted quiere —le expone con serenidad Carlos Vidal—, pero usted aún no ha conseguido lo que yo quiero. ¿Cuántas monedas tiene ya?

—Cuatro monedas.

—Y la pista de la siguiente —apostilla Vidal—. Magnífico.

—Sigo queriendo hablar con mi tío.

La voz que sale ahora del teléfono es la de don Salvador confirmando que se encuentran bien.

—¿Contento? —pregunta la voz de Vidal.

—No.

—Era una pregunta retórica —expone Vidal. Y antes de colgar les advierte—: No caigan en la tentación de llamar a la policía. Tendrían que dar demasiadas explicaciones innecesarias.

◊ ◊ ◊

En la puerta del Patio de Banderas, el jefe de seguridad de la empresa privada que cuida del orden dentro del Alcázar pregunta a Santiago Reina qué han hecho.

—Vandalismo —responde.

—Agresiones como esa sufrimos todos los días en mayor o menor medida, y no por eso cerramos el Alcázar —le responde el jefe de seguridad—. ¿Sabe usted cuántos turistas entran cada hora?

—No son turistas.

—Muy bien, pero seguro que entiende la magnitud de lo que me pide.

—Sí, tan simple como no dejar salir a nadie.

—¿Tan simple?

—Me refiero a un control exhaustivo en la salida.

El jefe de seguridad le asegura que controlarán la salida; que solo pueden salir por esa puerta en la que se encuentran, por el Patio de

Banderas; que revisarán uno por uno a todos aquellos que salgan.

—Llame a la otra puerta y ordene que no salga nadie por allí —impera el inspector Reina, al ver la tranquilidad del jefe de seguridad, quien rechista levemente, pero termina siguiendo las instrucciones de Santiago.

La oficial Bautista dice que desde la central confirman nueva actividad del dispositivo móvil de Guillermo desde el interior del Alcázar, por lo que el inspector Reina añade:

—Necesitaré a varios de sus hombres para que me ayuden a rastrear el recinto.

El jefe le recuerda que son siete hectáreas entre jardines y edificios con varias plantas:

—Como siete campos de fútbol.

—Si están dentro y no pueden salir —asevera Santiago Reina—, tarde o temprano daremos con ellos.

22
Sevilla. Palacio Arzobispal

No es eco sino reverberación lo que se produce entre las escaleras de mármol que conducen a la primera planta del Palacio Arzobispal y el alto techo a cada pisada de las suelas de los zapatos de Adrián camino del despacho del arzobispo. El delegado diocesano de Patrimonio Cultural señala su puerta y el secretario del arzobispo asiente y levanta el teléfono:

—Don Agustín, el padre Adrián Suárez desea verle.

Cuelga el teléfono y le indica que puede pasar.

—Sus pasos le delatan, Adrián —le dice el arzobispo, don Agustín Muruve, sin levantar los ojos de sus anotaciones—. Esas suelas son demasiado duras para su edad.

—Agradezco que me reciba a estas horas.

—He retrasado la comida —le tranquiliza el arzobispo, mirando el reloj—. Aún nos quedan unos minutos antes del almuerzo.

—Solo necesito unos minutos—expone Adrián—: ¿Podemos cerrar la puerta?

El arzobispo levanta su pluma y sus ojos antes de asentir y permitir que el padre Adrián cierre la puerta. Suena el clic del capuchón al tapar su pluma y el crujir del cuero negro de su sillón al recostarse sobre su respaldar y preguntar qué sucede.

—Posiblemente nada, don Agustín, pero creo que debe estar al corriente.

Las palabras salen de sus labios con precipitación, con ganas de concluir los preliminares y la puesta en situación. Sobre todo cuando le narra al más alto cargo de su archidiócesis, a la persona que le nombró en su actual cargo hace cinco años, tras otros cometidos en distintas delegaciones dentro del arzobispado, la posibilidad de que sea una realidad lo que todo el mundo ha considerado como una leyenda por siglos.

—¿Estamos hablando de una leyenda?

—Yo no me quedaría únicamente con esa palabra, don Agustín —expresa el padre Adrián—. La gente habla de ello como de una leyenda, pero esta ciudad está llena de leyendas y misterios. Hay ciertos documentos en nuestros archivos…

La atención del arzobispo crece exponencialmente ante la leve pausa del padre Adrián. Quizás ahora entienda que la puerta que siempre permanece abierta en todas sus visitas esté cerrada. La misma puerta que ahora mira de reojo el padre Adrián.

El arzobispo pregunta a su delegado de Patrimonio Cultural si quiere un café y levanta el teléfono.

—Gracias. Solo y sin azúcar —dice Adrián, asintiendo, pero contrariado por la hora en la que propone el arzobispo tomar un café.

—Jesús, comunique que nos retrasaremos un poco más en el almuerzo —le dice don Agustín a su secretario—. ¿Te importaría traernos un par de cafés? De la cafetería de la avenida, la que tú sabes que tanto me gusta. Solo y sin azúcar para el padre Adrián. Gracias, hijo.

—Muchas gracias —le dice Adrián al arzobispo.

—Explíqueme ahora a qué se debe tanto secretismo.

—Evidentemente, no conocemos la cadena completa —arranca Adrián—. Si la supiéramos ya habríamos dado con uno de los secretos mejor guardado de esta ciudad. Pero sí sabemos que custodiamos algunos lugares, enmarcados dentro de nuestras limitaciones competenciales.

—¿Por qué nunca he sido informado de esto antes?

—Estamos hablando, como usted mismo ha dicho, de una leyenda. Nadie le ha dado nunca la suficiente credibilidad.

El arzobispo se reclina y balancea en su sillón preguntando por qué nunca han investigado nada sobre esos documentos. El padre Adrián se lanza:

—¿Y que alguien ajeno a nosotros los pudiera sacar a la luz? Tendríamos la ciudad llena de cazatesoros, inmiscuyéndose en nuestra historia, espulgando en nuestros papeles, buscando en nuestro patrimonio e incluso robando.

—Ya estamos sufriendo suficientes intromisiones —se lamenta el arzobispo.

—Y el número podría crecer. Esas monedas que están buscando —anuncia Adrián—, inicialmente todas ellas se confiaron para que se ocultasen en bienes de la Iglesia. De nuestra Iglesia. Pero puede que algunas ya no estén. Por lo que no podemos garantizar…

El arzobispo escucha con detenimiento cómo su delegado le asegura que no es la primera vez que alguien trata de dar con pistas que conduzcan a ese supuesto tesoro.

—Recibimos extrañas solicitudes continuamente que denegamos: para analizar obras de arte, pinturas, esculturas, estudiar nuestras iglesias y penetrar en columbarios —expone el padre Adrián—. Algunos han pedido realizar análisis espectroscópicos con la ridícula justificación de conocer con qué materiales contaban en el siglo XVI para policromar las imágenes. Tenemos una enorme lista de peticiones clasificada en nuestros archivos desde hace décadas. ¿Se acuerda de don Ernesto Hidalgo?

El arzobispo asiente recordando al malogrado párroco de san

Lorenzo y vicario general que apareció muerto en su casa de la plaza del Cabildo.

—Realizó un estudio sobre la Congregación de la Granada y el secreto que guardaban —apostilla Adrián—. Está todo documentado en nuestros archivos.

—¿Alumbrados? —pregunta don Agustín.

—Y perseguidos por la Inquisición. Pero, según don Ernesto, el Tribunal del Santo Oficio no buscaba herejías ni doctrinas heterodoxas entre los alumbrados de la Congregación de la Granada, buscaban el secreto que guardaban; de hecho, no hay ningún auto que los condenara.

—Un tesoro —dice, casi riéndose, el arzobispo. Y, al ver asentir a su delegado, continúa—: Nuestro patrimonio en sí es todo un tesoro, don Adrián.

—Pero este no ha salido a la luz en quinientos años —advierte el delegado— y está en nuestras propiedades.

—¿Y cómo estamos tan seguros de eso?

—Porque, antes de su muerte, don Ernesto Hidalgo dio en nuestros archivos con unas cartas de principios del siglo XVII, escritas de puño y letra del propio Mateo Vázquez de Leca, que así lo cuenta.

◊ ◊ ◊

Los orificios de la puerta que permiten ver el interior de la Fuente de la Fama con su órgano hidráulico están taponados con la espalda de Nacho, mientras su garganta siente la presión del antebrazo de Guillermo.

—Lo siento, tío, no sé qué más puedo decir —masculla Nacho.

Con furia, Guillermo golpea el metal de la puerta con su mano libre y el sonido alerta a las chicas que, en el exterior, no pierden de vista al jardinero.

—Os van a pillar —le susurra Marta a los agujeros tapados.

Y la puerta se abre, con Guillermo sacando a empujones a su compañero del interior de la fuente, o del órgano más bien, ambos desaliñados y llenos de sudor.

—¿Qué habéis estado haciendo ahí dentro? —pregunta Elena.

Junto a los poyetes de azulejos que rodean el pabellón de Carlos V, Marta no se resiste más y le atiza una bofetada a Nacho en la mejilla izquierda, a unos diez metros de un grupo de turistas que fotografían las columnas de capiteles de origen genovés, fusión de elementos renacentistas con otros del legado mudéjar.

—Llevas jugando con nosotros desde el principio del día —le recrimina.

Guillermo le corrige y asegura que todo esto lo tenía bien planeado

desde hace mucho tiempo atrás. Que no es cosa del día de hoy, que no están allí al azar:

—Te hacía falta a alguien de Bellas Artes, restauradora, con conocimientos de pintura y escultura —dice Guillermo señalando a Marta. Luego se marca el pecho y añade—: Alguien de Historia, y a mi tío. —Nacho no replica—: ¿Y Elena? ¿Para qué la necesitabas?

Nacho confiesa que los grupos tenían que ser de cuatro.

—Perfecto —replica Elena—. El relleno.

Pero Guillermo cae en la cuenta y mirando a Elena agrega:

—Por supuesto que no. Trabajaste en la catedral… No hay nada al azar.

—Sí, pero vendiendo entradas en la taquilla —apostilla Elena.

—Suficiente para él. ¿Te crees que no lo tenía todo pensado? El viejo de la catedral te salvó de intervenir.

—Venga. Hemos llegado adonde nunca imaginábamos —suelta Nacho—. No te pases…

—No te pases tú —se indigna Guillermo—. Tienen a mis tíos.

—Sacaremos a tus tíos de esta —le asegura Nacho—. Te doy mi palabra.

Y Guillermo le fulmina con la mirada:

—Cualquier cosa que lleves en esa riñonera vale más que tu palabra.

◊ ◊ ◊

—Inspector, ¿es usted consciente que buscamos una aguja en un pajar?

Recorriendo el apeadero, Santiago Reina le responde al jefe de seguridad del Alcázar que se pondrán nerviosos cuando se vean acorralados. Los tacones de Concha golpean el pasillo que deja el Patio del Crucero a la izquierda y tienen distraído a más de uno de los guardias que los acompañan. Cada uno de ellos porta la radio en una mano y una copia en papel con las caras de Nacho y Guillermo en la otra.

—Busque jóvenes, pantalón corto y zapatillas deportivas —le sugiere Reina.

—Aquí la mayoría van en zapatillas de deporte —responde el jefe de seguridad. Después sugiere repartirse por los distintos palacios.

El plano para turistas que repasa Santiago, justo en el centro del Patio de la Montería, se divide por distintos colores, dependiendo de la época histórica en la que fue construida esa zona. Lo gira sobre sus manos y, no sabiendo por dónde empezar, le dice al jefe de seguridad:

—Está bien: separe a sus hombres y vayamos acotando las zonas. Nosotros empezaremos por donde se encuentren las obras de arte más

valiosas.

◊ ◊ ◊

Para Guillermo, la palabra *supra* es la que más le llama la atención, por la posición que representa. Todo ello después de que se calmaran, que tanto Marta como Elena mediaran y Nacho admitiera ser el único responsable y culpable de la situación que se había generado. Todo ello después de que Nacho confesara estar entre la espada y la pared, en deuda con ese tal Carlos Vidal del teléfono y que lamentara haberlos involucrado en sus asuntos. Todo ello después de que Guillermo, pensando en sus tíos, admitiera que lo primero era descubrir a dónde conducía la pista de la Fuente de la Fama. Por eso, mostrando las notas de su teléfono, Marta puede leer: «TOTA PULCHRA · SUPRA 3 LUNAS».

—Toda limpia. Sobre tres lunas —traduce Marta y Guillermo asiente, aunque advierte que *pulchra* significa «hermosa». Marta levanta su mirada y añade—: Encima de tres lunas. Las lunas de la Inmaculada.

—¿A qué te refieres?

—*El arte de la pintura* de Francisco Pacheco —responde, de manera rotunda.

—¿De qué se trata? —pregunta Nacho—. ¿De un cuadro?

—*El arte de la pintura* es un tratado literario que escribió Francisco Pacheco en el que exponía cómo se debía pintar —expone Marta—. En él se explicaba, con todo detalle, las medidas y proporciones, los colores, la perspectiva, el tipo de materiales que había que usar para la pintura, el dorado…, incluso cómo debían pintarse los ángeles, los demonios, un crucificado o la Inmaculada Concepción.

—Yo creía que la iconografía de cómo pintar una Inmaculada era cosa de Murillo —dice Guillermo y Marta le indica que Murillo es posterior.

—El primero en marcar unas pautas fue Pacheco —les cuenta. Que en ese tratado, aparte de las doce estrellas alrededor de su cabeza, la Virgen tenía que estar sobre la luna y la luna debía tener las puntas hacia abajo, para que se pudiera apoyar sobre ella y quedara así iluminada por el reflejo de la luz.

—Después de Pacheco todo el mundo pintó las Inmaculadas con la luna al revés, con las puntas hacia arriba —explica Marta, formando un arco cóncavo con sus dedos índices en el aire—. Se estudia en Bellas Artes. No tiene sentido pintar la luna hacia arriba porque el arco es un reflejo en un sólido esférico y es físicamente imposible apoyar los pies ahí.

Sin embargo, continúa explicando, si el arco de la luna tuviera las

puntas hacia abajo sí que podría la Virgen pintarse encima sin cometer ninguna atrocidad científica, puesto que toda la luna estaría debajo, bajo sus pies.

—*Supra tres lunas*… —recuerda Marta—. Encima de tres lunas…

—Pacheco era de la Congregación de la Granada —susurra Nacho, contribuyendo sin irritar mucho a Guillermo, quien hace memoria y les recuerda que en la pista anterior, en el trascoro de la catedral, había un cuadro de Francisco Pacheco presidiendo el altar.

—La entrega de llaves de la ciudad a san Fernando —añade Marta.

—En el Alcázar no hay ninguna Inmaculada. Ni pintura ni escultura —advierte Guillermo.

En los alrededores del Cenador de Carlos V, Guillermo piensa en voz alta, mascullando palabras como *Inmaculada*, *Pacheco*, *san Fernando*… Cada pista conduce a la siguiente…

—Buscamos una Inmaculada de Pacheco —le interrumpe Marta, con rapidez y determinación—. Con la luna a sus pies y las puntas hacia abajo.

Levantando tres dedos, Guillermo apostilla:

—Más bien buscamos tres Inmaculadas de Pacheco.

◊ ◊ ◊

—Reconozca que tiene curiosidad.

—He perdido todo interés por este juego —le responde don Salvador.

El Manco se niega a llamarlo juego, especialmente por tratarse de una leyenda que ha perdurado a lo largo de muchas generaciones y que ahora parece cobrar vida. Sobre todo, como le dice, tratándose de una cuantiosa recompensa final y habiendo obras de arte de por medio.

—Han pasado cuatro o cinco siglos —advierte don Salvador—. Me encantaría ver su cara cuando descubra que no hay nada, que alguien ya se lo ha llevado.

—La decepción será mutua.

—Se equivoca —le corrige don Salvador—. La historia es mi satisfacción.

—No se vive gracias a la historia.

—Pues a mí me ha dado de comer.

Matilde, acompañada por Víctor en todo momento, regresa de la cocina con una bandeja de chacina y un par de bollos de pan. El vaso de agua que lleva Víctor, masticando con la boca abierta algo que habrá pillado por el camino, es para su jefe.

—Cuando le decía lo de curiosidad —puntualiza el Manco—, me refería a si su sobrino será capaz de dar con el siguiente paso por sí

mismo. Ni siquiera se ha dignado a decirnos qué ha descubierto en el Alcázar.

◊ ◊ ◊

En el apeadero, buscando la salida que da al Patio de Banderas, los cuatro se dan media vuelta y entran en la tienda de recuerdos al ver a los turistas en fila y que son revisados uno por uno antes de salir. Al fondo, en la plaza exterior se vislumbra la silueta de un coche-patrulla con su sirena azul iluminada, aunque no sonora.

—Os dije que tenían vuestras fotos —susurra Marta, sujetando un libro sobre los más de mil años de arte y arquitectura del Real Alcázar de Sevilla.

Nacho levanta el mentón para indicar que tienen una cámara de seguridad justo encima de sus cabezas. La idea de Guillermo, de que salgan ellas y que ya ellos buscarán una salida alternativa, no le hace ninguna gracia a Marta.

—Es mucho más fácil por separado —replica Guillermo.

—Tu móvil —le advierte Nacho—. Yo tengo el mío apagado. Así es como saben que estamos en el Alcázar.

Asiente Guillermo y, seguidamente, apaga su teléfono.

—Si estáis sin móvil —plantea Elena—, ¿cómo nos volvemos a encontrar?

—¿Recuerdas el último sitio donde nos tomamos algo? —le pregunta Guillermo a Marta—. Antes de que rompiéramos.

Marta asiente y Guillermo les pide que esperen allí arriba, en la azotea.

Pocas alternativas les queda, tal y como le dice Guillermo a Nacho una vez que las chicas han podido salir sin problema. Dejando atrás los palacios y cruzando por la Puerta de Marchena a los jardines, Guillermo dice que la única salida que queda es la Puerta de la Alcoba, pero que solo la abren para que entre el público a los conciertos nocturnos o para mantenimiento de jardinería. Hay que atravesar el Jardín del Marqués de la Vega-Inclán, el de los Poetas y dejar el laberinto a la derecha hasta llegar al otro extremo del Alcázar. Pero, como era de esperar, la puerta está cerrada. Con cerrojo y candado.

—Si te aúpo consigues llegar hasta arriba —sugiere Nacho, refiriéndose al largo muro almenado que se une a la puerta, aunque Guillermo ni llega a planteárselo—. Esto es una fortaleza.

—Para eso se hizo el Alcázar —le replica.

El jardinero del pantalón marrón y camisa color crema de manga corta, con guantes y unas largas tijeras de podar, se mueve decidido hacia la Puerta de la Alcoba. Los ojos de Guillermo y Nacho se

iluminan como si acabaran de ver aparecerse un ángel a unos veinte metros. Deja las tijeras sobre el banco que hay junto a la puerta y saca un manojo de llaves. El candado se abre, el cerrojo se descorre y tira de la hoja derecha de la puerta.

—Vamos —anima Nacho, golpeando el brazo de su compañero.

—Espera.

Y entonces en la hoja abierta se refleja una luz azul parpadeante. El jardinero abre la segunda hoja de la puerta y, muy lentamente, entra un coche de la policía nacional, sirena en el techo encendida, pero sin sonar.

Al disimulado giro de ciento ochenta grados de los dos jóvenes le siguen unos pasos calmados en plan paseo y unos aleatorios movimientos de sus dedos que apuntan a eucaliptos, setos de mirtos y cipreses moldeados.

—No mires atrás —susurra Nacho y señala entre los jardines, para salir del camino de tierra y albero.

Entre las fuentes hay moreras y palmeras canarias, que permiten casi perder ligeramente de vista las luces del coche de policía, que se desplaza muy lentamente por detrás a la Torre de la Alcoba. Sin un rumbo definido, los jóvenes se plantan en medio, en el Jardín de los Poetas, con el Muro del Grutesco y su Fuente de la Fama incrustada entre el verde de los árboles. Un japonés les apunta con una cámara, pero al rotar sobre sus pasos se percatan que enfocaba a un pavo real. Al pasar por en medio de dos columnas en el Jardín de la Danza, dos magnolios dejan una sombra bajo la que Nacho revisa a uno y otro lado a la vez que plantea encerrarse en el órgano hidráulico y esperar a que cierren el Alcázar o se vaya la policía. Guillermo levanta las cejas en dirección a otra de las muchas semiesferas azules que cuelgan.

Y entonces, desde el otro extremo de un extenso estanque, Nacho reconoce la cara del inspector Santiago Reina, quien le mira directamente y le indica al jefe de seguridad y a Concha que rodeen el agua. El apretón en el brazo de Guillermo es suficiente, Nacho no necesita palabras. Los movimientos son lentos, con guardias de seguridad avanzando por cada lado del estanque, con Reina a la cabeza de uno de ellos y el jefe de seguridad en el otro.

—¡Tenemos que hablar, Ignacio! —vocifera Santiago, pero Nacho retrocede lentamente sin responder—. ¿Está Carlos Vidal contigo?

—¡Ahora! —grita Nacho y los dos echan a correr en dirección opuesta a los de seguridad, aunque sin rumbo claro, entre albercas, fuentes, jarrones de cerámica y ninfas talladas en mirto. Nacho parece ir abriendo paso, ya que cada turista que no se aparta de su camino termina en el suelo arrollado por la carrera. Guillermo ni se atreve a mirar atrás y le grita a Nacho que por los jardines grandes.

Santiago corre bastante por delante de los guardias de seguridad, aunque a unos cuarenta o cincuenta metros por detrás de lo que persigue.

—Por allí —le indica Reina al jefe de seguridad, para que ataje por el interior de las fuentes, entre las damas de noche y las buganvillas.

Al pasar junto a la cafetería, el albero hace deslizar en exceso las zapatillas deportivas de Nacho, que casi le hacen acabar en el suelo. Guillermo le dice que el muro que da al barrio de Santa Cruz es el más bajo de toda la muralla.

—¿Ahora sí quieres saltar? —le responde Nacho con una pregunta.

El inspector Reina ordena en gritos a la gente que se aparte, seguido de tres guardias de seguridad que parecen estar a punto de echar el almuerzo.

—¡Por ahí! —señala Guillermo, saltando un seto para salir del camino de tierra y esquivando algunos frutales hasta llegar a los pies del muro.

Con celeridad Nacho entrelaza las manos y aúpa a Guillermo, que se agarra a la parte superior del muro, entre dos alminares. Pasa las piernas al otro lado del muro, girándose para ayudar a Nacho desde arriba, pero este se ha desenganchado la riñonera y la arroja a su compañero:

—No puedes con mi peso —dice separándose del muro—. Tranquilo, salva a tus tíos y no dejes que Carlos Vidal vaya a por mi padre.

—¿Tu padre?

—Lo siento, pero por eso os metí en esto. Me tiene pillado.

Se gira y sale de nuevo al camino de tierra. Observa a guardias con porras a ambos lados y a Reina gritándole que se eche al suelo, con su mano en la cintura pero sin desenfundar el arma. Nacho levanta las manos y suelta:

—Inspector, le veo en forma.

23
Sevilla. Terraza del hotel Los Seises

Después de machacar las hojas de hierbabuena y menta sobre tres rodajas de lima, echa un par de cucharaditas de azúcar moreno y lo aplasta todo de nuevo contra el fondo del vaso con la ayuda de un mortero. Lo llena de hielo picado y agua con gas hasta arriba. Remueve y decora con un trozo de lima junto con una pajita.

El barman, moreno de piel y alargado de sonrisa, explica que lo mejor de un mojito sin alcohol es lo refrescante que resulta para el cuerpo, porque el alcohol metaboliza el agua del organismo y termina produciendo aún más sed.

—Lo malo son las calorías que hay en todo ese azúcar —le replica Elena.

Al llegar Guillermo, ya van por el segundo mojito sin alcohol, a pesar de costar ocho euros cada vaso de soda con aderezos. El sándwich de pollo de Elena y el de salmón con salsa tártara de Marta ya tienen la marca de varios mordiscos. Las piernas del único varón están llenas de arañazos tras la escalada en el muro del Alcázar que da a la Judería, antes de saltar a la calle del Agua y escabullirse por la calle de la Pimienta en pleno barrio de Santa Cruz. Guillermo da un largo sorbo al mojito de Marta, un bocado a su sándwich y suelta la riñonera de Nacho en la mesita alta. Por la noche, los altavoces desprenden música de *jazz* mientras que ahora suenan los acordes de una guitarra, combinando rasgueados con golpes en la madera.

La bolsa cuyo interior registra Elena es de una tienda de recuerdos turísticos en la que Guillermo ha comprado tres camisetas para que se puedan quitar las que llevan sudadas desde el principio de la mañana. Nada más ver las camisetas, Elena les advierte de que tiene turno de noche; que a las ocho tiene que estar arreglada en el bar de copas; que ya se lo advirtió a Nacho.

—¿Y Nacho pretendía terminarlo todo en una mañana? —pregunta Marta.

—Con Nacho o sin él tenemos que seguir adelante —les dice Guillermo tras contar cómo ha salido del Alcázar. Saca de la bolsa una camiseta negra con la palabra «TAPAS» en lo alto en amarillo y una lista de comidas con letras en blanco—. Espero que os quede bien la talla. Voy a cambiarme en las duchas.

—Espera —le sujeta Marta—. Creo que sé a qué tres cuadros de Pacheco se refiere el texto.

En el tiempo de espera, además de las vistas a la Giralda y los

mojitos, Marta le cuenta que ha estado buscando en internet sobre Francisco Pacheco, la Inmaculada y la Congregación de la Granada. Dice que la coincidencia es manifiesta y sale a la primera sin necesidad de navegar mucho por la Red.

—Pacheco pintó varios cuadros con las puntas de la luna hacia abajo —les cuenta Marta en voz baja—, pero solo tres Inmaculadas están acompañadas por un personaje célebre de esa época sevillana: tres Inmaculadas con el retrato de tres miembros de la Congregación de la Granada.

Guillermo escucha expectante cómo enumera Marta los tres retratos: Miguel Cid, Mateo Vázquez de Leca y Bernardo de Toro. Le explica que en internet pone que el padre Bernardo de Toro fue el cabeza de la congregación cuando toda la fiebre inmaculista de esta ciudad. Que fue incluso a Roma con Vázquez de Leca para pedirle al papa que declarara el dogma de la Inmaculada Concepción.

—Todo el mundo en general —susurra Guillermo, pensativo.

—Ese poema lo escribió Miguel Cid—reitera Marta—. Cada pista conduce a la siguiente. Ese cuadro está en la catedral.

Le aclara que el cuadro de la Inmaculada con Vázquez de Leca está en Sevilla, aunque en una colección particular.

—Pero el de Bernardo de Toro está en Madrid —concluye Marta.

—Es imposible ver si tiene algo oculto en su interior.

—¿Interior? —pregunta Marta—. He visto mil veces el cuadro con Miguel Cid en la catedral. En la Sala del Pabellón, nada más pasar las taquillas. Ni entre los dos conseguiríamos descolgarlo de lo que pesa.

—Habrá que pensar en algo —suelta Guillermo, que abre la riñonera de Nacho y echa un vistazo a los objetos que el día ha ido acumulando en su interior.

Elena saca las dos camisetas que quedan en la bolsa: una burdeos con la palabra *Sevilla* en amarillo, la otra azul con la palabra *Triana* en blanco. Marta tira de la azul para sí diciendo:

—Yo me quedo con Triana.

Al desdoblar una hoja de papel que había en la riñonera, Guillermo se pregunta qué es ese galimatías con trazos sin un orden específico. Marta echa un vistazo y, tras recorrer con su dedo un trazo ancho y curvo, asegura que se trata del Guadalquivir.

—Por lo que esto deben ser las murallas —añade Marta, refiriéndose al polígono irregular de más de un centenar de lados. Señalando varios puntos sobre la supuesta muralla conjetura—: Podrían ser las puertas de Sevilla. ¿De dónde ha sacado Nacho esta copia?

—Ni idea —sacude Guillermo su cabeza. La mayoría de los trazos recorren el interior del polígono, aunque hay algunos en su exterior—. ¿Crees que son calles?

Pero Marta señala un lugar fuera de la supuesta muralla, al otro lado del supuesto río, y recorre con su dedo unos tramos rectos que conectan las dos supuestas orillas, admitiendo que podrían ser la iglesia de Santa Ana y la Torre del Oro.

—Por eso Nacho sabía de la existencia del túnel —supone Marta.

—¿Qué es? ¿El mapa del tesoro? —pregunta Elena sin esperar respuesta y le da un bocado a su sándwich de pollo.

Que Nacho le haya ocultado la existencia de esa especie de plano le indigna aún más a Guillermo, quien mete de nuevo la mano en la riñonera y rebusca, hasta que saca una tarjeta de visita con el nombre de Hugo Valverde, Filatelia y Numismática, plaza del Cabildo. Mostrándosela a Marta pregunta:

—¿Tu colega?

—No te pongas celosillo. Solo nos tomamos algo. No pasó nada.

Guillermo le da la vuelta a la tarjeta y, escrito a bolígrafo, aparece el nombre de Carlos Vidal y su teléfono móvil.

◊ ◊ ◊

Por mucho que Vidal insiste, el teléfono sigue apagado o fuera de cobertura.

—Confía demasiado en su sobrino.

—No pretenderá solucionar quinientos años en una hora —le responde el catedrático.

—Suelo tener ese defecto. Tiendo a impacientarme rápidamente.

—Hay virtudes que se adquieren con la edad —le replica don Salvador, sabedor de que Carlos Vidal apenas debe tener unos cinco años menos que él.

Sentado cómodamente, el Manco agarra un libro del escritorio y pasa las páginas sin estar prestando mucha atención ni al texto ni a las fotografías:

—No lo analiza con objetividad —expone Vidal—. Yo tengo un interés lucrativo y usted también podría tenerlo.

—¿Va a permitir que nos quedemos con la mitad del tesoro?

—No me haga reír, por favor —suelta entre carcajadas—. Usted es escritor. Piense en la cantidad de libros que podría vender. La historia de las arras del Mestizo.

—No es un título muy comercial.

El teléfono móvil del Manco empieza a sonar. En la pantalla, nueve dígitos sin identificar le hacen dudar, aunque finalmente responde a la llamada preguntando secamente quién es.

—Soy yo —contesta Guillermo.

—¿Y qué le pasa a *yo*? ¿Ya no tiene móvil propio?

—La policía rastrea nuestros móviles. Nacho y yo hemos tenido que

apagarlos.

—¿Y Nacho? —pregunta Vidal.

Guillermo resopla antes de contestar:

—Ese es el problema.

◊ ◊ ◊

Sentado tras la mesa metálica, Nacho levanta las esposas que aprietan sus muñecas y le pregunta a la oficial Bautista si son absolutamente necesarias.

—Pregúntele a su amigo —le responde Concha—. Le tiene bastante aprecio.

—Hay que saber perder y saber ganar —suelta Nacho.

El cuarto de interrogatorios de esta Jefatura Superior de Policía de Andalucía Occidental, situada en la avenida Blas Infante, casi al final de Triana, no tiene el típico espejo de las películas donde Nacho pueda ver su reflejo. El inspector Reina entra con una carpeta marrón, que arroja cerrada sobre la mesa, y su primera pregunta es sobre su teléfono móvil.

—¿No va a ofrecerme café? Al menos no me negará un vaso de agua.

—¿Dónde está su teléfono móvil?

—Estoy en ropa de deporte —responde Nacho—. No tengo bolsillos.

Santiago se sienta y le advierte que han recibido actividad de su móvil en varios momentos de la mañana.

—Me quedé sin batería y lo dejé cargando.

—¿Dónde?

—¿Quiere ir al grano, inspector? —se altera Nacho—. No me ha traído aquí para hablar de mi móvil.

Tras abrir la carpeta, Reina se detiene en la copia que ha enviado a todos los museos y monumentos más importantes de la ciudad:

—Guillermo Ojeda. ¿Dónde está?

—De eso sí que no tengo ni idea. Seguro.

Pregunta por las dos chicas y Nacho se encoge de hombros.

—¿Para qué fuisteis al ayuntamiento esta mañana?

—¿Al ayuntamiento? No hemos entrado en el ayuntamiento.

La siguiente fotografía se parece a un puzle de pequeños trozos de mármol rotos intentando encajar en el cuadrado de una loseta.

—Esto es un delito de daños a elementos del patrimonio histórico.

—Venga, inspector —suelta Nacho—, no es una estatua en mitad de la calle.

—Artículo 323 del Código Penal. De seis meses a tres años de cárcel. —Ante el silencio, Reina señala el centro del puzle—: Falta una

pieza.

Y entonces Nacho cae en la cuenta de que no saben que también se ha llevado un trozo de estatua en el Arco del Postigo del Aceite.

—¿Quién la tiene? —pregunta Santiago—. ¿Guillermo?

El tiempo que tarda Nacho en responder es porque no sabe cómo desviar la atención de lo que había debajo de esa pieza.

—Ignacio Aguilar Salcedo —lee Santiago en otra página de la carpeta—. Circulación de mercancías no comunitarias de lícito comercio sin cumplir los requisitos legales establecidos para acreditar su autorizada importación, incumplimiento de la normativa reguladora de régimen aduanero… Creo que hemos empezado mal, Ignacio. —Se vuelve hacia la oficial Bautista y pregunta—: ¿Esto son antecedentes?

—No me condenaron —advierte Nacho.

—Vamos a empezar de nuevo —le dice Reina—. Yo pongo esta carpeta en conocimiento del Juzgado de Instrucción y Primera Instancia que está de guardia y me voy el resto del fin de semana. Teléfono apagado, como el suyo y el de su amigo. Y cuando alguien del juzgado vea mi nombre en su última detención y quiera contactar conmigo va a tener que esperar, como mínimo, al lunes por la mañana.

—¿Piensa meterme en un calabozo por romper un trozo de mármol?

—No —le replica Reina—. Le voy a meter en un calabozo porque me está ocultando algo. ¿Cree que no sabemos que el Manco estaba en la catedral con ustedes?

◊ ◊ ◊

La lista empieza con tortilla de patatas. Le sigue lomo al jerez, espinacas con garbanzos, gazpacho, espárragos trigueros, revuelto de setas, caracoles, carne con tomate y tortillitas de camarones. Toda esa parte de la gastronomía se despliega a lo largo del pecho de Guillermo.

—Muy discreta tu camiseta —le dice Marta, con la palabra *Triana* atravesando sus pechos.

La camiseta con la palabra *Sevilla*, la de Elena o más bien Elena al completo, ya debe estar cambiando su olor a *gymkhana* y preparándose para poner copas durante toda la noche.

Por teléfono, hace un rato, don Salvador consideró bastante lógica la propuesta de Marta: que la pista parecía conducir a esos tres cuadros de Pacheco con la Inmaculada sobre una luna con las puntas hacia abajo, acompañada en cada pintura por un miembro de la Congregación de la Granada: Miguel Cid, Mateo Vázquez de Leca y

Bernardo de Toro; que esos tres congregados montaron una revuelta muy conocida en Sevilla a principios del siglo XVII en torno a la Inmaculada por culpa del sermón de un dominico en el desaparecido convento de Regina Angelorum; que Miguel Cid escribió la letra, Bernardo de Toro le puso música y Vázquez de Leca imprimió panfletos que repartió por toda Sevilla para que la gente se la supiera de memoria: *«Todo el mundo en general, a voces Reina escogida, diga que sois concebida, sin pecado original»*.

El problema de un cuadro no es solo que esté expuesto al público o pese demasiado para descolgarlo y echarle un vistazo por detrás, la mayor dificultad es que ni siquiera esté disponible a los ojos de cualquier ciudadano, fuera de la ciudad, del país o incluso en paradero desconocido. Por eso Marta tira de Guillermo fuera del centro hasta el monasterio de la Cartuja, donde se encuentra el Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico. En la entrada les espera Lucía Esquivel, compañera de Marta en la Facultad de Bellas Artes hace ya cosa de un lustro y que ahora se dedica a la restauración de obras de arte ennegrecidas por el humo de las velas.

Cruzando el arco de la entrada y dejando la garita a la izquierda, Lucía les dice que su equipo está trabajando ahora en la restitución de la policromía original de un crucificado de Andrés de Ocampo. Explica que no se trata de un *ahora* en su sentido literal, ya que el IAPH está cerrado sábados y domingos, a menos que alguien disponga de la tarjeta magnética que da acceso a cada uno de los edificios.

La furgoneta que les adelanta pertenece al *catering* que lleva la inauguración de una exposición en el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo, un poco más allá del IAPH, pero en el mismo recinto del antiguo monasterio de la Cartuja.

—Si queréis comida y bebida gratis… —sugiere Lucía, señalando al fondo—. No hace falta invitación. Le echáis un vistazo a un par de cuadros y, aunque os parezca que están bocabajo, asentís si alguien os pregunta qué os parece.

Parte del arte de la exposición es como el vino. Busca dos antónimos, los metes en la misma frase y todo el mundo contento: moderno, pero barroco; áspero, pero aterciopelado; manierista, pero neoclásico.

—Lo peor de limpiar las sucesivas policromías en imágenes —explica Lucía, cuando Marta le pregunta por el crucificado de Ocampo —, como en los cuadros, es que cada autor y posterior restaurador usaban técnicas y materiales distintos.

Las instalaciones se dividen en laboratorios, unidad de cultura científica, instituto de investigación, documentación, biblioteca y fototeca, zona de restauración de pintura, escultura y tejidos, aparte de otros módulos de carácter administrativo.

—Hay pruebas que no se adjuntan en el informe definitivo —les dice Lucía, que desliza la banda magnética de su tarjeta y abre la puerta del recibidor.

Después de cruzar la biblioteca y la fototeca, Lucía enciende uno de los ordenadores de documentación y teclea la clave de acceso.

—Al fondo están los talleres —les dice—. ¿Miguel Cid o Vázquez de Leca?

—Empecemos por el de Miguel Cid —sugiere Marta.

La pantalla del ordenador se inunda de varias ventanas con archivos de textos, gráficos e imágenes. Lucía se levanta, cediendo el asiento a Marta, y pregunta:

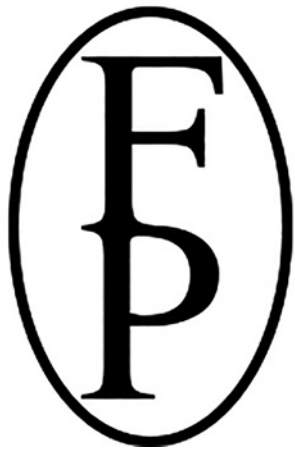
—¿Qué buscáis?

—No estoy segura —responde Marta, ratón en mano repasando algunas de las ventanas emergentes en la pantalla—. Un patrón que se repita en los tres cuadros.

—Pero aquí solo hemos restaurado dos de ellos —les advierte Lucía —. Podría llamar el lunes a Madrid y averiguar dónde se ha restaurado el de Bernardo de Toro. Si ha sido restaurado, claro.

—No podemos esperar al lunes —susurra Guillermo.

Lucía enciende otro ordenador y abre todo el dosier del cuadro de la Inmaculada con Vázquez de Leca, para que así puedan comparar el uno y el otro a la vez. El sello de Pacheco como firma en ambos cuadros se aprecia en el extremo inferior derecho, con una F encima de una P inscritas en una forma ovalada vertical.



Junto al sello aparece un año: 1619 en el de Miguel Cid, 1621 en el de Vázquez de Leca.

Marta revisa en diagonal el estudio biológico, desinsectación y el análisis químico, pasa imágenes del estudio fotográfico y mueve su

dedo sobre el texto que expone el estado de conservación. La velocidad con la que mueve ventanas y barre páginas con el ratón es tal que Guillermo no consigue ver más de un segundo la misma palabra o imagen. Y en un par de imágenes se detienen los movimientos del ratón.

—¿Hicisteis radiografías?

Lucía le responde afirmativamente y, señalando varias líneas verticales y horizontales sobre la pantalla, dice que gracias a ese estudio se pudo deducir que la estructura del bastidor antiguo de madera donde se clavó el lienzo era de doble cruceta.

Marta se queda observando otra imagen del cuadro en la pantalla, carente de color, como si estuviera en escala de grises, y Lucía le verifica que se trata de reflectografía infrarroja. A un Guillermo fuera de onda le explica que se trata de una técnica que permite ver las distintas modificaciones que hizo el propio autor hasta llegar a la pintura definitiva.

—Las manos… —arranca Marta, pero no acaba la frase, simplemente señala sobre la pantalla las extremidades superiores de la Inmaculada, donde parece distinguirse cuatro manos, dos de ellas con menor intensidad.

En la pintura definitiva, Pacheco pintó las manos en posición de rezo, una palma sobre la otra, pero la reflectografía infrarroja muestra que anteriormente las había pintado en otra disposición: cruzadas en las muñecas y con las palmas sobre sus pechos. Marta se precipita hacia el otro ordenador, con el informe de la Inmaculada con Vázquez de Leca, hasta dar con el mismo estudio con reflectografía infrarroja.

—Exactamente igual —verifica Marta—. Pacheco las pintó cruzadas sobre el pecho en un primer momento y después las corrigió para ponerlas rezando.

—¿Por qué haría eso? —pregunta Lucía.

—Se arrepentiría —contribuye Guillermo—. O quiso ocultar algo…

—Las dos tienen la misma corrección —afirma Marta—, por lo que me hace pensar que la tercera con Bernardo de Toro, la que está en Madrid…

Guillermo pregunta por otras Inmaculadas de Francisco Pacheco:

—Quizás Pacheco quiso ocultar esa pista o lo que corrigió es lo que conduce a la siguiente pista. ¿Alguna de ellas tiene las manos cruzadas?

Lucía encuentra en el ordenador otras dos pinturas de Pacheco con la Inmaculada, ambas con las puntas de la luna hacia abajo: una en el palacio arzobispal con las manos rezando y otra en la iglesia de San Lorenzo con las manos cruzadas.

Marta y Guillermo se quedan embobados mirando la Inmaculada con la Santísima Trinidad de San Lorenzo, fechada en 1624 y también

restaurada en el IAPH. La reflectografía infrarroja que muestra Lucía verifica que las manos siempre estuvieron cruzadas en esa posición. Pero, entonces, amplía la imagen de las manos y advierte que los dedos de la mano izquierda no tienen una posición natural:

—Si están así es porque ocultan algún tipo de clave, como *El caballero de la mano en el pecho* de El Greco.

Los dedos anular y corazón están juntos pero separados del índice y del meñique. Y en otra ventana, al lado de la *Inmaculada de San Lorenzo* de Francisco Pacheco, Lucía busca en internet la pintura de El Greco y recalca que esa posición de los dedos es todo un enigma y que se repite en varias de sus obras como en *El Cristo abrazando la Cruz*, en *El expolio* o en *San Francisco de Asís en oración*.

—Muchos eruditos aseguran que es un enigma por descubrir —suelta Lucía—. Cuanto menos curioso, ¿no creéis?

Y la misma disposición de los dedos están, de manera antinatural, en *La Inmaculada con la Trinidad* de Pacheco como en las obras de El Greco. Y aunque las manos no están cruzadas sino rezando, también se repite el mismo esquema de dedos corazón y anular juntos en las tres pinturas de la Inmaculada con miembros de la Congregación de la Granada. Incluso en la de Bernardo de Toro, que no ha sido restaurada en el IAPH, pero cuya obra pueden ver en la biblioteca virtual.

—¿Qué buscas? —pregunta Guillermo a Marta, que pasa de una a otra ventana, revisando fotografías en ambos ordenadores.

—Algo no me encaja —responde—. No hay donde esconder una moneda.

—¿Qué buscáis? —pregunta Lucía—. ¿Una moneda en una pintura?

—Por eso no me encaja —reitera Marta—. No se puede esconder una moneda metálica en una pintura.

—A menos que sea en el bastidor —suelta Guillermo.

—Habría salido en las radiografías —asegura Lucía—, como los clavos que sujetan el lienzo.

—El bastidor se infecta fácilmente con xilófagos —advierte Marta —. Si lo hubieran tenido que reemplazar, habrían dado con la moneda.

—O habrían cambiado la pista de lugar —propone Guillermo—, como en las puertas de las murallas.

El objetivo de la Orden del Mestizo, los Seis de Particular Espíritu, los seis elegidos, junto con el cabeza de la congregación, era preservar el secreto y que no se perdiera la ruta. Velar por que no desaparecieran las arras del Mestizo y que las pistas no se desvanecieran para siempre.

—El marco también puede cambiar con el tiempo —añade Marta—, lo único que perdura para siempre es el lienzo.

Por eso el contenido del lienzo debe indicar el lugar, según Marta,

quien sigue barriendo con sus ojos las imágenes en los dos monitores:

—Observa —llama la atención de Guillermo—. Las tres Inmaculadas miran a la izquierda, a los tres miembros de la Congregación de la Granada, pero la de san Lorenzo mira a la derecha.

—¿Y a qué mira? —pregunta Guillermo.

—Ahí puede estar la cuestión —susurra Marta—: ¿A dónde quiso Pacheco que mirara y qué quería decirnos con esos dedos colocados de esa manera tan extraña?

Pero Marta, sabiéndose manejar entre tantos tecnicismos propios de su especialidad, vuelve a abrir y a cerrar ventanas de los informes, ampliar y reducir imágenes de antes y de después de las restauraciones. Como no da con ellas de nuevo, Lucía le advierte que las radiografías no están en el informe final, sino en la carpeta con todos los estudios realizados.

—Como os contaba antes —advierte Lucía—, hay una enorme cantidad de documentación gráfica y escrita más allá del informe definitivo.

La imagen radiográfica de la *Inmaculada con Miguel Cid* muestra casi una centena de pequeños clavos que se distinguen por su intenso color blanco sobre negros y grises que componen la mezcla de pinturas, entre las que sobresale el blanco del plomo en los reflejos, en las nubes y en la luna sobre la que descansa la Virgen.

La distinción de algo metálico en la radiografía de una pintura es tan nítida como el de una prótesis en una rodilla humana. O el de un implante dental, una placa cervical o un tornillo en el pubis.

En la *Inmaculada con Vázquez de Leca* se repiten blancos clavos de no muy larga longitud alrededor de todo el contorno, que fijan el lienzo al bastidor. En la cruceta central hay una línea doblada en su mitad. Según Lucía, se trata de un clavo que se debió torcer al unir las dos maderas adicionales del bastidor. Normalmente, en una restauración completa del bastidor se distinguen pequeñas puntillas muy bien clavadas y simétricamente separadas, a diferencia de los clavos originales de hace cuatrocientos o quinientos años, que, en su mayoría, penetraban torcidos en la madera.

El estudio radiográfico de la Inmaculada que está en la iglesia de San Lorenzo, la que no está acompañada por nadie de la Congregación de la Granada sino por la Santísima Trinidad, querubines y ángeles con atributos mariano, la que no reza sino que cruza sus manos en el pecho con sus dedos en una posición irregular, tiene el mismo contorno del bastidor repleto de clavos, aunque algunos son más largos que otros. Hay puntas torcidas en las esquinas y una línea blanca recta justo en la cruceta del tercio inferior, cuando la madera vertical del centro se cruza con el segundo de los dos tablones horizontales. El grosor de la línea blanca es una décima parte de la

longitud y sus extremos son planos, sin punta ni cabeza.

—Estoy segura de que eso no es un clavo uniendo la cruceta —asegura Lucía.

Marta lee en el informe que el bastidor no presentaba sistema de expansión, pero mantenía su funcionalidad. Añade:

—No se ha tocado el bastidor.

Sobre la pantalla, junto a la enigmática línea blanca, el dedo de Guillermo recorre unas extensas ralladuras en el bastidor, y Marta lee en el informe que una zona del bastidor había sido lijada recientemente.

—¿De qué grosor es la madera del bastidor? —pregunta Guillermo.

Lucía verifica que las dimensiones del cuadro son prácticamente tres metros de alto por dos de ancho y que el grosor del bastidor es de unos ocho centímetros.

—Podría estar perfectamente de canto —sugiere Guillermo.

Marta amplía la imagen, la reduce y la vuelve a ampliar hasta que coindice con la longitud exacta de la moneda que Guillermo acaba de sacar de la riñonera de Nacho y sujetarla perpendicular a la pantalla. Y cuando coincide la longitud de la línea en la radiografía con el diámetro de la moneda, concuerda también el grosor.

—¿De dónde habéis sacado esa moneda? —pregunta Lucía, quitándosela de la mano a Guillermo—: ¿De otro cuadro?

—De un anticuario —miente Marta, arrebatándosela—. ¿Puedo confiar que no le contarás nada de esto a nadie?

—Dentro de un rato estaré allí al fondo —dice Lucía—, en la inauguración de la exposición, hartándome de cócteles y copas. Dudo mucho que me acuerde de vosotros.

24
Sevilla. Collación de San Salvador

Domingo, 8 de septiembre de 1613

Vuelan las palabras por el aire veraniego que nos martiriza con cuantioso calor. Palabras que salen de bocas y entran en oídos. Saltan de una collación a otra, de iglesia en iglesia, entre fieles. El que bien sabe no habla y el que habla es porque bien no sabe. Y un servidor bien sabe cómo vuela la habladuría en esta ciudad, pues desde mi conversión, como llaman algunos al giro que dio mi vida hace algo más de una década, no ha corrido palabrería alguna sobre este Vázquez de Leca.

—Vos teníais que haber oído a ese fraile, don Mateo —me indica sor Clarisa, pobre en sus votos, pero rica en sus virtudes.

—Han bastado oídos como los vuestros, que a pares me han llegado hoy desde el mencionado sermón —le respondo.

Doña Mariana de Zúñiga y otras nobles mujeres se rejuntan en la calle de la Compañía y me piden que hable con el arzobispo, aunque don Pedro de Castro y Quiñones ya es sabedor de cuantas palabras salieron hace un rato de la boca de ese dominico en el convento de Regina Angelorum.

—Si el padre Hernando de Mata estuviera con vida —dice doña Mercedes de Guzmán—, volvería retorcido de dolor a su tumba después de tanta blasfemia en el día de la Natividad de Nuestra Señora.

Aunque el padre Mata nos dejara hace ya un año, el actual cabeza de la Congregación de la Granada, don Bernardo de Toro, está dispuesto a luchar con su vida y defender con su propia sangre que Nuestra Señora fue concebida limpia y pura, con plena gracia, cual dogma ya debió Su Santidad haber proclamado.

—Calmaos —le imploro a las señoras—. Mas no queramos actuar con premura, pues ese fray Domingo de Molina tiene a los dominicos de su lado y bien sabéis que tienen ellos más allá del convento de san Pablo.

Entre los labios y los guantes, varias son las mujeres que murmuran sobre la Santa Inquisición, controlada por dominicos y que nos tiene a varios congregados limpiando nuestra sangre de acusaciones

injustificadas, con consultores del Santo Oficio acusándonos de alumbrados.

El padre Bernardo de Toro tira de mi brazo para separarme del gentío y me susurra que no estaría mal que cediera en mi empeño de calmarlas:

—No hay mejor posición que una ciudad dividida, don Mateo.

—Si les dejamos sin dirección, alguien pedirá la cabeza de Molina, padre.

—Para ser maestro en teología debería haber medido mejor sus palabras —me dice el padre Bernardo—. Sobre todo siendo el prior de Regina Angelorum.

Y no le falta razón al actual cabeza de la congregación, puesto que son bien conocidas las disputas teológicas del maestro con sus alumnos, que se jactan en elogios hacia la purísima concepción de Nuestra Reina, por lo que no es de extrañar que fray Domingo de Molina haya tomado el púlpito hoy para vociferar que había sido concebida como cualquiera de nosotros, como él y como el mismísimo Martín Lutero.

—Es el momento de movilizar los gremios, don Mateo.

Domingo, 26 de julio de 1615

—Humildad, don Mateo —me pide don Bernardo de Toro, desde dentro del carruaje—. Lo primero es la humildad.

Primero mandé imprimir cuatro mil octavillas con las coplas de Miguel Cid, aunque al poco encargué más. Todo el mundo debía conocerlas y recitarlas. Todo el mundo en general. Después, el padre Bernardo de Toro le compuso la música.

Tras el desafortunado sermón del padre Molina en el convento de Regina Angelorum, empezaron los actos de desagravio. A finales de ese año, celebramos una solemne procesión, que salió de la parroquia del Sagrario de la catedral y recorrió toda la ciudad. Los sevillanos ya se sabían los versos de Miguel Cid de memoria y cantaban desde el cortejo, así como desde las ventanas y balcones: *«Todo el mundo en general, a voces Reina escogida, diga que sois concebida, sin pecado original»*.

Las fiestas continuaron en la mayoría de las parroquias, junto con los conventos y la participación de los gremios, las cofradías e incluso otras comunidades de genoveses, franceses y portugueses.

Nunca sabrá ese dominico, fray Domingo de Molina, el favor que nos hizo al subir a ese púlpito del convento de Regina, pues ya vamos caminando a la vez, junto con franciscanos y jesuitas, y ahora, como

comisionados, debemos conseguir primero la gracia del rey y después trotar hasta Roma y exponer la tensa causa al Santo Padre.

Hoy han vuelto los festejos, celebrando nuestra partida de Sevilla y, tras lo sucedido en este último año y medio, la ciudad entera se ha echado a la calle con vítores, aplausos y elogios. Aún se escuchan por las calles los versos de las coplas de nuestro querido Miguel Cid, quien debía acompañarnos en esta causa, pero indispuesto anda y mucho me temo que no volveré a verlo. Por ti vamos, querido amigo, y por todos los que pregonan la concepción Inmaculada de Nuestra Madre.

Si controversia trajo el sermón de Molina, peor fue cuando el arzobispo me sentó en su despacho por las quejas de los dominicos sobre unas coplas que se cantaban por toda la ciudad, pues, aunque una cosa eran las coplas de Miguel Cid, otra bien distinta era lo que el pueblo terminó cantando.

Hoy, después de que el arzobispo se pusiera del lado de nuestra causa y nos enviara a hablar con el rey primero y con Su Santidad después, me agarro al carruaje desde el exterior, saludo a la multitud y miro a don Bernardo de Toro, que ha salido por el otro lado. Carraspea y me pregunta:

—Solo por curiosidad: ¿qué cantaban las bocas de esta ciudad al principio de las coplas de Miguel Cid?

Sonrío porque nos queda un largo trayecto hasta la corte del rey en Valladolid para comentarlo y le respondo casi en gritos, por el gran alboroto de la calzada:

—*«Aunque le pese a Molina y a los frailes de Regina, al Prior y al Provincial y al Padre de los anteojos y él colgado de un peral…».*

—No siga, por favor —me interrumpe—. Me puedo imaginar el resto.

Pero yo concluyo vociferando:

—*«… fue María concebida sin pecado original».*

Me vuelvo hacia la Giralda, tan digna y gloriosa con sus banderas al aire como cualquier buen día de gala.

—Si continúa saludando así —me dice Bernardo de Toro desde el otro lado del carruaje—, la gente se reirá de vuestra merced.

—La devoción popular nos aclama por los menesteres a los que hemos sido encomendados —le grito—. Sevilla será la ciudad mariana por excelencia.

—No es por eso —sacude Bernardo su cabeza, sonriendo—. Cualquiera diría que parecéis un emperador.

Domingo, 12 de enero de 1625

La calle del Puerco es la que, según se mire, comienza allá por donde el Conde de Barajas, don Francisco Zapata, colocó esas dos columnas romanas con Hércules y Julio César en lo alto. La misma que termina, según se siga mirando igual que antes, en la plaza del Duque de Medina-Sidonia. Más o menos por la mitad de esta calle de la collación de San Miguel está el taller del maestro, en cuyo interior se mezclan olores de pigmentos, aceites y resinas.

El cesto repleto con al menos dos docenas de huevos no es ni para el alimento familiar de don Francisco Pacheco del Río ni para modelarlo en alguna de sus pinturas.

—Hay que echar el huevo en media cazuela de agua con una hoja de higuera —me explica don Francisco—. Luego se bate con un palo hasta que suba una buena cantidad de espuma, y con esa templa se pueden mezclar y desleír todos los colores.

Su yerno, don Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, quien comenzara su aprendizaje aquí, en este mismo taller, anda ya por Madrid retratando al rey. En este mismo lugar, don Alonso Cano Almansa aprendió su destreza con la pintura, pues cuentan que su habilidad con la gubia la adquirió en el taller de Montañés, allá por la collación de la Magdalena.

—Tiene que hablarme de todo ese arte que habrá visto durante tantos años en Roma, don Mateo —me pide don Francisco Pacheco, limpiándose algunos manchones de pintura de sus dedos con un sucio trapo—. Me han dicho que volvió solo.

Le cuento que el padre Bernardo de Toro se ha quedado en Roma.

—Han pasado muchos años, don Mateo.

—Más de una década —le recuerdo—. Pero aun así no debemos flaquear en nuestras obligaciones. No me cabe duda de que los gremios están volcados con nosotros, pero es usted un referente, no solo en la pintura sino en la influencia que tiene con los demás artistas de la ciudad.

—Vos sabéis que la congregación siempre puede contar con mis servicios.

Le explico que debemos hacer un cambio en el encargo original.

—La posición de las manos de los tres retratos —le digo cruzando mis manos sobre mi pecho— debe cambiar.

—¿Quiere que corrija los tres óleos? —me pregunta con recelo.

—La clave está bien presente en la Inmaculada con la Santísima Trinidad que pintó vuestra merced el pasado año.

Le cuento que tengo en mi poder el cuadro de la Inmaculada con Bernardo de Toro y en el que sale un servidor.

—Para el óleo con el pobre de Miguel Cid, Dios lo tenga en su gloria, necesitaré mover algún contacto en el Cabildo Catedral.

—El Señor se lo llevó demasiado pronto —se lamenta don

Francisco.

—Es el motivo por el que debemos modificar las obras —le expongo, con mi mano derecha sobre su hombro—. La congregación le estará eternamente agradecida.

El bueno de don Francisco Pacheco asiente y me pregunta por los cambios que hay que realizar en los tres óleos de la Inmaculada con los tres miembros de la Congregación de la Granada. Yo vuelvo a cruzar mis manos sobre mi pecho y, seguidamente, las coloco en posición de rezo, juntando los dedos corazón y anular de mi mano derecha:

—Y no olvide nuestra clave en sus dedos.

25
Triana. Jefatura Superior de Policía de Andalucía Occidental

No hay muchas respuestas. Al menos que satisfagan al inspector Reina.

—Tenemos un sacristán con un golpe en la cabeza.

—No tuvimos nada que ver —responde Nacho.

—Pero estabais allí. ¿Qué andabais haciendo en la cripta?

—Buscábamos pistas sobre un juego.

El inspector Reina le pide que no vuelva a repetirlo, que ninguna prueba del juego pasaba por la iglesia de Santa Ana.

—Se lo he dicho antes. Nos equivocamos.

—Tampoco había ninguna pista en el trascoro. ¿También os equivocasteis?

La mirada de Nacho intenta esquivar la de Santiago. La oficial Bautista observa la escena desde la puerta, brazos cruzados y tacones quietos. El inspector Reina saca una fotografía impresa:

—¿Qué es esto?

Nacho hace una mueca y niega con la cabeza, aunque sabe que se trata de la placa de mármol de Santa Ana y que él mismo fotografió. El inspector le advierte:

—No me diga que no lo sabe lo que es, porque fue enviada desde su móvil.

—Inspector, llevamos ya un buen rato y sigo sin tenerlo claro —arranca Nacho—. ¿De qué me acusa realmente? No he golpeado a ese hombre, no he robado ningún cuadro, ni he roto ninguna escultura.

Reina le recuerda el suelo del trascoro y pregunta:

—¿Por qué echaron a correr en el Alcázar?

—Le vi a usted.

—Algo temería.

—Cada vez que me topo con usted termino en los juzgados.

—No parece que esto vaya a ser una excepción. ¿Por qué no me cuenta lo que quiero saber?

—La última vez le conté lo que quería saber, pero usted no me creyó —le recrimina Nacho—. El cuadro era falso.

Reina echa su cuerpo sobre el respaldo de la silla y suelta:

—Carlos Vidal.

◊ ◊ ◊

En la estatua de bronce que hay en la plaza de San Lorenzo, Juan de Mesa está esculpiendo la cara del Señor de Sevilla, de Jesús del Gran Poder. El autor, según Marta, es Sebastián Santos Calero, hijo de Sebastián Santos Rojas, quien fuera un gran imaginero de mitad del siglo pasado.

—Su padre es el autor de la imagen de Santa Marta —le dice a Guillermo, al pasar junto a la imagen—. Mi madre es tan devota de esa imagen que reside en San Andrés que por eso me llamó así.

El gótico-mudéjar de la iglesia se ha visto alterado por las sucesivas restauraciones que ha sufrido desde su fundación en el siglo XIII, dando lugar a una fachada con líneas barrocas.

—El cuadro está en la capilla de en frente —indica Marta, cruzando el dintel—. La bautismal.

Al final de la nave de la Epístola, Guillermo se detiene a los pies de un altar con la talla de una Inmaculada. A la izquierda, un pequeño rótulo blanco con letras negras indica: «Inmaculada, de Jacinto Pimentel, año 1630». En verdad, lo que más le llama la atención son dos pequeños marcos iguales a los lados de un crucifijo, a los pies de la Virgen. En el primero se lee *«Todo el mundo en general a voces, Reina escogida, diga que sois concebida sin pecado original»*. Mientras, en el segundo se añade: *«Eres más pura que el Sol, más hermosa que las perlas que ocultan los mares. Ella sola entre tantos mortales del pecado de Adán se libró».*

Apretándole el brazo, Marta le despierta de su lectura y señala con el mentón el altar al inicio de esa nave de la Epístola, con una Virgen sujetando al Niño con una mano y una granada abierta de suculentas dimensiones con la otra. El rótulo al lado pone: «Roque Balduque, 1554».

En susurros, Guillermo enumera Inmaculada, poema de Miguel Cid, siglos XVI y XVII, Virgen de la Granada:

—¿Dónde está el cuadro de Pacheco?

Marta se gira y comienza su camino entre bancos y feligreses hacia el final de la nave del Evangelio. Una verja forjada en hierro de hace siglos encierra, en el centro de la capilla bautismal, una imagen esculpida de Santa Ana enseñando a leer a la Virgen. A la izquierda, el cuadro de Francisco Pacheco con la Inmaculada, el mismo que hace menos de una hora han escrutado con todo detalle en los ordenadores del IAPH. A la derecha, un antiguo sillón de madera parece estar colocado frente al cuadro para poder observarlo con tranquilidad. Todo esfuerzo por deslizar el cerrojo y acceder al interior de la capilla es en vano, ya que está cerrada con llave.

—¿Qué pensabas? —le pregunta Marta—. ¿Entrar, bajar un cuadro de tres metros de alto y darle la vuelta en mitad de la iglesia?

Aferrado a la verja, Guillermo resopla, con su rostro encajado entre

dos barrotes, escaneando con sus ojos todos los detalles del interior de la capilla.

—Los azulejos… —Arranca y se gira, estudiando el resto de la iglesia—. Todos conservan el mismo estilo, en cada uno de los altares y las capillas.

Se asoma a las capillas contiguas, seguido de cerca por Marta, quien le pregunta en susurros qué anda buscando.

—Simetría. ¿Cuántas iglesias conoces en Sevilla que conserven un conjunto de azulejos completo? Capillas, altares e incluso columnas —advierte Guillermo, volviendo a la capilla Bautismal, donde reside la Inmaculada de Pacheco, para señalar un azulejo en concreto que pone «1609».

—El cuadro es de 1624, muy posterior a los azulejos —apostilla Marta—. Por la fecha, esa cerámica debe ser trianera. Del taller de Juan de Valladares, con una fuerte influencia en los italianos Niculoso Pisano y Cristóbal de Augusta.

—El Alcázar —recuerda Guillermo, girándose hacia su compañera —. El estilo es similar a los que vimos en el Alcázar —señala y añade —: Es la única capilla con palabras en la cerámica, entre los adornos.

De izquierda a derecha va señalando y leyendo: «MUNDI». «ECCE». «DEI». «PECCATA».

—¿*Mundi ecce Dei peccata*? —pregunta Marta, sin tenerlo claro.

—«Aquí los pecados del mundo».

—¿Crees que el cuadro guarda relación con los azulejos?

—No estoy seguro —responde Guillermo, pensativo—. Pero me resulta, cuanto menos, extraño.

A su vera, una voz ronca masculina suelta:

—Juan, capítulo 1, versículo 29.

Al girar Guillermo sus ojos, observa la figura de un señor rondando los setenta, con pantalón albero y chaleco azul marino sobre camisa blanca. Su mirada, perdida en un principio en el interior de la capilla, termina por cruzarse con la de Guillermo. Su boca añade:

—He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. —Y, sin esperar respuesta del joven, repite en latín—: *Ecce Agnus Dei, qui tollit peccata mundi*.

Guillermo gira el cuello y señalando la imagen de Santa Ana musita:

—*Agnus…*

Al apuntar el sillón frente al ingente cuadro de Pacheco, dice murmurando:

—*Qui tollit…*

Hace mentalmente el esquema completo de la frase, cuyas palabras en latín le acaba de concatenar el curioso personaje que tiene a su lado.

—No todo está siempre a la vista —añade el señor, antes de introducir una enorme llave y descorrer el cerrojo que mantenía la capilla impenetrable—. Aunque veo que el texto de la cerámica no es lo que le trae a San Lorenzo.

Cuando Guillermo se presenta como historiador y le indica que su compañera Marta está analizando las obras pictóricas de Francisco Pacheco para su doctorado, el entrometido intérprete de textos latinos indica que su nombre es Joaquín Peña, anterior sacristán de la iglesia de San Lorenzo, puesto que ostenta ahora su hijo.

Tras un suave apretón de manos, Marta vuelve sus ojos hacia el cuadro.

—Es una copia —advierte el septuagenario—. El original está en las dependencias parroquiales.

—¿Sería posible que pudiéramos ver el original? —pregunta Marta.

—Es una réplica muy exacta —recalca el antiguo sacristán, que sale y cierra la capilla—. La hicieron a base de estudios digitales o algo así nos dijeron. Lo que sí deben saber es que, cuando Pacheco hizo esta Inmaculada, no fue para este lugar sino para la capilla de la Concepción, junto a la capilla mayor.

Al alcanzar la capilla de la Concepción, el hombre se detiene y añade:

—El propio retablo es de Francisco Pacheco, justo un año antes de hacer la Inmaculada, por lo que concibió el conjunto al completo.

En unos movimientos rápidos de sus ojos, Guillermo escruta el interior de la capilla buscando algún tipo de señal, pero simplemente balbucea:

—No hay textos en latín.

—Las capillas han sufrido restauraciones a lo largo de su historia.

Entre dos querubines de los azulejos de la entrada de la capilla, Guillermo pasa sus dedos por una figura muy regular en la pintura, un rectángulo con varios trazos verticales.

—Usted es historiador —le dice Joaquín, al verle inmerso en sus pensamientos.

—Es la parrilla de san Lorenzo —le aclara Marta. Y, señalando a las columnas con las bombillas que iluminan sobre una parrilla, otros azulejos y el altar mayor presidido por el santo mártir, añade—: Observa, está por todos lados.

El martirio de San Lorenzo sucedió en el siglo III. Fue quemado vivo en una parrilla en Roma. Cuentan que el propio san Lorenzo fue capaz de decir en pleno martirio: «*Assumest, inqüit, versa et manduca*» (Asado estoy, denme la vuelta y coman).

—Hagamos un trato —le dice el viejo a Guillermo, metiendo sus manos en los bolsillos para ocultarlas en su espalda después. Finalmente muestra los dos puños bocabajo—. Si usted acierta, me

cuenta la verdad de lo que busca y qué le ha traído hasta aquí; si no acierta, yo le enseño el original de la Inmaculada de Pacheco.

Ni una palabra sale de la boca de Guillermo. Cruza su mirada con Marta y luego con el anciano. Baja sus ojos hacia esos dos puños huesudos de piel fina, delicada y con manchas cutáneas a las que muchos llaman manchas seniles. Guillermo golpea ligeramente el puño derecho y cuando el antiguo sacristán la abre aparece sobre la palma de su mano una moneda, una de las trece, una de las arras del Mestizo. Sus ojos se topan unos frente a los otros. La incredulidad se enfrenta a la certeza o el desconocimiento a la sabiduría. Es un cruce de miradas de apenas unos segundos, pero parece una lucha en la que ninguno es capaz de desviar sus ojos en un intento desesperado por conocer los pensamientos de su adversario.

—¿Qué andáis buscando aquí? —arranca el anciano.

—Nada. Mi compañera tiene que hacer un estudio…

—Miente —le interrumpe Joaquín—. Aceptó jugar. Sea ahora un hombre de palabra y dígame la verdad.

—Esa moneda parece muy antigua —apenas acierta a pronunciar Guillermo.

—Usted y su amiga saben perfectamente qué tipo de moneda es —replica, aún con la moneda a la vista sobre su palma derecha extendida y el puño izquierdo cerrado, inmóvil, como si se hubiera detenido el tiempo para él. Señalando la riñonera añade—: Seguro que tiene alguna como esta en esa bolsa. ¿Dónde encontró la anterior?

Al no recibir respuesta, el antiguo sacristán de San Lorenzo, Joaquín Peña, vuelve a llevarse las manos a su espalda y pone ante Guillermo, de nuevo, sus dos puños bocabajo.

—Si usted acierta, me cuenta dónde encontró la anterior moneda; si no, yo le cuento dónde encontré esta.

—En el bastidor del cuadro de la Inmaculada —le responde Guillermo, sin vacilar—. En la cruceta del tercio inferior.

—Interesante —asiente Joaquín—. ¿Y también sabéis qué ponía al lado, tallado en la madera del bastidor y que yo me encargué de limar antes de que se lo llevaran para restaurarlo?

Marta y Guillermo se miran incrédulos, recordando que el informe del IAPH mencionaba que las ralladuras que presentaba el bastidor se habían realizado recientemente. Con sus ojos clavados en los dos puños, Guillermo le dice al anciano que, siempre que ha jugado a acertar dónde estaba la moneda, quien adivinaba era el que obtenía el premio.

—No voy a regalarle la moneda —asegura Joaquín, con una escueta sonrisa.

—Tiene dos monedas —suelta Guillermo, levantando su mirada, sin tocar ninguno de los puños del anciano.

Y entonces Joaquín abre su mano derecha con una moneda y dice:

—Usted me cuenta dónde encontró la anterior moneda —y abriendo su mano izquierda con otra moneda añade— y yo le digo lo que estaba escrito en el bastidor.

◊ ◊ ◊

La casa de Carlos Vidal tiene una fuente central rodeada de plantas, aunque el patio, los pasillos, las escaleras, cada rincón está decorado con distintas obras de arte y objetos de relativo valor histórico. Desde enormes jarrones medievales hasta cuadros cuya valía bien deben acercarse al de sus marcos barrocos bañados en oro.

—Considérense mis invitados —le expone Carlos Vidal a don Salvador—. Cualquier cosa que necesiten solo tienen que pedirlo.

—Que nos dejen volver a nuestra casa.

—Imaginen que van a pasar una noche en un hotel —replica Vidal —. Esta habitación de huéspedes es como una suite en el Alfonso XIII, con cuarto de baño propio, escritorio y todas las comodidades.

Uno de los hombres de Carlos Vidal desconecta el teléfono fijo de la mesilla de noche y se lo lleva. Matilde, en silencio, extrae unas cuantas prendas de una bolsa. Don Salvador se exalta y le responde a Vidal:

—¿Con uno de sus hombres apostado en la puerta con un fusil de asalto?

—No exagere, lleva una simple nueve milímetros —le contesta—. Y hay otro en el balcón, por lo que corran las cortinas si quieren intimar.

Don Salvador levanta un maletín pequeño con algunos libros y le expone que deberían haberse quedado en su casa, con su amplia colección de libros.

—Hoy en día todo está en la Red —le expone Vidal—. Cuando se refresque, me gustaría mostrarle mi biblioteca. Ordenaré que les traigan algo de comer.

—Al menos deje que mi mujer…

—¿Se vaya? —pregunta, impidiendo el Manco que termine—. Mi único interés es descubrir el tesoro. Ambos apreciamos en buen grado cualquier tipo de arte y usted, en particular, es un erudito de la historia. Vuestra presencia y la de su esposa son un mero seguro para que su sobrino no haga ninguna estupidez. Aunque entiendo que sea complicado. Disfrute. Estamos formando parte de la historia de esta ciudad.

◊ ◊ ◊

En todo ese tiempo, ni Guillermo ni Marta se habían percatado de la

presencia del hijo ni del nieto de Joaquín Peña, sentados en uno de los bancos de la nave central de la parroquia de San Lorenzo Mártir, hasta que el anciano les hizo un gesto para que todos le siguieran hasta la sacristía donde hablar con más tranquilidad.

—Germán —les presenta, refiriéndose al hombre de unos cuarenta y cinco años acompañado de un pequeño en vaqueros y camiseta blanca— es mi hijo y el actual sacristán de esta parroquia. Y deberían conocer a Junior, mi nieto.

—¿Deberíamos? —cuestiona Guillermo extrañado.

Joaquín agarra a su nieto y le acaricia la coronilla, despeinándole:

—Si no fuera por este monaguillo, no habrían salido de Santa Ana esta mañana. —Sin darles tiempo a recordar, el viejo continúa—: Han logrado llegar hasta aquí porque supieron interpretar la lápida de Santa Ana.

Mirando el cuadro original de la Inmaculada de Pacheco, Marta le pregunta a Joaquín si sigue habiendo una moneda en el bastidor.

—Por supuesto, una moneda de dos euros —responde Joaquín—. Valía la pena perder un par de euros si conseguía que alguien siguiera el rastro hasta aquí.

El viejo les expone que se necesitan todas las monedas y todas las pistas que hayan ido apareciendo en el camino:

—¿Os suena don Ernesto Hidalgo Osuna? Fue párroco de aquí, de San Lorenzo, y ocupó el cargo de vicario general de nuestra archidiócesis. Yo fui su sacristán durante veintiocho años y pude ver que donde empeñaba mayor lectura y estudios de investigación era acerca de un grupo de congregados en torno a la Virgen de la Granada de nuestra catedral, perseguidos por la Inquisición.

—La Congregación de la Granada —apostilla Guillermo.

—Alumbrados e inmaculistas —asiente Joaquín—. Curiosa combinación.

El anciano rememora la cantidad de ocasiones en las que don Ernesto Hidalgo le hacía referencia a esa congregación, demasiado tiempo juntos y muchos momentos tranquilos en la parroquia. Incluso cuando el párroco se encontraba en otros menesteres, confiesa haberse entretenido leyendo la cantidad de textos, informes y conclusiones que don Ernesto extraía de los libros que sacaba del Archivo General del Arzobispado y de la Institución Colombina de la Catedral.

—Estaba claro que guardaban un secreto y que solo unos pocos elegidos por el cabeza de la Congregación conocían —afirma el antiguo sacristán.

—Los Seis del Particular Espíritu —asevera Guillermo.

—Veo que ha hecho sus deberes. —Y, señalando una puerta anexa, continúa—: En ese despacho parroquial pude ver unas cartas de algunos de esos elegidos, como del mismísimo Mateo Vázquez de Leca

o Bernardo de Toro.

—¿Cómo supo que la moneda estaba en ese cuadro? —le interrumpe Guillermo, con cierta impaciencia.

—Encontraron muerto a don Ernesto en su casa de la plaza del Cabildo hace cuatro años —se lamenta Joaquín—. Muerte natural, dijeron, pero yo siempre noté algo extraño en todo eso. Mandaron a un cura desde palacio, no recuerdo su nombre ni su cargo. Recopiló y se llevó toda la documentación y los archivos de don Ernesto, con el pretexto de clasificarlos. Les dije que una semana antes estuvo un coleccionista de arte haciendo muchas preguntas y que don Ernesto, muy incómodo, terminó por echarlo de la iglesia. Él siempre me decía: «Joaquín, estamos llamados a salvaguardar nuestros tesoros».

—Sigo sin entender cómo supo que la moneda estaba dentro de este cuadro sin conocer las pistas anteriores —expone Guillermo.

Marta admite que tiene razón, que no es algo que salte a la vista.

—Uno de nuestros grandes tesoros son los libros de bautismo del archivo parroquial. Son muchos los que vienen a ver la partida de bautismo de Gustavo Adolfo Bécquer —afirma Joaquín—. El sacristán se encarga de anotar en la agenda las fechas de bautismos y bodas. No es algo que suela hacer un párroco, quien, además, siendo vicario general tiene muchos asuntos fuera de su parroquia.

Joaquín se vuelve hacia una estantería de su antiguo despacho como sacristán y que ahora ocupa su hijo.

—Aún guardo la agenda de ese año. En realidad, las guardo todas —dice buscando una página en su interior—. Tras la muerte de don Ernesto me percaté de unas reservas en mi agenda. No era mi letra, sino la suya.

Al girar la agenda, tanto Guillermo como Marta pueden leer el siguiente texto: «F. Pacheco: 8, 16 ó 24 de diciembre». Joaquín Peña concluye diciendo:

—El 8 de diciembre es la festividad de la Inmaculada Concepción y 1624 es la fecha del cuadro de Francisco Pacheco, miembro y colaborador de la Congregación de la Granada.

◊ ◊ ◊

El simple nombre de Carlos Vidal provoca que Nacho sienta cómo se le eriza la piel, cuanto más en una jefatura de policía y a sabiendas de que su intencionada deslocalización al quitarse el rastreador ha terminado involucrando al tío de Guillermo en todo esto.

—Carlos Vidal —le repite Reina, al ver que Nacho ha desviado la mirada y permanece en silencio—. Los dos sabemos que son palabras mayores y que usted no me interesa del todo. Yo busco el pez gordo. ¿Qué hacía Vidal en la catedral a la misma hora que vosotros?

El dedo de Reina golpea la fotografía, extraída de las cámaras de vigilancia.

—Lo ignoro, inspector. Está en la Capilla Real. ¿A qué horas son las misas allí?

—No entre en ese juego, Ignacio —le replica Reina, esbozando una sonrisa y mordiéndose el labio inferior—. Las conjeturas son cosa mía y el sarcasmo no le conviene. ¿Es él quién os ha encargado el trabajo sucio?

—Pero ¿qué trabajo? Ya le he dicho que seguíamos las pistas de…

—Un juego —le interrumpe Reina—. Que todo empezara como un juego no quiere decir que haya continuado así.

Con detenimiento, Reina observa sus gestos, percatándose de esa pierna derecha que no para de vibrar debajo de la mesa. Abre la carpeta y saca una hoja:

—Tengo aquí la inscripción de su grupo en la *gymkhana*. Empecemos de nuevo. ¿Quién es Guillermo Ojeda?

◊ ◊ ◊

En el silencio de la catedral se trabaja mejor que con el trasiego de toda la mañana. Mucho mejor sin niños y jóvenes correteando en ropa deportiva como si de una pista de atletismo se tratara el tercer templo mayor de la cristiandad.

Javier Heredia tiene a varios de sus colaboradores repartidos por el Altar del Jubileo calzando velas para que todas estén rectas desde cualquier ángulo en que se mire. Ventura, el florista, está ahora subido en el paso de palio colocando unas piñas de claveles blancos sobre los jarrones de los costeros. Aprovecha cada vez que Silvia anda cerca para hacerle alguna pregunta inquietante:

—¿Y cómo es para una mujer trabajar en el arzobispado entre tantos hombres?

—También hay muchas mujeres —le responde Silvia. Pero no se contiene y le responde con otra pregunta—: ¿Cómo es eso de ser florista siendo hombre?

Ventura tensa el rostro y le responde que los mejores floristas de esta ciudad son hombres. Que se encargan de casi todas las hermandades y parroquias.

—Sí, claro —contesta Silvia, alejándose—. Y los mejores diseñadores también son hombres, los mejores cocineros y los mejores vestidores de Vírgenes.

Con guantes de vinilo en sus manos, Javier Heredia se encuentra con Silvia junto a la mesa del altar y le pide que le muestre de nuevo el plano con el reparto de autoridades. Las zonas del plano están marcadas con colores distintos y Javier anda preocupado por dónde

colocar a los acólitos y monaguillos que no podrán salir.

El dedo de Silvia rodea una zona sin color y le dice que colocarán sillas plegables justo detrás de los presbíteros. Javier asiente y le da las gracias con una sonrisa cómplice.

—Y tú, ¿dónde estarás? —le pregunta Silvia, fingiendo estar distraída con la documentación de su carpeta.

—Por todos lados.

◊ ◊ ◊

Le cuesta trabajo a Guillermo explicar lo que es un órgano hidráulico, único en España y del que solo quedan tres en el mundo. Cuenta lo de las tres lunas bocabajo, de cómo pintar una Inmaculada según Pacheco en su tratado *El arte de la pintura* y las dos posiciones de las manos, rezando y entrecruzadas.

—Pero tú sabías el sitio exacto en el que se encontraba la moneda —le dice Joaquín, el antiguo sacristán de San Lorenzo—. En la cruceta del tercio inferior.

—Rayos X —explica Marta—. Al restaurar una obra se realizan una serie de pruebas y estudios.

—Lo sabía —asevera, con una amplia sonrisa. Mira a su hijo y sigue —: ¿Lo ves, Germán? Sabía que tenía que dejar esa moneda de dos euros en el hueco.

Marta se encoge de hombros y advierte que, si la próxima restauración de la obra es dentro de doscientos años, esa moneda de dos euros escondida podría tener más valor histórico que económico.

—Ya sabe cómo hemos llegado hasta este cuadro —le dice Guillermo al anciano—, pero usted no nos ha contado cómo supo llegar a la segunda moneda.

—Tuvimos —comienza Joaquín, mirando a su hijo— que desmontar el cuadro entero. Cuando lo sacamos del marco, no vimos nada especial. Pero mi intuición me decía que el cuadro escondía algo que no alcanzaba a ver: dos tipos de clavos distintos sujetaban el lienzo al bastidor. Había una pequeña diferencia entre los clavos que lo fijaban en su parte superior y los que lo hacían en la inferior. Una noche, aun sabiendo que podríamos cargarnos una obra de arte, mi hijo y yo extrajimos algunos de esos clavos hasta descubrir el hueco que ocultaba una moneda.

El relato casi de un cuento y el tono parsimonioso que le confiere Joaquín mantiene a los presentes en la sacristía en silencio y con suma atención.

—Nos llevó toda la noche desclavar, sacar la moneda, devolverla a su sitio y volver a fijar los clavos manteniendo el lienzo estirado — explica golpeando la parte superior del mueble, en el centro de la

sacristía—, aquí, encima de esta cajonera.

—¿Dejó la moneda en su sitio? —pregunta Guillermo con asombro.

—Hasta que la Consejería de Cultura decidió que iba a ser restaurado por el Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico —interviene Germán—. Volvimos a realizar la misma operación, sustituir la moneda y borrar la frase que había escrita.

Guillermo pregunta por esa frase y Joaquín explica que no hubo más remedio que limarla, aun sabiendo que algún técnico del IAPH notaría que alguien había manipulado la obra.

—Estamos llamados a salvaguardar nuestros tesoros —repite Joaquín las palabras en boca de don Ernesto, anterior párroco de San Lorenzo.

—La frase es la que le condujo a la siguiente moneda —susurra Guillermo.

—«Sin pecado original en el primer instante de su ser».

Pensativo, Guillermo le advierte a Marta que se trata de una frase común.

—Son casi las nueve —advierte Joaquín, mirando su reloj e instando a su hijo y nieto que salgan de la sacristía—. Hay que cerrar la parroquia.

La extensa sacristía es recorrida por Guillermo en sus pensamientos, repitiendo en voz baja: «Sin pecado original en el primer instante de su ser». Impulsivamente, se gira hacia Marta y dice:

—La Inmaculada de la Sala Capitular en la catedral. Es de Murillo. En el marco superior…

Marta comprueba en su móvil y dice:

—Has estado cerca: «Inmaculada en el primer instante de su ser». ¿Por qué Murillo?

—Trabajó en el libro de Torre Farfán de la canonización de san Fernando junto a Juan de Valdés Leal. ¿Cuántas Inmaculadas conoces de Murillo?

Marta resopla sonoramente, sin molestarse en hacer un cálculo aproximado del enorme número de obras de esa índole de Murillo. Inesperadamente, sus ojos se despegan de la pantalla de su móvil y los clava en Guillermo:

—Santa María la Blanca.

Guillermo mira la pantalla y añade:

—El zócalo bajo el coro.

En el arco de la puerta de la sacristía, apostado con sigilo, el anciano Joaquín Peña hace sonar sus palmas:

—Impresionante. —Deja de aplaudir y añade—: Vamos, nos están esperando.

26
Sevilla. Iglesia de Santa María la Blanca

Lo más directo es coger la calle Gerona hasta la iglesia de Santa Catalina, dejando El Rinconcillo a la derecha, luego cruzar hasta Alhóndiga y callejear. Al menos, ese es el camino más corto para Joaquín, quien le cuenta a Marta y a Guillermo que algunas parroquias todavía guardan la antigua tradición de confiar los quehaceres de la sacristía en heredad de padres a hijos. Su hijo Germán y su nieto Junior los acompaña en el trayecto unos pasos por detrás.

—Nadie mejor que un padre puede transmitir sus conocimientos —advierte Joaquín, pasando por la puerta de la iglesia de san Martín de Tours—. Además los sacristanes de las principales iglesias nos conocemos. —Señala la puerta ya cerrada de la iglesia, donde yace enterrado el imaginero Juan de Mesa, y añade—: Manuel Garrucho. Un mazazo cuando me enteré de la muerte de Manolito. Un sacristán al que nunca le faltó una sonrisa. Echaremos de menos su belén en Navidad.

Al atravesar la plaza triangular de San Leandro, Guillermo se percata de la fuente que la preside, recordando las palabras de su tío, «la Pila del Pato», antiguamente ubicada en la plaza San Francisco, la Alameda de Hércules y el Prado de San Sebastián. Haciendo memoria, su autor, Bartolomé Morel, también fundió el Mercurio y el Neptuno de las fuentes del Alcázar, el Facistol y Tenebrario de la catedral, o el mismísimo Giraldillo y los jarrones de azucenas que rematan la terraza de la Giralda por encima del campanario. Joaquín le saca de sus pensamientos cuando pronuncia un nombre: «Justino de Neve»:

—Había leído varias veces ese nombre en las anotaciones de don Ernesto, junto a otros como Murillo, Valdés Leal, Miguel Mañara o Pedro Roldán. El párroco lo llamaba «la segunda etapa».

Guillermo y Marta cruzan sus miradas y continúan atentos a todo aquello que les cuenta este septuagenario personaje, que parecía conocer cantidad de detalles sumamente interesantes de los estudios del fallecido párroco.

—Y entonces caí —prosigue Joaquín—. ¿Por qué una primera y una segunda etapa? ¿Qué hizo tal separación?

—El proceso inmaculista de principios de siglo y la canonización del rey san Fernando en 1671 —responde Guillermo.

Joaquín asiente y añade que murieron unos artistas y surgieron otros.

—La Congregación de la Granada —apostilla Marta— consiguió agrupar los mejores pintores, escritores, orfebres, ceramistas, tallistas o imagineros del momento.

—Dos etapas de grandes artistas en el mismo siglo —añade el exsacristán.

—La peste —puntualiza Guillermo—. La peste que devastó la mitad de esta ciudad en 1649.

—Eso también creía don Ernesto —afirma Joaquín—. Lo llamaba el «punto de inflexión» entre las dos etapas.

Nada más golpear la puerta de la iglesia de Santa María la Blanca, Joaquín les advierte a Marta y Guillermo de que no hagan referencia ni mención a ninguna moneda.

El cerrojo suena y la puerta queda entornada para que accedan. Silencio y oscuridad invaden el recinto, excepto por unos halos de luz artificial que penetran por las vidrieras laterales, hasta que el sacristán, una vez echado el cerrojo y alcanzado el panel eléctrico en la sacristía, dispone de iluminación suficiente para disfrutar del interior de unos de los templos más característicos de la arquitectura barroca sevillana del siglo XVII. El cuello de Marta se retuerce contemplando la yesería que cubre por completo los techos de la iglesia.

—Hacía años que no entraba en esta iglesia —afirma Marta con admiración.

El sacristán de Santa María la Blanca es mucho más joven que el propio hijo de Joaquín, apenas debe haber cumplido los treinta.

—Solo nos llevará unos minutos, Álvaro —le confiesa Germán.

—Sin prisas —dice sentándose en uno de los bancos y abriendo un libro—. De aquí me voy directo a la cama. Mañana es la coronación.

Preside el altar mayor la titular del tempo, la Virgen de las Nieves, obra de Juan de Astorga en el siglo XIX, pero la iglesia, como advierte Marta, es de dos siglos antes. Álvaro, el sacristán, sin levantar los ojos de su libro, añade que el canónigo Justino de Neve consiguió los permisos del Cabildo para las obras y sufragó parte de su reconstrucción, supervisando minuciosamente cada uno de los detalles.

—¿Reconstrucción? —pregunta Marta.

—Primero fue mezquita. El rey Alfonso X el Sabio la convirtió en sinagoga y a finales de siglo XIV se consagró como templo cristiano —explica Álvaro.

—Alfonso X el Sabio… —susurra Guillermo—. El hijo del rey San Fernando.

—Las yeserías son de Pedro de Borja, aunque algunos estudios indican que intervino Pedro Roldán —continúa Álvaro, como un guía turístico—. Las pinturas, las inscripciones y los emblemas, los textos

de las paredes y los arcos son del taller de Murillo. La Inmaculada de Murillo con Justino de Neve, quiero decir, la copia, está en la nave del Evangelio —puntualiza, señalando la nave opuesta a la sacristía, dejando salir sus palabras de carrerilla como si estuviera ante otro grupo de turistas en sus visitas matutinas—. Se inauguró el 5 de agosto de 1665, festividad de Nuestra Señora de las Nieves. Hay todo un libro de esa época de Torre Farfán que describe la cantidad de festejos que se realizaron para celebrar ese momento.

—Fernando de la Torre Farfán —susurra Guillermo y Marta asiente.

—¿Qué sucede? —pregunta Joaquín al oír a Guillermo hablar en voz baja.

—El autor de ese libro, Torre Farfán, también escribió un libro sobre la canonización de san Fernando —aclara Guillermo.

—Neve, Murillo, Roldán… —interviene Marta—… Torre Farfán. Está claro que la Congregación de la Granada continuó tras la epidemia de 1649 y tanto la Inmaculada como san Fernando fueron sus emblemas, por así decirlo.

Cuidando el tono de su voz, Joaquín especifica:

—Según las investigaciones de don Ernesto, la congregación se convirtió más tarde en hermandad con reglas aprobadas a finales del siglo XVIII, y siguió existiendo hasta 1926. Toda la documentación está en la Institución Colombina de la Catedral.

—¿Hermandad de la Granada? —cuestiona Guillermo.

—En la segunda etapa —afirma Joaquín con seguridad—, el canónigo Justino de Neve fue cabeza de la Congregación de la Granada.

◊ ◊ ◊

—Me marcho a casa —suelta Reina—. El lunes tendremos tiempo de seguir.

—¿El lunes?

—Mañana es domingo. Hay vida más allá del trabajo —responde Reina.

Nacho se frota los ojos, apoya su cabeza sobre las manos y clava los codos en la mesa:

—Espere. —Hace una pausa y repite—: Espere.

—La paciencia es una virtud, pero ya he esperado bastante esta tarde.

—Es curioso —resopla Nacho resignado.

—¿Qué?

—Esa frase es muy típica de Carlos Vidal: la paciencia es una virtud.

Levanta su mirada hacia el inspector Reina y añade:

—¿Cómo quiere que pillemos a Carlos Vidal?

—Usted dirá. Ya me contará por la mañana —suelta Reina, volviéndose sobre sus pasos—. Tiene toda la noche para pensarlo.

◊ ◊ ◊

Ya ha contado Marta tres vueltas completas, siguiendo los pasos de Guillermo alrededor de la iglesia de Santa María la Blanca, escrutando cada emblema, símbolo e inscripción, más allá de la rica yesería que cubre el techo, el coro y parte de los arcos que se apoyan sobre las columnas. Todo observado desde el centro geométrico de la nave central por Joaquín, su hijo Germán y su nieto Junior. Debajo del coro, casi en la entrada, Guillermo mira a uno y otro lado del zócalo arqueado que contiene el mismo texto: «Sin pecado original en el primer instante de su ser». Luego continúa observando una pintura de San Fernando, copia cuyo original de Murillo se encuentra en la catedral, para detenerse en medio de la nave de la Epístola. Marta casi tropieza con él por su repentina parada. Guillermo regresa debajo del coro y vuelve a repasar de nuevo el texto repetido a cada lado del arco. Susurra:

—Sin pecado original en el primer instante de su ser. ¿Por qué…?

—¿Qué has visto? —pregunta Marta.

—Son distintas —afirma Guillermo, boquiabierto por su descubrimiento.

—Querido amigo —dice Joaquín, apoyando su mano sobre el hombro de Guillermo—, usted tiene un don. Se ha dado cuenta solo, sin ver el texto en el bastidor —señala el lado del arco que da hacia el interior del templo—, donde estaba escrito así.

Aparentemente, en los dos lados del arco bajo el coro parece poner el mismo texto en mayúsculas: «SIN PECADO ORIGINAL EN EL PRIMER INSTANTE DE SV SER». La palabra «PRIMER» aparece distinta en el arco interior:

—¿Se quedó sin espacio? —se pregunta Guillermo—. Es yeso, no madera tallada. ¿Por qué no lo corrigieron?

—Podría parecer un error, a menos que Justino de Neve hubiera querido que se quedara escrito así a propósito —afirma Joaquín.

—Allí estaba la moneda —asegura Guillermo, abstraído en la frase.

—En la pequeña letra R —susurra don Joaquín—. Nos costó reconstruirla tal cual, pero… ¿quién repara en esa minúscula diferencia? Nadie le presta atención.

Guillermo se gira y pregunta que más había debajo de la pequeña

R.

—Que yo sepa nada más —dice volviéndose hacia Germán, que se acerca hasta formar casi un corrillo con su padre y los dos jóvenes.

La descripción de Germán sobre el delicado proceso de separación de la letra, extracción de la moneda y la reposición del trozo de yeso es más propia de un alumno de primaria. Cuando menciona la palabra pegamento, Marta respira hondo sin terminar de creerse tal grado de chapucería.

—Estaba incrustada en el yeso —verifica Germán— y no había nada más.

—Siempre hay algo más —espeta Guillermo—. Cada pista conduce a la siguiente.

—Mira tu alrededor —le insta Marta—. Estamos rodeados de posibles pistas.

Los dos jóvenes giran sobre sus pies escrutando el interior del templo, sobre todo la parte superior, donde una pequeña Giralda se alza en lo alto de la yesería sobre el altar mayor. Por las cuentas de Marta, debe ser la cuarta vuelta que Guillermo acomete entre las naves. En los arcos laterales superiores se alternan pinturas de la Giralda y jarrones, símbolos del Cabildo de la Catedral de Sevilla. Cuando uno señala un lugar, el otro asiente en silencio, entendiendo el significado. Uno señala una Inmaculada, el otro una granada esculpida en la yesería. A uno le llama la atención la copia de una pintura de San Fernando, al otro la copia de un óleo de Murillo.

—Las inscripciones y los dibujos en las paredes —susurra Marta—. Son símbolos de las letanías lauretanas.

Y, dando la enésima vuelta, Guillermo enumera el sinfín de símbolos: el olivo, la palmera, el ciprés, la azucena, el lirio, el plátano, el Sol, la Luna, el jardín cerrado, la fuente, los rosales de Jericó, la escalera de Jacob, la nave en el mar, la estrella de la mañana, el espejo de justicia, la torre de David, el vaso de oro, la casa de oro, el Arca de la Alianza, la Puerta del Cielo, el templo del Espíritu Santo. Marta contribuye:

—El conjunto. Cada detalle fue diseñado por Justino de Neve.

Por eso Guillermo es consciente de que esta iglesia es un todo, nada al azar, un conjunto de pistas o todo engloba una única pista. Frente al cuadro de la Inmaculada con seis personas, dos ángeles sostienen un lema.

—*In principio dilexiteam*. —Lee Marta y luego traduce—: En el principio la amó.

—Es el *Triunfo de la Inmaculada* —interviene Álvaro, sentado e inmerso en su libro—. El original está en el Louvre. De los seis personajes del cuadro, Torre Farfán solo identificó en su libro a Domingo Velázquez Soriano, párroco de esta iglesia cuando se

inauguró, pero muchos creen que uno de ellos es Justino de Neve.

Álvaro le va poniendo nombre a los óleos que tienen forma de semicircunferencia: *El Triunfo de la Inmaculada*, *El Triunfo de la Eucaristía*, *El sueño del patricio Juan y su esposa*, *El patricio revelando su sueño al papa Liberio*. Concluye subrayando que el único original es el de *La Santa Cena*.

—¡Maldito mariscal Soult! —exclama Álvaro, con rabia—. Su expolio se llevó el mejor arte de nuestra ciudad, y encima algunos siguen recordando su nombre.

—La Inmaculada de Soult —balbucea Guillermo, aunque suficientemente audible para que Álvaro, ahora sí, levante los ojos del libro y replique:

—La Inmaculada de los Venerables. Me niego a que se perpetúe el nombre de ese ladrón francés.

El Hospital de los Venerables fue fundado por Justino de Neve, quien supervisó las obras y contrató a los mejores artistas del momento: Murillo, Valdés Leal, Pedro Roldán, e incluso incorporó alguna que otra obra de Martínez Montañés que ya había muerto. Tanto Marta como Guillermo lo saben.

—La iglesia fue consagrada a san Fernando —musita Marta.

—Demasiadas coincidencias.

Y entonces Marta le recuerda a su compañero las letanías lauretanas, repitiendo el texto que el viejo mencionó frente al cuadro de san Lorenzo:

—*Ecce Agnus Dei, qui tollit peccata mundi*.

Guillermo añade:

—Perdónanos, Señor. Escúchanos, Señor. Ten misericordia de nosotros.

Ambos son conscientes de que existe una conexión directa entre las paredes de Santa María la Blanca y el cuadro de Pacheco a través de las letanías lauretanas, cuyos símbolos suelen acompañar la mayoría de las pinturas de la Inmaculada Concepción. Guillermo se encamina hacia el arco de la entrada, donde Joaquín, Germán y Junior han permanecido como meros observadores.

—Tenemos que ir al Hospital de los Venerables.

◊ ◊ ◊

Los libros se alinean perfectamente por tamaño en cada una de las estanterías y muebles de la biblioteca de Carlos Vidal. La mayoría de los lomos hacen referencia a obras de arte, de diversos autores, distintas escuelas, estilos y siglos.

La noche ya ha caído sobre la ciudad tras el enorme ventanal por el que Vidal se asoma pensativo. Se gira hacia don Salvador, sentado en

una silla frente al escritorio, se acomoda en su sillón y le ofrece un cigarrillo.

—No fumo —contesta don Salvador. Carlos Vidal se enciende uno y suelta una larga bocanada, a lo que don Salvador añade—: Y usted tampoco debería hacerlo aquí, si verdaderamente aprecia el arte. Ese humo deteriora las pinturas.

—¿Se refiere a este Zurbarán? —pregunta, girándose y mirando el cuadro de un crucificado a su espalda—. Es una copia. Muy fiel al original, todo sea dicho. Pero el original está bajo llave. Lo peor que el humo puede hacer en esta habitación es deteriorar mis pulmones.

—Y los míos —le contesta don Salvador, sin miramientos.

Carlos esboza una sonrisa, se levanta y abre el ventanal.

—No somos eternos, ¿verdad?

—Está claro que no —le responde don Salvador.

El humo de los pulmones del Manco atraviesa el ventanal, hacia el exterior. Sus ojos enfocan algo indefinido en la noche sevillana y susurra la palabra *eternidad*:

—Sin embargo, ellos sí que lo son —expone Vidal y, ante el silencio de su acompañante, continua—: Murillo, Velázquez, Zurbarán, Valdés Leal… Sus nombres permanecerán hasta el fin de los días.

—Ninguna obra de arte es eterna —asevera don Salvador—. Se deterioran, se ennegrecen, algunas salen ardiendo y desaparecen.

—Sus nombres. Sus autores —puntualiza Vidal—. Sus obras repartidas por todo el mundo, custodiadas con sumo cuidado para su perfecta conservación. Si una presenta una fisura, se restaura. —Da una calada y expulsa el humo de sus pulmones hacia el ventanal—: ¿Acaso esta ciudad se olvidará algún día de Juan de Mesa, Martínez Montañés o Pedro Roldán?

—No pretenderá escribir su nombre en la historia descubriendo de esta manera ese supuesto tesoro, ¿verdad?

—¿Supuesto? Los dos sabemos que existe.

—¿Y si no hay final feliz?

Carlos Vidal asegura que los finales felices son para las películas y don Salvador le replica que el cine también es arte.

—Estamos llegando donde nadie había llegado en casi cuatro siglos —responde rotundamente Vidal—. Habrá final feliz.

◊ ◊ ◊

El nombre completo es Hospital de los Venerables Sacerdotes, destinado a ser la residencia donde cuidaran de los sacerdotes ancianos, sin recursos o con dificultades de salud. Al menos así comenzó todo, antes de que llegara el canónigo Justino de Neve, quien tenía dos años cuando la Hermandad del Silencio alquiló una

casa en 1627 para asistir a aquellos miembros del clero que habían quedado pobres o impedidos en el final de sus vidas.

—La visita de los sábados termina sobre las diez y media —corrobora Germán tras su llamada telefónica—. Cuando lleguemos ya habrán acabado.

Callejeando por la judería del barrio de Santa Cruz, apenas les lleva más de seis minutos llegar desde Santa María la Blanca. Al parecer, los contactos de un viejo sacristán y su hijo son mejores que los del propio alcalde de la ciudad.

—Si se enteran, se me cae el pelo que ya no tengo —dice el guardia de seguridad, dejando pasar a los cinco—. Los turistas hacen la visita nocturna con esos candelabros. No podéis encender la luz principal de la iglesia porque se vería desde fuera. Yo tengo que quedarme en esta puerta hasta que salgan. Siempre tardan algo más porque acaban en el tejado haciendo fotos de la Giralda.

Los supuestos candelabros son en realidad unos farolillos portavelas sin velas propiamente dicho. La supuesta vela interior de plástico es una luz led a pilas que parpadea simulando el efecto de una llama. Por eso, Junior reparte a todos unos llaveros-linterna que parecen iluminar algo mejor.

Al entrar en la iglesia con esa tenue luz, el efecto parece llevarles varios siglos atrás en el tiempo. Los haces de luz se entrecruzan en lo alto del techo, revelando frescos de Juan de Valdés Leal y de su hijo Lucas, tal y como expone Marta.

—Valdés Leal fue uno de los artistas que realizó trabajos para la Congregación de la Granada —asegura Joaquín—. Más texto en latín. ¿Por dónde empezamos?

Con su linterna, Guillermo ilumina un púlpito de mármol y madera en el lado del Evangelio, en cuyos tres laterales visibles se puede leer: «*Audite*», «*Intelligite*» y «*Custodite*». Luego traduce en alto: «Oíd, entended y guardad». Al iluminar el tornavoz de madera tallada explica que se encuentra coronado con los atributos de san Fernando: el orbe, la espada y la corona.

Con presteza, Guillermo sube las escaleras del púlpito hasta colocarse en posición de oratoria e iluminando con la linterna. Como si cada palabra apuntara a un sitio en concreto, marca una zona de la iglesia en el lado de la Epístola:

—Oíd —dice enfocando el retablo más a su derecha, al fondo de la nave—, entended —apunta incidiendo la luz de su linterna en el retablo de san José en el centro del lado de la Epístola— y guardad.

Su haz de luz se clava en el retablo más próximo al altar mayor, justo a la izquierda del acceso a la sacristía, aunque en el marco central hay una pintura de la Inmaculada que no resulta ser la que Guillermo buscaba.

—Ahí estuvo la Inmaculada de Soult—expone Guillermo y se corrige rápidamente, bajando del púlpito sin dejar de iluminar el lienzo—. Quiero decir la Inmaculada de los Venerables.

—¿Estuvo? —pregunta Germán—. ¿No es esta?

—Por supuesto que no —le aclara Marta—. Tras el expolio, el Mariscal Soult se la llevó a Francia para su colección. Cuando murió la vendieron. Luego pasó por el Louvre y ahora se encuentra en el Museo del Prado.

Acercándose al retablo, Joaquín cuestiona:

—¿Eso quiere decir que nuestra próxima moneda está en Madrid?

—¿Dos veces en el bastidor? Lo dudo mucho —se responde Guillermo a sí mismo—. Hablamos de la Inmaculada de Murillo por excelencia, la que Justino de Neve quiso expresamente para esta iglesia consagrada a san Fernando.

—¿A dónde va? —pregunta Joaquín al ver que Guillermo deja de iluminar el retablo y se dirige al fondo de la iglesia.

—Hay una copia en el patio —le responde, alejándose.

En el muro del patio exterior colindante con la iglesia, hay tres copias de pinturas que estuvieron en este hospital en sus orígenes y que la masacre del mariscal Soult se las llevó para siempre, junto con otras muchas obras de Sevilla. Ahora la ciudad se tiene que conformar con exponer copias cuyos originales se encuentran repartidos por todo el planeta en colecciones particulares y museos.

Todos observan las copias excepto Junior, quien ha desistido de tanto juego y se centra en el suyo, haciendo correr a su personaje por la pantalla de su consola portátil, cuyo volumen ha muteado.

La copia de la Inmaculada de los Venerables se encuentra escoltada por otras dos pinturas de Murillo: el *Retrato de Justino de Neve* y *La Virgen con el Niño entregando pan a unos sacerdotes*. El original de la primera se encuentra en Londres; el de la segunda, en Budapest.

—*Justino de N*eve —dice Guillermo iluminando la copia del patio y el texto descriptivo e histórico que acompaña a cada una—, la *Inmaculada* y *La Virgen con el Niño entregando pan a unos sacerdotes*, tres clásicos de Murillos que volaron de su casa. —Se detiene en la pintura de la Inmaculada y pregunta—: ¿En qué se diferencia de la Inmaculada de San Lorenzo?

—No hay tiempo para adivinanzas —advierte Germán, mirando el patio a su espalda, con la fuente central escalonada en circunferencias concéntricas.

—¿Dónde están los atributos de la Inmaculada? —formula otra pregunta y se responde sin esperar contestación—: No hay. Murillo no pintó ni un solo atributo, mientras que todos los artistas rellenaban sus cuadros con simbología mariana.

Vuelve al interior de la iglesia preguntando por los atributos en el

cuadro de Pacheco, la Inmaculada de San Lorenzo. Todos le siguen a la vez que Marta busca en su móvil una imagen de dicha pintura.

—Murillo no incluyó ningún atributo de la Inmaculada en su óleo —dice al llegar al retablo donde estuvo la pintura a la que se refiere— porque se iban a colocar en el marco. —Ilumina el contorno de la pintura que suple la Inmaculada de los Venerables y, deteniéndose en algunas partes del marco dorado con piezas talladas que se distinguen de los adornos ordinarios, enumera —: la Torre David, el pozo, el ciprés, la palmera, la fuente, el espejo.

—Las letanías lauretanas y los símbolos de Santa María la Blanca —susurra Marta, mostrando una imagen de la Inmaculada de Pacheco en la pantalla de su teléfono móvil. Y ampliando la parte inferior, bajo los pies de la Virgen, añade—: la palmera, el ciprés, el pozo, la fuente, el jardín, la torre, el barco, la luna…

Germán y su padre sumergen sus cabezas para poder ver en la diminuta pantalla todo aquello que han tenido en San Lorenzo durante años delante de sus narices. Joaquín compara el marco y los atributos que ha enumerado Marta advirtiendo que no está el espejo.

—«Espejo de justicia» es como se reza en las letanías —apostilla Guillermo—, pero en las paredes de Santa María la Blanca aparece como *«specvlum sine macula»*, espejo inmaculado. —Pasa su dedo por la pantalla hasta encuadrar el pecho y rostro de la Virgen, con sus brazos cruzados y esos dedos en una posición tan peculiar, con el anular y corazón unidos, y separados del índice y meñique. A su lado, un ángel sostiene un espejo que apunta al rostro de la Inmaculada—: Ahí está el espejo, reflejando el sol.

—Tal y como describe Pacheco en su obra *El arte de la pintura* —asegura Marta—, vestida de sol rodeando toda la imagen.

Focalizando el haz de luz, Guillermo se aproxima hacia el espejo en el marco que en su día rodeara la Inmaculada de Murillo en los Venerables. Más que un óvalo, la elipse del espejo tallado en relieve en el marco es de unos diez centímetros de alto por unos seis de ancho, contorno dorado y pintado en su interior sobre blanco. Resalta una cruz dorada de la que emana un resplandor de varias puntas.

—Esta pieza no está tallada con el conjunto —explica Marta, pasando sus dedos por el borde del espejo—. Está ensamblada.

Sacando una navaja automática, German admite que no hay otra manera de comprobarlo. La cuchilla brilla bajo la luz de las linternas y los farolillos de imitación, pero Marta toma la navaja, aun sabiendo que el destrozo será considerable. La punta de la navaja escarba en el dorado que desvela el estuco y este a su vez en la madera. Marta raspa un poco más en la zona entre el marco y el espejo tallado para descubrir la unión de dos trozos de madera distintos.

—Lo sabía —susurra—. Esto no lo va a arreglar ningún pegamento.

Cuando ha recorrido todo el contorno de la elipse, mete con dificultad la punta de la navaja entre las dos maderas, hace palanca y chirría la madera. Introduce la navaja algo más y tira de ella hacia arriba, sonando la fricción de la madera del espejo con los clavos que la ensamblaban al marco. Marta mueve la pieza de un lado a otro hasta que consigue deshacerse de los clavos que la sujetaban, quedando las puntas hacia arriba en el marco. En su mano, el vandalismo tiene forma de elipse dorada con fondo blanco. Le da la vuelta e insertada en la madera hay una moneda. Debajo de ella, labrado en la madera y tintado en negro, se lee:

—¿Qué significa? —pregunta Joaquín.

Pero Marta y Guillermo parecen dudar sobre el significado.

—¿El hambre de Nimas? —pregunta Guillermo, pero Marta se encoge de hombros. Luego, repasa con el dedo la frase inferior y se detiene en la q sobre la o del final para susurrar—: *quaestio*.

—¿Qué significa? —insiste ahora Germán.

—No es lo que significa —puntualiza Guillermo—. Esa «*qo*» es la apócope de *quaestio*, «pregunta» en español—. Cuando Germán pregunta qué es una apócope, Guillermo le aclara que se trata de una abreviatura, la primera y la última letra de la palabra—. Es el origen del signo de interrogación final que conocemos —dice trazando con el dedo índice el signo *«?»* en el aire—. Primero fue una q sobre una o, pero con las prisas se terminó escribiendo el signo que conocemos.

—Entonces se trata de una pregunta —asevera Joaquín.

Guillermo asiente y traduce: «¿Ves la cruz y el espejo?». Le da la vuelta a la pieza, aún en las manos de Marta y, señalando la Cruz resplandeciente, dice:

—La cruz y el espejo.

—Pero ¿por qué la cruz en minúscula? —pregunta Marta.

—La cruz del espejo es pequeña —puntualiza Germán.

Marta fotografía con su móvil a la madera del reverso del espejo antes de extraer la moneda, haciendo palanca con la navaja, y escucha su sonido metálico al caer al mármol de la iglesia. En la oquedad que ocupaba la moneda se aprecia una granada tallada en la madera. Marta se deshace de la navaja y, haciendo coincidir los clavos, coloca la pieza del espejo en el marco. Aún no se cree lo que ha hecho, aunque se consuela pensando que el destrozo habría sido mayor si lo hubiera llevado a cabo Germán, quien ahora guarda su navaja.

A pesar de su septuagenaria edad, Joaquín ha sido el más rápido en

agacharse y hacerse con la moneda para analizarla bajo la luz de su farolillo. Pregunta:

—¿Y esta a dónde nos conduce?

Observando la moneda en sus manos, Guillermo acaba de comprender que el viejo no tiene intención de desprenderse de esa moneda ni de las otras dos que ya tiene.

—Venga, chicos —suelta Joaquín, esbozando una triunfante sonrisa —. No tenemos toda la noche. ¿A dónde nos lleva esta pista?

27
Sevilla. Hospital de los Venerables Sacerdotes

—¿Quién es Nimas? —pregunta Joaquín, bajo las luces tenues que desprenden las linternas y los farolillos. Al no recibir respuesta, continúa—: ¿Qué significa «El hambre de Nimas»?

—No tengo ni idea —responde Guillermo—. Uno de los cuadros robados que estuvieron aquí originalmente fue el de *La Virgen con el Niño entregando pan a unos sacerdotes*. La copia está ahí fuera, en el patio. ¿Podría ser Nimas uno de esos sacerdotes?

—¿Me lo pregunta o lo afirma?

—No lo sé. Habría que estudiar la historia del cuadro, buscar en la biblioteca de la universidad.

—En absoluto —responde en seco Joaquín—. La pista debe estar aquí, delante de nosotros. La Orden del Mestizo no permitiría que una pista se perdiera con un cuadro robado y se desvaneciera el sendero. —Impaciente, se gira hacia el púlpito—: Oíd, entended y guardad.

Son las tres palabras en latín que se leen en las caras visibles del púlpito de mármol y madera. Joaquín las repite con una sosegada vocalización:

—Oíd, entended y guardad. Son los tres pilares de los Seis de Particular Espíritu, los únicos a los que el cabeza de la congregación les revelaba el secreto.

—¿De dónde ha sacado esos datos? —cuestiona Guillermo, absorto.

—De los estudios de don Ernesto.

—¿Qué más información nos está ocultando?

—Supuse que lo sabría cuando se subió al púlpito. ¿Quién podría ser ese tal Nimas?

—Necesito un ordenador, internet, ver algunos libros —asegura Guillermo, que se frota los ojos y echa a andar por el pasillo central—. Estoy agotado.

—¿A dónde va? —pregunta Joaquín.

—A descansar algo. Mañana le buscaré en San Lorenzo.

Instintivamente, Marta sigue los pasos de su compañero, pero Germán le sujeta del brazo con lo que le impide el avance. Muy débilmente, susurra «Guille» cuando Germán la inmoviliza contra su cuerpo y siente el frío de la navaja rozar su cuello.

Guillermo se vuelve:

—Pero ¿qué hace?

—¿Quién es Nimas? —vuelve a preguntar Joaquín.

—Le he dicho que no lo sé.

—Me haces daño —balbucea Marta.

—Con esa actitud no me servís de mucha ayuda —pronuncia Joaquín, con rotundidad—. ¿Cuál es el siguiente lugar? ¿Dónde está la siguiente moneda?

Marta hace el amago de chillar de dolor y Germán le sisea en el oído.

—Como sigas apretando me vas a romper el brazo —gime Marta.

—Espere. Suéltela y le diré dónde está.

—¿Ahora lo sabe? —pregunta, con sorna, Joaquín.

—No, pero daremos con ella.

—¿Ahora es cuando debo fiarme de usted? —sigue el viejo, con el mismo tono.

—No es necesario la fuerza —advierte Guillermo—, y necesitamos sus conocimientos de arte.

Joaquín asiente y su hijo separa lentamente la navaja del cuello de Marta y aflojando el brazo que la sujetaba. Guillermo abre la cremallera de la riñonera y comienza a rebuscar en ella, pero Junior se precipita y es él quien registra su interior.

—Ya nos encargamos nosotros, Guille —le dice el viejo.

—Solo hay cuatro —expone Junior, tras haber registrado a fondo la riñonera.

Germán empuja a Marta hacia Guillermo, quienes comparten un abrazo más de temor que de cariño. Entonces, en un impulso mutuo, echan a correr hacia las puertas de la iglesia que dan al patio. Pero un golpe bien sonoro cierra el acceso. Quien las cerró, el vigilante de seguridad, con seriedad, les pregunta si van a algún sitio.

—¿Solo cuatro? —pregunta en voz alta Joaquín una vez que las monedas yacen en la palma de su mano. Guillermo se vuelve y asiente —: ¿Dónde?

—Santa Ana, el Postigo del Aceite, la Catedral y el Alcázar.

—Por lo que, junto con las dos que teníamos nosotros y la que acabamos de encontrar, hemos cruzado el ecuador.

—¿Qué le hace pensar que la de Santa Ana era la primera? — pregunta Guillermo, caminando de nuevo hacia el centro de la iglesia junto con Marta y seguidos de cerca por el vigilante—. Ni siquiera usted sabía cuántas monedas había antes de encontrar la del bastidor de San Lorenzo.

—Ya nos preocuparemos de eso. ¿Dónde está la siguiente?

Guillermo resopla y advierte que la palabra *cruz* estaba en minúscula.

—Ya lo dijisteis antes. Pero ¿qué significa?

—Hombres tan temerosos de Dios —expone Guillermo—, y especialmente un canónigo como Justino de Neve, no dejarían pasar ese error ortográfico a menos que fuera cometido a conciencia.

—¿Y qué significa?

Las miradas entre ambos jóvenes se cruzan. Marta asiente y asevera:

—*El Triunfo de la Cruz*.

Explica que en la iglesia de Santa María la Blanca estaban *El Triunfo de la Inmaculada* en la nave del Evangelio y *El Triunfo de la Eucaristía* en la nave de la Epístola, ambas obras pictóricas de Murillo. Que en *El Triunfo de la Inmaculada* incluso era probable que apareciese el propio Justino de Neve.

—En esta iglesia está *El Triunfo de la Cruz* —concluye Marta—, un fresco de Valdés Leal, quien, como usted nos dijo cuando entramos, realizó trabajos para la Congregación de la Granada.

Tras la pared donde está el marco de la robada Inmaculada de Murillo, las luces de las linternas muestran el fresco de Juan de Valdés Leal, que ocupa casi la totalidad del techo de la sacristía, a unos cuatro metros y medio de altura. El vigilante pulsa el interruptor y la luz se hace en esta sacristía de forma trapezoidal, con una larga cajonera y una vitrina con crucifijos, relicarios y orfebrería como cálices y vinajeras fechadas en más de tres siglos de antigüedad. Sobre la cajonera llama la atención un espejo y un crucifijo con la talla en marfil. Marta señala la cruz del fresco en el techo y explica que se trata del ejemplo más estudiado en el arte por su perspectiva cónica:

—Un único punto de fuga. Valdés Leal lo diseñó para que un observador de metro y medio de altura percibiera todo sin deformación si se colocaba justo debajo de los brazos de la cruz.

—¿Qué lo pintó para niños de metro y medio de altura? —pregunta Germán.

—Era la altura media de la época —responde Marta.

Cuatro ángeles sujetan la cruz, suspendidos en el aire a la altura de una balaustrada que finge un primer piso a la altura del techo. El falso techo pintado nos lleva a imaginar que la sacristía es inmensamente más alta de lo que realmente es. En medio del suelo, entre la cajonera y la vitrina, un rectángulo en mármol rompe con la solería a base de baldosas blancas y azules, alternadas con forma de romboide que dan la sensación de tridimensionalidad. En el centro del mármol hay una calavera con dos huesos cruzados, signo unívoco y universal que hace referencia a la muerte. Algunas de las partes parecen haber estado en relieve hace varios siglos, aunque el desgaste por las pisadas de tantos fieles ha deteriorado notablemente las líneas. Encima, en el interior de una cinta se puede leer «PADRE NUESTRO» en latín:

Las manos de Guillermo acarician las letras desgastadas, reconociendo de inmediato el rombo que separa las palabras y la letra S torcida con punta de flecha. Marta también ha reparado en ambos signos, pero ambos guardan silencio.

—¿Qué hay debajo? —pregunta Joaquín.

—Supuestamente una cripta vacía —responde el vigilante—. Ya se lo conté a Germán: uno solo no puede levantar esa losa.

Por eso todos, excepto el viejo y antiguo sacristán, clavan sus rodillas en la sacristía y hacen palanca con cuidado de no amputarse ninguno de sus dedos, mientras desplazan la pieza de mármol rectangular.

Las linternas de Marta y Guillermo iluminan mucho más el vacío hueco que los farolillos de decoración de Germán y Junior. Sin embargo, la linterna del vigilante tiene mucho mayor alcance en intensidad y permite escrutar mejor desde lo alto el hueco que yace bajo la sacristía del Hospital de los Venerables. El primero en descolgarse hacia la oquedad es Guillermo, quien desde abajo ayuda a Marta. Le siguen, sin dudarlo, Germán y el vigilante.

En cada una de las cuatro paredes, excavado en la piedra, resalta el hueco que, en forma de puerta, parece dar paso a otra sala. Sensación de humedad, suciedad y telarañas complementan el recinto cuadrado.

Desde el techo, Joaquín y su nieto asoman sus cabezas por el orificio de la ausente losa esperando a que Germán les cuente que solo hay cuatro puertas. Encima de cada una de ellas aparecen, rasgadas en la piedra, cuatro palabras en latín: «PRUDENTIA», «IUSTITIA», «FORTIS» y «TEMPERANTIA». Debajo de cada palabra se esboza un dibujo sin mucha precisión, dado que, al igual que las letras superiores, se debieron rayar con algún objeto metálico, pero sin tallarse con esmero.

—Son las virtudes cardinales —advierte Marta.

Debajo de la prudencia hay una serpiente, bajo la justicia una balanza. Encima de una lanza y un escudo se lee «fortaleza» y dos vasijas acompañan a la templanza.

—¿Por dónde? —se impacienta Germán.

—Un momento… —dice Guillermo, repasando con su linterna las paredes.

Hay algo más escrito, y no en una sino en las cuatro paredes. El mismo texto repetido una y otra vez, con distintos tamaños y grafías, como si varias personas lo hubieran escrito: «Uno adentrará, dos salirá».

—«Salirá»… No está bien dicho —suelta el vigilante, revisando el texto con su linterna—. Querrá decir «saldrá».

—¿Por cuál? —pregunta Germán, acercándose a la puerta marcada con la palabra *fortaleza*—. ¿Por esta?

—Espera —le advierte Guillermo—. Podría ser una trampa.

Sin entrar por ninguna de las puertas, Guillermo le pide la linterna al vigilante para iluminar con mayor potencia el interior de los habitáculos a los que conducen las cuatro puertas. En el interior de donde pone «fortaleza» el haz de luz deja ver huecos de nichos en las paredes, mientras que «justicia» conduce a una sala aparentemente vacía con una mesa de piedra en el centro que podría ser perfectamente un altar de sacrificios. En el interior de «prudencia» se atisban esqueletos que hacen dar un respingo al vigilante. «Templanza» muestra una especie de cripta repleta de pequeños osarios esparcidos por el suelo, seguramente conteniendo los huesos de aquellos que nos dejaron siglos atrás.

De vuelta al centro de la sala, Guillermo vuelve a repasar las palabras y dibujos a modo de símbolos que encabezan cada una de las puertas. Detiene el haz de luz en la serpiente de «prudencia» y lentamente avanza sus pasos hacia esa puerta.

—No soporto las serpientes —advierte Marta, siguiéndole a su lado.

—Ni yo las arañas —confiesa Guillermo—, y mira dónde estoy.

—¿Es esa la puerta? —pregunta Germán desde el centro.

—No estoy seguro. ¿Quieres comprobarlo tú?

Parece que el silencio otorga a Guillermo el privilegio de entrar primero quien ilumina el contorno de la puerta y dos losetas de piedra en el suelo justo después del dintel. En la parte superior de la puerta se pueden contar hasta seis orificios de unos cinco centímetros de diámetro cada uno, separados a la misma distancia entre ellos. Las miradas que cruzan Marta y Guillermo parecen entenderse a la perfección.

—El Triunfo de la Cruz —advierte Marta—. La cruz vence a la serpiente. La sangre de Cristo crucificado cayó sobre la piedra del Gólgota que se rasgó y llegó hasta la calavera de Adán. Así se cumplían las escrituras, el lugar donde debía morir el segundo Adán: Jesucristo. El pecado original de Adán: todos mueren en Adán y todos revivirán en Cristo.

—*Golgota* significa «calavera» —contribuye Guillermo—. Al igual que *calvario*.

—¿Ves la cruz y el espejo? —le pregunta en voz baja Marta—. La prudencia se simboliza con una mujer de dos cabezas sosteniendo una serpiente y un espejo.

—Prudencia —susurra Guillermo, observando la palabra encima de la puerta—: ¿Confías en mí?

Marta asiente y Guillermo le pasa la mano por la cintura. Ella salta sobre la cadera de Guillermo, quien la sostiene en peso. Tras el dintel de la puerta, Guillermo pone su pie izquierdo en la primera piedra que desciende levemente un par de dedos del nivel del suelo y

seguidamente el pie derecho en la otra. Desciende igualmente y cruza completamente la puerta. Entonces, el sonido tras ellos es brusco y metálico: chocan seis lanzas de hierro contra el suelo, salidas de los orificios de la parte superior de la puerta y bloquean el acceso.

—¿Qué habéis hecho? —grita Germán.

—Nada —responde Guillermo, que da un nuevo paso y abandona las dos piedras que se distinguían en el suelo, las cuales retornan al nivel del suelo soltando un sonido de fricción. Marta deja caer sus pies sobre el suelo de la nueva sala y con su pequeña linterna revela varios esqueletos en sus paredes.

—¡Ábrela! —le grita Germán, alterado.

—Yo no la he cerrado —replica Guillermo, cegándoles con la luz de la linterna del vigilante.

—¡Devuélvemela!

—Entra a por ella.

—¡Vámonos! —golpea German el pecho del vigilante. Y a Guillermo le dice—: Procura encontrar una salida rápido. No tendrás pilas eternamente.

Y los dos se vuelven hacia el agujero del techo para retornar finalmente a la sacristía. Marta pregunta, con desesperación, a dónde van, pero no hay respuesta. Un simple murmullo llega a los oídos de los jóvenes, encerrados en la sala que encabezaba la prudencia, como si de un mal augurio se tratara.

Entonces la voz de Joaquín llega con eco a sus oídos:

—Avisad cuando tengáis otra moneda y os sacaremos de este agujero.

El arrastre de la losa que levantaron en la sacristía llega hasta sus oídos.

—¿Pero qué hacéis? —grita Marta, sacudiendo las lanzas a modo de barrotes que le impiden salir—. ¡Sacadnos de aquí!

El ruido de la pieza de mármol deslizando sonoramente sobre el suelo termina con un seco golpe, indicativo de que ha vuelto a su posición original en la sacristía. El silencio solo se ve roto por el llanto quejoso de Marta.

—Tranquila —le susurra Guillermo, echándole un brazo por encima en un intento de calmarla—. Saldremos de aquí.

—Esta gente está loca. Tú estás loco —le grita—, y todos me habéis arrastrado con vuestras locuras hasta quedarme encerrada en una cripta llena de muertos.

Guillermo se separa y le dice que está equivocada. Se acerca a uno de los cuatro esqueletos que cuelgan de la pared, vestidos con hábitos propios de monjes, con un cíngulo atado en la cadera. Al fondo de la sala hay otro esqueleto de monje, aunque este no cuelga de las paredes laterales sino que está sentado en un sillón de piedra.

—¿Equivocada?

—Sí, Marta, estás muy equivocada. Yo podré estar loco, no te lo niego, pero ni estamos encerrados ni estos son muertos. Encontraremos una salida.

—¿De qué estás hablando?

Con su mano libre, Guillermo levanta el brazo de uno de los esqueletos y con la otra ilumina las falanges y metacarpianos que quedan colgando. Marta se precipita para examinar de cerca la mano del esqueleto y verifica nada más tocarlos que están tallados en madera. Guillermo deja caer el esquelético brazo y confirma:

—No son huesos.

◊ ◊ ◊

Como si del capitán de un barco se tratara, el último en abandonar el Altar del Jubileo, tras verificar que todo está perfecto para la mañana siguiente, es el prioste de la Hermandad del Auxilio, Javier Heredia. Todo ello después de haber revisado por tercera o cuarta vez las posiciones de las flores, la tela del dosel, los calzos de los candelabros, la rigidez del fundido de las velas del candelero y la fuerte fijación del palio a los varales.

El vigilante les conduce a Javier y media docena de sus colaboradores por la nave, casi a oscuras, hasta que les deja salir por la Puerta de San Miguel.

—Más temprano de lo que imaginaba —asegura uno de los colaboradores, mirando el reloj—. Da tiempo para tomar una copa.

—O dos —responde otro de los ayudantes.

—Yo me retiro —advierte Javier—. Ha sido un día muy largo y mañana lo será mucho más.

Varios de los colaboradores le insisten, pero Javier Heredia sacude la cabeza y les promete que les debe una. Que se la tomen por él.

—No trasnochéis mucho —les dice mirando su reloj—. Nos vemos a las ocho y media en la Puerta del Perdón. Os invito a desayunar.

Que el prioste gire hacia la Puerta de Jerez no es porque su casa esté por ahí o necesite un taxi, sino porque sabe que sus colaboradores terminarán en la Alfalfa, como siempre que tienen que preparar un altar, limpiar plata o montar un paso. Por eso coge en sentido opuesto y espera un tiempo prudencial, mirando de reojo cómo se pierden por la esquina de la parroquia del Sagrario con la calle Alemanes.

Marca en su teléfono móvil y, al cabo de dos tonos, responde la voz de Silvia:

—¿Diga?

—¿Es muy tarde para una copa?

◊ ◊ ◊

Los pasos en el Hospital de los Venerables resuenan con gran acústica en el interior de la iglesia. Padre, hijo, nieto y vigilante alcanzan los pies de la nave central. A la derecha Germán revisa el espejo de madera del marco que rodeara el lienzo de la Inmaculada de Murillo robada por el mariscal francés hace ya más de dos siglos.

—Se me va a caer el pelo —se lamenta el vigilante.

Germán intenta quitarle importancia diciéndole que apenas se nota.

—¿Que apenas se nota? Se ha descascarillado el dorado y esa pasta blanca.

—Podría haber pasado en otro momento y no en tu turno — dice Germán, que retira pequeños fragmentos dorados y blancos de la mesa del retablo.

—Revisarán las cámaras y notarán que estuvieron apagadas en mi turno.

—Ya nos preocuparemos de eso en su debido momento —asevera Joaquín, dando por zanjada la conversación—. Tarda demasiado. Dijo que vendría nada más terminar una reunión de protocolo en palacio.

—¿La coronación?

Pensativo, Joaquín asiente y llama a Junior:

—¿Sabes dónde está el cuarto de las herramientas en San Lorenzo?

—Junto a la sacristía —responde.

—En la estantería de la derecha, arriba, junto a los candelabros y los floreros viejos, hay una rotaflex.

—Yo iré a por ella —dice Germán.

—No —responde, tajantemente, Joaquín—. El chico irá y volverá mucho más rápido que tú. —A Junior le pregunta—: ¿Sabes lo que es?

—Un aparato para cortar metal.

—Métela en una bolsa. Coge las llaves de tu padre y date prisa.

Germán le pregunta a su padre si se ha vuelto loco:

—¿Sabes lo que es dejar a un niño solo un sábado por el centro?

—Sabe cuidarse —le responde Joaquín.

—Vamos —dice tirando del brazo de su hijo—. No voy a dejar que un niño abra la parroquia a medianoche.

◊ ◊ ◊

—Estamos en el sitio correcto —advierte Guillermo—: la cruz, el espejo, la calavera en el mármol…

Marta ilumina con su linterna la parte superior del esqueleto tallado en madera sentado en la silla del fondo y lee: «*Vanitas vanitatum omina vanitas. Qo. 1,2*».

—¿*Qo*?

—Eclesiastés —responde Guillermo—. Es otra manera de abreviar ese libro del Antiguo Testamento.

Le aclara Guillermo que en muchos sitios lo abrevian «*Ec*», pero en otros lo hacen como «Qo», debido a que quien narra ese libro se llama a sí mismo Qohéleth, el hombre de la asamblea. Dice que muchos se lo atribuyen a Salomón, ya que, en el propio texto, el autor se llama a sí mismo «hijo de David y rey de Jerusalén».

—Vanidad de vanidades, todo es vanidad —termina traduciendo.

—*Vanitas* —replica Marta—. *Vanitas* es un género artístico. El favorito de Miguel Mañara. Recuerda a Valdés Leal en el Hospital de la Caridad.

Guillermo admite que tiene bastante sentido, contoneando su linterna de un esqueleto a otro hasta acabar de nuevo en el que yace sentado en la silla de piedra, con sus brazos cruzados en el pecho y una venda a modo de parche tapando uno de sus huecos oculares. Junto a la silla, rayado en la pared como las virtudes cardinales de las puertas de fuera, se lee «QUOD VITAE».

—¿Descartes? —pregunta Guillermo, incrédulo.

—Lo dudo mucho.

—La salida tiene que estar aquí delante de nuestros ojos.

Los cuatro esqueletos de las paredes quedan colgados a unas dos cuartas del suelo, enganchados en la parte trasera de sus cabezas con unas cadenas que salen de unos orificios en la parte alta del techo. Todos visten un hábito de monje con cíngulo, excepto uno, cuyo esqueleto está al descubierto y su ropaje en el suelo, a sus pies.

—Debió caerse con el tiempo —sugiere Marta, al iluminar la ropa en el suelo.

—No creo que esté ahí al azar —advierte Guillermo, enfocando con su linterna una botella en la mano izquierda de otro de los esqueletos colgados—. El tallado de esa mano por el imaginero estaba destinado a sujetar esa botella desde su concepción.

Quita el tapón de corcho, con cuidado de no resquebrajarlo, y advierte un olor avinagrado antes de volver a sellar la botella.

Aunque en una primera visual los tres monjes vestidos parecían iguales, cada uno tiene un elemento que los distingue. Si uno sujeta una botella, el otro mantiene sus manos elevadas a la altura de la cara, mientras el tercero tiene sus manos atadas con un candado y unas cadenas de cuyos extremos cuelga una pieza de madera del tamaño de una pelota de *rugby*.

—*Quod vitae* —lee Guillermo de nuevo, junto al único monje sentado—. El sentido de la vida. —Gira hacia Marta y le grita—: ¡Son las meditaciones de Mañara!

—¿Qué son las meditaciones de Mañara?

—*El Discurso de la Verdad* de Miguel Mañara y las nueve

Meditaciones para salvar el alma —Guillermo enumera—: el sentido de la vida, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, visitar a los enfermos, redimir al cautivo, dar posada al peregrino, enterrar a los muertos y los novísimos.

—¿Te lo sabes de memoria?

—Tendrías que leer más y estar menos enganchada a Instagram.

—¿Ahora cotilleas mi Instagram? —pregunta con una pícara sonrisa.

Le pregunta por esa última palabra tan rara, los novísimos, y Guillermo le explica que es una rama de la teología, la que trata sobre lo que hay después de la vida.

—¿Escatología?

—¿Te suenan las postrimerías del hombre? —pregunta y continúa —: Muerte, juicio, infierno y gloria.

—*Los jeroglíficos de las postrimerías* —apostilla Marta—. Son los dos cuadros más importantes de Valdés Leal en el Hospital de la Caridad.

—Por encargo de Miguel Mañara —puntualiza Guillermo—, quien diseñó todo el conjunto artístico de la iglesia de San Jorge en ese hospital. Como Justino de Neve aquí en los Venerables y en Santa María la Blanca.

—Muy bien, tenemos que ir al Hospital de la Caridad —admite Marta—. Pero ¿cómo salimos de aquí?

Pidiéndole a Marta que sujete la potente linterna del vigilante, Guillermo se acerca a los cuatro esqueletos colgados. Al situarse en frente del que tiene sus manos atadas con unas pequeñas cadenas, analiza el candado, mete sus manos en la riñonera y saca la navaja multiusos de Nacho para comenzar a manipular la cerradura, pero resulta inútil. Marta ilumina la sala hasta advertir en la cintura del monje sentado una argolla metálica marrón de la que cuelgan dos grandes llaves viejas del mismo color. Cada llave lleva inscrita una palabra: «ABRIRÁ» y «DIOS».

—¿Abrirá Dios? —inquiere Marta.

—O Dios abrirá —le replica, tomando la argolla con las llaves.

Prueba con una de las llaves en el candado del esqueleto colgante, pero no hay éxito. Repite la misma operación con la otra llave hasta que el candado se abre y tanto la cadena como la pieza de madera del extremo golpean el suelo, dejando las manos del esqueleto libres de ataduras. Entonces suena la gran cadena que lo sujetaba por detrás de la cabeza y el esqueleto asciende como medio metro respecto a su anterior posición. Marta da un paso hacia atrás, iluminando el agujero en el techo por el que ha subido la cadena. Guillermo susurra:

—Redimir al cautivo...

Mira las dos llaves antiguas en su mano y, preguntándose qué abrirá la segunda de ellas, las cuelga de la correa de la riñonera. Se

vuelve hacia el esqueleto desnudo, cuyo ropaje yace a sus pies. Coge el polvoriento hábito, ahueca la parte del cuello y cuela las piernas del esqueleto, luego ambos brazos e incluso le levanta la cogulla para cubrir su cráneo. Al soltar el ropaje la cadena suena contra la piedra del techo y el monje ya vestido desciende unos centímetros.

—Vestir al desnudo… —murmulla Marta.

—Es una combinación de equilibrio. Como una caja fuerte, solo que aquí la combinación es que cada cadena sostenga el peso correcto.

Señalando al esqueleto de la botella, Marta menciona otra de las meditaciones: dar de beber al sediento. Guillermo intenta forzar suavemente el brazo y la articulación del hombro cruje al friccionar madera contra madera conforme el brazo se eleva unos centímetros. Repite la operación, moviendo tanto la articulación del hombro como la del codo hasta casi rozar la boca de la botella con la mandíbula del esqueleto. Lo suelta y apenas se tambalea levemente de un lado hacia otro, hasta alcanzar el equilibrio, pero la cadena ni sube ni baja.

—No le estás dando de beber —le avisa Marta.

Y Guillermo, con cuidado de no romperlo, retuerce el corcho hasta que sale el brebaje, que entra por la mandíbula de madera y se derrama en el suelo. La cadena se mueve y el esqueleto se eleva unos centímetros al perder el peso del líquido.

Los ojos de los dos jóvenes se clavan en el haz de luz que enfoca el cuarto esqueleto colgante, con sus manos abiertas, separadas como una palma y situadas a la altura de la boca.

—¿Dar de comer al hambriento? —plantea Marta y Guillermo se pregunta qué podrían darle de comer.

La luz de la linterna recorre el habitáculo y, al repasar el suelo, se detiene en la cadena que sujetaba las manos del cautivo, junto a una pieza de madera que Guillermo recoge y coloca entre las manos del esqueleto, encajando a la perfección. La cadena suena y el monje desciende una cuarta.

—¿Y ahora qué?

—Solo queda un esqueleto —responde Guillermo—, aunque las meditaciones son nueve.

Parece evidente que, sentado en esa silla y con sus brazos cruzados en el pecho, debe tratarse del monje principal. Según Marta, podría tratarse del abad o el prior.

—El sentido de la vida es la primera de las meditaciones —dice Guillermo, intrigado con las palabras «QUOD VITAE» rayadas en la pared—. Las meditaciones de Mañara comienzan con el sentido de la vida y concluyen con las postrimerías, con el más allá.

—¿A qué se refiere con el sentido de la vida?

—Seguir el modelo de vida de Jesucristo —musita Guillermo—. Como su Madre, la Virgen, que fue sierva fiel de la voluntad de Dios.

—Concebida sin pecado original —añade Marta.

—No puede ser… —murmulla Guillermo, acercándose a los brazos cruzados del monje. Agarra un dedo esquelético tallado en madera y lo mueve. Comprueba que todos los dedos de las dos manos se mueven por la articulación que une los metacarpianos con los carpianos, y puede unirlos y separarlos entre sí. Se gira hacia Marta—: ¿Recuerdas la posición de los dedos de la Inmaculada de Pacheco en San Lorenzo?

Comprobando la posición de los dedos de la pintura de Pacheco en la pantalla del móvil de Marta, Guillermo lo imita en los dedos del monje sentado. Separa el meñique y el pulgar de la mano derecha, así como el índice y meñique de la izquierda, para terminar juntando los dedos corazón y anular izquierdos. Marta sitúa el móvil al lado de las descarnadas manos del monje para verificar que la posición es correcta.

El silencio es absoluto. No hay sonido de cadenas que se muevan ni de puertas que se abran, apenas la respiración jadeante de los jóvenes por la humedad interrumpida por las palabras de Guillermo:

—Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo.

—No creo que salgamos de aquí porque te pongas a rezar.

—*Ecce Agnus Dei, qui tollit peccata mundi* —repite Guillermo, en latín—. Las palabras visibles en la capilla de San Lorenzo eran «*mundi ecce dei peccata*».

—«He aquí los pecados del mundo» —intenta traducir Marta.

—Aquí están, mirad, ved cómo son los pecados del mundo. ¿Por qué una escultura llevaría un ojo tapado? —Levanta el trapo a modo de parche que le cubría el ojo derecho y en el cuenco oculto hay una esfera de piedra.

En la mente de ambos, la lobera de San Fernando del Postigo del Aceite de esta mañana se les hace presente. Guillermo abre la riñonera y saca la esfera que se desprendió de la espada del rey en relieve tallado en piedra en lo alto del postigo. Sus dimensiones son similares a la esfera que el monje ocultaba en su cavidad ocular derecha, la acerca al cuenco izquierdo, la mete y presiona levemente hasta que suena un chasquido al que le sigue un ensordecedor ruido en el interior de la sala. Es el muro donde está el monje en su silla de piedra el que ruge friccionando con el suelo al moverse. Marta y Guillermo retroceden unos pasos y el movimiento del muro se detiene al girar noventa grados respecto a su posición inicial. A la izquierda queda el monje sentado de perfil obstruyendo el paso, pero a la derecha se intuye un túnel bajo la luz de la linterna de Marta. Guillermo mira tanto al nuevo pasadizo como atrás:

—Tenemos dos salidas —dice, atisbando que las lanzas se han levantado y permiten regresar a la cámara inicial bajo la sacristía, con

las cuatro puertas y las cuatro virtudes cardinales.

—Uno adentrará, dos salirá —recuerda Marta el texto de los muros en la otra sala.

—¿Tienes brújula en el móvil?

—Aquí no hay cobertura.

—La brújula funciona, solo tienes que calibrarla. —Señalando el nuevo túnel descubierto, pregunta—: ¿Qué dirección marca ese pasillo?

—Oeste, ligeramente al suroeste.

—Podría llevarnos al Hospital de la Caridad.

Linterna en mano, Marta avanza decidida hacia el principio del túnel y se pregunta si habrá ratas. Guillermo, en cambio, se queda rezagado, iluminando los esqueletos esculpidos, cada uno colgado a distintas alturas del suelo.

—¿Qué haces? —pregunta Marta—. ¿Seguimos?

—Espérame ahí —le pide.

Estirando el cuello, Marta consigue ver a Guillermo metiendo la hoja de la navaja entre un hueco que se localiza en la sien, presiona la esfera de piedra hacia fuera hasta que salta al suelo. El muro empieza a rugir y moverse en sentido contrario. El joven se precipita a coger la esfera mientras escucha los gritos de su compañera para que se meta rápido en el pasillo, pero antes de entrar aprieta con fuerza los dedos de las dos manos del monje sentado hasta que todos los dedos, excepto los pulgares, permanecen juntos. Se desliza por el poco espacio que queda entre el muro giratorio y la pared para aterrizar junto a Marta en el interior del nuevo pasadizo, bajo la luz de las linternas y el más absoluto silencio, tras detenerse el muro bruscamente de vuelta a su posición original. Tratando de recuperar el ritmo cardiaco normal, Marta le extiende la linterna del vigilante:

—Tú primero.

28
Sevilla. Collación de San Marcos. Taller de Pedro Roldán

Jueves, 23 de octubre de 1670

Me resulta raro escuchar cómo llaman a mi hija Luisa, la Roldana. Ella es igual de Roldán que yo. Ella es igual de Luisa que la hija de mi amigo y pintor Juan de Valdés Leal, Luisa de Morales. Dos Luisas que ya destacan en sus dotes artísticas, siendo mi hija dos años mayor, aunque la hija del pintor apenas tiene dieciséis años.

Es mi hija quien me da aviso de la llegada del secretario y el mayordomo del señor arzobispo.

En estos crueles momentos que sufre esta mariana ciudad, todos quieren inmortalizar la devoción con vírgenes, crucificados, beatas y santos en capas de madera, estuco, estofado y policromía. Pero nadie me había pedido hasta ahora que duplicara la misma obra. Y encima del Rey Santo que presidirá su canonización.

Tras el apretón de manos, el mayordomo me entrega una bolsa de cuero en la que suenan metales en su interior:

—¿Estará todo según los plazos del contrato?

—No hay motivo que me haga pensar en demora alguna.

—¿Ni con la segunda talla? —me pregunta el secretario.

Les tranquilizo, pues trabajé con ambas a la vez, tanto para el sacado de puntos como para el vaciado, pero entonces el mayordomo me advierte de que una de las copias no debe estar a la vista. Que nadie debe saber que existen dos imágenes. Ni mis aprendices ni mis familiares.

—Alguien tendrá que policromarlas —le explico—. No quiero tener a los gremios encima.

Los artistas y artesanos se organizan en gremios con sus propios estamentos y se han vuelto últimamente muy recelosos y estrictos con el trabajo que se realiza. Todo es para evitar el intrusismo laboral. El escultor talla, el dorador dora y el pintor pinta.

—Busque dos pintores —me sugiere el mayordomo.

Como si todo fuera tan fácil, en un taller de limitadas dimensiones y en una ciudad en la que todos los que nos movemos por el mismo círculo nos conocemos.

—Confiamos en usted —me dice el secretario, apretando mi brazo.

—Y en su plena discreción —apostilla el mayordomo.

Lunes de Pascua de Resurrección, 30 de marzo de 1671

En mi taller todo es distinto. Es mi mundo.

El olor a madera se confunde con el de las cagadas de ratas, que no consigo ver.

La peste ya no acecha. Y no me refiero a la de estos animales, sino a la que hace más de dos décadas arrasó esta ciudad.

Froto los recodos de la perilla del rey Fernando III, de quien se convertirá en santo en menos de dos meses, recordando cuando afilé la gubia y martilleé por primera vez lo que era un bloque de bruta madera.

Al inicio, la gente se inquieta cuando no consigue ver, sin estuco ni policromía, la gorguera y el alzacuello dentado tallado.

Y he aquí los dos gemelos separados entre sí: la copia y quien presidirá el altar mayor de la catedral de Santa María de la Sede en la canonización del rey Fernando III. He aquí la realidad del mundo: uno oculto en un rincón del taller, tras bocetos en bruto en madera de ciprés y piezas de cedro; y el otro aquí delante. Hoy sé que sobrevivirá tanto como el que esté expuesto por siglos.

—¿Interrumpo pensamientos?

Se quita el sombrero y me deja ver su inconfundible bigote y perilla que comparo, en su composición, con el Rey Santo a mi vera. Ambos bigotes y perillas separadas. Las perillas son similares, aunque el bigote del rey es algo más largo y le llega hasta la mejilla, mientras que la de don Justino de Neve apenas alcanza la comisura de sus labios. Levanta ligeramente su sotana negra para esquivar pequeños trozos de madera dispersos por el suelo. Junto a Neve, y con casi idénticos tonos negros en sus vestimentas, vislumbro a don Miguel Mañara, con bigote de longitud intermedia entre Neve y el Rey Santo, aunque con una perilla más fina y larga. A su lado, un fraile mercedario descalzo tiene sus reparos en pisar serrín laminado salido de mi gubia. Algunos de esos rizos de madera pueden cortar más que un cuchillo.

—En mi casa, vuestras mercedes nunca interrumpen nada. ¿Un trago de vino?

—Son las doce de la mañana —me insta don Miguel—. ¿No es algo temprano?

—Depende de a qué hora salió de la piltra vuestra merced.

Don Miguel Mañara deja salir una sonrisa y me dice:

—No rechazaré ese vino entre tanto olor a madera que me recuerda a sus barriles. A fin de cuentas, mis ojos ya vieron el alba bien temprano.

—Ya conoce el dicho —le digo—: una a las doce y doce a la una.

—Quedémonos con una en el Ángelus y ya Dios proveerá en el resto del día.

—Se lo agradezco mucho, señor Roldán —me dice el fraile, que planta su mano sobre uno de los jarrillos—. Mi abstinencia me priva de ciertos placeres.

—Le presento a fray Juan de la Presentación —me expone don Miguel—, mi confesor y amigo.

—Sea bienvenido a mi casa —le digo estrechándole la mano—. No se pierde gran cosa con el vino. —Miro por el rabillo del ojo a don Justino de Neve y esbozo una sonrisa—: Últimamente no se paga bien la labor que desempeño.

—No se queje tanto, don Pedro —me insta don Justino, que me devuelve la sonrisa—. Tiene el taller más solicitado de Sevilla.

Son ya varios los encargos directos o indirectos del propio don Justino de Neve, canónigo de la catedral, quien me dice que, cuando pase todo el ajetreo de la canonización del Rey Santo, le gustaría contar conmigo para la ejecución de algunas piezas en el Hospital de los Venerables Sacerdotes. Me enumera:

—Murillo, Simón de Pineda, Juan de Valdés Leal y su hijo Lucas…

—Como siempre será un placer, don Justino —le respondo, habiendo ya trabajado con ellos en otras encomiendas como en la iglesia de Santa María la Blanca.

Me percato de que don Miguel Mañara no separa sus ojos de la imagen del rey Fernando. Se vuelve me pregunta por la mano izquierda, abierta y desnuda.

—El orbe —le contesto—. El dominio de Cristo sobre el mundo.

Allí es donde yacerá esa bola redonda en un futuro próximo. Por ahora, la palma abierta bocarriba parece pedir limosna.

—¿Qué mundo?

—Supongo que todo el mundo conocido —conjeturo.

—Resulta curioso que un rey que triunfó en una tierra que suponíamos plana sujete tan moderna opinión emergente del mundo —me expone don Miguel.

—Yo simplemente hago lo que me piden, don Miguel.

—No está tan malo como usted dice ese vino que esconde tras los bloques de madera —me dice extendiendo el jarrillo vacío. Sonríe y añade—: Por un día, que sean dos a las doce.

En otro de los extremos de mi taller hay una sábana de la que tiro. Descubro, en talla de madera sin estuco ni policromía, parte de un

retablo que don Miguel me encargó hace poco menos de un año. Se trata de *El entierro de Cristo*, así debe llamarse. A decir verdad, son partes del retablo sin ensamblar y la madera con sus vetas a la vista no dejan entrever mucho de lo que será en el futuro. Por eso señalo a ambos lados del Cristo yacente:

—José de Arimatea y Nicodemo.

Don Miguel construye su retablo en la cabeza y señala a lo que cree que será la Virgen y María Cleofás. Apunta con el dedo a quien podría terminar siendo María Salomé, pero, en realidad, todo depende de si me paso al martillear la gubia.

—¿San Juan? —pregunta.

Yo asiento para no quitarle la ilusión, pero podría terminar siendo una de las Marías si se me va la mano y le dejo sin barba. Pero todo está en mi mente y en un par de bocetos. Yo le pregunto:

—¿Ha hablado usted ya con don Juan para la policromía?

Sabiendo que me refiero a Valdés Leal, padrino de mi hija Isabel, asiente:

—Son otros los asuntos que nos preocupan, don Pedro. Quisiera saber si puedo confiar plenamente en vuestra merced como me dicen tantos en esta ciudad.

—Si son tantos…

—No buscamos multitud sino seguridad —me puntualiza don Justino de Neve.

El fraile le susurra algo al oído de don Miguel Mañara y este asiente. Don Justino de Neve me agarra del brazo y me pregunta si recuerdo el arco de yesería bajo el coro de Santa María la Blanca:

—«Sin pecado original en el primer instante de su ser». Misma discreción, mismo secreto. Don Miguel se encargará de todos los detalles del conjunto artístico y yo le diré dónde ocultaremos cierto elemento del interés de nuestra Orden.

Parpadeo lentamente haciéndole ver mi fidelidad a la causa. Destapo la botella y vierto más vino sobre los jarrillos.

—La confianza no se gana con el vino —advierte don Miguel.

Sabiendo que no le falta razón, sacudo la cabeza y puntualizo:

—Si por este vino fuera, no me ganaría ni el perdón de nuestro Señor.

Domingo, 24 de mayo de 1671

Largo tiempo ha pasado desde que el canónigo magistral Juan Félix de León me transmitió el encargo del cabildo catedralicio hasta que la nueva talla del rey Fernando III luce en estos sus días de fiestas y

gloria. Ya tallado, dorado y estofado, con corona imperial de plata dorada, empuñando la Lobera en una mano y el globo del mundo en la otra. Cadena en el pecho y espuelas calzadas.

—Vos sois una persona razonable —me dice Juan Félix, con su hábito de canónigo y el calor haciendo presencia en su frente, en esta sacristía de la Capilla Mayor de la catedral—. Luisa ya no es una niña. Son dieciocho años, don Pedro.

—Mis dos hijas mayores, María Josefa y Francisca…

Pero no me deja continuar:

—No compare. No haga lo que no le gustaría que hicieran con vos —me reprende—. Usted es honrado, y eso lo saben párrocos y hermanos mayores. Lo sabemos en el Cabildo, lo saben en palacio y también son conscientes de ello en su casa. Hable con su hija, solucione en casa los problemas de casa. Pero piense en la felicidad de todos.

Al ver entrar a don Ambrosio Ignacio, el arzobispo Spínola, agacho mi mentón, pues no le gusta que merodeen en la sacristía quienes no se revisten para salir al altar.

Entre el movimiento vertiginoso del maestro de ceremonias y sus monaguillos, de seises y clérigos, don Juan Félix acerca su boca a mi oído y me dice:

—A veces debemos tomar decisiones en contra de nuestra voluntad, y no por eso lo estamos haciendo erróneamente o en contra de la voluntad del Señor. Bien sabido es que en ocasiones hay que sacrificar batallas para ganar la guerra. Salga allí y siéntase orgulloso de su contribución a esta canonización del rey Fernando. Asómese y mire a su hija, orgullosa de su padre.

Miro por la pequeña apertura, junto a las escaleras, y veo a quien ya no es tan pequeña, a Luisa sentada junto al aprendiz Luis Antonio. Y torpemente susurro:

—Es solo un aprendiz.

—¿Acaso no lo fue usted en su momento, don Pedro? —me reprocha el canónigo—. Cuide los gremios, don Pedro. No quiero recordarle quién doró su nuevo San Fernando, sobre todo siendo ese joven que se habla con su hija Luisa un dorador.

Sobre el tañido de las campanas de la Giralda, don Juan Félix me pide que abandone la sacristía mayor y que disfrute de los actos. Rodeo el altar mayor y, viendo mi asiento reservado y vacío junto a mi hija Luisa, continúo caminando hacia el trascoro. No tengo ganas de volver a discutir con ella. Ni yo entenderé su amor por ese aprendiz ni ella comprenderá que yo desee algo mejor para una hija. De mis ocho hijos, dos varones y seis jovenzuelas, percibo que el talento de Luisa está por encima y me cuesta imaginármela lejos de mi taller.

—Impresiona visto desde aquí. —Despierto de mis pensamientos y

veo a Juan de Valdés Leal a la altura de la puerta de la Asunción, la principal de la catedral. Avanzando hacia mi posición añade—: Sigo sin entender por qué al rey lo dejan en uno de los laterales y no el protagonismo de la zona central.

Froto mis rugosas manos y siento sobre ellas el cuerpo recién nacido de mi hija Luisa en mi recuerdo. Siento en ellas su piel suave y su escaso pelo, que ya se ha convertido en larga melena. Siento en ellas la vibración constante del martilleo contra la gubia cuando le enseñaba de pequeña cómo conseguir los rizos y curvas en la madera de la barba de Nuestro Señor Jesucristo. Siento en ellas el cincelar de la gorguera del Rey Santo que tengo delante. Siento en ellas el tiempo.

Clavo mis ojos en la Lobera y trazo una línea imaginaria en sentido contrario, desde la punta hasta el enlosado, donde consigo leer:

—Es mejor no preguntar —me sugiere Juan.

—He aprendido a ni siquiera hablar de ello.

Juan posa su mano en mi hombro, contemplando el altar triunfal con mi escultura del Rey Santo a su izquierda, y me pide paciencia con mis preocupaciones.

—Todos queremos lo mejor para nuestros hijos —añade.

Agacho la cabeza y le confieso que preferiría hablar de otra cosa.

—Ese Miguel Mañara —arranca cambiando de tema—. No deja de ser cuanto menos curioso su encargo: vanitas.

El género artístico llamado vanitas viene a resultar para muchos un tanto macabro con la muerte presente por todas partes, con cráneos y esqueletos, referencias al más allá y a los pecados que quedan por expiar.

Tal y como me lo cuenta, Miguel Mañara le ha encargado varios óleos con este estilo, con un sinfín de detalles meticulosamente estudiados, como si lo llevara viendo en su cabeza toda una vida. Lo máximo que ha alcanzado este género en mi taller, por el momento, se debe a los encargos de varios esqueletos articulados en sus extremidades que dos de mis aprendices han tallado para Justino de Neve. El paradero de tales tallas las desconozco, pues trabajo me cuesta concebirlas en el interior de una sacra iglesia. Sin embargo, cuando hablas con un erudito, un religioso u otro artista que ha trabajado con este género, termina casi convenciéndote de que no hay mayor verdad que la muerte y que todo lo terrenal es frágil, breve y

perecedero, siendo la eternidad el hermoso premio a las buenas acciones realizadas en este mundo.

Juan de Valdes Leal suspira y deja una pregunta en el aire:

—¿Qué quedará cuando ya no estemos?

—Antes habría respondido que quedarán nuestros hijos—le reconozco—, pero cada vez tengo más claro que todo es efímero.

—Como este altar —apostilla—. Tanto trabajo y en poco tiempo solo quedará en el recuerdo de unos días memorables.

Levanto mis ojos hacia el Rey Santo y me pregunto en qué rincón de esta catedral tendrán escondido a su gemelo. Valdés me saca de nuevo de mis pensamientos golpeándome el hombro:

—Gracias por confiar en mi hija para la pintura y el dorado.

—Tiene buena madera.

—Tenemos hijos de buena madera —apostilla.

Y ya mis pensamientos han vuelto a nublarse en una sensación de distancia que me hace ver a mi hija Luisa cada vez más lejos de mi lado.

—Vamos —me tira Juan del brazo—. Hemos trabajado demasiado como para perdernos tan glorioso día. Ya habrá un mañana para pensar.

29
Sevilla. Casa-palacio del marqués de Llerena

El teléfono permanece unos segundos en la oreja derecha de Carlos Vidal, hasta que, resignado, vuelve a decir que sigue apagado:

—Espero que esté sin cobertura y no se le haya ocurrido hacer ninguna tontería.

—También cabe la posibilidad de que se hayan quedado sin batería, jefe —dice Víctor desde el fondo de la biblioteca, sentado junto a la puerta hojeando una revista sobre historia militar y el Ejército de Tierra.

Vidal le fulmina con la mirada mientras vierte un poco más de coñac en su copa y en la de su supuesto invitado, sentado enfrente.

—Supongo que el interés por el arte me viene de familia — expone Vidal. Agita su copa y huele el contenido—. Mi abuelo era judío, aunque le parezca mentira. Mi padre se convirtió al cristianismo cuando se casó con mi madre y yo…

—Es ateo —no le deja terminar don Salvador.

—Prefiero usar el término agnóstico —especifica Vidal, sin mucho entusiasmo—. Mi abuelo perteneció a la comunidad sefardí de Tetuán y acumuló gran cantidad de antigüedades en sus viajes por su condición política.

—¿Era embajador?

Vidal niega con la cabeza.

—Digamos que trabajaba en el consulado. Pero el norte de África se convirtió en un nido de espías nazis y no era un lugar para una familia judía. Mi padre tiró de él hacia España y, con él, algunas de las colecciones, que aún conservo en la planta baja. No solo obras de arte, sino también objetos antiquísimos de gran valor.

Don Salvador alarga su mano y da un sorbo a su copa.

—Hay muy buen coñac en nuestra tierra y no tiene nada que envidiar a los franceses o ingleses —dice Vidal, elevando su copa hasta situar el borde justo debajo de su nariz—. Le enviaré una caja con un par de botellas de mi bodega.

—No es necesario que sea tan pretencioso a estas alturas de la noche.

Vidal sonríe y saborea el líquido en su boca:

—Entonces no le diré el precio de cada botella.

—Su condición de ladrón le permitirá ciertos lujos.

—No se equivoque —niega con la cabeza—. Mover y especular con

el arte no es robar. Digamos que soy un oportunista. No me diga que se atrevería a llamar ladrón al dueño de una inmobiliaria…

—Todo es relativo.

—Ahí está la cuestión, don Salvador. No existe el absolutismo en este oficio. Lo que para uno es una obra de arte para otro puede ser una simple acuarela realizada por niños de primaria. Lo que unos estiman como una baratija, puede ser un objeto de extremado valor histórico. —Hace una pausa y se recuesta en el sillón—. Mi abuelo siempre lo entendió así y así me lo transmitió.

—¿Y qué fue de su padre?

—Era un sentimental con ética cristiana —le responde con desdén —. Al menos no malvendió todo lo acumulado por su padre.

◊ ◊ ◊

La tierra chirría bajo las suelas de las deportivas de Guillermo y Marta, que tienen que mantener el equilibrio cuando se enfrentan a unos cuarenta escalones que les conducen a un nivel mucho más bajo. El túnel está excavado en tierra y piedra, aunque, cada cierta distancia, un madero atraviesa de lado a lado el techo de apenas metro y medio de altura. Guillermo ilumina el pasillo con la espalda medio curvada:

—La altura de la época, ¿no?

—¿Para que iban a cavar más de lo necesario? —responde Marta, pegada a su espada y agarrándole del brazo.

Según los cálculos de Guillermo, al ir hacia el oeste y haber recorrido unos doscientos metros, deben estar debajo de la plaza del Triunfo. El silencio es absoluto, a excepción de algunas corrientes de agua que se escuchan en la lejanía y de las palabras de Guillermo, que, de vez en cuando, parece hablar solo, describiendo lo que se encuentra la luz de su linterna:

—El techo sigue bajo y las paredes se estrechan. Parece que hay un giro a la izquierda.

Marta se niega a mirar atrás, aferrada al brazo y asomada por encima del hombro derecho de Guillermo. La estrechura del túnel se extiende al atraversarlo perpendicularmente otro pasillo, permitiendo seguir hacia delante o girar tanto a izquierda como a derecha. Justo en el cruce, la luz de la linterna estudia las tres alternativas, en particular las dos nuevas opciones, en busca de alguna inscripción como las que había en las salas anteriores, pero no hay nada. Guillermo se gira ciento ochenta grados hacia Marta, que le suelta el brazo. Le tiende la linterna y admite:

—Al final Nacho va a tener razón. —Mete sus manos en la riñonera y desdobla el trozo de papel con trazos tanto dentro como fuera de la

supuesta muralla—. Hay todo un entramado de túneles debajo de la ciudad.

—Pero no sabemos cuáles quedan vivos después de tantos siglos y tantas obras.

—Son vías de escape que comunican iglesias entre sí —admite Guillermo, sorprendido—: ¿Y en qué iglesia se unen la mayoría de los túneles?

—En la catedral —responde Marta a la vez que Guillermo toma la linterna e ilumina el túnel que se abre a la derecha.

—La catedral —afirma Guillermo. Gira la linterna hacia el túnel de la izquierda y asegura —: El Alcázar.

La intuición les indica que continuar con el mismo túnel y hacia adelante podría llevarlos a algún lugar por las Atarazanas, o al Postigo del Aceite, o acabar en alguna iglesia como San Jorge perteneciente al Hospital de la Caridad. Guillermo asegura tener localizado en el plano el punto de intersección en el que se encuentran.

Los pasos vuelven a ser cortos, lentos y estridentes al friccionar las suelas con la tierra. El sonido más bien les recuerda al de los costaleros que portan algún paso procesional de la Semana Santa, de las que hermandades que llaman «de silencio», de las que no llevan música y que apenas se escucha el caminar y la voz del capataz.

Los metros recorridos parecen ser muchos más al ir curvados por la baja altura del techo y casi de perfil por la escasa anchura del túnel. Tras unos trescientos metros, la luz va desvelando el final del túnel, que comunica con una estancia más amplia y de techo alto. A escasos dos metros de la sala, Guillermo se detiene e ilumina toda la entrada, tanto las paredes como el techo y el suelo, en busca de alguna inscripción o trampa; pero en esta ocasión, parecen brillar por su ausencia.

—¿Dónde estamos? —se pregunta Marta.

—Ni idea.

Al entrar, los jóvenes estiran la espalda, el cuello y los hombros hacia atrás en un intento de relajar los músculos ya agarrotados. El aire que respiran es menos sofocante que en el estrecho pasillo, a pesar de la tétrica estancia donde tanto las paredes laterales como la frontal están repletas de nichos. En los nichos laterales no hay más que huecos vacíos, mientras que en el frontal unos nichos están vacíos y otros contienen una caja de madera, a modo de ataúd modesto y sin pulir. La luz de la linterna de Guillermo advierte tres cajas de la misma madera tosca en el suelo y una losa de mármol rectangular en el techo, cerca de la parte frontal a la izquierda, a unos seis metros de altura, muy lejos de poder alcanzarla ni colocando los tres ataúdes uno encima del otro.

En la lápida del techo se distingue una calavera con dos huesos

cruzados y encima, al igual que en el Hospital de los Venerables, la misma leyenda en latín:

—Es imposible llegar ahí —asegura Marta, con resignación.

Guillermo tiene claro que ni trepando por los nichos conseguirían empujarla con fuerza hacia arriba. Ilumina los nichos sin féretros que puede alcanzar desde el suelo y todos tienen fondo.

—Tiene que haber una salida —susurra.

Saca su navaja y hace palanca, pretendiendo levantar la tapa de una de las tres cajas que yacen en el suelo. Iluminando atónita, Marta teme lo que puede encontrase en el interior de esa caja, en una cripta con aspecto de haberse conservado intacta durante varios siglos.

—Espera —grita de repente—. Enterrar a los muertos.

—¿Qué?

—Las meditaciones de Mañara —expone Marta—. Si abres esa caja y es un ataúd con un cadáver dentro, lo estás profanando. Enterrar a los muertos es una de la meditaciones, ¿verdad?

El joven asiente, se levanta, empuja la caja con el pie y comprueba que no está vacía por su resistencia al movimiento.

—Tres cajas y… —plantea, repasando la sala—… demasiados nichos vacíos.

Los nichos de la parte frontal se reparten en diez de ancho por siete de alto, completando hasta un total de setenta huecos, aunque solo diez de ellos están ocupados. La similitud del número de cajas con las trece monedas que buscan no pasa desapercibida para ninguno de los jóvenes. Marta retrocede con la linterna:

—Observa: ninguna de las tres filas de abajo contienen cajas, ni en la más alta.

Marta se asoma a varios de los nichos vacíos y le advierte a Guillermo que algunos de ellos tienen menos fondo que otros.

—Estos tres son menos profundos —señala.

El peso de la primera caja les deja patente que una sola persona hubiera sido incapaz de levantarla. La madera se palpa rígida y consistente, y no se trata de simples tablones que las termitas pudieran haber corroído con el tiempo. La introducen en uno de los tres nichos con menor profundidad y, cuando parece tocar el fondo, la caja sobresale del frontal unas tres cuartas.

—¿Hemos llegado al final? —pregunta Marta.

—Eso parece.

Pero, aun así, los dos empujan con más fuerza y la caja se desplaza

hasta entrar por completo en el nicho, a la vez que una caja en la parte superior, en la penúltima fila, sale exactamente las mismas tres cuartas hacia fuera de su nicho. Al repetir la misma operación con la segunda caja, consiguen sacar otra en la antepenúltima hilera, e igualmente con la tercera, comprobando la perfecta alineación de los tres ataúdes que sobresalen en diagonal.

—Es una escalera —musita Marta.

Ayudado por Marta, Guillermo tira de las tres cajas que acaban de meter hasta sacarlas esa misma distancia. Contemplando las seis cajas alineadas, resopla:

—Ahora sí que es una escalera completa.

◊ ◊ ◊

Estoy llegando a la esquina. No me hagas esperar en la puerta.

El mensaje claro y conciso saltó hace un minuto en la pantalla del teléfono móvil de Germán. Ahora, acompañado por el vigilante, cruza el patio, rodeando la pila central, en dirección a la puerta de entrada por la plaza de los Venerables. El silencio en el atrio se quiebra al correr el oxidado cerrojo. La medianoche ya provoca que el ruido exterior se reduzca al chocar de los vasos de cristal que los camareros apresuradamente retiran de las mesas inundadas hace un rato por turistas. Al entornar la puerta para ver levemente el exterior, la mano de un individuo con clériman desde fuera la empuja para entrar rápidamente y cerrar la puerta. La tenue luz en la entrada, basada en unos farolillos de luz artificial, hace que las sombras en la cara del sacerdote resalten aún más al preguntar por dónde habían entrado.

—Por la sacristía —le contesta Germán, siguiéndole cuando este comienza a caminar—. Están encerrados.

—No quiero que me vean. Solventemos esto lo antes posible.

—Desde luego, Adrián —le responde Germán, haciendo que el sacerdote se frene en seco y se vuelva:

—Don Adrián —le espeta, tajantemente.

—Desde luego, don Adrián —se corrige con la cabeza baja.

El puesto de delegado diocesano de Patrimonio Cultural junto a sus más de cuarenta años sirviendo a la archidiócesis hispalense le permitían a don Adrián Suárez poder calibrar la distancia afectiva entre personas según fuere la situación a la que se enfrentase. También era experto en incomodar a sus acompañantes con largos silencios, evitando cualquier conversación transcendental, tal y como ocurría ahora al cruzar el patio estilo claustro conventual decorado con arcos sobre columnas de mármol y azulejos en todas las paredes de su alrededor. Una vez en la iglesia, su voz eclipsa el taconeo de las suelas de piel de sus zapatos contra el mármol del suelo:

—Hace cuatro años tuvimos una conversación parecida —le advierte don Adrián, a una considerable distancia de Joaquín—. Don Ernesto tenía razón cuando decía que estamos llamados a salvaguardar nuestros tesoros.

—Y así lo hago, don Adrián —asume Joaquín—, tanto yo como mi familia.

Adrián echa mano de su cartera y comienza a sacar billetes de veinte y cincuenta hasta contar trescientos euros. Dándoselos con disimulo a Joaquín y, mirando de reojo al vigilante, le pregunta en susurros si será suficiente.

—No es algo de lo que deba preocuparse, don Adrián —le dice rehusando coger el dinero.

—Siempre habéis tenido un generoso trato hacia mi persona en vuestra parroquia —le responde, guardándose el dinero—. Tanto con don Ernesto como sin él.

Joaquín asiente agradecido y con un simple gesto hace que Germán y el vigilante se dirijan a la sacristía para levantar de nuevo la losa.

—Se han quedado encerrados en una cripta —explica Joaquín a don Adrián. Acariciando la cabeza de Junior, que sujeta una rotaflex, añade—: Pero el chico se ha encargado de traer una solución. Al igual que esta mañana en Santa Ana.

—Aprende rápido —dice el delegado, dándole una palmada a Junior en su mejilla—. Parece que estuvieras haciendo carrera para ser monaguillo en la catedral.

—Quién sabe si podría terminar siendo maestro de ceremonias de nuestro arzobispo, don Agustín.

—Apuntamos algo alto, Joaquín —le advierte—. Usted hágame feliz y yo me ocuparé del chico.

En la sacristía, Germán y el vigilante repiten el proceso, haciendo palanca para levantar el mármol con la calavera, los dos huesos cruzados y el lema *Pater Noster*.

—¿La moneda estaba ahí dentro?

—No, don Adrián —le explica Joaquín—. En el marco de la Inmaculada de Murillo. En una de las letanías.

—Oh, sí —cae en la cuenta el delegado—. Justino de Neve.

—Así es. En el espejo.

—Nos hacemos viejos, Joaquín —suspira con nostalgia.

—Esta mañana solo teníamos dos y ahora son siete —le replica un sonriente Joaquín, depositando las siete monedas sobre la arrugada palma de su mano—. Mañana podrían ser las trece.

—Cautela —le advierte mientras se guarda las monedas en el bolsillo de su chaqueta—. Sabéis que mi propósito no se ciñe exclusivamente a llegar hasta el final.

Una vez abierto el hueco, Germán y el vigilante saltan al interior.

Apenas treinta segundo más tarde, Germán asoma desde abajo su cabeza para decir:

—La verja está abierta y no hay nadie.

◊ ◊ ◊

Cada uno de los seis ataúdes, que sobresalen unas tres cuartas de la pared frontal, se posiciona diagonalmente al anterior configurando lo que podría llamarse una escalera hasta el techo. Guillermo posa sus pies sobre el saliente de la primera caja para comprobar su estabilidad, e incluso flexiona sus rodillas un par de veces para dejar caer con fuerza su peso y verificar su resistencia. Todo parece en orden cuando pasa al segundo féretro. Marta realiza la misma operación en el primero.

—Sujétate en los bordes de los nichos —le sugiere Guillermo— y pégate lo máximo a la pared.

Cada paso hacia el *escalón* superior hace que los dos centímetros que hay de holgura entre la caja y la parte superior del nicho provoquen un ligero tambaleo. Al alcanzar el último ataúd saliente, Guillermo palpa la placa de mármol del techo y se convence de que es imposible levantarla, ni empujando los dos desde el mismo ataúd. Una leve fluctuación de la posición de equilibrio provoca que Guillermo mire hacia abajo y la posible caída de casi seis metros de altura le genera un estremecimiento intenso en todo el cuerpo. Balbuceando, le recuerda a Marta que sufre de vértigo, aunque en realidad utiliza un término más técnico para describirlo: acrofobia.

—¿Y para qué una escalera hasta el último nivel? —se pregunta Guillermo, repasando su alrededor con la linterna, en particular el mármol de idénticas marcas al que ya le diera acceso al subsuelo en el Hospital de los Venerables.

—Quizá su objetivo sea permitir la bajada.

—Las cajas estaban en el suelo. Se puede bajar con una cuerda.

Y todo el movimiento de la luz de la linterna de Guillermo concluye enfocando el interior de los tres nichos de la última fila más cercanos a él, a la altura de sus rodillas, aquellos que quedan inmediatamente encima del ataúd saliente sobre el que yacen sus pies. El fondo de uno de ellos es algo más profundo que los otros dos, justo el nicho que continuaría la presunta escalera.

—Podría tratarse de un pasadizo —insinúa Guillermo. Pero el brillo de la luz sobre unas telarañas le producen un escalofrío que le recorre toda su espalda—: Paso de arrastrarme por ahí.

Guillermo curva su espalda y se sienta en el nicho superior, permitiendo así que Marta pase y eche un vistazo.

—¿Por las telarañas? —pregunta—. ¿Crees que todavía habrá

alguna araña viva? ¿De qué se iba a alimentar? Supéralo de una vez.

—¿Has superado tú lo de las ratas?

—Una rata es un bicho asqueroso así de grande —exagera separando sus manos unos veinte centímetros—. A ti te dan miedo las arañas del tamaño de un grano de cuscús.

—Venga, tú primero —le sonríe Guillermo, apuntando el nicho con su luz.

◊ ◊ ◊

Han tenido que colocar una escalera de aluminio para que don Adrián pudiera descender mejor al recinto bajo la sacristía del Hospital de los Venerables. La luz es escasa, aunque Germán acerca su farolillo sintético a las inscripciones repartidas por las paredes conforme le va explicando al sacerdote todo lo que sucedió con los dos jóvenes que parecen haber desaparecido de una cripta aparentemente sin salida. El antiguo sacristán de San Lorenzo, Joaquín, ha bajado también con sumo cuidado, mientras el joven Junior se ha quedado arriba atento a cualquier imprevisto.

—Yo no entraría —sugiere Germán al ver a don Adrián cerca de una de las puertas.

—No pensaba hacerlo —le responde toscamente. Luego, al reparar en las palabras latinas sobre las puertas, susurra—: Las virtudes cardinales.

—¿Y por qué entraron por esa? —pregunta Germán, señalando la que pone «PRUDENTIA».

—La prudencia se simboliza acompañada de una serpiente y un espejo —explica don Adrián—. La moneda estaba en el espejo del marco, ¿no? —Señala el dibujo bajo la palabra en latín y añade—: Y ahí está la serpiente.

—Pero si estaban atrapados —se cuestiona Joaquín—, ¿cómo han salido?

—Habrá que comprobarlo —asevera—: ¿Quién va a entrar primero?

—Solo uno entrará —advierte Germán, señalando las grafías sobre los muros en los que se lee: «Uno adentrará, dos saldrá».

—Pero ellos eran dos —le indica el sacerdote.

Germán explica que el chico cogió en peso a la chica y el vigilante abre por fin su boca para decir simplemente que se llevaron su linterna.

Con la escasa luz de que disponen, don Adrián examina el dintel de la puerta y el interior de la sala *prudencia*. Observa las dos losetas que sobresalen del suelo y de un salto las supera para entrar. Germán y el vigilante son conscientes de que no ha saltado la verja. Don Adrián

saca un encendedor, con el que ilumina los esqueletos colgantes, y observa de cerca el que sujeta una pieza a la altura de su boca, el que tiene una cadena y un candado bajo sus pies o el que sujeta una botella en la boca, pendiendo sobre un charco aún húmedo en el suelo. Se agacha y analiza un viejo y corroído tapón de corcho cuando escucha el sonido de los pies de Germán, imitándole al saltar para entrar en la sala.

—Quieto —le insta. Gira sus ojos hacia el monje esquelético que parece presidir la instancia y lee sobre su cabeza: *Vanitas vanitatum omina vanitas. Qo. 1,2*. Sacude su cabeza y murmulla—: Mañara.

Al ponerse en pie, el clérigo revisa cada palmo de los muros, golpea con los nudillos en varios lugares y empuja sin éxito. Levanta la venda que cubre uno de los ojos del monje sentado y pasa sus dedos por los huesos tallados en madera. Respira hondo y su semblante es serio:

—Os encargaréis de dejar esto sellado. Tal cual estaba. —Regresando a la escalera añade—: El vigilante en su puesto y ustedes os marcháis. Yo me pondré en contacto con vosotros. Debo comprobar algo primero.

◊ ◊ ◊

Para enterrar un cuerpo en una caja rústica tampoco es necesario dedicar demasiado esmero en las paredes del nicho. Por eso, tanto el suelo que rozan las palmas de las manos y las rodillas de Marta como las paredes y techo son rugosas y seguro que provocan algún que otro rasguño en su piel. El avance es lento debido a la estrechez y la poca altura que permite, fatigosamente, gatear a lo largo de una sepultura convertida en pasadizo, retirando telarañas con la linterna e inspirando una mezcla de gases con un alto grado de humedad. Justo detrás, le sigue Guillermo, quien pregunta como un niño de viaje con sus padres:

—¿Cuánto queda?

—Haber entrado tú primero —le suelta Marta, tosiendo el polvo que entra por sus cavidades nasales y la bucal.

El angosto túnel le hace pensar a Marta que retroceder puede ser incluso más laborioso aún, pero la luz de su linterna percibe una oquedad en la parte superior del final del pasadizo. Se echa a un lado e ilumina para que los ojos de Guillermo alcancen a ver el hueco por el que sin duda cabe una persona. La dificultad radica en enderezarse entre magulladuras y los escasos movimientos.

—Hay una tabla —advierte Marta, en pie, con dos tercios de su cuerpo dentro del hueco superior y golpeando el tablón con sus nudillos.

—Déjame ver —pide Guillermo, quien lucha por ponerse en pie,

apoyando sus manos primero en las paredes, luego en las rodillas de Marta y escurriéndose entre la piedra del hueco y el cuerpo de ella.

Encoge la barriga para poder entrar y colocarse frente a su compañera, dejando entre ellos y las paredes el más mínimo espacio.

Guillermo estira sus brazos hacia arriba y toca con sus manos la tabla, apenas una cuarta por encima de sus cabezas. Cuesta respirar, pero, aun así, empujan juntos la tabla de arriba sin que ceda y, al iluminar, se perciben dos bisagras.

—Hay una cerradura detrás de ti —le describe Marta, palpando la chapa y el orificio para la llave.

—¿Puedes alcanzar mi riñonera?

Bajando su mano, Marta sacude la cabeza preguntándole si no puede llegar él.

—Tu mano es más pequeña.

Con dificultad por el escaso espacio, Marta alcanza la cremallera de la riñonera y, hurgando, saca el manojo de dos llaves de su interior. Sube los brazos y en el segundo intento consigue que gire la llave. Se pregunta por qué nunca se acierta a la primera. Los dos empujan el tablón, hasta que consiguen elevarlo una cuarta por el lado de él y suena al chocar con algo.

—Son azulejos —admite Marta, iluminando el hueco—. Algo bloquea la trampilla de madera. —Mete sus manos en el hueco y cree palpar otra pieza de madera—. Podría ser un mueble. —Mete sus dedos entre los azulejos y la pieza de madera y al tirar chirría algo sobre sus cabezas—. Se mueve.

—Una, dos… —Y, con un quejido de ambos a la vez, tiran del posible mueble rechinando el suelo, hasta terminar la tabla sujeta por dos bisagras en posición vertical.

—¿Qué es eso? —pregunta Marta iluminando hacia arriba.

—Un techo y un crucifijo en la pared —advierte Guillermo.

La nueva estancia huele a fresco y limpio. La luz de la linterna recorre lo que con plena seguridad es la sacristía de una iglesia, muy similar a la que abandonaron, hace ya un par de horas, en el Hospital de los Venerables. Guillermo devuelve la trampilla a su posición original, la cierra con llave y, con la ayuda de Marta, empuja el mueble que bloqueaba el acceso desde abajo. El chirrío de las cuatro patas del mueble quiebra el silencio de la sacristía.

—Tengo magulladuras por todo el cuerpo —suelta Marta.

—Y yo telarañas —replica Guillermo, sacudiéndose la ropa y rascándose cuello, brazos y piernas.

La oscuridad acompañada del absoluto silencio hacen que salgan sigilosamente de la sacristía. Desde la puerta, el haz de luz es revelador para una licenciada en Bellas Artes al encontrarse de frente la imagen del Santo Cristo de la Caridad, talla de Pedro Roldán:

arrodillado, maniatado con sus palmas juntas en plegaria y con la mirada elevada hacia el cielo, en un retablo del lado del Evangelio. Gira la luz hacia la derecha para recorrer el retablo mayor de la iglesia de San Jorge del Hospital de la Caridad, también obra esculpida por el imaginero Pedro Roldán: *El entierro de Cristo*.

Los dos jóvenes alcanzan lentamente el centro de la iglesia, que bien conocen ambos, una por sus obras y el otro por su historia. Desde allí, Marta ondea la luz del altar mayor a un retablo lateral, de una escultura a una pintura, y luego a un fresco. De un retablo de Bernardo Simón de Pineda a una escultura de Pedro Roldán, de una pintura de Valdés Leal a una de Murillo, Zurbarán o Herrera el Viejo.

—¿Y ahora por dónde empezamos? —pregunta Marta. Guillermo resopla y se encoge de hombros. Marta sabe que el propio Miguel Mañara diseñó minuciosamente cada detalle de esta iglesia. Añade—: Todo el conjunto es un auténtico jeroglífico.

30
Sevilla. Iglesia de San Jorge. Hospital de la Caridad

Un domingo de mayo. El día siguiente al sábado anterior

Podría haber pasado el resto de su vida entre lujos y grandes placeres terrenales en su casa-palacio de la calle Levíes, junto a la parroquia de San Bartolomé. Podría haber mantenido un elevado nivel social con una posición de prestigio gracias al comercio de su padre Tomás. Podría haber gozado de un gran patrimonio y mayorazgo como herencia tras la muerte de sus dos hermanos varones. Podría haber alcanzado las cotas más altas en la sociedad sevillana del siglo XVII por los cargos municipales que fue ocupando, además de ser provincial de la santa hermandad, alcalde mayor de la ciudad hispalense, caballero veinticuatro de Sevilla y de la Orden de Calatrava. Podría haber sido más reconocido, más acaudalado, más insigne. Podría haber sido un donjuán. Pero hubo un momento en el que comprendió que lo terrenal es efímero.

La primera preocupación de Guillermo fue comprobar que nadie pudiera verlos en el interior de la iglesia, sabiendo que junto al patio colindante están las habitaciones de los acogidos en la Santa Casa, la mayoría ancianos abandonados por sus propias familias y en los últimos momentos de su vida. La primera preocupación de Marta fue localizar enchufes en la sacristía para cargar los teléfonos móviles.

Tras la muerte de su mujer, allá por 1661, la conversión de Miguel Mañara le condujo a una entrega generosa por los más pobres, necesitados, enfermos de una ciudad que vivía dos caras muy distintas de una misma moneda: el esplendor y la decadencia, la ostentación y la penuria, el oro y el hambre. No tardó en ser nombrado hermano mayor de la Santa Caridad y embelesó a multitud de caballeros y aristócratas sevillanos a contribuir con una hermandad que no solo se encargaba de enterrar a pobres difuntos o enfermos que no los socorrían en otros hospicios, sino también a disponer de alimentos, ropajes y recursos a una paupérrima población de esta ciudad.

Fue el cardenal Marcelo Spínola, arzobispo de Sevilla a principios del siglo XX, quien iniciara los tramites de la beatificación de Miguel Mañara y el papa Juan Pablo II quien hiciera beato a Spínola y le

otorgara el título de venerable a Mañara.

En una mesita, a la entrada desde el patio, ahora cerrada, Marta ilumina varios dípticos, libros bibliográficos de Mañara a la venta. Se detiene en un pequeño panfleto con el rostro pintado de Miguel Mañara, bajo el que se lee en letras azules: «El Venerable Siervo de Dios, D. Miguel Mañara, Fundador del Hospicio y Hospital de la Santa Caridad de Sevilla». Los conocimientos de arte de Marta le valen para saber que ese rostro proviene del cuadro en el que Valdés Leal le retrató leyendo las Reglas de la Santa Caridad y que se encuentra arriba en los que fueron sus aposentos. Al abrirlo, el texto hace referencia a reseñas históricas, el proceso de beatificación y una oración.

—No entiendo por qué aún no lo han hecho santo —susurra Marta.

—A veces es muy complicado quitarse una etiqueta.

—¿A qué te refieres?

—Varios escritores han relacionado a Mañara con don Juan Tenorio durante siglos —le dice Guillermo—. Sin fundamento. Creando leyenda, fábulas e incluso una escritora francesa escribió una biografía de él como don Juan sin documentarse.

—¿Quieres decir que José Zorrilla se basó en Miguel Mañara para escribir *Don Juan Tenorio*?

—Más bien Zorrilla se basó en Tirso de Molina —puntualiza Guillermo—. El mito de don Juan ya aparecía en *El burlador de Sevilla*. También hay quien cuenta que Mateo Vázquez de Leca pudo ser otro donjuán. Y cuadra más por la época en que se escribió la obra de teatro de Molina.

—Resulta curioso —musita Marta, atenta a la explicación.

—Lo curioso no es que le atribuyan esa relación con don Juan Tenorio —añade Guillermo—. Ambos, Vázquez de Leca y Mañara, sufrieron un momento de cambio en sus estilos de vida, de conversión. —Hace una pausa y añade—: Y ambos proceden de la familia corsa de Leca. El nombre completo de Mañara está ahí, en su lápida: Miguel Mañara Vicentelo de Leca.

◊ ◊ ◊

Contuvo varios improperios al sentir la vibración del teléfono en su mesilla de noche y al iluminar la pantalla la habitación por completo. Blasfemar nunca fue lo suyo debido a su condición y posición, por muy irritante que fueran las circunstancias.

—Ya debe ser importante —suelta directamente, sin encender la lamparita de su mesilla para no desvelarse—. Es la una de la mañana.

—Tenemos un serio problema—suena desde el auricular.

—¿Un problema que no podía esperar a mañana?

—Mañana podría ser tarde.

—Vaya al grano, Adrián.

Don Adrián Suárez solo permite a unos pocos que eliminen el don delante de su nombre de pila. En este caso, su interlocutor podría llamarle como quisiera y el delegado diocesano de Patrimonio Cultural no se atrevería a protestar lo más mínimo.

—Debería convocar a los congregados de la orden cuanto antes, prior —suelta don Adrián—. Incluso antes de la coronación de mañana.

—Antes de la coronación debo verme con el señor arzobispo. Imposible.

Toma aire y, sin rodeos, expone el delegado:

—Han dado con siete monedas y saben que la siguiente está en la Caridad.

El oído del delegado apenas percibe una profunda respiración, pero, como la pausa es más larga de lo esperado, añade:

—Mis conocimientos no alcanzan más allá de la Caridad.

—Sabe que no puedo revelarle nada que extralimite su competencia como congregado de la orden.

—Lo sé, prior —asume sumisamente don Adrián—. Sin embargo, estimo que deberíamos alertar a los demás congregados o… —coge aire y continúa—… frenar definitivamente este ataque.

La respiración en el auricular es cada vez más intensa, hasta que su voz termina diciendo:

—Como cabeza le autorizo a salvaguardar nuestros tesoros con los recursos que sean necesarios.

—Así se hará, prior —responde.

—Me pondré en contacto con los demás congregados. Dese por convocado a las ocho de la mañana en el lugar habitual. Debido a lo peculiar del día, exijo máxima puntualidad.

—Por supuesto, señor —contesta el delegado antes de colgar.

◊ ◊ ◊

Carlos Vidal niega con la cabeza:

—No estoy de acuerdo. Hay artistas que rompieron esquemas en su época y no por ello se infravaloró su obra.

—Me refiero a esta ciudad —especifica don Salvador—. Aquí somos muy escrupulosos. Cuando alguien se sale de los cánones preestablecidos, en un primer momento, es repudiado.

—Pero posteriormente idolatrado.

—Luis Ortega Bru —suelta don Salvador—. ¿Le conoce?

—Evidentemente.

—Los propios compañeros de su gremio le despreciaron.

—Eso es envidia.

En cierta medida, don Salvador admite que tiene razón:

—Laurence Sterne decía: «La muerte abre la puerta de la fama y cierra la de la envidia».

—No le faltaba razón.

—A El Greco lo llamaban «el pintor loco» —expone don Salvador —. Van Gogh, Monet, Vermeer, incluso el propio Rembrandt, casi todos murieron en la pobreza y sin reconocimiento. Somos muy reservados para los cambios. Nos gusta mantenernos en el confort de lo clásico y en esta ciudad mucho más.

El teléfono de Carlos Vidal suena y vibra en su escritorio. Un número desconocido a más de la una de la madrugada le hace dudar si cogerlo o no en un primer momento.

—Diga.

—Soy yo —dice Guillermo.

—¿Por qué ha tenido el teléfono apagado? —rompe con su pregunta Vidal, activando el manos libres y depositando el dispositivo sobre el escritorio.

—Mi móvil sigue apagado. Ya se lo dije. Creo que lo rastrean.

Le explica que la cobertura era mínima en los subterráneos que han recorrido y la batería del teléfono de Marta ha estado a punto de agotarse.

—Al grano —ordena Vidal.

—Hemos dado con tres monedas más.

Don Salvador escucha a su sobrino describir dónde estaba cada una: en el bastidor de la Inmaculada de Pacheco de San Lorenzo, detrás de la yesería de Santa María la Blanca y en el marco del famoso cuadro de la Inmaculada de los Venerables, en el relieve que hace referencia a la letanía del espejo.

—¿Sabe dónde está la siguiente? —pregunta Vidal, impaciente.

—Creemos que aquí —suspira Guillermo—. Estamos encerrados en el Hospital de la Caridad. Pero el problema no es ese... —Hay una larga pausa, que deja patente que Vidal no piensa preguntar al respecto—. No tenemos ninguna de las siete monedas.

—¿Se os han caído por alguna alcantarilla?

Ahora la pausa es más larga aún, pero provocada por Guillermo, que no sabe cómo empezar a explicar lo sucedido. Suena un largo suspiro nasal antes de arrancar:

—Las tiene el sacristán de San Lorenzo. Bueno, el antiguo sacristán y su hijo, que resulta ser el actual sacristán.

—¿De qué me estás hablando, de una especie de depósito?

—Más bien una especie de robo —le replica Guillermo—. Buscan el tesoro como nosotros. De hecho, ya tenían en su poder tanto la moneda del cuadro de San Lorenzo como la de Santa María la Blanca.

—Imposible —protesta Vidal indignado—. No se puede encontrar una moneda sin la anterior.

—Pues no le miento.

—A menos que —masculla don Salvador—, tuvieran información que desconocemos...

—No he dejado de pensar en ello, *tíe*.

Vidal pregunta a qué tipo de información se refiere.

—Al parecer —expone Guillermo—, el anterior párroco de San Lorenzo hizo un estudio completo sobre la Congregación de la Granada.

—¿Qué significa completo? —interrumpe Vidal.

La explicación de Guillermo se centra en que el viejo sacristán de San Lorenzo conocía muchos detalles, debido a documentación que el párroco había sacado de los archivos del Arzobispado y de la Institución Colombina y que tenía en su despacho.

—¿Ese párroco es don Ernesto? —pregunta don Salvador.

—Sí —responde rápidamente Guillermo—. El viejo lo mencionó varias veces. Nos dijo que nada más morir aparecieron del arzobispado para llevarse toda la documentación junto con los escritos y borradores de don Ernesto.

—Don Ernesto Hidalgo —murmulla don Salvador.

—¿Le conoce? —pregunta Vidal.

El catedrático emérito le dice que fue vicario general y que tuvieron la ocasión de coincidir en varios actos y cultos de algunas hermandades y cofradías.

—Publicó varios libros sobre las parroquias en las que estuvo —añade.

—No perdamos el hilo —retoma Vidal la conversación—. ¿Podemos continuar sin esas monedas?

—Todas las pistas anteriores e incluso los pasadizos subterráneos nos han traído hasta aquí —explica Guillermo—, a la iglesia de San Jorge.

—¿No estaba en el Hospital de la Caridad? —cuestiona Vidal.

Don Salvador asiente y le explica, sutilmente, que la iglesia de San Jorge pertenece al Hospital de la Caridad.

—¿Pues a qué espera para encontrar la próxima?

Don Salvador carraspea:

—A decir verdad, siempre escuché que se necesitaban las trece monedas para llegar al final. —Traza una línea imaginaria con el dedo índice sobre el escritorio y golpea en el punto final—. Para que nadie pudiera dar con el tesoro accidentalmente encontrando, por decir algo, solamente y de manera puntual la última moneda.

Vidal observa al catedrático, luego el teléfono en silencio sobre la mesa y de vuelta a don Salvador:

—Yo me encargo de recuperar esas siete monedas y ustedes de encontrar las seis que faltan.

◊ ◊ ◊

—Me ha colgado —masculla Guillermo, mirando el teléfono de Marta.

—¿Qué te ha dicho?

—Que encontremos las seis monedas que faltan.

En la oscuridad, la inmensidad en penumbra que constituye el conjunto artístico de la iglesia de San Jorge se percibe aún con mayor esplendor. Parece sumergir, como si del objetivo de Mañara se tratara, al visitante u orador en un sinfín de advertencias morales en el claro dilema de la vida después de la muerte, entre la condenación eterna o la salvación. En una primera visual puede pasar desapercibido toda una declaración de intenciones. Vanidad de vanidades, todo es vanidad. Plenitud de plenitudes, todo plenitud. El todo o la nada. Por un lado, la eternidad; por otro, la vacuidad, el vacío.

La luz de la linterna tiene que pasar varias veces por el mismo lugar para percibir con mayor claridad los infinitos detalles de cada una de las esculturas, retablos, frescos o pinturas. Ningún detalle está al azar, advierte Marta.

—Miguel Mañara estuvo encima de cada artista para que la obra quedara como la tenía en su mente —le explica a Guillermo—. En cierto modo, debió ser una pesadilla. A los artistas les gusta trabajar con cierta libertad en sus encargos, a pesar de los pormenores que firmaban en los contratos.

—En definitiva —resopla Guillermo—, buscamos una aguja en un pajar.

—Hablando de Mañara —admite Marta—, yo diría que sí.

—Sin embargo —se plantea Guillermo ensimismado—, hay algo que no me cuadra: ¿por qué un hombre tan piadoso y preocupado por los pobres escondería pistas que conducían a grandes fortunas?

—¿Por petición de alguien? —se cuestiona Marta—. Algunos congregados de la Granada formaban parte del clero.

Guillermo se pregunta si realmente, como muchos advierten, el oro está maldito. Se sienta en uno de los solitarios bancos de la iglesia con su mente en otro sitio, lejos de las copias de Murillo que tiene enfrente y cuyos originales fueron robados por el mariscal Soult. Marta ondea la linterna y parece entusiasmada por tanta belleza artística, a pesar de la escasa luz con la que puede contemplarla.

—¿Y si las pistas fueron colocadas aquí a posteriori? —tantea Marta.

—¿A qué te refieres?

—Las meditaciones de Mañara en la cripta, los ataúdes en escalera

para acceder y todo lo que nos ha traído a este lugar. Todo podría haber sido planificado posterior a la muerte de Mañara.

—¿Sin que Mañara estuviera implicado?

—No directamente —apostilla Marta.

Guillermo se pone en pie de un salto:

—Repasemos. ¿De dónde venimos y a dónde vamos?

—¿Ahora te vuelves metafísico?

—O espiritual —suelta, agitando su dedo índice en círculos sin apuntar a ningún lugar concreto de la iglesia y todos a la vez—. ¿Qué nos hizo pensar en Mañara?

—Vanitas. Las meditaciones.

—El espejo y la cruz —añade Guillermo—. El hambre de Nimas.

—Aquí se daba de comer a los más pobres de la ciudad, pero ¿quién sería ese tal Nimas? —se pregunta Marta tecleando en su móvil. Al poco desiste—: Ninguna referencia. En esloveno significa «usted no».

—No tiene ningún sentido —comienza a caminar hacia la mesa con los dípticos informativos y los libros bibliográficos de Mañara. Cogiendo uno de los libros, busca en el índice—: *El discurso de la verdad* y las meditaciones. Recopilemos. —Con una mano enumera—: El sentido de la vida.

—*Quod vitae* —contribuye Marta.

El joven continúa enumerando: dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo, visitar a los enfermos, redimir al cautivo, dar posada al peregrino, enterrar a los muertos y las postrimerías del hombre. Levanta su mirada del libro y se pregunta:

—¿Qué nos falta?

Marta pregunta si visitar a los enfermos y Guillermo advierte que se encuentran en el hospital.

—¿Dar posada al peregrino?

Guillermo cierra de golpe el libro y señala su portada: una estatua en metal de Miguel Mañara portando en sus brazos un niño desahuciado.

—Esa estatua está ahí fuera —advierte Marta—. En el parque de enfrente.

Prosigue comentando que se trata de una obra de principios del siglo XX, basada en la escultura de Mañara que Antonio Susillo había realizado pocos años antes, una de las doce estatuas que coronan la fachada norte del palacio de San Telmo. Como el escultor se suicidó, tomaron esa estatua como referencia. Añade:

—Así se suele representar a Miguel Mañara, porque una de las obras de caridad que realizaba casi a diario era recoger mendigos y traerlos a cuestas hasta el hospital.

Guillermo asiente y repite apasionado:

—Dar posada al peregrino. —Golpea un par de veces la portada con su dedo índice y evoca—: «Uno adentrará, dos salirá».

Recuerda que eran necesarias al menos dos personas para levantar el peso de los ataúdes, pero solo podía entrar una. O al menos una sola persona debería pisar la entrada de la sala repleta de esqueletos tallados en madera.

—¿Cómo entramos? —pregunta mostrando la portada.

—En brazos —susurra Marta.

—Por lo que solo nos quedan los novísimos. —Suelta el libro y añade—: Las postrimerías del hombre: muerte, juicio, infierno y gloria.

—Los jeroglíficos de las postrimerías de Valdés Leal —esboza Marta, volviéndose hacia debajo del coro. Ilumina uno y luego el otro lienzo de idéntico e inmenso tamaño y cuya parte superior tiene forma semicircular—: *In ictu oculi* y *Finis gloriae mundi*.

En el sotocoro, la muerte llega en un abrir y cerrar de ojos, y el fin de la gloria del mundo constituye una meticulosa visión plástica del *Discurso de la verdad* escrito por Miguel Mañara. En el primero, *In ictu oculi*, un esqueleto simbolizando la muerte sujeta un ataúd bajo su brazo izquierdo y una guadaña con esa mano mientras con la otra apaga un candelabro. Con sus pies aplasta un globo terráqueo y varios despojos desordenados por el suelo, desde una tiara papal a una corona, cetros, vestidos lujosos, espadas, libros de ciencias y armaduras. Todo lo que se quedará en este mundo. En el segundo de los lienzos, *Finis gloriae mundi*, dos cadáveres se muestran en descomposición, comidos por insectos, en sus respectivos ataúdes: un obispo y un caballero de la Orden de Calatrava. Se vislumbran animales nocturnos de las tinieblas, como una lechuza y un murciélago en la oscuridad del fondo. Desde arriba, aparece la mano estigmatizada de Jesucristo sujetando una balanza en cuyos platos se leen dos palabras. Y entonces es cuando casi grita Marta al verlo:

—¡Nimas!

Las palabras que aparecen en los dos platos de la balanza son «NIMAS» y «NIMENOS».

—Ni más ni menos —murmulla Guillermo—. Ni más pecados para condenarse ni menos buenas obras para salvarse.

—La aguja del pajar —suelta Marta, golpeando el brazo de su compañero con el codo—. El hambre de Nimas.

En el platillo que pone «NIMAS», el de la izquierda, yacen animales asociados a los pecados capitales, como el cerdo, que representan la gula; la cabra, que simboliza la pereza, o el perro, que alude a la envidia. A la derecha, en el que pone «NIMENOS» se pesan las virtudes, la oración y la penitencia a modo de corazón con el anagrama de Jesús, un rosario, una pieza de pan, libros de rezos o un

crucifijo con los clavos de punta. La balanza parece equilibrar los siete pecados capitales con las siete obras de misericordia.

—¿Cuál es el hambre de Nimas? —pregunta Guillermo apuntando con la luz el platillo de la izquierda—: El perro está mirando al otro lado de la balanza, al pan.

En el pasillo central de la nave ilumina los cuadros de los laterales, obras de Murillo, aunque algunos de ellos no son los originales sino copias realizadas a mano. Señala el lienzo *Moisés haciendo brotar el agua de la roca de Horeb* y menciona la palabra *perros*, presentes en el cuadro. Luego apunta a *La multiplicación de los panes y los peces* y dice *panes*.

—Otro perro y otro más —asegura Guillermo, señalando *El regreso del hijo pródigo* y *La curación del paralítico en la piscina de Jerusalén*—. Y un cesto de pan —añade iluminando *Abraham y los tres ángeles*.

A su lado, Marta repite las palabras *perro* y *pan*. De pronto, cae en la cuenta, tira del brazo de Guillermo hacia el retablo mayor y vocifera:

—¡San Roque!

Según Marta, hay quien califica este de la iglesia de San Jorge como uno de los retablos barrocos más bellos de Europa. Aclara que el retablo es de Bernardo Simón de Pineda, los relieves y el policromado, de Valdés Leal, y todas las esculturas, de Pedro Roldán. No es la primera vez que los jóvenes escuchan estos nombres.

En el centro del retablo Pedro Roldán ha esculpido *El entierro de Cristo*, con José de Arimatea y Nicodemo portando al Señor en presencia de las tres Marías y san Juan mientras un ángel sostiene la lápida del sarcófago. El fondo pintado recrea el Gólgota con las tres cruces y los dos ladrones aún en dos de ellas. A la izquierda hay una escultura de san Jorge y a la derecha una imagen de san Roque, en la cual focaliza su atención Marta. Junto a san Roque, patrón universal de las epidemias, un perro le acompaña con una pieza de pan en su boca.

—El perro y el pan —advierte Marta—. De Pedro Roldán.

—¿Otra vez?

—Es cuestión de comprobarlo —expone Marta, que coge la navaja multiusos que le tiende su compañero—: Hoy me voy a especializar en destrozar obras de arte.

Con cuidado de no dañar el dorado del retablo, Marta se sube en el pequeño altar de la derecha con la escultura de san Roque y el perro. Desde abajo, Guillermo se limita a sujetarla por las rodillas para que pueda mantenerse erguida y disponer de sus dos manos, aunque apenas puede ver cómo Marta introduce el filo de la navaja entre la boca del perro y el pan que muerde. Con mucha cautela para no dañar demasiado la escultura, poco a poco trata de extraer el pan de la boca

del perro.

—Te he cogido en brazos, hemos estado bien pegados en el túnel de antes y ahora esto —susurra Guillermo a los pies del altar—. Lo próximo podría ser un beso.

—No te pases —responde Marta— y no me dejes caer.

—¿Qué falló entre nosotros?

—¿Crees que es el mejor momento y el mejor sitio para preguntarlo? —Y, arrebatándole finalmente el pan de la boca al perro de san Roque, suelta—. Ya está.

Guillermo extiende sus brazos para ayudarla a bajar, pero Marta se gira, agarrada a una de las columnas del altar y, de un salto, se planta en el mármol.

De cerca, el pan en las manos de Marta más bien se parece a un mollete, esos típicos de Antequera, aunque con un poco de mayor grosor de los que habitualmente ponen en los desayunos. Marta observa que el mollete no es completamente redondo, sino que, en la parte oculta, la que se encontraba dentro de la boca del perro, está seccionada y no está estucada, lo que permite que se vea el ensamblaje entre dos piezas de madera. Tallado con esmero y con la grafía de la época, en la pieza de arriba se lee la palabra «DIOS» y en la de abajo «ABRIRÁ».

—Dios abrirá —susurra Marta, mostrando la inscripción y cruzando su mirada con la de Guillermo.

Entre las dos palabras, la joven introduce el filo de la navaja y con varios movimientos de un lado a otro consigue que penetre lo suficiente para poder hacer palanca, que chirríen los dos clavos que las mantenía unidas y, definitivamente, separar la pieza de pan en dos especies de semiesferas, como si de dos tostadas se tratara. A la vista, las dos superficies lisas internas que estaban ensambladas hasta hace unos segundos consiguen la máxima atención de los jóvenes. En una de ellas, en el centro, se aprecia una moneda en perfecto estado de conservación, inserta en la madera. En la otra, con letras barrocas, talladas y policromadas en negro, se presenta el siguiente texto:

31
Triana. Jefatura Superior de Policía de Andalucía Occidental

La Jefatura Superior de Policía de Andalucía Occidental es más conocida por la calle en la que se encuentra: la comisaría de Blas Infante. Los coches de patrulla entran y salen en esta madrugada del domingo con mayor fluidez que cualquier otro momento de la semana. Peleas, controles de alcoholemia y drogas, denuncias por malos tratos o acoso, altercados en plena calle o en bares de copas, consumo de alcohol en la vía pública… Algunos coches de patrulla ni siquiera tienen asientos traseros, sino un tablero de madera cubierto por un plástico por si sus ocupantes lo llenan de vómitos con todo lo ingerido durante la noche. Las esposas son sustituidas por bridas de plástico y el metacrilato que les separa de los agentes es el destino de improperios, salpicaduras y algún que otro salivajo.

Todos ellos terminan en los calabozos de la planta baja. Con suerte en los nuevos, pero cuando estos se llenan empiezan a ocupar los más viejos, que parecen extraídos de una reconstrucción de la postguerra. Por suerte para Nacho, al llegar esta tarde de los primeros, pudo ocupar uno de los nuevos, en el que permanece solo, aunque sus vecinos colindantes no le dejan pensar entre tanto grito e insulto.

«Si hubiera negociado antes con el inspector Reina, estaría fuera», se plantea, aunque rápidamente se le desvanece la idea entre tantas injurias y golpes contra los barrotes en la celda contigua.

En su cabeza, delatar a Carlos Vidal se plantea como la más rápida vía de escape para salir del arresto, pero sabe que su temporalidad le llevará luego a lidiar con él y con algunos de sus hombres, sin contar lo que puedan hacerle a su padre.

En su mente, recuenta las monedas descubiertas en el día y se pregunta si Guillermo y las chicas habrán dado con alguna más. Incluso se llega a preguntar si han encontrado el tesoro, si se han rendido y han desistido o si Vidal le ha cortado un dedo a don Salvador o a su esposa. Es demasiado tiempo despierto y demasiado tiempo para pensar. Demasiados zarandeos en los barrotes aledaños como para conciliar un poco el sueño. Cierra los ojos y se despierta cuando suena el cerrojo de una de las celdas con el temor a que le adjudiquen como compañero un inquilino ebrio a estas horas de la madrugada. Pero la falsa alarma resulta suceder en el calabozo de al lado cuando dos policías están abriendo la verja de par en par. Uno de

ellos entra y el otro espera en la puerta, porra en mano.

—¿Para qué me sacáis? —pregunta, trabándose su lengua.

—A un lugar más acorde con la categoría de su señoría —responde el policía de dentro, mientras le agarra de un brazo y lo hace girar sobre sí mismo, fijando su rostro entre dos de los barrotes que le separan del calabozo de Nacho para poder esposarlo, o bridarlo más bien.

—¿Qué miras? —le pregunta entre los barrotes a Nacho, quien aparta sus ojos y mira hacia otro lado. El tipo escupe, pero se queda a mitad de camino.

—¿No le gustan sus aposentos al señor? —pregunta con ironía el policía de la puerta—. Le va a encantar la nueva *suite* que le tenemos preparada. Allí podrá gritar y dar todos los golpes que quiera.

Y entonces, perdiéndose sus protestas en la lejanía, parecen llegar esos minutos de paz que Nacho necesita para pensar en todos los chanchullos en que se ha visto involucrado con el Manco, sin que le salpique a él. Esos turbios asuntos en los que terminaba amenazándole con elegir entre el silencio o la integridad física de su padre.

Repasa en su mente cuadros, esculturas, códices, reliquias, cálices y patenas. El último arresto tuvo de por medio media docena de copias de cuadros almacenados, cuyos originales habían sido robados y denunciados apenas tres meses antes. Las réplicas eran tan fieles al original que la policía necesitó consultar con varios expertos para verificar que no se trataba de las obras sustraídas.

«No te pueden encerrar por tener la copia de un Murillo en tu desván», solía decirle el Manco, pero nunca le dijo si alguna vez tuvo los originales o dónde los ocultaba. Lo que sí le contaba el Manco era el tiempo que había que esperar entre que el seguro termine pagando y que uno de los cuadros pueda aparecer en algún mercadillo. Aunque en realidad lo que acababa apareciendo era una copia perfecta que solo los más eruditos e instruidos serían capaces de distinguir. El original podía alcanzar cifras indescriptibles si se movían los hilos adecuados en ese mercado.

«Hay muchas mafias que utilizan las obras de arte como cheques bancarios», solía decir el Manco. Según Vidal, sirven para casi todo, incluso como moneda de cambio para poder negociar la reducción de una condena.

◊ ◊ ◊

En la primera búsqueda que hace Marta en su móvil no aparece ningún Iván de Quirós, excepto algún perfil de redes sociales que, evidentemente, no tiene nada que ver con lo que se tallara en el interior de una imagen de Pedro Roldán del siglo XVII. Luego es

Guillermo el que advierte que la u de Quirós estaba escrita, como era habitual en la época, con forma de v, por lo que, si antiguamente la i también sustituía comúnmente a la j en libros y lápidas, podría ser *Juan* en lugar de *Iván*. Nueva búsqueda y entonces aparece un titular: «La Inmaculada con fray Juan de Quirós – Archidiócesis de Sevilla».

—Era un franciscano de Osuna que profesó en el Loreto en 1616 —lee Marta, prácticamente en diagonal—. Es el nombre de un cuadro de Murillo que está en el Palacio Arzobispal.

Acerca la pantalla a la cara de Guillermo para que vea que se trata de un artículo en la propia web de la Archidiócesis de Sevilla. Al parecer, aunque ahora el lienzo se encuentra en palacio, estuvo ubicado en el convento casa grande de San Francisco, encima de la reja de la capilla de la Hermandad de la Vera Cruz. En los laterales del lienzo, junto a dos largas columnas con guirnaldas de frutas, dos ángeles sujetan el escudo de dicha hermandad.

—Se trata de un cuadro dentro de otro cuadro —expone Marta—. El fraile mira al espectador mientras escribe inspirándose en el cuadro que tiene detrás.

En el lienzo, detrás de fray Juan de Quirós, aparece un cuadro con una Inmaculada en blanco y azul rodeada de un grupo de ángeles que portan símbolos de las letanías como azucenas, palmas, ramas de olivo, e incluso un espejo en el que se refleja el propio querubín que lo sujeta. El franciscano está sentado mirando directamente a la persona que visualiza el lienzo, pluma en alto. Bajo el libro abierto en el que está escribiendo hay otros dos grandes volúmenes cerrados con letras góticas en sus lomos: *Glorias de María t.1* y *Glorias de María t.2*.

—Es la primera Inmaculada que pintó Murillo —asegura Marta, tras recorrer todo el texto con su dedo índice—, en 1653.

Guillermo toma la pieza de pan en madera y advierte que los números romanos M.DC.LI. tallados debajo del nombre suman 1651.

Todo esto fue minutos antes de que volviera a llamar a Carlos Vidal y este aporreara la puerta donde ya dormía su tío. Una vez en su biblioteca y con el manos libre, Guillermo explica con detalle el último descubrimiento:

F. IVAN de QVIROS
M.DC.LI.

—*Las Glorias de María* son dos obras marianas muy conocidas — dice don Salvador, frotándose los ojos—. Necesito mis libros.

—No —responde con rotundidad. Gira la pantalla del ordenador y añade—: Necesita esto.

Don Salvador teclea con apenas dos dedos y una lentitud que

desespera a Carlos Vidal. Navega en la Biblioteca de la Universidad, después de introducir usuario y contraseña, cliquea y realiza varias búsquedas hasta que se detiene:

—Cada volumen tenía un nombre propio —dice don Salvador en alto.

Sigue su dedo sobre el monitor conforme lee que el primer tomo de *Las Glorias de María* se tituló *Rosario inmaculado de la Virgen Santíssima y mayores testigos de su origenea gracia* de 1650. El otro se llamó *Marial y segundo tomo de los mysterios y glorias de la Reyna de los Ángeles*. Se detiene en la fecha, levanta la mirada y dice:

—Fechado en 1651.

—Entonces no buscamos el cuadro sino el libro —sugiere Guillermo.

Don Salvador hace una pausa pensativo y vuelve a teclear.

—¿Buscamos un cuadro o un libro? —insiste, en esta ocasión, Carlos Vidal.

—Yo diría que un libro, el segundo volumen —murmulla don Salvador, concentrado en el ordenador—. De estos libros apenas quedan copias. —Deja de teclear y se endereza—: No puede ser.

Tanto Vidal a su lado como Guillermo en el manos libres preguntan qué sucede.

—Los dos volúmenes de *Las Glorias de María* están digitalizados por la Biblioteca Nacional. —Coge aire y añade—: La única copia física que sobrevive está aquí en Sevilla, en el Palacio Arzobispal.

◊ ◊ ◊

La mente de don Adrián no para de dar vueltas sin poder conciliar el sueño, a pesar de las dos pastillas diarias que se toma antes de acostarse. El cabeza de la congregación, el prior de la Orden del Mestizo, le ha dado plenos poderes para actuar y le ha escuchado cuando propuso convocar a los Seis de Particular Espíritu, los congregados de la orden.

Desde que el actual cabeza le nombró como uno de los seis que compartiría el secreto, siempre creyó que podría llegar a verlo o saber más de él, pero nunca fue así. Estaba destinado a salvaguardar los tesoros de una congregación que iba camino de alcanzar los cinco siglos de vida. Medio milenio esquivando saqueadores, buscatesoros, investigadores con anhelo de gloria en la historia e incluso la mismísima Santa Inquisición, quien los tachó de «alumbrados».

Su edad solo alcanzaba a recordar las historias que sus padres y abuelos le contaban sobre la Guerra Civil española, aunque tanto en el teologado como en sus frecuentes lecturas pudo comprobar lo que sufrieron muchas de las parroquias de esta ciudad. Mientras hoy los

niños coleccionan estampas de futbolistas, en su adolescencia don Adrián se dedicaba a recopilar fotografías de iglesias y templos devastados por incendios, derrumbados en su plenitud. Siglos de devoción enterrados en escombros que le hacía no solo contar con el irreparable daño artístico y material, sino también con el espiritual y sentimental.

«Cuando llegue a cura, me dedicaré a recuperar el auge de algunas de esas iglesias destruidas», se convencía don Adrián en el seminario.

Hoy, como delegado diocesano de Patrimonio Artístico, se ha dado cuenta que una simple restauración supone meses, por no decir años, de reuniones, negociaciones e incluso concesiones políticas.

«Estamos llamados a salvaguardar nuestros tesoros», se repetía en su mente una y otra vez.

Esta noche, sentado en la cama y sin poder dormir, mira el teléfono dudando si hacer o no la llamada. Ya había trabajado con él y sabía de su eficacia. Con un simple mensaje contaría con su ayuda a primera hora de la mañana, consciente de que la coronación le tendría con las manos atadas, como a todo el alto clero.

Tenía que responder ante la congregación con eficiencia. El cabeza le había otorgado la libertad de actuar con los recursos que fueran necesarios. También sabía que hacer esa llamada o mandar ese mensaje sería definitivo, sin marcha atrás. Pero en su cabeza se recordaba continuamente que estaba llamado a salvaguardar sus tesoros.

Ahora, don Adrián Suárez agarra el teléfono móvil de su mesilla. Duda, recapacita y sigue dudando, pero finalmente teclea y se echa el teléfono a su oreja.

◊ ◊ ◊

No había duda. Todos sabían que hasta el alba no había nada que hacer y que debían aprovechar las horas que quedaban hasta el amanecer para descansar, aunque no pudieran dejar de pensar en cómo iban a conseguir entrar en el Palacio Arzobispal.

—Lo difícil no es entrar —le dice Guillermo a Marta, acurrucado en uno de los incómodos bancos de madera de la iglesia de San Jorge—, lo verdaderamente difícil es llegar hasta el archivo.

—Descansa un poco —le insta Marta, tendida en otro banco, justo delante.

Salir de la iglesia de San Jorge tampoco iba a ser empresa fácil, teniendo en cuenta que la salida a la calle y el acceso al hospicio estaban sellados con cerrojos y candados, y volver por donde habían venido ni se lo planteaban como una posibilidad. Descansar y reponer fuerzas tras el largo día era la mejor alternativa según Guillermo,

esperando a que se despierten los ancianos y empiece el funcionamiento ordinario del hospital, para escabullirse y salir como si de dos visitantes o familiares se trataran.

—Encima está la dichosa coronación —deja caer Guillermo.

—¿Piensas tirarte así toda la noche? —resopla Marta—. Aprovecha las situaciones como una oportunidad, no como una amenaza.

—Es una oportunidad enorme tener a media Sevilla en la catedral y en sus alrededores —suelta Guillermo con sarcasmo —, además de todo el clero merodeando y peloteando al arzobispo.

La tenebrosidad del interior de la iglesia se ve perturbada por la azulada luz que atraviesa los altos ventanales a sendos lados de la cúpula, que se refleja sobre el blanco techo y deja en penumbra *El entierro de Cristo* de Roldán. Las copias de los cuadros de Murillos apenas se vislumbran y mucho menos los *Jeroglíficos de las postrimerías* de Valdés Leal.

—¿Te imaginabas esta mañana cuando empezamos a correr por el parque de María Luisa que terminaríamos aquí?

—¿Encerrada en una iglesia? —se queja Marta—. ¿A solas contigo? Cierra los ojos y duerme.

Resulta complicado dormir después del agotamiento y la rigidez del asiento de un banco de madera para fieles en la espalda. Guillermo se atreve a romper el silencio:

—Antes te pregunté qué falló entre nosotros y no me contestaste.

—Te dije que no era ni el mejor momento ni el mejor lugar —responde Marta, cansada—, y sigue sin serlo.

El silencio es más largo, hasta que Marta se incorpora y se gira hacia atrás:

—¿De verdad quieres que te lo recuerde? Porque me parece que lo sabes perfectamente. —Guillermo se incorpora para escucharla con detenimiento—. Esto. Por momentos necesitaba mi espacio, mi tiempo, y tú seguías una y otra vez preguntando si me pasaba algo.

—Y pasaba algo.

—No, Guillermo. No te engañes. No me pasaba nada. Nunca me pasó nada. Es como ahora. Tu pesimismo. En un momento estás aquí… —dice levantando la palma de su mano en horizontal. La baja unos centímetros y añade—: Y al rato aquí.

Se frota los ojos y confiesa:

—Me preocupaba por nuestra relación, porque no quería perderte.

Marta suspira y, aunque duda en decirlo, finalmente le confiesa:

—Llegó un momento en el que pensé que nunca nos separaríamos, porque te quería demasiado.

—¿Y ya no?

Suspira de nuevo y le reitera que en su momento solo le pidió tiempo y espacio:

—No era para alejarme de ti, sino para darte tiempo para pensar. Quería que te dieras cuenta, que las cosas salieran de ti, que no tuvieras miedo al compromiso.

—Yo no tengo miedo al compromiso —interrumpe Guillermo.

—Quizás ahora creas no tenerlo —puntualiza Marta—, pero por entonces te aterraba dar pasos hacia delante. Estabas más preocupado en sopesar lo que podía salir mal que en todo lo que podía salir bien.

Guillermo agacha la cabeza y declara que no cree que siga siendo esa misma persona. Concluye casi implorando:

—Lo siento.

—Si te tiras media vida pensando en lo mal que lo vas a pasar en la otra media —le suelta Marta, volviendo a tumbarse en su banco—, no disfrutarás de ninguna de las dos mitades.

32
Sevilla. Hospicio de la Santa Caridad

Domingo de Pentecostés, 5 de junio de 1672

La noche cae deprisa y el sol se filtra entre la Torre del Oro y la de la Plata, allá por el Postigo del Carbón. Si puedo evitar la noche a solas, la evito. Todo el mundo en esta ciudad intenta evitarla en estos tiempos. Pero hoy don Miguel Mañara me pidió que asistiera solo al encuentro que tiene a bien concertar con mi buen amigo don Juan de Valdés Leal, allá en su venerable Hermandad de la Santa Caridad.

Desde el Postigo del Aceite se percibe el fuerte olor a pescado que proviene de las Atarazanas Reales, donde los pescadores y almacenistas se han esmerado en la salazón durante el día. Son varias las naves que quedan, en torno a la capilla de San Jorge, adonde con mis prestos pasos me dirijo.

—Una moneda, buen hombre —me pide una anciana desde el suelo, apoyada contra el muro y la palma de su mano hacia arriba—. Una moneda por su futuro.

Vigilo mi espalda para que nadie me vea echar la moneda o tendré a algún murcio encima siguiéndome en el peligro de la noche que ya va llegando. En mi mente aún se repite la reseña de lo sucedido al hidalgo don Basilio de Almanzor, quien por menos monedas de las que caben en un puño dejó su sangre y vida en el zaguán de su propia casa. Pobre Inés, Dios le haya dado fuerzas desde entonces, que arrodillada tuvo que llorar y limpiar la sangre de su padre por igual.

Viro la esquina y casi golpeo una dama de todo rumbo y manejo[26] que aguarda al encuentro fortuito con algún marinero o forastero que merodee las cercanas tierras del muelle. Ni siquiera presto atención a las palabras que salen de su boca, dejando que se pierdan y se mezclen en el aire con el olor a sal y pescado.

Esta ciudad se ha vuelto peligrosa, demasiado arriesgada para honrados y escuela permanente para avispones y malandrines. Cárceles llenas de reincidentes y calles repletas de picaresca. Cofradías de ladrones, asociaciones de tahúres y rufianes en bodegones para el juego, orden de germanía, golfos y rameras en mancebías.

El portón de madera está cerrado a escasos metros de la Torre de la Plata y mi llamada a base de aldabonazos suena con fuerza entre el

piar de los pájaros que buscan su lecho entre los árboles.

La puerta se abre apenas un palmo, dejando una franja de negro azabache sobre la que traspasa una voz susurrante:

—¿Don Pedro? Le estábamos esperando.

El hospicio del que tanto se habla en la ciudad es la contraposición de lo que hay fuera. Humildad y misericordia con las necesidades más perentorias de los que vagan por las calles de una ciudad que se va sumiendo en la miseria de lo que en hace poco era una urbe bien allegada y próspera.

—El pan no falta —dice el hermano de la Hermandad de la Santa Caridad que me recibió en el portón—. A Dios gracias. Pero son más las penurias que las limosnas que llegan a nuestras puertas. Aunque, como dice don Miguel, Dios proveerá.

En la parte delantera de la iglesia de San Jorge me encuentro a don Miguel Mañara, quien le señala a mi buen amigo Juan de Valdés Leal una zona desamparada a los pies del altar. Sin decoración ni adorno, austera y de blanca cal. Los saludo y don Miguel se apresura a llamar al bien conocido Bartolomé, que contemplaba uno de los cuadros que ya ha finalizado para la hermandad.

—Don Bartolomé ingresó como hermano hace ya siete años —expone don Miguel—. Ya podemos contemplar su gran talento en esta iglesia y pronto el conjunto se completará con el vuestro.

La arquitectura de los retablos, la decoración pictórica y la escultura de esta iglesia fueron diseñadas por el hermano mayor de la hermandad, el propio don Miguel Mañara, de quien recibí encargo hace ya dos años de la parte escultórica. Varias de las pinturas de Bartolomé ya están a la vista, aunque don Miguel se empeña en llamarlos jeroglíficos, como los de Juan de Valdés Leal que están por acabar. Nos dice que los seis jeroglíficos de Murillo explican seis de las obras de misericordia.

Mi encargo estaba repleto de indicaciones de Mañara, minucioso y detallista en cada gubiazo por golpear, por lo que estimo que habrá sido cuan meticuloso con ellos también en cada pincel por arrastrar sobre pared, techo o lienzo.

—La misericordia debe prevalecer por encima de todo —nos dice don Miguel—. La hermandad ya no solo asiste en espíritu y da posterior sepultura a los reos condenados a muerte. Nuestro hospicio acoge a vagabundos y les da de comer, auxilia a los incurables, asiste a los que sufren de las reiteradas inundaciones y nuestros hermanos llevan a hombros, si es necesario, a los enfermos recogidos hasta los hospitales donde puedan ser atendidos.

Y, como nos detalla don Miguel a los pies del altar, el conjunto se completará con otras cuatro pinturas, dos de Murillo y dos de Valdés Leal, así como con mi encargo, que lucirá en el retablo principal, *El*

entierro de Cristo, que representará la caridad original de esta hermandad, la de sepultar a los muertos.

En la soledad y el silencio de esta iglesia de San Jorge, nos dice:

—Mi padre logró para mí el hábito de caballero de la Orden de Calatrava cuando apenas era un niño. Y fui tentado con grandes lujos y cargos poderosos. El fallecimiento de mi esposa hace ya más de una década me hizo ver en el desierto carmelita un camino mucho más piadoso y la posibilidad de reorientar mi vida.

Bartolomé, Juan y yo escuchamos con atención las palabras de Mañara, que parecen ir tornando y vaciándose de dicha:

—Hace ya tiempo se me encomendó custodiar y guardar un secreto que posteriormente descubrí que estaba manchado de sangre en sus orígenes. Pero, aunque mi nueva vida me pide que lo olvide, no quiero faltar a mi palabra.

—Don Miguel, don Miguel, … —irrumpe entrando desde el patio don Justino de Neve, dejando el coro a su espalda—. Déjeme usted que de eso se encargue un servidor con estos señores.

Alcanza nuestra posición y nos dice que la fuerza de un secreto radica en su propia naturaleza y que ocultarlo es el bien preciado que le confina su propia identidad. Por eso requiere de nosotros. Porque confía en nosotros. Porque sabe que así el secreto estará a salvo y la conciencia de Mañara quedará tranquila.

—Al igual que en el Hospital de los Venerables Sacerdotes —expone Neve—, estamos llamados a custodiar y salvaguardar nuestros mejores tesoros.

—Nuestros mejores tesoros son las almas —le replica Mañara.

Justino de Neve asiente y pregunta qué no debe faltar en una casa de Dios como en la que estamos.

—Las obras de misericordia —responde rápidamente don Miguel Mañara.

—No le falta razón, don Miguel —responde Neve—, pues Dios pondrá en una balanza nuestros actos. Pero no me negará que nuestros hospicios requieren cada día del pan. Hasta el mismo Jesús nos lo dijo en el *Pater Noster*.

—Hablando de pan —se excusa don Miguel—, debo ayudar a los hermanos con los alimentos.

Estrecha las manos de cuantos quedamos a los pies del altar y se marcha.

Justino de Neve saca una moneda y juguetea con ella entre los dedos mientras recita:

Panem nostrum quotidianum, da nobis hodie…

Juan añade:

—Et dimitte nobis debita nostra…

Bartolomé le complementa diciendo:

—*Sicut et nos dimittimus debitoribus nostris*…

Yo me veo casi obligado a continuar:

—*Et ne nos inducas in tentationem*…

Para que Neve concluya pronunciando:

Sed libera nos a malo.

Todos a la vez finalizamos:

—*Amen*.

—No nos dejes caer en la tentación —repite y suspira Neve, sin recurrir al latín, volteando la moneda entre sus dedos—. La envidia no nos debe tentar. El perro que muestra fidelidad también simboliza la envidia.

Yo echo un vistazo de reojo a los cuadros de Bartolomé ya entregados y observo la presencia de perros en tres de ellos.

—*Pater Noster* —vuelve a decir Justino de Neve—. El pan será vuestro elemento común.

Pone su mano en mi hombro y me aparta de los demás:

—¿Has pensado en lo último que hablamos?

—San Roque —digo escuetamente.

Neve asiente, mientras caminamos lentamente hasta el fondo de la nave que en realidad será el principio de la iglesia.

—Me refería a lo otro —especifica.

Me detengo y echo un vistazo hacia atrás, a los pies del futuro altar, vacío de retablo aún, con Bartolomé y Juan hablando algo sobre los techos de la cúpula.

—Necesitamos que el secreto permanezca por siempre salvaguardado —me expone Neve—: Ellos ya han dicho que sí.

Jueves del Corpus Christi, 16 de junio de 1672

Cada uno tenemos una llave y un trozo de papel. En el papel hay trazos rectos que parecen mostrar el callejero de una ciudad como Sevilla porque la muralla y la forma del río así parecen delatarlo. Sin embargo, los trazos no sirven para moverse por las calles y plazuelas de la ciudad sino por las galerías subterráneas.

Si la collación de Santa Cruz es un entramado laberinto en su superficie, con multitud de calles angostas sin un patrón definido en la judería de antaño, el subsuelo es otra maraña de túneles estrechos y techos bajos por los que uno puede perderse en cualquiera de las bifurcaciones e intersecciones. Por eso Neve nos advierte de que tenemos que acudir a la reunión de dos en dos, nunca recorrer estas galerías a solas y que llevemos un plano que nos ayude a saber por

dónde girar. Las dos llaves son una para la entrada y la otra para acceder al lugar de la reunión. Hay varios puntos de entrada. Nosotros accedimos al primer túnel desde la sacristía del Hospital de los Venerables Sacerdotes y las instrucciones de Neve fueron muy precisas para cuando nos encontráramos con cuatro puertas y las cuatro virtudes cardinales escritas encima.

—Bajo ningún concepto debéis atravesar otra puerta que no sea la coronada por la palabra «FORTIS» encima. —Neve nos entregó las dos llaves, una para Juan y otra para mí, y añadió—: Una vez que paséis la entrada de «FORTIS», os encontraréis con tres puertas y una de las llaves la abrirá. Aseguraos de dejarla cerrada al pasar.

Nos dijo que necesitaríamos las dos llaves para abrir la puerta que da acceso a la sala de la reunión.

—«Uno adentrará, dos salirá»… —nos susurró—. Lo veréis escrito en las paredes de la sala. Una llave para entrar y dos para salir.

También nos dijo que no pisáramos el suelo justo tras el dintel, o, en el caso de hacerlo, que apoyásemos nuestros pesos a la vez.

—Si no fuera porque los dos coincidimos en el mismo punto — me expone Juan de Valdés Leal, acercando su plano a la luz y con su dedo marcando el mismo lugar que yo indico en el mío—, diría que estamos dando vueltas en círculo.

—Estamos ya muy cerca —le tranquilizo.

—Prefiero estar pintando a cuarenta varas de altura.

Después de seguir todas las indicaciones y atravesar la collación de Santa Cruz por el subsuelo, el último giro nos conduce a un pasadizo cuyo extremo final es una puerta de hierro con dos cerraduras. Volteamos las dos llaves y el espacio que se advierte, gracias a las antorchas que cuelgan de las paredes, es una sala con una mesa de madera ovalada, tres sillas a cada lado y un sillón, presidiendo, en uno de los extremos. Al contar las personas en el interior de la estancia y los siete asientos soy consciente de que hemos sido los últimos en llegar a la reunión.

—Supongo que todos nos conocemos de otros menesteres — manifiesta Justino de Neve, detrás del sillón presidencial y con sus manos en el respaldo—. Fuera de esta sala, nunca se mencionará la Orden del Mestizo.

Cada uno imita en su posición a la de Neve, agarrando el respaldo de una silla y esperando a que el prior de la orden nos invite a sentarnos, pero él me insta a colocarme a su izquierda y le dice a Juan de Valdés Leal que su sitio es el de en medio, entre el cronista Fernando de la Torre Farfán y Bartolomé Esteban Murillo. Este último queda en frente de mí. A mi lado permanece en pie Bernardo Simón de Pineda, tallista con el que he trabajado en varias ocasiones. Ahora, en particular, está atareado con el retablo de la iglesia de San Jorge en

el Hospital de la Caridad, en cuya calle central del primer cuerpo reposará mi *Entierro de Cristo*. A su izquierda, frente al cronista, vislumbro a Diego Ortiz de Zúñiga, noble e historiador además de caballero de la Orden de Santiago y Veinticuatro de Sevilla.

Agarro el respaldo de la silla y observo que, justo delante, tallado sobre la madera de la mesa, tengo varios nombres con dos fechas entre paréntesis. Lo mismo se repite en las otras seis posiciones, delante de las sillas.

—Siéntense, señores —nos insta Neve.

Dada mi cercanía a Justino de Neve, el prior de la Orden del Mestizo, puedo leer labrado sobre la mesa, delante de él: *Gómez Camacho (1541-1553)*; justo encima *Rodrigo Álvarez (1553-1587)*; arriba *Hernando de Mata (1587-1612)*, *Bernardo de Toro (1612-1624)*, *Mateo Vázquez de Leca (1624-1649)*, y, finalmente, *Justino de Neve (1649-)*. Son los cabezas de la Congregación de la Granada y los priores de la Orden del Mestizo.

Las directrices del prior es centrarnos en la reubicación de aquellas monedas que estén en riesgo. Los robos crecen cada día que pasa y el temor a que desaparezca alguna ha llegado a fraguar una sensación de desasosiego en varios miembros de la Orden del Mestizo.

Esta especie de sala capitular tiene el techo alto, produciendo una acústica que nos hace necesario estar todos juntos y pegados para poder oír con nitidez lo que cada miembro de la orden dice.

—No son días apacibles los que vive esta ciudad —dice el prior de la orden—. Aunque lo del Rey Santo ha despertado la euforia en el pueblo, no debemos dejarnos llevar por la temporalidad. Nuestra dicha debe perpetuar.

Otras órdenes militares y religiosas tienen una estructura piramidal, con miembros de gobierno que están justo por debajo del Gran Maestre como el Gran Comendador, el Gran Canciller o el Gran Hospitalario. Dependiendo de la orden, cada uno podría tener bajo su responsabilidad a una terna de caballeros, pero el primer cabeza de la Congregación de la Granada y prior de la Orden del Mestizo estimó que con los Seis de Particular Espíritu sería suficiente.

Observo las llamas ondulantes de las antorchas que cuelgan de las paredes y cuento siete puntos de luz, ya que los farolillos con los que cada uno hemos venido yacen apagados en el suelo, a nuestras espaldas, para evitar el consumo innecesario de aceite. Entre los nombres labrados en la madera del lugar que ocupo en la mesa puedo leer los de dos escultores: *Juan Bautista Vázquez (1553-1588)* y *Juan Martínez Montañés (1588-1649)*.

—Ya nuestros predecesores tuvieron que esquivar a multitud de ladrones y al mismísimo Santo Oficio —expone Neve—. Si algún avispón diera con alguna de las monedas, nuestro secreto estaría en

peligro.

—No solo los avispones deben ser de nuestro temor, prior —contribuye el historiador Ortiz de Zúñiga—. Súmense los postas y jayanes. Y ya son varias las cofradías de ladrones que asedian por intramuros.

Cada uno en la Orden del Mestizo no sabe los secretos que guardan los demás y solo el prior, hasta su muerte, es el pleno conocedor de todo. Sin embargo, el prior debe asegurar con dos miembros de la orden que todas las pistas son salvaguardadas. Ahora entiendo las frecuentes visitas de Fernando de la Torre Farfán a mi taller y su presencia en esta mesa junto con la del historiador Ortiz de Zúñiga.

—Mi preocupación es general —expone Justino de Neve—. Debo velar por la seguridad de las trece monedas, y no solo de la última de ellas. Esas cofradías de ladrones llevan décadas intentando poner sus zarpas en nuestro secreto final.

Al igual que otras muchas hermandades y cofradías de esta ciudad, los ladrones tienen sus propias reglas, estamentos y rangos de autoridad. Tienen su propia organización interna y jerarquía de poder. Tienen su propio prior. Y así le llaman también, aunque solo sea por dar en la testa a las órdenes religiosas, aunque con el tiempo han terminado llamándole capataz. El prior o capataz da paso a los cónsules y estos a los rufianes o valentones de nivel. También están los jaques y los jayanes.

—La peste de mil seiscientos cuarenta y nueve se llevó por delante grandes hombres de nuestra orden, como mi predecesor, el cabeza y canónigo don Mateo Vázquez de Leca —explica, pasando sus dedos por el nombre labrado en la mesa—, o el insigne Juan Martínez Montañés. Pero, aun así, su ingenio y sus obras han perdurado en el tiempo y con ellas el secreto ha llegado hasta nuestros días.

De su jubón, Neve extrae un trozo de papel plegado:

—Sin embargo, estimamos que algunas de nuestras monedas corren serio peligro —añade mientras Torres Farfán le da la razón con una inclinación de cabeza.

Escruto con la mirada, sabiendo que Valdés Leal, Murillo, Simón de Pineda y un servidor hemos sido algunos de los elegidos por la congregación y la orden para ejecutar las obras de las más recientes iglesias renovadas de nuestra ciudad como Santa María la Blanca, el Hospital de la Caridad o de los Venerables Sacerdotes.

—Tal y como acordamos, las letanías —explica mirando a Bartolomé Esteban Murillo— no irán en el lienzo. —Extiende el papel hacia Bernardo Simón de Pineda, quien lo desdobla con cuidado de solo verlo él, como si de un naipe se tratara—. Las letanías estarán en el marco.

Bernardo asiente, dobla de nuevo el papel y se lo guarda.

Dubitativo, Murillo cuestiona:

—¿Y la Santa Caridad?

—En primer lugar, Bartolomé —le aclara Justino, extrayendo otros dos papeles plegados, uno para Juan y otro para él—, es prioritario terminar el conjunto iconográfico de la Santa Caridad. Miguel Mañara me insiste día y noche. Después, os encargaréis de esa Inmaculada sin atributos marianos.

El último papel que Neve saca de su jubón lo desliza sobre la mesa hacia su izquierda y lo deja entre mis manos. Yo lo desdoblo, lo apoyo bocabajo sobre la mesa y lo levanto tímidamente entre mis manos, lejos de la vista de los demás. Mis ojos leen: «DIOS ABRIRÁ», «F. IVAN de QVIROS» y «M.DC.LI.».

---

26 «Damas de todo rumbo y manejo» es como define Miguel de Cervantes a las prostitutas en «El licenciado Vidriera» dentro de sus Novelas ejemplares.

33
Sevilla. Barrio de la Alfalfa

Los primeros rayos de sol pinchan en la piel cuando atraviesan las persianas levantadas, cortinas descorridas, y se topan con el cuerpo sudoroso de la mañana después de un día de intenso trabajo. A eso hay que añadirle que, por estas latitudes, el sol de mayo matutino empieza a ser cruel en su intensidad incluso en las primeras horas de la mañana, y acentúa su efecto, más si cabe, si irradia su energía contra el organismo de una persona que ha descansado poco y que aún está metabolizando la ingesta de alcohol de la noche anterior.

Tiene prácticamente que clavarse la uña en la carúncula lacrimal para apartar una enorme legaña, y poder abrir el ojo completamente y aguzar la vista hasta ver el reloj de una mesilla de noche, que no es la suya, marcando las siete y diez.

El salto de Javier Heredia le pone completamente en pie. Aunque paralizado, mueve el cuello de un lado a otro intentando identificar el lugar: osos de peluche, muñecas en las estanterías, pulseras y juguetes. Son unos segundos angustiosos lo que hay entre un despertar violento y descubrir en qué lugar ha amanecido con tan solo unos calzoncillos tipo bóxer. Echa mano de la camisa y la abotona mientras abre la puerta con sigilo para corroborar que no conoce esa casa.

—Estoy haciendo café —escucha, en la lejanía, nada más abrir la puerta.

La voz de Silvia Romero, responsable de protocolo del arzobispado, le inunda de breves *flashbacks* la memoria, aunque la angustia que tiene le hace difícil enlazar un par de piezas del puzle en el cerebro. Asoma su cabeza por la ventana del cuarto, pero solo identifica un patio interno. Se pone los pantalones a toda velocidad y se calza los zapatos antes de salir corriendo por el pasillo hasta toparse con ella en la cocina.

—¿Por qué no me has despertado?

Silvia levanta los dedos índice y corazón marcando un dos:

—Dos veces —le dice, extendiéndole una taza de café y advirtiéndole de que quema—. No iba a zarandearte como si fuera tu madre.

Javier le da un sorbo al café y casi blasfema al quemarse. Se asoma a la ventana de la cocina y sigue sin saber dónde se encuentra.

—Te dije que no estabas en condiciones de coger la moto — suelta Silvia.

Cuando le pregunta por qué no vinieron en moto, su intención más

bien es la de averiguar dónde la tiene aparcada.

—Te venía mejor dar un paseo que pegarnos una caída en pleno centro.

—Supongo que me relajé después de la tensión de todo el día.

—Ya te digo si te relajaste —le responde Silvia con una sonrisa—. Y se te suelta bien la lengua cuando te relajas.

—Y también me da por meter la pata —apostilla Javier, alisándose el pelo.

Silvia da un sorbo sonoro de café sin dejar de mirarle y añade:

—Tranquilo, no hiciste nada de lo que debas avergonzarte.

La duda de Javier ahora, cuando se acerca a la encimera para soltar la taza de café, es que no sabe si besarla en la mejilla o en los labios. No sabe qué es lo correcto porque no recuerda detalles de la noche. Evita la situación aludiendo a que tiene que ir a su casa, ducharse y ponerse el traje de chaqueta y la corbata, que ha quedado con sus colaboradores para desayunar a las ocho y media en la Puerta del Perdón.

—Tienes aparcada la moto detrás del Maestranza, del teatro —le tranquiliza Silvia—. Estás a quince minutos andando. No te iba a dejar que condujeras hasta Nervión con todo lo que habías bebido.

Javier le sonríe y le da las gracias.

—Me prometiste que te comportarías como un señor —le dice Silvia—. Por eso te dejé entrar aquí.

—¿Y lo hice?

—Eres un encanto —le confiesa a la vez que le besa la mejilla con dulzura—, pero hoy nos toca trabajar. No es un domingo cualquiera.

La sonrisa de Javier intentando desaparecer cuanto antes no es suficiente.

—Por cierto —llama su atención—, la próxima vez que duermas en casa ajena no te tires toda la noche diciendo que algo va a salir mal.

Javier le mira sin saber de qué habla y Silvia le ratifica:

—Ningún problema. Todo va a salir según lo previsto.

◊ ◊ ◊

La noche había sido movida para Nacho en la Jefatura de Policía de Blas Infante. Dormir era lo último posible en esa celda, en la que estuvieron entrando y saliendo toda clase de tipos, de diversa condición y estado. Llegado el caso, ya incluso prefería que un borracho vomitara y se quedara calladito en un rincón a un yonqui tembloroso y preguntón. Lo peor era cuando traían a un niño de papá después de una pelea, que no dejaba de insultar y pegar patadas a todo lo que se encontraba por delante.

En verdad, nunca creyó alegrarse tanto de ver al inspector Reina

cuando este apareció por la mañana junto al agente que abría la celda para que saliera.

—¿Es usted el que huele así? —pregunta Reina desde el pasillo, dando un sorbo a su café, camino de una sala en la que pudieran hablar.

—No, pero me haría falta una ducha.

—Créame. Las duchas comunes son peores que las celdas — señala Santiago Reina—. Quien vomita o se caga encima dentro de un coche patrulla, primero pasa por esas duchas.

Ya en una de las salas de interrogatorios, Santiago apoya el vaso de cartón con café humeante en la mesa y se sienta frente a Nacho.

—Lo del poli bueno que le ofrece café al detenido es cosa de las películas. Vayamos al grano. Le he estado dando vueltas al tema y me he estado haciendo unas cuantas preguntas. —Entrecruza sus dedos antes de inquirir—: ¿Qué motiva a gente de vuestra edad hacer este tipo de gamberradas? Ya no sois tan jóvenes. Y me dije, olvídate del juego. Porque un viaje al Caribe puede motivar, pero vosotros os salisteis del juego.

Nacho intenta abrir la boca, pero el inspector Reina no le deja:

—He dormido poco, como usted. Y camino de casa me dije: «El monaguillo».

—¿Qué monaguillo? Ya le dije que no sé nada de ningún monaguillo.

—Está bien —le manda callar—. Dispuse orden de búsqueda, pero nadie sabe ni dónde vive ni dónde está. Un monaguillo que ayuda a misa y ni el párroco ni el sacristán conoce su nombre completo, de dónde es… ¿No le resulta extraño?

Nacho se encoge de hombros.

—Entonces me pregunté por el túnel.

—Otra vez el túnel. Así no vamos a avanzar —resopla Nacho—. ¿Quiere pillar a Carlos Vidal? ¿Sí o no?

—Quiero saber la verdad y que deje de mentirme.

Nacho se recuesta en su asiento cruzando los brazos y Reina continúa:

—Vamos a pillar a Carlos Vidal, de eso no hay duda. Pero si le dejo libre debo confiar en usted y, por supuesto, usted tiene que confiar en mí. —Espera un par de segundos y prosigue—: Ya me hablaron por la mañana en Santa Ana del túnel y de una leyenda, así que me fui a visitar al sacristán que golpearon para preocuparme por él. Por cierto, se llama don Julián. Un auténtico cascarrabias, pero es increíble lo que se consigue con un poco de amabilidad y…

—Una placa —le interrumpe Nacho.

—Pues no —se pone serio el inspector—. Empatía es lo que iba a decir.

—Venga, inspector, usted mismo lo dijo nada más llegar — empieza Nacho a perder la paciencia—: Vayamos al grano.

Reina da otro sorbo sonoro a su café, se limpia el labio superior con el inferior y se queda mirando a Nacho unos segundos antes de soltar el vaso de cartón sobre la mesa. Al lado deposita una tarjeta SIM para teléfono móvil que Nacho observa sin atreverse a preguntar qué es.

—Un túnel, una leyenda, Ignacio Aguilar y Carlos Vidal —enumera Reina, sonriendo—. Ya solo falta el tesoro.

Nacho deja escapar una sonrisa, un sonido nasal y resopla la palabra *tesoro*.

—Pero no se engañe —añade Reina—. No hay mejor motivación para mí que trabajar en domingo si puedo cazar al Manco. Ese es mi mayor tesoro.

◊ ◊ ◊

A pesar de lo incómodo que supone extender el cuerpo en el banco de madera de una iglesia, sobre todo para la espalda, cuando el cansancio te vence uno puede llegar a quedarse dormido en cualquier sitio.

El anciano que lleva unos diez minutos sentado en el borde del banco, en el escaso espacio que queda entre el pasillo y la cabeza de Marta, juega con su mandíbula postiza, moviéndola arriba y abajo en el interior de su boca. Al comprobar que está perfectamente colocada dice:

—Te vas a quedar sin desayunar, Julia.

Marta apenas se mueve, inmersa en un profundo sueño. Detrás, Guillermo está tan dormido que con su boca entreabierta respira sonoramente y está casi a punto de soltar un ronquido en medio de la iglesia de San Jorge de este Hospital de la Caridad.

Vestido con un chaleco de pico marrón sin mangas con cierre de botones sobre una camisa celeste y corbata oscura, el anciano sujeta con ambas manos un bastón y realiza una visual por toda la iglesia. Acaba por mirar hacia detrás:

—Y Marcos también se va a quedar sin desayunar. —Se atusa el pelo aún húmedo y añade—: Hay que rezar antes de desayunar. Dios nos vigila.

Marta quiere cambiar de postura, pero el espacio es tan pequeño que es imposible darse la vuelta sin despertarse.

—Te quedan seis minutos —susurra el anciano, comprobando su reloj de pulsera—. Coincide con el telediario, aunque las campanas tienen casi un minuto de retraso.

Suelta un ruido nasal y, al desperezarse, estira tanto los brazos que golpea las piernas del anciano. Este rastrea el ambiente con el olfato y

pregunta:

—¿No hueles las magdalenas?

Ella se sienta en el banco como un resorte. Perdida, desubicada, con el pelo revuelto y los ojos bien abiertos escaneando todo el interior de la iglesia de San Jorge, ya iluminada y salpicada con una veintena de ancianos entre los bancos y un par de sillas de ruedas en la parte delantera del pasillo.

—Esta mañana has llegado a tiempo, Julia.

Aún confusa, Marta mira al anciano, pero no abre la boca. Estira el brazo hacia el banco de atrás y zarandea a Guillermo.

—Sí, avisa a Marcos —le dice el anciano—. Como el cura vea que no reza en la misa se queda sin desayunar.

La joven carraspea antes de preguntar:

—¿A qué hora es la misa?

—A las siete y media —dice su longevo acompañante de banco, comprobando de nuevo su reloj—. Dentro de cuatro minutos.

Ahora Marta zarandea con más fuerza a Guillermo, hasta que este se incorpora en el banco, aunque con la cabeza baja sobre el respaldo delantero, como escondido detrás de Marta.

Un señor de unos sesenta y tantos años empuja una silla de ruedas con un anciano sentando en ella por el pasillo cuando a la altura de los jóvenes pregunta:

—¿Sois los voluntarios de hoy? Habéis madrugado para ser domingo. Vamos a necesitar ayuda en el comedor cuando acabe la misa —concluye avanzando hacia la parte delantera de la iglesia.

Marta observa el san Roque en el altar mayor acompañado por su perro con el pan de vuelta en su boca.

El anciano pone su mano junto a su oreja derecha, como aguzando su oído:

—Julia, ¿lo oyes? —Marta vuelve su mirada hacia él—. Alguien se está afeitando en la iglesia.

Sintiendo la vibración sobre el banco, Marta agarra su teléfono móvil y comprueba que en la pantalla aparece el nombre de Nacho. Se lo enseña a Guillermo, quien asegura que es del todo imposible.

—Su móvil y el mío están aquí —advierte Guillermo, sacando dos teléfonos móviles de la riñonera—. Apagados.

◊ ◊ ◊

—Jefe, están en la puerta.

La zona azul de los aparcamientos de la calle Temprado no funciona los domingos y a estas horas aún no ha llegado ningún gorrilla con su cartón de tinto matutino. Paulo, al volante, tiene el

todoterreno aparcado en batería y las ventanillas opacas subidas. Víctor, en el asiento del copiloto, le dice al móvil de su oreja:

—Solo dos. Están hablando por teléfono.

Carlos Vidal dice algo, pero una moto junto al todoterreno arranca, eclipsando todo sonido proveniente del teléfono. Un joven empuja la moto con los pies hacia atrás hasta salir completamente a la calle, se ajusta el casco y acelera con prisas en dirección al final de la calle, donde está la Torre de la Plata.

—Una moto, jefe —dice Víctor al teléfono—. No he conseguido oírle.

—Que no los pierdas de vista —le ordena Carlos Vidal, antes de colgar.

◊ ◊ ◊

Por su seguridad y para no levantar sospechas, Santiago Reina le dice a Nacho que lo mejor es que salga solo por la puerta principal. Con naturalidad. Que no pueden correr el riesgo de que lo vean salir en un coche oficial de la policía.

Todo ello fue después de contarle Nacho que había tenido mucho tiempo para pensar. Como si esa no fuera la intención de Reina al dejarlo en el calabozo toda la noche. Al principio, Nacho empezó por las obras de arte robadas utilizadas como cheques bancarios, luego por los timos al seguro, para acabar en falsificaciones idénticas escondidas en algún almacén, esperando a ponerse en venta en un mercadillo donde curiosamente el dueño creerá estar comprando y recuperando su original.

—Para pillarle por estas cosas —arranca Reina—, deberíamos tenerle bajo vigilancia extrema. No sabemos qué día podría suceder.

Nacho le dice que por eso no pudieron acusarle la última vez; porque eran imitaciones, copias, réplicas, pero que nunca le pillarán con el original.

—¿Y sabemos dónde están los originales?

El joven niega con la cabeza y le dice que Vidal le tiene amenazado. Que por eso había utilizado en el pasado el anticuario de su padre para sus chanchullos y ahora a él para ir tras ese supuesto tesoro.

—Me advirtió de que no le llevaría mucho tiempo hacer que despareciera mi padre igual que se quitó de encima al falsificador.

—¿Qué falsificador?

Le responde que quien hacía las réplicas, que no recuerda su nombre, aunque no es la primera vez que le ha oído alardear de ello, sobre todo para demostrar que tiene el control y despertar el temor en aquellos que le rodean.

—Darío Mensaque —suelta el inspector Reina.

—¡Ese es! —afirma—. Recuerdo ese apellido por la cerámica de Triana.

Reina se frota los párpados con los dedos de su mano derecha y menciona que no pudieron dar con él la última vez que detuvieron a Vidal, la misma vez que interrogaron a Nacho.

—Como si le hubiera tragado la tierra —apostilla.

—No pienso llevar un micro —reacciona Nacho.

—No es necesario —dice el inspector, que le entrega un teléfono móvil antiguo que estuvo de moda hace al menos diez años. Nacho le pregunta si no había nada más pequeño y el inspector le aclara—: Dé gracias a que hemos conseguido un duplicado de su tarjeta. Ahora su móvil y el mío están emparejados. Así podremos saber dónde está en tiempo real. Ni se le ocurra apagarlo. Si le llamo, lo coge.

—¿Y si se acaba la batería?

—No tiene que usarlo, solo llevarlo encima.

Nacho guarda el móvil en su bolsillo y levanta la mirada con curiosidad cuando escucha unos tacones acercándose. Al ver a la oficial Bautista lanza con sarcasmo:

—Bonito uniforme.

Concha le clava los ojos a Nacho porque sabe que el siguiente en realizar un comentario sobre su vestimenta será el inspector Reina, así que se adelanta:

—He venido tan pronto he visto el mensaje.

—Está claro que no ha dormido mucho —le suelta Santiago Reina, sin piedad.

Esta mañana, el traje de chaqueta entallado es azul marino y con falda, camisa blanca y zapatos cerrados con algo de plataforma y tacones altos negros. La respuesta de Concha no se hace esperar:

—Tenía previsto ir al pontifical de la coronación. —Y más bajo y al oído del inspector le suelta—: Por el cansancio de sus ojos, diría que he dormido más que usted.

◊ ◊ ◊

La cafetería donde habían quedado estaba abarrotada de personas a pesar de ser tan temprano. La mayoría eran turistas extranjeros en pantalones cortos, aunque también se mezclaban otros muchos ataviados con chaqueta y corbata que habían madrugado para ir a la coronación canónica, cuyo pontifical tenía previsto comenzar a las once en la catedral, justo enfrente.

Si uno de ellos tenía la impresión de que olía a sudor, el otro creía oler a vómito. Elena ocultaba con el segundo café el olor a alcohol, aunque la mayoría no había sido ingerida sino derramado por

descuido durante su trabajo nocturno poniendo copas y maldijo a Marta por su llamada cuando aún estaba recogiendo los últimos vasos en el local y fantaseaba con llegar a casa y caer sobre la cama. Bosteza y suelta:

—Me muero de sueño.

—Tómate otro café —le insta Nacho—. Yo tampoco he pegado ojo en toda la noche.

Desde la mesa, Guillermo levanta la mano y saluda a un joven enchaquetado y engominado que en la barra se empina una copa de aguardiente. Luego se pone la mano en la boca disimuladamente y dice:

—Implicar a la policía en esto es el fin.

—No había más remedio —asegura Nacho, con los labios sobre el dorso de su mano—. Nos tienen a ti y a mí en el punto de mira. Pero a quienes quieren es a Vidal.

—Y Vidal tiene a mis tíos.

—Solo tenemos que seguirle el juego y darle lo que quiere — añade Nacho.

—¿Darle el tesoro? —pregunta Elena—. Ni Cancún, ni el tesoro, ni una cama para dormir. Perfecto.

—No quiere el tesoro sino a Vidal —replica Nacho.

—Eso dirán todos —apostilla Marta.

—No dejaremos que se acerque —suelta Nacho—. He estado toda la noche en vela pensando en ello.

—¿Solo eso? —pregunta Guillermo.

—También he pensado en tus tíos —admite Nacho. Gira su cabeza de un lado a otro, escrutando el interior de la amplia cafetería—. Mira con disimulo. ¿Ves el tipo rapado con la camiseta negra al lado de los helados?

Guillermo echa un vistazo rápido.

—Parece un portero de discoteca —sugiere Elena.

—Es la mano derecha de Carlos Vidal —apunta Nacho—. O me ha seguido desde que salí de comisaría o es a vosotros a quienes ha seguido hasta aquí.

—Necesito una ducha —se resigna Guillermo, frotándose la cara.

Nacho pregunta a qué hora ha quedado con Carlos Vidal.

—A las nueve y media en el Museo de Bellas Artes. —Nacho comprueba su reloj—. Quiere la moneda.

—Una moneda no es suficiente —dice Nacho—. Tenemos que conseguir que le pillen con algo más gordo.

◊ ◊ ◊

Desde la vitrina con los helados que nadie pide a estas horas, Víctor ya

ha puesto al corriente a Vidal sobre el reencuentro de los cuatro jóvenes desayunando, en especial de la presencia de Nacho, a quien daban por retenido en comisaría.

En ese tiempo, se le han acercado tres camareros para preguntarle si quiere un helado. A los dos primeros negó con la cabeza, pero al tercero le pidió una tarrina pequeña de pistacho y turrón.

Ahora, plantado en medio de la avenida de la Constitución, Víctor pulsa la última llamada a Carlos Vidal en su móvil mientras se empina el resto del helado para bebérselo de lo derretido que ya está:

—Se han separado, jefe. ¿A quién sigo?

—A Nacho —le impera—. No te separes de él.

◊ ◊ ◊

La última vez que el cabeza de la Congregación de la Granada tuvo que convocar a los miembros de la Orden del Mestizo fue cuando falleció don Ernesto Hidalgo, el que fuera párroco de San Lorenzo. Lo normal era reunir a los Seis de Particular Espíritu solo en situaciones de extrema emergencia. Lo habitual en las últimas décadas era congregarse por el fallecimiento de uno de ellos para que el cabeza nombrara un sustituto.

Don Ernesto Hidalgo había recopilado las últimas actas, altas y bajas de los congregados durante casi treinta años. El caso es que desde principios del pasado siglo, aparte de los siete que conocían el secreto, no existían más altas de congregados. Aquel gran grupo de alumbrados de la segunda mitad del siglo XVI que comenzaron a reunirse en torno a la Virgen de la Granada y recibían sermones desde el púlpito del Patio de los Naranjos había quedado reducido al cabeza y sus Seis de Particular Espíritu: a los siete miembros de la Orden del Mestizo.

El sonido del péndulo del reloj de pared es lo único que se escucha en la sala donde han sido convocados, hasta que suenan ocho campanadas en la lejanía y el cabeza de la congregación y prior de la orden toma asiento en el extremo de una larga mesa de madera ovalada acompañada por tres sillas en cada uno de sus lados. El rústico habitáculo queda iluminado tétricamente por unas antorchas colgadas en las paredes.

—Rogué puntualidad porque es una mañana complicada.

—Señala el asiento vacío en su lado derecho y pregunta—: ¿Alguien sabe el motivo de su ausencia?

Nadie contesta, pero el prior sabe la razón.

Los dedos del delegado diocesano de Patrimonio Cultural acarician dos columnas de nombres con dos fechas entre paréntesis tallados en la madera de la mesa, justo delante de él, y se detiene en dos de ellos,

que siempre le han causado especial admiración. Estar sentado en el mismo lugar donde hace casi cuatro siglos estuvieron insignes imagineros como Juan Martínez Montañés y Pedro Roldán le eriza la piel.

—Me temo que debemos empezar sin su presencia —dice el prior —. Ya le pondré yo al corriente. —Toma aire y se recuesta en su sillón —: Hermanos, el día ha llegado. Don Adrián me llamó esta pasada madrugada rogándome que convocara extraordinariamente esta asamblea. Creo que el más indicado para informar del asunto es él, por lo que suya es la palabra.

Don Adrián, sentado en la silla de la izquierda más cercana al prior, echa mano del bolsillo interior de su chaqueta y saca una pequeña bolsita de piel. Vuelca su contenido sobre la mesa y esparce siete monedas antiguas sobre ella.

Los demás miembros se miran entre sí, temiendo preguntar por el resto.

—Tengo bien controlada la última, pero no sabemos a cuántas más han accedido —manifiesta el prior.

Uno de los miembros del lado derecho se atreve a abrir su boca:

—¡Es imposible!

—¡Es una realidad! —replica el prior—. Vuestro único cometido era velar por que nadie nunca pudiera descubrir las dos monedas de las que sois custodios.

—¿Nadie sabe por qué falta? —pregunta uno de los miembros de la orden, señalando el asiento vacío—. Es el único de nosotros que no es hombre de Iglesia.

—Hombre o no de Iglesia —le replica el prior—, deberíamos pensar más allá de los que están o no están en esta mesa.

—Prior, me gustaría comprobar si las mías siguen a salvo —expone otro de los congregados. El cabeza y prior agarra con su mano izquierda las monedas y, sin levantarlas de la mesa, las hace deslizar con fuerza para que alcancen la posición del congregado, quien toma una y otra moneda, y revisa el anverso y el reverso. Cuando parece haber localizado lo que buscaba, levanta sus ojos, sin bajar una de las monedas y advierte—: Nadie ha podido dar con ellas sin ayuda.

—Debemos vigilar las que faltan —propone otro de los congregados.

—Nadie moverá un dedo —avisa el prior—. A partir de ahora, será un servidor quien tome el control para restaurar el daño acaecido. —Vuelve sus ojos hacia don Adrián, quien asiente—. En menos de veinticuatro horas un grupo de jóvenes ha sido capaz de descubrir el paradero de más de la mitad de las monedas.

El prior hace un gesto para que las siete monedas regresen a su

posición y las devuelve al interior de la bolsa. Se levanta con tal fuerza que el sillón principal sale disparado hacia atrás y termina por golpear contra la pared. Se guarda la bolsa de las monedas y, con un tono más sosegado, conmina:

—Miren los nombres que tienen delante. Observen las fechas.

Hay quien lee Murillo, otro lee Pacheco, Valdés Leal o Fernando de Herrera, pero la lista es mucho más extensa de lo reconocible a simple vista.

Desde lo alto, el prior señala todos esos nombres y luego a ellos. Concluye:

—Estamos llamados a salvaguardar nuestros tesoros.

34
Sevilla. Plaza del Museo

Difícilmente uno accede al Museo de Bellas Artes sin cruzar la plaza presidida por la estatua en bronce de Bartolomé Esteban Murillo. Hay una copia igual en la plaza de Murillo de Madrid, entre la fachada sur del Museo del Prado y el Jardín Botánico. En su origen, el Museo de Bellas Artes fue un convento, desde que san Fernando reconquistara la cuidad y cediera unas casas a la Orden de la Merced.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos de don Juan Tenorio en *El burlador de Sevilla*? —le pregunta Guillermo a Marta, entrando en la plaza—. Tirso de Molina fue desterrado de Madrid a este convento.

Siglos atrás, cuando aún estaba en pie el convento de la Merced, esta plaza era en realidad una serie de callejuelas, las calles de los Pasos y del Sacramento. La fachada y la entrada principal con arco de medio punto la trasladaron desde la parte trasera, donde estaba cuando era el acceso al convento desde la calle Bailén.

Hoy, domingo, desde primeras horas de la mañana, se acumulan obras de distintos artistas y de todos los estilos. Todo un mercadillo de arte, fundamentalmente pictórico, que congrega desde obras clásicas y contemporáneas hasta naturalistas y abstractas. Ahí, en medio del mercadillo, Elena y Marta curiosean entre las obras, mientras Guillermo espera a que llegue Nacho para verse con el Manco.

—Cualquier cosa que veáis extraña echáis a correr —les advierte Guillermo a las chicas, antes de marcharse solo hacia el museo.

Según Guillermo, para pasar desapercibido hoy domingo en Sevilla, día de la coronación canóniga y posterior procesión de la Virgen del Auxilio, hay que ir vestido acorde a las circunstancias. Como si fuera un Jueves Santo, les dijo. Por eso Guillermo va con traje de chaqueta gris marengo, camisa blanca y corbata oscura, la misma indumentaria que le dijo a Nacho que se pusiera, antes de ir a ducharse. Las chicas, con pantalones oscuros y blusa clara, han preferido unos zapatos cómodos y discretos, evitando tacones por si en algún momento hay que echar a correr.

A punto de cruzar en dirección al museo, un todoterreno negro frena en seco delante de Guillermo. La ventanilla se baja y Carlos Vidal tarda en girar su cabeza. La puerta trasera opuesta se abre y sale Nacho, vestido según lo acordado, con traje gris marengo camisa color crema y una corbata burdeos.

—Por fin nos conocemos —anuncia el Manco, sin quitarse las gafas de sol.

Los ojos de Guillermo siguen más a Nacho que a Vidal, cuestionándose qué hacía dentro del coche, pero desde la ventanilla bajada divisa a su tío en la parte trasera y le pregunta en plural si están bien. Don Salvador asiente y Carlos Vidal interviene:

—Perfectamente. Hemos recogido a un amigo común por el camino.

—Me han seguido —murmulla Nacho.

Guillermo extiende la única moneda que tiene, la del Hospital de la Caridad, sobre la palma abierta que Vidal saca por la ventanilla.

—¿Hay algo más que deba saber? —pregunta Vidal.

—Nada más.

Vidal baja levemente sus gafas de sol y mira directamente a los ojos de Guillermo, sin cristales de por medio, y le pregunta si está completamente seguro.

—Dios abrirá —responde Guillermo.

—¿Dios abrirá? —pregunta Vidal, ladeando su cabeza.

Guillermo especifica que estaba escrito en el pan que mordía el perro de san Roque, pero que ya la habían visto antes, inscritas en dos llaves que encontraron bajo la sacristía del Hospital de los Venerables.

—Dios abrirá, Rey entrará… —susurra su tío, desde el interior del todoterreno.

—¿Debería sonarme? —pregunta Carlos Vidal con desdén.

—Podría ser cualquier otra cosa, *tíe* —conjetura Guillermo.

Carlos Vidal alterna su mirada entre tío y sobrino, esperando que alguno le aclare de qué están hablando.

—Algo terrenal y algo divino —afirma don Salvador—. Para abrir el tesoro se requiere algo terrenal y algo divino.

—¿Quién dice eso?

—La leyenda —le expone el catedrático emérito.

Siempre escuchó que el hombre por sí solo nunca tendrá acceso al tesoro de la Granada sin la ayuda de Dios. Por eso, lo terrenal y lo divino, el hombre y Dios.

—¿Lo terrenal son las monedas? —interfiere Nacho.

—Seguramente —admite don Salvador—, pero lo divino es muy amplio.

—Y muy subjetivo —añade Guillermo.

En la parte trasera del vehículo, Carlos Vidal parece perderse algo. Por eso, clava los ojos en Guillermo y luego hacia don Salvador diciendo:

—¿Sería posible que me explicara de una vez qué significa «Dios abrirá»?

El catedrático desvía su mirada, pero acaba cruzando sus ojos con Vidal.

—Las llaves de Sevilla —admite finalmente—. La inscripción en

castellano en una de las dos llaves de la ciudad, en la cristiana, es «Dios abrirá, Rey entrará».

◊ ◊ ◊

Se supone que deben tener paciencia. Por eso les separa toda la plaza del Museo y esa especie de galería de arte al aire libre en forma de mercadillo que reúne a varias decenas de pintores.

—No podemos acercarnos mucho —advierte el inspector Reina, en el asiento del copiloto de un vehículo sin identificativos oficiales—. Si me ve Carlos Vidal, todo se nos va al traste.

—¿Podría identificarle? —pregunta la oficial Bautista al volante, con el coche detenido y el motor apagado.

—Soy el único de esta ciudad que lo ha detenido dos veces, aunque en ninguna de ellas he conseguido retenerlo más de cuarenta y ocho horas.

—Tampoco es que haya retenido mucho a su último arresto —suelta con ironía, golpeteando la piel del volante con sus largas uñas pintada—: ¿Se fía de él?

—¿A día de hoy? No nos queda otra opción.

◊ ◊ ◊

Antes de dejar que se marchen, Víctor abre la puerta del copiloto y rodea el todoterreno hasta la posición de los dos jóvenes.

—Se acabó el jueguecito de los móviles sin batería o sin cobertura —asevera Vidal—. A partir de ahora os quiero conectados en todo momento.

Con agilidad, y poniendo a Guillermo algo nervioso, Víctor le introduce un pequeño dispositivo en uno de los bolsillos traseros de su pantalón. Luego le coloca un pin en la solapa izquierda de su chaqueta y le entrega un pinganillo para que lo introduzca en su pabellón auditivo.

—¿No quería que su tío le acompañara? —Carlos Vidal señala su oreja—. Así tendremos comunicación directa.

Víctor no repite la misma operación con Nacho. Saca su cartera e introduce entre las tarjetas un localizador circular de un centímetro de diámetro. Guillermo acerca a su ojo izquierdo el pin de su solapa y comprueba que se trata del escudo de la Hermandad del Auxilio, donde debe estar oculto el micrófono. Carlos Vidal dice que esa insignia hoy pasará completamente desapercibida.

—No es necesario que os diga lo que cuesta este material como para que me los encuentre en la basura —dice Vidal, introduciendo un

pinganillo en su oreja.

—Habla —le ordena Víctor a Guillermo, dándole un empujón en su espalda que le hace tambalear.

—¿Qué quiere que diga?

—Nada. Es suficiente —afirma Vidal, escuchando su voz a través del pinganillo. Por la ventanilla, Víctor le entrega una tableta con un punto rojo y otro verde que marcan el todoterreno y Nacho. Vidal finaliza diciendo—: Os quiero juntitos, localizados y conectados.

◊ ◊ ◊

Con todos los comercios textiles cerrados en una mañana festiva, la mejor idea de Nacho es saltar de azotea en azotea hasta alcanzar lo alto de un convento cercano al Palacio Arzobispal, donde las monjas se encargan de las labores de lavandería de los curas: albas, sotanas, roquetes y capas pluviales.

Desde una de las azoteas, la vista de la plaza del Triunfo a un lado y la plaza Virgen de los Reyes al otro se entremezclan con tendederos repletos de prendas religiosas masculinas y femeninas, entre las que busca Nacho. Se vuelve y le pregunta a Guillermo si quiere una casulla del siglo pasado.

—Quiero que te des prisa —le susurra, escondido entre el hábito de una monja de clausura y un roquete de monaguillo.

Lo que más le empieza a sorprender a Guillermo últimamente es que las locuras que se le ocurren a Nacho terminan funcionando en su mayoría. Por eso cruzan los dos jóvenes la plaza Virgen de los Reyes vestidos como presbíteros gracias a las dos camisas *clergy* de popelina para sacerdote que Nacho acaba de coger prestadas de la azotea de un convento de clausura. La tirilla para el cuello cleriman no es más que el dorso de una tarjeta de visita blanca recortada.

Lo han cogido prestado porque Guillermo le ha hecho prometer que cuando todo esto acabe devolverán la ropa y la depositarán en el torno donde las monjas venden los recortes, dulces y rosarios.

El trasiego en la puerta del Palacio Arzobispal es tan grande, con religiosos entrando y saliendo a una media hora de que comience el pontifical de la coronación de la Virgen del Auxilio en la catedral, que el control de seguridad para el acceso no se detiene mucho cuando el personal se identifica visualmente como sacerdote. Por eso la entrada ha sido tan rápida como Nacho había previsto. Cruzando el primero de los patios, Guillermo parece hablarle al suelo cuando, tras revisar unas anotaciones y escuchar las indicaciones que recibe por el pinganillo, dice:

—Izquierda. Escaleras.

Don Salvador Castro conoce el Palacio Arzobispal a la perfección

gracias a sus múltiples visitas por trabajo. En el asiento trasero del todoterreno, aparcado fuera del casco histórico, don Salvador indica el camino que deberían tomar y Carlos Vidal lo repite para que Guillermo lo escuche.

—Escucho perfectamente a mi tío —susurra Guillermo al escudo de su solapa—. Agradecería que hablara lo mínimo para no distraerme.

Con paso firme, suben la escalinata sin deleitarse en las pinturas al temple que componen la bóveda, donde un blasón con la cruz de Jerusalén en blanco sobre fondo rojo preside con esplendor en el centro. Ángeles, querubines, santos, reyes, columnas y otros escudos lo completan, junto con las pechinas y los lunetos.

El suelo de mármol de cuadrados rojos y negros brilla bajo la luz matinal que penetra por los amplios ventanales de la planta alta. Con decisión, abren una puerta, cierran otra y atraviesan un pasillo largo, dejando varios despachos a su izquierda.

—Deberíais tener el cuadro delante —dice don Salvador desde el pinganillo.

Completamente a ciegas, el tío de Guillermo les ha conducido al cuadro *La Inmaculada con fray Juan de Quirós* de Murillo, de forma rectangular excepto por el semicírculo de su parte inferior, rellenada con pintura de un color rojizo. La reja de la capilla de la Hermandad de la Vera Cruz en el convento de San Francisco, para el que se pintó originalmente, debió estar rematada con esa forma.

—No podemos pararnos aquí —advierte Guillermo —. ¿Cómo se accede a los archivos?

—Los archivos están en el segundo patio —responde don Salvador, guiándoles.

Arriba y en el centro de la puerta del Archivo General del Arzobispado figura el blasón del arzobispo don Antonio Paino y la fecha: *Anno 1666*.

Nacho saca su estuche con los aparejos que utilizó para entrar en el órgano hidráulico de los Alcázares y le pide a Guillermo que vigile, pero antes de acabar la frase ya ha conseguido abrirla.

En el interior, Guillermo desliza un cerrojo para que nadie les moleste. Hacia la inmensidad de las estanterías repletas de pergaminos y libros, resopla y le dice a su compañero señalando el ala norte:

—Olvídate de los libros de cuentas. Buscamos *Las Glorias de María*.

No resulta sencillo localizar un tomo entre tantos libros cuyos lomos están con una caligrafía pomposa y decorada. Incluso la más simple de las letras tiene tal cantidad de adornos que cuesta trabajo identificarla. Desde el pinganillo, don Salvador advierte que los libros se clasifican por siglos en los estantes y luego por fechas.

—¡Aquí están! —grita Nacho—. Tomo uno y dos.

Con cautela, Guillermo extrae el tomo dos sin dañar el lomo por lo

pegado que están los libros entre sí. Sobre una mesa, pasa con cuidado las rígidas páginas, que parecen estar a punto de romperse, como si de una oblea comestible se tratara. En la primera página con texto se lee: «Marial, y segvndo tomo de los misterios y glorias de la Reyna de los Ángeles. Dedicado al Excelentísimo Señor, don Francisco Fernández de la Cveva, Dvqve de Albvrqverqve, Marqvés de…». El dedo de Guillermo se desliza en vertical hasta detenerse en la parte inferior, donde pone: «En Sevilla, por Miguel de Aldabe, impreffor de libros. Año M.DC.LI.».

—¿Y ahora qué? —pregunta Nacho.

Lejos de la sala de archivos, Carlos Vidal se impacienta, pero, aun así, guarda silencio a pesar de su respiración sonora.

Guillermo mueve unas cuantas páginas, cierra el libro y acaricia la encuadernación con la yema de sus dedos. Repite la operación, presionando en esta ocasión el lomo con el dedo pulgar.

Los dedos de Guillermo siguen presionando una parte del lomo hasta que Nacho saca su navaja.

—No quiero verlo —confiesa Guillermo, que suelta el libro en la mesa y da un paso hacia atrás—. ¿Cuántos años se llama esto?

—Multa —responde, diseccionando el lomo del tomo segundo de *Las Glorias de María* con la punta de la navaja—. Te veo muy pesimista. Piensa en positivo.

—No eres el primero que me lo dice hoy.

El lomo se despega completamente y, a todo lo largo tras la encuadernación, queda al descubierto un pergamino plegado. Al desplegarlo, cae una moneda chocando sonoramente contra la mesa.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Vidal en el pinganillo, al escuchar el sonido inconfundible del metal—. ¿Una moneda?

—Sí, es una moneda —asegura Guillermo—. Tras el lomo había una moneda dentro de un pergamino.

Al desdoblar el papel, se revela un texto escrito a mano, cuya tinta ya ha tornado a marrón claro y con caligrafía antigua, tan decorada como los contratos o capitulaciones de antaño. No sin dificultad, Guillermo lo descifra en alto: «Marca San Andrés su cruz bajo la Fe, al sonar la campana encima, de Omnium Sanctorum a Santiago y de Santa Cruz a Santa Catalina».

Desde el pinganillo, su tío le pide que lo repita y Nacho pregunta qué significa lo que acaba de leer; si es un poema, un enigma o si los lleva al siguiente sitio.

—No lo sé.

Se incorpora, pensando y ensimismado, con sus ojos perdidos:

—No puede ser —balbucea Guillermo.

Nacho se vuelve y comprueba que una cámara de seguridad barre toda la sala desde la mismísima entrada.

—Esas cámaras no la revisan a menos que falte algo —intenta Nacho tranquilizarle, devolviendo el tomo a su lugar original y disimulando el corte en el lomo—. Nadie se va a dar cuenta de que hemos estado aquí.

Como en otras ocasiones suele asegurar Nacho, a veces la solución más simple es la más práctica y funciona. En este caso, su propuesta es salir del Palacio Arzobispal por la puerta principal. Nada de mirar por la puerta de los archivos entornada por si hay moros en la costa, o mejor dicho, curas. Nada de dudar al salir y cruzar el segundo patio mirando a un lado y a otro. Naturalidad, seguridad y firmeza.

Atravesando con decisión el patio, rodeando la fuente octogonal en mármol blanco rematada por una estatua de Hércules luchando contra el león de Nemea, los sonidos que percibe Guillermo son del agua por su oído izquierdo, la respiración de Vidal por el derecho y los latidos de su propio corazón acelerándose.

Y, al pasar al primer patio, previo a la salida, Guillermo aprieta el brazo de Nacho y musita:

—El arzobispo…

—No te detengas.

En un lateral, a la sombra de un naranjo, el arzobispo de Sevilla, don Agustín Muruve, responde a las preguntas de una periodista frente a una cámara de televisión.

—Don Agustín conoce a todos los curas de su archidiócesis —murmulla Guillermo—. Nos va a ver de frente.

Pasan por detrás del cámara y de una chica que toma notas sobre una carpeta, frente al arzobispo y la entrevistadora. Nacho aconseja mirar hacia delante:

—¿Qué va a hacer? ¿Detener la entrevista?

Dejan la entrevista a su derecha, pero alguien les llama:

—Disculpen.

Ambos se detienen y se vuelven lentamente. La chica de la carpeta que acompañaba al cámara les pregunta:

—¿Os importaría que os hiciéramos unas preguntas sobre la coronación?

Guillermo ni cruza sus ojos con ella, está mirando por encima de su hombro al arzobispo, quien está estrechando la mano de la periodista, dando por finalizada la entrevista. Mira su reloj y dice que van con retraso.

—Quizás después del acto —le plantea Nacho, esbozando una encantadora sonrisa, antes de girar y marcharse. En la entrada le susurra a Guillermo—: Es guapa.

—Me suda todo el cuerpo —le responde, saliendo a la plaza.

Al llegar a la esquina, las chicas que esperaban a la sombra de la cara norte de la Giralda se percatan y los siguen. Al alcanzarlos,

Guillermo susurra:

—San Andrés…

—¿Pensáis entrar vestidos de curas en San Andrés? —pregunta Marta, a paso ligero por la calle Cardenal Amigo Vallejo.

Guillermo tira de la tarjeta de visitas en forma alzacuellos y se desabrocha el último botón de su camisa. Nacho le imita al instante.

—No os quedaba mal —suelta Elena, con una sonrisa maliciosa.

35
Sevilla. Parroquia de San Andrés

La gente se confunde y le llama plaza de San Andrés a lo que hay delante de la iglesia, pero su verdadero nombre es plaza de Fernando de Herrera. La plaza de San Andrés está en la parte trasera de la iglesia. En la Edad Media se llamó plaza chica de San Andrés, aunque hubo un tiempo en que la citaban como «El Callejón». En 1649, el año de la gran epidemia de peste que devastó la mitad de la población de la ciudad, la gente la empezó a conocer como «el cementerio de San Andrés». La iglesia de San Andrés es una de las veinticuatro parroquias que construyeron en Sevilla nada más que el Rey Santo reconquistó la ciudad en 1248.

—No te imagino de monaguilla —le dice Nacho entre risas a Marta, quien acaba de confesar que sabe cómo acceder al campanario porque de pequeña procesionaba en la Hermandad de Santa Marta.

—Mi madre es muy devota de la santa y me puso su nombre —sigue explicando Marta—. Crecí montando altares para los cultos y el paso que sale el Lunes Santo. Después llegó la universidad y no pude venir tanto, pero he subido varias veces al campanario. La escalera empieza en la sacristía.

Según los recuerdos de Marta, la puerta que da acceso a las cubiertas tiene un candado cuya llave suele estar en una puntilla clavada en la pared, al principio de las escaleras, junto al cuadro eléctrico que controla el tañido de las campanas.

—¿Un candado? —pregunta Nacho, mostrando su estuche—. Sin problema.

—Habrá que distraer al sacristán —indica Guillermo.

—No pensaréis hablar con el sacristán vestidos así, ¿verdad? —advierte Marta—. Cualquiera identifica el cuello de esa camisa.

—Vosotras distraéis al sacristán y nosotros subimos a las cubiertas.

—Por cierto, ¿y vuestras camisas? —pregunta Elena.

—En la azotea de un convento de clausura —responde Nacho, sin borrar la sonrisa de su cara.

—No preguntes —pide Guillermo, zanjando el tema.

Nada más entrar en la iglesia, Guillermo recorre con Nacho pausadamente las naves esperando a que Marta y Elena consigan arrastrar al sacristán hasta el despacho parroquial, donde se encuentran los libros y su agenda de celebraciones. En la nave del Evangelio contemplan un cuadro con un escalofriante Paño de la Verónica y un retablo de la Inmaculada en el que se detienen:

—Hay otra Inmaculada en el altar mayor —dice Guillermo, caminando por la nave central—. Hasta hace poco se atribuía a Jerónimo Hernández, aunque por su parecido con la Cieguecita de la catedral se le atribuye a Martínez Montañés.

—Montañés era de la Granada. ¿Estamos en el sitio correcto?

Sin responderle, y al escuchar las voces de las chicas y el sacristán en el despacho parroquial, Guillermo sube al altar y entra en la sacristía. Una escalera estrecha conduce hacia las cubiertas. Junto al cuadro que controla las campanas, tal y como había descrito Marta, una puntilla oxidada clavada en el ladrillo tiene colgada una llave de la que se apodera Nacho. La estrechez y oscuridad se incrementa una vez superada la primera planta con el salón parroquial, lugar donde se visten los acólitos antes de salir a los cultos o el mismo Lunes Santo. Se hace la luz al abrir el candado, descorrer el cerrojo y salir a las cubiertas de la iglesia. Nacho sigue a su compañero pisando con cuidado por determinadas losetas que sobresalen de la cubierta, que presumiblemente se asientan sobre las vigas del techo del altar mayor. Al acabar esa cubierta comienza otra de tejas que cae del centro de la nave principal hacia ambos lados. La plataforma donde se encuentra la espadaña del campanario está a casi cinco metros de distancia por lo que saltar queda descartado y bajar por las tejas supondría escalar una altura considerable.

—¿No hay otro acceso al campanario?

—¿Tú ves alguna puerta? —responde Guillermo, palpando la verdina sobre las tejas, propicia para un resbalón.

Son dos niveles de tejas, el de la nave principal más elevado y empinado para luego comenzar, también en inclinación descendente aunque menos pronunciado, las que cubren la nave de la Epístola.

—Nos vamos a partir la cabeza —murmulla Guillermo, que se quita la chaqueta, a dobla del revés y la deposita en el suelo de la cubierta del altar mayor.

Nacho le imita, se remanga y comienza a caminar por la cubierta con pasos muy medidos y cortos de equilibrista, dos metros detrás de su compañero.

—Esto no es lo peor —balbucea Guillermo.

—Lo sé.

Hay dos opciones para descender por el primer faldón: despacio y rezando para que la fijación de las tejas esté en perfecto estado o deslizándose sobre el moho y acabando en la pared del campanario precipitadamente y de golpe. Guillermo se da la vuelta y desciende gateando marcha atrás.

—¿Puedo quedarme aquí vigilando? —pregunta Nacho, dudando si descender sobre el faldón.

—Agáchate o nos verán desde la calle. Te necesito en la base del

campanario para que me impulses.

◊ ◊ ◊

Para poder seguir a los jóvenes por las estrechas calles peatonales del centro, Concha tuvo que dejar el coche sobre la acera con el rótulo de autorizado encima del volante. El camino andando desde el Palacio Arzobispal es de apenas diez minutos.

—En coche hubiera sido imposible —le asegura la oficial Bautista al inspector Reina, al ver que han entrado en la parroquia de San Andrés.

—Si los perdemos, tiramos del rastreador —asegura Reina.

Concha le pregunta si no le preocupa para qué han entrado en el arzobispado y el inspector le responde que deben tener paciencia.

—Hoy todo es paciencia con Ignacio Aguilar —le responde su compañera—. A diferencia de ayer.

—Sabe que si me la juega está perdido.

—¿De dónde habrá sacado esa ropa? —Espera a que le eche una mirada Reina para puntualizar—: No le queda mal.

◊ ◊ ◊

El sacristán de San Andrés abre la agenda y mueve con parsimonia las páginas hasta dar con la semana que busca. Mira a las chicas y dice que la Inmaculada es uno de los días más demandados.

—Mi novio tiene una especial devoción —suelta Marta.

—¿Es del Silencio?

—No —niega Elena entre risas, sacudiendo su mano en el aire—. Pertenece a la tuna de Arquitectura.

—¿Un tuno? —cuestiona el sacristán levantando la mirada.

—Ya no lo es —se corrige Elena rápidamente al ver el cambio en el rostro del hombre—. Esa etapa de su vida se acabó.

—¿Y por qué no ha venido él acompañándote? —le pregunta a Marta—. No es habitual que solo venga un miembro de la pareja.

—Se encuentra en el extranjero —responde Marta—. Está en Dubái por motivos de trabajo. —Señalando a Elena apostilla—: Por eso, me acompaña su hermana. También será uno de los testigos.

El sacristán asiente y al comprobar en el libro se lamenta:

—Ese día es imposible.

—¿Ya está cogida la fecha? —pregunta Elena.

—No, es por la hermandad —responde—. La Hermandad de Santa Marta tiene como titular a la Inmaculada y todo el día está la Virgen de la Penas en besamanos. A los pies del altar.

Marta pregunta por otra posibilidad.

—¿Os viene bien el día anterior? —plantea el sacristán—. La hermandad celebra la Vigilia de la Inmaculada a las ocho y media, pero podéis celebrar la boda a las cinco, por ejemplo, y tendréis todo el altar decorado y con la Virgen presidiendo abajo, al inicio del presbiterio.

Las chicas se miran dudando, aunque en realidad se preguntan si los chicos han tenido tiempo suficiente.

—Les aseguro —confiesa el sacristán— que el día y la situación es idónea. Os ahorraríais las flores del altar.

—¿Podemos reservar esa fecha y mirar otras? —pregunta Marta.

—Por supuesto —responde, entusiasmado, el sacristán—. No tengo prisa hasta la próxima misa, que es dentro de media hora.

◊ ◊ ◊

Alcanzar la base del campanario, sin patinar, resbalar, deslizar o terminar esquiando sobre una teja hubiera sido todo un logro. Con pasos cortos y de espaldas Guillermo fija sus zapatos entre dos tejas y amortigua su peso antes de levantar una de sus piernas y repetir la operación centímetros más abajo del primer faldón de tejas. Detrás, o delante según se mire, Nacho pisa los mismos lugares que su compañero. Entonces una teja se suelta y pierde su pierna toda estabilidad. Por más que intenta agarrarse, sus manos deslizan sobre el moho y se resbalan sobre el faldón sin remedio. Guillermo levanta su mirada y ve lo inevitable, como cuando cae un esquiador sobre la nieve en pendiente: estás en su camino y no da tiempo de quitarte de en medio. El cuerpo de Nacho golpea contra el de su compañero y ambos pasan de golpe al segundo faldón, deslizando como un todo hasta golpear contra la pared de la base del campanario.

—¿Estás bien? —pregunta Nacho. Guillermo asiente entre quejidos y, echando un vistazo en la esquina de la pared a su espalda, se percata de que, si no les hubiera frenado el campanario, sus cuerpos habrían dado de bruces contra el suelo de la plaza.

Para acceder a la plataforma del campanario, donde está la espadaña, Nacho impulsa a Guillermo y este, una vez arriba, tira de su compañero para que suba. El blanco de la espadaña rompe con el tono de ladrillo y piedra del resto de la iglesia, mostrando en sus tres huecos las campanas que meticulosamente Guillermo y Nacho revisan, buscando textos, sellos, insignias, señales, aunque sin mucho éxito.

—Ni moneda, ni pista, ni nada —suelta Guillermo resignado.

Nacho rodea las campanas, se niega a rendirse. Sigue buscando sin hallar ni una mera inscripción.

—¿Seguro que es el sitio?

Casi inaudible, Guillermo murmulla:

—«Marca San Andrés su cruz bajo la Fe, al sonar la campana encima, de Omnium Sanctorum a Santiago y de Santa Cruz a Santa Catalina».

—Podría estar debajo —dice don Salvador a través del auricular—. «Al sonar la campana encima».

—Debajo de la campana no hay nada —se altera Guillermo, que comprueba su reloj de pulsera primero para que no le aturda el sonido de un golpe inesperado y mirando bajo las campanas después—. De ninguna de las tres. ¿Te refieres a la iglesia?

—Me encanta verte hablando solo —suelta Nacho, bajo uno de los huecos de la espadaña—. Te has dejado el micro en la solapa de tu chaqueta. No pueden oírte—. Guillermo sacude la cabeza porque tiene razón—. Si este no es el lugar, nos deberíamos largar. Se nos ve en toda la plaza.

—Un momento… —Señala entre los edificios y dice—: Omnium Sanctorum.

Guillermo cambia de dirección su brazo para marcar una zona donde muy cerca se intuye la Giralda y susurra:

—Santa Cruz…

Seguidamente, extiende el brazo en otra dirección intermedia y apunta una cúpula entre edificios:

—Santa Catalina. No tengo ni idea de hacia dónde está la iglesia de Santiago.

—Marca San Andrés su cruz —repite don Salvador en el pinganillo de Guillermo—. No dice que sea en San Andrés. La cruz de San Andrés…

—Es una cruz distinta —murmulla Guillermo, sabiendo que no puede oírle.

—… es una equis —continúa don Salvador. Y en otro tono distinto de voz añade—: Necesito mis libros.

—Para eso tenemos internet —le responde Vidal, llegando la conversación al oído de Guillermo.

—No es lo mismo —responde don Salvador—. Yo sé dónde buscar en mis libros. ¿Qué problema hay? Tenéis a mi esposa.

—Vamos —avisa Guillermo a Nacho, que baja del campanario y está dispuesto a caminar sobre las tejas—. Necesitamos un plano de Sevilla y ver con mayor claridad.

—¿Me vas a decir que hemos subido hasta aquí para nada?

—A veces hay que romper un huevo para…

—Sí, para hacer una tortilla —le interrumpe Nacho, a punto de saltar.

—No, para saber si el huevo está bueno o malo.

◊ ◊ ◊

La casa de don Salvador está tal cual la dejó el día anterior, ayer cuando irrumpieron Carlos Vidal y sus hombres. Ahora se precipita a su estudio y empieza a desperdigar libros abiertos que va sacando de las estanterías. Víctor le vigila tan de cerca que apenas le deja moverse con libertad entre las estanterías y el escritorio. Con tranquilidad y con sus guantes de cuero, Carlos Vidal pasa las páginas de un libro sobre las espadañas de las iglesias de Sevilla.

—No me gustaría pensar que hemos venido aquí para nada —advierte Vidal.

El catedrático se vuelve hacia los libros de su mesa sin mediar palabra, metido en sus pensamientos. El Manco menosprecia el libro entre sus manos. Lo arroja sobre el escritorio y pregunta qué busca.

—Campanas… —murmura don Salvador.

—¿Este? —pregunta Vidal, que levanta el libro que acaba de tirar y muestra la portada, con un campanario que ocupa casi la totalidad de esta.

—Ese libro trata de espadañas —afirma tras mirarlo de reojo—. Busco uno sobre campanas.

◊ ◊ ◊

En medio de tantas obras de arquitectura gótico-mudéjar construidas tras la reconquista como en las iglesias de San Andrés, San Pedro o San Juan de la Palma; entre tanto estilo renacentista como en la iglesia de la Anunciación o neoclásico como en San Bartolomé; rodeado de tantas edificaciones barrocas como la iglesia de la Magdalena, El Salvador o San Luis de los Franceses; en el mismísimo centro de la ciudad, en plena plaza de la Encarnación, emergen Las Setas de Sevilla. Al menos así se le conoció desde el principio, aunque se empeñen en llamarle Metropol Parasol.

De un extremo al otro, Guillermo recorre con paso acelerado todo el mirador en lo alto de Las Setas, a treinta metros sobre un mercado y un museo de ruinas romanas. De cerca, Nacho le observa y le deja localizar distintos campanarios en la ciudad.

Al poco llegan las chicas al mirador y Elena irrumpe diciendo:

—Ya tenéis fecha de boda.

—Muy graciosa —le recrimina Marta. A Guillermo le pregunta qué busca.

El joven extiende un plano de la ciudad y señala tanto en él como entre los edificios que se divisan desde el mirador donde se encuentran las cuatro iglesias: Omnium Sanctorum, Santiago, Santa Cruz y Santa Catalina.

—¿No era San Andrés? —indaga Marta.

Guillermo repite casi sin aliento: «Marca San Andrés su cruz bajo la

Fe, al sonar la campana encima, de Omnium Sanctorum a Santiago y de Santa Cruz a Santa Catalina».

—«Marca San Andrés su cruz bajo la Fe». —Cede el plano a Nacho y cruza sus dedos índices—: Marca su cruz. La cruz de San Andrés es una equis.

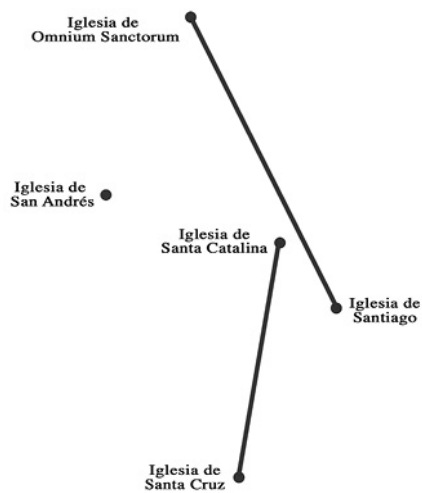
Le explica que san Andrés, el hermano mayor de san Pedro, fue crucificado por predicar el catolicismo en la ciudad griega de Patras, en una cruz con forma de X. Se conoce como la cruz de San Andrés o *crux decusata*.

—¿Y crees que el sitio va a estar marcado con una equis? —pregunta Elena—. Eso me suena a una película.

—No —responde rodeando con un círculo la iglesia de Omnium Sanctorum y la de Santiago, e uniéndolas con un trazo recto—, pero puede que haya una cruz entre las cuatro iglesias.

—Esto me suena a otra película —replica Elena.

Guillermo repite la misma operación con la iglesia de Santa Cruz y Santiago, aunque muy lejos de una equis lo que se forma es una especie de T torcida, pero cuyos trazos no se cruzan ni se llegan a tocar. Luego marca la iglesia de San Andrés.



Tratando de identificar alguna figura, Nacho gira el mapa en un sentido y en el otro. Si uno llega a ver una letra T, otra cree visualizar la letra griega lambda, λ.

—Si unimos San Andrés con Santiago —sugiere Nacho con el dedo — y Santa Cruz con Omnium Sanctorum se forma una equis.

—San Andrés se menciona aparte, al principio del poema. —Sacude la cabeza Guillermo. Mueve el dedo, trazando líneas imaginarias entre las iglesias—. No le encuentro lógica alguna.

Desde el pinganillo en su oreja, Guillermo escucha la voz de su tío:

—La Campana del Reloj.

Guillermo se aprieta el oído derecho y, tras acercarse la boca a la solapa de su chaqueta, pregunta a qué se refiere. Marta y Elena saben que no está hablando solo sino con su tío o Carlos Vidal.

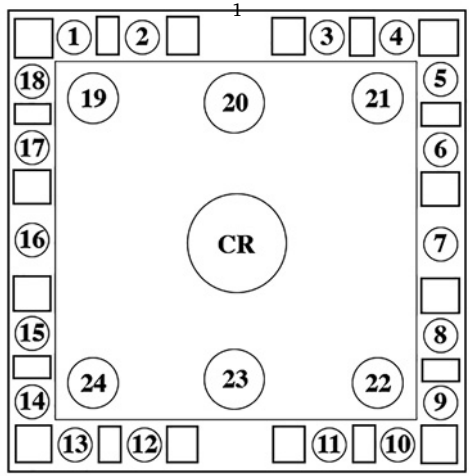
—No son iglesias sino campanas —asegura don Salvador.

—¿Quieres decir las campanas de esas iglesias, *tíe*?

—No, se trata de las campanas de la Giralda —expone su tío—. En el campanario de la Giralda hay veinticuatro campanas en total, dieciocho de volteo y seis de golpe. Todas tienen nombres de santos o de iglesias. De las seis de golpe en las cuatro esquinas están las campanas Omnium Sanctorum, Santiago, Santa Cruz y Santa Catalina. Si las unimos…

—Forman una equis, la cruz de San Andrés —susurra Guillermo, que se vuelve y clava sus ojos en el minarete de la catedral, más allá de la iglesia de la Anunciación y la cúpula del Salvador que tiene por delante.

—Marca San Andrés su cruz bajo la Fe —recuerda don Salvador, frente a un libro con las campanas de la Giralda—. El verdadero nombre del Giraldillo es «La Fe».



Santa Rufina 1
Santa Hermenegildo 2
Santa Juan Bautista 3
Santa Lucía 4
Santa José 5
Santa Laureano 6
Santa Pedro 7
Santa Juan Evangelista 8
Santa Inés 9
Santa Bárbara 10
Santa Isidoro 11
Santa Pablo 12
Santa Cecilia 13
Santa Florentina 14
Santa Sebastián 15
Santa Cristóbal 16
Santa Fernando 17
Santa Justa 18

Santiago	19
Santa María la Mayor	20
Santa Catalina	21
Conclave Sanctorum	22
San Miguel	23
Santa Cruz	24
Campana del Rejoj	CR

Se lamenta Guillermo al darse cuenta de que la palabra Fe empezaba escrita en mayúsculas. La veleta de bronce que remata la Giralda y a la que todo el mundo llama Giraldillo fue realizada en 1568, mide casi tres metros y medio y pesa una tonelada y media. Debajo, como contrapeso de la estatua que simboliza la Fe, cuelga una campana, la Campana del Reloj. La descripción que lee don Salvador incluye los nombres de Luis de Vargas a cargo del diseño, un arquitecto como Hernán Ruiz el Joven, el escultor Juan Bautista Vázquez el Viejo y el fundidor Bartolomé Morel.

En el oído de Guillermo su tío asevera:

—Todos esos nombres están vinculados con la Congregación de la Granada.

Las campanas de las iglesias cercanas, de todas las parroquias que rodean la plaza de la Encarnación y Las Setas, empiezan a sonar casi a la vez, aunque son el tañido de aquellas que hay en el campanario de la Giralda las que repican con mayor intensidad. Guillermo comprueba en su reloj que son las once en punto, conocedor que es la hora prevista para el comienzo del pontifical de la coronación de la Virgen del Auxilio en la catedral. Se vuelve hacia Elena y le expone:

—Ha llegado el momento de usar el comodín de la llamada.

◊ ◊ ◊

Apenas unos minutos antes, las autoridades que se saludaban en el exterior, delante de la Puerta de Palos, apresuraron su entrada al templo nada más ver que el arzobispo con su séquito salían del Palacio Arzobispal y cruzaban la soleada plaza Virgen de los Reyes. La Puerta de Palos también es conocida por la Puerta de la Adoración, ya que la escultura en su tímpano representa la adoración de los Reyes Magos al Niño. El nombre de Palos le viene por las antiguas rejas de madera que la separaban del Corral de Olmos, donde estaba en tiempos pasados las dependencias del cabildo catedralicio.

Por mucho que Silvia llevara días cuadrando invitaciones, protocolos y horarios, los minutos previos al inicio de la eucaristía se han convertido en un bullicio de personas hablando delante del Altar del Jubileo. Unos saludan al hermano mayor, otros rezan frente a la Virgen del Auxilio y también hay quienes aprovechan el momento con la imagen en el paso de palio sin la corona para hacer una fotografía inédita con el móvil. Otros se maravillan por el buen trabajo de

orfebrería en la nueva corona, cuyo diseño se podía ver en el cartel de la coronación bajo el lema «Auxilio de los Cristianos». También hay quienes ya ocupan sus asientos y hojean el librito impreso para la ocasión, y así poder seguir la misa y los cantos, aunque algunos ya se han guardado más de uno para llevárselo de recuerdo.

El hermano mayor mira su reloj con nerviosismo y estira el cuello entre la muchedumbre hasta dar con el prioste.

—¿El hisopo y el acetre?

—En la credencia, junto al cirio pascual —le responde el prioste.

—¿Los acólitos?

—Revestidos y esperando. Relájate y delega o se te olvidará disfrutar.

—Dile a los que veas de la junta de gobierno que vayan indicándoles a los hermanos mayores dónde se tienen que sentar.

Javier prefiere asentir y darse media vuelta, aun sabiendo que todas las sillas están reservadas nominativamente y que para estas cuestiones ya está la encargada de protocolo, a quien, por cierto, le había perdido de vista desde hacía un rato. Escruta con disimulo las zonas reservadas para la curia, el coro, autoridades y representaciones de otras hermandades, hasta localizar a Silvia, elegantemente arreglada y manejándose con desparpajo entre concejales y saludando, sonrientemente, al alcalde de la ciudad.

Tras sonar las campanas de la Giralda, solo dos acordes aparentemente aleatorios del órgano son suficientes para que cada uno se precipite a ocupar su asiento. Todo parece suceder al revés que en ese juego de niños de la silla en el cual uno tiene que sentarse cuando la música dejaba de sonar. Entonces los tubos del órgano rugen y expanden su onda sonora por todas las naves del templo catedralicio, indicando que todo va a comenzar, mientras el coro empieza a entonar *Salve, Mater Misericordiæ* y el pueblo asistente se pone en pie.

Dos maestros de ceremonias vestidos con sotana y roquetes blancos abren la procesión de entrada por el pasillo central, seguidos de dos monaguillos auxiliares, uno oscilando un incensario y el otro sosteniendo una naveta. Detrás, vestidos con dalmáticas de damasco blanco y bordados dorados sobre alba blanca, seis acólitos sostienen en alto los ciriales de plata con un codal blanco encendido y el pertiguero, con un largo ropón blanco aterciopelado y un enorme medallón en el pecho, en medio de ellos. El cuerpo litúrgico lo cierra la Cruz Patriarcal, portada por un señor algo mayor y más corpulento que los acólitos anteriores.

Detrás, cuatro monjitas portan unas andas con la corona dorada que llevará la Virgen del Auxilio tras su bendición. Le siguen una decena de acólitos instituidos con albas blancas y manos entrecruzadas a la altura de la barriga, un diácono con el Evangelio en

alto y la inmensa comitiva de presbíteros que concluyen en el arzobispo con el báculo y la mitra, escoltado por su secretario y el deán de la catedral.

Al llegar al altar, detrás de la mesa y delante del paso de palio, el deán le retira el báculo y la mitra al arzobispo para que se la guarden dos de los acólitos instituidos. Uno de ellos, Joaquín Peña, anterior sacristán de la iglesia de san Lorenzo, cruza su mirada primero con el deán y luego con el delegado de Patrimonio Cultural, también entre los presbíteros que concelebran en el altar. Dos monaguillos auxiliares se acercan al arzobispo, quien toma una cucharilla con incienso de la naveta y la vierte sobre el carbón incandescente en el incensario. Lo toma y lo agita. Bendice primero la cruz y luego la mesa del altar, rodeándola por completo para finalizar con la imagen de la Virgen del Auxilio, antes de devolvérselo al monaguillo.

—En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo —pronuncia el arzobispo.

Todos contestan:

—Amén.

Y entonces el monaguillo turiferario, al dejar el incensario en el pie, no atina a enganchar las cadenas que deslizan y el incensario golpea contra el mármol, lo que genera un estrepitoso ruido y un enorme estropicio, con todos los trocitos de carbón al rojo vivo esparcidos por el suelo junto con ceniza e incienso. Es el foco de atención de todos los presentes, en particular del arzobispo, quien, viéndose interrumpido en el momento inicial, clava sus ojos en el pobre monaguillo, que recoge los trocitos de carbón ardiente con la cucharilla para no quemarse y devolverlos uno a uno al interior del incensario con la ayuda de uno de los maestros de ceremonias.

—Con Junior esto no habría pasado —le susurra Joaquín Peña al oído de don Adrián Suárez—. Mi nieto sabe manejarse bien en estos actos.

—A su nieto lo busca la policía, por eso lo hemos sustituido —asevera don Adrián—. Debería ser más discreto, ya le he visto dos veces merodeando por la Sacristía de los Cálices. Tiene que esperar su momento.

—Estará aguardando a que me indiquéis.

Don Adrián asiente y pisotea diminutos trozos de carbón ardiente que el monaguillo ha sido incapaz de recoger del suelo.

El órgano vuelve a cantar al soplo del aire que se produce en sus fuelles, inundando el espacio con su armoniosa melodía del Gloria. Tras unas voces del coro y unos acordes del órgano, el arzobispo se sienta y así todos los demás, tanto en el altar como en el pueblo.

—¿No te sientas? —le pregunta Silvia al prioste, en los laterales del altar.

Javier Heredia se vuelve, le sonríe y le dice que debe permanecer pendiente para poder corregir cualquier imprevisto que surja.

—¿Y no puedes hacerlo sentado? —le pregunta indicándole con la mirada una silla vacía justo delante de él.

—El hermano mayor es como mi jefe —le explica señalando discretamente a Antonio Rubio, sentado en la primera fila—. Me quiere alerta y atento a mi trabajo.

Silvia sonríe y confiesa que le pasa lo mismo.

—Ese es mi jefe —expone, refiriéndose al arzobispo—. Y mi trabajo consiste en que nadie permanezca de pie.

◊ ◊ ◊

Entrar en la catedral es relativamente fácil, a pesar de estar celebrándose el pontifical y no tener invitación. Hoy, hasta que finalice la eucaristía y salga en procesión, el paso de palio con la Virgen del Auxilio ya coronada canónicamente con destino a su iglesia, no se permiten visitas, por lo que los turistas se apelotonan en la Puerta del Príncipe o de San Cristóbal sin saber cuándo se abrirá para el acceso del público. En la Puerta de Palos, a los pies de la Giralda, el guardia de seguridad que niega con la cabeza a varias personas que pretenden entrar simplemente les da los buenos días y descorre la cortina de enea para que Guillermo y Nacho puedan penetrar en la catedral de Santa María de la Sede. Es el efecto que produce el dorso de una tarjeta de visita blanca a modo de *clergyman*. El público ya se está aglutinando y formando un pasillo, esperando fuera la procesión de regreso después de la misa.

—Te dije que entrar no sería un problema —susurra Nacho.

—El problema es subir hasta la campana —replica Guillermo, buscando en el interior de la catedral a alguien con su mirada. Cuando se le acerca una chica con un polo azul con el escudo de Cabildo Catedralicio bordado, pregunta—: ¿Alicia?

—¿Sois los amigos de Elena? —pregunta la chica—. Seguidme.

Justo a los pies de la primera rampa para subir la Giralda, Alicia se detiene y saca un manojo con varias llaves con portaetiquetas de plástico de diversos colores. Localiza una llave en particular y, mostrándola en alto, dice que se trata de un candado no muy grande. Que es la única manera de acceder al cuerpo superior.

—No hay absolutamente nadie ahí arriba —advierte la chica—. Cuando bajéis, si no me localizáis, le entregáis las llaves al guardia de la puerta.

Subir a lo alto de la Giralda requiere recorrer treinta y cinco rampas, lo suficientemente anchas como para que se pudiera ascender montado a caballo. Un último tramo de diecisiete escalones conduce

al cuerpo de campanas, donde acceden los visitantes para ver la ciudad desde lo alto, a unos sesenta metros de altura. La Terraza de las Azucenas, donde comienza el cuerpo del reloj, se sitúa cinco metros por encima, aunque primero Guillermo tiene que abrir el candado con la llave que le dio Alicia y subir otro tramo de escaleras. A diferencia del cuerpo de campanas donde una reja de barrotes de hierro impide el acceso al exterior, la Terraza de las Azucenas está bordeada por una barandilla de piedra de escasa altura de la que cualquier persona con un simple brinco podría saltar al vacío. Por eso su acceso está restringido. En las cuatro esquinas de su planta cuadrada hay unas jarras con azucenas de hierro. Entre el cuerpo del reloj y cada uno de los lados de la Terraza de las Azucenas apenas quedan tres de los trece metros y medio que tiene de ancho la Giralda.

—Las azucenas son el símbolo de la pureza de María —advierte Guillermo, señalando una de ellas, casi sin salir por el vértigo que sufre. El leve viento que sopla le provoca un escalofrío y le hace regresar hacia el interior del cuerpo del reloj. Señalando arriba, en el interior, añade—: Esa es la campana.

En una de las paredes internas, una escalera construida a base de hierro curvado, como si de un submarino se tratara, permite que Guillermo suba hasta la altura de la campana, a nueve metros sobre la terraza. La parte superior del cuerpo del reloj, donde está la campana, se llama cuerpo de las estrellas o del pozo y termina en cuatro arcos, uno por cada punto cardinal que apunta la Giralda. Encima de los cuatro arcos, por el friso exterior, se puede leer el texto bíblico: «Turris Fortissima Nomen DNI. Proverb.18». Por encima del cuerpo de las estrellas queda el cuerpo de las carambolas, de forma cilíndrica, con cuatro metros y medio de diámetro, que hace que la Giralda alcance los ochenta y un metros. Encima está el penacho que contribuye con otros seis metros, y sobre él, rematándolo todo, el Giraldillo, haciendo un total de casi noventa y cinco metros sobre la plaza Virgen de los Reyes.

—Hay una inscripción —suelta Guillermo descendiendo.

—¿Por qué bajas?

—Para leerla hay que saltar del final de la escalera, al recodo que hay entre la campana y el cuerpo del reloj —le señala Guillermo—. ¿Me ves subiendo allí?

—No es tan complicado —dice Nacho comenzando su ascenso.

El hueco al que se refiere Guillermo es lo suficientemente amplio como para que pueda entrar Nacho de pie, sujetándose en las barras que rodean la campana en su parte superior.

La Campana del Reloj es casi dos siglos más antigua que el propio Giraldillo, fundida en 1400 por Alfonso Domínguez, con un diámetro de metro y medio, y casi tonelada y media de peso. El metro y medio

de altura permite que Nacho pueda leer la inscripción a la altura de sus ojos. Junto a la campana, de uno de los cuatro arcos que comunican con el exterior, cuelga la cruz de madera rotatoria que se llama la Matraca y que solo choca con la Campana del Reloj para producir un sonido seco y grave del Jueves al Sábado Santo, días de duelo por la muerte del Señor. Esos días no suenan el resto de las campanas.

—Hay una cruz, tres puntos en diagonal y un texto —dice Nacho rozando los dedos de su mano libre con el metal de la campana. Con la otra mano sujeta una cuerda que cuelga del hierro y le permite inclinarse hacia la campana para leer—: «ESTA CANPANA (está con ene) MANDO FACER DON GONZALO …». —Salta a la siguiente esquina y prosigue leyendo—: «… ARZOBISPO DE SEVILLA. ANNO DEL NACIMIENTO …». Son como siglas: DN, XRI, XPO DE MIL CCCC.

—Año del nacimiento de Jesucristo de mil cuatrocientos —traduce Guillermo. Repite la frase mientras Nacho salta a la siguiente esquina. Se aprieta el auricular y añade—: «E fizola Alfonso Domínguez, era Mayordomo de la obra Juan de Soto».

—¿Para qué me haces saltar como un mono a esta altura si sabes lo que pone? —le increpa Nacho.

—Es mi tío —le aclara Guillermo—. Me lo está leyendo de un libro sobre las campanas de la Giralda. ¿No hay moneda?

Nacho niega con la cabeza y salta a otra cara cuando algo le llama la atención:

—¿No pone nada más en el libro?

—¿Hay algún texto más en el libro, *tíe*? —pregunta Guillermo a su solapa. A Nacho le dice—: *Christus vinxit, Christus regnant, Christus imperat*.

—Eso ya lo he visto —asegura Nacho—. ¿Aparte de eso?

—Nada.

Desde lo alto, Nacho mira por el hueco que queda entre la campana y la pared del cuerpo del reloj, y le dice a Guillermo que hay un escudo y un texto con la letra más pequeña y en castellano en su interior:

—«Hasta brotar la azucena y el azahar, los tiempos 18 nunca podrá revelar»—. Se vuelve hacia Guillermo y añade—: Pero el dieciocho está escrito con números.

—¿A qué te refieres con números? ¿Arábigos?

—¿Qué arábigos? —pregunta Nacho—. Un uno y un ocho, aunque el ocho está algo deformado. Parece un seis al revés y una D arriba.

—Hazle una foto.

Para sí, además de para su tío y Carlos Vidal en comunicación mediante el escudo de su solapa, Guillermo repite el verso. Alcanzando las escaleras para bajar, Nacho pregunta cuándo brota el

azahar.

—Finales de marzo —responde Guillermo con incredulidad—. Al comienzo de la primavera. ¿De qué ciudad eres?

En el pinganillo, Guillermo escucha pensar a su tío en voz alta:

—¿Quién no puede revelar el tiempo? ¿La Campana del Reloj?

—Los tiempos —puntualiza Guillermo—. En plural.

Nacho termina la escalera. Le muestra la imagen capturada por su móvil y Guillermo estira sus dedos en la pantalla para ampliar el número en medio del poema:

36
Soria. Casa de Francisco López de Gómara

Lunes, 2 de febrero de 1559

Para que constara por escrito, así me lo hizo saber antes de dejar este mundo el primer marqués del valle de Oaxaca: don Hernán Cortés de Monroy y Pizarro de Altaminaro. Hubo dos Martín Cortés, dos hijos igual de legítimos, y aunque el Mestizo nació primero y fue el primogénito, no sería el heredero. Lo fue su hermano, el segundo Martín, el segundo marqués del valle de Oaxaca, quien aún me debe ciento treinta y cinco mil maravedíes a la fecha en la que vivimos. Aunque por deuda hasta el mismo rey está conmigo por razón de quinientos ducados. Pero allá se arreglen con quienes me deben aquellos que abran mi testamento.

Hubo un Martín Cortés, de la Orden de Santiago, que todos terminaron conociendo como el Mestizo, la primera mezcla de sangre entre los dos mundos. Hubo una Noche Triste, una dama llamada Elvira, una gitana y ataúdes en el cielo.

Y me describió lo sucedido tal y como se lo contaron, porque él no estuvo allí. Y me relató cómo sus navíos tuvieron que esperar dos días para superar la barra de Sanlúcar y navegar río arriba hasta Sevilla. Y también me contó que las embarcaciones ya no flotaban tan hundidas en el Guadalquivir una vez pasaron cerca de Lebrija.

—¿Vos estáis seguro de que desembarcaron cerca de Lebrija? —pregunté.

—Así me lo contaron y así lo corroboró mi hombre, que esperaba en el muelle de Sevilla —me dijo—. El oro arribó en tierra por las marismas de Lebrija.

Me dijo que tendría que averiguarlo y asegurarme de todo, que preguntara en un convento de monjas de la Orden de la Inmaculada Concepción que había en dicha localidad, junto a la ermita de San Sebastián.

—Concepcionistas franciscanas —apostilló. Me clavó sus ojos y admitió—: Mi obstinación por otros menesteres no me ha permitido llegar más lejos. —Luego, abatido, me pidió—: Tenéis que dar con el oro y con mi hijo Martín.

Pero yo he de confesar mi fracaso.

Todos mis intentos por dar con Martín Cortés el Mestizo han sido en vano. Si no iba a ser el heredero, al menos conocedor que su padre quería en sus manos ese oro maldito de la sangre derramada en la tierra de su madre, la Malinche. Pero en los ojos de los últimos años de vida del conquistador observé que ni siquiera él sabía dónde podría estar el oro, si seguía escondido o ya había sido desfalcado.

También he de confesar mi fracaso por el casamiento de su hija María con Álvaro Pérez Osorio, hijo del marqués de Astorga. Ni he conseguido casarla ni recuperar esos veinte mil ducados que don Hernán adelantó por la dote de María.

No me queda más que asegurarme que el oro queda a buen recaudo hasta que aparezca Martín el Mestizo y se cumpla la voluntad de su padre, el conquistador.

Por lo que he averiguado, el oro ya no está en Lebrija, pero sí que lo estuvo como aseguraba Hernán. En el convento de la Purísima Concepción quedó escondido hasta que el cerrajero jerezano Gómez Camacho tuvo a bien ocultarlos en trece ataúdes de hierro forjado y cerrados convenientemente con llave.

Conocí a Gómez Camacho hace casi una década y me han dicho que su alma se marchó hace poco más de un lustro. Hombre espiritual y visionario del que me hablaron maravillas en el convento, y en especial la madre Francisca de Vera.

—«Mueren los siglos en las puertas de Sevilla» —me dijo Gómez Camacho entregándome un pequeño trozo de pergamino plegado. Al desdoblarlo, desvelé que se trataba de una fecha futura, que aún no había sucedido: el tres de noviembre del año mil seiscientos dieciséis. Entonces comprendí lo que la abadesa Francisca de Vera llamaba «las visiones de Gómez Camacho».

—El tesoro está a salvo, tal y como me pidieron —me aseguró Camacho—. Y aun cuando este servidor se vaya de este mundo, seguirá así, pues bien sabéis que soy hombre de Dios y de palabra.

Pues también supe que su silencio y trabajo bien me habían costado las trece monedas de plata, pues no hubo boda para María Cortés ni arras que se necesitaran. Y no podrá el Mestizo abrir su herencia sin las arras, sin las trece monedas, me dijo Camacho, por lo que, convenientemente guardadas, estarán las trece y habrá que recuperarlas primero antes de alcanzar el oro.

—¿Vuesa merced cree en la purísima concepción de la Virgen María? —me preguntó Gómez Camacho—. Así vino a este mundo —afirmó—. Recuérdelo siempre.

Me contó que la única manera de introducir tanto oro escondido en Sevilla era como si fueran muertos, en sarcófagos metálicos bien sellados y en varios carros cubiertos por encima con una lona de símbolos cristianos. Debían ir acompañados por clérigos que

verificaran la necesidad de dar cristiana sepultura a trece grandes caballeros que con sus armas acompañaron al emperador don Carlos en el campo de batalla, allá donde con extremado valor perecieron.

—Así salieron de Lebrija —me explicó Camacho—, desde el convento de las Madres Concepcionistas, y así entraron en Sevilla, por la puerta de Carmona a través de la Vía Augusta.

—¿Y dónde están enterrado esos trece caballeros?

Señaló el trozo de pergamino que aún sostenía entre mis manos y en el que mis ojos volvieron a leer la fecha futura mientras me susurraba:

—«Mueren los siglos en las puertas de Sevilla».

Ahora, después de tantos años, sostengo de nuevo el mismo pergamino y sigo sin tener la lucidez necesaria para interpretar qué sucederá ese día, el tres de noviembre del año mil seiscientos dieciséis. Desconozco si conseguiré que este trozo de papel termine en las manos de Martín el Mestizo, pero no puedo desfallecer sin volver a intentarlo. Hago llamar a un mensajero de confianza y preparo unos ducados. Tomo una pluma y escribo encima de la fecha lo que Gómez Camacho me susurró cuando me tendió este pergamino: «Mueren los siglos en las puertas de Sevilla».

Roma. Iglesia de Santa María de Monserrat
Domingo de la Santísima Trinidad, 2 de junio de 1624

Dicen del padre Gómez Camacho: «En un rapto de su oración, y hablando el mismo Dios por él, dijo muchas cosas que están escritas, y aprobadas por el Santo Tribunal de la Inquisición: y entre ellas una fue decir, que la Virgen María Nuestra Señora había sido concebida sin pecado original, y que se escribiese así, porque los años adelante había de ser necesario este testimonio en la Santa Iglesia».

Dicen que era un visionario y eso también atraía a la Suprema de la Santa Inquisición y sus inquisidores generales en Sevilla. Rodrigo Álvarez, su sucesor, fue un miembro de la compañía de Jesús, confesor de la recientemente canonizada santa Teresa de Jesús. Sean o no coincidencias de la vida, desdichas o virtudes que el Todopoderoso le concedió a este siervo de Dios, pude ser testigo, junto con el padre Bernardo de Toro, de la canonización de santa Teresa de Jesús el sábado 12 de marzo de 1622 en Roma por nuestro Santo Padre Gregorio XV. Y junto a ella, ese mismo día, subirían a los altares los españoles Isidro Labrador, Francisco Javier e Ignacio de Loyola, además del florentino Felipe Neri. Las malas lenguas romanas decían

que ese día el papa había canonizado a cuatro españoles y un santo.

—*Errare è umano, perseverare è diabólico* —me susurro en italiano.

Mientras espero a que el padre Bernardo de Toro termine de gestionar algunos asuntos en esta iglesia donde ejerce su ministerio eclesiástico, me quedo observando el cuadro *La asunción de María* y recuerdo todo lo sucedido desde que entré en la congregación, con el padre Mata como el cabeza de la Congregación de la Granada. Por aquellos días no tenía ni idea de la existencia de la Orden del Mestizo. Todo fue a raíz de la moneda que descubrí en el facistol de la catedral mientras encandilaba y engatusaba a cierta dama, ya comprometida por cierto, con acertijos y misterios que encerraba el templo más grande de la ciudad.

No era de extrañar que esa posible leyenda que salía de las bocas en las calles también llegara a entrar a los oídos de la Cofradía de Ladrones.

El problema de la Inquisición fue que ya iban detrás de Gómez Camacho desde hacía tiempo por su espiritualidad profética, evangélica, visionaria, hermética, milenarista, e incluso algunos llegaron a calificarla de luterana. La lista de acusaciones que la Suprema mandó investigar a sus inquisidores en Sevilla era extensa, y eso que el pobre de Camacho ya llevaba más de medio siglo muerto y enterrado cuando se abrió la causa. Bernardo de Toro, ya cabeza de la congregación, y un servidor tuvimos que dar cuentas ante el inquisidor general, don Bernardo Sandoval y Rojas, y presentarle un memorial que ayudara a limpiar este deshonroso litigio para la memoria de nuestro fundador, así como para muchos de sus discípulos, porque también indirectamente podría ser dañino para la causa de la Inmaculada. De todos modos, las revueltas a raíz del sermón del fraile dominico Domingo de Molina y el fervor popular pro inmaculista que emanaba en toda la ciudad despertaron mayor interés en los inquisidores allá por el convento de San Pablo y en el castillo de San Jorge, pasado el Puente de Barcas.

—Tendrá que encargar una Inmaculada para su iglesia —le planteo.

—No dude que es una de mis prioridades una vez conseguidos los Breves de Paulo V y Gregorio XV, y el favor del pontífice Urbano VIII —dice Bernardo de Toro.

—Tres papas en tan poco tiempo… —susurro—. Y nos hemos perdido todos los festejos. Dicen que hasta la Virgen de los Reyes salió para celebrarlo.

Todas las noticias nos llegaron por carta, de puño y letra del señor arzobispo, don Pedro Vaca de Castro y Quiñones, satisfecho por nuestro comisionado, y que mandó repicar todas campanas de la ciudad a las doce del mediodía, y que por la noche hubiera luminarias y fuegos con chirimías y trompetas. Nos describía cómo el entusiasmo

se desbordó en la ciudad y la cantidad de actos que se celebraban: la gran procesión en la que figuraron más de seiscientas personas en acción de gracias de la cofradía de los Nazarenos de la Cruz de Jerusalén; la lucidísima mascarada de los cirujanos y barberos; la cantidad de procesiones, funciones, triduos, octavarios, novenarios, decenarios, torneos de los gorreros y sederos; el paseo de gala de los plateros, que culminaba el ocho de diciembre con una misa de pontifical oficiada por el arzobispo con sermón del padre Juan de Pineda, haciéndose en ella el solemne juramento del misterio por el prelado, clero y ayuntamiento.

—Nuestro cometido ha estado aquí desde el principio —se resigna el padre Bernardo de Toro, jugueteando con una carta entre sus manos —. Son ya muchos años en Roma, don Mateo. Creo que ha llegado el momento de que la Granada continúe con otro cabeza en la congregación. Y no veo a nadie mejor que tú para dirigirla.

—Me honráis con tal responsabilidad —le respondo.

—No solo dirigir la congregación sino la Orden del Mestizo — puntualiza, entregándome la carta—. Lo he dejado todo por escrito. Te nombro cabeza de la Congregación de la Granada con todo lo que ello implica, aunque el púlpito del Patio de los Naranjos… —Era algo en lo que no había pensado, pues no recibí el don de ser un buen orador—. Los sermones serán cosa del padre Juan de Pineda.

Respiro de alivio y le digo que en seguida saldré para que se envíe la misiva.

—No, Mateo —me detiene—, la llevarás en persona. Yo tengo obligaciones eclesiásticas aquí, pero ha llegado el momento en que regreséis a Sevilla. —Respira hondo y me dice—: Debo contarte todo lo que necesitas saber y lo que nadie sabe. ¿Has subido a la Giralda?

—Varias veces —le respondo.

—La próxima ocasión será distinta —me advierte—. Hay varias cuestiones que tendrás que comprobar. —Me abraza con tanta fuerza que ambos descargamos nuestro aliento a la vez. Me mira fijamente a los ojos y añade—: Recuerda siempre una cosa: estamos llamados a salvaguardar nuestros tesoros.

37
Sevilla. Terraza de las Azucenas de la Giralda

Guillermo aún no se puede creer que esté saliendo a ese balcón donde la Giralda cambia de anchura y que le llama la Terraza de las Azucenas, por los cuatro jarrones con flores que rematan sus esquinas. No deja de mirar la barandilla que les separa de una caída libre de sesenta y cinco metros, a pesar de estar a casi tres metros de ella. Todo ello sin soltar el quicio que le saca del cuerpo del reloj. El viento hace que la americana de Nacho ondee cuando se separa hasta la mitad del balcón y levanta la mirada hacia el friso superior para visualizar la palabra «TVRRIS».

—Es aquel lado —grita Guillermo indicado su derecha.

Espalda contra pared, Guillermo intenta disimular el enorme miedo que le da estar al descubierto y a esa altura, considerando que podría salir volando en cualquier momento. Tras la esquina, ya en la cara sur, levanta tímidamente su dedo. Es Nacho quien, sin temor, se separa unos pasos y levanta su mirada hasta ver el friso:

Nacho se gira hacia Guillermo y le pregunta cómo lo sabía.

—Llevo viendo ochos e infinitos en esa forma rara desde ayer —asegura, apretándose el pinganillo¬¬. Se separa pocos centímetros de la pared y levanta los ojos—. Es el mismo rombo de nuevo, justo entre la palabra y los números.

Nacho se señala el ojo y su compañero se encoge de hombros, observando el rótulo en lo alto.

—¿Proverbio, 18? —pregunta Nacho.

Tras la aclaración histórica y bíblica en su oreja, Guillermo aclara lo que significa el texto del friso que recorre por completo las cuatro caras del cuerpo del pozo o de las estrellas de la Giralda:

—Proverbio, 18-10: «La torre más fuerte es el nombre del Señor».

—Entonces, ¿ese ocho raro es un ocho y un cero en realidad?

Nacho le hace dudar a Guillermo.

—¿Veis un reloj de sol en la cara sur? —pregunta don Salvador en la oreja de Guillermo, quien lo repite de manera instantánea, agarrado al contorno del único acceso a la terraza, en la cara este.

Nacho asegura que hay un reloj de sol, pero en la terraza superior, entre el cuerpo del reloj y el de las carambolas, justo antes de llegar a la campana más alta y donde estaba la inscripción que leyó minutos antes.

Tras subir, por la escalera interior, el balcón es mucho más estrecho, de apenas medio metro de anchura, y una barandilla que con suerte le puede llegar al muslo a una persona de mediana estatura. Desde este balcón superior, la anterior Terraza de las Azucenas queda cinco metros por debajo. Nacho localiza la cara sur, la de «PROVERB, 18», y en el balcón hace visera con su mano sobre la frente para ver el reloj de sol a la izquierda del arco.

—¿Pone algo? —pregunta Guillermo.

—Está muy lejos para verlo. —Le echa una mirada a Guillermo, aún en el interior del cuerpo del pozo, por detrás del arco—. Sal de una vez y míralo tú mismo.

—Me fío de ti.

Nacho se vuelve y mirando hacia abajo le asegura a su amigo, que incluso después de ese balcón hay otro más antes de caer a la calle. Guillermo se agarra al quicio del lado opuesto al reloj de sol, saca su cuerpo y estira el cuello para verlo.

—O tú me aúpas o te aúpo yo —le suelta Nacho con una mueca, ya que para alcanzar el reloj necesitan trepar como un metro y medio en la pared sobre sus cabezas.

Después de resoplar, Guillermo se suelta y se agarra al otro quicio antes de colocar su espalda contra la pared, con la cabeza justo debajo del reloj de sol y entrelazando sus dedos para que Nacho lo utilice como escalón para elevarse.

—No te muevas —le pide Nacho aupándose. Mete los dedos de una mano entre la piedra cuadrada del reloj de sol y la pared, y se agarra al gnomon con la otra.

El gnomon del reloj de sol de la cara sur de la Giralda es un triángulo rectángulo metálico que apuntan hacia abajo, que, sobre un cuadrado de piedra blanca, permite averiguar la hora con su sombra. Nacho escruta a uno y otro lado del gnomon para ver que hay varias líneas estriadas sobre la piedra blanca que parten desde el centro superior y apuntan a números romanos que rodean los lados y la parte inferior, desde el VI hasta otra vez el VI de nuevo; el XII queda justo abajo en el centro.

Nacho fuerza el gnomon y consigue desplazarlo de su posición vertical.

—Se mueve.

—¿Se mueve? —pregunta Guillermo, con dificultad, soportando el peso de Nacho—. ¿Hacia dónde se mueve?

—Hacia los dos lados. ¿Qué número marco? ¿Dieciocho? No hay

dieciocho.

En el oído de Guillermo se escucha la voz de su tío:

—Hay otro reloj en la cara norte.

Al oír a su tío, las fuerzas de los brazos de Guillermo ceden y casi deja caer a Nacho, quien se tambalea pero termina abrazado a su amigo.

—Pero ¿qué haces?

—Hay otro reloj de sol en la cara norte —advierte Guillermo, presionando el pinganillo contra su oído.

◊ ◊ ◊

—¿A dónde han ido?

Marta se frota sus ojos para aguzar la vista desde tanta distancia. Elena simplemente afirma:

—Hacia dentro otra vez.

Las dos jóvenes caminan, mirando disimuladamente lo alto de la Giralda. Tropiezan en varias ocasiones entre la enorme bulla de personas. La gente empieza a formar un pasillo para que transcurra la procesión, por lo que cada vez resulta más dificultoso moverse por la plaza Virgen de los Reyes y poder ver todas las caras de la Giralda, en especial allí donde están Nacho y Guillermo.

—¿Los ves? —pregunta Marta y Elena niega con la cabeza.

Marta llama por su teléfono móvil, pero no consigue respuesta.

—Allí —le advierte Elena sin señalar, para no alertar a nadie del público.

Dos diminutas cabezas se dejan ver bajo del friso que pone: «FORTISSIMA».

◊ ◊ ◊

En la cara norte del minarete que corona la catedral sevillana, justo debajo de la O de «FORTISSIMA», hay otro reloj de sol. También a la izquierda del arco y a la misma altura que el de la cara sur.

—No sé por qué no me he dado cuenta antes —se lamenta don Salvador a través del auricular. Repite el texto inscrito en la campana del reloj—: «Hasta brotar la azucena y el azahar, los tiempos 18 nunca podrá revelar».

Los dos jóvenes salen al balcón, Nacho con más decisión que Guillermo, para ver el reloj de sol que permanece en la sombra.

—Es el único reloj de sol del mundo que nunca da la hora —asegura don Salvador—. Así lo conocen, aunque no es del todo cierto. No da nunca la hora ni en otoño ni en invierno. En primavera y en verano hay un par de horas al cabo del día en las que sí le da el sol.

—Vamos —suelta su sobrino—. Un reloj de sol inútil.

El azahar brota en primavera y la azucena en verano, repite Guillermo lo que le cuenta su tío para que lo oiga Nacho, quien señala al Patio de los Naranjos y dice:

—Azahar. —Luego apunta con el dedo la esquina de la terraza inferior y añade—: Azucenas.

—¿Los tiempos 18? —pregunta en alto Guillermo para que le escuche su tío mientras entrelaza los dedos para que se aúpe Nacho hasta el reloj de sol, cuyo gnomon está en sentido opuesto al anterior, con el cateto horizontal hacia arriba.

—Podría ser la hora —dice don Salvador.

—¿La del reloj? —pregunta Guillermo.

Nacho se impulsa, se agarra del gnomon en su cateto superior y este se desliza, hacia la derecha pillando desprevenido tanto a Nacho en lo alto como a Guillermo abajo. El tambaleo hace que Nacho se aferre con fuerza al gnomon del reloj de sol y al cuadrado de piedra que lo sustenta.

—¿Qué pasa? —pregunta Guillermo—. ¿Se mueve?

—Ya te digo si se mueve —balbucea Nacho, echando un ojo a su espalda, a la Sevilla norte, y abajo al Patio de los Naranjos—. La próxima vez te subes tú.

La descripción de Nacho la repite Guillermo al micrófono de su solapa: el triángulo metálico móvil para una sombra que no existe por ausencia de sol y varios surcos oblicuos en la piedra blanca desde la vertical hacia ambos lados para marcar la supuesta hora, acabando en unos círculos.

—Son círculos del tamaño de una moneda —asegura Nacho, acariciándolos.

—No los toques —grita Guillermo. Nacho se exalta, mira hacia abajo y Guillermo le aclara—: Es mi tío quien lo ha dicho.

—¿Y qué quiere tu tío que haga con esto?

Hay un silencio demasiado largo. Es el tiempo entre la locución y la traducción, aunque en este caso sean de la misma lengua.

—Dieciocho —vocifera Guillermo.

—No hace falta que grites, estoy aquí al lado —responde Nacho. Examina las líneas y los círculos y pregunta—: ¿Cuál se supone que es el dieciocho?

—¿No hay números?

—No hay números. Ningún número —asegura Nacho.

Guillermo abre las manos y deja caer el cuerpo de Nacho hacia el balcón.

—¿Y ahora?

Guillermo le sisea, pero no porque esté escuchando por el pinganillo, ya que su tío anda enfrascado en uno de sus libros

buscando una respuesta, sino porque necesita pensar. Cerrar los ojos, respirar y pensar. Entonces abre sus ojos y pregunta:

—¿Un reloj que nunca da la hora?

—Mira allí abajo —señala Nacho—: ¿Crees que nadie nos ve?

Guillermo señala el cielo, advirtiendo que el sol está arriba a las doce.

—Da igual. Es un reloj de sol sin sol.

—Necesitamos seguir un patrón. Mediodía, las doce, en vertical. —Cuenta mentalmente y golpeando el aire con su índice dice—: El sol sale por el este y se pone por el oeste.

—No hay sombra —insiste Nacho.

—Pero si la hubiera, sería la sexta por la izquierda —replica Guillermo.

Sobre las manos de Guillermo, Nacho se sube y empieza a girar despacio hacia la izquierda el gnomon metálico triangular a modo de caja fuerte, desde la vertical hasta llegar a la sexta línea, donde se detiene. Empuja y tira del triángulo, pero no sucede nada. Observa el círculo y pregunta si pulsando sucederá algo.

—¡No! —grita Guillermo. Respira y transmite lo que acaba de decirle su tío al oído—: Primavera y verano. El cambio de hora. El sol tarda más en ponerse. —Nacho baja su mirada esperando una aclaración a todo eso—. La línea anterior. La quinta.

Nacho gira el gnomon, lo alinea con el surco anterior y pulsa el círculo a modo de botón. El gnomon sale de su posición un centímetro, la misma distancia que penetró el dedo en la piedra. Nacho empieza a mover el gnomon y dice que se mueve a uno y otro lado, pero que no sale.

—Dieciocho diez —suelta Guillermo, apurando sus fuerzas desde abajo. Nacho le mira y él grita con un quejido—: ¡Diez!

La mano de Nacho gira el triángulo desde la vertical dos líneas hacia la derecha y Guillermo le recuerda el cambio horario.

—¿Entonces sería tres o una hacia la derecha?

El esfuerzo de sostener tanto peso le dificulta a Guillermo pronunciar que debe girarlo hasta la tercera línea, a la derecha de la vertical. Nacho corrige, alinea y presiona el botón, con lo que se desplaza el gnomon otro centímetro hacia fuera. Tira del triángulo metálico que se desprende de la pared y hace que pierda el equilibrio hacia atrás. Guillermo intenta corregirlo echando su cuerpo hacia fuera, sin éxito, por lo que suelta sus manos para que Nacho caiga al balcón. Pero es demasiado tarde y Nacho se precipita sobre él. Entonces se le escurre el gnomon de sus manos, que vuela desde lo alto. Guillermo estira su brazo para cogerlo, pero se le escurre y la mitad de su cuerpo se sale de la barandilla.

—¿Qué haces? —le grita Nacho, tirándose para agarrarle.

El gnomon golpea sobre la baranda de la terraza de las azucenas inferior y se precipita hacia abajo. En pocos segundos, todo el miedo a las alturas de Guillermo se desvanece y todo el valor se convierte en un imprudente arrebato, que intenta corregir Nacho agarrándole por el brazo. El cuerpo de Guillermo gira bruscamente en el vacío y sus manos terminan aferrándose a la barandilla del cuerpo de las estrellas o del pozo o cómo se llame. La mente de Guillermo no está para recordar su nombre, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Con la respiración jadeante y la chaqueta al vuelo.

El tiempo parece detenerse.

◊ ◊ ◊

Un soplo de viento hace que oscile y que los pueda ver desde arriba.

Los llevo viendo desde ayer por la mañana. Cuando corrían por el parque, por la Maestranza, por el puente. Cuando entraron en mi templo, se escabulleron en los Reales Alcázares, saltaron por los tejados que llevo siglos viendo envejecer con musgo y moho. Los llevo viendo tanto tiempo que casi me conozco sus nombres, sus filias, sus fobias, sus sueños. Pero nunca los he visto tan cerca, nunca hasta ahora, desde aquí arriba, bajo mis ojos.

Una ráfaga de viento parece movernos a la vez, aunque los pies de Guillermo vuelan en el aire y los míos permanecen rígidos. Le veo colgado desde el balcón, temblando, sin palabras, con los ojos saturados de pavor.

Solo el viento, mi movimiento bajo el sol y el repique de las campanas me permiten percibir el paso del tiempo y conocer otra historia más de esta ciudad.

Sigo observando. Desde el principio, desde el primer momento en el que les dije que corrieran. Porque hacer historia no es lo mismo que vivirla.

◊ ◊ ◊

En ocasiones es como si el reloj no marcara las horas o como si Josué le pidiera a Dios que detuviera el sol para que todo sucediera más lento, casi fotograma a fotograma, golpeando la retina y aguzando los sentidos en un único punto. Como si el fondo se difuminase y el tiempo se parase para que toda la atención recayese sobre un único lugar, un único momento, una única persona.

El viento, la gravedad y el destino hacen que el gnomon termine cayendo sobre las cubiertas de la catedral, sin que Nacho pierda detalle de ello.

—No me sueltes, por favor —implora Guillermo.

—No mires hacia abajo —le susurra Nacho, agarrando sus brazos —. Tranquilo que te tengo.

El brazo izquierdo de Guillermo va cediendo lentamente hasta que se le escurre y Nacho agarra con sus dos manos fuertemente el brazo derecho.

Unos sesenta y cinco metros más abajo, entre la multitud que se agolpa en la calle Cardenal Amigo Vallejo, Marta contiene un grito y se echa las manos a la boca al identificar la silueta de Guillermo ondulando al viento con los pies en el aire en lo alto de la Giralda. Elena le abraza, obligándole a mirar en dirección contraria.

—Esto es una maldita locura… —balbucea Marta, sollozando.

Arriba, Guillermo intenta alcanzar con su brazo libre la barandilla sin éxito, mientras Nacho le repite que no mire para atrás, que le mire a sus ojos.

—No pienso soltarte, Guille —le susurra Nacho, con la frente llena de gotas de sudor y echando su peso hacia el interior de la barandilla —. Si caes tú, caemos los dos.

Y entonces Guillermo decide cerrar sus ojos y entregarse a su amigo. Quiere mantener la mente ocupada, pero su cerebro es incapaz de recitar una oración mientras siente cómo Nacho tira de él con fuerza y, finalmente, le mete en la pequeña terraza. Su respiración está tan acelerada que parece que le va a dar un infarto.

—Esto se nos ha ido de las manos —masculla Guillermo, jadeante y con voz temblorosa, agarrando el brazo de su compañero para incorporarse.

Nacho le golpea la espalda para que mire hacia la Terraza de las Azucenas, a los pocos metros donde habría caído. Se seca el sudor de la frente y le dice:

—Me debes la vida. Te acabo de salvar de una caída de tres metros.

◊ ◊ ◊

En la calle, Elena trata de calmar el ataque de pánico que Marta sufre en silencio, sin llamar la atención de los devotos que pretenden ver la procesión.

—Respira, respira.

La respiración y los sollozos de Marta se funden en el hombro de su amiga. Al poco se endereza y, tras frotar el dorso de su mano bajo la nariz, alza sus lacrimosos ojos hacia la parte inferior del arco de la Giralda que pone «FORTISSIMA».

—¿Dónde están? —pregunta, con el rostro desencajado, al no ver a nadie en el balcón, en el cuerpo de las estrellas.

Elena hace visera con su mano derecha, aguza la vista y, sin atisbar a nadie en lo alto, asegura que no tiene ni idea.

—¡Oh, Dios mío! —exclama Marta, tapándose con las manos la boca de nuevo.

—Tranquila —le calma Elena—. Nadie entre la gente ha gritado. Eso es que están a salvo.

—¿Y cómo puedes estar tan tranquila? —pregunta irritada—. Guillermo…

—Mírate —le interrumpe Elena esbozando una sonrisa—. Le sigues queriendo.

◊ ◊ ◊

—¿Que dónde está la moneda? —devuelve la pregunta Guillermo, incrédulo, deteniéndose en mitad de una de las rampas.

—Escúchame, gilipollas —le grita Nacho al escudo que antes estaba en la solapa de la chaqueta de Guillermo y ahora en su mano—. No he visto ninguna moneda porque hemos estado a punto de caernos de la Giralda.

—Pásamelo —le pide Guillermo, bajando las rampas de la Giralda.

Suenan carcajadas en el pinganillo que ahora se aprieta Nacho contra el oído, lo que hace que se detenga en la rampa #23.

—¿Te parece gracioso?

—Deja de hacerte el tipo duro y pásale el micro a tu amigo.

Nacho le cede el pinganillo y el micro en forma de pin a Guillermo, quien escucha la voz nítida de Vidal:

—Habéis dejado que se caiga una moneda desde lo alto de la Giralda.

—No había ninguna moneda —dice Guillermo.

—¿Seguro? —Suena en el oído—. Si queréis salir de esta debéis tener muy claro los pasos que dais. —Pausa, suspiros, miradas, demasiado tiempo en silencio sin responder—. Y por lo que puedo intuir no estáis muy convencidos.

Guillermo deja caer sus hombros y le confirma que no están seguros, que no les dio tiempo a ver si había una moneda en el trozo de metal del reloj de sol antes de que cayera desde lo alto de la Giralda sobre las cubiertas de la catedral.

—Y si no hay moneda —apostilla Carlos Vidal—, podría haber una pista. ¿No se os había pasado por la cabeza?

◊ ◊ ◊

Después de la homilía, las cuatro monjitas portan la corona en sus andas hasta detenerse delante de la mesa de la eucaristía, donde el arzobispo, monseñor Agustín Muruve, la bendice esparciendo con el hisopo el agua bendita depositada en el acetre.

—Se te nota algo nervioso —le susurra Silvia al prioste. Javier se vuelve y resopla—. Todo va a salir bien. No es la primera vez que corona a una Virgen.

—Pero sí que es la primera vez que va a coronar la mía.

La posesión en cuanto a lo que la devoción se refiere viene a ser algo parecido a una herencia de familia. Lo mío es tuyo y lo tuyo es nuestro. De todos.

El arzobispo sube al paso de palio por una estructura metálica en forma de escaleras y se sitúa entre el candelero encendido y la Virgen del Auxilio, esperando a que el deán le haga entrega de la corona. Y entonces eleva sus manos y coloca la brillante corona sobre la cabeza de la Virgen bajo los destellos de miles de *flashes* de las cámaras de fotos, reza una oración en voz baja y le besa la mano.

El coro rompe el momento de silencio cantando *Reina Coeli* acompañado de un largo y clamoroso aplauso. El hermano mayor mira a sus compañeros de la junta de gobierno, todos orgullosos al ver, por fin, a la Virgen del Auxilio coronada.

El prioste exhala, respira y se palpa el corazón sin apartar sus ojos de la responsable de protocolo de este pontifical. Luego, junta las manos en su espalda manteniendo la compostura durante la oración de los fieles y termina cada petición con un «Te rogamos, óyenos».

— Relájate… —le susurra Silvia, apretando sus manos desde atrás.

—Creo que no conseguiré relajarme hasta que metamos el paso en la iglesia, después de la procesión.

Ya en el altar, y continuando la eucaristía, el deán se apresura a corregir a uno de los monaguillos, aunque el arzobispo lleva rato sin perder detalle de lo que hace.

—¿Por qué no está el monaguillo habitual? —pregunta su excelentísima a don Cristóbal Padilla, deán de la catedral.

—Se encuentra indispuesto, monseñor —le responde en voz baja.

—He creído verle antes por la sacristía —expone el arzobispo, tomando el incensario entre sus manos.

—Se ha dañado una de las muñecas jugando al fútbol —reacciona el deán.

—Hasta con una sola mano es mejor que el nuevo que habéis traído.

Don Cristóbal Padilla vuelve su mirada hacia don Adrián Suárez y este hacia Joaquín Peña. Deán, delegado diocesano de Patrimonio Cultural y antiguo sacristán de San Lorenzo, parecen entenderse con los ojos sin necesidad de articular palabra.

Joaquín Peña desaparece del Altar del Jubileo y rodea toda la zona delimitada para el pontifical hasta llegar a la Sacristía de los Cálices, donde se encuentra con su nieto revestido de monaguillo.

—No puedes dejar que te vean vestido así.

—Si tú me has dicho que me revista —le recrimina Junior.

—Ya, pero no dejes que te vean de monaguillo por el altar —le reitera a Junior, entregándole unas llaves—. Y aléjate de la sala de control.

—¿Por quién pregunto?

—Por un italiano. Un tal Giovanni —le responde su abuelo antes de volver al Altar del Jubileo.

Un monaguillo no llama la atención tanto como un canónigo o el deán. O un acólito instituido de setenta años. Un niño parece estar libre de toda culpa. Al menos así lo estimaron esta mañana. Tras una terna de llamadas.

En la Puerta de Palos, Junior se detiene junto al guardia de seguridad que impide el acceso a toda persona no autorizada. Mira entre la multitud y le dice al guardia en alto:

—El muy ilustre señor deán pregunta por un tal Giovanni.

El tipo corpulento en traje de chaqueta oscuro con corbata azul marino levanta su mano y dice que él es Giovanni.

—Acompáñeme, señor —le ordena el crío al italiano.

Giovanni sigue a Junior a unos tres metros de distancia. En los cuarenta minutos que lleva esperando fuera, le ha dado tiempo de memorizar cada una de las facciones de Guillermo y Nacho en las fotografías que recibió de madrugada, así como verlos subir a la Giralda, aunque les perdió el rastro hace un buen rato.

Junior rodea por detrás la Capilla Mayor para no discurrir cerca del Altar del Jubileo, se gira y le dice a su acompañante:

—Bienvenido, señor —le agita la mano con algo en ella.

Giovanni la estrecha sin apretar en exceso y balbucea en italiano:

—*Devo vedere le telecamere di sicurezza.* —Al ver que Junior no le ha comprendido, prueba con una mezcla de palabras sin sentido gramatical, pero que le ayuden a entenderlo—: *Camere di securita.*

Echándole un ojo a una de las cámaras que cuelga de las columnas del templo, Junior niega con la cabeza:

—Imposible. La policía está dentro de la sala de control.

—*¿Polizia?*

Junior gira la cabeza indicándole dónde está la sala de control y concluye:

—Debo volver.

Giovanni observa al monaguillo alejarse, abre su mano y analiza el llavero de plástico amarillo con tres llaves colgando. Dentro del plástico, la etiqueta tiene escrita la palabra «Tesoro». Giovanni resopla y se le escapa entre dientes y para sí:

—*Vaffanculo.*

◊ ◊ ◊

Desde los pies de la Giralda, su entrada o salida según se mire, se atraviesa la catedral sin pasar por nadie de seguridad. El manojo de llaves en las manos de Nacho tiene tal volumen que no cabe en ningún bolsillo. Guillermo va marcando el paso, sabiendo que hay que entrar por la capilla de San Isidoro para subir a las cubiertas. En un giro de cabeza instintivo, desvía sus ojos a la altura del trascoro y recuerda el AVE·MARIA y el cuadro de Pacheco con el rey Axafat entregando las llaves de la ciudad a san Fernando.

—Pacheco, las llaves de la ciudad y el Rey Santo —enumera Guillermo—. Han estado ahí desde el principio. —Se frena en seco y susurra—: No estamos leyendo lo suficiente.

—¿De qué hablas? —pregunta Nacho en voz baja, inquieto y deseando de seguir caminando hacia adelante.

—Los Alumbrados…

Al fondo se escucha que la misa está acabando. Los cantos y los rezos finales resuenan entre las naves acompañados del metálico sonido del órgano y las voces agudas del coro.

—La Inmaculada era el objetivo… —suelta Guillermo, absorto. Se vuelve hacia Nacho y añade—: Las monedas que vinculan a san Fernando son una excusa.

Ahora Nacho le presta atención.

—San Fernando es una justificación —añade Guillermo—. Esas monedas no son del sendero original. Las han puesto posteriormente.

—¿Para qué?

Ninguno de ellos se percata de la presencia de Giovanni, supuestamente distraído con su teléfono móvil, detrás de una de las columnas, quien de reojo no pierde detalle de sus movimientos. Mira su móvil y termina identificándolos.

—La espada de san Fernando, la Lobera, nos trajo a la catedral —dice Nacho—, y aquí estamos de nuevo.

—¿Y no te parece… —piensa en alto Guillermo—… irregular? La congregación era inmaculista. Montaron lo más grande alrededor de la Virgen.

Detrás de la capilla de San Isidoro hay una puerta que se abre con una de las llaves del manojo de Nacho, la que pone «Altos Catedral», y que conduce a través de una escalera de caracol hacia las cubiertas.

Con disimulo, Giovanni les sigue lentamente hacia esa capilla, mientras termina de sonar con eco el sonido del órgano y se eleva el tono de voz de los fieles murmurando tras el final de la misa.

—La canonización de san Fernando —suelta Nacho en la escalera estrecha de caracol— ocurrió en los mismos años que se construían iglesias dedicadas a la Inmaculada como Santa María la Blanca.

—Mente en blanco, Nacho. —Guillermo se golpea la cabeza con el dedo índice—. Hay que empezar a pensar desde cero.

◊ ◊ ◊

—Tienen media hora —le aclara la responsable de protocolo al prioste de la hermandad, carpeta en mano.

—¿Ya has dejado de tutearme? —pregunta Javier Heredia en voz baja.

—Cumplo con mi trabajo —le replica Silvia—. El pontifical ha cumplido el horario previsto. Ahora ustedes tienen que sacar la procesión según lo acordado.

—No vayas a por mí, eso es responsabilidad del diputado mayor de gobierno.

—¿Y quién es? —pregunta Silvia toscamente, buscando entre la multitud.

—El del pelo blanco con flequillo —le responde el prioste señalando a una persona entrada en los cincuenta y entregando cirios a los componentes de la procesión con la ayuda de varios jóvenes.

—Tenéis que cumplir el horario de la salida del paso. ¿Eso sí es tu responsabilidad?

—En realidad es del fiscal de paso, pero no te preocupes, que yo estaré encima.

—¿Y de qué te encargas tú?

—De que no falte ni un solo detalle y todo esté preparado —responde—. De que toda la gente sentada o de pie pueda rezarle en la calle a la Virgen del Auxilio. Desde aquí hasta que lleguemos a nuestra iglesia.

38
Sevilla. Cubiertas de la catedral

Estar en lo alto de la Torre Eiffel, el Big Ben o el Empire State Building no permite ver París, ni Londres, ni Nueva York en su plenitud, con su emblema identificativo. Estar en la Giralda no es ver realmente Sevilla. Estar en las cubiertas de la catedral es verlo todo.

Cuando Guillermo y Nacho salen, en el tejado de la catedral, el bullicio presagia una gran conglomeración de público alrededor, desde la plaza del Triunfo, con su erguida Inmaculada en el centro, hasta la Puerta de Palos, allá por la plaza Virgen de los Reyes. Al micrófono oculto en el escudo de su solapa le confirman que han conseguido salir a las cubiertas, encima de la Puerta de San Miguel.

El suelo está ondulado y hay unos brochazos de pintura blanca, en forma de líneas, curvas y puntos, que servían de molde para la construcción de las vidrieras.

El teléfono de Nacho vuelve a vibrar. Cancela la llamada por tercera vez desde que bajaron de la Giralda.

—No hay un camino directo —expone Guillermo, señalando varios lugares en las cubiertas—. Tenemos que seguir el camino turístico que marcan esas vallas hasta que estemos cerca de la cúpula de la Capilla Real.

Con mucho sigilo, Giovanni sale y mantiene sus ojos clavados en las espaldas de los dos jóvenes que avanzan por unas estructuras metálicas, pasando de una cúpula a otra. No dejarse ver, más que una necesidad viene a ser su habitual trabajo. Pasar desapercibo y actuar en caso de extrema necesidad. El cuello de Guillermo gira bruscamente hacia atrás y Giovanni deja caer su cuerpo sobre la base de uno de los cimborrios, buscando desaparecer de cualquier campo visual.

—¿Has oído eso?

—Sí, Guillermo. Es la gente —responde Nacho, mirando a su alrededor—. Esta ciudad se vuelve loca cuando sale un paso a la calle.

◊ ◊ ◊

—La Unidad de Investigación Tecnológica acaba de encontrar esta foto en las redes sociales rastreando otros delitos —advierte Concha Bautista, que agita su teléfono en lo alto, rodeando la Capilla del Sagrario por el exterior, en las gradas de la catedral.

Santiago Reina se acerca la pantalla del móvil a su cara y amplía la foto de la Giralda. Dos sombras negras parecen colgar de la barandilla, aunque la calidad de la foto deja mucho que desear. Devuelve el teléfono y se echa el *walkie* a la boca:

—Inspector Reina, necesito precisión en localización.

Entre pitido y pitido del *walkie* la pausa parece eterna.

—Creí que lo tendríamos localizado en todo momento — expresa Concha.

—No contesta a mis llamadas.

—Si le has llamado mientras colgaba desde allí —plantea Concha, señalando la torre—, seguro que era un mal momento.

Entonces alguien responde desde el *walkie:*

—Interior de la catedral. Nave sur.

Reina se abre paso entre la multitud prácticamente a codazos, con el *walkie* en alto y seguido desde cerca por su compañera, en un afán desesperado por alcanzar el centro de la calle, que se mantiene despejada por la Unidad de Intervención Policial, reservando el pasillo expedito para que pueda salir la procesión desde la catedral. Nada más tomar el espacio libre de gente, ambos agentes sacan su identificación y uno de los antidisturbios agita su mano para que caminen sin problema hacia la Puerta de Palos.

Los nervios de Reina son patentes al entrar en el templo y ver todo relativamente en orden, en fila de dos, con una procesión que tiene su cabecera en la capilla de la Virgen de los Reyes, formada por la cruz patriarcal y dos ciriales portados por tres altos monaguillos de sotana negra y roquete blanco con acordeones en sus mangas. El resto de la comitiva, todos arreglados en chaqueta y corbata o vestidos oscuros portando cirios blancos, va rodeando el altar mayor desde su parte trasera hasta su nave lateral, donde está el monumento de la tumba de Cristóbal Colón. La búsqueda entre cirios, diputados de tramos, insignias y acólitos se hace complicado, hasta que la ansiedad del inspector Reina se topa de frente con Francisco Marín, jefe de seguridad de la catedral:

—¿Dónde están? —pregunta Reina.

—¿Quiénes?

—Están aquí dentro. Quiero ver las cámaras. Cierre las puertas.

Camino de la sala de cámaras, Marín le advierte de que a la una menos cuarto se abrirán las puertas para que salga el cortejo y que a la una en punto está prevista la salida del palio de la Virgen del Auxilio para el repique de campanas desde la Giralda.

—En este tipo de actos —le avisa Marín—, el protocolo es muy estricto con los horarios.

Concha mira su reloj y verifica que es la una menos veinte.

—Será mejor que me quede pendiente de la puerta de salida

— propone la oficial a lo que asiente Reina.

—Uno de mis hombres le acompañará —añade Marín.

En la sala de vigilancia, con todos los monitores mostrando las cámaras, el inspector Reina le pide al jefe de seguridad que localice a dos individuos vestidos de curas. Fran Marín separa su mirada de las pantallas y pregunta:

—¿Dos curas? Esto es una catedral —se mofa—. Y en una coronación, los curas pueden superar la centena aquí dentro.

—Estos no son curas de verdad.

—¿Y cómo podremos distinguirlos?

◊ ◊ ◊

En la Semana Santa de Sevilla, el fiscal de cruz es el primer nazareno del cortejo, el que va al frente de todos, en el centro, unos pasos por delante de la Cruz de Guía. Es el que controla minuciosamente que se cumplen los horarios y el ritmo de sus pasos marca el avance de la comitiva. En la procesión de regreso de la Virgen del Auxilio tras su coronación canónica, desde la catedral a su sede, el fiscal de cruz es un señor de unos cincuenta años vestido de traje con corbata oscura, camisa blanca de gemelos y una especie de bastón en su mano que, en términos cofrades se le llama palermo. Las dos hojas grandes de la Puerta de Palos se abren y el fiscal de cruz comienza a caminar muy lentamente saliendo de la catedral, y detrás de él la cruz patriarcal, dos ciriales y dos filas de devotos portando cirios blancos.

Dentro y con carpeta en mano, Silvia Romero acelera su paso buscando apresuradamente el final del cortejo, entre cirios encendidos, guiones sacramentales, banderas concepcionistas y estandartes. Y allí, delante del cortejo litúrgico con tres parejas de ciriales y dos de incensarios junto a un pertiguero y un monaguillo con la naveta del incienso, se detiene y se santigua delante de la Virgen del Auxilio antes de dirigirse al hermano mayor, a don Antonio Rubio:

—La cofradía está saliendo y el señor arzobispo aún no se ha revestido.

—Tranquila. No levantaremos el paso hasta que llegue —responde Antonio.

—Se han abierto las puertas antes de tiempo.

Antonio mira su reloj y, sin soltar su vara dorada, sacude la cabeza:

—La hora prevista era la una menos cuarto.

—Quien tiene que dar permiso para que se abran las puertas es el deán de la catedral —puntualiza Silvia—, y tampoco aparece por ningún sitio.

Antonio se encoge de hombros y se gira, estirando el cuello para

ver detrás del palio de la Virgen del Auxilio. Tras su manto no hay banda, que espera fuera en la plaza Virgen de los Reyes, sino dos largas filas de curas vestidos con albas y canónigos con sobrepelliz blanco y muceta púrpura. Y entonces aparece el arzobispo con su mitra, báculo y capa pluvial, acompañado de un joven diácono.

—Ahí está —señala Antonio—. Lo difícil ya ha pasado, ahora toca disfrutar.

Sin dirigirle una sola palabra, Silvia atraviesa por en medio de los acólitos y evita cruzar su mirada con Javier Heredia, quien charla con el fiscal de paso y el capataz. Luego rodea el costero del palio hasta alcanzar la posición del arzobispo, al final de la comitiva clerical, acompañado por el joven diácono y el deán, cuyos dedos se entrelazan en el pecho sobre su púrpura muceta.

—¿Avanza ya la procesión? —pregunta el deán.

—Acabo de dar vía libre al ver que se incorporaban —responde Silvia, haciendo una reverencia con la cabeza al arzobispo.

—¿Vos no venís? —pregunta el arzobispo al deán.

—Me uniré después a la comitiva —se excusa el deán—. Cuando me asegure de que todo queda en orden y el templo cerrado. Me cercioraré del correcto tañido de las campanas, justo cuando la Virgen salga por la puerta de Palos para bendecir al pueblo.

—Me cambiaría por vos —confiesa el arzobispo—. Ya empiezan a dolerme los pies y aún no hemos salido.

◊ ◊ ◊

En la Puerta de Palos, conforme va saliendo el desfile procesional con los cirios suspendidos, Concha Bautista se dedica a revisar cada uno de los miembros del cortejo, cara por cara. Mientras, acompañado por el jefe de seguridad de la catedral, Santiago Reina inspecciona los componentes del clero que acompañan el paso de Nuestra Señora del Auxilio coronada, aún arriado en el interior de la catedral. Más de uno le observa con recelo, hasta que el *walkie* pita y el inspector se lo lleva a su oreja:

—Los objetivos están ahí mismo —dice la voz estática—. En la nave donde se encuentra.

Reina gira su cabeza, de un lado al otro, al igual que el jefe Marín.

—Debajo del paso —dice decidido Reina, dirigiéndose a la delantera del palio.

Allí saca de su chaqueta un papel que desdobla con la foto de Guillermo y Nacho para mostrársela al prioste y al capataz.

—Inspector Reina, necesito verificar que no están debajo del paso.

—No están debajo —responde con voz ronca el capataz—. Se lo digo yo.

—¿Está usted seguro?

—A todos los he visto antes de meterse —contesta el capataz—, y si hubiera algún desconocido ellos mismos me lo dirían.

Al *walkie,* Reina le pregunta:

—¿Está seguro de que está aquí?

—Segurísimo. Con una precisión de diez metros.

—Que nadie se mueva de su sitio —grita Reina. A Fran Marín le indica que eche un vistazo por la parte trasera. Se vuelve al capataz y le suelta—: Necesito que salgan todos un momento para verificarlo.

—¿Los treinta y seis? —pregunta con seriedad el capataz.

—Tardamos más en hablar que en hacerlo.

Después de que todos los costaleros saliesen, y el jefe de seguridad de la catedral y el inspector hayan escrutado cada una de las caras, algunas de ellas medio escondidas bajo el costal, el mismo Reina se mete bajo las trabajaderas e inhala el fuerte y concentrado olor a sudor hasta verificar, en la penumbra, que no queda nadie. Santiago sale, dejando caer los faldones, y analiza el candelero delante de la Virgen. Entonces se echa el *walkie* a la boca:

—Dime que la señal sigue en la misma zona y se está moviendo.

—¿Puedo meter ya a mis hombres? —pregunta el capataz, a lo que Reina asiente. Agita su mano libre para que todos los costaleros vuelvan debajo del palio.

El *walkie* responde:

—Afirmativo. La señal se encuentra en movimiento a unos diez o quince metros al este de su posición.

Sabiendo que nadie se ha movido en esa zona, el jefe de seguridad niega con la cabeza y Reina empieza a desesperarse, lo que permite que la procesión continúe su avance por las naves catedralicias.

El capataz golpea el llamador tres veces y grita:

—¡Álvaroooo!

—¡Diiiiime!

—Esta *levantá* va por todos los hermanos que ya no están con nosotros, los que siempre soñaron con ver a su Virgen del Auxilio coronada y que en paz descansan esperando a que se la llevemos hasta el cielo. —Hace una breve pausa y añade en voz alta—: ¡Al cielo con ella!

Y se escucha la madera de las trabajaderas crujir desde el interior y a varios costaleros susurrar «al cielo». Secamente, el capataz golpea el martillo y el palio se eleva de golpe cayendo por la gravedad sobre los hombros de los costaleros en un quejido mezclado entre dolor y devoción.

El cerebro de Reina funciona a más revoluciones de la cuenta, buscando una explicación hasta que el *walkie* vuelve a pitar:

—La señal está ahí mismo. Por vuestra posición, literalmente por

encima.

El jefe de seguridad Marín despierta a Reina y, con su radio en la mano, señala el suelo y el techo:

—Criptas o cubiertas.

◊ ◊ ◊

En la base de uno de los cimborrios que da a la avenida de la Constitución, Giovanni se pregunta si era necesario estar tan cerca de ellos y que le pudieran ver.

«Si hanno salito queste scale, dovranno tornare da loro», se dice a sí mismo. Entonces saca de su chaqueta un cilindro metálico perforado en su interior y con una rosca en uno de sus extremos. *«Si non tornano entro cinque minuti, li prendo»*, añade enroscando con sus manos enguantadas en piel negra el cilindro hueco a la punta de una pistola a modo de silenciador.

Más allá de la impaciencia, es la escasa visibilidad la que hace que Giovanni se asome y, al ver la zona despejada, abandone la base del cimborrio y, tras una pequeña carrera, se oculte a los pies del estribo de uno de los arcos arbotantes. Aguza la vista sin ver a los dos falsos curas, pero prefiere no avanzar hasta el siguiente arbotante para no dejarse ver. Se seca el sudor de la frente y susurra:

—*Siviglia è più calda di Roma.*

◊ ◊ ◊

—Esa parte no se puede cruzar —advierte Guillermo.

—Pues si no saltamos y caminamos con cuidado —dice Nacho pasando la pierna por encima de la valla—, no llegaremos a donde está el trozo del reloj de sol.

Dubitativo, bajo la esbelta silueta de la Giralda, Guillermo se queda en el pasaje de hierro de las visitas. Tras un salto, y ya en el techo de alguna de las capillas cercanas a la Giralda, Nacho se gira y vuelve a percibir el miedo en forma de vértigo en los ojos de su amigo:

—Anda, ya voy yo. Tú quédate ahí, pero no tan a la vista — añade señalando el exterior, la plaza y los balcones.

En cuclillas, Guillermo observa cómo Nacho va pisando con mucho cuidado el tejado cercano al Patio de los Naranjos, hasta que se agacha a recoger algo. Levanta su cabeza y la sacude.

Al llegar a la posición de Guillermo, le extiende el gnomon de metal que formaba parte del reloj de sol. El triángulo metálico oxidado que se incrustaba en el mármol de la pared de la Giralda no es un triángulo propiamente dicho, sino que continúa en forma rectangular con dos perforaciones cuadradas junto los números 18 y

10. Los dedos de Guillermo acarician los huecos y susurra:

—Es como si fuera una caja fuerte. —Mete el dedo en un tercer surco con forma circular, en cuyo interior se distinguen lo siguiente: «MVL † IMM». Acaricia las letras grabadas en el metal, vuelve a palpar el contorno redondo del surco y susurra—: Tiene el tamaño para una moneda.

—Había una moneda —afirma Nacho desde abajo—. Debió saltar cuando golpeó contra el techo.

—Ahora sí que estáis seguros de que había una moneda —dice la voz de Carlos Vidal desde el auricular en la oreja de Guillermo, quien ignora el comentario y, con decisión, pasa una pierna sobre la barandilla y luego la otra, con lo que baja al piso de las cubiertas con la ayuda de Nacho.

—Cuatro ojos ven más que dos.

Bajo el punto de vista de Guillermo, no debería resultar complicado encontrar un trozo de metal circular entre tanto musgo y color marrón claro del techo de la cúpula donde había caído el trozo de metal. Con un silbido, Nacho alerta a su compañero, levantando la moneda en alto, brillando al impactarle los rayos del sol.

—Tenemos la moneda —susurró Guillermo.

—No ha sido tan difícil —suelta Vidal desde el auricular, acompañando sus palabras con un par de aplausos.

Nacho le entrega la moneda a Guillermo para que la guarde, junto con la que hallaron en el lomo de *Las Glorias de María* en el archivo del Palacio Arzobispal, en el pequeño bolsillo del pantalón a la altura de su cintura. Mucho más complicado que encontrar una moneda diminuta en las cubiertas de la catedral gótica más grande del mundo es guardar la estructura metálica del reloj de sol que no cabe en bolsillo alguno de pantalón o chaqueta. Guillermo susurra:

—MVL † IMM…, 1045 † 1999… No tiene sentido… ¿1045-1999?

—No cuadra con ninguna de las fechas que hemos estado viendo —añade Nacho—. Además, ese año 1999 … El reloj de sol tiene pinta de llevar ahí mucho más tiempo. Y la Giralda ni siquiera existía en 1045.

Después de escalar hasta la pasarela de metal con barandilla que une dos de las cubiertas y de pasar por encima de la puerta de Palos, con cuidado de no dejarse ver por la multitud que se congrega allí abajo en la plaza, rodean la cúpula de la Capilla Real para continuar por el mismo camino que llevaron de ida.

—Están mal escritos —dice la voz de don Salvador en el oído de Guillermo.

—¿Qué significa «mal escritos»? —pregunta su sobrino, deteniendo su paso de golpe y escuchando atentamente.

—Mil cuarenta y cinco no se escribe así en números romanos —advierte don Salvador—. Se escribe MXLV.

—MXLV… —susurra Guillermo haciendo cálculos mentales.

—Mil novecientos noventa y nueve es mucho más raro —asegura don Salvador, explicando el principio de brevedad en los números romanos que hace que el nueve sea IX y no VIIII—. Pero no se puede abreviar tanto como uno quiera. No para un número como un todo.

—¿No es IMM?

—Mil novecientos noventa y nueve se escribe MCMXCIX.

Guillermo repite el número, verificando mentalmente el cálculo.

—*Dov'è la moneta*?

El giro de las cabezas de Nacho y Guillermo es tan brusco como simultáneo.

—*La moneta?* —pregunta Giovanni con la palma de su mano izquierda extendida y apuntando una pistola con silenciador hacia la posición de los jóvenes, a unos ocho metros, y acercándose.

—¿De qué moneda está hablando? —osa Nacho preguntar.

El dedo índice de su mano derecha, cubierta por un guante de piel negra, aprieta el gatillo, aunque apunta ligeramente al lado de la cabeza de Nacho. El silencioso disparo impacta contra una de las paredes de la nave mayor.

—*La prossima volta mirerò meglio.* —Vuelve a encañonar, ahora directamente a la cara de Nacho y repite—: *La moneta.*

Guillermo baja sus ojos hacia el cuerpo metálico del reloj de sol en sus manos.

—Ahí está *la moneta* —suelta Guillermo y lanza el trozo de metal oxidado en parabólica a Giovanni, quien levanta las manos para cazarlo en el aire.

Sin dejar pasar un segundo, Guillermo y Nacho se vuelven y echan a correr hacia el mismo sitio de dónde venían. Entre sus guantes de cuero, Giovanni sostiene una estructura metálica de origen desconocida para él, junto con la pistola. Arroja el trozo de metal, sin dedicarle mayor importancia, y echa también a correr tras ellos.

El silbido de un par de proyectiles rompiendo el sonido y su posterior impacto contra la piedra hacen que los dos jóvenes corran con estremecimiento sin molestarse en volver la cabeza para ver a su perseguidor. El siguiente proyectil impacta en uno de los pináculos y algunos trozos de piedra saltan sobre la cara de Nacho.

—¿Qué es ese ruido? ¿Disparos? —pregunta Carlos Vidal.

—¡Sí, nos disparan! —grita Guillermo sin parar de correr—. Así de fácil está siendo esto.

Otro disparo golpea sobre uno de los contrafuertes que sujeta un arco arbotante, unido en lo alto a una bóveda de crucería. Los zapatos de Nacho derrapan y le hacen apoyar su mano en el suelo, cambiando de dirección al sentir el impacto tan próximo.

—¡Por aquí! —insta Guillermo, subiendo por las escaleras metálicas

que permiten atravesar la Capilla Real de la Virgen de los Reyes por encima. En un pensamiento fugaz, le viene a la cabeza la terrible idea de que, tarde o temprano, no tendrá más cúpulas por las que correr.

Al pasar el último arco, Giovanni se detiene mientras los jóvenes cruzan el techo de la capilla. Apunta, dispara y saltan chispas al impactar la bala contra el metal de la pasarela. Los jóvenes dan un respingo, pero no se detienen en su carrera.

—¡Alto! —gritan a la espalda de Giovanni, quien escucha cómo martillean varias armas.

Giovanni calibra la situación un instante. Se vuelve y arremete un par tiros aleatorios, que pasan rozando al inspector Reina, antes de lanzarse contra uno de los contrafuertes para cubrirse de la réplica. Santiago Reina, junto al jefe de seguridad en una primera línea, ordena a otros tres agentes varios metros por detrás que se pongan a cubierto. Responder a los disparos sin un objetivo claro podría poner en peligro al gentío de allí abajo o cuanto menos crear una desconcertante situación de alarma. El inspector intenta asomarse por la esquina en la que se ha refugiado. Una ráfaga de tres disparos silba con celeridad a su alrededor e impacta contra la base del cimborrio uno de ellos. Reina gira su cabeza hacia atrás y se percata de que uno de los proyectiles ha ido a impactar contra el cristal de la puerta corredera de un balcón en el edificio que hay frente a la catedral, en la avenida de la Constitución.

—¿Quién coño era ese tipo? —susurra Guillermo, resguardado de los disparos. Nacho, pegado a su lado y a la pared de la bóveda, no dice nada, solo agita su cabeza e intenta recuperar la respiración.

—¿Quién os ha disparado? —pregunta alterado Carlos Vidal por el pinganillo.

Con voz apagada pero jadeante, Guillermo atina a sisear y a musitar que no tiene ni idea de quién es y que no es el momento para hablar de ello. Y entonces otro proyectil impacta contra la piedra cerca de su cabeza.

—¡Suelte el arma! —grita Reina, que se echa por completo en el suelo y apunta al lugar donde se oculta su adversario—. No tiene salida.

Giovanni asoma el arma para disparar, pero también deja su pierna derecha al descubierto. El disparo sin silenciador del inspector es único y sonoro, aunque desde la lejanía pudiera confundirse con un petardo. El impacto es directo y penetrante, en algún lugar por la tibia y el peroné, lo suficientemente doloroso para que el italiano caiga sobre la cubierta y deje escapar la pistola a unos tres metros de su mano. Reina y el jefe de seguridad se precipitan sobre el tipo, que profiere insultos entre alaridos de dolor:

—*Vaffanculo! Terrone di merda!*

—*Figlio di*… —Se muerde la lengua Reina y le da la vuelta para esposarle.

Con una patada, Francisco Marín aleja algo más la pistola con el silenciador hacia sus hombres. Reina aprieta las esposas, se pone en pie y le pide al jefe de seguridad que sus hombres no le pierdan de vista mientras va en busca de los dos jóvenes, pistola en mano.

Guillermo y Nacho saben que no hay otra salida. Saben que es imposible continuar hasta otro tejado que les permitiera bajar a la calle o al Patio de los Naranjos.

En el oído de Guillermo, su tío dice que no son números en romano, que *la I* no es un *uno* sino una *J*. Que en la época solían escribir *Ivan* en lugar de Juan.

—*Tíe*, no creo que sea el mejor momento.

—IMM es JMM —asegura don Salvador—. Juan Martínez Montañés.

—¿Cómo? —pregunta Guillermo, asomando con cautela su cuello por encima de la Puerta de Palos, sin dejarse ver por el público, que se aglutina para no perderse la salida de la procesión—. Entonces MVL es …

—Mateo Vázquez de Leca —le completa su tío—. Se refiere a Juan Martínez Montañés y Mateo Vázquez de Leca.

—El Cristo de la Clemencia —susurra Guillermo, que se vuelve y ve cómo Reina se les acerca agarrando el revolver con ambas manos a la altura de su muslo.

—Ya se acabó todo, Ignacio —le dice Reina a Nacho, quien separa sus manos a media altura. Se lleva el dedo índice a su oreja y señala luego el oído izquierdo de Guillermo, seguido del pin en la chaqueta donde se encuentra oculto el emisor.

Guillermo sube lentamente sus manos y tapa con su mano izquierda el escudo de su solapa, pero, cuando se dispone a hablar, ya con la boca entreabierta, el inspector Reina se adelanta en un susurro:

—Sé que tiene a sus tíos.

—El Cristo de la Clemencia está ahí abajo, en la catedral —le advierte su tío por el pinganillo.

—Sé dónde está el Cristo de la Clemencia —susurra Guillermo, manos en alto—. En la capilla de los Cálices.

—¿De qué está hablando? —pregunta el jefe de seguridad, pero Reina se gira con el dedo índice en vertical sobre sus labios pidiendo silencio. Sin embargo, *walkie* en mano, se vuelve hacia el inspector y añade—: Acaba de saltar la alarma.

—¿Dónde?

—En la Sala del Tesoro —responde Marín.

A Guillermo le resulta dificultoso mantener dos conversaciones a la vez, una *in situ* y otra en su oído izquierdo.

—Olvidaos del Cristo de la Clemencia —suena la voz de Carlos Vidal en el oído de Guillermo—. Esa moneda la tengo yo.

—¿Cómo?

—Salid de ahí y os lo explicaré en persona —insiste Vidal.

—¿Y cómo quiere que salgamos de aquí? —pregunta entre dientes.

—Estamos a un solo paso del final —asevera Vidal.

Con las manos hacia arriba, a media altura, Guillermo vuelve su cabeza y observa el cortejo litúrgico que sale de la Puerta de Palos. Mira su reloj, retrocede un paso hacia el borde de la cornisa y le pregunta a Nacho si confía en él.

—¿Estás loco? —pregunta Nacho, retrocediendo también hasta la cornisa.

Reina levanta su arma, apunta a uno y a otro. El jefe de seguridad, un paso por detrás del inspector, deja el *walkie* y apunta con su revólver a los jóvenes.

—Se acabó todo —suelta Reina con contundencia—. Al suelo.

—Agente —suplica Guillermo—, no tengo más remedio.

Vuelve a mirar su reloj impaciente y las campanas de volteo de la Giralda empiezan a sonar. El estruendoso ruido hace que las cuatro cabezas con sus ocho ojos miren hacia el inmenso campanario que se levanta a su lado. Es el sonido que anuncia que la Virgen del Auxilio está saliendo de la catedral.

—¡He dicho que al suelo! —grita Reina, entre el tañido de las campanas y los tambores, la trompeta, la tuba, los clarinetes y los trombones que empiezan ahora a rugir desde abajo al son de la *Marcha real*.

—¡Confíe en nosotros! —chilla Nacho.

Guillermo vuelve a mirar hacia detrás y le grita a Reina:

—¡Tiene que entenderme!

Reina baja el arma e intenta conciliar:

—De acuerdo, bajemos y discutamos todo esto tranquilamente.

Los dos jóvenes se miran, entendiendo que es el momento. Ni un segundo más que perder. Cierran los ojos y, lentamente desde lo alto de la Puerta de Palos, se dejan caer de espaldas al vacío.

39
Sevilla. plaza Virgen de los Reyes

La respiración y los latidos de Marta se detienen y Elena se echa las manos a la boca conteniendo un chillido. La visión desde la plaza Virgen de los Reyes es frontal, como la de muchos teléfonos móviles que se alzan tardíamente entre la multitud buscando inmortalizar la escena. Quien empezara a grabar el vídeo de la salida de Nuestra Señora del Auxilio coronada seguro que tendría un buen material para su difusión en las redes sociales. El sonido de la *Marcha real* se funde con las campanas de la Giralda y los aplausos de los devotos en los alrededores de la Puerta de Palos. Hasta aquí cualquier vídeo del momento es único, auténtico, irrepetible, un recuerdo inolvidable. Pero en cuestión de pocos segundos el contenido del vídeo se haría viral.

El salto de espaldas desde unos cinco metros acabó con los cuerpos de Guillermo y Nacho sobre el palio, el techo de terciopelo y plata que cubre a la Virgen y que aguantó la sacudida, aunque se zarandearon tanto los candelabros de cola como el exorno floral y la candelería frontal tembló como en una *levantá*, haciendo saltar la cera de las velas. Rápidamente cada uno de los jóvenes se adhirió a la perilla de un varal y enredó sus piernas para deslizarse, como si de la barra de un retén de bomberos se tratara, hasta la parte superior de los respiraderos. Tan rápido y en un momento de tanta tensión, emoción y clamor, que nadie reaccionó al ver a dos sacerdotes bajando desde lo alto del palio. El clero, los canónigos y el propio arzobispo no podían creer lo que sus ojos veían a pocos metros. Necesitaban una segunda opinión, otros dos ojos que hubieran visto lo mismo.

Ya una vez en el suelo, los jóvenes buscan el camino más rápido para escabullirse y perderse entre la multitud.

—Por aquí —avisa Guillermo a Nacho, cruzando por delante del paso, ante la mirada atónita del prioste y el capataz.

La voz ronca del capataz suelta:

—No estarán tan mal las vocaciones cuando llueven curas desde el cielo.

—¿Esto es lo que tú llamabas imprevisto? —le pregunta Silvia al prioste.

Reina le grita al *walkie*, asomado a la cornisa de la Puerta de Palos:

—Bautista, ¿me recibes?

—¿Por qué les ha dejado escapar? —le pregunta el jefe de seguridad al inspector, asomado también, a su lado.

El inspector Reina se vuelve contrariado:

—¿Qué pretendía que hiciera? ¿Les disparo delante de todos?

—Alto y claro, inspector —responde la oficial Bautista, desde el *walkie*.

—¿Ha visto a los dos jóvenes?

—Negativo.

—Han caído en el palio —asegura Reina—. Literalmente, sobre el palio.

—No los veo —asegura Concha rodeando el paso, girando su cabeza en distintas direcciones, escrutando la multitud.

—Allí —señala el jefe de seguridad. Al *walkie* le dice—: A todos los hombres en el exterior. Sospechosos vestidos de curas, dirección plaza hacia calle Mateos Gago.

—¿Sospechosos? —pregunta Reina.

—Repito —continúa Marín en el *walkie*—. Dos jóvenes caucasianos de traje oscuro corriendo en dirección barrio Santa Cruz por Mateos Gago. Cambio. —Separa el *walkie* de su boca, se vuelve y caminando por las cubiertas le dice a Reina—: Han saltado las alarmas de la Sala del Tesoro, un tiroteo en los altos de la catedral, un italiano herido y dos sospechosos que han huido. No descarto ninguna posibilidad.

◊ ◊ ◊

Francisco Mateos Gago y Fernández fue un catedrático de Teología y canónigo de la catedral de Sevilla en el siglo XIX. En su nombre bautizaron la calle que hay justo en frente de la catedral en dirección este, hacia el barrio de Santa Cruz, la calle que aprovechan los turistas para hacerse una foto de pareja con la plenitud de la Giralda a sus espaldas.

Antes de llegar al comienzo de la calle, y corriendo a su encuentro, Elena y Marta cruzan la plaza casi a codazos entre la muchedumbre. Marta grita el nombre de Guillermo en alto. Al cruzar sus carreras le pregunta si se han vuelto locos, que los han visto colgados de la Giralda y ahora caer sobre un paso de palio.

—La historia es demasiado larga —admite Guillermo, apretando su mano—. Incluso nos han disparado.

—Tenemos que salir de esta plaza —advierte Nacho.

Giran sus cabezas y cubren los trescientos sesenta grados que le rodean, visualizando turistas, la fuente, la estatua de san Juan Pablo II, el Palacio Arzobispal, la Giralda, el paso de palio con la Virgen del Auxilio coronada y el gentío, desde donde salen varios guardias de seguridad, uno de ellos hablando por radio.

—Será mejor separarnos —propone Guillermo. Agarra la mano de Marta y le deposita una moneda—. Eso será nuestro seguro. No os

buscan a vosotras.

—Por ahora —admite Elena.

—Tened el móvil a mano.

La atención de los guardias se centra en ellos, que corren calle Mateos Gago hacia arriba, sin percatarse de la presencia de las chicas que se desvían hacia la estrecha calle Don Remondo, dejando el Palacio Arzobispal a la izquierda.

Tras el fatigado momento en lo alto de la catedral, la carrera y el calor de un mediodía de mayo, a la mente de Nacho se le viene fugazmente un vino de naranja en la taberna Álvaro Peregil o una cerveza fría con unos chicharrones en La Fresquita. Pero todo se difumina al ver al final de la calle un coche de la Policía Local bloqueándoles el paso.

—Por aquí —tira Nacho de la chaqueta de Guillermo, arrastrándole hacia la angosta calle Abades, sabiendo que ningún coche podrá seguirles por allí.

Los guardias de seguridad les pisan los talones. Uno de ellos se dirige al policía local, que ha salido rápido del coche:

—Seguridad de la catedral —se identifica—. Perseguimos a dos sospechosos. Ha saltado la alarma central del tesoro.

—A todas las unidades disponibles —dice el policía a su radio—. Dos sospechosos en traje oscuro huyen corriendo por la calle Abades, dirección norte, hacia la Alfalfa.

Los guardias de seguridad prosiguen su carrera persecutoria por Abades, mientras el policía local vuelve a su coche patrulla.

Otra dificultad añadida al correr por estas calles es que el calzado de los dos curas falsos desliza sobre el adoquinado y tienen que mantener mucho el equilibrio para no derrapar en las curvas o al esquivar a las personas en el camino.

—¿A dónde vamos? —pregunta Nacho, percatándose de que corren sin sentido.

—A despistarlos —responde Guillermo fatigado. Y en un tono más alto verifica—: Nos persigue la policía.

—Ya lo sé.

—¡No hablo contigo! —le grita Guillermo sin parar de correr. Mira hacia atrás y observa a cierta distancia a los guardias. Mira en la intersección de la calle y un coche de policía parece seguirles en paralelo a unos cincuenta metros—. Necesitamos ir por calles peatonales y escondernos.

—¿A cuánto estáis de la casa? —pregunta don Salvador, en el oído de Guillermo.

—A un minuto —contesta. Y a Nacho le frena haciéndole girar por una calle estrecha secundaria—. Por aquí. Hay que ganar ventaja para que no nos vean entrar.

—¡No se os ocurra traer a la policía hasta nosotros! —grita Carlos Vidal con furia, al micrófono.

En la siguiente esquina, Nacho prácticamente salta por encima de una mesa.

—¡No nos quedan más opciones! —grita Guillermo—. ¡Abridnos la puerta!

—La puerta está abierta, la verja cerrada —le señala don Salvador.

—No se os ocurra jugar conmigo —advierte Vidal, tanto al micrófono como a don Salvador. Hace un gesto a Víctor, que sale con premura del salón y desciende por las escaleras.

Entonces suena el portón, una jadeante respiración y el susurro de Guillermo:

—Demasiado tarde. Estamos dentro.

Víctor se asoma a la verja cerrada y apunta con su pistola las dos formas oscuras que intentan recuperar la respiración, apoyadas en las paredes del zaguán. El dedo índice de Guillermo se eleva en la oscuridad hasta cruzar sus labios verticalmente. Fuera, en la calle, se escuchan las pisadas de varias personas corriendo, pasando de largo. Con la mano libre, Víctor abre la cancela, pero sin bajar la pistola, con la otra mano cachea el torso de Guillermo y luego el de Nacho, quien intenta zafarse y librarse de él con su brazo:

—¿Tengo pinta de llevar un arma?

—Andando, capullo —le responde, dándole un empujón en la espalda.

◊ ◊ ◊

El eco en las naves catedralicias produce una interferencia proveniente de varios focos sonoros. La alarma sigue retumbando en el interior mientras que la banda de música con sus instrumentos de viento y percusión se fusionan en el exterior con las palmas del público y las campanas de la Giralda.

Entre todo ese estruendo apenas suenan los zapatos del jefe de seguridad y el inspector Reina contra el mármol, atravesando la catedral, junto con dos guardias de la empresa de vigilancia que arrastran a Giovanni hasta la sala de vídeo.

El guardia que vigila las cámaras aprieta un pañuelo ensangrentado contra la parte occipital de su cabeza.

—¿No hay manera de parar esa alarma? —pregunta Reina al jefe de seguridad.

Marín pasa su llavero sobre un dispositivo en la puerta y la alarma se silencia.

—La empresa de vigilancia tendría que haber llamado y haber preguntado por la palabra secreta —asegura Marín.

—Han llamado, señor —confiesa el joven en los monitores—, pero…

—Pero no se acuerda de la palabra —añade el jefe de seguridad.

—Debe ser el golpe —razona Reina.

—No, señor —admite el joven—, la Sala del Tesoro es seguridad prioritaria. No me dotan de esa información.

Señalando una de las cámaras, Marín se vuelve hacia el guardia:

—¿Qué hace apagado?

—No lo sé, señor —responde—. Yo nunca detengo la grabación.

—Nos han dejado a ciegas —le dice el jefe de seguridad a Santiago.

Siguiendo a Marín, casi a punto de salir de la sala, Reina se torna hacia los guardias que sujetan a Giovanni esposado en una silla, le arrebata su móvil del bolsillo de la chaqueta y le pregunta:

—¿Sigue sin recordar ni un solo nombre?

Ante el silencio, Reina extiende el teléfono y le pide que lo desbloquee.

—*Le mie mani sono ammanettate*.

—*¿Ammanettate?* —pregunta Santiago.

Giovanni retuerce su cuerpo para dejar a la vista las esposas. Reina sonríe y sacude la cabeza:

—Dígame el número de desbloqueo.

—*Non può essere sbloccato con i numeri*.

—¿Entiende italiano? —pregunta el jefe de seguridad desde la puerta.

—Más bien entiendo a los italianos. —Se guarda el teléfono y camina hacia la puerta—. Mi compañera vendrá a custodiarlo para que lo recojan de la central.

Al entrar en la Sala del Tesoro, el jefe de seguridad le muestra a Reina una imagen con dos llaves en su teléfono móvil y le explica:

—Una es la cristiana y la otra musulmana.

Cuando Marín baja su teléfono móvil, el brocado burdeos de la vitrina de atrás muestra un vacío, donde debieron estar las llaves de la ciudad, junto con su cartela que indica: «Sevilla, segunda mitad del siglo XIII».

—Supongo que os habréis puesto en contacto con el seguro.

—¿El seguro? Es una pieza única de valor incalculable… —Le interrumpe la voz de uno de sus hombres en la radio, lamentando que hayan perdido el rastro de los sospechosos—. ¿Qué significa «perdido»? No se los ha comido la tierra. Sigan buscando.

—Ellos no han robado esa pieza —asegura el inspector Reina.

—¿Cómo está tan seguro?

—Hay alguien más detrás de todo esto.

Francisco Marín cruza sus brazos mirando al inspector Reina:

—Creo que es el momento de que comparta toda su información.

Sobre todo después de dejarlos escapar allí arriba.

—No les dejé escapar —afirma Reina—. Los tengo localizados.

◊ ◊ ◊

—¿Qué hacéis vestidos así? —pregunta don Salvador.

Pero Guillermo, con pasos decididos, ignora las palabras de su tío. Cruza la biblioteca y arroja una moneda sobre el escritorio:

—¿Cómo tiene la moneda del Cristo de la Clemencia?

—¿Una moneda? —gruñe Vidal mirando el escritorio, sabiendo que falta otra.

—Considérelo un seguro.

—¿Os estáis riendo de mí? —les pregunta sin miramientos.

—Usted se lleva riendo de nosotros desde ayer —le recrimina con rabia Guillermo—. Tenemos la moneda que falta, pero si quiere que lleguemos hasta el final tendrá que ser mucho más sincero.

La carencia de sonido en la sala da paso a la reflexión.

—El Cristo de la Clemencia no tiene en su interior ninguna moneda —admite Vidal—. Sí que es cierto que fue encargado por Mateo Vázquez de Leca.

—Contrató a Montañés para que lo esculpiera tras de su conversión —aporta don Salvador—. Hay quien considera que Vázquez de Leca es don Juan Tenorio.

—Otros piensan que lo es Miguel Mañara —apostilla su sobrino.

—Se ha escrito mucho sobre eso —media Vidal, dando por zanjada la conversación—, pero lo cierto es que no hay ninguna moneda dentro.

Carlos Vidal extiende su mano y Víctor le entrega su tableta. Pulsa en ella hasta encontrar un documento gráfico:

—Pero sí se encontró dentro de la imagen del crucificado este manuscrito.

Girando la tableta, Vidal muestra en la pantalla la imagen de un trozo de papel amarillento con letra en un tono anaranjado con caligrafía antigua y les dice que apareció en la última restauración.

—Justo en el interior de uno de los dos clavos de sus pies —añade Vidal.

En uno de sus libros, sobre el escritorio, don Salvador señala ese detalle en los pies, atravesados cada uno de ellos por un clavo.

—*Salve Regina, Mater misericordiae*… —susurra Guillermo intentando leer.

—¿Es el *Salve Regina*? —pregunta don Salvador asomándose a la pantalla.

—Eso podría parecer a primera vista —advierte Carlos Vidal.

—Aquí … —señala Guillermo sobre la tableta—. Aquí falta la

palabra *oculos* y en su lugar pone *caecus*.

Guillermo repite su descubrimiento con mayor detenimiento, indicando que el Salve Regina dice: «*Eia, ergo, advocata nostra, illos tuos Misericordes oculos ad nos converte*». Don Guillermo traduce:

—Ahora, pues, abogada nuestra, vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos.

—Pero no pone *oculos*, pone «*illos tuos Misericordes caecus ad nos converte*».

—Vuelve a nosotros tus ojos ciegos… —murmulla don Salvador.

—La Cieguecita de Montañés —cae en la cuenta Guillermo.

—La Cieguecita es contemporánea al Cristo de la Clemencia —advierte Vidal—, algo más de veinticinco años, pero quién mejor que el propio autor para colocar la pista.

El catedrático dice que el pueblo le puso ese apelativo por lo cerrado que tenía sus ojos desde casi el día que se inauguró su retablo, el 8 de diciembre de 1631, día de la Inmaculada Concepción.

—Montañés perteneció a la Congregación de la Granada —piensa don Salvador en voz alta. Leyendo en el libro, añade—: También Francisco Pacheco, que fue quien la policromó.

—La Cieguecita está en la catedral —advierte Guillermo.

—No podemos volver a la catedral —sacude Nacho su cabeza.

—Tengo buenos contactos —reitera Vidal—, hasta en la mismísima catedral.

—No pienso volver a la catedral —asegura Guillermo, soltando la tableta.

—Ese trabajo sucio ya está hecho —afirma Vidal, que saca dos monedas de una pequeña cajita, similar a un pastillero, y las deposita sobre el escritorio.

Nacho hace cuentas con sus dedos. Guillermo es el primero en hablar:

—Dijo que el Cristo de la Clemencia no tenía ninguna moneda.

—Y no la tenía —se reafirma Vidal—. Tenía la pista inmaculista que nos llevó a la Cieguecita y esta nos condujo a la siguiente. Estamos a un solo paso del final.

—¿A un paso? —suspira Guillermo—. Habéis roto el sendero.

—No, hijo —sube Vidal su tono de voz—. Hemos sido incluso más decorosos que vosotros, que habéis roto y profanado obras de arte. —Agarra la tableta, pulsa sobre ella y se la devuelve a Guillermo—. Gracias a mis contactos no necesito entrar en la catedral a escondidas, ni romper las losas del suelo. Ahí lo tiene, toda la documentación necesaria. Fotografiamos hasta el último detalle.

Las imágenes de la tableta que Guillermo va pasando con el dedo muestran a la Cieguecita desde distintos puntos de vista. Carlos Vidal hace que se detenga en las fotografías tomadas desde atrás, allí donde

dos pernos salen de la imagen a la altura de su nuca. Explica que entre la corona y esos pernos donde se enrosca había una placa de fijación para dar estabilidad a la aureola de doce estrellas. La siguiente foto es la placa separada de la nuca de la Virgen, con la moneda en uno de los lados.

—No hay ninguna pista —advierte Guillermo.

Carlos Vidal echa mano del bolsillo de su chaqueta y extrae la placa metálica con forma rectangular, de unos cuatro por seis centímetros, con dos orificios para los pernos de la aureola y entre ellos una oquedad para la moneda ya extraída. Guillermo y don Salvador la examinan con detenimiento, pero no consiguen vislumbrar ningún texto o símbolo que conduzca a la siguiente moneda.

—¿Cómo encontró la siguiente moneda? —pregunta don Salvador.

Carlos Vidal sacude la cabeza y reconoce que no ha conseguido dar con ella.

—¿Y de dónde es la segunda moneda que tiene? —inquiere Guillermo.

Los dedos de Carlos Vidal agarran una de las monedas del escritorio, la voltea a la altura de sus ojos y suspira:

—Es la primera de todas.

◊ ◊ ◊

—De una manera u otra, el incidente de ayer en el suelo del trascoro debe estar relacionado con este robo —le admite Reina al jefe de seguridad de la catedral.

Cruzando la Sacristía Mayor, junto a la imagen de san Fernando de Pedro Roldán, con su espada en alto, Marín intenta encontrar una explicación y se pregunta por qué se habrán llevado las llaves de la ciudad entre tantos tesoros:

—No es algo que se pueda vender fácilmente. Las vitrinas están repletas de auténticas joyas de orfebrería, de oro y piedras preciosas. —Señala la Custodia del Corpus Christi realizada por Juan de Arfe y puntualiza—: Cualquier cáliz, relicario o corona vale más que toda la plata de esta custodia.

—Esas llaves son un símbolo —advierte el inspector Reina, con el sonido de una marcha procesional y la explosión de fervorosos aplausos de fondo—. Robar un símbolo ataca más el corazón de la Iglesia que si le roban algo de valor económico.

—¿Alguna célula islámica? —se pregunta Francisco Marín—. Pero ¿por qué?

—Eso es lo que necesitamos averiguar, y empezaremos por el italiano.

—Será difícil arrancarle una palabra —admite Marín.

Con el teléfono en la oreja y esperando respuesta, Reina asegura:

—Viene de camino un experto de Delitos Tecnológicos. Desbloquearemos el móvil y no necesitaremos que abra la boca.

◊ ◊ ◊

—Un símbolo inmaculista de finales del XVI —murmulla don Salvador, volviéndose hacia una de sus estanterías en busca de un libro.

Cuenta Carlos Vidal que todo sucedió en la última restauración de la enorme custodia que sale por las calles de la ciudad el día del Corpus Christi. La custodia que Juan de Arfe labró en más de cien kilos de plata durante ocho años de trabajo. Don Salvador pasa las páginas hasta que se detiene en la hermosa estructura de cinco cuerpos que forma la custodia. Levanta su cabeza y asevera:

—¡Francisco Pacheco!

—No, la Custodia es de Arfe —le replica Vidal.

Don Salvador asiente y señala el texto junto al boceto delineado de la custodia:

—Pero el canónigo Francisco Pacheco contrató a Juan de Arfe, en 1580.

Guillermo le pregunta si Pacheco era canónigo y su tío le responde que no se trata del pintor sino de su tío. Le explica que este Pacheco fue el autor del programa ideológico y doctrinal siguiendo las directrices del Concilio de Trento y Juan de Arfe las ejecutó. El primer cuerpo representa a la Iglesia militante; el segundo está reservado al viril de la Eucaristía, el Santísimo, rodeado de los cuatro evangelistas. La Iglesia Triunfante forma el tercer cuerpo, con el Cordero apocalíptico y, en el cuarto cuerpo, la Santísima Trinidad precede a la Fe, que corona toda la estructura.

—¡La Fe! —advierte Guillermo—. Del mismo modo que el Giraldillo corona la Giralda.

—La Inmaculada es la pieza central del primer cuerpo —corrobora don Salvador en el dibujo.

—Pero esa custodia es todo un jeroglífico en sí misma —dice Guillermo señalando el boceto del libro—, con miles de detalles.

—¿Te refieres a la pista que lleva a la segunda moneda? —pregunta Carlos Vidal—. La habéis tenido desde el principio. ¿Qué os hizo llegar a Santa Ana?

En la mayoría de las veces el perdón no es indicio de olvido. Guillermo le dedica una mirada a Nacho y luego recita de memoria:

—«Desde su nacimiento a su desembocadura, bajo el río Grande hasta Santa María de la Sede». El túnel.

Vidal asiente y les dice que estaba escrito oculto en la base de

Inmaculada, rodeando el hueco donde yacía la moneda, junto al perno que la unía a la custodia.

—Hubo que modificar una de las palabras: «… bajo el río Grande *desde* Santa María de la Sede». El túnel existe —afirma Vidal—. Desde la catedral a la Torre del Oro y de allí hasta Triana, hasta Santa Ana. El problema estuvo en interpretar todo el texto de esa lápida de mármol.

—Por eso nos utilizó —se enfurece Guillermo.

—Por eso dejamos la moneda en Santa Ana —apostilla Vidal—. La moneda y su pista al completo.

—¿Habla en plural? —advierte Guillermo.

Carlos Vidal sonríe:

—Digamos que se requieren buenos contactos y que gracias a ellos ya no estamos enfrascados ni con la primera ni con la segunda moneda.

—Estamos con la última —suspira Guillermo.

Tomando la tableta, Vidal comienza a buscar entre multitud de fotografías.

—¿Solo queda la última? —pregunta Nacho, tras hacer sus cuentas.

—Aunque diéramos con la última —advierte don Salvador—, necesitaríamos tenerlas todas para dar con el final.

—Aparte de las que tenemos —replica Guillermo—, faltan las que nos robaron.

—Os dije que yo me encargaría de esas —asegura Vidal—. Gira la tableta y muestra la Cieguecita de Montañés—: ¿Os habéis fijado en la aureola?

Guillermo cuenta las doce estrellas de la aureola y su tío le recuerda que Francisco Pacheco, el pintor, en su libro *Arte de la pintura* especificó cómo se debía pintar o esculpir las Inmaculadas: la Mujer del Apocalipsis con doce estrellas compartidas en un círculo claro entre resplandores.

Carlos Vidal desliza su dedo por la pantalla, pasando a la imagen siguiente: el mismo encuadre, pero en su parte trasera, el dorso de la cabeza y hombros.

—Pacheco, el pintor —recuerda Vidal—, policromó esta imagen de Montañés.

—Ambos de la Congregación de la Granada —apostilla don Salvador.

—¿Cómo pudo permitir Pacheco un desliz en un detalle tan importante como en la aureola? —pregunta Vidal.

—Hay trece —asegura Guillermo al contar el número de estrellas de la aureola.

La decimotercera estrella estaba oculta tras la nuca de la Virgen, justo en la placa en la que se atornillan los pernos con la corona, la

placa donde estaba la moneda.

—Trece estrellas como las trece monedas —suelta Nacho.

—Trece estrellas como trece letras —corrige Carlos Vidal—. Cada estrella tiene labrada una letra pequeña en su parte trasera.

Los dedos de Guillermo amplían la imagen y sus ojos recorren la aureola por completo hasta poder leer: «ORBUM◊A◊PATRE».

—De nuevo ese símbolo —advierte Nacho, refiriéndose al rombo estrellado.

—Huérfano de padre —traduce don Salvador.

—Observad debajo de la melena —sugiere Carlos Vidal—. Justo en la doblez del manto.

Entre los adornos verdosos y dorados del dibujo se puede intuir la presencia de unos números y letras: «3-XI-1616».

—Tres de noviembre de mil seiscientos dieciséis —corrobora Vidal.

—Pero la Cieguecita es posterior a esa fecha —advierte don Salvador—. Fue datada entre 1629 y 1631.

Carlos Vidal cruza sus brazos:

—¿Por qué policromó entonces Francisco Pacheco una fecha anterior en el manto? ¿Por qué trece estrellas? ¿Por qué «*Orbum A Patre*»?

Las cuestiones quedan en el aire sin respuesta. Entonces Vidal añade:

—Los huerfanitos.

—Huérfanos de padre —susurra don Salvador.

—Los huerfanitos de Montañés —contribuye Guillermo.

Nacho confiesa que se está perdiendo.

Los Niños Jesús montañesinos son característicos por la ondulación de su pelo y su flequillo, explica don Salvador. En su origen se encargaban para culto particular, como las monjas que en sus conventos los vestían y cuidaban como si fueran niños de carne y hueso. Muchos siguieron ese estilo e incluso hoy en día se fabrican en serie.

—La catedral está llena de huerfanitos —recuerda Guillermo. Mira a Nacho y añade—: Nos lo dijo ayer ese canónigo. Vienen de la escuela de Montañés, pero no saben quién fue su verdadero autor. Por eso se conocen por ese nombre.

—Huérfanos de padre —añade Carlos Vidal.

—Y todos tienen… —continúa Guillermo.

—La misma fecha —termina diciendo Carlos Vidal.

Al pasar las páginas, don Salvador se detiene en un Niño Jesús, con traje acampanado, potencias en su cabeza y sosteniendo un cáliz con la forma en su mano:

—El Niño Jesús del Sagrario está datado entre 1606 y 1607.

—Pero en la parte trasera del cojín sobre el que posa sus pies

— apostilla Carlos Vidal— está la misma fecha: 3-XI-1616.

—Alguien debió tallar esa fecha a posteriori —piensa Guillermo en alto. Luego dice que el canónigo de la catedral les mostró la misma fecha en la base trasera del cojín de uno de los Niños Jesús que se exponían en la Sacristía Mayor.

—No hay ninguna moneda en el Niño Jesús del Sagrario —asegura Vidal—. Yo mismo he visto el informe radiográfico de su restauración por el IAPH. Varios clavos dentro, pero nada redondo. Ni en su interior ni en el cojín.

—Hay algo más —cae en la cuenta Guillermo—. Si está tan seguro de que estamos a un paso del final…

Vidal suelta una sonora carcajada:

—Siempre parece que se está a un paso del final, pero tienes razón: hay algo más —. Muestra en la tableta imágenes del Niño Jesús y mira a Nacho—. He rastreado anticuarios, palacetes, ayuntamiento, iglesias, propiedades particulares. —Pasa las imágenes de Niños montañesinos en su tableta y añade—: Todos los que he encontrado de esa época tienen la misma fecha y una palabra.

—¿Una palabra? —interrumpe Guillermo visualizando la pantalla de la tableta que le muestra Vidal, con la fecha «3-XI-1616» y la palabra Dios justo debajo.

—Hay palabras distintas y otras que se repiten —advierte Vidal, que pasa las imágenes y deja ver la fecha y palabras como *puertas, marcará*, otra vez *Dios, Bautista, Dos, mi, y, encadenado, veces, abrirá*. De nuevo aparecen *puertas, Bautista, veces, y, Dios, encadenado, mi, marcará*… Sólo en la catedral hay diecisiete de estos Niños Jesús expuestos. Otros tantos no están a la vista de los fieles.

—Ahí está —dice Guillermo, que toma una libreta del escritorio y escribe las palabras—. Las palabras se repiten por si se perdía en el tiempo alguna imagen.

—No termino de encontrar una frase con sentido —admite Vidal.

En la libreta, Guillermo escribe: «Dos veces Dios marcará », pero las tacha y escribe: «Dios marcará dos puertas».

—¿Qué pinta la palabra Bautista? —pregunta don Salvador.

Su sobrino tacha de nuevo la frase y escribe: «Dios marcará al Bautista encadenado», pero Carlos Vidal le advierte que la palabra *al* no estaba entre ninguna de ellas. Guillermo vuelve a tachar y resopla. Escribe: «Dios marcará mi Bautista dos veces encadenado».

—Hay tres palabras que comienzan en mayúscula —advierte Nacho —. Dios y Bautista siempre van en mayúscula, ¿no?

—Muy bien —reconoce Guillermo—. La frase tiene que empezar por Dos.

En la libreta se suceden frases como: «Dos puertas marcará mi Dios y Bautista abrirá» o «Dos veces encadenado marcará mi Dios y

Bautista puertas abrirá».

—«Dos veces» tiene que ir junto —contribuye Carlos Vidal.

—Alguien mandó tallar estas palabras —susurra Guillermo levantando su mirada—: Tenías razón, *tíe*. La palabra *Bautista* es la clave: «mi Bautista».

Gira la libreta hacia todos con la frase: «Dos veces mi Bautista encadenado marcará y puertas Dios abrirá». Añade:

—Buscamos un Bautista de Juan Martínez Montañés.

40
Sevilla. Catedral de Santa María de la Sede

Corpus Christi. Jueves, 6 de junio de 1602

La vida puede cambiar en una tarde, en una noche; en el tiempo que tardan en volver a repicar las campanas de la Giralda; en el tiempo que hay entre misa y misa en el altar mayor de esta catedral; en el tiempo que uno tarda en rezar las penitencias o en recorrer la distancia entre la Puerta del Nacimiento hasta la de Campanillas. Todo puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

Veintiocho años no son ni mucho ni poco. Son perfectos.

El anaranjado sol que ya cae se filtra entre la vidriera sobre la Puerta de San Miguel. Tras los oficios, el Corpus se festeja en las calles, en los barrios, en las hermandades, en los gremios. Por eso el templo catedralicio está desierto. O debería estarlo salvo por esa muchacha, esa feligresa joven tal vez, que oculta su aspecto bajo la capucha de su larga túnica. Gira levemente su cuello, respira en la sombra interior de la capucha que cubre su rostro misteriosamente, se vuelve y comienza a caminar por la nave. Yo instintivamente sigo sus pasos.

—¿Quién va? —pregunta el custodio encargado de cerrar todas las puertas del templo. Yo me presento sin perder de reojo cómo la feligresa se oculta tras una de las grandes columnas—. Disculpe, don Mateo. No había reconocido a vuesa merced. Ya pensé que no habría nadie.

—Necesito reposar mis plegarias ante la Antigua —le digo—. Me basta con el tiempo que vos tardáis en cerrar las puertas.

El custodio asiente y, nada más que se vuelve a sus menesteres, me apresuro a continuar mi camino, siguiendo a la joven cubierta por la túnica hasta la cabeza, más por curiosidad que por la belleza que pueda ocultar bajo su velo.

La joven se detiene en la Capilla Real, frente a la Virgen de los Reyes, cuya verja ya está cerrada y el cerrojo corrido. Tiro del pasador y empujo los barrotes de una de las hojas. La feligresa avanza por el pasillo y se arrodilla a los pies de la Reina de los Reyes bajo la luz de las velas y los reflejos en plata.

Yo me arrodillo a su lado y le oigo susurrar palabras que no

consigo descifrar. Y entonces, nítidamente, escucho:

—Don Mateo...

—¿Vuestra merced conoce mi nombre?

—Buena parte de las mujeres de esta ciudad conocen su nombre.

—A vos por el momento no he tenido esa gracia.

—¿Tan seguro estáis vos de quererme conocer?

—Me tiene intrigado vuestra merced.

Se gira hacia mí y bajo el velo vislumbro una calavera que me estremece. El color hueso queda anaranjado por la luz de las velas, resaltando su pómulo y la ausencia de su nariz. Mi reacción me lleva a retroceder, caído sobre el mármol de la capilla.

—¿Qué queréis de un servidor?

—Nada —Mueve su huesuda mandíbula y añade—: Ya tengo casi todo de vos.

Y patino en el mármol al levantarme para salir corriendo, gritando por las naves de la catedral:

—¡Eternidad! ¡Eternidad!

◊ ◊ ◊

En cual cuantía de pavor se hallaría mi cuerpo que impacté en mi galopada con uno de los vigías, que, alertado por mis gritos, se encontraba entre la Puerta del Lagarto y la de Palos. Me dijo que el alabastro del sepulcro del cardenal Cervantes estaba menos blanco que mi rostro.

—Parece haber visionado un fantasma —me dijo.

—Eche a esa feligresa y cierre la capilla —le ordene.

Pero, desde la verja de la Capilla Real, me preguntó:

—¿A qué feligresa?

Sentí un manto gélido que me inmovilizó. Me palpé y no hallé un Cristo al que abrazar o agarrar en mi mano.

Y en mi cabeza se repitieron las palabras del padre Mata: «Apacigüe su interior y hágase una pregunta: ¿qué busca, el placer terrenal o la eternidad».

—Eternidad —balbuceo entre susurros, una vez en mi lecho—. Eternidad.

No deliro, sino confieso. Me confieso pecador. Me confieso, Señor. Me confieso tentado por el demonio el gran día de mi Señor. Y si la tentación no es más que el preludio del pecado, Señor, soy pecador por seguirla, buscando lo que el pasado Domingo de Ramos te prometí que nunca más pasaría, Señor. Eso mismo que volví a jurarte el Jueves Santo, aunque caí, Señor. Y volvió a pasar en la Vigilia del Sábado y en la Pascua, y ahora me lleva a ti de nuevo. No me abandones, Señor. Perdóname por dejarte a un lado. Te necesito, Señor. Te lo suplico,

Señor.

—Es suficiente, Mateo —me despierta el padre don Hernando Mata, quien me pasa un paño por la frente sudorosa—. Si vos amáis a Dios, Él sin duda no dejará de amaros.

Me explica que el pecado era parte de la libertad que Dios nos concedió en el Edén, que formaba parte de Su plan, que el pecar es el resultado innato de nuestro ser.

—Nuestra Señora no pudo nacer como nosotros —me expone—. Ella fue pura, limpia de pecado al ser concebida. Si vos pecáis es porque sois hombre —me susurra—, como yo. Tenemos la mejor religión del mundo. Confesad y volveréis a ser libres. Arrepentíos y seréis perdonados. Empezaréis de cero.

—Me arrepentí hace ya un rato, padre. Vos no visteis lo que mis ojos vieron.

—Yo he visto el final, hijo. Y quiero que, para cuando llegue ese momento, todos nuestros congregados estemos preparados para luchar al lado de nuestro Señor.

Las palabras del padre Mata, el cabeza de la Congregación de la Granada, son elixir misericordioso para mi reciente y aciaga experiencia de fin de vida.

—Mi deseo es cambiar, padre —susurro—. ¿Cuál debe ser mi penitencia?

—En su caso, la penitencia debe ser autoimpuesta. Sus vivencias, sus dichas, sus propósitos de enmienda continuos. El único que sabe la verdadera proporción de una penitencia acorde con sus pecados es usted —me dice, poniendo su mano contra mi frente y perdonándome para siempre.

—Alzaré en madera un crucificado que me asista en mi oratorio —le digo.

—Si eso le ayuda a dormir y seguir por el camino del Señor, me parece acertada decisión. —Hace la señal de la cruz en mi frente y añade—: El Señor comprende tus pecados y te los perdona.

—¿Aun habiéndome alejado tanto tiempo de Él?

—Una de las virtudes más grandes de nuestro Señor Jesucristo es su infinita misericordia —me explica con una apacible mirada. Señala con su dedo índice hacia arriba y añade—: Clemencia. Él es el Señor de la Clemencia.

Miércoles de Ceniza, 12 de febrero de 1603

El inicio de la pasada Cuaresma lo pasé encerrado con el rostro magullado y convenciéndome de que no podía seguir así. Ahora, con veintinueve años, estoy seguro de que mis promesas de cambio son definitivas.

Golpeo con los nudillos la puerta del taller del maestro en la collación de la Magdalena, donde la luz de las velas parpadea en el hueco entre ella y el suelo.

—¿Quién va?

—Mateo Vázquez de Leca —respondo en voz baja—, siervo de Dios.

La puerta cruje al abrirse y, en atuendo azabache, un rostro con bigote largo moreno a juego con su perilla me echa un vistazo de arriba abajo. Las entradas de su frente empiezan a alcanzar su pelo negro desaliñado. A sus treinta y cuatro años, sus ojos parecen tan cansados como si hubieran vivido medio siglo, o quizás uno entero.

—Es algo tarde.

—Nunca es tarde si la dicha es buena. Me envía don Hernando de Mata.

—Entre pues, don Mateo. La noche apremia frío y humedad, inexplicable últimamente en esta ciudad —me dice Juan Martínez Montañés—. ¿Qué buena le trae a mi taller?

—Un crucificado. —Cierro los ojos y lo visualizo en mi mente. Abro los ojos y le explico con detalle—. Ha de estar vivo antes de haber expirado, con la cabeza inclinada sobre el lado derecho, mirando a cualquier persona que estuviera orando al pie de Él; como que está el mismo Cristo hablándole. Y el rostro con alguna severidad… y los ojos del todo abiertos.

Retira los instrumentos de una de las mesas y la mano de Montañés comienza a mover un carboncillo sobre un trozo de papel arrugado. Yo continúo:

—Tendrá la mirada compasiva hacia todo aquel penitente que se arrodille para orarle y se llamará Cristo de la Clemencia.

Le cuento que dejaremos pasar la Cuaresma, pues bien conozco de sus ocupaciones actuales, y así podremos firmar el contrato en el primer sábado de Pascua.

—¿En madera de cedro? —me pregunta don Juan.

—Lo que bien estiméis al respecto, aunque en la policromía…

—Para todo el trabajo de pintura se encargaría don Francisco Pacheco.

Sonrío y asiento, pues era lo que más me preocupaba.

—No hemos hablado del precio —le digo.

—Bien la talla vale quinientos ducados, mas no le cobraré a un hermano congregado más de trescientos.

—Hay que añadir generosidad a su formalidad y reputación. Una cosa más.

—Quien paga tiene la virtud de pedir.

—Deme aviso antes de ensamblar. Hay un asunto que quedará entre los dos.

Lunes, 27 de diciembre de 1632

—Madrugáis —suelta el maestro desde el fondo del taller—. Vuesa merced llega temprano.

Después de tanto tiempo, el taller de Montañés de la collación de la Magdalena parece bien distinto esta mañana, lleno de aprendices, cada uno en su labor, sin levantar los ojos de su trabajo. Me detengo fijándome que todos, algunos mejor y otros en menor media, pero bastante aproximado, se esmeran en esculpir la imagen de un Niño Jesús del tamaño de una vara poco más o menos. Yo saludo al maestro, le muestro mi satisfacción por la similitud de las tallas con el de la Hermandad del Sagrario, tal y como estaba en nuestro acuerdo, y le pregunto por la policromía.

—Una semana —me responde—. Mañana comenzaremos.

—El estuco y la pintura … —planteo—… pueden terminar desapareciendo con el tiempo.

—El tiempo lo borra todo —me contesta.

—Hasta los crímenes —le insinúo.

Y el rostro de Montañés se vuelve rudo, sin querer continuar por ese derrotero. Todos conocen en esta Sevilla los juicios del maestro, así como los deslices juveniles de este humilde arcediano. Ni mi larga estancia en Roma, donde se quedó el bueno de Bernardo de Toro, consigue enterrarlos en el olvido. Y más ahora, que vuelvo como cabeza de la congregación con la misión de dar alcance espiritual a cuantos se reúnen en torno a la Virgen de la Granada y alentar en el pueblo la fuerte devoción inmaculista que me llevó a velar por su causa ante el Santo Padre en la ciudad eterna.

Le pregunto si podemos modificar esa pequeña parte de nuestro contrato que discutimos con los otros de particular espíritu.

—¿Pequeña?

—Tallarlo en lugar de policromarlo —le recuerdo—. Así durará en el tiempo.

El maestro silva con fuerza y da un par de palmadas, haciendo que se paralice toda lija, gubia y hasta el barrer del serrín del suelo. Cuando todos le miran expone:

—En esta mañana de nuestro Señor y en la trasera de cada una de vuestras obras debéis tallar una fecha. —Hace una pausa para que cada uno coja su carboncillo para anotar en la mesa de madera sobre

la que trabajan—: La fecha es 3-XI-1616.

—Pero, maestro, hoy es … —arranca unos de sus aprendices.

Montañés no le deja continuar y sube su tono de voz:

—¡El primer sordo que salga de mi taller!

Todos agachan sus cabezas y yo aprovecho para, disimuladamente, extenderle al maestro un pequeño pergamino enrollado.

—Todo está hablado con el prior de los cartujos para que pueda revisar detenidamente su Cristo… —le susurro—. Han pasado tres décadas desde su hechura y buena excusa es comprobar que no tiene fisuras.

—¿Tanto tiempo ha pasado ya?

Parece que fue ayer cuando entré en este taller buscando un Cristo para mi oratorio personal y que doné a los cartujos de Santa María de las Cuevas el día de la Merced de 1614, antes de mi partida hacia Roma con el padre Bernardo de Toro. Parece que fue ayer cuando Miguel Cid compuso sus coplas y Pacheco pintó las Inmaculadas con los congregados. Parece que fue ayer cuando, recién regresado de Roma, mi primer cometido como prior de la Orden del Mestizo fue cambiar completamente el sendero, nuevas pistas, nuevos lugares, porque tanto el padre Toro como yo sospechamos que nuestro secreto estaba demasiado expuesto, acechando la Cofradía de Ladrones y la mismísima Santa Inquisición.

—Nos queda un último detalle… —le susurro al maestro, desplegando un papel ante sus ojos—. Una palabra debajo de cada fecha. Necesitamos que se repitan tres veces cada una de ellas.

Montañés mira el papel con las palabras y hace sus cuentas:

—Necesitaremos hacer otra partida de Niños Jesús.

—Los que sean necesarios —le replico, depositando unos ducados en su mano—. Estamos llamados a salvaguardar nuestros tesoros, congregado.

41
Sevilla. Cuesta del Bacalao

La Cuesta del Bacalao no existe. Al menos en su concepción urbana, aunque, si por historia se tratara todo, tiene una explicación. Para ver cómo *anda* un paso de Semana Santa, uno de los mejores lugares es la Cuesta del Bacalao, esa zona entre las calles Argote de Molina y Placentines, donde hace años una tienda de ultramarinos llamada *El Brillante* lucía un enorme bacalao de madera en su puerta.

—Intacto —le susurra el prioste al hermano mayor, quien con su vara dorada no deja de volver su cara hacia el palio—. Relájate. Disfruta.

—¿Cómo quieres que disfrute? —pregunta inquieto y entre dientes Antonio Rubio—. No he visto lo que ha pasado y seguro que salimos en todas las redes sociales. ¿Qué digo si me pregunta la prensa?

Heredia se vuelve y con su mano ordena a los acólitos que avancen subiendo la cuesta hasta arriba. Todo es porque el paso no debe pararse en mitad de la cuesta o el trabajo para los costaleros será el doble. Se vuelve al hermano mayor y le susurra:

—Diga la verdad: dos curas han caído del cielo encima del palio de la Virgen.

◊ ◊ ◊

Primero, el agente Manuel Bruno, de Delitos Tecnológicos, le recrimina al inspector Reina que es domingo. Lo segundo, que es muy temprano para ser domingo. Lo siguiente que dice, sabiendo que la oficial Bautista debe estar cerca, es que le duele la cabeza.

—¿Puedes desbloquearlo? —le pregunta Reina, al teléfono.

—Pues claro que puedo. En mi taller de la comisaría y con una orden.

—No tenemos tiempo para eso —replica Reina—. Bajo mi responsabilidad. El propietario de ese móvil ha disparado contra varios agentes y ha perpetrado un robo en la Sala del Tesoro.

—Puede que no sea el mismo —puntualiza Marín, pero Reina ignora su comentario y extiende su móvil hacia Bautista, quien se niega a cogerlo.

—Vamos, oficial —le insiste Reina—. Noto esas miradas a kilómetros de distancia.

Incómoda y, sin quitarle los ojos de encima, toma el teléfono y

pregunta:

—¿Es muy complicado?

—¿Ahora te utiliza a ti? —pregunta Bruno, en voz baja.

Con el inspector de frente, esperando, Concha se ríe y le dice adiós. Cuelga y le devuelve el móvil a Reina:

—Dice que se hace mayor. —Paciente, Reina sigue esperando una respuesta y la oficial continúa—: El bloqueo es táctil. Con sus huellas se desbloqueará.

◊ ◊ ◊

«Dos veces mi Bautista encadenado marcará y puertas Dios abrirá», permanece escrito en la libreta sobre el escritorio de don Salvador.

—Sabía que necesitaría las llaves de la ciudad —suelta Guillermo contundente, escribiendo en el ordenador mientras Nacho busca en su teléfono móvil y Carlos Vidal no se altera, sin perder detalle.

—Hay un Juan Bautista de Montañés en la catedral de Lima y otro en el Museo Metropolitano de Nueva York —verifica Nacho—. Otro en el Museo Meadows de Dallas y otro…

—Son esculturas —le interrumpe Guillermo. Gira la pantalla y concluye—: Mi Bautista encadenado… Solo hay una imagen de Juan Bautista de Montañés que esté encadenado, pero no es una imagen independiente, es un retablo.

En la parte central del retablo, Juan el Bautista se encuentra vertiendo agua del río Jordán sobre la cabeza de Jesús de Nazaret. Dos columnas acanaladas y doradas lo flanquean junto a cuatro cartelas en relieve de menor tamaño: la predicación, san Juan el Bautista ante Herodes, su degollación y en la prisión. Guillermo teclea con impaciencia ampliando la imagen hacia el relieve de la izquierda: san Juan Bautista en la prisión, sentado con sus pies encadenados, acompañado de dos hombres que parecen ser sus discípulos y un soldado que le custodia, vara en mano. Las manos del Bautista se juntan a la altura de su cintura en una postura inusual, con los puños y sus dos dedos índices unidos en su extremo y apuntando hacia abajo.

—Dos veces mi Bautista marcará… —susurra don Salvador.

—¿Dónde? —pregunta Vidal y Guillermo le responde que en la iglesia de la Anunciación—. ¿Estás seguro?

—Quiero a mi tía sana y salva. Usted quiere la moneda que tenemos y llegar a la última.

—Tenéis media hora para llevar la moneda a la Anunciación — les dice Vidal a los jóvenes. Se lleva el teléfono a su oreja y mira fijamente a Guillermo—: Allí se encontrará con su tía.

Sopesa la propuesta y sacude la cabeza:

—No.

Vidal le escruta y espera a que continúe.

—En la iglesia no, sino abajo —añade Guillermo—. Los dedos del Bautista señalan hacia abajo y debajo de ese retablo están enterrados algunos de los sevillanos más reconocidos. —Añade—: Dentro de media hora: Panteón de los Sevillanos Ilustres.

◊ ◊ ◊

El nombre de la calle Francos existió desde el siglo XIII y menciona la concesión de franquicias que otorgó el rey Fernando III a los vecinos de este barrio, un eje comercial que ha perdurado a lo largo del tiempo.

—¡*Pararse* ahí! —grita el capataz saltándose las reglas gramaticales de nuestra lengua. Golpea el martillo y los costaleros arrían el paso de la Virgen del Auxilio. Detrás, la banda de música aguanta unos segundos y concluye la marcha procesional.

El prioste, Javier Heredia, comprueba su reloj y verifica que van según el horario previsto, aunque dicha labor es más propia del fiscal de paso y del diputado mayor de gobierno.

Reina, sin embargo, mira su reloj y acelera el paso hasta alcanzar la zona que queda entre el paso y la banda, donde el clero procesiona en dos filas perfectamente alineadas que terminan con los canónigos y el arzobispo. Se sitúa detrás de don Adrián Suárez, delegado diocesano de Patrimonio Cultural, y se lleva el teléfono móvil a la oreja hasta que escucha el primer tono. Observa que don Adrián se palpa el bolsillo debajo del alba y entonces le susurra:

—¿No va a contestar la llamada, don Adrián?

—Sería muy desconsiderado e irrespetuoso hablar por teléfono mientras uno forma parte del cortejo —responde. Se vuelve y, al no identificar la persona que le hablaba, pregunta—: ¿Quién es usted?

—Pregúntese mejor —le musita el inspector Reina, acercando su boca a la oreja del clérigo— por qué he encontrado su número de teléfono entre las últimas llamadas de un italiano que ha estado disparando desde lo alto de la catedral.

El capataz golpea el martillo tres veces seguidas y tanto los costaleros como la banda de música se preparan.

—No sé de qué me habla… —susurra el presbítero, mirando a uno y otro lado.

—Estos dos agentes —le explica Reina a don Adrián— le escoltarán para que no le pase nada hasta que finalice el recorrido. Tiene mucho que explicar, pero, por ahora, disfrute de la procesión.

◊ ◊ ◊

Aunque se puede entrar desde la Facultad de Bellas Artes, el Panteón de los Sevillanos Ilustres es la cripta de la iglesia de la Anunciación. La antigua Puerta de acceso desde la iglesia es de Hernán Ruiz II, el mismo arquitecto del Consistorio, la Sala Capitular de la catedral, el campanario de la Giralda o el informe sobre las murallas y puertas de la ciudad para sus reformas.

—También se encargó de la Capilla Real, la capilla Scalas y el Patio de los Naranjos —lee Nacho en su móvil, en voz baja para que no se escuche el eco retumbando en las paredes y el mármol de la cripta—. Si no perteneció a la Congregación de la Granada, seguro que trabajaba para ellos.

—No os mováis de ahí hasta que yo os llame —le impera Guillermo a las chicas a través del teléfono antes de colgar.

—¿Me has estado escuchando?

—Este no es el sitio. La mayoría de las tumbas son del siglo XVIII y XIX.

—También del XVI —dice señalando una con el nombre de Rodrigo Caro.

—Confía en mí —le pide en susurros, poniendo la mano en el hombro de Nacho—. Necesitamos ganar tiempo y que traigan a mi tía.

Desde el fondo de la sala, junto a don Salvador, la pregunta de Vidal resuena:

—¿Habéis traído mi moneda?

—No veo a mi tía —replica el eco de Guillermo—. Sin ella no hay moneda.

Al llegar a unos tres metros de los jóvenes, sin más preámbulos, Vidal mete la mano en el interior de su chaqueta y saca un revólver con el que apunta directamente a la cabeza de don Salvador:

—Ya me he cansado. Dame la maldita moneda.

Guillermo se exalta:

—Podemos solucionar esto sin amenazar con un arma.

—Ya es tarde —responde Vidal.

—Tranquilo —media don Salvador—. Es un ladrón, no un asesino.

—¿Tan seguro está? —pregunta el Manco.

—Para esas cuestiones —murmura don Salvador— tiene a sus lacayos.

—No sería la primera vez que aprieto el gatillo —le replica, presionando con más fuerza el cañón de la pistola.

Con sus manos levantadas, Nacho pide tranquilidad y afirma saber lo que el Manco es capaz de hacer.

—Eso —asiente Vidal—, preguntadle a vuestro amiguito de lo que soy capaz.

—Conocí un tipo que se apellidaba Mensaque —advierte Nacho—, como los de la cerámica trianera. Darío Mensaque. Falsificaba obras

de arte para él y, de la noche a la mañana, desapareció.

—Buena manera de explicarlo —se ríe Vidal—. ¿Desapareció? Digamos que se lo comió, literalmente, la tierra. Y no me hizo falta la ayuda de ningún lacayo. Cuando yo quiero algo lo consigo. Así que, ¿dónde está la moneda?

Y entonces le interrumpen voces desde el fondo, más bien desde la entrada de la cripta, por la que Víctor y Paulo van empujando a dos señoritas que terminan arrojadas al centro de la reunión. La única baza que les quedaba está en el frío mármol de este mausoleo: Marta y Elena.

Vidal agarra del pelo a Marta y le apunta a la cabeza con su pistola:

—¿Duele más ahora? —pregunta a Guillermo.

Víctor saca su arma y apunta a Elena.

—¿Dónde está la maldita moneda? —grita Vidal.

Sin aguantar más, Marta escurre su mano entre los bolsillos y saca la moneda:

—¿No se suponía que este era nuestro comodín?

Con la moneda y una sonrisa, Vidal libera con desprecio a Marta y suelta:

—Bueno, ya solo falta la última.

—Ya solo falta mi esposa —contesta don Salvador con rabia, rascándose el lugar de la cabeza donde el cañón del revólver le ha presionado.

—La siguiente moneda —pide con la mano extendida Vidal.

Guillermo dice que no con su cabeza y luego, con palabras, añade:

—Dispara y te quedarás sin saber lo cerca que estuviste del mayor tesoro del mundo.

La mirada de Vidal recorre tan de cerca los ojos de Guillermo que podría llegar a tocarlos, a pesar de estar a unos tres metros de distancia. Guarda su revólver, suelta el aire de sus pulmones y chasquea sus dedos para que Víctor acerque su oreja a su boca. Susurra algo y su lacayo asiente antes de irse.

—Los faroles para el póquer, hijo —suelta Vidal—, o para esos pasos de las procesiones que tanto os gustan en esta ciudad.

—No vuelva a llamarme hijo —le recrimina Guillermo—. Ya es la segunda vez que se lo digo.

◊ ◊ ◊

No es sencillo, a pesar de todos los años que lleva vistiéndola, caminar a paso ligero por la calle Cuna con la sotana púrpura, el roquete o sobrepelliz blanco y la muceta encima, añadiendo el factor calor de esta ciudad. Las manos le sudan en contacto con la piel marrón del pequeño bolso a modo de mariconera que lleva. Las suelas de piel

dura de don Cristóbal patinan levemente sobre los adoquines al girar la esquina del palacio del Marqués de la Motilla.

A pocos metros de la entrada a la Facultad de Bellas Artes, le hace una señal a un chiquillo que le esperaba y los dos penetran en un patio rodeado por una larga y fina columnata, lo que en su tiempo fuera la Casa Profesa de la Compañía de Jesús.

El origen de esta facultad fue la Academia de Nobles Artes que Bartolomé Esteban Murillo, Juan de Valdés Leal y Francisco de Herrera el Mozo establecieron en la antigua Casa Lonja, donde ahora se encuentra el Archivo de Indias. Fue la primera institución de enseñanza artística, con escultura, pintura y arquitectura.

En una de las esquinas del patio, antes de descender por unas escaleras, el jovenzuelo extrae con disimulo, bajo su camiseta, un paño burdeos aterciopelado enrollado. Lo desenvuelve mostrando las dos llaves de la ciudad.

—Tu padre y tu abuelo se sentirán muy orgullosos de ti —le dice el deán a Junior, el monaguillo, vestido ahora con pantalón corto y camiseta blanca por fuera.

El deán abre la cremallera superior del pequeño bolso de mano y espera a que Junior deposite el paño con las llaves en su interior.

—¿Necesita que le ayude en algo más, don Cristóbal?

El deán evalúa la situación mirando a ambos lados. No era plan de que nadie le parara por las calles con las llaves desaparecidas del tesoro catedralicio, pero tampoco era cuestión de que le vieran ahora con ellas. Un tipo calvo con camiseta negra sube rápido por las escaleras y pasa por su lado, susurrándole a su móvil:

—Tráeme el paquete...

—Quédate por aquí —le pide el deán a Junior—. Abre bien los ojos y, si ves cualquier cosa extraña, baja y avísame.

Las suelas del deán producen un eco inconfundible al bajar y recorrer el primer tramo del panteón. Con indignación, se le escucha casi gritar desde el fondo:

—Eres incapaz de encargarte de esto sin mí.

Como en la calle, sus pasos son cortos por la dificultad de caminar rápido con la larga sotana púrpura y ya son varios los que han identificado a don Cristóbal Padilla, deán de la catedral de Sevilla.

—Llegas veinte minutos tarde —dice Vidal comprobando su reloj.

—No todo es tan fácil en una mañana como esta. —Se detiene, escruta a los jóvenes y pregunta—: ¿Estos críos son los que te llevan mareando dos días?

Sin solución de continuidad, desde atrás, Víctor aparece tirando de Matilde con una mano y sujetando un paquete con la otra. Al soltarla, ella corre a abrazar a su marido con fuerza.

El deán extiende su mano y Carlos Vidal deposita cinco monedas en

ella.

—Cinco y siete suman doce —suelta tajante el deán—, ahora y hace cuatro siglos. —Las deposita en el interior del bolso de mano marrón y le echa una mirada a Vidal—: ¿Aún no ha sabido averiguar dónde está la última?

Vidal apunta a Guillermo y le advierte que seguro que él lo sabe.

—Yo apostaría a que no —asevera don Cristóbal. Acerca sus ojos a los del joven y le pregunta—: ¿De verdad que sabe dónde está la última moneda?

Señalando el techo del panteón, Guillermo habla sobre el retablo de Montañés en la iglesia de arriba, pero el deán no le deja continuar y se vuelve hacia Vidal:

—Sigue jugando contigo. No tiene ni idea de dónde está la última moneda.

Nacho se arma de valor y le pregunta:

—¿Acaso usted sí sabe dónde está?

El cuello del deán gira bruscamente hacia Nacho, sonríe, se acerca a Matilde, estira su mano hacia el cuello y tira de su colgante.

—No se le ocurra hacerle daño —le grita Guillermo.

—Yo soy un hombre de Dios —le responde—. Eso es más propio de otros.

Abre el colgante, con la imagen de un hombre y una mujer, los padres de Matilde en un color sepia que marca irrefutablemente el paso del tiempo.

—Entrañable —vocaliza el deán con ternura, pero seguidamente deja caer el colgante al suelo y lo pisa violentamente con el tacón de su zapato. Una moneda aparece entre los restos del mayor recuerdo que Matilde tenía de sus padres. El deán se vuelve hacia Vidal—: Lo has tenido desde el principio.

Don Salvador pregunta de dónde ha salido esa moneda, pero Matilde no para de llorar sin saber qué decir.

—¿Por eso…? —pregunta Vidal pensativo.

—¿Por qué si no? —se enfurece el deán—. Haz bien tu trabajo, que yo me encargo del mío. —Se torna hacia Guillermo—: ¿Os robaron las monedas? Yo las tengo. ¿Hace falta las llaves de la ciudad? Yo las tengo. No intentéis jugar conmigo porque mi paciencia tiene el precio de vuestras cabezas. ¿Dónde? ¿Una tumba?

—No lo sé —responde Guillermo mirando las lápidas de mármol blanco y gris.

—¿Dónde? —grita el deán.

—No lo sé —repite—. No puedo pensar con tanta presión.

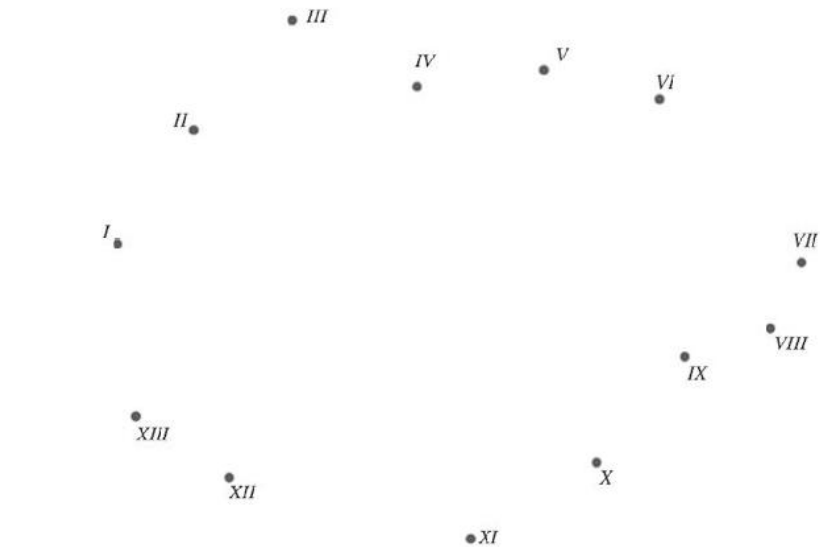
El deán se gira hacia Vidal y este hacia Víctor, quien descubre el cuadro que embalaron en casa de don Salvador, ayer cuando irrumpieron en su casa. Víctor alza el cuadro y lo golpea contra su

muslo.

—Es un cuadro muy antiguo —reclama don Salvador.

—Por eso mismo, querido —sonríe el deán—. Lo has tenido en tu casa toda la vida.

El lienzo tiene otro detrás, ambos juntos y apuntillados contra el bastidor. Al descubierto, el paño trasero muestra un dibujo de puntos y números romanos.



—¿Qué significa? —pregunta el deán enfurecido.

Tío y sobrino se acercan y agarran el lienzo oculto tras el cuadro.

—Ni idea —balbucea Guillermo.

—El tres de noviembre de mil seiscientos dieciséis —eleva su voz el deán—. ¿Qué significa?

—¿La fecha de una tumba? —pregunta Vidal, apuntando con su revólver a Guillermo.

—Mueren los siglos en las puertas de Sevilla —grita el deán y vuelve a preguntar—: ¿Qué significa?

Carlos Vidal gira su revólver hacia sus tíos, primero don Salvador, luego Matilde y vuelta a don Salvador, mientras Víctor es quien tiene ahora a Guillermo en su punto de mira. Al igual que el deán, Vidal se impacienta y martillea el revólver a pocos centímetros de la cabeza de Matilde:

—No tenemos todo el día. ¿Qué significa?

—¡Esperen! —grita Guillermo con las manos en alto. El eco del grito se atenúa e insiste señalando al techo—. El retablo de Montañés.

—¿Otra vez? —cuestiona el deán.

—No me dejó acabar antes —replica—. «Dos veces mi Bautista

encadenado marcará y puertas Dios abrirá». El Bautista del retablo tiene sus dos dedos índices apuntado hacia abajo. —Imita con sus dedos índices hasta formar una especie de V y añade—: Dios abrirá es lo que pone en las llaves de la ciudad.

—¿Y qué buscamos aquí? —pregunta el deán—. Me estoy cansando.

Y entonces, como si de un cántico celestial se tratara, suena desde el fondo:

—¡Quietos! —impera el inspector Reina, apuntado con su pistola desde el principio del pasillo. A Víctor le ordena—: Tire el arma al suelo.

Junto a Reina, su compañera y el jefe de seguridad empuñan sus respectivas armas, seguidos por otros cuatro agentes, uno de los cuales sujeta a Junior del brazo.

Víctor deposita lentamente su pistola en el suelo, sabiendo que las opciones de combatir son nulas.

—Levanten las manos —ordena la oficial Concha Bautista y todos obedecen.

El inspector Reina echa un vistazo a su compañera, quien pisa el mármol del panteón con sus pies descalzos, y le suelta:

—Bajita, pero mandona.

—Tengo mis momentos —le responde, esbozando una sonrisa.

Los agentes de la Policía Nacional cachean a todos, incluso a los jóvenes y a los tíos de Guillermo. Uno de ellos abre el bolso de piel marrón del deán y desenvuelve las dos llaves de la ciudad para mostrárselas a Reina.

—¿Custodiándolas como buen deán, don Cristóbal? —pregunta el inspector.

—Necesitan una restauración —le replica.

—Va a necesitar más que eso para salvarse de esta —añade Reina.

Otro de los agentes, en su registro y cacheo, eleva la pistola de Vidal en alto.

—Tengo licencia —se justifica Vidal—. Está en mi cartera.

—¿Es la misma pistola con la que mató a Darío Mensaque o de ese trabajo sucio se encargan sus hombres? —pregunta Reina, esposando a Víctor.

—Que yo sepa está desaparecido, no muerto —replica Vidal, aunque algo desconcertado por el comentario.

—Desde hace diez minutos podemos casi certificar su defunción —afirma Reina, que entrega a Víctor a los agentes.

Saca su teléfono móvil, pulsa el *play* y deja sonar la voz de Vidal:

¿Desapareció? Digamos que se lo comió literalmente la tierra. Y no me hizo falta la ayuda de ningún lacayo. Cuando yo quiero algo lo consigo...

—Hijo de… —se contiene Carlos Vidal, intentando zafarse del

agente para alcanzar a Nacho.

—Pues no —sacude Nacho su cabeza, devolviéndole el teléfono móvil a Reina—. Yo tampoco soy su hijo.

42
Sevilla. Interior de la iglesia de la Anunciación

—Y todo… —resopla Elena— ¿para esto?

Justo arriba del Panteón de Sevillanos Ilustres, el retablo de san Juan Bautista de Montañés era tal y como las páginas de internet lo describían. En ese relieve de la izquierda, encadenado, el Bautista parecía esperar su destino, con los puños unidos y los dos dedos índices marcando hacia abajo.

Las palabras volvían a la mente de Guillermo y las repetía en un susurro prácticamente imperceptible: «Dos veces mi Bautista encadenado marcará y puertas Dios abrirá».

Los cuatro jóvenes dejan de mirar el retablo y se dispersan al ver al inspector Reina caminando decididamente hacia ellos. Guillermo elige el pasillo central, abstraído en sus pensamientos y en el acertijo, hasta que Reina alcanza su ritmo.

—Tu tía no sabía nada —comienza Reina—. Al parecer tu bisabuelo sí que perteneció a una especie de asociación secreta…

—La Congregación de la Granada —le interrumpe.

El inspector asiente y le dice que sus tíos tendrán que acompañarlos hasta la Jefatura Superior para que puedan tomarles declaración.

—Los delitos graves contra la libertad acarrean pena de prisión de seis a diez años —asegura Reina, mientras observan el altar mayor, presidido por la hermosa Virgen del Valle—. Aparte de la declaración que consiguió Ignacio, quiero encerrarlos durante el máximo tiempo posible.

—Durante muchos años —afirma Guillermo a los pies del altar—, atribuyeron la imagen de esta Virgen a Juan Martínez Montañés. Él también perteneció a esa Congregación de la Granada.

Reina le responde que los últimos estudios técnicos del IAPH la atribuyeron a Juan de Mesa. Guillermo se gira y se encoge de hombros:

—Supongo que cuatro siglos son demasiado tiempo.

El inspector levanta una bolsa plana de plástico transparente con cierre, en cuyo interior está doblado el lienzo oculto tras la obra pictórica de casa de sus tíos. Lo extrae y desdobla para mostrar su contenido de puntos y números romanos:

—Hasta que se cierre el caso, esto es una prueba. —Guillermo asiente con resignación, con su mirada en el infinito—. Pero, hasta que lleguemos a comisaría, fichemos a todos y les tomemos declaración —advierte Reina—, se podría decir que no hay caso

abierto.

Guillermo gira su cabeza y ve a Reina sacar otras dos bolsas de plástico de su chaqueta con la pegatina oportuna que data la fecha y el contenido. En unas hay un conjunto de monedas y en el otro, dos llaves metálicas antiguas. Las deposita en los escalones que preceden el presbiterio y susurra:

—Tenéis dos horas… —dice mirando su reloj—. Ignacio sabe dónde encontrarme. A las cinco de la tarde espero haber dejado clasificado todo el conjunto de pruebas y poder disfrutar un poco del domingo.

Santiago se da media vuelta y camina hacia la puerta:

—Un trato es un trato —suelta Reina—. Dígale a Ignacio que yo he cumplido con mi parte. Ahora cumpla usted.

Al ver que el inspector se marcha, Nacho se precipita hacia su compañero:

—¿Te ha dejado las monedas?

—¿Hiciste un trato con él?

Nacho no sabe si afirmarlo o negarlo. Con las monedas, las llaves, el lienzo, Guillermo esboza una sonrisa y dice:

—Nos ha dado un par de horas. Tenemos que irnos.

—¿A dónde?

—Te dije que este no era el sitio. —Caminando por la nave central en dirección a la puerta señala el retablo de Montañés—. Le encargaron ese retablo del Bautista para otro sitio. No pudo estar aquí desde el principio. —Avisa a las chicas y recita—: Mueren los siglos en las puertas de Sevilla…

—No le veo sentido alguno —replica Nacho.

—Mueren los siglos en las puertas de Sevilla… —vuelve a susurrar. Extiende el lienzo sobre la mesa del retablo y cuenta—: Uno, dos, tres…, y hasta trece.

—Trece monedas —apostilla Nacho.

—¿Trece monedas? —pregunta Elena.

Guillermo suelta la bolsa con las monedas en un lateral del altar del retablo, concentrado en el lienzo con números del uno al trece formando casi un círculo. Marta recorre con su dedo la parte inferior de los puntos y números y afirma:

—El río.

Guillermo se gira sabiendo que tiene razón:

—Son las puertas de Sevilla. Las trece puertas del informe de Hernán Ruiz II en el siglo XVI —dice, deslizando el dedo por debajo de los números que acaba de señalar Marta—, y si esto es el río…, la puerta número uno es el Arco de la Macarena.

—Por donde entraban los reyes —dice Marta.

—¿Qué reyes? —pregunta Elena sin que nadie le responda.

Y Guillermo recita: «Mueren los siglos en las puertas de Sevilla».

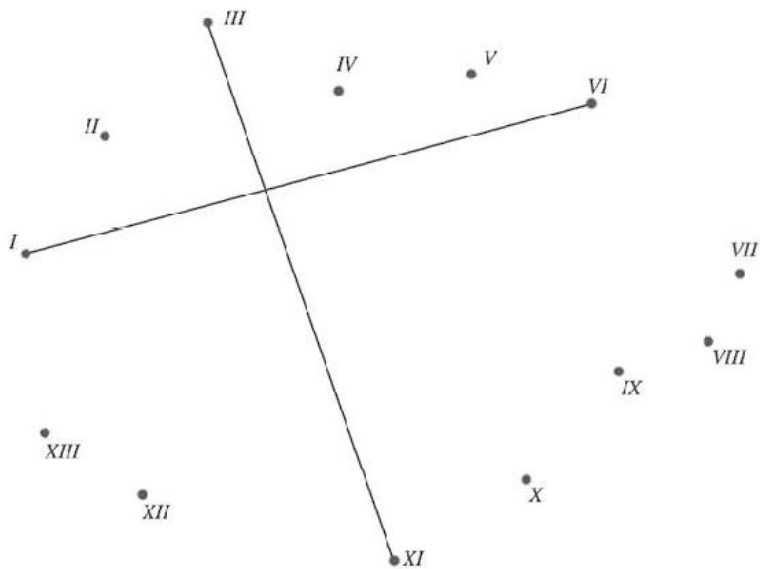
Añade:

—El deán preguntó qué significaba esa frase, la fecha y esta especie de plano.

Hay un silencio absoluto conforme el dedo índice derecho de Guillermo recorre el plano, uniendo el número tres con el once. Seguidamente, con el índice izquierdo une el número uno con el seis. La Puerta de la Macarena con la de la Carne y la Puerta del Sol con la Real, también conocida como la Puerta de Goles.

Saca el plano del subsuelo de la riñonera y lo extiende junto al lienzo recién descubierto. La coincidencia en la distribución de las puertas es sorprendente.

En la copia con los túneles de la ciudad vuelve a unir las puertas: Macarena con la Carne y Sol con la Real. El dedo índice de Guillermo se detiene en un punto intermedio mientras explica:



—La fecha policromada en la espalda de la Cieguecita y tallada en todos los huerfanitos era 3-XI-1616. Mueren los siglos en las puertas de Sevilla. Si eliminamos el dieciséis del siglo nos quedan: 3 con 11 y 1 con 6. Puerta del Sol con Puerta Real y Puerta de la Macarena con Puerta de la Carne. —Analiza la ubicación de la intersección imaginaria al unir los números y se pregunta a sí mismo: «¿Iglesia de San Marcos?».

Marta deja de mirar su teléfono móvil y asegura:

—A Montañés no le encargaron este retablo para esta iglesia, sino para el convento del Socorro.

—Está al lado de san Marcos —advierte Nacho.

Sorprendido, Guillermo le mira con extrañeza:

—¿Ahora también sabes de conventos de monjas de clausura?

—Cultura general —le responde.

◊ ◊ ◊

Tras la rejilla hay una pequeña ventana que se abre, pero la penumbra no permite ver la cara de la persona que habla:

—Buenas tardes, padre.

—Buenas tardes, hermana —le saluda Guillermo, en la puerta de madera de la iglesia del convento—. Vengo con un sacerdote de Extremadura y sus dos hermanas, una de ellas se llama Socorro. Me gustaría enseñarle esa preciosidad de alabastro que tienen junto al Santísimo.

Los alzacuellos en su sitio, los trajes limpios de polvo, la apariencia clerical intacta. Las palmas del *padre* Guillermo se juntan y se separan en un gesto que parece haber ensayado frente al espejo.

—Esto no es muy… ortodoxo.

—Se marchan esta noche —expone Guillermo—. Una oración y antes de irnos le dejaremos una limosna a la Virgen del Socorro para aliviar los malos ingresos que el coronavirus habrá provocado en sus deliciosas hojaldrinas.

—Ya solo quedamos siete hermanas y debo cuidar de las mayores —dice la monja—. ¿Sabe dónde ir?

—Por supuesto, hermana.

—Deje la puerta cerrada cuando salga —le advierte—. Dentro de poco empezamos nuestra hora de ensayo coral.

La puerta cruje liberada de toda restricción interior y Guillermo mira su muñeca sabiendo que van a contrarreloj.

El convento o monasterio de Santa María del Socorro se fundó hace medio milenio y ha pertenecido, desde entonces, a la Orden de la Inmaculada Concepción.

—Concepcionistas franciscanas —puntualiza Marta.

Con el tiempo, de la misma orden fueron desapareciendo de Sevilla otros tres conventos: el de la Concepción de San Miguel en la calle Trajano, el de Santa Justa y Rufina en la calle Vírgenes y el de la Concepción en San Juan de la Palma, junto a la iglesia donde reside la hermandad de la Amargura.

La iglesia rebosa de estilos góticos y mudéjares. Sobresale el fabuloso zócalo de azulejos contemporáneo en tonos azulados.

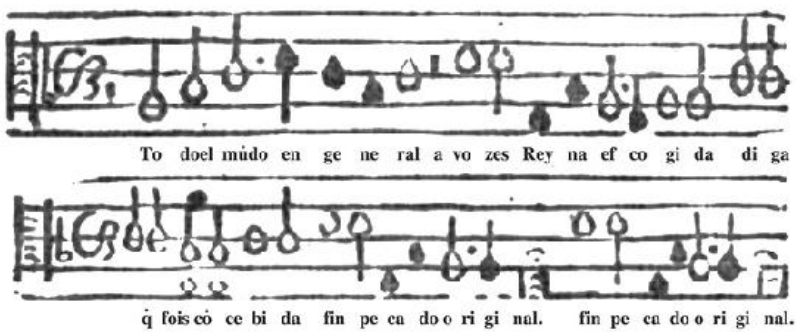
—Esto es —dice Marta admirada— una maravilla.

—Nos queda poco tiempo —avisa Guillermo dirigiéndose al altar—. El retablo debió estar aquí.

Desde la reja del coro, la priora asoma un ojo entre el hierro y susurra para sí mismo que lo saben. Levanta su teléfono móvil arcaico, teclea y se lo arrima a la oreja.

—Entonces el Bautista debió apuntar aquí —dice Nacho, señalando el lado izquierdo del presbiterio. Se agacha y observa una figura rasgada en el mármol.

—Es como la clave de sol, marca la partitura —asegura Guillermo sacando el pequeño pergamino y comprobando, al abrirlo, que se trata del mismo símbolo que inicia las notas musicales del poema *Todo el mundo en general* de Miguel Cid y cuya música propuso de Bernardo de Toro.



—¿Dónde está el órgano? —pregunta Guillermo.

Todos se vuelven hacia el coro y la priora pega un salto lejos de la rendija. La vieja monja hiperventila con una respiración fatigada mientras el teléfono suena y suena en su oreja, hasta que alguien le contesta desde el otro terminal:

—¿Diga? ¿Diga? —y sin hallar respuesta se identifica—: Inspector Reina de la Policía. ¿Quién llama?

La monja simplemente cuelga y se echa la mano a la boca para dejar de jadear, apoyada contra la pared y mirando de reojo desde la reja del coro.

—Aquí —señala Elena un órgano, a la derecha del altar.

Guillermo levanta sus ojos hacia la reja y los tubos del coro, y dice

que lo normal es que el órgano esté en lo alto.

—Pero ¿qué tesoro iba a estar en lo alto? —sonríe Nacho—. Si existe, estará ahí, abajo del todo.

El órgano está incrustado en el muro, junto al retablo de una santa Isabel con una niña en brazos, la Virgen. La tapa del órgano está cerrada con llave y en el frontal no hay partitura en el pie metálico previsto para ello. Las manos de Guillermo acarician la madera de la cubierta que sella el teclado y su dedo corazón termina palpando la ranura en el centro de la tapa. Su huella dactilar casi suena al rozarse con los bordes de la cerradura. Entonces echa mano de una bolsa de plástico en el interior de su chaqueta. Saca las dos llaves de la ciudad y pregunta:

—¿La cristiana o la árabe?

—Cristiana es una palabra religiosa, árabe no —advierte Marta—. Musulmana sí. ¿A qué te refieres?

Guillermo agarra la llave cristiana, sabiendo que pone «Dios abrirá», y esta encaja a la perfección en la cerradura. La introduce hasta el fondo y fuerza su giro, aunque no se mueve. Insiste a un lado y a otro hasta que gira y la tapa del órgano se separa del teclado. Suspira y susurra: «Dios abrirá».

Casi a la vez, Marta y Elena se echan la mano a la boca y Guillermo pone el pergamino con la partitura en la parte frontal del órgano. Roza la yema de sus dedos sobre las viejas teclas y se vuelve:

—No sé tocar el piano.

—Yo tampoco —confiesa Nacho.

—Ni yo —admite Marta.

Elena los mira y esboza una sonrisa:

—Ya estamos más cerca de Cancún. —Se sienta delante de las teclas y las acaricia con cariño—. Lo del veinticinco por ciento sigue en pie, ¿no?

—¿Por qué iba a cambiar ahora? —le responde Guillermo.

—Hay que dejar que salgan las notas —expone Elena con los ojos cerrados.

Y, presionando las teclas, hace sonar el órgano.

Tres monjas se apelotonan en la reja y le susurran a la priora que nunca habían escuchado ese órgano, sino el nuevo que tienen detrás, en el coro. La priora continúa observando y guarda silencio.

—Ese cura es guapo —dice una de ellas y luego se santigua.

—¿Cuál de ellos? —pregunta otra de ellas, entre risas.

Irritada, la priora les manda a callar.

Los dedos de Elena empiezan a tocar los acordes de *La Madrugá* hasta que Guillermo le sisea, agarrándola del brazo, y le insta a concentrarse. Señala la partitura y le pregunta si puede tocarlo.

—Puedo tocar lo que sea si me dejas las manos libres. —Lee la

partitura como una niña pequeña—: Todo el… mun… do en gene… ral.

Ya más que un siseo parece un gruñido:

—¿Quieres tocarlo de una vez, Elena?

Y Elena vuelve a posar los dedos sobre el teclado, ante la atenta mirada de sus amigos y de varias monjas desde el coro. Y entonces sucede: el órgano ruge en la nave de la iglesia. Ni la priora es conocedora de que el último que tecleó esas mismas notas entre los muros de este convento fue el propio Francisco Correa de Arauxo cuando el arzobispo de entonces bendijo una imagen de la Inmaculada que las concepcionistas franciscanas habían encargado.

En el teclado los dedos de Elena pulsan: sol, la, si, do´, si, la, si…

Los acordes reverberan con estruendo en los altos techos de la iglesia, hasta que un sonido distinto detiene las manos de Elena. Se trata de un crujido entre el suelo y el órgano, acompañado del movimiento de este hacia fuera, lo que provoca que Elena se levante de la banqueta. El órgano se separa lentamente de la pared hasta dejar un hueco de dos palmas, lo suficiente para que pueda entrar una persona encogiendo el abdomen y agachando la cabeza. Marta les recuerda que todos los espacios estaban hechos para las dimensiones de la época.

—¿Te refieres solo a lo alto o a lo ancho? —pregunta Nacho, encogiendo la barriga para entrar con un candelabro del altar contiguo, seguido de Guillermo.

—Solo espero que no haya ratas —ruega Marta, que entra detrás de ellos.

—Esta vez no pienso quedarme vigilando —advierte Elena siguiéndoles.

En el coro, la priora marca otro número en la agenda de su viejo teléfono móvil y llama sin éxito. Suspira y se marcha del coro, dejando a las otras monjas mirándose confusas entre sí.

La mezcla de oscuridad y el tono anaranjado que deja la luz de las velas ya les resulta familiar. Tienen que mantener el equilibrio cuando los zapatos deslizan por la arenisca que desde hace siglos cubre los primeros escalones por los que descienden. Al cabo de pocos metros, Elena se vuelve y descubre tanta oscuridad a su espalda como delante de Nacho. La garganta se estrecha y la respiración empieza a inhalar isótopos que no se han ventilado en mucho tiempo, hasta que el final de la angosta escalera les precipita sobre un amplio espacio a modo de mausoleo un tanto distinto al que han visto en las últimas horas: no hay nichos en sus paredes ni lápidas en el suelo, sino ataúdes metálicos en dos filas, seis en la primera y siete en la segunda. El espacio subterráneo es tan amplio que permite caminar sin problema entre ellos.

—Trece ataúdes —cuenta Nacho.

El silencio se apodera del lugar excepto por el crepitar del pabilo de las velas.

—Trece monedas —añade Guillermo.

Marta se acerca a uno de los ataúdes y comprueba que tiene una cerradura en uno de sus laterales. Pregunta:

—¿Trece llaves?

—Lo dudo mucho —se precipita Guillermo hacia otra de las cerraduras, en la que advierte la letra Å en su parte superior—. Marta, ¿hay alguna letra encima de la cerradura de ese ataúd?

Marta verifica que hay una N con un círculo encima. En eso que la cripta se hace más visible al prender Nacho varias antorchas que cuelgan de la pared. Elena señala que en otra de la cerraduras se advierte una M con el círculo encima y en otro de los ataúdes una O.

—Aquí está el rombo —verifica Guillermo en otro de ellos.

Marta identifica una I a la vez que Nacho advierte una E y Elena encuentra otra N.

Marta apunta las letras en el bloc de notas de su móvil. Guillermo esparce las trece monedas sobre uno de los ataúdes y observa las letras de cada una de ellas.

—Tenemos tres enes, dos ies, dos emes, una a… —enumera Nacho. Sacude su cabeza y se lamenta—: Solo prestamos atención a la primera N que encontramos.

Guillermo reordena las monedas, como si estuviera jugando al *scrabble,* encontrando palabras sueltas como *masones, amén, moisés, mínimas* o *mesianismo,* pero sin utilizar todas las monedas, hasta que en uno de los agrupamientos consigue atinar con una combinación que parece tener sentido: «NIMAS◊NIMENOS».

—No me lo puedo creer… —susurra Guillermo—: Ni más ni menos. El cuadro de Valdés Leal en el Hospital de la Caridad.

Marta se acerca para verificar las monedas. Las repasa con sus dedos y añade:

—*Los jeroglíficos de las postrimerías* —apostilla Marta—: Miguel Mañara.

—Mañara, Vázquez de Leca, Pacheco, Montañés, Roldán —enumera Guillermo—: Alumbrados, congregados de la Granada o simplemente nos han ido dejando pistas de esto desde el principio.

Elena tira de la tapa de uno de los ataúdes preguntando cómo se abre el tesoro.

—¿Tesoro o un cadáver? —pregunta Nacho.

—La Congregación de la Granada … —arranca Marta—. ¿Su fundador era un cerrajero de Jerez?

—Gómez Camacho —asiente Guillermo—. La fundó en torno al convento de la Inmaculada Concepción de Lebrija.

Como asegura Marta, los dos conventos pertenecen a las concepcionistas franciscanas.

—Esto tuvo que ser obra de él —asegura Marta—. Trece monedas y trece ataúdes con cerraduras marcadas con las mismas letras.

Devanándose los sesos, Guillermo musita «Ni más ni menos», equilibrando un par de monedas en sus manos. Toda duda es una posible respuesta. Saca las llaves de la ciudad de su chaqueta con decisión:

—La cerradura está al revés —advierte al introducir la llave con el saliente en cristiano de «Dios abrirá» hacia arriba. Gira a un lado y a otro sin éxito. Baja los hombros y susurra—: Se necesitan las trece monedas para llegar hasta el final.

—Por ahora habría sido igual tenerlas o no —contribuye Nacho—, solo nos han ayudado a encontrar la siguiente.

—Al menos las monedas valdrán algo para un coleccionista — apostilla Elena, sentada en uno de los ataúdes.

—No se puede abrir el tesoro sin las trece monedas —masculla Guillermo, ensimismado y sin prestar atención a los demás. Roza la letra N encima de la llave metida en la cerradura. Se vuelve hacia Marta y le pide una N. Ella pregunta por qué esa letra, pero, absorto, Guillermo se cuestiona—: ¿Y si cada moneda pesa distinto?

Marta lanza una moneda con la N y Guillermo la atrapa en el aire. Extrae la llave y deposita la moneda en el comienzo de la cerradura, en su parte inferior. Justo detrás, empuja la moneda con la llave cristiana de la ciudad que desaparece dentro de la ranura hasta el fondo. Mueve su muñeca lentamente y la llave empieza a girar en sentido horario hasta completar ciento ochenta grados, momento en el que se escucha el sonido metálico de la moneda cayendo encima de otras, como si de una caja registradora se tratara. Entonces unos cierres metálicos chirrían en el interior de la tapa del ataúd hasta que esta se despega del resto. Guillermo cruza la mirada con sus compañeros, respira hondo y traga saliva. Mansamente levanta la tapa y junto al lugar donde abrió la cerradura yace la moneda del Mestizo oxidada. Pero bajo ella, y a lo largo y ancho del ataúd, le siguen un sinfín de monedas de oro. Vuelve su cabeza con asombro, con todos boquiabiertos, viendo no solo monedas, sino también colgantes, anillos y brazaletes, collares y alhajas.

Nacho se precipita hacia el suelo, junto a la cerradura de otro ataúd y pide una I. Elena coge una E y Marta una S. La velocidad de Guillermo abriendo ataúdes con la llave hace que, en un abrir y cerrar de ojos, los trece estén abiertos, mostrando su interior, llenos de oro a casi rebosar. No es un tesoro pirata, repleto de saqueos que mezclan perlas y material plateado. Solo oro. Nada más que oro.

—Las acuñarían en el trayecto —conjetura Guillermo, que levanta

varias monedas y las deja caer donde estaban, deleitándose con el inconfundible sonido del choque entre metales—. Así evitaban los impuestos.

Nacho ríe a carcajadas y a Elena se le vuelve a escapar la palabra Cancún, activando la aplicación de la calculadora en su móvil.

—¿A cuánto está el gramo de oro?

—Por encima de los cincuenta euros —suelta Nacho—. Cincuenta mil el kilo tirando por abajo.

—¿Cuánto oro puede haber por ataúd? ¿Cien kilos?

Nacho se encoge de hombros.

—Que multiplicado por trece… —Elena deja de teclear en el móvil, levanta sus ojos, boquiabierta, y tartamudea—: Se… sesenta y cinco mi… millones… de e… euros.

Nadie sabe el valor de la historia. Ni lo que supone.

Marta abraza a Guillermo y le confiesa que siempre creyó en él, desde el principio:

—Este es el Guillermo impulsivo que conocí. —Le acaricia la cara y le besa en los labios, a lo que él responde agarrándole la cara entre sus manos.

—¿Qué ha pasado esta noche? —pregunta Elena.

Guillermo se gira, mete su mano entre collarines, anillos y pulseras, y dice que tiene que contárselo a su tío.

—¿Cómo? —pregunta Marta asombrada.

Pero al sacar la mano del ataúd, Guillermo sujeta un anillo dorado. Se vuelve y clava las rodillas en el suelo de la cripta:

—Para contarle esto. —Carraspea y eleva el anillo—. Ni pesimismo ni miedo al compromiso. Dime que sí.

Marta se echa las manos a la boca y sus ojos se humedecen sin poder pronunciar palabra mientras asiente.

—¡Qué romántico! —aplaude Elena—. En una cripta llena de ataúdes. —Deja de aplaudir y añade—: Lo bueno es que ya tenéis reservada una posible fecha de boda en san Andrés.

Nacho se ríe y mira a Elena, pero ella no le deja abrir la boca:

—Tú dedícate a contar todo esto. Yo solo quiero mi parte.

◊ ◊ ◊

La priora recorre el pasillo central de la iglesia y cuando escucha pasos detrás de ella se vuelve bruscamente:

—¡A vuestras celdas!

Las jóvenes monjas obedecen *ipso facto*.

Es la tercera vez que vibra su arcaico teléfono móvil. En la pantalla sigue apareciendo el nombre de don Adrián Suárez, delegado diocesano de Patrimonio Cultural. Sin embargo, la priora no se explica

por qué su teléfono está en poder de la policía, por lo que deja que termine de vibrar en su mano sin responder.

Cuando no percibe la presencia de sus hermanas, la priora alcanza el altar y gira a la izquierda, observando pausadamente el hueco entre el órgano y la pared que da lugar a un pasadizo. Se sienta en el taburete y desenrolla un trozo de papel con un dibujo de las teclas del órgano y unas instrucciones. Pulsa las teclas como un niño pequeño sin conocimientos de solfeo, de una en una, con su dedo índice: sol, la, si, do´, si, la, si…, hasta que la base del órgano empieza a crujir y a moverse. Se adentra hacia el muro y vuelve a la posición en la que había permanecido durante siglos.

Se levanta, agarra la tapa y, con soberbia, la cierra con un golpe seco.

◊ ◊ ◊

—¿Habéis escuchado ese ruido? —pregunta Elena tras sisear.

Instintivamente, Guillermo y Nacho corren con premura hacia arriba por las escaleras y comprueban que están encerrados. Empujan la trasera del órgano, pero resiste impasible, como si de un muro más de la pared se tratara.

—Si hemos podido entrar —advierte Nacho—, podremos salir.

—Necesitamos más luz —asegura Guillermo, bajando las escaleras.

Toda la euforia se ha borrado de las caras de Elena y Marta en cuestión de segundos, cuando al volver los jóvenes le certifican que alguien desde la iglesia les ha dejado encerrados.

Hiperventilando, Elena ya no piensa en Cancún sino en el aire que empieza a faltarle, al caer en la cuenta de que se encuentra encerrada en una cripta. Nacho intenta calmarla señalando a las antorchas y explicándole que el fuego necesita de oxígeno, por lo que debe haber una entrada de aire por algún sitio.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Marta al ver que las antorchas parecen reducir la intensidad de sus llamas—. Nadie sabe que estamos aquí. No hay pistas que nos ayuden a salir.

Abrazándola con fuerza, Guillermo tranquiliza a Marta diciéndole que no se preocupe, que sea optimista. Mete la mano en el bolsillo de su chaqueta, saca una tarjeta y teclea en su móvil:

—¿A quién llamas? —pregunta Marta, suspicaz—: ¿A tu tío?

—Ya habrá tiempo de contárselo a mis tíos. Ahora tenemos que salir de aquí.

Alguien responde finalmente a la llamada de Guillermo:

—Inspector Reina.

—Me temo que no podré cumplir con mi palabra, inspector —confiesa Guillermo—. Estamos en el sótano del convento del Socorro,

junto a la iglesia de San Marcos. Nos han encerrado y no podemos salir.

La pausa es demasiado larga, hasta que Reina pregunta:

—¿Quiénes?

—Creo que han sido unas monjas.

La carcajada del inspector es sonora antes de preguntar:

—¿Todo lo que habéis liado y os dejáis atrapar por unas monjas?

—Sé cómo nos puede sacar de aquí.

Reina pregunta a qué se refiere y ahora es Guillermo quien tarda en añadir:

—En el ayuntamiento hay unas copias de las llaves de la ciudad.

—Repita eso —le pide Santiago Reina, con un tono mucho más serio.

Guillermo respira hondo antes de concluir:

—Y venga con alguien que sepa tocar el piano.

43
Sevilla. Parroquia de San Andrés

Víspera de la Inmaculada Concepción, 7 de diciembre

—Gracias por ayudarnos a salvaguardar nuestros tesoros —le expresa en la sacristía el excelentísimo y reverendísimo señor don Agustín Muruve, arzobispo de la mariana ciudad de Sevilla, nombre completo impreso en la invitación de boda.

Guillermo sonríe y le expone que el mérito y el orgullo del descubrimiento es más que suficiente. A ello hay que añadirle el porcentaje que confiere Patrimonio por el hallazgo, así como los derechos de la historia, por la que se pelean cuatro editoriales.

—Gracias a usted, monseñor, por oficiar nuestra boda —concluye Guillermo.

Asomándose por la puerta de la sacristía, el arzobispo se santigua divisando a Nuestra Señora de las Penas a los pies del presbiterio:

—*Sine Labe Concepta.*

—Fuimos nosotros —dice Guillermo abrochándose el chaqué—. Sevillanos como Leca, Pacheco, Montañés, Valdés Leal, Murillo o Roldán… entre otros. Nosotros hicimos que la Virgen fuera Inmaculada antes del dogma. —Don Agustín no responde, escucha con atención—: Y cuando todo se hizo oficial por la Santa Sede, había pinturas y esculturas de Inmaculadas por toda Sevilla y parte del mundo.

—Nos adelantamos —le confiesa el arzobispo, posando su mano en el hombro de Guillermo—. Vayamos a la puerta para recibir a la novia.

Conforme entran los invitados, saludando a Guillermo y a su madre, mientras llega el coche nupcial, el arzobispo echa un vistazo a una placa conmemorativa de mármol en la pared exterior, junto al ojival abocinado de la puerta de estilo gótico.

—Juan de Valdés Leal —susurra don Agustín Muruve—. No sabía que estaba enterrado aquí.

Guillermo gira su cabeza y lee:

El día 15 de octubre de 1690 recibió sepultura en esta parroquia de San Andrés Juan de Valdés Leal, genio imaginativo y fecundo de la pintura barroca sevillana.

En el momento de ver a Marta salir del coche, Guillermo se acuerda de los túneles del subsuelo del Hospital de los Venerables, de los sucios nichos bajo el Hospital de la Caridad y de las ratas de Santa Ana.

—Estás preciosa —se le escapa al llegar a su altura.

—Tú estás genial —le responde, apretando una de sus manos que le tiemblan.

Los zapatos de estreno caminan sobre la alfombra roja y el órgano empieza a retumbar en las naves de san Andrés de cuyos tubos suena *Canto llano de la Inmaculada Concepción de la Virgen María*, como si de música hidráulica en pleno Alcázar se tratara.

—Pide un deseo y seguro que se cumplirá, Dios abrirá.

Al intercambiarse las arras, los ojos de los novios se cruzan, pensando en el trabajo que les costó conseguir cada una de ellas. Guillermo gira su cabeza y busca entre los invitados al inspector Santiago Reina, sentado a unos siete bancos del presbiterio. Guillermo sonríe e inclina su cabeza en agradecimiento.

Sus tíos no se pierden detalle de la ceremonia.

—Creo que no saben que… —arranca don Salvador, pero le sisea su mujer.

—Cada cosa a su tiempo —responde Matilde.

Al poco rato, firmando los papeles en el altar, junto a la Virgen de las Penas, Guillermo observa al inspector camino de la sacristía.

—La próxima vez tendremos que verlas en un museo… —le susurra Marta, acariciando su mano con el bolígrafo.

Pero no hay mucho tiempo para pensar en ello, ya que la mesa del altar empieza a rodearse de familiares y amigos, que quieren ser los primeros en felicitar a los recién casados. Mientras, justo enfrente del altar y desde lo alto, el órgano empieza a rugir a sones de *La Madrugá* de Abel Moreno. Seguro que Elena andará detrás de esa melodía.

—Muchas felicidades, Guillermo Ojeda —le sacude la mano un tipo con acento italiano, que seguidamente felicita a Marta—: *Congratulazioni.*

El traje que viste es impecable, aunque con la ausencia de la acostumbrada corbata de las bodas sevillanas. Guillermo le agradece el detalle, pero rápidamente percibe que en su mano no le ha depositado ni un sobre ni billetes, sino un papel plegado. Lo desdobla y el tipo le asegura en una mezcla de español e italiano:

—*É un pianta, sotto la basilica di San Marco.*

Guillermo pregunta si se trata de Venecia y él asiente. Gira la cabeza hacia Nacho, a punto de firmar como testigo de su boda.

—Debajo de la basílica de San Marco no hay más que agua y cimientos que se hunden un poco más cada día —le responde.

El italiano comienza su retirada preguntando:

—*Sei securo?*

Nacho le echa un ojo al plano y pregunta de qué se trata.

—Muy generoso y romántico tu regalo de boda —le responde Guillermo.

—¿No os ha gustado?

—Nos ha encantado —afirma Guillermo—. Pero ¡qué casualidad! —Levanta el papel que le acaba de entregar el desconocido italiano y concluye—: Un viaje de novios a Venecia.